


DIEZ AÑOS DE LUCHA COMUNISTA. DEL PCE AL PCE (ML). 1962-1972

LORENZO PEÑA



Lorenzo Peña
DIEZ AÑOS DE LUCHA COMUNISTA
DEL PCE AL PCE(ML). 1962-1972

Templando  El Acero

**Diez años de lucha
comunista
Del PCE al PCEml (1962-1972)**

Lorenzo Peña

**Dedico este libro a la honrosa memoria de
tres camaradas del comité ejecutivo del PCEml:**

— Ángel Campillo Fernández (Miguel o Eduardo)

— Álvaro Fernández Alonso (Iñaki o Rodrigo)

— Riccardo Gualino Garófalo (Mariano Alcántara)

Y a lo que no renunciamos es al orgullo de lo que España ha aportado a la civilización universal; al orgullo de las tradiciones progresivas y combativas de nuestro pueblo [...] y, si esto es nacionalismo, yo reconozco que soy nacionalista.

Dolores Ibarruri (La Pasionaria)

Tabla de materias

Prólogo

Cap. 01. Iniciación (1961-62)

Cap. 02. La FUDE y el seminario de Arrás (1962-63)

Cap. 03. La escisión de 1964: el grupo Proletario

Cap. 04. Creación del PCEml (1964-65)

Cap. 05. Intermedio (1965-66)

Cap. 06. Reorganización del comité ejecutivo (1966)

Cap. 07. Primer bienio parisino (1966-68)

Cap. 08. Relaciones con China y Albania (1966-70): La cuestión de Jacques Grippa

Cap. 09. Segundo bienio parisino (1968-70)

Cap. 10. Digresión sobre el Mayo francés de 1968

Cap. 11. Bienio ginebrino (1970-72): Viraje a la ultraizquierda

Cap. 12. La cuestión de la URSS y de los pro-soviéticos

Cap. 13. Las 14 divergencias ideológicas que nos separaban

La cuestión del republicanismo

¿Qué postura adoptar con relación a grupos de ideología afín?

Vínculo con las revoluciones antiimperialistas del tercer mundo

Etapas de la revolución española

¿Cómo entender el FDNR?

Primacía de la voluntad o del entendimiento

Conclusión

Cap. 14. Nuestra actitud hacia la política del PCE en la guerra civil de 1936-39

El problema de la hegemonía del proletariado

El respeto a la legalidad republicana

Política de concesiones

¿Hacerlo todo a través del frente unido?

La estrategia militar: ¿Guerra de guerrillas? ¿Guerra de movimientos?

¿Advertir a las masas que la guerra sería prolongada?

Las verdaderas motivaciones del folleto sobre la guerra

Aciertos y errores del PCE durante la guerra civil española

¿A qué fines prácticos servía la discusión sobre la guerra de España en 1972?

Cap. 15. Las cuestiones del respeto a los Estatutos y la revolucionarización

Cap. 16. La visita de Nixon a Pequín (febrero de 1972)

Cap. 17. Cese de militancia (mayo de 1972)

Anejo I: Lista de los artículos de Lorenzo Peña publicados en *Vanguardia Obrera* y en *Revolución Española*

Anejo II: Lo que dice A. Diz sobre por qué Lorenzo Peña abandonó el PCEml

Anejo III: Lo que dice Jesús Ynfante sobre las tesis de E. Zújar acerca del Opus Dei

Anejo IV: El artículo «Sobre las rivalidades internas del campo franquista»

[*Revolución Española*, N° 1 (4° trimestre 1966), pp. 6-16]

Anejo V: El folleto *Acercas del problema de las nacionalidades en España* (1968/69)

Anejo VI: ¿Maoísmo en España? El PCEml

Posfacio. Cambio y continuidad en mi alineamiento político-ideológico (1960-2020)

PRÓLOGO

Contiene el presente libro mi autobiografía política. Ésta posee su propia historia. En 1996 escribí una primera y escueta versión (que difundí en la entonces recién creada tribuna electrónica *ESPAÑA ROJA*).

Sucinto era ese texto de 1996. No se proponía, ni por asomo, entrar en detalles ni en complicaciones; menos aún, explicar mi propia evolución ideológica, como tampoco las controversias políticas y doctrinales en las que me vi enfrascado en mi juventud. Eran concisas mis referencias a algunos episodios de la militancia juvenil. El único propósito de aquel escrito era bosquejar una vaga remembranza de mi pasado. Acababa de iniciar la producción de *ESPAÑA ROJA* —que al principio fue una publicación digital periódica, para convertirse más tarde en un espacio virtual de documentos sobre temas políticos desde una perspectiva republicana (entre tanto la propia denominación sufrió un cambio, adoptando la de «ESPAÑA ROJA, ÁUREA Y PÚRPURA»). Mi autobiografía de 1996 únicamente aspiraba a que el lector supiera algo del productor de esa tribuna electrónica.

En 2009 escribí una autobiografía política mucho más detallada. Titulábase «En minoría de a uno: La historia de mis ideas y mis hechos. I: La ida». Quería ser la primera parte de una trilogía que cubriría toda mi vida, no sólo política sino también intelectual y profesional. (La segunda parte hubiera sido «La vuelta», sin tener fijado cómo se titularía la tercera parte, que expondría las últimas fases de mi recorrido.)

A poco de haber escrito y difundido ese ensayo autobiográfico, quiso la casualidad que vinieran a encontrarme —tras decenios de separación—, independientemente el uno del otro, dos excamaradas del comité ejecutivo del PCEml: Ángel Campillo y Álvaro Fernández Alonso.

Esos reencuentros me ayudaron a corregir algunos errores en mis recuerdos y a colmar varias lagunas. Sobre todo, Ángel me prestó una colección de viejos materiales del PCEml que contenían, entre otros, escritos míos de la época, de los cuales yo no tenía copia alguna.

Lamentablemente fueron muy escasas nuestras entrevistas, sin haber tiempo para mayores confidencias. ¡Teníamos tanto, tanto que contarnos y que recordar juntos! Dictó el implacable destino la muerte de ambos el mismo día, 31 de diciembre de 2010.

Por otro lado renuncié, momentáneamente, a escribir mi autobiografía atinente a la actividad posterior a mi salida del PCEml en mayo de 1972. Esencialmente había de ser una autobiografía intelectual, pero también académica. Conllevaba un trabajo muy arduo y absorbente de tiempo, incompatible con mis actividades profesionales. Yo era un profesor de investigación del CSIC, asumiendo, junto con la dirección del Grupo de Estudios Lógico-Jurídicos (JuriLog), la coordinación no sólo de un seminario permanente sobre los derechos humanos sino también de simposios anuales sobre la Razón Jurídica. Obviamente estaba obligado a continuar mi personal trabajo de investigaciones y publicaciones académicas.

A lo cual se agregaba otro motivo disuasorio de abordar, de momento, esa autobiografía más amplia. Como varios de los acontecimientos que hubiera debido narrar estuvieran relativamente recientes, describirlos cruda y públicamente podía acarrear problemas prácticos en mi labor académica.

De tal conjunción de circunstancias salió la decisión de ampliar y ahondar la autobiografía política escrita en 2009, sin alteraciones sustanciales, mas sí un cúmulo de rectificaciones y precisiones, junto con anejos que enriquecían la narración con documentos de época.

El resultado fue la nueva autobiografía, *Amarga juventud: Un ensayo de egohistoria*. Adquirí para ella un ISBN (concedíanse entonces gratuitamente) y la difundí, no sólo en ESPAÑA ROJA, sino también en Google Books (gracias a ese ISBN). Todo eso en el verano de 2010.

La noticia de esa publicación llegó a otro excamarada del ejecutivo, Miguel Ángel Muñoz Moya (Miqui), director de la Editorial Muñoz Moya, quien decidió publicar ese mismo texto como libro en papel. Poniéndonos al habla, convinimos en otro título: «¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui! Anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario». Salió impreso a comienzos de 2011.

Diez años después de haber escrito «Amarga juventud», varias circunstancias me llevan a producir una nueva autobiografía. De un lado, está hoy disponible el archivo digitalizado por la Universidad Autónoma de Barcelona, en el cual figuran publicaciones del PCEml del período inicial. Unas cuantas de ellas son de mi personal autoría, viniendo a enriquecer considerablemente la magra colección que en 2010 me prestara Ángel Campillo.

De otro lado varias fuentes me han llevado a nuevas puntualizaciones, correcciones y ampliaciones. También ha surgido la oferta de publicar este nuevo libro autobiográfico.

Quizá, sobre todo, está la necesidad de actualizar lo escrito hace dos lustros. Durante los últimos años mi obra ha suscitado un número de reacciones, mayoritariamente favorables, no faltando alguna de virulenta hostilidad. En esta nueva edición doy una respuesta a mis detractores. Mi refutación de esos denuestos viene contenida en el Posfacio de la presente obra.

El libro que tiene en sus manos el lector no es un calco del que escribí en 2010.

- 1º Por haber incorporado un material de época mucho más amplio.
- 2º Por haber introducido un número nada desdeñable de rectificaciones y precisiones.
- 3º Por haber suprimido varios anejos cuyo contenido era poco relevante para el hilo conductor de esta rememoración.
- 4º Por haber eliminado aquellos capítulos que no guardaban conexión directa con la militancia comunista (concretamente un largo capítulo sobre mi infancia y mis mocedades y otro que relataba lo acaecido después de mayo de 1972).
- 5º Por haber cortado, dentro del texto conservado, varios párrafos no atinentes a la rememoración política.

— 6º Por haber añadido el posfacio, que expone mi evolución ideológica y la continuidad entre mis ideas de hoy y las de entonces.

* * *

Más de once lustros han transcurrido desde la creación del PCEml. Los tiempos han cambiado. Se ha modificado la realidad económica, social y política de España y del mundo. Las tareas de hoy no son las de entonces. Es diverso el ambiente cultural. La juventud piensa de otro modo. En el contexto actual carecerían de sentido o de pertinencia las profesiones doctrinales de entonces, al menos en los mismos términos.

Sin embargo, el conocimiento de lo entonces emprendido forma parte de nuestra memoria colectiva, siendo imprescindible para recordar de dónde venimos, sin lo cual tampoco podemos vislumbrar adónde vamos ni ser conscientes de quiénes somos.

En esta monarquía borbónica —instaurada en 1975 por virtud del testamento caudillil— la clase política se ha empeñado en borrar la memoria histórica colectiva de la nación española y, dentro de ella, el recuerdo de la República Española de 1931-39 y la larga lucha clandestina contra el franquismo (en la cual participaron ocasionalmente varias tendencias, pero que fue llevada a cabo, en más de su 99%, sólo por comunistas, de uno u otro signo, oficialistas o disidentes).

Tardíamente, bajo la primatura de Don J.L. R. Zapatero, hubo una tímida recuperación —politizada y partidista— de algo de la memoria histórica, mal entendida: sólo como recuerdo del luto, los sufrimientos, las desdichas, los insepultos cadáveres —sobre los cuales, ahora honrosamente inhumados, se colocaron cruces. Una memoria así no ayuda nada a inspirar en la juventud afanes de lucha por mejorar la sociedad. Afanes que han de abordarse con alegría, con optimismo, con ardor, con esperanza, no con duelo, no con llanto, no con aflicción ni congoja.

La destrucción de la memoria histórica de la nación española ha sido agravada por las nuevas élites. El régimen de la transición, de 1975 a 1979, carente de legitimidad, sin autoridad moral de ningún tipo, se entregó a conchabanzas con los disgregadores de la nación, consintiendo —en aras de amañar un suficiente consenso constitucional— en una fragmentación de España en 17 reinos de taifas.

El sistema de alternancia ha determinado que, en las sucesivas etapas electorales, se hayan ido formando mayorías oportunistas, en las cuales cada una de las dos principales formaciones políticas del país (PP y PSOE) ha pactado con los separatistas, otorgándoles más poder (que luego han aprovechado, tanto en Vasconia cuanto en Cataluña, para dar pasos hacia la secesión).

Para no quedarse muy atrás, las oligarquías regionales de las otras 15 autonomías han ido reclamando también mayor tajada de poder y, cuando no han auspiciado las tendencias irredentistas de sus propias regiones, no han dejado de incurrir en un grado de connivencia con ellas. Los estatutos autonómicos anticonstitucionales de Valencia y de Andalucía —consensuados entre el PP y el

PSOE— más el nacionalismo gallego del PP galaico se suman a otras tendencias centrífugas de vagos nacionalismos aragonés, astur, cántabro, navarro y hasta castellano (Tierra Comunera).

Tales tendencias centrífugas son radicalmente antiespañolas, pero de ellas participan todos los cacicazgos, todos los círculos adinerados y «empoderados» de las regiones (enfascados, además, en pugnas localistas). Al fin y al cabo siempre está más a la mano satisfacer a la clientela electoral con prebendas dentro de la región. Facilita un generoso reparto del botín la multiplicación de los gobiernos y parlamentos regionales (¡diecisiete!).

Eso se ha traducido en aniquilar la memoria histórica de España, de la nación española, para promover memorias regionales, reconstruidas o legendarias. En Galicia casi se salta de los suevos a 1978. Vienen exaltados los reyezuelos medievales. En Andalucía se invoca a Tartessos o, como poco, Al Ándalus (olvidando que la España musulmana llegaba a Huesca).

En ese ambiente de olvido de la nación real y de su historia, no es de extrañar cuán apagados y mortecinos han sido los recuerdos oficiales, no sólo del medio milenio de la incorporación de Navarra a la corona castellano-aragonesa (1513-2013), sino también de sendos bicentenarios, el de 1808 y el de 1812, así como la nula conmemoración de la revolución liberal de 1820. Frente a lo cual es valioso cuanto contribuya a rescatar la memoria nacional.

Espero con esta obra hacer una modestísima aportación a reconstruir la memoria colectiva del pueblo español. Los únicos dos partidos en los cuales he militado durante mi larga vida han sido el partido comunista DE ESPAÑA y el partido comunista DE ESPAÑA marxista-leninista. Éste último tenía como eje de su línea política (la de 1964) la formación de un Frente Democrático NACIONAL revolucionario.

En el espíritu de la militancia comunista estaba presente toda la historia de España, interpretada según los esquemas doctrinales marxistas. Siempre se leían con avidez los escritos de Marx y Engels sobre la España decimonónica (en particular los artículos periodísticos sobre la revolución de 1854). Nos sentíamos herederos de toda nuestra historia y destinados a llevar a nuestra nación a un estadio más avanzado de unidad, prosperidad, desarrollo económico y social, pujanza y prestigio, completando la labor que había quedado inconclusa en las revoluciones liberales decimonónicas y que no pudo culminar en la gloriosa república de 1931, destruida por los enemigos de España. (Los aviones alemanes e italianos que bombardeaban Barcelona y Madrid con combustible yanqui.)

Lo poco que se cultiva ahora como memoria de la tiranía militar del general Franco es el dolor causado por la despiadada represión, las torturas, los encarcelamientos, las ejecuciones y la mordaza.

Todo eso es verdad, pero tal rememoración no sirve a la lucha por una España mejor. Por dos razones.

1ª.— A menudo es una coartada para olvidar que —en significativos aspectos económicos y sociales— la monarquía borbónica de los últimos dos reinados

resulta aún más reaccionaria que el propio régimen de Franco, habiendo conllevado: el triunfo del neoliberalismo y el abandono de los planes de desarrollo; la eliminación del sector público de la economía (en parte privatizado y en parte desmantelado); la destrucción de una gran porción de nuestras fuerzas productivas (tanto agropecuarias cuanto, sobre todo, fabriles); el ingreso en la NATO; la consiguiente y lacayuna presencia del ejército español lejos de nuestras fronteras donde no nos llama ningún interés nacional; la sumisa incorporación a la unión europea —lo cual implica un abandono de nuestra soberanía, genuflexos ante potencias septentrionales nunca benignas para con nuestra Patria, las cuales nos someten a su yugo, estrangulando nuestra economía.

2ª.— Eclipsa otra memoria mucho más importante: la de las tenaces y heroicas luchas, la incansable actividad clandestina del PCE y de las ramas desgajadas del mismo (especialmente el PCEml), los bellos ideales que nos movilizaron y alentaron: combate por la República, por la legalidad, por las libertades, por la igualdad social, por la paz, por la solidaridad para con los pueblos oprimidos, por la independencia y la soberanía nacionales, por una España no hollada por tropas extranjeras que humillan su dignidad; un combate contra el imperialismo y la guerra, fría o caliente.

Es esa memoria la que ha de rescatarse. Otros han contribuido a ello, pero ¿cuánto se han escuchado sus voces? Espera ayudar este modesto libro a rehabilitar y reconstruir el recuerdo colectivo de ese relevante capítulo del pasado común del pueblo español a fin de que las nuevas generaciones aspiren a lo mejor para su Patria, comprendiendo la necesidad de una reunificación auténtica del país, desatomizándolo. Desde luego siempre para pelear por ideales de igualdad social, bienestar colectivo, prosperidad común, genuina satisfacción de los derechos sociales y soberanía de la Patria, libre de la sujeción a potencias extranjeras, desligada de coaliciones imperialistas y en igualitaria hermandad con los demás pueblos de nuestra misma lengua y tradición histórica.

Tres Cantos, jueves 3 de septiembre de 2020

Capítulo 1.— Iniciación (1961-62)

Empecé mis estudios universitarios en la Universidad de Madrid (hoy Complutense) en octubre de 1960, matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras. Acababa de cumplir la edad de 16 años.

Pocos meses después asistí (pasivamente) a una primera movilización, no política, pero sí social. Acababa de promulgarse alguna disposición gubernamental relativa a la enseñanza en los colegios religiosos que había suscitado un conflicto de intereses entre la FERE (Federación española de religiosos de enseñanza) y los licenciados universitarios (supongo que representados por los colegios profesionales respectivos). Entonces se celebró, en el Paraninfo de la Facultad, una asamblea del SEU («asamblea de facultad» según se la denominó), en la cual se debatió acerca de la actitud de uno de los representantes del alumnado en el Claustro, que era un sacerdote, el cual en la votación sobre ese tema había manifestado que se abstenía «por razones obvias». Razones que, para ser obvias, tenían que estribar en su condición de religioso. Luego, se adujo, estaba ejerciendo ilegítimamente el papel de representante de los alumnos, futuros licenciados. Entre los representantes que hablaron con elocuencia en sentido acusatorio contra ese cura estaba Jesús Mosterín, que iba varios cursos por delante de mí.

De suyo el tema no era político, ni yo en tal cuestión tenía un pronunciamiento personal (aunque viera, claro, el sentido de la reivindicación corporativa), pero, en un régimen que hacía de su profesión católica un componente de su ideología, todo eso se politizaba en seguida.

Si esa asamblea se celebraba, como creo recordar, en el otoño de 1960, de envergadura mucho mayor fue la de un año después, en la que el delegado estudiantil, Luis Gómez Llorente, pidió leer una ponencia sobre el SEU. Hasta ese momento se vivía en la ficción de que el SEU era un sindicato estudiantil amorfo, de todos y para todos, ocultándose que su denominación oficial era «sindicato español universitario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS». No sé bien cómo fue que el Decano, José Camón Aznar, autorizó la lectura; pero Luis llegó —cuando había hablado sólo unos minutos (en medio de un clima de tensión o expectación)— a una frase aproximadamente así: «El SEU exhibe la estructura de poder piramidal típica de todos los sistemas totalitarios». Lo de «totalitario» no debiera ser malsonante, pues así constaba en las normas legales aún en vigor, como el Fuero del Trabajo. El hecho es que, en oyendo esa frase, el Decano agitó la campanilla y pronunció tajante: «Se le retira el uso de la palabra». No creo que la mayoría de los presentes fueran anti-SEU ni antitotalitarios, pero tan brusca interrupción suscitó súbito malestar y la gente se puso en pie para irse. El Decano, precipitadamente, levantó la sesión.

Luis Gómez Llorente no era ningún desconocido. Se sabía su militancia en el PSOE (en realidad podemos decir que durante muchos años el PSOE fue, en España, Luis Gómez Llorente). En abril de 1961 había tenido lugar el desembarco de los contrarrevolucionarios cubanos en Bahía de Cochinos, orquestado por USA.

En respuesta hubo una manifestación de solidaridad con Cuba, aunque quedó más en intento que en realización; la organizó, justamente, Luis Gómez Llorente y consistía en poner una corona de flores en el monumento a Martí en el Retiro en medio de una amplia concurrencia estudiantil y como señal de apoyo a Fidel Castro. (Fue la primera actuación política en la que participé.)

Mucho más que esos acontecimientos (y más también que el nuevo pronunciamiento militar de Argel del 22 de abril del mismo año 1961) me había impactado tremendamente el asesinato de Patricio Lumumba el 17 de enero. Desde la proclamación de la independencia congoleña, el 30 de junio del año anterior, seguía todo aquello con expectación. El día del magnicidio lo recuerdo: leyendo el periódico (me imagino que el *Ya*, que es el que yo compraba), comenté sobrecogido el trágico suceso a una compañera, que me respondió que bien empleado le estaba por lo mal que había tratado a los misioneros. Callé la boca. Pero, desde entonces, sentí todo lo del Congo como si en ello estuviera vital y personalmente implicado. Y sigue siendo verdad hoy, doce lustros después. Ni que decir tiene que seguí ya con pasión los acontecimientos ulteriores de las independencias africanas, especialmente la independencia argelina del 3 de julio de 1962.

A cada uno sus recuerdos. No todo lo que sucedió fue igualmente real. Cada quien rememora más lo que, para él, tuvo más realidad. Para los occidentalistas (de signo liberal o fascista) lo que más sucedió en la segunda mitad de 1961 fue la erección del muro de Berlín en la noche del 12 de agosto. La televisión del régimen franquista comentó el acontecimiento con profusión y derroche, en una de las primeras tertulias políticas que pretendían exhibir un tono que no fuera exactamente el guión prefijado en el ministerio de Arias Salgado. Entre otros comentarios hicieron el de que esa división de la capital alemana en una zona oriental y otra occidental era una tragedia comparable a la que tendríamos en España si el Paseo de la Castellana fuera la raya entre una España oriental y otra occidental. Como tele-espectador exclamé para mí: «¡Quién lo viera!» En mi opinión eso hubiera sido lo más justo: había habido dos Españas, la reaccionaria y la progresista, la monárquica y la republicana, la occidental y la oriental; pues bien, ya que no había sido posible la convivencia, ¿no habría sido la partición un mal menor? Se hubiera podido conceder, como en Berlín, un período de varios años para que cada quien emigrara al país de sus preferencias. En lugar de eso, lo que padecíamos era la feroz tiranía del occidentalismo franquista. Para mí estaba claro: lo que hagan los enemigos de este régimen y de sus aliados está bien.

Por eso lo de Berlín no tuvo para mí mucha realidad. Lo que recuerdo con viveza sucedió unas semanas después: la Primera conferencia de los no-alineados, que fundó ese importante movimiento del tercer mundo, que tantísima significación tendrá en la política internacional en los decenios siguientes. Inaugurada en Belgrado el 1 de septiembre de 1961, congregó a 25 representantes de países que optaban por ese nuevo tipo de neutralidad antiimperialista, incluyendo a Fidel Castro, Nehru, Nasser y Sukarno.

El martes 22 del siguiente mes de octubre —pocos días después de haber tenido yo una larga discusión sobre un enorme abanico de temas políticos con Jesús Mosterín en casa de nuestro común amigo Juan del Val y como para darle la

razón— se inauguró en Moscú el 22 congreso del PCUS (partido comunista de la Unión Soviética) que dio una vuelta de tuerca a la desestalinización del Sr. Jruschof, con una vigorosa denuncia de todo el pasado comunista anterior a 1956 y con gestos simbólicos como retirar los restos mortales del camarada Stalin del mausoleo de la Plaza Roja. Yo no había estado al tanto, en su momento, de los sucesos del XX congreso (febrero de 1956), excesivamente tempranos en mi concienciación política; pero el XXII congreso me produjo una sensación amarga; se esfumó súbitamente mi simpatía por Jruschof. Fue el primer atisbo de mi posterior opción por la posición china.

También seguía muy de cerca los acontecimientos de América Latina: las elecciones presidenciales del Perú en 1962 —no se supo bien si ganadas por Haya de la Torre o por el candidato de Acción Popular, Fernando Belaúnde Terry—, el golpe militar de Ricardo Pérez Godoy y, gracias a la lucha del pueblo peruano, el triunfo electoral de Belaúnde al año siguiente (aunque las esperanzas depositadas en su presidencia quedaran luego en buena medida frustradas); en Santo Domingo el triunfo electoral, en 1962-12-20, de Juan Bosch, líder del partido revolucionario dominicano —al año siguiente al asesinato del tirano Trujillo (bien conocido por los españoles desde su visita a Franco en 1954);¹ en Brasil los dramáticos hechos de 1961: la breve presidencia de Jânio Quadros, truncada el 25 de agosto por la presión de la oligarquía que lo forzó a dimitir, cuando el vice-presidente, Juan Goulart, estaba de visita en Pequín, dándose un golpe militar que fue frustrado por la resistencia legalista que encabezó Leonel Brizola, gracias a la cual Goulart pudo regresar a su país como presidente de la República a cambio de aceptar un cambio constitucional que estableciera un sistema parlamentario; sería, no obstante, de corta duración su presidencia —caracterizada por reformas progresistas en los campos educativo, tributario, electoral y agrario— pues fue derrocado violentamente por el golpe de estado del 1 de abril de 1964 que inició la cadena de nuevos regímenes militares reaccionarios en América Latina, la cual se prolongaría por un cuarto de siglo.

No menciono la lucha antiimperialista en Vietnam porque, si bien ya en ese momento ardía, será más tarde cuando adquiera protagonismo.

Vuelvo así a la historia, más modesta, de lo que pasaba en la Universidad de Madrid a fines de 1961. A los pocos días o a las pocas semanas de la asamblea de facultad que he mencionado unos párrafos más atrás, Luis Gómez Llorente era detenido por la policía y encarcelado.²

En Febrero de 1962 vino a la Facultad Chicho Sánchez Ferlosio, amigo de Lourdes Ortiz y otros miembros del círculo progresista, portando una guitarra. Se hizo un corrillo en el patio delantero, una cuasi-manifestación cantada, en

¹. La visita oficial de Rafael Leónidas Trujillo Molina a su admirado Franco fue una aparatosa exhibición, acompañada de un nutrido séquito familiar, que suscitó la burla del gran humorista de Radio Madrid, José Iglesias, «El Zorro», cuyos comentarios satíricos eran la única crítica tolerada por la censura del régimen.

². Tal vez fue ése el último encarcelamiento de un socialista.

solidaridad con nuestro compañero preso. Así arrancaban las luchas estudiantiles de los años sesenta.

Si no ese día, poco después, por insistencia del mismo personaje y a invitación suya (a pesar de mi escasa simpatía por su folclorismo bohemio), me afilié al partido comunista de España, aunque la incorporación orgánica tardó un poco (creo que mi candidatura no debía de ser bien vista), hasta que finalmente se confirmó por intervención de Jorge Deike.

En torno a ese período, aproximadamente, llegamos a formar un círculo de amigos y conocidos en la Facultad de Filosofía y Letras bastante más amplio que el del bienio anterior. Había entre nosotros una cordial camaradería, si no exactamente amistad. Los nombres y las señas de muchos no los recuerdo. Nos reunimos en casa de algunos de nosotros; p.ej. en una de ellas (creo que era en el Barrio de La Guindalera, donde no había estado yo nunca antes ni volveré a estar nunca después) estuvimos, creo, toda una tarde, un sábado o un domingo, escuchando los discos de las dos Declaraciones de La Habana, con sendos discursos pronunciados por Fidel Castro Ruz. El ambiente era muy pro-cubano. Acudíamos a la embajada de Cuba para pedir material impreso, donde se hablaba de las nacionalizaciones, la reforma agraria, el respaldo a la lucha antiimperialista en América Latina y el rechazo de la Alianza para el Progreso de Kennedy. También escuchábamos con embeleso las canciones de la revolución cubana. En aquellas reuniones también pude escuchar las de Yves Montand (que determinaron mi inclinación por la canción francesa, que hasta entonces no me había atraído mucho), junto con las de la guerra de España y algunas antifranquistas del llamado «cancionero de la nueva resistencia española» —como aquella de José Agustín Goytisolo «Madre, dicen que debemos ir a matar o a morir». Ese cancionero, en general, me gustó poco (algunas de sus piezas eran de mal gusto; otras tontorronas, como aquella de «¿Qué culpa tiene el tomate, que está tranquilo en la mata?»; pocas de ellas merecen ser recordadas).³

En mayo de 1962 empezó en serio: realizamos detrás del viejo edificio de la Universidad, en la calle Ancha (junto a mi antiguo Instituto, el Cardenal Cisneros), una asamblea al aire libre para protestar contra la creación de una Universidad privada con iguales derechos que las públicas, la de Navarra, regentada por el Opus Dei. Y, ligando esa reivindicación a la huelga de los mineros asturianos, salimos en manifestación hasta la Gran Vía al grito de «¡Opus no, mineros sí!», cantando también lo de «Asturias, patria querida». Las manifestaciones continuaron en los días siguientes y se practicaron detenciones. La prensa y la radio franquistas estaban estrechamente vigiladas por el ministro de información y turismo, Arias Salgado, pero las emisoras extranjeras sí hablaban del asunto.⁴

³. Muchos de los camaradas que nos reuníamos en aquellas tertulias dominicales pasarán al grupo marxista-leninista *Proletario* en enero de 1964 y al PCEml en octubre del mismo año. Me temo que también la gran mayoría abandonarán la lucha al producirse en 1965 la fracción trotskista de que hablaré más abajo.

⁴. Recuerdo haber sintonizado también Radio Marruecos, de Rabat, relatando detalles verídicos de la manifestación.

Unas semanas antes de realizar esas manifestaciones habíamos iniciado la práctica de reunirnos en las células del partido (que iban por facultades, estando yo, evidentemente, integrado en la de filosofía y letras) y, paralelamente, en organizar la nueva Federación Universitaria Democrática Española, o FUDE, que era un anti-SEU y cuya denominación recordaba la de la FUE de antes de 1939, Federación Universitaria Escolar, el sindicato progresista. La idea era que a la FUDE podían pertenecer todos los antifranquistas de todas las ideologías y otros estudiantes que simpatizaran con ideas democráticas sin necesidad de tener un color determinado. Contaba con el respaldo del PSOE (que no agrupaba más que a un exiguo puñado de individuos), el PCE, el «Felipe» (Frente de Liberación Popular, o FLP, un partido creado por Julio Cerón de ideología mutante, vagamente anticapitalista y a la sazón de inclinaciones favorables al socialismo yugoslavo del mariscal Tito); tal vez alguno más.

Capítulo 2.— La FUDE y el seminario de Arrás (1962-63)

Tras el paréntesis estival, las actividades de la FUDE y de la célula del PCE se reanudaron en el otoño, en aquel tensísimo mes de octubre de 1962 en que parecía que la guerra termonuclear entre la URSS y USA iba a estallar de un momento a otro, lo cual —según la tesis asumida por los partidos comunistas entonces— sería el fin del mundo. Fue poco después del desenlace de la crisis de los misiles cuando un día, esperándome a la salida de clase Carlos Piera, me dijo que se me designaba para ser representante de la FUDE de la Facultad en el Comité Interfacultativo, que era el órgano supremo de esa Federación, toda vez que sólo existía en la Universidad de Madrid.

Acepté tal nombramiento. Acudí a la primera reunión, en una zona de Madrid que desconocía, en la calle López de Hoyos, en casa de Paco León, el delegado de Ciencias, también camarada del PCE. Formóse así un grupo de miembros del Interfacultativo militantes del PCE; tal grupo no constituía una célula, sino que cada uno de nosotros seguía militando en su propia célula (la de su respectiva Facultad). Teníamos como director del grupo y enlace con la dirección (por lo tanto con Federico Sánchez) a Jaime Tortella,⁵ en cuya elegantísima casa (cerca de la Glorieta de Bilbao) estuve muchas veces.⁶ Ese grupo especial lo formábamos Paco León, Jacinto Candelas (de Medicina) y yo. (Más tarde se agregó el nuevo delegado de Derecho, mi amigo Manuel García Martínez.)

Cuando yo me incorporé al comité interfacultativo —en el otoño de 1962— el representante de Derecho era Rodrigo Bercovitz, que tenía fama de ser simpatizante socialista, pero lo dejó poco después de mi llegada; lo sustituyó —como acabao de decir— mi amigo y compañero del Preuniversitario, Manuel García Martínez, quien por entonces pasó de su anterior peronismo al comunismo; ingresó

⁵. Trátase de Jaime Tortella Casares, profesor de historia de la música (jubilado) y Responsable de la Editorial Arpegio. (Hijo de D. Gabriel Tortella, un directivo de la Editorial Tecnos.)

⁶. El piso era lujoso; jamás en mi vida he visitado ninguna otra morada tan suntuosa. Tal vez sea que —por citar las palabras del *Juan Tenorio* de José Zorrilla— yo, si a las cabañas bajé, en cambio a los palacios no subí —ni he subido nunca.

en el PCE (no por instigación mía) y se unió a nuestro grupo; en cambio, Jacinto dimitiría meses después, siendo reemplazado por Pilar de Miguel, que nunca perteneció al partido.

Por la Facultad de Políticas hubo varios representantes que se sucedieron. El primero fue Rodrigo Uría, también con fama socialista y que suscitaba escasas o nulas simpatías en los demás. Luego vinieron otros, como Carlos Romero Herrera (creo que miembro del FLP), en cuya casa o pensión (creo recordar que en la calle del Pez) organizamos el acto de repudio colectivo de Fraga Iribarne, quien se llevaría el primer y último abucheo de un ministro franquista en los cuatro decenios de terror totalitario.⁷ Poco después de ese acto de protesta contra Fraga, dimití. Estaba bastante cansado.

Al final del curso —ya no figuraba yo en ese comité— se intentó otro acto similar contra otro ministro, Lora Tamayo, en mi Facultad, cuando iba a investir del doctorado *honoris causa* a unos académicos extranjeros; Sandoval, alumno de derecho, prorrumpió en exclamaciones, pero no se logró que aquello cuajara. Sandoval fue expedientado y sancionado; el acto había fracasado.

El 5 de abril de 1963 había sido fusilado Julián Grimau. La conmoción y tensión política fueron enormes. Todos nos sentíamos exasperados. A la vez la represión se intensificó. Si, hasta ese momento, se burlaban un poco de la FUDE (el propio Aranguren me dijo en un pasillo que los de la FUDE éramos como los de Acción Católica, nos conformábamos con reunirnos y charlar, sin entrar en acción), la cosa se puso seria y la vigilancia se endureció. Parejas de policía armada a caballo vigilaban los puntos estratégicos de la Ciudad Universitaria.

Si unos meses antes yo había desplegado los recursos de mi imaginación para, usando medios rudimentarios —como planígrafos—, hacer y distribuir propaganda antifranquista y pro-FUDE (octavillas, colocación de carteles, rótulos, graffiti), ahora no creía propicio el momento para que nos lanzáramos a arriesgadas distribuciones de panfletos. La dirección del PCE (o sea, de nuevo Federico Sánchez) consideró que sí, que había que arriesgar. Y hubo un plante, tras muchas discusiones. Nos amenazaba una sanción por indisciplina. No obstante, se nos perdonó.

Así las cosas llegó el verano y se nos anunció que el partido iba a celebrar un seminario de estudio y debate ideológico en Francia; cada célula debía enviar algunos camaradas para participar. Me apunté. También lo hizo mi hermana. Hubo algunas discusiones con Lourdes Ortiz, Jesús Munárriz y otros camaradas, pero se confirmó nuestra participación y la de Santiago González Noriega; no recuerdo si acudió alguno más de la célula de filosofía. Por derecho fueron Juan Francisco Pla y otros pero no mi amigo Manuel G^a Martínez.

Tras obtener el pasaporte y el visado de salida, emprendimos, una noche del mes de julio de 1963, el viaje en la estación del Norte, rumbo a Irún. Hubo que

⁷. Lo cuentan muy resumidamente Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo* (2), Ed. Arcos Vergara, 1984, t. 2, pp. 178.

contar en casa la trola de que iba a trabajar a una librería de la rue saint Jacques.⁸

El viaje era larguísimo. Se daba vuelta por Venta de Baños y el tren (con locomotora de carbón) iba a la velocidad de los del siglo precedente. La llegada a Hendaya se produjo con retraso, habiendo perdido la conexión para París. Hubo que esperar varias horas deambulando por la ciudad (primera y última ocasión que he tenido de verla un poco). El tren Hendaya-París me encantó. La llegada a la estación parisina de Austerlitz también.

Francia y especialmente París siempre han sido atractivos en España, para unos por unas razones y para otros por otras. Para mí lo fascinante era la técnica, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas (en jerga marxista). Pensé que en un país así era más difícil justificar la necesidad de una revolución proletaria, ya que al menos la burguesía ofrecía unas instalaciones públicas —y, por lo tanto, unos servicios— de enorme calidad, impresionantes, magníficos, prodigios de la capacidad humana, como lo eran los trenes franceses de la SNCF y el metro parisino, todo espacioso, rápido, eficaz, bien hecho, lejos de la incomodidad, la angostura, el descuido, la fealdad, la lentitud y la insuficiencia de los servicios equivalentes en España.⁹

Al bajar del tren en París nos esperaba Pla, quien nos condujo a un hotel. No había plazas. Estuvimos toda la noche y buena parte del día siguiente dando vueltas por París. Es una de las pocas veces que he visto el despertar de París hacia las 4 de la mañana en las calles. Por la tarde emprendimos viaje a Arrás en tren y de allí viajamos (no recuerdo si en autocar) a una casa de campo del PCF (un *chateau*), prestada al PCE para celebrar el seminario.

Llegábamos una avanzadilla. Nos acogió un camarada veterano de Madrid que, sin ostentar cargos de responsabilidad, se las dio de jefe o superior y nos trató con aspereza, como sin duda pensaba que había que tratar a los pipiolos (me imagino que algún sargento en la Mili acogerá así a los bisoños reclutas). Al día siguiente empezaron las sesiones. Luego fueron llegando muchos más camaradas.

⁸. Una conocida de mis padres que viajó a París, Carmen Lillo, fue a visitarme a esa librería y no la encontró evidentemente.

⁹. Todavía hoy la distancia sigue siendo abismal. Mientras no se reconozca, no se hará nada por colmar esa brecha. Lo que pasa es que actualmente está más disimulada u ocultada, porque las autoridades franquistas y borbónicas han impulsado e impuesto el modelo automovilístico; y, en ese rubro, España sí ha avanzado (para mal) a pasos de gigante, convirtiendo la vida de las grandes aglomeraciones en un infernal pandemonium, donde el peatón tarda unas cuantas horas en su desplazamiento diario. Para el usuario del transporte público sigue siendo un suplicio vivir en la España de 2020 —pese a las indiscutibles mejoras de los últimos años—, por el tiempo invertido, el inconfort y las penalidades que se padecen, los larguísimos períodos de espera, los malos trasbordos y las pésimas o escasas interconexiones, todo lo cual contrasta con el sistema francés de transporte público en cada uno de esos aspectos. Sin embargo, el transporte público madrileño de 1963 era tal que hoy sería difícil de reflejar: decir que en el metro se viajaba como sardinas en lata sería una imagen manida pero apropiada (prácticamente se entraba y se salía arrastrado por una muchedumbre donde el individuo se disolvía en la masa); podían durar —imprevisiblemente— entre dos minutos y dos horas las esperas de las «camionetas» para ir a Moratalaz, La Elipa, el Barrio del Pilar o cualquier otra urbanización del extrarradio; no había ni un solo banco en los andenes, ni marquesinas en las paradas. La red metropolitana no cubría más que una pequeña área de la villa. Y en cuanto a los trenes de la RENFE —aunque ya habían mejorado mucho (en relación al calamitoso desastre de la posguerra)— era visible su inferioridad con relación a los cómodos y rápidos trenes de la SNCF.

Aunque he leído en algún libro que a Federico Sánchez (o sea Jorge Semprún) no le permitió el Comité Ejecutivo participar en el seminario, es falso. Allí estuvo los primeros días y fue él quien inauguró el seminario, aunque luego se marchó, cuando llegaron Claudín y más tarde Carrillo, junto con una cohorte de estudiantes e intelectuales del partido, principalmente de Madrid y Barcelona.¹⁰ Entre los presentes estaban: Ignacio Romero de Solís, Enrique Líster, Armando López Salinas, Carmen Azcárate (hija de Manuel, otro dirigente del partido, allí presente), Jesús Izcaray, Juan Gómez (Tomás García) y muchos más, a quienes yo no conocía. Todos usamos nombres de guerra. El mío era «Gregorio».¹¹ Santiago González Noriega (que no viajó con nosotros desde Madrid) tenía un nombre que no recuerdo.

Desde el primer día empezaron las discusiones. Acababa de estallar el conflicto ideológico chino-soviético. Nosotros nos posicionamos a favor de las tesis chinas, aunque en realidad lo que nos empujó a decantarnos en ese sentido era un problema de política española, el de la reconciliación nacional, en lo cual veíamos —con razón— un implícito abandono de la lucha por la República, una inconfesa aceptación de la legitimidad del régimen y una propuesta de convergencia con un sector de la oligarquía en el poder para propiciar un cambio sin reivindicación de la causa defendida por el PCE en 1936-39.

Mientras tanto, estando nosotros *in albis* al respecto, en el seno del ejecutivo el dúo Claudín-Sánchez abogaba por un posicionamiento más tajante en ese sentido de la reconciliación nacional, abandonando las ambigüedades, dando garantías a los oligarcas evolucionistas de que el PCE no luchaba por ninguna revolución ni nada parecido, por ningún cambio de sistema social ni de correlación de clases sociales, sino exclusivamente por modificar las «formas fascistas de poder de la dictadura del capital monopolista», sin quebrantar esa dictadura (sólo se querían alterar las formas de poder de la misma). Claudín-Sánchez vinculaban esa orientación a un alejamiento respecto a la Unión Soviética, una radicalización de la desestalinización y un alineamiento con Togliatti, el jefe del PC italiano.

Creo que en aquel seminario Carrillo diseñó su maniobra y perfiló su postura: mantener la adhesión a la dirección soviética, a Nikita Jruschof, pronunciándose en contra de las tesis chinas, y reafirmar la política de reconciliación nacional, pero seguir presentándola como una acción desde abajo de las masas populares con un planteamiento de lucha antimonopolista y así, en

¹⁰. Ya en esa primera sesión, o sesión preliminar, del seminario choqué con Federico Sánchez —hombre rudo, altivo, desdeñoso, un aristócrata. Pienso ahora, retrospectivamente, que él seguramente me conocía de oídas, a través de Jaime Tortella, aunque posiblemente yo fuera un insignificante pipiolo para él, a quien ni siquiera se le había ocurrido imaginar que iba a haber jovencuelos que salieran a defender las tesis chinas —y menos un imberbe con aire casi infantil. Llegó al poco —y permaneció más tiempo en las sesiones del seminario— Fernando Claudín, más educado y cortés, pero frío, distante, como crispado o irritado —sin duda enormemente contrariado por nuestro alineamiento prochino. Mucho más hábiles y afables fueron Manuel Azcárate, Jesús Izcaray, Santiago Carrillo, etc. Líster fue de una cordialidad o camaradería sin efusión pero que se hacía muy cercana (aunque es posible que esa impresión mía fuera simplemente producto de un sentimiento de simpatía que él captó y quizá de un cierto acuerdo subyacente con algunas de las tesis que yo defendía, aunque naturalmente no podía manifestarlo en aquella ocasión).

¹¹. Una irónica alusión al ultrarreaccionario papa Gregorio XVI, aunque eso no tenía por qué saberlo nadie.

equidistancia, diferenciado de la postura de Claudín que claramente apostaba por un PCE que se limitara a secundar eventuales decisiones oligárquicas de cambio de régimen por arriba.

Las divergencias entre Carrillo y Claudín no se manifestaron, pero alguna diferencia de matiz se percibía vagamente; o quizá de tono o de talante. Me imagino que en esa lid Carrillo quería al menos contar con el apoyo de los jóvenes radicales, mostrándonos el mejor lado de la política oficial del PCE. Lo que nos exigieron no fue que estuviéramos de acuerdo con la política del ejecutivo, sino que concordáramos en que debíamos batirnos en las posiciones del partido, cualesquiera que fueran nuestras opiniones particulares.

En aquel seminario leyóse (aunque no en sesión plenaria) un escrito de Manuel Sacristán sobre la transición pacífica al socialismo (propugnando las tesis de Palmiro Togliatti), igual que se leyeron y comentaron diversos textos de los comunistas chinos (los habíamos comprado en París de paso y los llevamos al seminario para someterlos al debate, porque, naturalmente, sabíamos que la dirección no lo iba a hacer; uno de esos textos fue la famosa carta de los 25 puntos de 14 de junio de 1963 sobre la línea general del movimiento comunista internacional).¹²

Tras múltiples discusiones sobre literatura, arte, filosofía, economía, la situación española, el contexto internacional, el carácter de clase de la revolución española y la etapa en que estábamos (según la tesis oficial, antifeudal y antimonopolista, tesis rechazada por Claudín según lo he dicho ya), y tras varios debates en los que me fui quedando solo (una noche tuve esa sensación: yo tenía una opinión que nadie más compartía), claudiqué y tuve al final que abrazarme con D. Santiago; aunque creo que más pudo el embrujo de los actos de liturgia y ritual, los discursos recordando la trayectoria del partido y toda esa técnica de exaltación de almas que la tradición comunista supo desarrollar, y que tanto se parece, sin duda, a los rituales de las sectas religiosas —aunque personalmente no los he vivido—, un parecido explicable no sé si por paralelismo funcional o por influencia.

¹² Ese texto no sé quién lo redactó. No he visto abordada esa cuestión en los muchos libros que he leído en años recientes sobre el cisma chino y sobre la vida de Mao Tse-tung. Es una pieza magistral, no sólo muy bien escrita y argumentada, sino, además, irreprochable desde la ortodoxia marxista-leninista. No incurre en exageraciones ni en impropiedades. Yo me dejé convencer; los textos soviéticos, a su lado, eran ramplones y pedestres.

Y es que los chinos les daban sopas con ondas a los soviéticos en capacidad discursiva y poder de persuasión. Parece mentira que un Suslof, el presuntamente gran ideólogo del PCUS, se revelara totalmente incapaz de ofrecer ninguna respuesta convincente. En Moscú se manifestaban ofendidos y ultrajados, lo cual bastaba para afianzar la adhesión de quienes colocaran por encima de todo la lealtad a la Unión Soviética y la fe en la inmaculada justeza del partido de Lenin, dirigiéralo a la sazón quien lo dirigiere. A los que exigíamos argumentos ideológicos eso no podía satisfacerlos.

Al abrazar las tesis chinas, consistió mi error (el de un atolondrado jovencuelo sin experiencia) en no esperar a ver cómo se desarrollaría ulteriormente la polémica. Evidentemente sí, en lugar de los «25 puntos», lo que hubiera leído yo en el verano de 1963 hubieran sido los textos chinos de 1966, jamás me habría sumado a su cisma.

Tras esas semanas en Arrás, pasé unos 15 días en París en compañía de Santiago González Noriega.¹³ Nos alojamos en la Cité Universitaire, en la Maison du Maroc.¹⁴ Nos acompañó un estudiante sevillano al que habíamos conocido en Arrás. (Más abajo me volveré a referir a esa estancia parisina, durante la cual conocimos a un personaje que reparcerá en mi vida al año siguiente.) Visité diversos museos. Santiago y yo no teníamos los mismos gustos ni las mismas orientaciones filosóficas (a mí ya entonces me preocupaba la dialéctica, la contradictorialidad de lo real, la lógica matemática como vehículo para formalizar esas ideas; a él el marxismo vitalizante de Lucien Goldmann, André Gorz, Kostas Axelos y la ya entonces extinta revista *Arguments* y cosas así). Ni éramos muy compatibles en actitudes vitales ni en disponibilidades económicas (él pertenecía a una familia burguesa). Él se aferraba a nuestra paradójica amistad, que a mí me agobiaba. Me imponía su compañía, teniendo que ir juntos a todas partes (yo hubiera preferido más soledad). En cambio nuestro amigo sevillano, muy ligón, iba por su cuenta, si bien paseamos juntos varias veces.

Capítulo 3.— La escisión de 1964: el grupo Proletario

A fines de agosto de 1963 estábamos de regreso en Madrid. Deseábamos la paz en el partido pero ésta no vino.

Una de las primeras chispas del incendio de la escisión la dio un ardid de la dirección estudiantil del PCE, la cual montó —no sé si con el auxilio de universitarios de otras corrientes ideológicas— una reunión amañada en la que unos cuantos congregados —que carecían de mandato alguno para tal decisión— dieron la FUDE por finiquitada y, en su lugar, crearon la CUDE —que me parece que, en rigor, nunca existió—. Les molestaba la FUDE porque tenía una connotación roja; era legítimo —aunque, desde luego, debatible— pretender reemplazarla por otra organización; lo objetable fue ese método de maniobras y pucherazos.¹⁵

¹³ Sobre Santiago González Noriega, v. la entrada de Google, un artículo de Gustavo Bueno (<http://www.nodulo.org/ec/2003/n022p02.htm>) y también una reseña biográfica publicada en el sitio «Filosofía en español»: <http://www.filosofia.org/ave/001/a178.htm>.

¹⁴ La estancia debió de durar un par de semanas. Al final de la misma, ya terminaba el mes. Recuerdo estar en las calles parisinas durante la fiesta del 25 de agosto, 19 aniversario de la liberación de la capital francesa. La víspera se cumplía otro aniversario, evidentemente silenciado: el día de San Bartolomé del año 1572 había tenido lugar la matanza de hugonotes en la ciudad del Sena.

¹⁵ V. sobre ese intento de reemplazar a la FUDE por una nueva CUDE, más políticamente anódina, lo que cuenta Julio Antonio García Alcalá, *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA): De Julio Cerón a la Liga comunista revolucionaria*, Madrid: CEPC, 2001, p. 159.

Luego vinieron las maniobras para excluírnos de un comité de redacción de una revista destinada a los intelectuales.¹⁶ La hostilidad que nos manifestaron, fuerte y agria, se patentizaba en muchas conductas cuyo detalle no recuerdo.

También jugó un papel nefasto el malhadado artículo publicado en *Pravda* bajo la firma de Dolores Ibarruri, «Contra un falso y peligroso derrotero», que echaba leña al fuego del conflicto doctrinal chino-soviético, en lugar de buscar un apaciguamiento —que es lo que yo hubiera anhelado. (Era, además, erróneo el contenido del artículo, achacando a los camaradas chinos posturas que no eran las suyas, en lugar de abordar el debate ideológico planteado en la ya citada Proposición china de los 25 puntos.)

La organización estudiantil del PCE estaba dirigida por claudinistas, temerosos de que los radicales pudiéramos tomar pequeñas posiciones que minaran sus ya no muy prósperas posibilidades dentro del PCE.¹⁷

Sé que el nuevo responsable de la organización intelectual en el interior, camarada Costa (José Sandoval) —cuya memoria guardo con gran respeto—, hizo lo posible por buscar un entendimiento que previniera la ruptura, pero era boicoteado por quienes lo rodeaban, que deseaban que nos largáramos con viento fresco. Y cometimos el gravísimo error de largarnos con viento fresco.¹⁸

¹⁶. Según he sabido decenios después, ya existía tal revista —si bien yo no recuerdo haber tenido nunca en mis manos ningún ejemplar de la misma—, dirigiéndola, a la sazón, Manuel Martínez Chicharro. Desde París, al parecer, impartió Carrillo la orden de que lo reemplazara yo en esa dirección, boicoteándolo el núcleo claudinista que controlaba la organización universitaria e intelectual. Me lo contó el propio Martínez Chicharro el miércoles 25 de enero de 2012, al coincidir ambos en un acto de presentación del archivo Aranguren en el centro donde yo trabajaba, el Instituto de Filosofía del CSIC. (Aparentemente ya nos habíamos reunido anteriormente una vez, en 1963.)

¹⁷. Las discusiones que, durante el otoño de 1963 y comienzos de 1964, tuvieron lugar en la organización estudiantil del PCE las recuerda así Riccardo Gualino Garófalo: «Éramos todos universitarios. Permanecíamos dentro del PCE, pero ya estaba marcada la batalla entre las posiciones de los 'chinos', por un lado, y las de los 'soviéticos', porque entonces todavía no había eurocomunismo. Recuerdo, por ejemplo, un seminario de economía política en el cual se armó un debate sobre las cuestiones políticas de fondo, sobre la política de Santiago Carrillo de la reconciliación nacional, y las posiciones de los chinos y de los rusos: Kruchev, la coexistencia pacífica. En fin, todas lo que formaba parte de las discusiones de entonces. El seminario lo dirigía un camarada que se llamaba Lorenzo Peña y aquello acabó con los partidarios de la política oficial del PCE bloqueando la reunión» —v. el suelto de Alfredo Grimaldos «Riccardo Gualino, 50 años de lucha comunista», *El otro país*, Sept 2010. Riccardo Gualino era estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, sita en la calle Ancha de San Bernardo. Militó en el PCE y luego en el grupo Proletario y en el PCEml. Herido por la Guardia Civil en una distribución de propaganda el 6 de marzo de 1965, fue detenido, junto con Luis Catalán, siendo ambos condenados por el Tribunal de Orden Público (TOP) a 7 años de presidio. A su salida de la cárcel, militó de nuevo en el PCEml y posteriormente en el FRAP, sufriendo nuevas detenciones y torturas, ya bajo el reinado del general Borbón y Borbón. Riccardo Gualino llegó a ser miembro del comité ejecutivo y del secretariado del comité central del PCEml. V. mi escrito «Vidas entrecruzadas: Riccardo Gualino y yo», <http://eroj.org/aj/gualino.htm>.

¹⁸. La ruptura implicó también desgarramientos dolorosos. Cuando se estaba gestando, en los meses que siguieron al regreso del seminario de Arrás, vino a verme Paco León, el camarada de la Facultad de Ciencias; trabajando juntos en el comité interfacultativo de la FUDE habíamos simpatizado mucho uno con otro, sin jamás llegar a la amistad personal. Y me interpeló fuertemente: «Lorenzo, tú no eres el único depositario del marxismo-leninismo». Su principal argumento era que la dirección del PCE contaba con el apoyo de la militancia de base y de los viejos cuadros, de los viejos militantes; que yo me empecinara en seguir mi propio criterio implicaba desestimar ese veredicto del estado de opinión generalizado en la militancia comunista española.

Todavía tuvimos que padecer una escisión dentro de la escisión. Habíamos formado un comité de disidencia alguno de cuyos miembros —no sé si confabulados con la dirección del PCE o sólo porque en el último momento cambiaron de opinión— nos abandonó en el momento de la ruptura, que no tardó mucho.

Fue, en particular, dolorosa y desconcertante para mí la actuación, de un compañero, un tal Calvet o Calbet, mallorquín. Habíamos hablado extensamente y estábamos de acuerdo; mas, siendo Calbet delegado de la Facultad de Filosofía en el Comité Interfacultativo de la FUDE en diciembre de 1963/enero de 1964 —o sea justo en el momento de la escisión—, acudió a una reunión congregada y celebrada de manera muy extraña —totalmente de espaldas a la base, y ciertamente manipulada por el sector claudinista de la organización estudiantil/intelectual del PCE (ignoro hasta qué punto con aquiescencia de la dirección central)—; ya he aludido más arriba a esa reunión, en la cual se tramó la eliminación de la FUDE para reemplazarla por una nueva entidad, la CUDE,¹⁹ políticamente más aséptica (sin duda el primer paso hacia el futuro «sindicato de estudiantes», constituido un par de años después). Calbet, aceptando tal maniobra, disimuló y justificó las irregularidades; tal vez por no reconocer que se había dejado sorprender o captar, cambió la chaqueta, pasándose al otro bando, junto con algunos amigos.

Fue mi primer contacto con el síndrome del embajador. Mi ingenuidad sufrió un duro golpe. Posteriormente me he percatado de cuán común es ese tipo de comportamiento. Haber discutido con la gente, haber razonado y llegado a conclusiones comunes no garantiza nada porque muchos son los que se dejan influir por halagos, ardides o triquiñuelas: van a parlamentar con un oponente y vuelven como agentes suyos. La firmeza es una cualidad menos frecuente de lo que —si la experiencia no me hubiera aleccionado— me llevaría a pensar mi propio temperamento obstinado (o, si se quiere, impermeable).

Sea ello como fuere, resultaba muy dolorosa la situación en que estábamos quienes, entre diciembre de 1963 y enero de 1964, habíamos decidido romper con el PCE, pero, de momento, seguíamos militando en él. Daba remordimiento de conciencia estar en un grupo fraccional, lo cual era contrario a toda la tradición comunista. Había en eso una duplicidad insoportable. Mas, ¿qué hacer? ¿adónde ir? ¿Cometeríamos la locura de lanzarnos solos a la creación de una nueva organización política? ¿Irábamos al FLP (Frente de Liberación Popular, alias «el Felipe»), un grupo sin ideología clara ni perfil identificable? Esta opción la descartamos todos salvo uno solo de entre nosotros: Chicho Sánchez Ferlosio. Incluso su mujer, Ana Guardione, estuvo con nosotros al buscar otra opción. (Al FLP volveré a referirme unos párrafos más abajo.)²⁰

¹⁹. Aunque mi recuerdo es que «CUDE» abreviaba a «Confederación universitaria democrática de España», he leído en otro lugar que la «C» se refería a «conferencia». V. Julio Antonio García Alcalá, *op.cit.*, p. 159.

²⁰. Del FLP ofrece un relato documentado y objetivo el libro ya citado de Julio Antonio García Alcalá. Una de sus insuficiencias es que son escasas y, en buena medida, erróneas —al menos inexactas— sus referencias al PCEml y a los grupos m-l que en él se unificaron en octubre de 1964. El autor, al parecer, no ha hecho esfuerzo alguno para consultar a nadie que estuviera involucrado en el movimiento prochino.

La desgracia fue que contactaron con nosotros por entonces (fines de diciembre de 1963) unos hombres de diversas edades que nos mintieron, engatusándonos. No sé por dónde vino ese contacto. Había, en realidad, dos conjuntos: uno era unimembre, el formado por un tal Pepe (cuyo nombre real era «Francisco Crespo Méndez» y que luego jugará un nefasto papel) y el otro era una peña de amigos que, al parecer, venían del falangismo de izquierda y cuyo jefe de filas era Manolo (José Luis Alonso).²¹

Manolo fue el embaucador. Hízonos creer que tenían organizados grupos de obreros en muchas ciudades. Además nos trajo un periódico, *Proletario*, que habían sacado en París y un número de la revista *Révolution* que dirigía (con apoyo chino) el abogado Jacques Vergès (con el cual *Proletario* parecía estar en contacto).

²¹. El mayor error de mi vida, el más calamitoso, fue esa decisión —tomada entre el otoño de 1963 y enero de 1964— de escindirme del PCE para embarcarme en la absurda aventura del prochinismo. Fui entonces víctima: (1) de mi propia inexperiencia e ignorancia; (2) de mi airada reacción contra el artículo de la Pasionaria en *Pravda* atacando, con malos argumentos, a la dirección pequinésa (traicionando así mi propia pauta de no decidir nada en caliente); (3) de los errores comunicativos de los camaradas soviéticos (quienes resultaron unos pardillos frente a la traímada habilidad propagandística de Mao); (4) de la repugnancia que inspiraba el destructor del comunismo, Niquita Jrushchov; (5) del justificado rechazo de la línea carrillista de reconciliación nacional; y, finalmente, (6) del bluf de Manolo —del cual voy a hablar a continuación. (Cómo me dejé embaucar por la propaganda antisoviética de los chinos lo he comprendido al leer el libro de Lorenz M. Lüthi, *The Sino-Soviet Split: Cold War in the Communist World*, Princeton U.P., 2008.)

Resultó desastrosa aquella ruptura, no sólo para mi propia vida y la de mi compañera, sino también para la causa por la cual luchábamos. No quiero decir con ello que fuera correcta la línea de la dirección carrillista del PCE. ¡Nada de eso! Según se demostrará en la transición, bajo la jefatura de Carrillo venía siguiendo el PCE una línea equivocada; sólo que, pese a sus errores, era la fuerza real de combate contra la tiranía de Franco.

Además, nuestra crítica al carrillismo siempre fue exageradísima; la dirección del PCE no andaba del todo desacertada en su apreciación de la realidad española, mientras que nosotros vivíamos en el pasado.

Estoy seguro de que, en el seno del PCE, hubiera podido aportar yo mucho más que en un minúsculo partido disidente, que —según se verá en las siguientes páginas— se irá enfrascando en sus propios errores ultraizquierdistas, no menos funestos.

Dando un gran salto en el tiempo, mencionaré que el lunes 17 de octubre de 2011 comencé la lectura del libro autobiográfico de Ricardo Gualino Garófalo, quien, pocas semanas después, tuvo la gentileza de venir a verme a mi despacho de la calle Albasanz (barrio madrileño de Simancas), con su mujer Matilde. Pasamos juntos toda la jornada del viernes 4 de noviembre. Aquel intercambio me hizo reflexionar sobre mi grave responsabilidad. ¿Qué consecuencias había acarreado mi catastrófico error de 1963/64 decantándome por la opción china? Recapacitando, pienso que, con mi discurso, con mi argumentación, con mi elocuencia, arrastré entonces a muchos camaradas por esa vía incorrecta; camaradas cuyas vidas serán, a veces, trágicamente afectadas por esa lucha. No sé si en ella sufrieron más o menos que yo (no lo puedo medir), pero, sea como fuere, mis padecimientos distaron de ser los únicos.

Sin mi participación ¿hubiérase constituido el grupo Proletario en el interior? Lo dudo. Proletario del exterior era aún menos que los otros dos grupos prochinos y posiblemente no habría sido integrado a la hora de formar un PCEml. Pero ¿ese PCEml habría sido el PCEml, caracterizado por las señas de identidad ideológicas que vinieron esencialmente marcadas por mis intervenciones en la conferencias del Alhambra y en el Pleno de Bruselas? (El nombre no hace a la cosa.)

Si todo eso hubiera resultado positivo para la lucha contra el franquismo, puede que se hubiera justificado. Pero ¿fue así? Cabe dudar. Permaneciendo dentro del PCE habría contribuido yo a reforzar los esfuerzos de camaradas —como Enrique Líster— que pugnaban internamente contra la deriva carrillista. ¿Estoy haciéndome ilusiones y exagerando mis posibilidades? No lo sé. En cualquier caso, esas reflexiones me causaron acoñoja y remordimiento.

Révolution respondía plenamente a mi personal visión tercermundista, por encima de todo, antiimperialista más que anticapitalista.²²

Quien firmaba los principales artículos de *Proletario* era Martín Valdés, un desconocido. No sé qué indicio me puso la mosca detrás de la oreja, pero pregunté si tenía algo que ver con eso Antonio López Campillo. Manolo me aseguró que no.

El tal López Campillo era un físico a quien yo había conocido en París (igual que a su mujer) en la segunda quincena de agosto de ese año 1963. La presentación la hizo el estudiante sevillano al que me he referido unos párrafos más arriba. Tuvimos por entonces un par de entrevistas.

López Campillo era un hombre culto, trosquista a machamartillo. Inteligente, amable, hablador hasta ser casi dicharachero, buen argumentador, de un marxismo fundamentalista estricto, me dio la impresión de ser poco dialéctico; incluso discutimos algo de la dialéctica de la naturaleza. Hubo cordialidad en esas dos charlas de café (nunca mejor dicho, porque nos reunimos en torno a la mesa de alguna terraza). Pero el desacuerdo político era total. Nos separaba un mundo.

Más tarde he sabido otras cosas de su trayectoria, que yo por entonces ignoraba. Había sido un protestante ferviente y proselitista; no sé si pastor, creo que sí. En la segunda mitad de los 50 se pasó al marxismo, en su variante trosquista. Luego militó, ya en París, en el FLP,²³ siendo, al parecer, un dirigente del mismo y ardoroso partidario de iniciar inmediatamente una lucha armada, una mezcla de guerrilla urbana y rural. Tales posiciones, llevadas a su radicalidad, determinaron su expulsión del FLP hacia 1962.²⁴

Siendo un firme partidario de las tesis de León Trosqui en todo, pero habiendo visto fracasar su militancia en el FLP (y no sé si previamente en alguna otra organización), creyó hallar una oportunidad en la desavenencia chino-soviética. Pradójicamente, se lanzó así, en diciembre de 1963, a participar en una naciente agrupación que se alineaba con las posturas de Mao Tse-tung, la defensa del

²². En aquel período leí otros escritos sobre el incipiente conflicto chino-soviético, como el libro de François Fejtö, *Chine-URSS, Tome 1: La Fin d'une hégémonie: Les origines du grand schisme communiste, 1950-1957*, París, Plon, 1964. (Nunca he llegado a leer el t. 2, que saldrá dos años después. Me temo que tampoco pude leer su obra anterior *Histoire des démocraties populaires*, Éditions du Seuil, 1952.)

²³. Sobre la participación de Antonio López Campillo en el FLP da muchos datos Julio Antonio García Alcalá, *op.cit.*, pp. 103ss y *passim*.

²⁴. V. *op.cit.*, pp. 105, 107, 109. La dirección del FLP estaba preparando en serio la lucha armada, haciendo provisión de armas. Su congreso de Pau —celebrado, al parecer, a finales de 1962 o comienzos de 1963— aprobó una Resolución Nº 14 que creaba la sección C para preparar acciones armadas (J. A. García Alcalá, *op.cit.*, p. 141): «Los grupos de acción armados y entrenados para llevar a cabo actos violentos, que hasta ahora se venían incluyendo en el término vago de 'tercera línea'. La actividad concreta de estos grupos comprende toda la gama de violencia». En un texto posterior («¿Qué debe hacer el FLP en su situación actual?» —v. *ibid.*, p. 169) se perfila un plan de acción detallado: «Asaltos a cárceles [...] golpes de mano contra policías especializados en represión política. Los raptos, los sabotajes contra instalaciones de radio, centrales eléctricas, etc. ¿Es esto terrorismo? Pues bien, se llame como se llame, hay que hacerlo». Al parecer, los planes concretos —nunca ejecutados— incluían atentados contra el turismo y el tráfico de carreteras (*ibid.*, n. 52). Tenemos ahí la agenda del guerrillerismo urbano, del *tupamarismo*, en la cual caerá también en 1973-75 el PCEml, aunque sin llegar a esos extremos, porque no efectuará atentados para cortar el turismo o el tráfico rodado.

camarada Stalin frente a los ataques de Jruschof y la del comunismo oficial anterior al XX Congreso del PCUS. Es cierto que la tradición trotskista había desarrollado una táctica, la del entrismo, para salir de su aislamiento —aunque creo que había sido dirigida más bien hacia partidos socialdemócratas.

Así en enero de 1964 quedó consumada la escisión. ¿Cuántos nos fuimos? Creo que varios centenares, pero no lo sé a ciencia cierta. De hecho —según pude percibir poco a poco— sólo existía lo que aportábamos los estudiantes provenientes del PCE. Pepe no tenía a nadie detrás sino sólo ansias de ponerse al frente de un grupo de guerrilla urbana para hacer revolución (no digo la revolución). Manolo no tenía en España más que algún amigo que en la práctica no hizo nada y en París algún otro amigo y unos pocos conocidos, que sumados no significaban prácticamente nada.

Formóse el comité de Madrid de Proletario:²⁵ un triunvirato: Pepe, Manolo y yo. En tal ocasión fui bautizado por mi nuevo nombre de guerra: «Miguel».

¿Qué determinó esa absurda composición de un comité que era, en realidad, hasta donde yo sé, el único órgano directivo real de una organización prochina en España? En mi caso, la decisión fue tomada por una reunión de cuadros estudiantiles, que congregó a varios de los más destacados activistas que veníamos de militar en las filas del PCE, varios de los cuales nos habíamos conocido en Arrás, directa o indirectamente. En esa reunión estuvo, desde luego, mi amigo Matías²⁶ y pienso que también Ramón Cotarelo —aunque éste, al parecer, se apartó inmediatamente, sin llegar a estar afiliado a la nueva organización. (También mi amigo Santiago González Noriega optó por la no-militancia, aduciendo un problema de salud.)

Lo que decidió, en cambio, la entrada de los dos presuntos obreros, Manolo y Pepe, es que, en realidad, se autopromovieron: el primero aupado en el bluf y el segundo por ser algo mayor (unos 35 años) y aparentemente con más experiencia. Ninguno aportaba nada: ni conocimientos teóricos, ni experiencia política (salvo lo poquito que Manolo trajera por haber sido un jefe —no sé si de escuadra o de de centuria— de las falanges juveniles) ni una militancia a la cual ellos arrastrasen ni carisma, ni visión estratégica. *El comunista* —un órgano local que sacamos a multicopista— debió rellenarse con artículos míos en su mayor parte.

²⁵. La organización escogió una denominación que no recuerdo (algo así como «Unión de marxistas-leninistas españoles» —una locución que, con alguna variante, se ha reutilizado a menudo, dando lugar a posibles equívocos). En la práctica se la conoció por el nombre del periódico, «Proletario».

²⁶. El camarada Matías no es otro que Francisco José Vicente-Sandoval Rodríguez, ex-alumno de Derecho acostumbrado a las matrículas de honor, de una familia murciana burguesa y conservadora, con la cual había roto por entonces. Joven inteligente, culto, dinámico, combativo, entusiasta, sincero, honesto y muy comunicativo, no fue siempre bien apreciado por todos los camaradas a causa de sus dos defectos: imprudencia y falta de tacto. De los miembros de la dirección de las organizaciones marxistas-leninistas —en las que militamos juntos— sólo con él me unieron vínculos de amistad personal. Años después, ya ambos en París, nos fuimos distanciando en nuestras respectivas posiciones políticas, sobre todo a raíz de los acontecimientos franceses de mayo de 1968, como lo describiré en detalle más abajo.

Manolo hacía frecuentes viajes a París. Pero insistió y presionó para que yo lo acompañara en dos ocasiones. La primera fue temprano, creo que a comienzos de marzo de 1964. La segunda fue a finales del verano. (No estoy totalmente seguro de si, entre una y otra, se intercaló una tercera, pero creo que no.)

En mi primer viaje a París para participar en el comité coordinador de Proletario sufrí uno de los mayores desengaños de mi vida. Cuando el tren entraba en la Gare d'Austerlitz me dijo Manolo: «Tengo que decirte una cosa: Martín Valdés es Antonio López Campillo». Ante sorpresas así hay muchos modos de reaccionar. Uno, el mejor, habría sido mandarlo todo a paseo, emprendiendo, allí mismo, el regreso para abandonar inmediatamente una militancia basada en la mentira. Y es que hay límites a lo tolerable. Otro modo —equivocado, y es el que adopté— hacer de tripas corazón y querer creer que valía más seguir adelante, ya que nos habíamos embarcado en esa aventura.

La reunión del comité de Proletario fue cordial. López Campillo=Martín Valdés se mostró tan marxista-leninista como el que más, sin insinuar nada de tipo trotsquista, a pesar de que estuvo claro que profesábamos las tesis de la tradición comunista: defensa del camarada Stalin, revolución por etapas, frente unido antioligárquico y antiimperialista y demás temas que eran anatema para un trotsquista.

Al regresar a España, se planteó para mí el problema de si debía transmitir a mis camaradas, en particular a Matías, lo que había visto. Pero en realidad a los demás la figura de López Campillo les era indiferente. El único que había suscitado ese problema era yo, pues nadie más lo conocía. Así que no hablé del asunto. Además, claro, las normas de clandestinidad dificultaban el que yo hiciera confidencias a quienes no estaban en el comité de la organización.

Los meses siguientes transcurrieron desarrollando nosotros una actividad intensa pero poco eficaz. Durante esos meses de 1964 celebré un contacto con un enviado de Claudín, que me quiso catequizar y al que di calabazas. También tuve una serie de citas con un enlace del FLP (a dos de las cuales falté, dándole plantón —una práctica absolutamente insólita en mí, casi siempre muy puntual: una de las veces fue por un viaje a París y la otra por un inexplicable descuido).

Se empantanó nuestra relación con el FLP, que no condujo a nada en absoluto. Era una organización para mí enigmática. Su ideología hacía a todo: trotsquismo, castrismo, guerrillerismo, titoísmo, reformismo gorziano, con presencia significativa de cristianos (sobre todo en sus comienzos) y sin ninguna línea ideológica ni estratégica clara.²⁷ Parecían estar lanzando la lucha armada ya y luego suscribían las mismas tesis que Claudín, desbordando a Carrillo por la

²⁷. También conocí, un poco antes, a Julio Cerón, recién salido de la cárcel, y amigo de Chicho Sánchez Ferlosio y su mujer, en la casa que tenían en la colonia del Viso (calle de Guadalquivir). Por lo que he leído después colijo que en esa casa —u otra en el mismo barrio, pero también perteneciente a la misma familia Sánchez-Mazas— debieron tener lugar reuniones del FLP.

derecha. Su trayectoria posterior va a llevarlos, con muchos bandazos, a un abandono de cualquier perspectiva revolucionaria y en 1968 a la autodisolución.²⁸

Para el FLP, seguramente, nuestra escisión prochina de 1964 fue, de todas las tendencias revolucionarias de aquellos años, la más exótica, la más alejada de sus orientaciones, porque también fue la única que tenía un planteamiento de vuelta al comunismo histórico, al comunismo oficial de antes de 1956 —cosa que ninguna de las escisiones posteriores asumirá en absoluto (y que, en el fondo, la nuestra tampoco acabará asumiendo, aunque yo equivocadamente imaginara que sí, en una visión nostálgica, impropia de mis pocos años y apenas compartida por nadie más).

Nuestro grupo Proletario realizaba intentos de penetración en las fábricas, sobre la base de la única militancia que teníamos, que era la estudiantil. Algún pequeño éxito sí tuvimos. Entre otros medios, acudíamos al reparto de propaganda entre los obreros. Distribuyendo *El Comunista* fue detenido y condenado a presidio —por el Tribunal de Orden Público, TOP— Miguel Ángel Muñoz Moya (Miqui).²⁹

Unos meses después —ya en el verano— Manolo regresó de otro viaje a París y nos dijo que Martín Valdés había sido expulsado por trosquista. ¿Cuándo había empezado a ser trosquista? Esa noticia sí la transmití a mis camaradas, evidentemente. Matías estuvo muy escamado con ese asunto. De nuevo quise creer que, puesto que en el fondo lo que se alegaba era verdad (yo lo sabía de sobra), valía la pena pasar por alto la irregularidad del procedimiento y seguir adelante.

Durante aquel verano de 1964 estuve trabajando de repartidor del diario YA para sacar algo de dinero a favor de la organización, que andaba muy mal de fondos.³⁰

²⁸. V. García Alcalá, *op.cit.* En la pág^a 104 ese autor comenta, con sobrada razón, las relaciones del FLP con los gobernantes yugoslavos: «La Liga de los comunistas yugoslavos no debía confiar mucho en unos estudiantes muy ilusionados pero tan poco realistas que no se percataban de lo descomunal que era su pretendida empresa. Por otra parte, hay que recordar que el gobierno yugoslavo recibía frecuentes préstamos de Occidente a través del Fondo Monetario Internacional y de bancos europeos, una dependencia económica que anulaba las posibilidades de que el país balcánico colaborara en un alzamiento guerrillero en un país aliado de los Estados Unidos, aun en el caso de que hubiese sido su deseo». En la práctica la política del FLP pasó a ser, en lo esencial, de coincidencia con la línea oficial del PCE, cuando no más bien con la tendencia de Claudín, secundando cien por cien sus posiciones (favorecer una evolución del régimen conducente a un eventual pacto con la oposición —*ibid.*, p. 198) oponiéndose totalmente a los planteamientos de los incipientes grupos m-l, como Proletario, y más tarde el PCEml, especialmente en el movimiento estudiantil. V. *op.cit.*, pp. 159-160 (se cita una declaración de Francisco Pereña sobre los acuerdos del FLP con «varios representantes del PCE» para «neutralizar las sandeces prochinas»); p. 232 (abandono de la FUDE en 1966 por el peligro de «un cierto control de los pro-chinos»). Ya en sus postrimerías el FLP andará en acercamientos al grupo Unidad y su rama desgajada, el partido comunista internacional, surgidos en 1968 ó 69. V. *ibid.*, p. 267.

²⁹. Desconozco si los números de *Proletario* y de *El comunista* se guardan en algún archivo. Me imagino que los de la Brigada Político Social deberían contener tal documentación.

³⁰. A fines de ese verano de 1964, creo que en septiembre, hice, con Manolo, el segundo viaje a París, para anudar relaciones con el nuevo comité de Proletario. Allí conocí a Hernán, de quien hablaré después. En aquella breve estancia en París tomé por primera vez conocimiento de algunos panfletos albaneses. Criticaba yo a los camaradas de Proletario que fuera adoptando tonos agrios nuestra controversia con la dirección del PCE y con el PCUS, incurriendo en denuestos y tratándolos como adversarios, en lugar de ceñirnos a una discusión ideológica que, ciertamente, señalara sus errores, pero

El grupo Proletario no avanzaba mucho, pero se mantenía. Tampoco ninguno de los que formábamos la dirección tenía plan alguno para hacerlo progresar.

Capítulo 4.— Creación del PCEml (1964-65)

A comienzos de octubre de 1964 tuvo lugar un nuevo viaje de Manolo a París. A su regreso supimos que el día 4 de ese mes se acababa de celebrar una reunión conjunta de los tres grupos pro-chinos (o «marxistas-leninistas»): la Oposición Revolucionaria del PCE que publicaba *La Chispa* (Ginebra); el «partido comunista de España» [reconstituido], que publicaba *Mundo obrero revolucionario*, MOR; y nuestro propio grupo (Proletario). En esa reunión se habían fusionado los tres grupos en el Partido Comunista de España (marxista-leninista), PCEml.³¹

Hasta ese momento apenas teníamos conocimiento de la existencia de esos otros dos grupos. Del de MOR algo habíamos visto u oído en algún sitio: un desconocido, «camarada Bliz», secundado por una pluralidad de militantes (¿cuántos?), había proclamado —suscribiendo las tesis chinas— encarnar el «partido comunista de España» fetén; para distinguirlo se lo llamó «el PCE reconstituido» (una locución que se presta a equivocaciones por confusión con otras entidades de denominaciones similares existentes en otros momentos). Del grupo «La Chispa» —u oposición revolucionaria del PCE— creo que antes de octubre de 1964 no habíamos oído ni el nombre siquiera. Supimos entonces que MOR y La Chispa eran sendas fracciones desgajadas del PCE, más o menos a la vez que la nuestra, que se habían creado, respectivamente, en París y Ginebra y agrupaban a emigrantes o exiliados españoles. Creo que nunca habíamos leído nada que hubieran publicado ni teníamos la menor noticia de que tuvieran proyección alguna en el interior.

De hecho, por lo que posteriormente he inferido, el único grupo existente en España era Proletario. Es más, ningún militante ni dirigente de MOR o de La Chispa había militado nunca en el interior; todos se habían afiliado al PCE ya viviendo en el extranjero (además de que posiblemente —al igual que Proletario— habían acogido a camaradas que no provenían de las filas del PCE). Eso no es óbice para que tuvieran contactos en España, con los cuales intentaran levantar organizaciones dentro del país. Que yo sepa, sin éxito.

Quedaba convocada una asamblea o conferencia del recién creado partido para decidir la línea política y elegir un comité central. Tendría lugar en París en el fin de semana del sábado 31 de octubre y domingo 1 de noviembre. Allí acudimos

camaraderilmente. Hernán me mostró entonces los folletos albaneses, que se expresaban con furibunda beligerancia, a cuyo lado palidecía nuestra polémica. Tratábase, claro, de un mero argumento de autoridad. Sólo que resultaba difícil seguir apareciendo como un blando o alguien de medias tintas.

³¹. En aras de la concisión, prefiero acortar el nombre de ese partido con la abreviatura «PCEml», aunque es más habitual —y corresponde a la práctica entonces adoptada— escribir «PCE (m-l)».

La reunión tuvo lugar en casa de Huguette Krulik, la novia de Manolo, en el *XVIII^e arrondissement*. Un modestísimo estudio de una sola pieza que más tarde se convertirá prácticamente en la sede del partido durante cierto tiempo. (Si mal no recuerdo, estaba sito en una callecita muy cerca de la estación de metro de Barbès-Rochechouart.)

diez delegados por cada una de las tres extintas organizaciones que el día 4 habían dejado de existir, al integrarse en el nuevo PCEml. En esa conferencia los únicos militantes del interior procedíamos del extinto Proletario. En efecto: del ex-Proletario fuimos en una delegación muy mayoritariamente del interior: Margarita (Ana Guardione), Pepe, Manolo, Julio López Brunet, yo y unos cuantos más.³²

Tuvieron lugar las sesiones en el Teatro Alhambra.³³ Fue una reunión tormentosa. Subterráneamente se habían formado, al parecer, dos tendencias, ambas encabezadas por camaradas provenientes de La Chispa; seguramente las disensiones entre esos camaradas habían sido una de las causas de la integración de los tres grupos —aparte de que era absurdo que estuviéramos separados sin ninguna clara discrepancia ideológica. Creo que la divergencia era esencialmente de incompatibilidades personales y ambiciones encontradas.

El hecho es que sólo teníamos precisos posicionamientos ideológicos los procedentes de exProletario.³⁴ Seguramente como efecto reflejo de esas tensiones subterráneas que ignorábamos, algunos camaradas provenientes de La Chispa (no recuerdo si también de MOR) atacaron nuestros planteamientos. Creo que nos despreciaban, como estudiantillos fatuos y jovenzuelos con ínfulas, por no ser reverentes hacia su veteranía (aunque era cuestionable).

Vieron que llevaban las de perder, porque los procedentes de exProletario éramos los únicos con presencia en el interior y teníamos firmeza ideológica (o eso pareció entonces) y, además, entre los delegados provenientes de La Chispa y de MOR ellos no contaban con unanimidad. Prolongaron lo que pudieron la reunión para que fracasara. Aguantamos. Se eligió un comité central y la reunión se prolongó hasta el lunes 2 por la mañana.³⁵

³². Asistimos a tal conferencia, no a título de representantes de las viejas organizaciones desaparecidas el 4 de octubre, sino de militantes del nuevo PCEml, por más que se hubiera acordado la igualdad numérica entre exmiembros de dichos tres extintos grupos. No fuimos obedeciendo disciplina de grupo, sino a título individual, con independencia de criterio. De hecho surgieron posiciones diversas y aun opuestas dentro de dos de los conjuntos de delegados provenientes de los antiguos grupos: Proletario y La Chispa.

³³. No es que lo recuerde; en algún sitio lo he leído así descrito. Para mí era un lugar incógnito. La reunión no se desarrolló en la sala de butacas del teatro, sino en un cutre cuarto trasero, al cual se accedía por una portezuela lateral (si mal no recuerdo). Yo no supe cuál era ese local ni dónde estaba ubicado.

Ese Teatro Alhambra-Maurice Chevalier (derruido en abril de 1967) estaba sito en la rue de Malte, Nº 50, en el 11^º *arrondissement*. Habíase erigido bajo el reinado de Napoleón III como circo imperial, sufriendo reconstrucciones en 1903, 1925 y 1932. Bajo el gobierno del Frente Popular, en 1936, se denominó «Teatro del pueblo y de la república», dirigido por Louis Aragon. En los años cincuenta era uno de los principales *music-halls* parisinos, habiendo ofrecido escenario a Charles Aznavour, Juliette Gréco, Johnny Hallyday, Léo Ferré, Jean Ferrat, Guy Béart, Jacques Jouanneau y otros descollantes artistas. Después sufrió un declive hasta venir derruido treinta meses después de nuestra reunión.

³⁴. Inmodesta pero verídicamente podría precisar que eran mis posicionamientos, sólo que seguidos por casi todos los demás militantes del naciente PCEml provenientes de Proletario del interior, como Manolo y Julio López Brunet.

³⁵. Yo tuve que regresar en avión con Ana Guardione, habiendo sido ése mi primer viaje aéreo; y ¡ojalá pudiera decir que el último!

Al día siguiente, martes 3 de noviembre, ese círculo de exdirigentes de La Chispa y MOR (Suré, Belmar-Bliz y sus parciales) lanzaron una disidencia frente al recién constituido PCEml. Habían sido elegidos al comité central, pero sabían que no podían manejarlo a sus anchas y que en lo ideológico estábamos los provenientes de Proletario, con unas tesis elaboradas y una plataforma doctrinal articulada. Y no querían eso. Querían ser ellos quienes cortaran el bacalao.³⁶

En Madrid hubo algún que otro individuo a quien los disidentes lograron contactar y embelesar o desconcertar, aunque nunca supe por qué; hay gente para todo.

Nada más regresar a Madrid Pepe (Crespo Méndez) suscitó una trifulca, porque se opuso a la línea de unidad que habíamos seguido, atacó a los camaradas mayoritarios oriundos de La Chispa (Helena y Raúl) y justificó la secesión de los disidentes que provenían de MOR y La Chispa.

Para él resultaba inconcebible que una mujer dejara a su marido y se fuera con otro. De divergencias y discusiones políticas no entendía ni quería saber nada; sólo le interesaban los enredos personales, atribuyendo la división surgida a cuestiones familiares y de ambición. Fue secundado por Margarita (Ana Guardione).

A fin de ponernos de acuerdo nos reunimos los miembros del elegido comité central que nos encontrábamos en el interior. Nada fácil resultaba hallar un lugar adecuado para una reunión tan numerosa. (No recuerdo cuántos éramos, pero mentalmente he contado siete u ocho.)³⁷ Alguien tuvo la idea de hacerlo en la Casa de Campo. Corría el mes de noviembre y había comenzado el frío otoñal, pero se aguantaba con ropa de cierto abrigo. (Afortunadamente no nos llovió.) Caminábamos un rato, luego nos sentábamos para discutir en algún claro entre árboles; cuando nos quedábamos fríos, volvíamos a caminar o cruzar algún arroyuelo o pequeña quebrada hasta hallar otro sitio apropiado. Sólo nos cruzamos con otro grupo de mozalbetes senderistas, que nos miraron un poco extrañados. (Nosotros también éramos jóvenes salvo Pepe.)

De esas discusiones salió la triunfante y unánime aprobación de mis tesis favorables a acatar y respaldar las decisiones de la Conferencia y la validez del comité central en ella elegido, condenando el escisionismo de los disidentes del 3

³⁶. En el archivo de la Soros Foundations Network y la Central European University, en Budapest [<http://www.osaarchivum.org/>] conservan un suelto de Radio Europa Libre, del 13 de noviembre de 1964, en inglés, firmado por un tal William McLaughlin, titulado «Spanish Marxist-Leninist Unite» que relata (un poco embrolladamente y con alguna inexactitud) la constitución de los tres grupos de *Proletario*, *MOR* y *La Chispa* y el acuerdo del 4 de octubre en el que decidieron unirse formando juntos el PCEml, cuyo órgano de expresión sería *Vanguardia Obrera*. La nota reproduce también las reacciones favorables a ese proceso de *La voix du peuple* —portavoz del PC belga prochino que dirigía Jacques Grippa— y de un grupo suizo que encabezaba el marxista sueco Nils Anderson, radicado entonces en Lausana. (En el verano de 1965 mi compañera y yo estaremos acogidos en Lausana, durante varias semanas, en casa de unos amigos franco-suizos, gracias a la mediación de Nils Anderson; fue el tiempo de redacción del *Curso de cuadros medios* del cual hablaré más abajo.)

³⁷. Manolo, Pepe, López Brunet, Paco Sandoval, Margarita, yo, más otra camarada de la Universidad; si no me falla la memoria, había uno más que no consigo recordar.

de noviembre. Pepe quedó derrotado (hasta Margarita, quizá a regañadientes, se inclinó).

En mi pavorosa ingenuidad de pipiolo, híceme la ilusión de que todo se había solucionado. ¡Nanáin! Pepe tascó el freno, preparándose para el siguiente ataque contra el naciente partido. Y Margarita igual. (Unos meses después —con el concurso de Anselmo [de quien en seguida voy a hablar]— formarán la fracción faro-trosquista, que en el otoño de 1965 se subdividirá en dos: las FAR de Pepe, por un lado, y, por el otro, los trosquistas, pronto volatilizados.)

Al poco enteráronse los camaradas del exterior de que en Colombia existía un presunto cuarto grupo m-l español, *España Democrática*. En noviembre o diciembre viajó a Francia uno de sus miembros, Paulino García Moya, camarada Valera.³⁸

Valera había nacido en torno a 1909-1910, contando a la sazón cincuenta y algunos años. En su juventud había estado afiliado, primero, a la Confederación Nacional del Trabajo, CNT, cuando cursaba los primeros años de la carrera de medicina veterinaria. En 1931 ingresó en el PCE. Durante la guerra combatió en el Quinto Regimiento y participó en la formación del comisariado social, con Benigno Rodríguez y el comandante Carlos (Vittorio Vidali). Tras una cadena de exilios, encarcelamientos y peripecias, emigró a Colombia en 1954. Junto con algún otro comunista español radicado en aquel país hermano, decántase por las tesis chinas en 1964, viniendo expulsado del PCE.³⁹

Llegado a Europa, Paulino, de más edad que ninguno, impuso su autoridad. Convocó un pleno ampliado del comité central en Bruselas (bajo los auspicios del PC belga pro-chino que encabezaba Jacques Grippa) en el cual se tratarían todos los motivos de desacuerdo o desavenencia y se tomarían las decisiones. Allí viajamos.⁴⁰

³⁸. Según lo he inferido tiempo después, en realidad era inexistente ese grupo. Sí, unos emigrantes o exiliados españoles habían publicado *España democrática* (de la cual jamás he visto número alguno, pero me lo creo). Quizá fue una de esas publicaciones de un único número. Posiblemente entre quienes se encargaron de tal publicación había algún afiliado al PCE, que —al estallar el cisma chino-soviético en 1963— se posicionó a favor de Mao. Pero, en realidad, provenientes de tan imaginario grupo sólo dos militantes se incorporarán del PCEml: el propio Paulino y, años después, Alfonso Graíño. Éste, a la sazón, era un simpatizante, que, con su compañera colombiana, se había ido a vivir a China. No estaba militando. El cuento del 4º grupo no dejó de ser otro bluf.

³⁹. Tomo estos datos y algunos de los que más adelante doy con relación al camarada Paulino del apéndice de la tesis doctoral «La izquierda radical en España durante la transición a la democracia» de Consuelo Laíz Castro, dirigida por Ramón Cotarelo, accesible en <http://eprints.ucm.es/tesis/19911996/S/1/S1007101.pdf>. En ese lugar figura una entrevista, grabada en cinta magnetofónica, que Paulino concedió a la autora el martes 6 de abril de 1993.

⁴⁰. Tales acontecimientos coincidieron con lo que estaba sucediendo en el Congo. Yo siempre había vivido tan pendiente de la lucha antiimperialista congoleña que, erróneamente, pensaba que todos los m-l españoles compartían tales sentimientos. En el mes de julio el presidente reaccionario José Kasavubu nombró primer ministro al agente belga Moisés Tshombé. La conferencia de ministros africanos de exteriores, reunida en el Cairo, declaró que Tshombé no sería recibido en la asamblea de jefes de gobierno africanos. Arreció la lucha revolucionaria lumumbista en el Este del país, entrando triunfalmente en la capital provincial Stanleyville el 5 de agosto y proclamando la República Popular del Congo. El 24 de noviembre las tropas imperialistas conjuntas de los Estados Unidos y el reino de Bélgica (auxiliadas por mercenarios de la Suráfrica racista)

El I Pleno ampliado del comité central del PCEml se prolongó durante un número de días que no recuerdo, finalizando el 17 de diciembre. Tuvo lugar en un chalet (hotel particular). En Bélgica estaba ya entonces extremadamente difundido vivir en lo que ahora en España recibe la absurda denominación de «viviendas unifamiliares» (como si las viviendas en pisos fueran plurifamiliares), o sea en chalets. No sé quién inventó la patraña de que se celebró aquel Pleno en un garaje. Como los camaradas belgas nos llevaban en coches, entrábamos en el chalet a través de su garaje, pero de ahí pasábamos a las habitaciones de la casita, unas más espaciales y otras angostas. Varias habitaciones. Desde luego con buena calefacción (si no, hubiéramos muerto congelados en el invierno bruselense). Esmeradamente provisionados en vituallas y todo lo necesario por los camaradas belgas, que nos mimaron.

Los debates fueron amplios, profundos e intensos, plenamente sinceros y hasta a veces ácidos. Formáronse comisiones para estudiar las diferentes partes de la línea política que había que aprobar y también tuvieron lugar sesiones plenarias.

Cuando se constituyeron esas comisiones, cada una de ellas ocupó uno de los cuartos del chalet; resultó demasiado pequeño aquel en el cual estuve yo —en la comisión encargada de redactar el programa, que era numerosa—; el excesivo calor se vio acrecentado por el número de los allí congregados; conque sudamos. Esas comisiones trabajaron durante varios días, con brevísimas pausas, llegando casi a la extenuación.

Discutimos acerca de muchas cosas, entre ellas las diez siguientes:

- 1º Los fundamentos teóricos de nuestra ideología y las fuentes válidas (así, tuvieron lugar discusiones sobre si los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx de 1844 formaban parte del patrimonio de nuestros clásicos o no, según lo sostenía el ex-líder de MOR frente a Anselmo (Felipe Martínez Marzoa), que venía de Proletario).⁴¹
- 2º Los cimientos de nuestra posición política, desde un análisis de la realidad española a la luz del materialismo histórico, con un enfoque de base y superestructura y de los estadios de la lucha de clases (se intercaló aquí una discusión sobre las guerras de religión en Francia en el siglo XVI).

invadieron el territorio y reocuparon Stanleyville, aplastando y destruyendo a la República Popular del Congo. Pocas semanas después culminaría nuestro proceso de formación del nuevo PCEml —en Bruselas precisamente. Mi propuesta de organizar una manifestación antiimperialista para protestar por lo del Congo fue rechazada por el comité ejecutivo. (Retrospectivamente comprendo que el rechazo estaba justificado.) NO fui el único en seguir con pasión los acontecimientos congoleños. Pocos meses después Ernesto Che Guevara dejaba secretamente sus responsabilidades en el gobierno cubano, partiendo para unirse a la guerrilla lumumbista bajo el seudónimo de «Ramón Benítez». El Che no se aclimatará, sin embargo, al ambiente ideológico-político africano, muy distinto del latinoamericano, abandonando esas tierras congoleñas poco después para propulsar la lucha antiimperialista en Bolivia.

⁴¹. A Anselmo (Felipe Martínez Marzoa) lo había conocido a través de Santiago González Noriega. A pesar de haber sido un cristiano de creencias pronunciadas hasta poco tiempo antes, se convirtió al marxismo pasando por Heidegger —o quizá a un Marx mezclado de Heidegger.

- 3º El carácter de clase del poder político en España y la estructura socio-económica de nuestro país, de la cual se deducía qué revolución había que realizar, así como, por vía de consecuencia, cuáles serían sus etapas; en esto último se concluyó que serían dos etapas, aunque ya no en los viejos términos de una de revolución democrático-burguesa y otra de revolución proletaria, sino que la primera sería democrático-popular o democrático-nacional (lo de «nacional» lo aporté yo y coló, aunque posiblemente sin entusiasmo).
- 4º El objetivo político que habría que proponer para la lucha revolucionaria del pueblo español: una democracia popular antiimperialista, que se construiría derrocando el poder de la oligarquía financiera y terrateniente supeditada al imperialismo norteamericano.
- 5º De manera más general, el principio de aislar, en la medida de lo posible, al *enemigo principal* —una de las pocas aportaciones conceptuales de Mao Tse-tung que recogimos (porque en lo esencial repetíamos viejos temas del PCE anteriores a 1956).
- 6º La correcta política de alianzas, en función de los parámetros anteriores, concordando finalmente en que optábamos por la formación de un Frente Democrático Nacional Revolucionario que acometiera la tarea de llevar a cabo la revolución nacional y democrática (antioligárquica y antiimperialista), uniendo a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas en esa tarea (otro préstamo conceptual de Mao Tse-tung); ese Frente debía basarse en la alianza obrero-campesina y debía englobar a la clase obrera, que habría de dirigirlo, junto a la pequeña y media burguesía (sobre el campesinado discutimos mucho sobre si formaba parte de la pequeña burguesía o no).
- 7º El alineamiento internacional, suscribiendo en lo esencial las tesis de los camaradas chinos y denunciando los errores de Jruschof (quien acababa de ser destituido el 15 de octubre, lo cual creaba una situación nueva que desestabilizaba las bases de nuestra disidencia, sin que supiéramos percatarnos de ello).
- 8º Las formas de lucha: aquí todos admitíamos la necesidad de la revolución violenta, aunque nadie hizo la menor propuesta en el sentido de que adoptaría una modalidad u otra (eran cuestiones cuya decisión se relegaba a la experiencia futura); en la Línea Política emanada de aquel Pleno fundacional no se dijo, pues, qué vías seguiría en España la revolución violenta del pueblo contra la tiranía franquista. En principio la idea que planeaba era una insurrección de masas (en lo cual veníamos a coincidir con la posición del partido comunista portugués dirigido por Álvaro Cunhal, pro-soviético).⁴² La discusión vino, esta vez, en el seno de Proletario, entre

⁴². Después (en la segunda mitad de 1965) el camarada Valera sostuvo (según su costumbre, sin firmeza) que también en España se produciría un movimiento de guerrilla rural, un nuevo maquis. Flotaban argumentos en diversos sentidos mas tales cuestiones se dejaban para que las resolviera el futuro. Que la vía por emprender sería la de la guerrilla urbana no se le ocurrió a nadie ni tenía precedente. Cuando en 1971 surja un manojo de 14 discrepancias entre el autor de este ensayo y el resto de la dirección del PCEml, ya estará insinuándose un posible paso a la violencia urbana, pero todavía sólo como hipótesis.

quienes, como Anselmo, pensaban que la necesidad de la violencia viene de las leyes objetivas y universales de la lucha de clases y mi punto de vista de que —al margen de tales tesis, que podían ser correctas o no—, en nuestro caso concreto, la fuente de esa necesidad eran las particularidades de España, la dominación fascista, la destrucción violenta de la República Española por la oligarquía y sus sostenedores foráneos.

9º La posición correcta que había que adoptar frente al revisionismo de Santiago Carrillo (según la terminología china que habíamos adoptado).

10º La cuestión de la autodeterminación y el problema de las nacionalidades en España.

Tales debates desembocaron en conclusiones que cada comisión presentó luego en la sesión plenaria, en la cual se fue votando parte por parte. Naturalmente, las conclusiones sólo se redactaban en términos genéricos, dejándose para más tarde la tarea de plasmarlas en documentos más elaborados.

Ratificóse la decisión (ya previamente tomada en la reunión constitutiva del partido del 4 de octubre) de que el periódico del PCEml se llamaría «Vanguardia Obrera». Suscitóse la dificultad de que existía una asociación de apostolado seglar de la Compañía de Jesús que así se llamaba —cosa que casi todos ignorábamos—, pero se consideró que tal inconveniente era secundario.⁴³

Acudieron los del círculo disidente del 3 de noviembre; tal círculo quedó menguado, reducido a un exiguo corrillo, porque la base de exmiembros de MOR se unió a la mayoría casi unánime formada en el Pleno de Bruselas. Unos poquitos recalcitrantes rechazaron todo ese debate; en la primera sesión plenaria se plegaron, de mala gana, a participar en él (allí tuvo lugar la discusión entre Bliz y Anselmo acerca de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx de 1844).

Suré rehusó entrar en tales discusiones. No era su terreno. Exigió que, antes de abordar temas ideológicos, se zanjaran no recuerdo cuáles otros. Sometido a votación su punto de orden, vino rechazado por abrumadora mayoría. Al no inclinarse ante la decisión, Suré, Bliz y un par más decidieron abstenerse del trabajo de las comisiones y de participar, por consiguiente, en las sesiones finales. Tras el Pleno —y con Suré a su cabeza—⁴⁴ ese puñado de irreductibles formará un grupúsculo con la misma denominación del PCEml, sólo que ellos escribieron

Será tres años después de mi salida de la organización cuando el comité ejecutivo del PCEml despejará la incógnita abrazando la «acción directa».

⁴³. Sobre esa organización católica —al parecer perteneciente al conjunto de las congregaciones marianas—, v. Izumi Kanzaki, «Vanguardia Obrera: un movimiento apostólico obrero durante el franquismo», *Sociedad y Utopía*, Nº 4 (1994), pp. 47-58 (que extracta la tesis doctoral del año precedente y del mismo título y autor/a). De esa Vanguardia Obrera (que, al parecer, tenía varias ramas: de adultos varones, «social»; de mujeres, «femenina»; y de mozos, «juvenil») salió hacia 1962 la organización ilegal Acción Sindical de Trabajadores, de cuyo seno se generará más tarde la ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores), ultrarrevolucionaria en verdad, que disputará, a porfía, al PCEml, en los años 70, el ultrancismo prochino (¡cuando ya había pasado la RC en China y los líderes pequineses se habían aliado a Washington!).

⁴⁴. Al encabezar ese grupo, adoptará un nuevo alias: «Quijano Varela».

con mayúsculas la coletilla «(marxista-leninista)»; dudo que fuera deliberada esa sutil diferencia. Publicaron una revista que se llamó *Mundo Obrero* —igual que el órgano del PCE que dirigía Carrillo—.

Tendría escaso sentido mencionar a ese inoperante corrillo (pues ni significaba nada ni tenía posiciones ideológicas propias —casi habría que decir que tampoco no-propias), si no fuera porque el partido comunista chino siempre le dio un respaldo económico y moral; estoy seguro de que la ayuda china fue muy superior a la poquísima que nosotros recibimos (cuyo monto, en definitiva, resultó insignificante). Tratándose de una una decena de hombres, ese auxilio les sirvió (principalmente para vivir unos años).

Ocurrióseme calificarlos como «los oportunistas sin principios», mote que prosperó. Para refutar su producción periodística —si es que vale la pena calificarla de tal— escribí uno de mis ensayos polémicos de la época: *Aberraciones y desvaríos de los oportunistas sin principios*, 1967.

Aquí hay que mencionar la ingenuidad de un novato —que eso era yo, un chaval de 20 años, por mucho que fuera elegido desde el primer momento miembro del comité ejecutivo—. Con la fe marxista en la teoría pensaba yo que ese inmenso trabajo de deliberación doctrinal e ideológica había sentado firmes cimientos de la construcción de un partido sólido con ánimo de luchar por nuestros ideales. ¡Craso error!

Capítulo 5.— Intermedio (1965-66)

Nada más terminar los trabajos del Pleno, uno de los miembros elegidos para el ejecutivo,⁴⁵ Hernán —un exiliado ex-cenetista (creo) que venía del Proletario (en París) y que, en cierto modo, había sucedido como líder del grupo a Martín Valdés— lanzó una proclama separándose del partido y creando otro él solo. ¿Qué había pasado? En el Pleno Hernán había podido expresarse como los demás y hacer sus propuestas. Supongo que le ocurrió lo mismo que a los disidentes del 3 de noviembre anterior: tenía grandes ambiciones de liderar la nueva formación (sin haber acreditado ningún mérito especial para ello); calculó que eran escasas las probabilidades; no quiso esperar; tal vez todo el ambiente doctrinal del Pleno hacía que se sintiera como gallina en corral ajeno.

Era un caso individual. Otros siguieron. Buscando pretextos fueron distanciándose varios de los obreros parisinos que procedían de MOR. De nuevo creo que el estilo de debates y de planteamientos no era aquello a lo que estaban acostumbrados. Puede haber habido otras causas.

⁴⁵. El ejecutivo elegido estaba formado por: Valera (Paulino), Hernán, Raúl (Julio Fernández), Emilio (Luis Prieto), Miguel (o sea, quien esto escribe), Matías (Francisco J. Vicente-Sandoval) y Pepe (Crespo). El secretariado del comité central creo que inicialmente lo formaban Hernán, Valera y Raúl (o sea, uno de cada grupo fusionado, salvo de MOR).

Al irse Hernán, lo reemplazó Emilio, también de Proletario. En la primavera y el verano hubo otros cambios, en parte motivados por la traición de Pepe al secuestrarnos violentamente a Matías y a mí —como lo contaré después. No recuerdo bien en qué momento y circunstancias se incorporaron al ejecutivo Manolo y el otro Miguel (Ángel Campillo, procedente de MOR). Entre el verano de 1965 y abril de 1966 el secretariado estará formado por Valera, Emilio y yo.

Lo más grave no fue eso. En la primavera, de conformidad con las decisiones de la dirección, tuve que incorporarme a la misma como permanente del partido, abandonando la casa paterna (era aún menor de edad) y colgando los estudios (una de las muchas tonterías que cometimos, si bien es verdad que el cerco policial se estrechaba y que sabíamos perfectamente que la policía estaba interrogando a los detenidos sobre Lorenzo; en esa primavera se reunió en Madrid el comité ejecutivo y por ese momento se produjeron otras caídas a causa de nuestra participación en luchas fabriles).

Tuvieron lugar varias peripecias y algunas broncas provocadas por Pepe, de quien ya he hablado —imprudentemente encumbrado al comité ejecutivo, cuando nunca había demostrado valía ni tenía ningún historial que lo acreditase—. Tras esas vicisitudes, pasé la mayor parte del verano de 1965 en Suiza (entre Lausana y Ginebra), trabajando en la elaboración de un voluminoso *Curso de Cuadros Medios*, una idea del camarada Valera. Era un mamotreto de no sé cuántos cientos de páginas —dividido en un número de cuadernillos a multicopista— sobre todos los temas discutidos en el Pleno de Bruselas (y quizá otros más); de tal documento no he hallado rastro ni mención, de donde colijo que probablemente se han perdido todos los ejemplares.⁴⁶

La verdad es que aquel verano de elaboración de ese grueso producto fue también para mí ocasión de adquirir algunas técnicas de trabajo intelectual y de redacción, que me enseñó el camarada Paulino⁴⁷ y que no me había enseñado la Universidad: ir escribiendo fichas (que hacíamos en folios cortados en cuatro) para después ordenarlas, por temas, en un fichero y, finalmente, ir las juntando en el texto posteriormente redactado, de suerte que así, preparatoriamente, se habían ido anotando los argumentos, los datos y, eventualmente, las referencias bibliográficas. Era un modo de trabajar por síntesis, yendo de la parte al todo, construyendo desde abajo.⁴⁸ Tales técnicas de trabajo intelectual son, si se quiere, elementales y rudimentarias, pero, gracias a haberme familiarizado con ellas, pude escribir los volúmenes de trabajos ideológico-propagandísticos que produciré para el PCEml hasta 1972 y, posteriormente —aunque ya con métodos más refinados—, las muchas monografías y los estudios de mi larga dedicatoria académica.

⁴⁶. Me pregunto, no obstante, si habrá quedado alguna copia en algún archivo policial, porque no tengo duda de que a la BPS tuvo que llegarle; o, si no, a alguna de las otras policías que nos seguían, como los *Renseignements Généraux* o FBI/CIA.

⁴⁷. Sin ser un intelectual, sí tenía un título académico (el de veterinario); había pertenecido, en su juventud, al círculo ateneísta interesado en el progreso de la zootecnia; fue coautor de un manual para preparar oposiciones al cuerpo de veterinarios municipales y dirigió (no sé exactamente en qué momento) el *Anuario General de Veterinaria y Zootecnia* (v. *Aportación a la historia de la inseminación artificial ganadera en España: 1931-1971*, tesis doctoral de L. Á. Moreno, Univ. Complutense, Fac. de Veterinaria, Madrid, 2002, ISBN: 84-669-2158-3). Las circunstancias de su vida posterior lo alejaron de esas actividades. Tras su salida de la cárcel (creo que en 1973), hará una serie de traducciones, entre otras la de un libro de Wilhelm Reich sobre la revolución sexual de los jóvenes y, creo, será repuesto —ya por poco tiempo— en el cuerpo de veterinarios al que había pertenecido antes de la guerra.

⁴⁸. Mi tendencia espontánea había sido la inversa: sentarme con la pluma o con la máquina de escribir delante y sacarlo todo de un tirón, explotando los recursos de mi memoria.

También escribí, como parte del mismo Curso, un ensayo polémico que más tarde se publicará como folleto aparte y servirá de biblia en la polémica contra la línea oficial del PCE: *Adulteraciones del equipo de Santiago Carrillo*.

Acabado ese inmenso trabajo teórico (útil o inútil), se me encomendó regresar clandestinamente a Madrid, lo cual hice a finales del verano. Desde París viajé con el camarada Matías hasta una ciudad francesa cercana a la frontera pirenaica (creo que fue Bayona —la sede de la traición borbónica en mayo de 1808). De allí tomamos un taxi y él me acompañó hasta un punto donde nos despedimos (el paso de Dancharinea); crucé a pie un puente y ya estaba en territorio español. Hice autostop; me recogió una pareja francesa y con ellos fui a San Sebastián. Allí tomé el tren (varias horas de trayecto de pie) para Bilbao.

He reconstruido mentalmente mi brevísima estancia en la capital vizcaína.⁴⁹ Allí me dirigí a unas señas que me habían proporcionado, donde fui recibido y pernocté. A la mañana siguiente tuve una corta reunión con dos camaradas de la dirección regional. Esa organización venía de Proletario, como un ramal de la sección universitaria madrileña del PCE; seguramente uno de nuestros estudiantes, de origen proletario vizcaíno, logró hacer prosélitos entre unos cuantos jóvenes obreros de la margen derecha del Nervión. No tenían cuadros. Para encabezar esa organización el ejecutivo había enviado un par de camaradas de Madrid, ambos estudiantes. Con ellos justamente me entrevisté. No pienso que yo aportara documentación alguna (no recuerdo haber cruzado la frontera con materiales encima) y, sin duda, nuestra reunión no debió resultar de gran provecho para ellos, pues en lo organizativo yo era nulo. Dudo que tuviéramos una sesión de educación ideológica —que es aquello en lo cual hubiera podido yo ser útil.

Tras esa reunión, viajé a Madrid en un tren Taf o Talgo (excepcionalmente en ese viaje no me exigió la policía presentar mi documentación; tal vez en esos trenes de lujo no ejercían dicho control). Al llegar por la noche al piso donde esperaba ser recogido, me encontré que no había nadie. No sabía adónde ir; se me ocurrió volver a la estación del Norte (Príncipe Pío), donde pasé el resto de la noche compartiendo un banco con un grupo de indigentes, escabulléndonos todos y ocultándonos por una aledaña zona sombría cuando vimos acercarse a una pareja de la policía armada o la guardia civil —que evidentemente se percató de lo que pasaba mas no se empeñó en perseguirnos. A la mañana siguiente ya pude tomar contacto con la organización clandestina del partido en Madrid.

Allí me topé con lo que había ocurrido en mi ausencia: Anselmo (Felipe Martínez Marzoa), en sintonía con muchos otros, se había convertido al trosquismo. ¿Cómo así descubría las ideas de Trosqui quien acababa de participar activamente en un amplísimo debate doctrinal en el cual hubiera podido exponer los puntos de vista que quisiera y ni por asomo había insinuado en lo más mínimo nada de tal preferencia? ¿Cómo así salía ahora rechazando las etapas de la revolución —para abrazar la teoría trosquista de la revolución permanente— cuando unos meses

⁴⁹ Me ha ayudado el intercambio epistolar con Roger Mateos. Se han invertido un poco los términos de esa colaboración. Incumbíabame a mí suministrarle datos basados en mis recuerdos, pero han sido sus consideraciones las que me han hecho recapacitar para reconstruirlos, pues en este punto sufrían un borrado (un olvido).

antes habíamos debatido al respecto —no si habría etapas, sino cuáles— y había estado de acuerdo? Dejo a otros las elucubraciones conspiratorias; tengo para mí que lo que causó aquel revuelo fue mi ausencia junto con la superficialidad de las convicciones ideológicas de los jóvenes camaradas y lo volátil que puede ser la mente humana.

Aunque yo ya había leído, desde luego, algunos libros de Trosqui, me enfraqué en la discusión con Anselmo y demás partícipes de esa disidencia —la cual resultó masiva en el sector estudiantil, que era lo principal que teníamos—; para eso tuve que ponerme a leer a mansalva la voluminosa producción bibliográfica de León Trosqui, que no era fácil de obtener en Madrid. No digo que leyera todo, ni mucho menos (en períodos posteriores leeré más), pero sí mucho.

Llegué a la conclusión de que eran totalmente erróneas las dos tesis más conocidas y características de Trosqui:⁵⁰ (1) el rechazo al socialismo en un solo país; (2) la revolución permanente, con la consiguiente negación de las etapas (que él, evidentemente, no enuncia en términos claros y rotundos, como suele pasar en las controversias doctrinales —ésas u otras). También me desagradó profundamente su talante intelectual: daba la impresión de transmitir el mensaje de que todo es blanco/negro, aunque el autor posee una clave, una intuición superior, que le permite relativizar esas dicotomías de un modo que es inútil tratar de explicar a un lector vulgar, porque sólo es accesible a mentes privilegiadas que lo entienden sin palabras; eso o algo así.

Los disidentes elaboraron varios documentos en los cuales criticaban en los términos más acerbos toda la dirección ideológica del partido (hasta cebándose en detalles absurdos, como el de que un curso de cuadros medios prefijaba quién iba a ser medio y quién no).⁵¹ A la refutación de sus documentos tuve que consagrar un enorme trabajo doctrinal que se tradujo en otro de mis muchos mamotretos de la época: *Las posiciones políticas y organizativas de los fraccionalistas trotskistas*.

De nada sirvió. Ya habían optado y no los iba a convencer. Se alejaron del PCEml. No sé si el ensayo vigorizó, al menos, la decisión de quienes habían optado por permanecer (que fueron los menos).⁵²

⁵⁰. Esa convicción ya la tenía antes de abordar tales lecturas, pero hasta entonces conocía las tesis de Trosqui principalmente por los escritos antitroskistas. Pese a su fama como gran escritor, los productos de su pluma tienen para mí un algo que los hace difícilmente tragables: un estilo altivo, despreciativo para el lector y para cualquier individuo al cual se refieren; un abstractivismo presuntamente sutil, pero incapaz de ofrecer ideas concretas y claras. Sin ser exactamente farragosos, sus ensayos se hacen aburridos, repetitivos, decepcionantes —porque las prometidas aclaraciones nunca llegan.

⁵¹. Dedicaban ásperos comentarios a varios pasajes del Boletín Interno Nº 1, que habían brotado de la pluma del camarada Valera (aunque posiblemente con modificaciones más, o viceversa), de un modo exento de la más mínima caridad hacia un texto estilísticamente, sin duda, carente de brillantez —posiblemente incluso abundante en expresiones torpes o inexactas— pero que, como cualquier otro documento político, había que apreciar en su mensaje esencial y en su contexto.

⁵². Entre la numerosa pléyade de quienes, llevados por esa disidencia trosquista abandonaron entonces el PCEml —hayan o no militado después en alguna organización de esa ideología— figuraban, además de Anselmo, Antonio Sama (estudiante de Derecho), Ana Guardione (Margarita) y su marido, Chicho Sánchez Ferlosio. Éste, habiéndose decantado por el FLP cuando nos separamos del PCE en enero de 1964, pasó del FLP al PCEml cuando éste se constituyó en octubre-diciembre de ese mismo año. Su militancia en el FLP no duró ni siquiera un año. En las filas del PCEml permanecerá todavía menos tiempo

Formando un bloque único con esos disidentes admiradores de León Trosqui (la fracción faro-trosquista), Pepe, a quien se había confiado un grupo para preparar futuras acciones (no se sabía cuáles), lo utilizó para secuestrarnos a dos miembros del ejecutivo que estábamos en Madrid, Matías y yo.

Estábamos alojados Paco Sandoval y yo en un piso de Emilio (o de familiares suyos) no habitado, aunque sí amueblado (pero a medias; las ventanas no tenían visillos ni cortinas; el mobiliario era somero). Hallábase en el barrio madrileño de La Elipa. (Paco, tan buen conocedor de Madrid, me enseñó el camino conducente de allí a la casa de Pepe en el Barrio de San Blas, atravesando el viejo pueblo de Moratalaz, un poblado de gente paupérrima y atrasada, sin alcantarillado, con casucas y aguas residuales bajando por los caminos terrosos entre esas cabañas; había también perros acoplándose entre desperdicios; creo que parte del itinerario orillaba el cementerio del Este.)

Una tarde, ya al anochecer, salí del piso (quizá fui a comprar alimentos, no lo sé); según mi costumbre, di un rodeo echando la cabeza para atrás de vez en cuando. No sé qué algo raro noté. Al doblar una esquina, dos individuos —uno a la derecha y otro a la izquierda— me asieron férreamente por ambos brazos profiriendo «¡Detenido! Policía!». De momento me quedé desconcertado. Me llevaron medio a rastras unos metros y me iban a meter en un coche a empujones cuando grité «¡Socorro!». Con mi poquita voz, dudo que nadie me oyera. Me taparon la boca y a viva fuerza me introdujeron en el automóvil. Allí estaba Pepe y me dijeron que me retenían hasta que el ejecutivo adoptara las decisiones necesarias para el partido. Cesé mi resistencia. Lleváronme a la casa de Pepe.

Creo que al día siguiente Paco Sandoval (Matías) se metió en la boca del lobo: él fue a casa de Pepe, no sé si a preguntar qué pasaba. Le comunicaron que quedaba, como yo, cautivo. Me llevaron al cuarto donde él estaba y prorrumpí en acalorada denuncia (ante ellos mismos) del criminal acto que estaban cometiendo, habiéndome raptado violentamente y teniéndome encerrado.

(Matías se extrañó de que mi vehemencia quedara en palabras, lo cual también se me ha reprochado en otras ocasiones como un presunto defecto mío. No es tal: me defiendo como puedo. Cuando he de ceder a la fuerza bruta o a la prepotencia, no me queda otro remedio, reservándome denunciar el avasallamiento cuando sea posible.)

No tengo un recuerdo preciso de la duración del encierro; pienso que sería como de una semana. Permanecíamos Paco y yo enclaustrados en una habitación, durmiendo en el suelo (estábamos a comienzos del otoño y hacía calor), aunque podíamos ir al baño y a veces nos invitaban a hablar con ellos como si fuéramos camaradas y no pasara nada. Un día nos soltaron sin más explicaciones.

¿Qué pretendía Pepe al secuestrarnos? Aparentemente, que se cumplieran las exigencias enunciadas por la fracción faro-trosquista: convocatoria inmediata de un congreso más revocación de todo lo decidido en el proceso constitutivo del

PCEml desde la reunión fusional del 4 de octubre hasta el Pleno de Bruselas. (Lo digo un poco a título de conjetura, porque con exactitud nunca lo supe ni sé si lo supo alguien.)

Su conducta suscitó la hipótesis de que era un agente secreto de la CIA o de quien fuera. ¿Lo fue de veras? De haberlo sido, inclínome a pensar que habría actuado más inteligentemente, porque ese rapto no servía de nada.

Pepe era un individuo que había sido seminarista pueblerino en un vivero de frailes, creo que escolapios, y que en ese internado había leído a Nietzsche, a cuyo pensamiento se adhirió, lo que le valió ser encerrado en una celda de castigo dentro del convento-seminario, haciéndose un antirreligioso furibundo. Estaba sediento de aventura, considerándose un superhombre nietzscheano. ¿Quién nos había mandado ponerlo en la dirección de Proletario y luego del PCEml? Como parecía un «obrero» (no lo era, era un contable), un hombre práctico, daba la impresión de que venía bien para contrarrestar el teoricismo de los estudiantes.

Sea como fuere, tras ese golpe de mano no sólo quedó, evidentemente, autoexcluido del PCEml, sino que se rompió la hasta entonces unificada fracción faro-trosquista; ya rompieron también con él los adeptos de las ideas de León Trosqui.⁵³

Al comenzar el otoño, habíamos perdido casi toda la organización en Madrid, que era la única un poco importante en el interior. ¿Qué más teníamos? Un poquito en Vizcaya, un casi nada en Barcelona y tal o cual contacto aquí o allá. Total, el partido en el interior quedaba prácticamente desmantelado.

Fui para Algorta, Vizcaya. En la ría del Nervión estaba ese poquito de que acabo de hablar. También acudieron allá los dos miembros del ejecutivo en el interior que quedaban tras la autoexclusión de Pepe: Emilio y Matías. Hubo una disputa entre ellos; Emilio reprochaba a Matías muchos errores de conducta. Matías lo tomó a mal y se largó a la chita callando, dejándome una cariñosa nota de despedida.⁵⁴ Creo que el piso de Algorta lo había alquilado él; no recuerdo cómo salí de aquello. Viajé —en el expreso nocturno (con larga espera en el nudo

⁵³. Esos cuatro mozalbetes acaudillados por el ya casi cuádragenario Francisco Crespo Méndez, alias «Pepe», forman entonces, en el otoño de 1965, un grupo autodenominado «FAR» (fuerzas armadas revolucionarias). Que yo sepa no publicaron nada, no enunciaron ninguna línea política ni abrazaron ningún perfil ideológico, sino que se dedicaron a la acción; por lo que tengo entendido, tal acción se limitó a robos a mano armada, que llamaban «expropiaciones» (y no lo eran, porque ni se producían en un contexto insurreccional, ni atentaban contra intereses vitales de la oligarquía ni iban destinados a procurar medios para el levantamiento de masas; absolutamente nada que ver, por consiguiente, con las expropiaciones cuya organización ha sido —verídicamente o no— atribuida al camarada Stalin en la Transcaucasia rusa en los años de la revolución de 1905-1907).

⁵⁴. Cesó en su militancia y, por consiguiente, renunció a sus funciones dentro del PCEml. «Tiro la toalla», decía la nota. Hízose la ilusión de que podría reincorporarse a la vida legal, como si nada hubiera pasado. (Seguramente confiaba en las influencias de su padre, un ricachón franquista muy bien relacionado con altos dignatarios del régimen.)

Un año después tendrá que huir de España, refugiándose en París. Ya hablaré de ello.

ferroviario de Miranda de Ebro)— de Bilbao a Barcelona, donde pasé unos días con mi amada compañera, y de ahí viajé a París.⁵⁵

El ejecutivo hizo un balance. Valera atribuía todo a fuerzas enemigas infiltradas, probablemente a la CIA. Yo era escéptico, mas tampoco tenía explicación válida. El hecho es que el PCEml ya quedaba muy mermado, habiendo sido poca cosa desde el comienzo. Lo racional hubiera sido replantearse todo en ese momento.

Pero la obstinación hace mucho. Teníamos una invitación del PC Chino para visitar Pequín. En diciembre viajó la delegación, que formábamos Valera y yo; el vuelo tuvo que aplazarse una semana por algún problema meteorológico en el aeropuerto ginebrino. El viaje fue agotador.⁵⁶

Acababa de producirse una de las guerras entre la India y el Paquistán, cuyas hostilidades se prolongaron del 24 de agosto al 22 de septiembre de 1965. Viajábamos en un avión de la compañía de bandera paquistaní. Los aeroplanos de entonces (todavía de hélice) eran mucho más lentos y tenían menor alcance que los de hoy. Escala en Teherán. Noche en Carachi. Vuelo de Carachi a Colombo (no se podía sobrevolar el territorio indio). Tras la escala en Colombo, vuelo a Dacca (capital del Paquistán oriental, hoy Bangladesh), donde pernoctamos otra vez. De Dacca, finalmente, a Cantón, Shanghai y Pequín.

Acompañábanos en el viaje un comunista peruano con el que estuvimos intercambiando ideas sobre la situación en el Perú, la presidencia de Belaúnde y las perspectivas políticas en su país. Al regreso de Pequín viajamos con un camarada colombiano.

En China permanecemos nada menos que cinco semanas (de fines de diciembre de 1965 a comienzos de febrero de 1966); creo que fue el propio Valera quien sugirió ese largo tiempo. Yo, como pipiolo, tenía que seguir siempre su

⁵⁵. Esta vez pasé la frontera de Cerbère, en el Rosellón, habiendo tomado el tren en Barcelona. Creo recordar que mi pasaporte («válido para todo el mundo salvo Rusia y países satélites») estaba ya caducado (razón por la cual había sido clandestina mi entrada en territorio español unos meses antes). Probablemente entre tanto me habían falsificado una renovación, pero ese cruce lo hice con miedo a lo que pudiera pasar. No me pasó nada.

⁵⁶. El viaje lo describe brevísimamente el camarada Paulino en sus recuerdos, recogidos en la citada tesis doctoral de Consuelo Laíz Castro: «Y poco después nos invitaron los chinos y allí [...] a China escogieron a otro que me acompañó, Lorenzo Peña. — [entrevistadora] ¿Pertenece al grupo El Proletario? — [PGM] Sí. En Madrid se formó el grupo El Proletario que se integró en el PCE(m-l) y escogieron a éste para la dirección, que entonces le llamábamos 'Miguelín'. Entonces escogieron a éste y fuimos los dos a China y estuvimos allí unos quince días, me parece». Paulino no dice nada más de ese viaje (salvo que en él los chinos nos concedieron una pequeña ayuda económica). En realidad el que me escogió para acompañarlo fue el propio camarada Paulino, con quien había estado trabajando yo todo el verano de 1965 en Suiza preparando el voluminoso —y hoy, al parecer, perdido— *Curso de cuadros medios*. Paulino sólo confiaba en mí (de lo cual no trasluce nada en su seco y lacónico recuerdo). Entre 1966 y el momento en que él concede esa entrevista (1993), nos habíamos vuelto a ver en el pueblo de Esquivias —donde él pasó los días de su vejez, ya jubilado de su oficio de veterinario— el 18 de mayo de 1991 (hice el viaje con su ex-compañero de presidio, José M^a Gutiérrez de la Torre). Después de nuestra afectuosa entrevista en ese pueblo, intercambiamos brevísima correspondencia. A mi carta del 10 de junio de 1991 (en la que —por petición suya— comentaba su ensayo «Democracia y socialismo») nunca contestó. La efusión de mi simpatía hacia él no pudo impedir que sintiera, sin duda, sumo desagrado por mis ideas. Y es que —en los venticinco años de intermediación— ambos habíamos evolucionado mucho, pero en direcciones divergentes. Morirá algunos años después.

opinión y así lo hacía —a pesar de que era un hombre con el cual era difícil ponerse de acuerdo, porque se levantaba teniendo un parecer sobre un tema y se acostaba teniendo un parecer contrario. En ese viaje visitamos varias ciudades de Manchuria. En ellas recorrimos un número de fábricas (siderúrgicas, metalúrgicas, textiles etc.) y bajamos a unas minas de carbón. Sin duda lo que nos enseñaban estaba convenientemente tamizado para ocultar los lados más penosos de la vida obrera; pero en ninguna otra ocasión he podido tener un conocimiento perceptivo de la producción industrial y de ese tipo de trabajo manual. No bastó, claro, para contar como una experiencia. Al menos sí fue una efímera aproximación sensorial a realidades que permanecen absolutamente ajenas para millones de individuos de clase media —incluyéndome a mí, aun a pesar de todas las tribulaciones y privaciones de aquel período de militancia. Un detalle anecdótico de esa visita a las ciudades industriales de Manchuria es que —por primera y quizá última vez en mi vida— estuve en una temperatura exterior de treintaitantos grados bajo cero, extrañándome mucho no sentir más frío; eso sí, no había viento e íbamos bien arropados, aunque no recuerdo los detalles del atavío.

En ese viaje a China sufrí un gran desencanto. Y Valera también —quizá incluso más que yo. Estuvo claro que a la dirección china lo que le interesaba era, no apoyar revoluciones, sino tener corifeos. Al menos gracias a ese viaje pude recorrer muchos rincones de China y hacer turismo. Ni en ese viaje ni en los dos siguientes logré visitar Sián, la antigua capital imperial.⁵⁷ Como una anécdota recuerdo que la nochevieja de 1965 la pasamos en una velada (aburrida como lo son siempre) en la que —en otra mesa, eso sí— participaban el primer ministro Chou En-lai y el secretario general del partido, Teng Xiao-ping.

Para mí, además, hubo otro motivo adicional de desilusión —que sólo por encima le comenté al camarada Valera. (Ya estaba él bastante soliviantado con los chinos como para echar más leña al fuego.) Se refiere a la cuestión de Stalin. Hoy este asunto va a sonarles mal a la mayoría de los lectores. La leyenda negra sobre el camarada Stalin, ya entonces hinchada, ha llegado, entre tanto, a extremos de diabolización. Estamos a la espera de que el juicio ponderado de la historia ofrezca a las generaciones futuras una visión equilibrada y ajustada a los hechos.⁵⁸

⁵⁷. Otros dos lugares que hubiera querido visitar son Nanquín y la Gran Muralla; no me autorizaron. Las ciudades chinas que visité en uno u otro de los tres viajes de 1965-66, 1967 y 1970 son: Shenyang (provincia de Liaoning, en Manchuria); Chencheu (Honán); Hangchou (Chequiáng); Changsha (Hunán); Yenán (Chensi); Wuhan (Hupé); Shanghai (Kanzou). Desde el punto de vista arqueológico e histórico el viaje más interesante fue el primero de los tres.

⁵⁸. Ya existen aportaciones a ese juicio ponderado, como las del difunto lógico, ex-disidente y exiliado de la URSS, Alejandro Zinovief, y la del ruso emigrado a Palestina, Israel Shamir, junto con los trabajos de historiadores y biógrafos, como Robert Service, *Stalin: A Biography* (Cambridge, Mass.: Harvard U.P., 2004) e incluso los libros de Simon Sebag Montefiori (un tanto noveleros y sensacionalistas, a menudo desorbitados en sus asertos, que no parecen descansar en una base documental clara). Asimismo han sido valiosas: las aportaciones de Domenico Losurdo; el primer volumen de la biografía de Stalin por Stephen Kotkin (el segundo es desastroso y mendaz, sin dejar por ello de contener un montón de datos de interés); varios libros de Geoffrey Roberts y de Mark Tauger; y, sobre todo, los libros de Grover Furr. Lamentablemente los trabajos del profesor ruso Andrey Fursóf únicamente están accesibles —para quienes no podemos leer ese idioma— en vídeos a través de Youtube; visionarlos no puede suplir la lectura sosegada de un libro historiográfico, con su bibliografía y sus notas.

Entiendo que ya entonces, y más aún posteriormente, muchos prochinos y maoistas habrán seguido la estela pequinesa por motivos que no tenían nada que ver con la reivindicación del camarada Stalin y de la Unión Soviética en el período 1923-53; luego habrán tenido que aceptar, aunque sea sin mucho agrado, la superficial reivindicación del camarada Stalin formulada (casi protocolariamente) por la dirección china.

Para mí, sucedía lo inverso —a pesar de mis pocos años. Uno de los motivos principales de mi adhesión a la línea china fue esa reivindicación, que yo tomé al pie de la letra en 1963.

Ya me suscitó dudas la lectura del artículo «Sobre el problema de Stalin» del *Renmin Ribao* [*Diario del Pueblo* de Pequín), del 13 de septiembre de 1963 —que sólo pude leer unos cuantos meses después—, porque ahí, junto con una defensa del camarada Stalin, había una expresión de cierto rechazo apenas velado, proponiéndose la vía de Mao como una alternativa ideológica. El artículo presentó la luego célebre fórmula china: 70% positivo, 30% negativo. A una persona racional eso le planteaba interrogantes: ¿con qué criterio se fijaban tales evaluaciones? ¿Cuántos puntos se daban a esto, cuántos a aquello, cómo se justificaban tales puntuaciones y cómo se baremaban las múltiples actuaciones y las diversas elaboraciones doctrinales del propio Stalin y de los partidos comunistas que habían actuado bajo su liderazgo?

A falta de una respuesta a tales interrogantes, había un problema práctico: si se iba a reivindicar al camarada Stalin como un motivo para oponernos al revisionismo de Jruschof y sus continuadores, ¿era inteligente presentar un balance así, prácticamente de 2/3 bueno y 1/3 malo? Dejando la determinación correcta para el futuro, y sin negar en absoluto la existencia de una serie de errores, ¿no era más juicioso recalcar lo positivo?

En enero de 1966 me di cuenta en Pequín de que el antistalinismo chino iba mucho más lejos. No rechazaban sólo la línea de Jruschof, sino la política soviética ya desde el tiempo de Stalin, así como descartaban apreciar para nada a los próximos colaboradores y continuadores de Stalin, como Viacheslaf Molotof. Esas largas semanas de permanencia en el invierno chino⁵⁹ las aproveché, pues, en parte, para escribir un manuscrito sobre la cuestión del camarada Stalin que se desmarcaba netamente de las posiciones chinas.⁶⁰

⁵⁹. La agenda de viajes y visitas que nos habían programado los camaradas chinos fue considerablemente aminorada a petición de Valera, quien deseaba menos ajetreo y más sosiego y reposo, sin por ello acortar la estancia. Nunca antes ni después he experimentado aburrimiento.

⁶⁰. Regresé de China portando ese escrito, pero no lo conservé. En el PCEml tampoco era generalmente compartida mi posición sobre el camarada Stalin. El camarada Valera sí pensaba como yo. Después de su caída en abril de 1966, irá ganando terreno la camarada Helena Ódena —de cuyo ascendente hablaré más abajo—. Su enfoque estaba alejadísimo del mío.

Durante los años 1967 a 72, ambos inclusive, cada vez que se aproximaba el 5 de marzo, proponía yo al comité de redacción insertar en *Vanguardia Obrera* un suelto conmemorativo. De esas seis propuestas sólo una fue aceptada.⁶¹

Cerrando esa digresión, retomo mi relato. Tras celebrar un número de conversaciones en Pequín —y recibir la limosna que nos otorgaron—, regresamos a Francia (ya estábamos a comienzos de febrero de 1966), otra vez dando la vuelta por Colombo, aunque esta vez no hubo escala en Teherán. Entre tanto en España había tenido lugar la caída de bombas atómicas yanquis en Palomares (y poco después se producirá la creación del sindicato de estudiantes en Sarriá; la FUDE que habíamos querido salvaguardar ya contaba poco a esas alturas).⁶²

No nos rendíamos. Celebramos una reunión del secretariado en París. Yo tuve que llevar propaganda a un simpatizante de Perpiñán —si mal no recuerdo, uno de los hermanos Pons Prades—, siguiendo rumbo a Burdeos, donde me reencontré con Paulino para entrevistarnos con restos del movimiento de la Tercera República;⁶³ retorno a París, para coordinar lo que todavía quedaba de base

⁶¹. En el nº 66, marzo de 1968, aparece un artículo «Defendamos la memoria del camarada Stalin», firmado por M. Palencia (Helena Ódena). Resulta un poco engañoso el título. A favor de Stalin se dicen unas pocas generalidades; atribúyese, ciertamente, al pueblo soviético el mérito de haber conquistado grandes éxitos bajo su dirección. Para compensar, se repite tres veces que Stalin incurrió en errores.

En lo esencial dedícase el artículo a atacar, en los términos de la más extrema virulencia, a los dirigentes soviéticos pos-jrushovitas «y demás revisionistas»; ignorando que esos dirigentes, justamente, nada decían contra Stalin; habiendo defenestrado a Nikita Jrushchov en octubre de 1964, el equipo de Brezhnev cesó la desestalinización —e incluso, tímida y fagazmente, habló positivamente del camarada Stalin.

A lo largo de los ocho años durante los cuales la traté asiduamente, en múltiples conversaciones, Helena me manifestó que, a su juicio, la política interior de Stalin había incurrido en gran inhumanidad —dándole en eso la razón a Bertrand Russell—, mientras que, en política exterior, lo único acertado que había hecho fue el pacto germano-soviético de agosto de 1939.

Miremos la tabla de materias del tomo I de los *Escritos políticos* de Elena Ódena (Ed. VOSA, 1986, ISBN 8486293329, versión digitalizada disponible en el sitio www.pceml.info). Los artículos vienen agrupados en secciones, la 2ª de las cuales es «La cuestión de Stalin». Recógese en ella el citado artículo de marzo de 1968. Figura a continuación uno de marzo de 1978. De ese mismo año, 1978, hay tres; del siguiente, dos; de 1983, uno. En ninguno de esos seis artículos de 1978-83 vuelven a mencionarse los errores de Stalin. El panegírico es directo.

Evidentemente, Helena pudo haber cambiado su visión de las cosas y aprendido más historia; sólo que resulta curioso que se produzca un viraje tan súbito, difícilmente explicable por una mera evolución de ideas, siendo más plausible achacarlo a una oportunista asunción de las tesis de Enver Hoxha, al estallar la ruptura chino-albanesa.

⁶². También había tenido lugar, durante nuestra estancia en China, la I Conferencia Tricontinental en La Habana, del 3 al 15 de enero de 1966, con participación de Fidel Castro, Salvador Allende, Amílcar Cabral, Cheddi Jagan, Rodney Arismendi y Nguyen Van Tien, entre otros. Si bien uno de los mensajes leídos era el del primer ministro chino, Chou En-lai, en China se silenció ese evento, dada la ruptura entre Pequín y La Habana (al haberse alineado Cuba con la URSS). O me engañan mis recuerdos o me enteré de ese encuentro al regresar a París, sin percatarme entonces de su importancia y significación. Eso prueba hasta qué punto habíamos ya caído en el sectarismo, que nos aislaba del antiimperialismo real. Todo en aras de nuestro purismo, un purismo a punto de estrellarse contra la deriva ultraizquierdista que Mao va a provocar unos meses después con su malhadada «revolución cultural».

⁶³. Sobre ese movimiento v.: Fernando Hernández Sánchez, «Entre la vieja y la nueva izquierda armada: De la unión de combatientes españoles al movimiento por la III República», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t. 17, 2005 (UNED), pp. 311-324. (Accesible en el internet.) En ese artículo se evocan los contactos que con dicho movimiento entablaron el grupo Proletario, primero (p. 319) y el PCEmI, después (pp. 323-4), recordándose que algunos de sus

obrero en la capital francesa y sus alrededores. Valera se despidió para hacer otra gira por el sur de Francia contactando posibles simpatizantes. No dijo exactamente adónde iba.

Al cabo de unas semanas la prensa traía la noticia: Valera (Paulino García Moya) había sido detenido en Madrid el 3 de abril, lo mismo que Emilio (quien sí estaba oficialmente en misión en el interior como agente de enlace del comité ejecutivo), junto con los dirigentes de la organización local madrileña. Quedaba así desarticulado lo ya poco de PCEml que había en la capital de España y descabezada la dirección del partido.⁶⁴

Capítulo 6.— Reorganización del comité ejecutivo (1966)

¿Cómo se había producido el viaje de Paulino a Madrid sin dar aviso a ningún otro miembro de la dirección del partido? El propio Paulino, en sus recuerdos de 1993,⁶⁵ lo cuenta así:

Y yo no conocía la situación española. Yo había salido de España diez años antes y yo quería saber con mis propios ojos qué pasaba en España. Pero claro, tampoco me fiaba de la gente. Y entonces ¿cómo voy yo a España sin que lo sepan? y ¿cómo me arreglo? Entonces apareció un buen día por casa de estos amigos de París el cura Mariano Gamó. Me produjo muy buena impresión, hicimos una ligera amistad y ya un buen día le conté: «Mira, tú tienes que arreglarme -porque él iba y venía a Francia-, tú tienes que arreglarme cómo voy yo a España». Y dice «Hombre lo voy a pensar, pero yo te puedo echar una mano». Y, efectivamente, al poco tiempo vino y dice: «Eso lo tienes arreglado cuando quieras». Y digo: «Quiero ya». «Bien, el próximo viaje te lo traigo montado». Y efectivamente, vino y me dijo: «Tal día, a tal hora, en tal sitio de Andorra habrá dos tipos que son sacerdotes que te cogerán y te llevarán a Barcelona, el resto corre de tu cuenta». Y allí logré yo establecer contacto con

integrantes/dirigentes (era lo mismo) se incorporarán a las filas del PCEml (entre ellos Rafael Pérez Marín, «coronel Arroyo», con quien yo trabajé estrechamente en París en el tiempo en que ambos éramos miembros del comité local, en 1967-68.

⁶⁴. Fernando Hernández Sánchez, *op.cit.*, p. 324, nota 38, reproduce el siguiente fragmento de un texto manuscrito de Jesús de Cos Borbolla, «comandante Pablo» (uno de los camaradas de la III República con quienes yo me entrevisté en Burdeos en marzo de 1966 y el único de esa procedencia —además del camarada Arroyo— con quien seguiré teniendo contacto [esporádico eso sí] en mi período parisino): «Cuando se desmoronó el Movimiento por la III República vino a verme Paulino García Moya y me pidió que ingresase en el PC (m-l), recientemente constituido, con todos los compañeros que yo tenía organizados en el movimiento [...] Llamé al responsable de Madrid, alias 'Antonio', que creo había sido durante la guerra civil colaborador de *Mundo Obrero* o de *Bandera Roja* [debe referirse a *Nuestra Bandera*] y allí se decidió que Paulino debía ir al interior a organizar el Partido». (El mismo texto, casi literal, figura en el libro de Jesús de Cos *Ni bandidos ni vencidos: Memoria de una gesta heroica. La guerrilla antifranquista en Cantabria*, Ed. Jesús de Cos, Santander, 2ª edición, 2007, ISBN 84-611-01537, pp. 68-69.) Esa declaración da una clave de lo que hasta hoy había sido para mí un misterio: ¿cómo así a Paulino se le había ocurrido viajar a España sin notificármelo —siendo yo uno de los tres miembros del secretariado del comité central—, con el enorme riesgo que ello suponía, para él y para el partido? Otra versión —no del todo concordante— es la que da el propio Paulino en sus recuerdos, en 1993; la reproduzco más abajo.

⁶⁵. Según la versión que figura en la tesis doctoral, ya citada, de Consuelo Laíz Castro.

una gente, que no nos llevábamos muy bien, pero me merecían confianza.⁶⁶ Y efectivamente, me marché a Burdeos —les dije a los otros que iba a Burdeos—, me marché a Andorra y allí estaba la pareja ésta. Me cogieron, pasamos la cosa oficial de la frontera charlando, los curas con la gente de allí y yo sentado allí muy tranquilo; nadie me preguntó nada, nadie me dijo nada, llegamos a Barcelona y en el Paseo de Gracia: «Estás en Barcelona amigo, hasta luego». «Muy bien, ¡gracias!» No les he vuelto a ver. Total que una muchacha que estaba localizada es la que me atendió un par de días que estuve en Barcelona y ya me arregló el trayecto y los contactos en Madrid.⁶⁷ Y duré poco tiempo en libertad, dos días o tres.

— [entrevistadora] «¿A qué atribuye una detención tan rápida?»

— [P.G.M.] La explicación es que iban siguiendo a uno de los que nos reunimos, de Madrid. Que es el de la editorial De la Torre, José María Gutiérrez de la Torre, que tiene una editorial en Madrid y seguimos relacionados y nos vemos. Y parece que estaban siguiendo a éste, la policía. Entonces, al vernos reunidos, vieron al «viejo» [...] y dijeron: «Tate éste es.»

El ya citado libro de Jesús de Cos Borbolla contiene una versión de los hechos —en parte ya citada al final del apartado precedente— que agrega la siguiente precisión:

A los pocos días [de decidirse en Burdeos que Paulino debía ir al interior a organizar el Partido] lo pasó por Andorra mi compañera, Anita. Un mes más tarde fue detenido en Madrid con varios militantes del PCML, pasando varios años en la cárcel.

Casando ambos relatos, colijo que Anita (de su verdadero nombre Agapita González Díaz, montañesa como su compañero) acompañó a Paulino hasta Andorra, donde lo recogieron esos sacerdotes amigos del P. Mariano Gamo.⁶⁸

La caída del camarada Valera en abril de 1966 constituyó una tragedia para la evolución del PCEml. No porque él fuera un gran dirigente: nunca había sido dirigente en el PCE, sino un cuadro medio; tras su marcha a Colombia a mediados de la década de los cincuenta, su —ya antes muy limitada— experiencia política se redujo a proporciones simbólicas. No nos aportaba, pues, el bagaje de liderazgo y renombre que otorga la condición de dirigente.⁶⁹ Tampoco contribuía con ese saber-hacer o saber-dirigir que viene con la práctica. Tenía más edad que

⁶⁶. Ese «allí» debe referirse a Burdeos; debe de estar aludiendo a sus contactos con militantes de la organización «Tercera República», de quienes ya he hablado anteriormente.

⁶⁷. Esta muchacha (que estaba destinada para montar en Barcelona la organización del PCEml por el propio Paulino) no es otra que mi compañera.

⁶⁸. Persiste una duda: ¿qué necesidad tenía Paulino de que lo acompañaran para ir a Andorra? Sobre la identidad de Agapita, v. de Cos, *op.cit.*, p. 305. Por otro lado, me extraña un poco no recordar haber tenido noticia de esa visita de Mariano Gamo a París. Era —ya lo sabía yo— amigo de Manolo, en cuya casa sí me entrevistaré yo con él una o dos veces, pero más adelante (hacia fines de 1966 o comienzos de 1967). Si ya había estado allí en la primavera de 1966, lo normal sería que yo lo supiera. Desde luego, el camarada Paulino hacía las cosas a su modo. También es posible que yo estuviera entonces al tanto mas lo haya olvidado.

⁶⁹. Y es que del comité central del PCE ni un solo miembro se había unido a nuestra escisión del año 1964.

experiencia. A eso se unían cuatro rasgos de su personalidad que, normalmente, hubieran hecho desaconsejable asignarle altas funciones directivas: (1) inconstancia en muchas cosas (cabe hablar incluso de volatilidad o volubilidad, aunque sólo afectaba a asuntos de táctica y de apreciación de personas); (2) personalismo y autoritarismo; (3) falta de tacto; y (4) incompreensión de las necesidades sentimentales de los militantes —con una desmesurada exigencia de renuncia y autodenegación.⁷⁰

A esos cuatro defectos se contraponían, sin embargo, sus tres virtudes: honradez, desinterés y firme convicción ideológica en lo esencial (pese a sus oscilaciones en la táctica política). De haber seguido él al frente del PCEml, no se hubiera producido la mutación que irá teniendo lugar, cumulativamente, tras reorganizarse el comité ejecutivo y el secretariado del comité central en ese mes de abril de 1966; es casi seguro que con él no habría sucedido la deriva ultraizquierdista de 1968-72 ni el PCEml habría adoptado un incondicional alineamiento con Pequín que lo conducirá a un desastre.

Además, Valera era un dirigente muy respetado entre nosotros —por su edad, por lo que representaba de vínculo con la militancia comunista anterior (incluso la de antes de la guerra) y porque emanaba un halo de desinterés y abnegación: él había abandonado toda su vida personal y profesional para vivir modestísimamente consagrado a dirigir el partido en tierra extraña, lejos de su hogar. Ningún otro líder del PCEml gozará de ese carisma, ni de lejos. Estoy convencido de que, estando él al frente, se habrían evitado muchas de las divisiones y deserciones que nos irán erosionando en los años siguientes.⁷¹

Al producirse la catastrófica detención del camarada Paulino, hubiera sido razonable que nos diéramos por vencidos. No porque haya que claudicar ante la represión fascista, sino porque carecíamos de medios humanos y materiales para una lucha de tal envergadura. Cada escisión y cada caída nos dejaban temblando porque ya antes la organización era raquítica, teníamos escasísimos apoyos y nuestros pocos militantes eran o muy jóvenes o muy pobres o ambas cosas a la vez. Pero cesar la lucha planteaba la incógnita de qué hacer con quienes habían confiado en la dirección. Y de todos modos teníamos la fe del carbonero. Se reconstituyó el comité ejecutivo y seguimos adelante.

⁷⁰. Pretendía que cada uno de nosotros actuara con un desprendimiento absoluto en todo, igual al suyo, sin consentir ninguna debilidad afectiva, ni siquiera la vida de pareja, que, a su entender, nos distraía de esa consagración total a la causa revolucionaria.

⁷¹. El camarada Paulino, estando encarcelado, mantuvo al principio su militancia. Pero pidió que se expulsara del partido a otro miembro del secretariado, detenido junto con él, Emilio, con quien se llevaba muy mal. Emilio era un personaje intrascendente, aupado al escalón de máxima dirección por su aspecto reservado, sosegado y serio. Al recibir esa solicitud de expulsión (sería el año 1967 ó 68), la dirección decidió aplazarla hasta la salida de la cárcel de los camaradas, para investigar tranquilamente qué había pasado. Paulino lo tomó mal. Imagino que por entonces puso fin a su militancia. En la citada entrevista con Consuelo Laíz Castro figura este intercambio: [entrevistadora] «¿Cómo juzgó la actuación del PCE(m-l) a partir de 1966, cuando usted está ya fuera de ese partido?» P.G.M.: «No les he prestado atención. Todo lo del PCE(m-l) me ha parecido un poco fuera de tono y descabellado».

El comité ejecutivo quedó reorganizado incorporándose al mismo la camarada Helena Ódena, cuyo verdadero nombre era «Benigna Benita Ganuza Muñoz»,⁷² quien, simultáneamente, pasó a ser miembro del secretariado del comité central.⁷³ El leonés Ángel Campillo Fernández, alias «Miguel» (pero llamado luego «Eduardo»), ascendió también al secretariado.⁷⁴ Dado que compartíamos el mismo alias, «Miguel», había que acudir a calificativos para distinguirnos («Miguelón» y «Miguelín»). Hacia 1968 cambiamos nuestros nombres de guerra por razones de clandestinidad: el suyo pasó a ser «Eduardo»; el mío «Julio»; el de Raúl Marco será «Ricardo» y el de Helena «Clara». (Manolo abandonará el partido en la primavera de 1967.)

Eduardo=Miguel se encargó asimismo de la secretaría de organización del partido. Con ello quedaba un secretariado trimembre y un ejecutivo de cinco individuos (Manolo [hasta la primavera de 1967], los dos Migueles, Helena y Raúl).

Transcurrió un difícil período que va de la caída del camarada Valera, el 3 de abril de 1966, a la del camarada Eduardo, en febrero de 1969, durante el cual el PCEml se jugaba su supervivencia. Sin menospreciar, en absoluto, el esfuerzo, el sacrificio, la entrega, la fe y hasta el heroísmo de tantos dirigentes, cuadros y militantes de base, a lo largo de esos 33 meses fue el dúo parisino de los Migueles el que aseguró la continuidad y el que más contribuyó a consolidar el partido —cada uno en su propio ámbito de trabajo.

Unos meses después Matías se escapó de España (donde, haciendo el servicio militar, había sido arrestado y conducido bajo escolta, con claro destino a un batallón de castigo en el Sahara). Su fuga fue de película: sin equipaje, sin dinero en el bolsillo, saltando por una ventana del baño de una estación ferroviaria (mientras la escolta lo esperaba a la puerta del retrete) y haciendo autostop, llegó —por favor de la Fortuna— a la frontera pirenaica. Conociendo el paso de Dancharinea y siendo un hombre audaz, se plantó en París. Fue entonces reincorporado al comité ejecutivo del PCEml, como si nada hubiera pasado.

De Manolo ya hablé más arriba como autor del bluf que había llevado a la constitución del grupo Proletario en enero de 1964. No permaneció mucho tiempo

⁷². La camarada Helena escribía inicialmente con hache su nombre de guerra, porque se refería a Helena de Troya. El apellido evocaba la figura de Lina Ódena, joven comunista catalana muerta en el frente de Granada en 1936.

Posteriormente eliminará esa hache, seguramente de mala gana (sólo porque a los camaradas de base les resultaba raro ver escrito así ese nombre). No me cabe duda de que esa reminiscencia de Helena de Troya estaba, en su perspectiva, cargada de significación. Le gustaba la mitología griega (todavía entonces no tan de moda como lo será tras el libro de Robert Graves). Dudo que resultara totalmente ajeno a sus propios percances —a título, en cierto modo, de motivo inspirador— el adulterio de Helena, la bellísima hija de Zeus y consorte del rey Menelao de Esparta, dejándose seducir por el príncipe troyano Paris o Alejandro (desencadenando así feroz guerra). Me imagino que veía en ese evento un acto de rebeldía femenina frente a la supremacía varonil, pasara lo que pasare.

⁷³. Hasta entonces Helena Ódena era sólo miembro del comité central, no habiéndose presentado su candidatura en el pleno de Bruselas de diciembre de 1964 para el ejecutivo ni para el secretariado. Valera era totalmente opuesto a incorporarla a tales órganos. Sí fue, en cambio, miembro del comité de redacción de *Vanguardia Obrera* desde el comienzo. Allí chocó fuertemente con Manolo desde el primer momento.

⁷⁴. Ya había sido anteriormente cooptado para el ejecutivo.

en el ejecutivo. En la primavera de 1967 abandona el PCEml, en las circunstancias que relataré más abajo. Algunos años después se incorporarán al ejecutivo Andrés (Miguel Ángel Muñoz Moya) e Iñaki (Álvaro Fernández Alonso). Y posteriormente Alfonso Graño.⁷⁵ De tales cooptaciones haré mención oportunamente.

Las promociones de abril de 1966 no se hicieron con regularidad estatutaria, porque no se reunió un pleno del comité central que hubiera decidido esos nombramientos. Ni siquiera se propuso tal convocatoria, porque se juzgó que había razones de emergencia que imponían imperativamente proceder a las cooptaciones o designaciones.

De todos esos cambios, el más trascendental fue la súbita promoción de la camarada Helena tanto al ejecutivo cuanto al secretariado. Era una persona cuyo rasgo más característico era una voluntad férrea, laminadora, con un aplastante poder de acometida.

Había nacido en 1930. Era hija de un padre vasco-navarro de hidalgo linaje y de una madre palentina. Refugiada infantil de la guerra, fue acogida en Inglaterra, donde pudo hacer estudios de bachillerato gracias a una beca. Emigrada a Francia después de 1945, se afilió a las juventudes comunistas, donde se enamoró de un militante que había combatido en el maquis.⁷⁶

⁷⁵. Trátase del único camarada procedente del fantasmagórico no-grupo *España democrática*, que había pasado varios años en China y luego en Albania, de donde acababa de regresar. No recuerdo en qué momento fue cooptado para el comité central y luego para el comité ejecutivo. Fue autor del libro *Los nuevos desenfoces del señor Carrillo o la apología del neofranquismo*. Sus dos nombres de pluma en *Vanguardia Obrera* eran «Antonio Bujalance» y «A. Guzmán».

⁷⁶. Ese novio, luego marido, era el santanderino Marcelino Fernández Movellán, alias «Suré». Igual que todos los guerrilleros del maquis, había sido partidario de Jesús Monzón, el líder de la Unión Nacional. (Era el ejecutivo, encabezado entonces por la Pasionaria, quien había lanzado esa política; en 1945 Carrillo montó una de sus infames intrigas para hacer caer a Monzón, atribuyéndole calumniosamente desviaciones que no eran tales, sino la estricta línea del partido.)

Tal filiación monzoniana explica un poco la ulterior trayectoria de ambos cónyuges. Y es que la línea que se personificó en J. Monzón significaba un intento de cruzar la demarcación entre fuerzas republicanas y monárquicas para construir una unidad antifranquista; una orientación a la que el PCE, con (importantísimas) variaciones, tendió en repetidas ocasiones. Un motivo de fondo de esa reiterada tentación era el resentimiento frente a las ambigüedades y deslealtades de las demás fuerzas republicanas. Aunque parezca paradójico, una tendencia en ese sentido era atractiva para un sector de cuadros que compartían el rechazo al republicanismo burgués; entre ellos los esposos Marcelino y Benita. (Aunque es posible que, en su caso, hubiera otras causas más personales, ligadas a reminiscencias familiares —de ambos cónyuges.)

Todavía muchos años después ese pasado seguirá teniendo una fuerte impronta en las ideas de Helena Ódena, siempre simpatizante de Monzón y reacia a cualquier legitimismo republicano. Los artículos de *Vanguardia Obrera* firmados por «M. Palencia» o «H. Ódena» sobre la formación de un frente democrático nacional revolucionario tendrán un cierto sesgo monzoniano. En una ocasión, un malhadado artículo suyo vendrá malévolamente aprovechado por Santiago Carrillo —en el único ejercicio de polémica ideológica que se dignó dedicarnos, creo que en 1969, en el *Mundo Obrero*.

Si bien la prosa de D^a Helena era farragosa y embrollada, la lectura de Carrillo fue retorcida y descontextualizada. Helena había escrito algo así: «Cualquier personalidad del pasado o del presente puede sumarse a este frente que preconizamos». Carrillo replicó: «¿Cualquier personalidad del pasado o del presente? Entonces, ¿por qué no Franco, por qué no Carrero Blanco?» (Sobre el conflicto entre mi concepción del Frente y la de Helena v. *infra*, análisis de nuestra 12^a divergencia en el capítulo 13.)

He de precisar que mis lecturas de estos últimos años, principalmente una biografía del camarada Jesús Monzón Repáraz, me han llevado a una altísima estima por ese valeroso y honrado comunista, que merece ser recordado con honores frente a sus calumniadores. (En algunas cosas Helena llevaba la razón.)

El matrimonio no fue feliz. Pero Helena, gracias a su conocimiento de idiomas, consiguió ganar unas oposiciones a un cuerpo de funcionarios de la OMS (organización mundial de la salud), poco antes de que el régimen franquista fuera admitido en la ONU en diciembre de 1955. Ello le proporcionó una existencia acomodada y una situación segura, dado que el gobierno suizo hacía la vista gorda sobre cualesquiera actividades de los funcionarios internacionales en Ginebra.

Mal avenidos, siguieron, empero, los cónyuges compartiendo durante años su posicionamiento político. Al estallar la discordia chino-soviética, en 1963, decantáronse por China, fundando juntos el grupo «La Chispa» (oposición revolucionaria del partido comunista de España). Ambos esposos fueron a Pequín en delegación de ese grupo (el único invitado antes de la unificación) en el verano de 1964.

Prodújose justamente por entonces la separación entre ellos, conducente al divorcio (litigioso). En el otoño se entremezclará ese conflicto conyugal con la división política ocurrida tras la conferencia unificatoria de París (31 de octubre a 2 de noviembre de 1964), puesto que el marido, Suré, encabezará el círculo escisionista del 3 de noviembre (más tarde convertido en el grupo de los «oportunistas sin principios»).

Pese a ese fracaso matrimonial, Helena había triunfado en la vida partiendo de condiciones difíciles. Los sinsabores la habían endurecido. Era una persona que jamás mostraría el menor síntoma de compasión, dulzura o afecto.⁷⁷ Estaba segura de que los fracasos y la impotencia vienen de falta de voluntad. Pensaba que la revolución era fácil y que la burguesía española era cobarde, pudiendo ser vencida con arrojo y decisión.

Aunque su recorrido no le había brindado la oportunidad de hacer estudios superiores, durante los años de infortunio matrimonial en Ginebra había dedicado tiempo al aprendizaje autodidáctico de una gama heteróclita de disciplinas, incluyendo el latín. Los ajetresos de la existencia le impedían adquirir conocimientos sólidos, pero tenía pericia para asimilar unas nociones básicas.

Su visión política de las cosas tendía a los esquemas y, principalmente, a la dicotomía burguesía/proletariado. De ahí que apenas concediera significación a la lucha antiimperialista en el tercer mundo y considerase irrelevantes cualesquiera situaciones que no encajaran en los moldes de su formación —a salvo, no obstante, de una paradójica apertura a las nuevas corrientes de moda en los círculos de postín que le gustaba frecuentar. A su modo de ver, todo el problema del campo español empezaba y terminaba en la cuestión que se solucionaría aplicando el lema «¡La tierra para el que la trabaja!» —como si el agro español de los últimos años 60 y primeros años 70 fuera el mismo que el de los años 30.

⁷⁷. Contra ella se han escrito afirmaciones injustas, movidas por el rencor. Lo que hay de fundamento para las acusaciones es que la camarada Helena habrá sido respetada, apreciada, admirada o temida —y por otros (o por los mismos en posteriores momentos) odiada—, pero dudo que nadie la haya querido, porque ella tampoco pareció nunca querer a nadie ni hacerse querer. Cualquier sentimentalismo estaba muy por debajo de ella.

Si a uno se le atragantaba leer sus artículos no es sólo por razones de estilo y de oscuridad conceptual (ya que el talento y la inspiración no bastan para adquirir hábitos de claridad intelectual), sino porque rehusaba entrar en detalles. Hablaba, p.ej., de las fuerzas burguesas, pequeñoburguesas u oligárquicas, de los errores izquierdistas o derechistas, pero casi nunca mencionaba a éstos o aquéllos, a Fulano o a Mengano, ni solía citar sus afirmaciones respectivas ni ofrecía una crítica ceñida al texto; todo solía ser a bulto, globalizado, vago y genérico —lo cual daba también a sus escritos un aire sibilino, abierto a las interpretaciones.

Hábil para la discusión, no tenía ningún hábito de debate racional. Su practicismo y su utilitarismo estrecho la llevaban a concebir el intercambio verbal como un mero instrumento para alcanzar lo que quería, que era imponer su voluntad. Nunca aspiró a convencer a nadie.⁷⁸

Su ambición estaba a la altura de su amor propio. Nunca dudó de que estaba llamada a ser una gran figura histórica, teniendo una fe inquebrantable en su propia valía y en su destino, el de una Juana de Arco revolucionaria.⁷⁹

⁷⁸. A su habilidad y, sobre todo, a su pugnacidad erística se añadían dos cualidades: (1) un sentido de oportunidad que, durante los años 1964-68, la llevó a postergar la defensa abierta de sus puntos de vista, esperando que la situación fuera más propicia para sus tesis ultraizquierdistas; y (2) su vigilancia para no llegar nunca a las reuniones sin haber ido influyendo, a través de contactos previos, en la mente individual de los camaradas susceptibles de titubear, a fin de asegurar firmemente la victoria arrolladora de sus posiciones.

⁷⁹. La plaza de la camarada Helena en la función pública internacional, en el santuario ginebrino, le otorgaba, no sólo una renta que multiplicaba por varias unidades el ingreso medio de nuestra paupérrima militancia (¡no digamos ya la ridícula asignación que recibíamos los permanentes del partido, cuando la recibíamos!), sino ventajas adicionales: desde la seguridad —dada la política del gobierno helvético al respecto— hasta una serie de facilidades que equivalían a un sobresueldo. Siempre adujo que no sacaba provecho alguno del partido, sino al revés: gastos y hasta deudas. Lo cual era cierto. Pero, claro, nos habíamos empeñado en una lucha de entrega y abnegación totales, en la cual se nos exigía ofrendar nuestra libertad, nuestro bienestar, nuestra integridad física y hasta nuestra vida en aras de la causa revolucionaria. Provocaba un difuso malestar —que nunca se mencionaba, pero que estaba ahí— el que aspirase a erigirse en líder de una lucha así una persona que —aunque fuera justificadamente— seguía disfrutando de una elevada posición social, altos ingresos, una vida confortable —veraneando en la Camarga o en la Costa Azul, practicando el esquí y ocasionalmente la equitación—, con unos hábitos vitales alejados, no ya de los de la masa de militantes, sino más aún de los demás dirigentes, que vivíamos en la indigencia.

Por otro lado, los gastos en que incurría a favor del partido le otorgaban una condición de superioridad, porque, desvalidos y menesterosos, dependíamos de esa limosna. Y es que ni la exigua ayuda de China en 1966 ni, en años siguientes, las de Albania nos suministraban ni siquiera lo indispensable para pagar aunque fuera medio salario mínimo a los pocos permanentes del partido. De ahí que cualquier donativo fuera más que una bendición: un salvavidas.

Sólo Helena era propietaria de una casa, la de Echegorri, que fue la sede de tantísimas reuniones, las cuales no hubieran podido celebrarse en ningún otro lugar. Era la única que tenía un automóvil. Su propio domicilio ginebrino era también indispensable lugar de trabajo para el exiguo aparato.

Esas escasísimas ayudas extranjeras, además, ella —sin haber sometido el asunto a deliberación alguna— se las apropiaba, ingresándolas en su propia cuenta. Nunca se llevó contabilidad. Desde luego que ella no se quedó con un céntimo de ese poco dinero, pero se arrogó la administración del mismo. Tal vez en aquellas circunstancias era lo razonable; un proceder más leal hubiera estribado en haberlo acordado así en un órgano del partido.

En virtud de ese cúmulo de circunstancias, ella tenía, económicamente, la sartén por el mango; y eso se notaba. Dijo el escritor Upton Sinclair: «Difícil es hacer entender algo a un hombre cuando su salario depende de que no lo entienda». De un modo u otro, nuestra continuidad dependía de no entender los errores políticos de la camarada Helena.

Su marxismo se limitaba, en lo esencial, a unas pocas ideas-fuerza. En su visión de las cosas quedaban descartadas las matizaciones.⁸⁰ Pese a concebirse como una intelectual, le disgustaba la cultura que ella llamaba «libresca»; sentía irritación cada vez que un camarada abordaba un problema desde un punto de vista teórico (p.ej. cuando alguien criticaba un artículo de V.O. o de *Revolución Española* aduciendo consideraciones de un clásico del marxismo). Desalentaba de estudiar demasiado la teoría.⁸¹

Capítulo 7.— Primer bienio parisino (1966-68)

Fue un milagro que, tras la crisis de la primavera de 1966, saliéramos bastante bien parados. Algún tiempo después de la caída de Valera el partido se había rehecho un poquito en Madrid y tenía pequeñas organizaciones locales en Vasconia, Cataluña, Asturias y hasta algo en Andalucía.

Luego se incorporó, no sé cómo, una organización valenciana, que fue desde entonces quizá de las más fuertes —o de las menos débiles, para hablar con propiedad.

Lo de París se tambaleaba y, en general, lo de la emigración en Europa andaba regular; teníamos organizaciones de obreros emigrados en Bélgica (Bruselas y Lieja, ciudades a las que hice un número de viajes por entonces), Suiza, Alemania, en algún momento Luxemburgo. Pero, mal que bien, en el interior se

⁸⁰. Se basa en tres fuentes cuanto digo aquí sobre Helena Ódena: 1ª, mis muchísimas conversaciones con ella, de marzo de 1965 a mayo de 1972, pues, en varias ocasiones, estuve incluso hospedado en su casa —ocupando una pequeña habitación que tenía reservada para huéspedes—, de suerte que a menudo me manifestó sus opiniones sobre asuntos no abordados en los órganos de los cuales formábamos parte; 2ª, las miles de reuniones en las que participamos juntos, de entre todas las cuales aquellas en las que más manifestó sus opiniones ideológicas eran las del comité de redacción de *Vanguardia Obrera*; 3ª, la lectura de los textos que escribió y publicó en la prensa del partido durante aquel octenio.

Es posible que sea parcial mi visión. Transcurrirán trece años y medio entre mi fuga y su fallecimiento en noviembre de 1985. ¿Por qué negar que, a lo largo de ese período, pudo estudiar, adquirir nuevos conocimientos, cambiar de opinión, evolucionar en suma? Es posible. Así y todo me pregunto si algunos artículos publicados en V.O. y en R.E. bajo su firma después de 1972 no estuvieron, total o parcialmente, escritos por camaradas que colaboraban estrechamente con ella.

Pienso principalmente en un hombre a quien —que yo sepa— nunca conocí personalmente, Jorge García Palacios. Tras mi fuga a fines de mayo de 1972 (de la cual hablaré oportunamente), vendré sustituido en el secretariado del comité central por Alfonso Graíño, quien, según tengo entendido, logró dimitir un año después, aduciendo desaliento personal —si bien, en realidad, lo que sucedía era que Helena se mostraba dura con él por pequeños desacuerdos que ella no consentía. Afirmando que no tenía divergencia alguna con la línea del partido y prometiendo que regresaría de inmediato a Colombia consiguió Graíño esquivar el amenazante castigo por desertar. Vino entonces reemplazado por el asturiano Jorge García Palacios, al parecer un militante de gran capacidad intelectual, que permanecerá en ese cargo hasta un momento avanzado de la transición. (La mayor parte de estos datos los extraigo del libro de Riccardo Gualino, *FRAP: Una temporada en España*, Ed. Amargord, 2011, ISBN 9788492560639.)

⁸¹. La figura de la camarada Helena Ódena ha suscitado ecos muy diversos. El nuevo PCE (m-l) —reconstituido en 2006 bajo la jefatura del veterano Raúl Marco— ofrece de ella, en su página www.pceml.info, una visión exaltada como preclara teórica del marxismo-leninismo e insigne líder de la revolución española. En cambio, Alejandro Diz (en el libro citado más abajo, *La sombra del FRAP*) traza de Helena una imagen diabólica y tenebrosa. Más moderada es la crítica de Paulino García Moya, en sus ya citadas declaraciones de 1993, donde dice: «Ódena[...] no tenía ningún valor sobresaliente de carácter ideológico, teórico, o intelectual siquiera. Era una funcionaria vulgar y corriente de la Organización Mundial de la Salud».

iban consiguiendo paulatinamente pequeñas implantaciones locales. Lo uno con lo otro hacía que pudiéramos pensar que avanzábamos.

La dirección del PCEml andaba dispersa. Vivíamos en París Matías (una vez que regresó al partido) y los dos Migueles —ambos miembros también del secretariado. Dos camaradas del ejecutivo (Helena y Raúl) vivían en Ginebra. Otros dos camaradas que se incorporarán más tarde al ejecutivo estaban en misiones en el interior: Iñaki (Álvaro Fernández Alonso) y Andrés (Miguel Ángel Muñoz Moya).

Así entramos en el año 1967. En el verano celebramos un curso de cuadros en París (en un piso prestado); una imprudencia que se pagó cara, porque siguieron detenciones y, naturalmente, algunos de los detenidos hablaron. Las asambleas, sean del tipo que sean, son incompatibles con la clandestinidad. Una organización que se tome en serio la lucha ilegal no puede celebrar asambleas de ningún tipo.⁸²

Es verdad que el curso en sí levantaba el ánimo, aunque de nuevo dos de los estudiantes que a él acudieron (Marcial y Martín) volvieron a plantear una disidencia ideológica, rechazando toda posibilidad de alianza con la burguesía media.⁸³ Lo que no había percibido yo todavía es que, en el fondo, la mayoría del ejecutivo compartía ese enfoque trosquistizante —sólo que, en ese momento, no lo decía abiertamente. A pesar de ese cuestionamiento de los fundamentos políticos que habíamos acordado, el curso terminó aparentemente bien; luego vinieron esas detenciones.

Ese período también estuvo marcado por una diversificación de los contactos que mantuvimos con una amplia gama de organizaciones españolas y de otros países.

En la práctica a mí me correspondió tomar en solitario muchas decisiones para establecer vínculos con otras organizaciones y me guié por el principio de la mayor diversificación posible, de tratar a todos tan bien, o hasta un poco mejor, que como ellos nos trataran para crear una red de alianzas lo más amplia posible, internas y externas.

De los contactos extranjeros menciono, en primer lugar, los latinoamericanos: los camaradas del partido comunista brasileño (que para mí eran ideales, porque eran de los pocos que huían del ultraizquierdismo como de la peste, manteniendo una postura equilibrada, equidistante entre ese ultraizquierdismo

⁸². El 5 de junio de 1967 el sionismo, auxiliado siempre por el imperialismo yanqui, lanzó la guerra de los seis días contra varios países árabes, ocupando el Sinaí, el Golán y toda Palestina (la Cisjordania, hasta entonces anexionada a Jordania). En nuestro alineamiento internacional la solidaridad con la lucha del pueblo palestino pasará a disputar el primer puesto con la que iba dirigida al pueblo vietnamita. Sin embargo, aunque parezca extraño, dentro del ejecutivo del PCEml no estuvo la cosa tan clara sobre el problema palestino; un artículo mío para *Vanguardia obrera* refutando el presunto «derecho a la existencia del Estado de Israel» fue censurado y aguado. El artículo, titulado «La lucha del pueblo palestino por su liberación», iba firmado por J. Benacantil, *Vanguardia Obrera* N° 26 (julio de 1967). V. infra, Anejo I.

⁸³. Ambos constituirán —creo que unos meses después— un grupo escisionista que publicará un boletín impreso, *El comunista*. No recuerdo haber visto jamás ningún número de tal boletín, que —según he escuchado decenios más tarde— salió con impresión de lujo. La verdad es que no me enteré apenas del surgimiento de esa disidencia e ignoro por completo si tuvo existencia real —más allá de un exiguo círculo. No creo que se volviera a hablar de ellos para nada.

funesto y destructivo y el derechismo de los revisionistas); camaradas dominicanos (tuvimos discusiones en torno a la cuestión cubana y a otra organización de Santo Domingo de la cual habíamos reproducido algo en una de nuestras publicaciones, tal vez equivocadamente); desde luego colombianos (aunque las relaciones con ellos siempre me resultaron insatisfactorias y hasta uno de ellos se embarcó en un ataque contra nosotros desde el «maotsetunismo», en relación con la RC de la que hablaré más abajo; creo que la lucha armada ya entonces viciaba el enfoque de los camaradas colombianos, mostrando los efectos nocivos de esa vía, especialmente cuando se prolonga). Hubo asimismo algún contacto ocasional con camaradas de Venezuela y Chile. También tuve diversos contactos con organizaciones francesas; omito aquí los detalles porque a ellas me referiré más abajo.⁸⁴

Mantuve varios contactos con curas progresistas venidos del interior (p.ej. el ya citado P. Mariano Gamo) así como con los republicanos de *Política* y, más tarde, con los de ARDE (a través de D. José Maldonado,⁸⁵ a quien más tarde expresé en nombre de mi partido una cordial felicitación por su nombramiento como Presidente de la República); me entrevistaba regularmente con el hombre de Álvarez del Vayo en París, el asturiano Alberto Fernández Bayón (aunque era penoso soportar sus charlas en las que me percaté del malentendido que había entre Álvarez del Vayo y él, que iba evolucionando en el sentido de comulgar exactamente con los planteamientos de Carrillo de buscar una salida a la situación española por la vía de una mutación por arriba del régimen gracias a los franquistas evolucionistas, renunciando a cualquier idea de revolución republicana). Con el propio Álvarez del Vayo me vi no pocas veces, coincidiendo con él, p.ej., en unas entrevistas con grupos de varias naciones para formar un frente antiimperialista mediterráneo (franceses, griegos, portugueses).⁸⁶

Aunque nunca pertencí a la comisión de organización del comité central del partido —ni, por consiguiente, era tarea mía la de organizar o supervisar la labor organizativa, o, si se quiere, el aparato—, así y todo, evidentemente, se me confiaron, en concreto, muchos contactos con camaradas del interior; otras veces no es que se me confiaran, sino que una circunstancia sobrevenida imponía, por imperativo práctico, que me encargara yo de tales contactos.

Eran de dos tipos. Los unos eran encuentros —sin periodicidad prefijada— con responsables de diversas organizaciones del partido en el interior, que acudían a París (unas veces en delegación individual, otras en delegaciones plurimembres) para intercambiar ideas y experiencia con la dirección del PCEml. Incumbíanos en

⁸⁴. V. infra, Capítulo 10.

⁸⁵. Conocí a D. José Maldonado por recomendación de María Rosa Madariaga.

⁸⁶. No sé exactamente cuáles eran los ingresos que permitían a D. Julio Álvarez del Vayo sobrevivir, desde luego modestamente. Tal vez lo ayudaban sus hijos; o su mujer había heredado algo; o China le otorgaba algún subsidio, bajo uno u otro concepto; o sus derechos de autor le aportaban una cierta renta. (Sé, p.ej., que colaboraba regularmente en la revista semanal neoyorquina *The Nation* [ISSN 0027-8378], fundada en 1865 y en la cual colaboraron también: Edward Said, Henry Miller, Gore Vidal, Franz Boas, Martin Luther King, Einstein, Russell, Trosqui, Orwell, F.D. Roosevelt, Galbraith, Steinbeck, T.S. Eliot, Hannah Arendt, Ezra Pound, Peirce y Sartre.)

ellos transmitir consignas y explicar los fundamentos de nuestra política —tanto en general cuanto, en especial, con adaptación a los cambios que la misma iba sufriendo en función de los nuevos acontecimientos político-sociales, nacionales e internacionales— y recibir información de nuestros camaradas del interior sobre la marcha de las organizaciones, las reacciones de la base, el estado de opinión de las masas, la existencia e influencia de otros partidos y grupos políticos, las posibilidades de alianza, la acción sindical y reivindicativa y cualesquiera sugerencias que quisieran hacer sobre nuestra política.⁸⁷

Otros contactos eran seminarios a lo largo de un número de días, en reuniones de menor duración cada una, en los que participaban camaradas del interior que estaban pasando en París un período de enfriamiento (habiendo corrido peligro de detención, habían huido). En ellos se trataba de explicar no sólo los detalles de la línea política del partido y las razones por las que su programa era correcto, sino también los fundamentos ideológicos, los principios del socialismo científico, incluido el materialismo dialéctico e histórico. Tales explicaciones —sobre todo cuando entrábamos en temas filosóficos— a mí siempre me provocaban malestar intelectual, porque me reprochaba tener que simplificar las cosas.

Esa experiencia ya la había tenido en Madrid, incluso en el PCE antes de la escisión de enero de 1964, puesto que me incumbió una vez una tarea extrauniversitaria —que me encargó personalmente Ignacio Romero de Solís—: la de impartir un curso de materialismo dialéctico a camaradas obreros de Canillejas.

Cuando, años después, me dedique a la enseñanza universitaria, experimentaré sensaciones que no estarán tan alejadas de aquella de los seminarios del PCEml en París: la difícil tarea de compaginar la didáctica con la fidelidad a los contenidos cognoscitivos que tiene uno que transmitir.

Marginalmente mantuve también contactos, a título individual, con otras personas que eran —o aspirábamos a que fueran— simpatizantes del partido. Sólo tuve encuentros regulares con José Miguel Ullán (quien me facilitó el contacto con el matrimonio Alazraki, de Meudon, donde pude declarar mi residencia —ficticia— a la policía francesa cuando solicité asilo en Francia y que fue testigo de mi

⁸⁷. Una de tales entrevistas no la tuve en París, sino que bajé a Bayona (ciudad a la cual nunca antes había viajado ni después he vuelto.) Tuvo que suceder en el otoño de 1969, o sea unos ocho meses después de la caída del camarada Ángel Campillo. Posiblemente su detención había interrumpido el contacto con la organización de Vasconia. A algunos camaradas de la misma los conocía yo, especialmente a Edmundo, un joven obrero vizcaíno con quien me había reunido durante mi breve estancia en Algorta en noviembre/diciembre de 1965. Vernos cara a cara resultaba el mejor modo de reconocerse. Me tocó esperar unas cuantas horas en un bar, mirando la televisión (pasaban una película histórica sobre San Vicente de Paúl).

Con Edmundo no me fue muy bien. Como organizador yo soy nulo y aquel corto encuentro tampoco era para discutir temas ideológicos. A él se lo veía muy crítico hacia el partido; yo traté, como siempre, de apaciguar y limar asperezas, dando suave respuesta a sus inquietudes. Dudo que tuviera éxito, pues posteriormente no recuerdo haber vuelto a saber nada de él.

Lo que me hace fijar la fecha en mis recuerdos es que se acababa de producir el escándalo de MATESA, habiendo salido en el N^o 45 de *Vanguardia Obrera* un artículo o suelto, de mi autoría, «MATESA, una corruptela más del yanqui-franquismo». (V. *infra*, Anejo I, Secc. 1^a.) Él criticó ese título, pues desconocía la palabra «corruptela»: «será una corrupción». Entiendo que con ese reparo quería dar a entender que V.O. estaba desligada de las masas hasta por un lenguaje supuestamente de minorías. He olvidado los demás detalles de nuestra entrevista. Pienso que regresé directamente a París. No recuerdo haber pernoctado en Bayona.

casamiento el 19 de febrero de 1969 en esa misma villa). En una ocasión vi al cantante Paco Ibáñez, amigo de ese círculo.

En general eran poco fructíferos los contactos con Ullán y otros presuntos simpatizantes. El partido deseaba conseguir apoyos, pero en la práctica ellos no querían asumir compromiso alguno —o tal vez yo no era bastante insistente o persuasivo. De todos modos, mi lema era que más valía tener buenas relaciones con cuantos más mejor, aunque se tratara de una amistad infecunda, porque las circunstancias de la vida abren siempre una posibilidad de que esos nexos se traduzcan en beneficios prácticos; y, como mínimo, contribuyen a rodear a la organización de un estado de opinión —aunque sea minoritario— más favorable o, al menos, de neutralidad benévola.

En el período de penuria extrema que se inició en 1967, las reuniones del partido se vieron muy afectadas, porque ni siquiera teníamos dinero para pagar la consumición en un café y habíamos de citarnos y conversar sentados en bancos públicos, ya fueran en la calle o en un parque (si hacía buen tiempo), ya en un andén de metro. Quedaba deteriorada la calidad de tales reuniones. (Asimismo hubo que reducir la compra de prensa franquista, lo cual también mermaba nuestra información y, por lo tanto, el interés de nuestros comentarios y de nuestras consignas. Esa insuficiencia se palió en parte posteriormente gracias a la ayuda familiar.)

Por el lado de España, momentáneamente no recuerdo haber alcanzado a más, salvo un hecho que he de mencionar: mis dos contactos con ETA, creo que en 1967.⁸⁸ Fueron dos citas junto a una estación de metro, donde habíamos quedado. No recuerdo en absoluto a través de quién se entabló ese contacto. Las dos entrevistas se celebraron en un bar. Por el PCEml sólo acudí yo, y por parte de ETA 4 ó 5 (de ellos uno vigilaba). Empezó bien y acabó mal. Sólo querían que facilitáramos su relación con los albaneses para poder tener allí entrenamiento para la lucha armada. Entre mis dos citas, transmití su propuesta, que fue rechazada en el ejecutivo. Trasladé las razones que en nuestra reunión se habían vertido para el rechazo: como patriotas, no podíamos coadyuvar a su objetivo, el de desmembrar el territorio nacional, aunque sí apreciábamos cuanto fuera colaborar en la lucha contra el fascismo. Traté de decirlo con amabilidad y cortesía, pero con ellos no hay términos medios. En sectarismo no nos iban a la zaga: les es adverso cuanto no favorezca la independencia del oprimido pueblo vasco. Respondieron, pues, que yo expresaba el nacionalismo español (¿no había recibido la educación falangista?), añadiendo algo así como que ellos no luchaban contra el fascismo sino contra España.⁸⁹

Para completar la descripción sumaria de la actividad del PCEml en este período de auge que termina en 1968 ó 69, recordaré que lanzamos el primer número de la revista teórica *Revolución española*. Salía, aunque sin regularidad,

⁸⁸. Puedo equivocarme sobre la fecha; tal vez tuvieron lugar en 1968 ó 1969.

⁸⁹. En una declaración pública posterior afirmarán: «Franco es un epifenómeno».

Vanguardia obrera y, a trancas y barrancas, iba prosperando, aunque lentamente, la labor de difusión de nuestras ideas.

Uno de nuestros principales productos intelectuales de ese período fue el folleto *La dominación yanqui sobre España*,⁹⁰ de Ediciones Vanguardia Obrera, formado por una yuxtaposición de textos, siendo de mi autoría el relativo a la subyugación económica; plagado sin duda de errores, también —espero— contenía aciertos; en cualquier caso, formulaba la tesis general de que (gracias al equipo opus-tecnocrático al que amparaba el almirante Carrero Blanco) la economía española estaba cayendo en poder del capital extranjero, principalmente del yanqui.⁹¹

Otra de mis modestas aportaciones ideológicas de este período fue el folleto *El carácter antiimperialista de nuestra revolución*, Cuadernos para el congreso N^o 1, publicado, por Ediciones Vanguardia Obrera, bajo mi principal nombre de pluma, «E. Zújar».⁹²

Capítulo 8.— Relaciones con China y Albania (1966-70): La cuestión de Jacques Grippa

La primera perturbación había venido de China. Poco después de nuestro regreso de ese país, el 18 de abril de 1966 estalló la disparatada «revolución cultural», RC, uno de los fenómenos más alucinantes de la historia, cuya explicación no viene al caso (si es que alguien es capaz de proporcionarla). No la habíamos oído ni Valera ni yo. Nos desconcertó. Desbarataba todos nuestros planteamientos. Mi rechazo fue total. En general el PCEml no tuvo tanto entusiasmo por aquella locura como los grupúsculos prochinos de otros países, como Italia, Suecia, Alemania occidental, algunos en Francia (los jóvenes de la rue d'Ulm) etc. El hermano partido belga, encabezado por Grippa, se posicionó en contra de aquella absurda revuelta anti-PC, que comparó —no sin fundamento— a lo de Budapest de 1956, sólo que esta vez azuzado por el número 1 del régimen comunista, caso extremo de paradoja.

⁹⁰. El título calcaba simplemente el de mi serie de artículos publicados en *Vanguardia Obrera* bajo el seudónimo de «Miguel Checa», de los cuales hablo más abajo, en el Anejo I.

⁹¹. Es curioso que el texto fue plagiado por Manuel Vázquez Montalbán en su libro *La penetración americana en España*, Madrid: Edicusa, 1974, pp. 251ss.

⁹². Hasta donde yo sé fue no sólo el primer cuaderno para la preparación del congreso sino también el último. Por algún milagro, ese folleto se ha conservado en la biblioteca de la Universidad de Michigan, Ann Arbor, MI, con esta signatura; *El carácter antiimperialista de nuestra revolución*, author: E. Zújar, Madrid: Partido Comunista de España, 1965, 38 p., 28 cm., «Series Title: Cuadernos para el Congreso, no. 1», OCLC Number: 55030482 (es el número del ítem en el catálogo).

Grippa fue estigmatizado. Había visitado China dos veces, entrevistándose con Mao.⁹³ Fue sintiéndose crecientemente alarmado por el indescifrable derrotero de la dirección china.⁹⁴ Dejó de apoyar al maoísmo cuando la RC de los jóvenes guardias rojos se lanzó a asaltar las organizaciones del partido comunista chino.

En Pequín vivían muchos extranjeros; entre ellos surgieron disensiones, azuzadas por la RC. En 1967 el chino-estadounidense Sidney Rittenberg (Li Dun-bai) capitaneó una fracción radical que, hostigando a los moderados por su tibieza hacia la RC, se aupó a una posición dominante en el círculo extranjero del Hotel de la Amistad y en Radio Pequín. *La voix du peuple* de Grippa publicó entonces una dura crítica a Rittenberg. Pero el fondo del asunto estaba claro: para Grippa el blanco era la propia RC, dada su deriva anticomunista.⁹⁵

La ruptura entre J. Grippa y los líderes de la RC debió de producirse a comienzos de 1967. Otros dos partidos inicialmente alineados con las tesis chinas rompieron también ese mismo año con Pequín, con ocasión de la RC, sintiéndose incapaces de avalarla: el partido comunista japonés (uno de los tres más importantes partidos comunistas legales fuera del campo socialista) y el recién creado partido comunista de la India (marxista) (surgido en su congreso constitutivo de Calcuta —celebrado a la vez que nuestra conferencia de unificación m-l hispana en París, o sea entre el 31 de octubre y comienzos de noviembre de 1964—). Frente a las tesis de éste último, el ultraizquierdismo entonces dominante en Pequín auspició y saludó la insurrección naxalita, un movimiento guerrillero que todavía continúa en el gran país surasiático. En cuanto al PC japonés, su ruptura vino dada no sólo por la RC sino también por haber hecho estallar China una bomba de hidrógeno en junio de 1967, lo cual causó fortísimo rechazo en la opinión popular del Japón. Asimismo se distanció de las tesis chinas —igualmente a causa de la RC— la dirección de Corea del Norte, hasta ese momento (aparentemente al menos) alineada con Pequín.

⁹³ Hay un interesantísimo artículo —escrito, al parecer, por el periodista y sinólogo Philippe Paquet en *La Libre Belgique* (diario católico-conservador)— sobre cómo Jacques Grippa descubrió la cara oculta de Mao. Reproduce extractos de un ensayo del comunista belga conservado en su archivo familiar y facilitado al autor del artículo por Louis Grippa. El testimonio demuestra que el Presidente Mao Tse-tung se había transformado en 1964 en un déspota caprichoso e irresponsable, de ideas vagas y confusas. Yo, que nunca conocí personalmente a Mao ni a Lin Piao, no puedo evidentemente juzgar esa aportación de Grippa más que por la inducción y la deducción, a partir de los datos que tengo. Y creo que es verídica y correcta. El artículo que estoy citando no lo he hallado en la página web de *La libre Belgique*, pero vino reproducido en el foro de www.geostrategie.com (si bien hoy, 2020-08-25, me resulta imposible de hallar en ese sitio). En su ruptura con China, era Grippa el que llevaba razón. Cien por cien.

⁹⁴ El PCEml nunca recibió esos honores —al revés, fuimos tratados por la dirección china con ostensible desdén—, lo cual hizo durar algo más la tiniebla.

⁹⁵ Rittenberg no tuvo suerte; detenido al año siguiente —de resultas de las conjuras y riñas internas entre las facciones de la RC—, pasará 10 años en presidio; regresará más tarde a Norteamérica; allí, ya sexagenario, conocerá el éxito: Profesor de Historia en la Universidad de Carolina del Norte y de estudios chinos en la Pacific Lutheran University, comentarista de radio y televisión, autor de un *best-seller*, *The Man Who Stayed Behind* —coautorado con la periodista Amanda Bennett— y Presidente de Rittenberg-Associates, una firma de consultoría especializada en el mercado chino.

Lo sensato hubiera sido que, ante esa cadena de deserciones, nos replanteáramos en serio si tenía sentido mantener nuestra adhesión a los pronunciamientos chinos. El camarada Grippa falló en no convocar una conferencia fraterna de partidos pro-chinos (o m-l) para debatir la cuestión de la RC; hubiera sido una excelente ocasión para que quienes no nos sentíamos muy identificados con la RC halláramos una vía conjunta de distanciamiento.

¿Qué haría Albania?⁹⁶ Condenó a Grippa. Había un funcionario de la Legación albanesa con quien yo mantenía los contactos en nombre del PCEml. Normalmente nos reuníamos en la Legación de Albania, en el N° 131 de la Rue de la Pompe, en el *seizième arrondissement* —en el barrio más elegante de París. Pasaba yo a un saloncito en la planta baja en el que nos entrevistábamos, siempre con toda cordialidad. Insólitamente un día (a comienzos de la primavera de 1967) me dio cita ante la Torre Eiffel para decirme que habían roto con Grippa.

Estaba entonces publicándose un número de nuestra revista, *Revolución española* (creo que el N° 2), el cual iba a contener precisamente un artículo de Grippa. Tras la entrevista de la Torre Eiffel, yo no reaccioné. Mi natural me llevaba entonces —y me ha seguido llevando siempre— a evitar las decisiones precipitadas. Pero pasó por París el camarada del ejecutivo Raúl Marco. Naturalmente, le relaté la misteriosa conversación que acababa de tener con el funcionario de la legación albanesa. Él tomó la decisión de suprimir, ya en prensa, el artículo de Grippa. Fue una pena. De haberse publicado ese artículo, la ruptura (al menos la mía) se hubiera efectuado, probablemente, en 1967 o, a lo sumo, en 1968 —seguramente en condiciones distintas de las que rodearán a mi salida del PCEml en mayo de 1972.

En relación con Albania, hago un inciso para recordar mis cuatro viajes a ese paisúculo o Estado en miniatura.

⁹⁶. Apenas hablo de Albania en este libro. Trátase de un paisúculo de 27.000 Km² (o sea con una extensión territorial ligeramente mayor que la de nuestra región valenciana) que, en los años sesenta, contaba con una población de millón y medio de habitantes. Era, y es, el país más pobre y atrasado de Europa. Habiendo caído en el siglo XV bajo el yugo turco, los albaneses fueron convertidos en su mayoría al islam (si bien persistieron minorías cristianas). A diferencia de sus vecinos balcánicos, los albaneses no se rebelaron contra el imperio otomano hasta 1912. Debió a las presiones de Italia y del imperio austrohúngaro su independencia, acordada en el Tratado de Londres de 1913 (que puso fin a la primera guerra balcánica). Sometida en 1944 a la tutela yugoslava, sacudió esa hegemonía cuatro años después. Su líder comunista, Enver Hoxha, al comienzo un hombre de Tito, aprovechará el enfrentamiento entre Moscú y Belgrado para emanciparse de su mentor.

Al estallar el cisma chino-soviético en 1960, Albania se alineó con Pequín. Romperá con China en 1978, un bienio después de la muerte de Mao Tse-tung. De la noche a la mañana pasará entonces Enver Hoxha de enaltecer a Mao con la más lisonjera adulación a execrarlo y denigrarlo vehementemente, sin hacerse la más mínima autocrítica.

Carecen de valor doctrinal los escritos de Enver Hoxha (de plúmbea y estéril lectura). Tampoco aporta enseñanza alguna la toma del poder por los comunistas albaneses, un subproducto de la insurrección yugoslava contra la ocupación alemana (1941-45) y, sobre todo, de la ofensiva del ejército rojo en los Balcanes a finales de 1944, que forzó a Hitler a evacuar sus tropas de Albania.

Jamás despertaron en mí interés ni atractivo los muchos folletos albaneses que leí en el octenio 1964-1972 —propaganda de baja calidad, ayuna de razonamiento e ideológicamente pedestre.

Cuando nos escindimos del PCE en 1964, absolutamente nadie actuó por simpatía a Albania (cuya existencia era desconocida por la mayoría de los militantes). Sólo contaba y sólo contó China. Ni entonces ni después importaba en absoluto Albania a los camaradas de base —ni, menos aún, a las masas.

(1º) Con ocasión del 1 de mayo de 1965 (con Paulino y Helena; ésa fue la única vez en que conocí personalmente a Enver Hoxha y al primer ministro, Mehmet Shehu [posteriormente eliminado]).

(2º) En la primavera de 1967 (acompañándome el camarada Raúl).

(3º) A fines de febrero de 1968 (junto con Raúl y el otro Miguel [o Eduardo, o sea Ángel Campillo]; era un fin de invierno glacial: en mi buhardilla de la rue Laugier, en París, las paredes —que habitualmente rezumaban humedad— estaban casi congeladas).⁹⁷

(4º) Una última vez de nuevo con Helena (en 1969).

En el cuarto de esos viajes hice escala en Roma para tener contactos con un joven canario simpatizante del movimiento separatista MPAIAC que capitaneaba Antonio Cubillo (discutiendo esos temas, estuvimos deambulando por el Foro romano —prestando yo escasísima atención a las magníficas ruinas, pese a lo que para mí habían significado, desde mi adolescencia, la lengua y la cultura latinas).

En la visita de 1967, Raúl y yo, al regreso, viajamos por tren de Roma a Milán para entrevistarnos con los líderes del nuevo *partito comunista d'Italia marxista-leninista*; visitamos a su jefe, Fosco Dinucci, en su casa de Livorno, divisando la Torre de Pisa en el viaje. Desgraciadamente los tiempos no eran nada propicios para apreciar el arte y el legado de la historia. En cambio en la tercera de las visitas a Albania sí tuve oportunidad de saborear a fondo las ruinas ilirias o ciclópeas de un sitio no abierto al turismo cercano a Gjirokastra (Argyrocastrum, en el Epiro septentrional, o sea en la Albania del Sur).

Cerrando ese inciso, retorno al hilo de los acontecimientos de 1967 y la ruptura entre el apreciado camarada Jacques Grippa, por un lado, y el dúo China/Albania, por el otro. Como ya lo he dicho más arriba, Manolo, miembro del ejecutivo, abandonó entonces el PCEml acusándonos de grippismo (tuvo que ser en la primavera de 1967).⁹⁸ Él acababa de regresar de China, enviado a un curso de

⁹⁷. Tuvo lugar ese viaje poco después del primer trasplante cardíaco, realizado por el Dr. Barnard en Suráfrica el 3 de diciembre de 1967. Yo vi con enorme recelo esa deriva quirúrgica —por los peligros que implica de instrumentalización y sacrificio de unos individuos en beneficio de otros, máxime en una sociedad como la surafricana—, mientras que los albaneses lo veían como algo muy positivo, un avance de la ciencia. Tengo muy presente que era el fin del invierno, que resultó de un insólito rigor, y en mi memoria está grabada la descripción que me hizo mi compañera —al regresar yo a París— del tremendo frío que había sufrido en la buhardilla de la rue Laugier. (No estábamos, en nuestra miseria, ni siquiera mínimamente equipados para afrontar esas inclemencias.)

⁹⁸. Al cesar su afiliación al PCEml, al parecer Manolo se quedó desorganizado. Posteriormente se sumó a una constelación nebulosa, que paulatinamente se fue formando con ex-militantes del PCEml (cada uno de los cuales había puesto fin a su militancia por sus propias razones, unas veces ideológicas y otras no), uniéndose a algún que otro exmiembro del grupo de Suré (ya entonces disuelto) y a otros provenientes del enigmático ente que se llamó «partido comunista internacional», juntándose todos ellos en Bruselas, a fines de 1968, para instituir una nueva entidad, la «organización marxista-leninista de España», OMLE, que sacará un boletín a multicopista llamado «Bandera roja»

No ha de confundirse con la publicación homónima de la organización comunista de España, creada por las mismas fechas o poco después y que era de tendencia entre togliattiana y vagamente medio-prochina, a la cual pertenecieron muchos intelectuales —entre otros el novelista Manuel Vázquez Montalbán—, varios de los cuales recalarán en el PSOE y hasta en el partido popular al producirse la Transición.

cuadros (eso no fallaba: ir a seguir uno de esos cursos en China implicaba, al regreso, disconformidad con la línea del PCEml; pero nos obstinábamos en creer que se trataba de fenómenos individuales).

En enero de 1967, a comienzos de la RC, una delegación del PCEml visitó Pequín. Formábamosla tres camaradas. Esta vez visité Wuján, de nuevo Shanghai, y alguna otra localidad. Un percance en la visita a Wuján (o Wuhan) tendría honda significación para mis convicciones y mis hábitos futuros —si bien de momento no los alteró. Visitamos un matadero —concretamente de cerdos. Es el único que he visto en mi vida. Aparentemente el trato infligido a esos desgraciados animales era benigno, ya que se les asestaba una instantánea descarga eléctrica que —a primera vista, al menos— les hacía perder el conocimiento y sólo después eran degollados. Una cinta mecánica los transportaba a la escena del suplicio; no recuerdo si lo que les aguardaba era visible para ellos o si sólo lo percibían indirectamente; el hecho es que se resistían desesperadamente a dejarse arrastrar por la cinta, mostrando pavor y llorando lastimosamente. A pesar de haber sido desde la infancia enemigo de las crueldades contra nuestros hermanos inferiores, no era yo todavía sensible al trágico destino de esos parientes nuestros. Pero de aquella visita he conservado en mi memoria varios recuerdos: el llanto de los pobres cerditos esforzándose por escapar a la pena capital a que los humanos los habían condenado sin culpa alguna por su parte (y cómo se juntaban y se apiñaban para ralentizar el implacable avance de la cinta mecánica); los torrentes de sangre derramada; el sufrimiento inmerecido. Seis o siete años después esa remembranza se agregará a otras consideraciones éticas para llevarme a un animalismo menos inconsecuente, que incluye la opción vegetariana. Ulteriormente tal opción ha sido reforzada por argumentos ecológicos y de equidad entre los propios humanos (como los que prueban que no se puede acabar con la subalimentación en el mundo sin renunciar a la dieta carnívora).

Al margen de una rememoración así (que sólo tiene interés retrospectivo en virtud de mi evolución ideológica posterior), tuve un incidente en Shanghai —recién tomada al asalto por los «guardias rojos», los mozalbetes movilizados por Mao Tse-tung contra el partido comunista—. Nos estaban contando las trolas de lo malos que eran los del «Jruschof chino» (Liu Shao-chi, auxiliado por Teng Xiao-ping).⁹⁹

Para diferenciarse ideológicamente, la OMLE, adoptó la tesis (trosquista) de que en España la revolución que había que plantear no sería por etapas, sino unifásica (directamente socialista); a la vez, explotando el motivo antigrippista para combatir al PCEml, nos ganó en obsequiosa adulación a la RC china y al maoísmo (aunque lo uno se compaginara mal con lo otro).

He leído que, unos cuantos años después, la creación del PCE(r)-GRAPO vino de esa misma OMLE o de una rama desgajada. Desconozco qué base haya para todo eso.

Personalmente, al parecer, Manolo rehusó integrarse en esa organización (cuya formación había impulsado), prefiriendo poner fin a toda militancia política y retornando a España, donde fue detenido pero, al final, no procesado. Muchos años después apoyará la integración de España en la NATO.

⁹⁹. En las paredes de algunas fábricas de Shanghai vimos caricaturas de Deng Xiao-ping, Liu Shao-chi y la esposa de éste, Wang Guan-mei —ella dibujada con un vestido de falda estrecha y zapatos de tacón, en castigo por haber usado tal atuendo en algunas recepciones diplomáticas acompañando a su marido, Presidente de la República. El puritanismo de los guardias rojos veía en cualquier signo de elegancia —o hasta de vestir decoroso— una bala almibarada de la burguesía.

Les pregunté cuáles eran las divergencias, cuáles eran sus errores políticos (lo que nos estaban contando es que uno usaba una toalla para secarse cada parte del cuerpo y que del huevo sólo comía la clara). Un poco nerviosos, se volvieron al camarada que nos escoltaba desde Pequín para que éste respondiera; hízolo con una retahíla: (1) quieren restaurar el capitalismo; (2) quieren conciliarse con el revisionismo; (3) ... Todo así. Me preguntaron si esa contestación me satisfacía. Respondí que no, en absoluto. Era por la noche y ahí quedó.

Uno o dos días después volvieron a la carga: «El camarada Miguel ¿ha comprendido ya lo que se está planteando con la RC?» Contesté con una evasiva: iba observando y escuchando; ya llegaría a formarme una opinión. A Helena Ódena no le pareció bien esa respuesta, porque yo iba allí como representante de un partido, no a título personal, y mis afirmaciones comprometían a ese partido, por cuyos intereses tenía que velar. Y pensé que, por una vez, la crítica era justa.

Si mal no recuerdo, esta vez no hubo limosna, ni grande ni pequeña. Creo que adujeron las dificultades de la RC. O nada. No me acuerdo bien. Nuestra situación económica era angustiosa. Se suspendieron las pequeñas asignaciones que se daban a los permanentes del partido (inferiores al salario mínimo interprofesional) salvo en casos extremos de peligro. Todos tuvimos que buscar trabajo —de peón, de limpieza, de cualquier otra cosa así teniendo mucha suerte, porque a los clandestinos nos era más difícil— o acudir al socorro de nuestras familias. A pesar de todas esas dificultades prácticas, teníamos una firme decisión de seguir adelante.¹⁰⁰

Más abajo relataré el último viaje a China, en julio de 1970, que desencadenó mi caída en desgracia en la dirección del PCEml y el antecedente inmediato de mi alejamiento de la organización, que se consumará en mayo de 1972.

Capítulo 9.— Segundo bienio parisino (1968-70)

Avecinábase la crisis. Estalló en 1968. El 1 de mayo lo pasé en París con unos camaradas de la organización obrera que teníamos en Alemania; nos reunimos en un parque, no recuerdo si el de Boulogne o, más probablemente, el de Vincennes. Habían sido interceptados por la policía francesa cruzando (en coche) la frontera, tal vez porque llevaban material de propaganda. Pero no les había pasado nada. La policía francesa estaba al tanto y nos dejaba obrar.

Además, desde 1966 habíamos adoptado la línea inteligente sobre Francia: viendo en la política del general de Gaulle una plasmación de las contradicciones interimperialistas, que venían bien para aislar al enemigo principal, el imperialismo norteamericano (era el período en que organizábamos los comités Vietnam de base y en que la solidaridad con los luchadores de Ho Chi Min era uno de los centros de nuestra lucha), tratábamos con indulgencia o neutralidad al

¹⁰⁰. Poco después de ese viaje a Pequín tuvo lugar una delegación a Tirana a que me he referido más arriba y de la cual regresé con un donativo no muy elevado pero que nos permitió respirar un poco.

gobierno francés, al menos absteniéndonos de atacarlo; y, en contrapartida, la policía francesa hacía la vista gorda con relación a nosotros.

Poco después de esa entrevista del 1 de mayo, aún apacible —y para la cual pudimos aún beneficiarnos de esa benignidad policial francesa—, estallaron los acontecimientos de mayo, que se iniciaron con unas algaradas estudiantiles, al comienzo por motivos de escasa significación político-social, como el derecho de visita de los varones en las residencias femeninas.

Para no truncar mi relato, dejo para el Capítulo 10, la digresión sobre el Mayo francés de 1968.

Al producirse aquel conflicto en Francia («la revolución de mayo» en opinión de los más exaltados), sólo yo me mostré reservado y distante. A los demás camaradas del ejecutivo les pareció que había que dejar un poco de lado toda nuestra actividad usual para participar de lleno en las acciones francesas, incluso con octavillas saludando desde el PCEml tales luchas y atacando al gobierno francés, que hasta ese momento se había mostrado benévolo para con nosotros. Por primera vez, estuve —frente a esas posiciones— en minoría de a uno dentro del ejecutivo. (Una situación que, a partir de 1969-70, se extenderá a muchos otros problemas y persistirá hasta el final de mi militancia.) En el apartado siguiente explico mis tesis al respecto.

Dos camaradas del ejecutivo (Matías y el otro Miguel) participaron directamente en las asambleas y en las idas y venidas de los locales ocupados del Barrio Latino —aunque, hasta donde yo sé, no en las manifestaciones callejeras ni en las barricadas. Posteriormente los dos serán detenidos. Miguel será expulsado y entregado en secreto a la policía franquista en la frontera a comienzos de 1969 (a poco de decretar el Caudillo el estado de excepción).¹⁰¹

Matías —detenido a comienzos de marzo de 1970— será enjuiciado por la receptación de objetos robados (carnets vírgenes de una entidad académica).

No me cabe la menor duda de que ambas detenciones resultaron de involucrarse el PCEml en los acontecimientos franceses, desaprovechando la posibilidad de haber permanecido neutrales en lo que ni nos iba ni nos venía.

Las jornadas de mayo no las viví con entusiasmo, sino, al revés, con pesadumbre y desazón. La huelga general dejó todo paralizado. Para poder comunicarme por teléfono con los camaradas de Ginebra caminaba hasta la Bolsa desde mi modesta habitacioncita de la rue Popincourt (cerca de la Bastilla). Más tarde viajé con ellos en automóvil (no había cómo hacerlo de otro modo) hasta la ciudad del lago Lemán, desde donde seguí parte de los acontecimientos franceses (p.ej. el discurso amenazador de de Gaulle del 30 de mayo, con el puñetazo en la

¹⁰¹. Ya me he referido más arriba a su detención. Fue nocturnamente arrestado cuando dormía en la habitación de un hotel de Burdeos en febrero de 1969; tras conducirlo esposado a la frontera de Irún, lo entregaron a la policía franquista, que inmediatamente le puso otras esposas. Así inició su triste cautiverio hasta septiembre de 1972. Era, a la sazón, ministro del interior en Francia Raymond Marcellin, ex-pétainista, alcalde de la ciudad de Vannes (en Bretaña) y secuaz del ultrarreaccionario Valéry Giscard d'Estaing. Marcellin quiso abolir en Francia la libertad de asociación, derogando la Ley de 1901; el Consejo Constitucional frustró esa medida legislativa.

mesa). Al menos en Ginebra podía continuar un trabajo de cara a España. Regresé a París a comienzos de junio.

Se me puede reprochar mi nacionalismo español: anteponer los intereses de la causa antifascista y antiimperialista en España a la lucha dizque revolucionaria de las masas movilizadas en el Mayo francés. Concedo que, de haberse producido tal colisión, yo habría optado por preferir los intereses de España, porque ésa era mi obligación.

Mas no existía tal conflicto. Lo de Francia no era ni podía ser una revolución, ni nada remotamente similar. Había luchas obreras legítimas. Y hasta algunas de las reivindicaciones estudiantiles lo eran, al menos en parte. Mas no estaban dadas —ni en vías de darse— condiciones para una revolución ni para nada que empezara siquiera a aproximarse a un fenómeno así. Muchos se sorprendieron de cómo en el mes de junio se desgastó el movimiento huelguístico, entre otras causas porque la gente se impacientaba temiendo perder sus vacaciones. Era normal. El proletariado francés tenía muchísimo que perder, no sus cadenas. Y tenía relativamente poco que ganar. Ganó, gracias al protocolo de Grenelle —que negoció el sindicato CGT, acusado de capitulador por los ultraizquierdistas. Pero la ganancia era marginal; y la hubiera perdido continuando un combate que ya no podía ir más lejos.

A diferencia de lo que sucedía en Francia, en España —aunque, mirándolo retrospectivamente, tampoco concurrían condiciones para una revolución— al menos sí podía producirse una insurrección popular o un cambio de régimen por la acción de desobediencia de amplias masas; hablo aquí de la posibilidad epistémica, o sea de que tal eventualidad no podía (del todo) descartarse racionalmente. Esa posibilidad (epistémica, insisto) se fundaba en:

- (1) La radical ilegitimidad de la tiranía fascista y su carácter usurpador.
- (2) La impopularidad de sus protectores, los Estados Unidos, siendo execrada por amplias masas su presencia militar —en ostensible respaldo al Caudillo.
- (3) El republicanismo generalizado, cuando la única posibilidad de institucionalización del despotado reinante era la restauración monárquica.
- (4) El bajo nivel de vida generalizado y la pobreza de gran parte de la población —con el descontento que la misma acarrea.
- (5) El recuerdo del heroísmo colectivo de la guerra civil.
- (6) El hecho de que, habiendo quedado España neutral o no-beligerante en las dos guerras mundiales (y no habiendo participado apenas en el reparto colonial de fines del siglo XIX), no sólo la población no se sentía solidaria del Occidente (un occidente sumamente desprestigiado por el occidentalismo furibundo de la propaganda franquista), sino que, más bien, había un amplio movimiento de simpatía hacia las causas antiimperialistas —sobre todo las del mundo árabe y América Latina (una muestra de lo cual era la enorme popularidad de Fidel Castro, aun entre muchos franquistas).

En el imaginario español de la época existía un orgullo de mestizaje que había sido impulsado o utilizado por la retórica de algunos intelectuales del régimen y por una parte de su aparato de propaganda, al menos ocasionalmente. Era muy amplia la auto-concepción de los españoles como pueblo mezclado, como nación no-racista, como crisol de fusiones poblacionales desde la prehistoria. Ni siquiera en la ideología oficial franquista la palabra «raza» se entendía de modo excluyente, en sentido ario o aun de raza blanca, porque nos jactábamos de venir de una confluencia étnica de mil orígenes —africanos, europeos y asiáticos— y de habernos fundido, en la España de ultramar, con otras etnias (indios y negros), formando ese producto híbrido parte de la Hispanidad, que era nuestra raza, una raza multirracial, como la mar a la que van a dar miles de ríos.

La mentalidad colectiva ha cambiado muchísimo desde la transición. Siendo la España de hoy mucho más mezclada, la auto-conciencia actual no es, ni de lejos, tan automitificadamente mestiza como la de entonces. Los españoles de hoy se sienten europeos, se sienten blancos y occidentales, mirando a EE.UU, Francia, Alemania, Inglaterra, Suecia, etc como «los países de nuestro entorno», cosa que hace 40 años hubiera escandalizado o parecido absurda. Hasta los emigrantes españoles allende los Pirineos se sentían, un poco, racialmente diferentes, como de raza mediterránea, y así eran percibidos en los países donde se los recibía (aunque fuera benignamente como en Francia). En tales percepciones había estereotipos; eran imágenes *de Épinal*, como dicen los franceses. Pero existían y estaban muy difundidas.

Tales eran las razones por las cuales yo sostenía que el caso de España era especial y que en nuestra Patria había unas condiciones propicias para la revolución que no se daban, ni remotamente, en Francia ni en ningún otro país de la Europa transpirenaica.

Ésa fue, pues, nuestra primera discrepancia en el año 1968 (a partir del año siguiente vendrían otras): ¿teníamos el deber de volcar todos nuestros esfuerzos hacia España o pasaba por delante un presunto internacionalismo? En el fondo —y salvadas las distancias— estábamos ante un dilema parecido al de los comunistas rusos de los años 20, cuando tuvieron que optar entre el camino del camarada Stalin (construir el socialismo en un solo país, única tarea practicable) y el de Trosqui: renunciar a esa construcción para ir en pos de una revolución internacional —no se sabe bien mediante qué aventuras militares.¹⁰²

A pesar de ese desacuerdo, todavía en 1968 apenas se manifestaron nuestras divergencias, que estaban germinando. Pienso que la camarada Helena Ódena tenía ya su inclinación ultraizquierdista bien perfilada, pero, en ese momento, percibía que no había llegado aún la ocasión adecuada para dar la

¹⁰². Naturalmente los trosquistas —y otros críticos de orientaciones similares, aunque no canten loas a León Trosqui— han podido alegar siempre que el socialismo en un solo país no es socialismo; que, por definición, socialismo lo hay sólo internacionalmente. ¡Sea! Podemos llamarlo «xocialismo», o sea: un sistema lo más parecido posible al socialismo sólo que en un único país, y con las adaptaciones o atenuaciones que ello comporte. De nuevo está aquí en juego un error filosófico: el antigradualismo, el todo-o-nada.

batalla y, por lo tanto, en lo esencial nos ateníamos a lo comúnmente acordado en el Pleno de Bruselas de diciembre de 1964.

En el verano de 1968 celebramos un seminario del comité ejecutivo en una finca en la montaña del Jura, en el Franco Condado (cerca de Saint Claude), comprada por Helena Ódena unos meses antes y a la cual ésta llamaba «Echegorri» o «Etxegorri» (tal vez con una vaga reminiscencia de una casa solariega de su familia paterna). En ese predio rústico (al principio agreste y destartalado) se celebrarán, más tarde, diversas reuniones del comité ejecutivo y un pleno del comité central (en diciembre de 1970).

En ese seminario estival de 1968 (que duró unos 10 ó 12 días aproximadamente) se trataba de plasmar en nuevos documentos el programa y la línea política del PCEml, según habían salido diseñados del pleno de Bruselas de diciembre de 1964. (Sólo en un punto hubo una modificación: el relativo a las nacionalidades, del cual voy a hablar en seguida.) Las conclusiones de Bruselas no quedaron perfiladas en textos que allí se aprobaran sino que, en el espíritu de lo convenido, se confió al ejecutivo la tarea de escribir y difundir los documentos apropiados. Se había ido postergando y ya no podía esperarse más.

Para abordar esa tarea también dedicamos tiempo a debatir diversas cuestiones de la historia de España y de la realidad española, porque el marxismo-leninismo nos enseñaba que para transformar la realidad hay que conocerla científicamente y según los esquemas del materialismo dialéctico e histórico.

A mí me correspondió escribir el programa del PCEml para la etapa democrático-nacional de la revolución, o sea el programa real del partido —porque lo tocante a la ulterior etapa socialista se dejaba en la bruma del horizonte futuro indeterminado. En ese programa inscribí, y detallé, las libertades y los derechos individuales que habría que instituir y proteger. Aunque algún miembro del ejecutivo pensara, tal vez, que todo ese elenco era pequeño-burgués, no se objetó. La única discusión suscitada fue, curiosamente, respecto al divorcio. Yo había formulado la reivindicación como «libertad de divorcio». El camarada Matías lo objetó. Helena, en cambio, me apoyó en eso resueltamente.

Matías aducía que una cosa es el derecho al divorcio y otra la libertad, o sea el derecho a un divorcio libre, irrestricto. Alegaba que eso significaba dejar a la parte débil en situación de inferioridad, puesto que quedaba sujeta a la decisión unilateral del cónyuge de romper unilateralmente el vínculo matrimonial sin contrapartida.

Todo lo que he reflexionado en estos últimos años al respecto me convence de que Matías llevaba toda la razón y de que mi punto de vista de entonces, de un individualismo radical, estaba absolutamente equivocado. Lo que yo (erróneamente) aduje es que esa restricción legal implicaba un trato paternalista: proteger a la mujer mediante prohibiciones legales, en lugar de abogar porque ella misma asumiera su independencia en la relación de pareja. Hoy, desde luego, pienso todo lo contrario; estoy a favor de un leve y prudente paternalismo, sin el cual nunca habría derecho tuitivo que amparase a la parte débil en una relación contractual (y el vínculo conyugal es eso: un contrato).

El único punto en el que ese seminario estival de 1968 condujo a una modificación de nuestra posición atañe al problema de las nacionalidades. Rectificamos la posición previamente acordada sobre esa cuestión, señalando que en España no había varias naciones, sino sólo una, la nación española, aunque formada por varias nacionalidades.

Dejo a otros, o para otra ocasión, estudiar la etimología de ese distingo —que permitió descartar todo programa de autodeterminación y, en su lugar, abogar por una República Popular y Federativa.

Yo había quedado encargado de preparar los debates del seminario redactando las nuevas tesis, lo cual hice en otro de los muchos ensayos de aquellos años, *Acerca del problema de las nacionalidades en España*.

Ese folleto, escrito entre 1968 y 1969, suscitó una viva discusión en el comité ejecutivo. En el seminario de Echegarri el camarada Matías apoyó animosamente todo su contenido;¹⁰³ a los demás camaradas no les agradó mucho, pero tampoco se atrevieron a oponerse frontalmente.

La camarada Helena prefería eludir todas las cuestiones espinosas para quedarse en vagas generalidades —aunque en lo esencial estuvo de acuerdo con mis tesis, sin entusiasmo ni convicción (ella era aún más antinacionalista que yo).

Tras venir descafeinado y tronchado, mi texto será publicado por las Ediciones *Vanguardia Obrera*.¹⁰⁴ La fecha de publicación debió ser 1969. Sólo fue posible que pasara la censura extirpando varios fragmentos.¹⁰⁵

Preparando la versión final de ese folleto (en el seminario de Echegarri sólo se aprobaron sus lineamientos generales, encomendándoseme elaborar un texto más acabado), me enfraqué en una serie de lecturas históricas, que marcaron un

¹⁰³. El camarada Matías y yo habíamos sido amigos en Madrid, cuando ambos militábamos en el PCE. Hicimos juntos el periplo que nos llevó al PCEml. Estábamos muy unidos; políticamente congeniábamos, a pesar de nuestros caracteres tan diametralmente diversos en lo mental, en las costumbres y hasta en lo físico. En París, en los años 1968-70, fuimos distanciándonos, especialmente a raíz de los acontecimientos de mayo de 1968, porque, desde ese momento, él sufrió la contaminación del medio estudiantil del *Quartier Latin*, con una fuerte tendencia prochina, pro-RC —justamente cuando yo atravesaba una fase de desencanto respecto a China y de escepticismo respecto a las algaradas callejeras del mayo francés. Ese triste distanciamiento también acusó una diferencia de temperamentos —que siempre había existido, sin habernos impedido hasta entonces una profunda convergencia política—. En 1968 se alineó con Helena frente a mis posiciones de prudencia y de avance paulatino, frente a mi tesis de que, en el período que atravesábamos, debíamos mantenernos agazapados acumulando fuerzas, poco a poco, para esperar el momento oportuno.

¹⁰⁴. Aparecía así: Cuadernos Marxistas-Leninistas N° 1 (Suplemento a *Revolución Española*). Esa publicación, hoy rescatada, viene reproducida en este libro, más abajo, en el Anejo V.

Años más tarde, las mismas Ediciones *Vanguardia Obrera* publicarán otro folleto con un título parecido: «El problema de las nacionalidades en la perspectiva de la Revolución en España» (1977), en el cual todavía se recogen algunos párrafos del que yo había escrito, sólo que mezclándolos con otros absolutamente incongruentes con ellos, dando como resultado una imagen confusísima y del todo incoherente.

¹⁰⁵. Que vienen incorporados al texto en la reproducción que figura en este libro, en el Anejo V.

giro en su redacción,¹⁰⁶ ya que, en el curso de esa escritura, cambié de opinión con respecto a la Guerra de Sucesión (1701-1714), por lo cual la parte histórica o introductoria del folleto tuvo dos versiones sucesivas, la provisional (anti-austriacista) y la definitiva (austriacista).

El adoctrinamiento que yo había sufrido en mi aprendizaje escolar era totalmente favorable a la casa de Borbón y hostil a la de Austria, a la que se achacaba la decadencia de España en el siglo XVII, contrapuesta al esplendor que dizque habría traído la de Borbón en el siglo de las luces. Ese sesgo se plasmaba, p.ej., en el libro de texto que tuve que estudiar en Cuarto Curso de bachillerato, titulado *Historia moderna y contemporánea*, que narra la Guerra de Sucesión en estos términos: tras recordar las palabras de Luis XIV al aceptar el testamento de Carlos II «como medio de conservar la paz en Europa», se culpabiliza de la guerra exclusivamente al Emperador de Austria. La toma de Barcelona por el ejército austriacista se relata omitiendo que el pueblo barcelonés se había amotinado a favor del Archiduque Carlos. En cambio se destaca que la entrada de D. Carlos en Madrid se produjo «en medio de la indiferencia y aun la hostilidad del pueblo madrileño», que se convierte «en odio declarado por la conducta de las tropas inglesas contra las iglesias», agregando: «Esta dura hostilidad de toda Castilla [...] [al Archiduque Carlos da] el triunfo definitivo al nieto de Luis XIV».¹⁰⁷

Por otro lado, también la historiografía posterior que había leído por mi cuenta abundaba en esa misma visión de las cosas, como lo hacía —si bien con matices— Jaime Vicéns Vives en su *Historia económica de España*.

Sólo pude discutir el asunto con el camarada Matías, que, al principio, vio con algún escepticismo ese cambio de opinión, aunque creo que al final quedó más o menos convencido. A los demás esos temas históricos no parecían interesarles.

Al margen de ese detalle de la historia de España, ¿cuál fue el fundamento para nuestro viraje político, consistente en afirmar una pluralidad de nacionalidades, integrantes, todas ellas, de una sola nación española, en lugar de varias naciones, que coexistirían en el Estado español, con la consecuencia de que el derecho de autodeterminación no tenía en nuestra Patria fundamento objetivo?

El fundamento era un principio filosófico de la dialéctica, que los marxistas invocan a troche y moche pero que raras veces tienen en cuenta al analizar la realidad y proponer soluciones: los grados, o sea el hecho de que la frontera entre el sí y el no es difusa.

Ya he dicho más arriba que desde 1961 ó 1962, aproximadamente, a mí me preocupaba la formalización de la dialéctica y ya por esa época había pensado en una lógica polivalente como vehículo apropiado para ese cometido (para lo cual la lectura de Ferrater Mora me daba una pauta). Tales temas, evidentemente, estaban

¹⁰⁶. Principalmente: Pierre Vilar, *Catalunya dins l'Espanya moderna* —que leí justamente en traducción catalana— y —recién publicada— la de Joan Mercader i Riba, *Filip V i Catalunya*, Edicions 62, 1968.

¹⁰⁷. Ese mismo libro, más adelante, se entusiasma al relatar «el triunfo apoteósico de nuestro Caudillo, el Generalísimo Franco» en 1939. Todavía conservo ese manual, aunque sin la portada que indicaría el nombre del autor, que desconozco.

ausentes de lo que se podía, en el PCEml, discutir y hasta pensar (porque aun para pensar uno a solas necesita un entorno adecuado). Pero no era posible dejar del todo de lado esas cuestiones, aunque fuera indirecta o implícitamente.

El análisis conceptual de la idea de nación que hace el camarada Stalin en su obra de 1913 *El marxismo y la cuestión nacional* admite,¹⁰⁸ desde luego, la existencia de graduaciones, de más y menos, en cada uno de los rasgos pertinentes para reconocer que una colectividad humana cae apropiadamente bajo ese concepto, así como en la variación de grados de relevancia de esos diversos factores o notas conceptuales. Sin embargo no aborda un problema, y es el de qué sucede cuando varios de tales rasgos están del todo ausentes y los demás sólo concurren en algún grado no muy elevado. Tampoco hay en ese texto una precisión que puede parecer obvia (y que tal vez Stalin sobreentendía): la de que, para que una colectividad sea correctamente calificada como nación por poseer varias de esas características o incluso todas ellas, es menester que no las posea en común con una colectividad más amplia de la cual forme parte. Porque si es una nación cualquier colectividad unida por lengua, territorio, historia, vida económica, idiosincrasia colectiva o cultura, entonces hay una nación segoviana, otra sepulvedana y así sucesivamente.

A esas colectividades parcialmente poseedoras —con exclusión de las que las circundan— de algún rasgo de los que sirven para caracterizar a una nación las llamaba nuestro folleto «nacionalidades». Para ellas no sería justo reivindicar la autodeterminación, igual que no es justo —y ningún marxista lo ha hecho— reivindicarla para una colectividad que forme parte de una nación. Y es que los hechos crean obligaciones. La participación prolongada, intergeneracional, en una convivencia ciudadana crea derechos y deberes de solidaridad que no es lícito quebrantar por una decisión unilateral de ruptura.

¿Qué proponer a cambio? El folleto sugería varias alternativas y barajaba un número de posibilidades, dejando al pueblo español la decisión, en su momento, de elegir lo más adecuado; dentro de eso formulaba propuestas específicas que otorgaran a las regiones con particularidades nacionales (no naciones) unos derechos de representación parlamentaria privilegiados y unas garantías de respeto a tales particularidades. Tales propuestas fueron muy combatidas, dentro y fuera del partido.

En mis discusiones posteriores con D. José Maldonado él rechazaba que los catalanes pudieran tener una representación parlamentaria supra-proporcional, porque —decía— eso no sería aceptado por la mayoría de los españoles. (Hoy, en España, las provincias de escasa población tienen una representación parlamentaria superiorísima a la de las muy pobladas; y no parece que eso cause escándalo.) En su lugar propugnaba un senado, una nefasta solución que, gracias a Dios, nuestro folleto de las nacionalidades no suscribía.

El folleto fue truncado por Helena Ódena, a la cual todas esas consideraciones parecían un *teoricismo libresco* (el calificativo se me aplicará

¹⁰⁸. Esa obra se puede consultar en varios formatos en: <http://eroj.org/biblio/stalin/marxcuna/index.htm>.

póstumamente como compendio de todas mis equivocaciones y desviaciones pequeño-burguesas).

En todo caso —y al margen de tales detalles, que eran secundarios— me convertí, por encargo, dentro del comité ejecutivo, en el especialista en el tema de las nacionalidades. Parcialmente en relación con esa problemática, me tocó —un poco más tarde— enlazar al ejecutivo con la organización que llegamos a tener en Cataluña; púseme al estudio del catalán, llegando a escribir un prólogo en esa lengua para una traducción del folleto recién mencionado. Mi catalán —mal aprendido a trompicones autodidácticamente— dudo que nunca llegara a ser gran cosa; desde luego era libresco y estaba plagado de arcaísmos. La situación económica no me permitía apenas comprar libros, pero mis padres me fueron enviando unos cuantos, pudiendo así leer un número de obras en catalán, para ayudarme en ese estudio y conocer mejor la realidad y la historia catalanas.

Dejando ya de lado todo lo referente al seminario de Echegarri y a la producción ideológica emanada del mismo, mencionaré que en 1966 ó 67 se me había encargado dirigir la organización local de París, que había quedado desmantelada por los abandonos. No creo que mi dirección hiciera milagro alguno, pero al menos las células se mantuvieron y algunas se ampliaron. Tras los acontecimientos de mayo fui destituido y cambió todo el comité. Se querían más y mejores resultados así como un espíritu más combativo y cercano a la lucha de los franceses, que se esperaba volviera con ímpetu en el que se anunciaba un octubre caliente.

Todos anhelaban o temían un nuevo estallido. La gran noticia de la radio francesa el día de la inauguración de las clases ese otoño sería que no había pasado nada.

De regreso de ese seminario, y ya desembarazado de mi responsabilidad de secretario político del comité de París, pude dedicar esfuerzos al acercamiento a una nueva organización m-l que se había constituido al margen del PCEml: la unión de comunistas marxistas-leninistas.

Cómo se formó la Unión no lo sé a ciencia cierta. Creo que fue el resultado de una escisión de una escisión de un desgajamiento que se produjo respecto del PCE en 1968; los desgajados se dividieron en dos grupos, uno —creo— el partido comunista internacional; el otro se subdividió (eso creo, tal vez me equivoco) en dos: la Unión y los comunistas internacionalistas (trosquistas).

La Unión adoptó en lo esencial posiciones ideológicas similares a las nuestras: alineamiento con China, necesidad de la revolución violenta, rechazo de la teoría trosquista que negaba las etapas de la revolución, lucha contra el fascismo y el imperialismo. Por detrás de las coincidencias podía haber discrepancias de planteamiento, un rellenar de otro modo esos moldes conceptuales. El hecho es que, hasta donde recuerdo, y pese a estar compuesta principalmente por personas del medio académico e intelectual (todo lo que a esas alturas nos estaba faltando al PCEml), no elaboraron grandes textos donde expusieran sus tesis.

Tampoco había ninguna razón para el antagonismo. En esas condiciones, y casi por casualidad, visité a un viejo compañero de la Facultad en Madrid (que

apenas debía acordarse de mí), Antonio Linares. Él era uno de los líderes de la Unión. Las relaciones no empezaron muy bien. Ateniéndose a un esquema de clase, manifestó desinteresarse un poco por lo de España: «Entiendo pertenecer al proletariado francés». Pero pronto se caldearon y nuestro frecuente y asiduo intercambio dio un excelente resultado. España es el país de la amistad; y la amistad pasa por encima de todo. Esa amistad trajo consigo que la Unión —no sin discusiones internas— acabara decidiendo por unanimidad ingresar colectivamente en el PCEml.

El acercamiento de la Unión al PCEml no se produjo súbita sino paulatinamente. Tratóse de un proceso de año y medio. Las conversaciones las llevé prácticamente solo por parte del PCEml. Los camaradas de Ginebra no solían coincidir en París para los momentos oportunos (ni tenían la menor idea de lo que se jugaba). El otro Miguel (Eduardo) estaba preso en España —desde febrero de 1969—. Andrés e Iñaki estaban en misiones en el interior (y creo que aún no estaban integrados en el ejecutivo).¹⁰⁹ Matías, que no se interesaba apenas por ese asunto, trabajaba en su área como miembro de la comisión de organización (llevaba la mayoría de los enlaces con las organizaciones del interior y buena parte de las de la emigración). Un solo camarada participó, junto conmigo, en las discusiones —y eso muy al final del proceso de acercamiento: Alfonso Graño.

He resumido dicho proceso, pero no se limitó a las conversaciones y discusiones regulares con Antonio Linares, sino que incluyó largos y pormenorizados debates con, al menos, otro dirigente de la Unión. La principal dificultad que oponían era un desacuerdo sobre la política sindical y la importancia de la lucha en los barrios: la Unión había propulsado, o quería propulsar, unas comisiones obreras de barrio, mientras que nuestra política sindical —que fue oscilante y meandrosa— atravesaba un período en el que, sin renunciar al trabajo en las comisiones obreras, se insistía en la creación de una organización sindical más combativa, la OSO (en realidad una entelequia). Llevara razón quien la llevase, no era un motivo suficiente para no estar juntos.

De resultas de nuestras conversaciones, la Unión decidió la entrada individual de todos sus afiliados en el PCEml. Sucedió así: en el otoño de 1969, celebramos un encuentro bilateral de a cuatro entre, por parte de la Unión, Antonio Linares y «El Moro» y, por el PCEml, Alfonso Graño y yo. (Todo en el domicilio de Linares.) Hiciéronnos entrega de un documento donde se manifestaba su decisión colectiva de disolverse solicitando el ingreso de todos y cada uno de sus miembros en el PCEml.

Llevé el documento a una reunión del comité ejecutivo, que por casualidad coincidió en París. Helena enfureció. Hasta entonces había creído que tales

¹⁰⁹. Al incorporarse al mismo, Iñaki cambió su nombre de guerra por el de «Rodrigo». Se trata de Álvaro Fernández Alonso. El camarada Andrés no era otro que mi viejo compañero de la Facultad, en Madrid, Miguel Ángel Muñoz Moya, anteriormente detenido y condenado a varios años de encarcelamiento por la tiranía franquista. (Su juicio en las Salesas lo presencié entre el público [es, lo confieso, el único al que he asistido].) Andrés había sido enviado como alumno a un curso de formación de cuadros en China —debe de haber sido en 1968 o así— de donde regresó con un acendrado espíritu de simpatía hacia el partido comunista chino y hacia la exaltación del pensamiento de Mao Tse-tung.

conversaciones eran pasatiempos míos. No pudo admitir que, sin haber participado ella para nada, se disolviera una organización muchísimo más numerosa que el propio partido, ingresando colectivamente en nuestras filas todos sus militantes.

Para boicotarlo se puso a sacar punta a su documento, buscando tres pies al gato, con una maligna y retorcida hermenéutica. Con ella era inútil discutir. Siempre fue incapaz de debatir lealmente, aferrándose a sofismas y ardidés erísticos. En vez de disputar sus absurdas y deliberadas desinterpretaciones, preferí ceder, volviendo a la reunión con los dos camaradas de la Unión, pidiéndoles corregir el texto en el sentido exigido por D^a Helena.

La argucia era tan ridícula y disparatada que bien hubieran podido rehusar esa vejación. Humildemente aceptaron la redacción que se les proponía. Así enmendado el documento, retorné a la reunión del ejecutivo que lo aprobó.

Helena quedó frustrada y malhumorada, al no haber conseguido frustrar ese ingreso; tuvo, al menos, el consuelo de haberse hecho valer como la presunta ideóloga, que dictaba los términos de la rendición.¹¹⁰

¹¹⁰. En su ya citado libro autobiográfico, el difunto camarada Ricardo Gualino Garófalo cuenta un incidente similar (sólo que de consecuencias infinitamente menos graves que aquellas que hubiera tenido impedir el integrarse de la Unión en el partido a fines de 1969; estoy persuadido de que, sin ese masivo aflujo de militantes, no habría podido sobrevivir el PCEml —pronto desechado por los chinos como un estorbo y ya casi aniquilado por las caídas.)

He aquí lo que cuenta Gualino. (Traduzco de la versión original italiana, en formato digital, que tuvo la gentileza de enviarme):

Recuerdo que logré organizar una reunión de los artistas e intelectuales de toda Europa. La idea era la de constituir una estructura que pudiese ser utilizada por las organizaciones locales para realizar actos públicos, conciertos, exposiciones. Haciendo un censo de todos los artistas de quienes tenía noticia y que hubieran estado disponibles existía la posibilidad de crear una base para amplias iniciativas.

Fui con el resultado de aquella reunión a Elena, quien me la echó completamente abajo. Estalló en cólera por no haber sido informada con antelación. Ella habría querido participar e intervenir. Le dije que habría sido, desde luego, óptimo, pero que en la comisión de Europa habíamos tenido esta idea, la habíamos organizado de la noche a la mañana y que en el futuro habría posibilidades de que la dirección interviniese, si se consolidara el asunto. Elena fue particularmente dura y áspera en aquella ocasión; comprendí que miraba con recelo cualquier iniciativa que naciese fuera de su capacidad de control. [...] tal fue su contrariedad que la iniciativa perdió fuelle rápidamente. En la reunión había existido un entusiasmo extraordinario, que se marchitó inmediatamente apenas se dieron cuenta de que la propuesta, nacida con un vasto aliento, había perdido vuelo.

Me pregunto si no es de la misma índole la explicación de la caída en desgracia del camarada Ángel Campillo, en una fecha que desconozco. Con Ángel me entrevisté tres veces (15 de febrero, 5 de marzo y 19 de abril de 2010); me contó la persecución que había lanzado Helena contra él hasta forzarlo a salir del PCEml, sin ser capaz de precisar cuándo había sucedido. (Por datos que aportó, colegí que tuvo que ocurrir entre mediados y finales de los setenta, quizá hacia 1977/78.) Ricardo Gualino, en su citado libro, lo cuenta así:

Yendo hacia atrás en mis recuerdos, en todas las crisis y los momentos de viraje del partido está presente y activo Ángel Campillo. En la transición se ocupó del país vasco y entró en grave conflicto con Elena. Nunca comprendí la razón exacta. Tengo un desagradabilísimo recuerdo de aquel episodio, de la discusión en el comité ejecutivo, muy acalorada, de las acusaciones contra Ángel. Intenté defender al camarada y recuerdo una mirada asesina de Elena que me dejó casi fulminado. El único que mantuvo una posición moderada fue Raúl. Limitamos los daños pero Ángel salió del comité ejecutivo, fue resbalando cada vez más abajo en la organización y al final quedó fuera del partido. Todavía hoy guarda un recuerdo muy amargo de aquel episodio que puso fin a su militancia.

Tampoco el camarada Ángel supo darme explicación de por qué se había desatado esa tempestad sobre su cabeza ni precisar qué se le reprochaba. Entendí que, para empezar, se le retiró la dirección de la organización regional de Vasconia —que él había levantado y hecho prosperar— para llevarlo a Madrid, en seguida sancionado, enviado a la base para reeducarse, después aislado y a la postre forzado a cesar su afiliación al partido.

Siendo hechos que yo no he conocido más que indirectamente, sucedidos años después de mi propia fuga, únicamente me es posible emitir conjeturas, pero tengo una que me parece probable. La potente organización que había

Puede que se quintuplicara la militancia del PCEml con el ingreso colectivo de la Unión. Sin los camaradas provenientes de la Unión ¿hubiera sido posible lo que el partido llegará a ser en los años siguientes? Ingresados en él, fueron bien acogidos. A partir de entonces no creo que haya habido espíritu de facción: los que venían de la Unión frente a los que no.

Antonio Linares fue cooptado al Comité Central. De momento ningún otro lo fue. Participó en el último pleno del central al cual asistí yo —si mal no recuerdo, a fines de 1970, en Echegarri. Fue enviado al interior, dirigiendo primero la organización de Vasconia y después la de Cataluña. Duró poco. Unos meses después, angustiado por la persecución policial y las dificultades personales, abandonó la organización mandándonos un mensaje de adiós.¹¹¹

Cerrando esta digresión, retomo mi relato. Estamos en el otoño de 1968. Decido pedir asilo político. Gracias a la recomendación de José Maldonado (a su vez obtenida por la mediación de M^a Rosa de Madariaga y Álvarez-Prida), el OFPRA (*Office français pour la protection des réfugiés et apatrides*) me otorgó el estatuto de refugiado político en Francia, tras lo cual la policía me extendió una *carte de séjour*, anualmente renovable, a título de estudiante. Salí, pues, de la clandestinidad, pudiendo contraer matrimonio el 19 de febrero de 1969. Para justificar mi estatuto de estudiante, me matriculé (junto con el camarada Matías) en los cursos de Pierre Vilar en la École Pratique des Hautes Études, VI Sección, en el n^o 54 de la rue de Varenne.¹¹² Lamentablemente poco pude acudir a sus interesantísimos seminarios. Entablé una excelente relación con el Profesor Pierre Vilar y lo visité alguna vez en su domicilio.¹¹³ Mi dedicación a las tareas de la

levantado en aquellos años Ángel Campillo había surgido y crecido sin participación alguna de los demás miembros del ejecutivo. Había sido fruto únicamente del personal esfuerzo y del talento de Campillo. Helena no pudo soportar que un crecimiento organizativo se produjera sin su personal intervención, de suerte que el mérito no le fuera atribuible. (Repito: es una mera hipótesis; que yo sepa, ninguno de quienes participaron en aquello ha suministrado otra explicación.)

¹¹¹. En una de sus visitas a Ginebra —en 1970—, tras una larga reunión que habíamos tenido Raúl, Linares y yo (en torno a tareas políticas y organizativas), por la noche nos vimos con Helena en un restorán. Para hacerse la sabia, Helena le dijo: «¿Sabes que ahora hay una corriente filosófica que es la semántica?». Sonrojado, hubiera querido yo que me tragara la tierra. A un licenciado en filosofía y profesor en una Facultad universitaria de la Sorbona quería ella deslumbrarlo con una frasecita sacada de una lectura de segunda mano.

Atrevida es la ignorancia. ¿Qué sabía de filosofía? Dudo que sus lecturas hubieran ido mucho más allá del folleto divulgativo de Georges Politzer (y otros similares). Repetía que los manuales rusos eran revisionistas desde hacía muchos años, por lo cual había que leerlos con desconfianza —¿quizá, mejor, abstenerse de tal lectura? (Si al menos los hubiera estudiado, habría adquirido un conocimiento del materialismo dialéctico e histórico, así fuera dogmático.)

Cito esa anécdota, pero no fue la única. D^a Helena anhelaba lucirse, apabullando con lo que, en su mente, era un gran saber, cuando, en realidad, tratábase de un barniz. La encandilaba hallarse entre intelectuales, imaginando ser ella misma una intelectual.

¹¹². V. <http://www.ephe.sorbonne.fr>.

¹¹³. De la inmensa producción de Pierre Vilar básteme mencionar un par de trabajos, los más señalados —aparte de su gran obra monográfica sobre Cataluña en la España moderna—: *Historia marxista, historia en construcción*, Barcelona: Anagrama, 1974 (texto original francés: «Histoire marxiste, histoire en construction: Essai de dialogue avec Althusser», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 28^e Année, N^o 1 (Jan-Feb. 1973), pp. 165-198 (disp. <http://www.jstor.org/stable/27578244>)); *Oro y moneda en la historia 1450-1920*, Ariel, 1969. El concepto-clave acuñado por P. Vilar es el de *historia total*. Recoge el legado de la

dirección del PCEml me impidió aprovechar, intelectualmente, su magnífica enseñanza.

Completaré esta narración de mi cuatrienio parisino (1966-70) relatando algunos detalles personales. Vivíamos en la más honda penuria, casi al borde del hambre, sin recursos para nada (apenas para malcomer); pudimos sobrevivir gracias al duro y sacrificado trabajo de mi compañera, a la generosidad de mis padres y a una enorme auto-disciplina.¹¹⁴

El primer alojamiento que habíamos compartido en París mi compañera y yo fue un minúsculo trastero en un sótano de un callejón cercano a la rue Passy (en el *seizième arrondissement*); ese local lo conocíamos como «el depósito» porque eso era y a tal finalidad se dedicaba, no estando destinado inicialmente a que alguien durmiera en el exiguo camastro —salvo para pernoctar excepcionalmente. En ese trastero (de poquísimos metros cuadrados) entraban y salían frecuentemente varios camaradas de la dirección y colaboradores a coger o dejar materiales. Allí estuvimos varios meses, entre finales de 1966 y enero de 1967. Durante esos meses pasé una pulmonía, permaneciendo encamado durante varias semanas; salí del percance gracias a inyecciones de penicilina que amablemente me puso una camarada enfermera, Maruja, quien trabajaba en el Hospital Inglés.

Nuestro segundo alojamiento, ya independiente, fue una húmeda buhardilla de la rue Laugier (entre enero de 1967 y enero o febrero de 1968). Hallábase cerca del Boulevard Pereire y de la Avenida Niel. Vino luego una breve estancia (unos dos o tres meses a lo sumo) en un local de dos piezas de la rue Jean-Pierre Thimbaut; estaba cerca del Boulevard Belleville y de la estación de metro Couronnes; dedicábase, además, a diversas actividades del partido —entre ellas albergar a camaradas de paso; aun siendo más espacioso que los demás donde vivimos, era lóbrego, mugriento e inhóspito.¹¹⁵ Desde abril o mayo de 1968

escuela de los *Anales* —con su énfasis en los hechos de larga duración, que involucran a masas amplias y se realizan en módulos temporales dilatados— y en particular la historia de las civilizaciones de Fernand Braudel, pero integrándola con algunas ideas centrales del materialismo histórico sobre la determinación, en última instancia, por las necesidades del crecimiento de las fuerzas productivas, para desembocar en una historia holísticamente entendida, que no atiende sólo a las permanencias o continuidades sino también a las mutaciones, a las cadenas causales y a las interacciones.

¹¹⁴. Al ver legalizada mi situación como refugiado, me estaba empero prohibido trabajar a menos que un empleador se responsabilizara para que me fuera otorgado un permiso de trabajo. Mucho busqué, mucho recorrí, a muchos teléfonos llamé. Todo en vano. Carecía de titulación alguna; mi conocimiento del francés, aparentemente aceptable, era todavía escaso. Mis habilidades prácticas, nulas. En el único empleo accesible, trabajo doméstico, no querían varones (yo me ofrecía como «frotteur»). Mi inexperiencia de la vida también contribuyó a que no se me ocurrieran otras salidas.

¹¹⁵. Había que subir las escaleras para ir al retrete —naturalmente compartido con los vecinos, igual que en todas las demás viviendas que figuran en esta enumeración. Entre los huéspedes que tuvimos alojados allí estuvo un ex-minero asturiano, Roberto, cuyo verdadero nombre era «Juan Guerrero Escavia», alias «Juanón»; más tarde se dijo que había pasado a ser confidente de la policía franquista y actuó en contra del PCEml y a favor de aquella extraña organización que fue el «partido comunista internacional», siendo muerto años más tarde, al parecer en Barcelona, por correligionarios de ese grupo —quizá al haber descubierto éstos sus ocultos lazos con la Brigada Político Social. Sobre su figura v. el capítulo 7 del libro *Clandestinos*, del boxeador José Ramón Gómez Fouz (Oviedo: Pentalfa, 1999, www.helicon.es/dig/499/fouz07.pdf), donde se relata (incurriendo en total confusión entre el PCEml y el PCI) que el Sr. Guerrero Escavia «[e]ra de Valdepeñas, alto y fibroso, además de valiente (hasta la temeridad), había llegado a Asturias de niño», afirmando: «a Juanón no se le puede llamar

vivimos en la habitación de la rue Popincourt, que es la que de veras recuerdo como mi morada parisina.

Apenas cabía pensar en comprar libros, pero, con mucho sacrificio, fue posible adquirir unos pocos y baratos,¹¹⁶ iniciando así una biblioteca personal que no llenaba una pequeña estantería clavada en la pared. Entre otros formaban esa incipiente y exigua colección: un diccionario Larousse enciclopédico ilustrado (abreviado, evidentemente); varios libritos de la serie *Que sais-je?*; un pequeño atlas de bolsillo; unas poquitas novelas de segunda mano. También se incluían libros en español que me habían ido mandando mis padres, cuyo número fue en considerable aumento a lo largo de los años siguientes. Posteriormente ya nos fue posible ir añadiendo, poco a poco, algunos más —con mucha sobriedad, desde luego—. Aun en medio de aquellas turbulencias, el libro no perdía su lugar en nuestras vidas.

Cerraré esta página de los recuerdos parisinos con otro dato anecdótico: las sesiones del comité ejecutivo duraban todo el fin de semana, prolongándose interminablemente horas y horas, con un inacabable orden del día, dando vueltas y más vueltas a los puntos que se sucedían con monótona reiteración —en una reunión y en la siguiente—, como si, por el hecho de volverlos a discutir por enésima vez, pudiéramos resolver lo que no estaba a nuestro alcance. Generalmente en esas agotadoras sesiones se paraba sólo unas horas para dormir tumbados en el suelo, con la ropa impregnada por el humazo de tabaco que inundaba todo el ambiente.

Capítulo 10.— Digresión sobre el Mayo francés de 1968

En la noche del viernes 10 al sábado 11 de mayo de 1968 ocurrió la primera vigilia de las barricadas en París. Esos métodos de lucha tenían poco que ver con la tradición de los combates obreros o estudiantiles: quema de vehículos privados y destrozos de la vía pública; los objetivos de lucha, al menos al principio, eran también muy *sui generis*. Desde esa primera noche frenética, el espíritu de los acontecimientos de mayo estaba marcado.¹¹⁷

confidente, sino más bien agente de Claudio Ramos» [comisario de policía]. Según esa versión (que no podemos tomar como infalible ni fehaciente —pese al evidente acceso del autor a los archivos secretos de la policía franquista y borbónica) ya trabajaba para los esbirros del régimen antes de salir de España, hacia 1964 ó 1965, y estaba destinado a ascender a miembro del futuro CESID. Ese libro, de mal olor, da a entender que fue ese Juanón=Roberto quien delató al camarada Ángel Campillo, «Miguel» o «Eduardo».

¹¹⁶. Entre los cuales figuraban los obligados textos políticos de nuestro bagaje, traídos de las librerías del Barrio Latino, como la *Librairie Racine*, *La joie de Lire* de Maspéro, la *Gît le coeur* y otras más por el estilo.

¹¹⁷. Hubo una posibilidad de reencauzar el movimiento por vías de razonabilidad. Al regresar de Rumania el domingo 19 de mayo, el General de Gaulle pronunció su célebre frase: «La réforme, oui; la chienlit, non». La gente no sabía que significaba ese arcaísmo «chienlit» (que viene a ser como «asonada», «zafarrancho», «zipizape» o algo así). Quería empujar al gobierno a una dura represión; perdió los estribos. Con su sangre fría, contuvo Pompidou, aguantando las ásperas recriminaciones del jefe del estado. Luego de Gaulle jugó con su encanto, pero fracasó. El viernes 24 de mayo pronunció una alocución. Íbamos por la calle con una radio de pilas, escuchando ese discurso y luego el debate parlamentario. (Esos *transistores* eran muy recientes y yo acababa de adquirir uno —hasta entonces había vivido sin aparato de radio.) De Gaulle ofrecía un

En el plano académico, la lucha de mayo recordaba los disparates de la RC china: oposición a los exámenes y a la autoridad docente, una tendencia anarquista, un cuestionamiento de cuanto fuera autoridad, justa o injusta, aquella ansia de caos que se plasmó en las célebres frases de «Seamos realistas, pidamos lo imposible» y la «Prohibición de prohibir»,¹¹⁸ con un boicot de cuanto fuera enseñanza de verdad y su sustitución por ideas peregrinas como la de que alumnos y profesores conversaban en pie de igualdad, más linchamientos de los profesores en una inquisitorial marejada de crítica y autocrítica (también muy reminiscente de la RC china). En definitiva, creo que, por reaccionario que fuera Raymond Aron, le cupo bastante razón en su denuncia del carnaval de mayo.

No suscribo la visión que ofrece Boris Gobille:¹¹⁹ «La ‘risa de mayo’ (Bourdieu, 2002) no se limita al alborozo experimentado abucheando y lanzando adoquines. Más bien remite al jubiloso descubrimiento de la evanescencia del orden político cuando viene contestado y del orden simbólico cuando viene cuestionado». Según ese autor se vivió «la alegre experiencia de una transgresión creadora de comunidad» y «la difuminación, aunque fuera parcial y provisional, de las fronteras y jerarquías sociales», «una disidencia que se burlaba de la seriedad con la cual la arbitrariedad y sus normas suelen imponerse cual una fatalidad». Todo eso es, a mi juicio, una lúdica frivolidad, un pasatiempo, nada inocuo, porque condujo a estos tres resultados:

- (1) el imperialismo francés estrechó filas con USA y demás potencias atlánticas, reduciendo a casi nada sus conatos de independencia;
- (2) el general de Gaulle fue desalojado del poder y reemplazado por el atlantista Georges Pompidou y, a su muerte, por el mucho más atlantista y aristócrata Valéry Giscard d’Estaing;
- (3) la persecución en Francia se exacerbó contra los militantes del PCEml¹²⁰ (y seguramente —aunque no tengo datos— otro tanto sucedió con relación a movimientos antiimperialistas de otros países, hasta entonces tolerados en suelo francés).

¡Para reír! Verdad es que en los *événements* de mayo-junio hubo —a partir del jueves 16— luchas obreras perfectamente justas —por legítimas reivindicaciones de salario y condiciones laborales— y que algunas de las quejas

referendum para aprobar un nuevo modelo de sociedad, un gaullismo social que giraría en torno a la vaga idea de participación. Lamentablemente nadie le hizo caso. Si el PCF hubiera controlado la situación y actuado inteligentemente, podría haberse puesto fin al movimiento a cambio de pactar unos contenidos de progreso social bajo esa etiqueta. Mas la huelga continuó; y entonces de Gaulle volvió a endurecer su actitud, apoyado por la mayoría del pueblo francés, que era conservadora.

¹¹⁸. V. mi artículo «La paradoja de la prohibición de prohibir y el sueño libertario de 1968», *Persona y Derecho: Revista de fundamentación de las Instituciones Jurídicas y de Derechos Humanos*, Nº 58 (2008), pp. 377-416. ISSN 0211-4526.

¹¹⁹. *Mai 68*, París: La Découverte, 2008, p. 80.

¹²⁰. Principalmente los que habían participado en los asuntos franceses.

estudiantiles tenían fundamento válido. Pero se disolvían esos lados positivos en el mar de la sinrazón.¹²¹

Se ha dicho que la CIA pudo haber propiciado aquellos alborotos para desestabilizar a de Gaulle a raíz de sus seis pronunciamientos antiyanquis:¹²²

- (1) 4 de febrero de 1965: discurso de de Gaulle anunciando que Francia se retira de Bretton Woods y vuelve al patrón oro: la escuadra francesa irá a recuperar las reservas de oro depositadas en Washington (posición reiterada en abril de 1968 ante el derrumbe del dólar en medio de una tremenda especulación monetaria);
- (2) marzo de 1966, Francia se retira de la estructura militar de la NATO y expulsa de su territorio a las fuerzas norteamericanas (oponiéndose a tal decisión una coalición formada por la extrema derecha, los vaticanistas de Lecanuet y los socialistas de François Mitterrand);
- (3) discurso en la capital camboyana, Phnon Pen, en enero de 1967, atacando la agresión del imperialismo yanqui contra Vietnam;
- (4) el 16 de mayo de 1967 Francia veta el ingreso de Inglaterra en el mercado común europeo, para impedir así que tal institución supranacional fuera instrumentalizada por el predominante imperialismo anglosajón;
- (5) visita a Canadá en julio de 1967, pronunciando la famosa frase «Vive le Québec libre!», un desafío a la prepotencia anglosajona en América septentrional.
- (6) en una conferencia de prensa el 27 de noviembre de 1967 de Gaulle condena a Israel por su guerra de agresión del mes de junio anterior (la guerra de los seis días), distanciándose del resto del campo atlántico con una propuesta de mediación pacífica entre Israel y los países árabes.

Gustándome poco las explicaciones conspiratorias —cuando son hipótesis inútiles, complicadas, extravagantes o paradójicas—, veo creíble esta conjetura de una cierta intervención de la CIA en los acontecimientos del mayo francés de 1968.

Sea como fuere, el estallido de los disturbios en Francia nos planteó un dilema. Jamás habíamos deliberado sobre qué tareas nos incumbían con relación a las luchas en otros países. Estaba claro que habíamos adquirido un compromiso de luchar por el derrocamiento de la tiranía fascista en España y de expulsar al imperialismo yanqui de nuestro suelo y que a eso debíamos dedicar todos nuestros esfuerzos. No era cuestión nuestra decidir cómo debían considerar los camaradas

¹²¹. No le faltaba una parte de razón al camarada Georges Marchais en su artículo de *L'Humanité* del 3 de mayo de 1968, «De faux révolutionnaires à démasquer» —aunque, desde luego, su autor estaba exento de gracia, tacto, medida y carisma en cuanto hacía y escribía.

¹²². Es valiosa la aportación de Henri-Christian Giraud, con su documentada obra *L'accord secret de Baden-Baden: Comment de Gaulle et les Soviétiques ont mis fin à mai 68*, París: Rocher, 2008, ISBN 9782268065007 (disponible también como ebook en kindle). Está claro que, con perspicacia, las autoridades soviéticas recelaban en los acontecimientos del mayo francés un peligro de que Francia volviera a caer bajo la tutela estadounidense, como efectivamente sucederá.

de otros países cuán prioritaria resultaba la revolución española. Pero nosotros estábamos consagrados en cuerpo y alma a lo de España.

Presenté (sin encontrar el menor eco en ningún otro miembro del ejecutivo) tres argumentos:

- 1º) combatir al imperialismo francés es atacar a un no-enemigo-principal cuando se está enfrentando a nuestro enemigo principal; es invertir la justa política de alianzas;
- 2º) aunque sea correcto que los franceses lo hagan, no es tarea nuestra, ni nos es lícito hacer correr a nuestra organización un riesgo eludible;
- 3º) aunque los acontecimientos actuales en Francia presentan un elevado grado de virulencia y de respaldo masivo, eso no significa que la perspectiva revolucionaria en Francia sea superior a la de España, porque en nuestra patria existen unas condiciones objetivas que no se dan al norte de los Pirineos (la ilegitimidad radical del régimen y la amplitud de la aspiración democrática).

El lector me perdonará que, llegado a este punto, me detenga en una digresión sobre las organizaciones m-l francesas, por los vínculos entre la más extremista de ellas y quienes ya iban formando una nueva mayoría en el comité ejecutivo del PCEml. El asunto era importantísimo, dado que en París estaba la sede principal del nuestro comité ejecutivo y que de la neutralidad indulgente del gobierno francés dependíamos para poder continuar nuestra lucha antifranquista.

Había tres tendencias del prochinismo francés.¹²³ La primera fue el *Centre marxiste-léniniste* de Patrick Prado y Claude Beaulieu —al cual el camarada Paulino tenía especial afecto.¹²⁴ Creo que se alinearon con las posiciones de Jacques Grippa. Por presión albanesa habíamos cortado con ellos (no recuerdo cuándo tuvo lugar nuestro último contacto con Beaulieu). Lo de mayo del 68 los cogió a contrapié y poco tiempo después quedaron prácticamente disueltos.

El segundo grupo era el que empezó siendo federación de círculos m-l, luego fue movimiento y finalmente partido comunista m-l, encabezado por Jurquet y François Marty. Nunca habíamos tenido muy buenas relaciones; yo fui el enlace con ellos durante un tiempo, pero tampoco puse mucho empeño y las reuniones se fueron espaciando.¹²⁵ Desconcertados por lo de Mayo del 68, se pusieron a

¹²³. Al margen de ese trío pro-chino, hubo también organizaciones comunistas de tendencia maoísta o maoizante, como la ya mencionada «Vive le communisme» —organización anarco-maoísta, en la que destacó el futuro anticomunista extremo Stéphane Courtois— y la *Union des Communistes de France Marxiste-Léniniste*, UCFML, de tendencia más centrista, en la que recalaban algunos exmiembros de la *gauche prolétarienne* —como Sylvain Lazarus y Natacha Michel— pero también exmilitantes del PSU (socialdemócratas de izquierda), entre ellos Alain Badiou, quien ha mantenido una cierta continuidad en sus ideas posteriores.

¹²⁴. La trayectoria posterior de Claude Beaulieu muestra que era un hombre muy inteligente, íntegro y valioso.

¹²⁵. Mi contacto era un joven al que varias informaciones que he leído en años recientes me llevaron a identificar conjeturalmente con Georges Frêche, quien fue presidente de la región del Languedoc-Rosellón —aunque otros datos desmentían tal identificación. Creo que esos contactos tuvieron lugar principalmente en el período en que yo viví en una

remolque del movimiento de masas, por lo cual serían ferozmente atacados por el tercer grupo, del que voy a hablar en seguida. Me parece que fueron capeando el temporal como pudieron, buscando afanosamente una línea que proponer. Sea como fuere, no recuerdo que hayamos vuelto a tener relaciones oficiales con ese partido después del mayo francés.

El tercer grupo era el de la juventud comunista m-l, UJCml, cuyo núcleo estaba en la rue d'Ulm (*École Normale Supérieure*).¹²⁶ Con varios de ellos tenía amistad personal la camarada Helena Ódena, a quien ese ambiente le encantaba y por el cual sentía viva simpatía. Tales contactos siempre los llevó ella personalmente. No recuerdo haber participado en ninguna reunión oficial con una delegación de la UJCml, aunque sí tuve algunos contactos ocasionales, antes de 1968.¹²⁷

Los dos líderes principales de la UJCml eran Robert Linhart y Benny Lévy, alias Pierre Victor. Habiendo condenado su organización el movimiento de mayo en sus comienzos (con argumentos justos: era un movimiento «pequeño-burgués» que caía en la provocación),¹²⁸ el desgarramiento de esa condena causó una fuerte disensión y tirantez en la organización, resultado de la cual fue que Robert Linhart sufrió una depresión nerviosa y quedó, durante meses, retirado de la vida activa. En su ausencia la UJCml decidió participar a fondo en los acontecimientos. Al volver de su cura médica, Linhart provocó una disensión interna: unos declararon que las luchas estudiantiles habían estado bien y otros que habían estado mal. En el otoño se escindieron.

Los más prudentes se pasaron a la tendencia encabezada por Jurquet, a la cual acabo de referirme. Los más duros formaron la *gauche prolétarienne*, con la cual siguió guardando personales vínculos la camarada Helena.¹²⁹

buhardilla de la rue Laugier, porque recuerdo alguna cita con él cerca del Boulevard Pereire.

¹²⁶. V. el libro de Hervé Hamon & Patrick Rotman *Génération* (Paris: Seuil), Vol. 1: *Les Années de rêve*, 1987; Vol. 2: *Les Années de poudre*, 1988.

¹²⁷. Confieso que siempre me cayeron muy mal, siéndome difícil analizar por qué; eran, para mí, la *gauche divine*. No creo en la intuición ni en nada que se le parezca, pero es un hecho que en mí produjeron —desde que los conocí— una especie de antiflechazo. Mis contactos con ellos jamás tuvieron cordialidad alguna.

¹²⁸. Es curioso que tales objeciones al movimiento de mayo —al menos en sus comienzos— no hicieran ninguna mella en la camarada Helena Ódena, a pesar de su estrecha amistad y vinculación de ese círculo de la rue d'Ulm. Para ella —y para todos los miembros del ejecutivo del PCEml, exceptuado quien esto escribe— todo lo de mayo fue fantástico, maravilloso y digno de aplauso, sin que hubiera que oponer ningún reparo como no fuera uno un revisionista.

¹²⁹. Recalaron algunos, al parecer, en otra organización de ideas parecidas, pero no pertenecente a la constelación pro-china, la que se llamó «Vive le communisme» (nombre mutado en 1969 por el de «Vive la révolution»), uno de cuyos activistas era Stéphane Courtois, el futuro compilador y prologuista del *Livre noir du communisme* (1997). Stéphane Courtois es miembro del Círculo del Oratorio. Tras la conquista de Iraq por los estados unidos y sus aliados, Stéphane Courtois estimó que las atrocidades perpetradas por el ejército norteamericano en la prisión de Abu Ghraib son «des à-côtés inévitables d'une guerre», o sea daños colaterales. Entre los blancos de su ataque está el ex-primer ministro francés, Dominique de Villepin, en cuya oposición a la agresión estadounidense contra Mesopotamia vio «reflejos que se vinculan directamente a la propaganda soviética en Francia». Sobre el Círculo del Oratorio v. http://en.wikipedia.org/wiki/Cercle_de_l'Oratoire. Ese círculo edita *Le*

La gauche prolétarienne en los primeros años 70 preconizará la violencia revolucionaria contra la República Francesa, o sea: participará en la deriva hacia el guerrillerismo urbano. No voy a equiparar lo de Francia con lo de España. Pero, si ya con relación a España juzgo una tremenda falta, una irresponsabilidad imperdonable, haber adoptado la senda del guerrillerismo urbano (que sólo podía conducir a la derrota), en el caso de Francia la falta merece una condena mucho más enérgica, porque es muchísimo más inexcusable.

A la vez que había disensiones y oscilaciones entre los m-l franceses, la masa juvenil congregada en el Barrio Latino y demás centros académicos ocupados en toda Francia, en aquellas semanas de frenesí de mayo-junio de 1968, había blandido retratos de Mao Tse-tung y gritado consignas maoistas (como «La rebelión se justifica»). Un maoísmo difuso impregnaba a toda aquella muchachada, mezclado con castro-guevarismo. (El trosquismo era una extravagancia ultraminoritaria que no decía nada a aquella multitud de jóvenes.)

Los camaradas del comité ejecutivo del PCEml, que hervían en entusiasmo por las luchas francesas de la primavera de 1968, no parecieron haberse enterado nunca de esas turbulencias internas del movimiento m-l, como si vieran a sus amigos franceses formando una piña compacta con la masa juvenil soliviantada y como si todo eso fuera uniforme.

Voy a interrogarme ahora sobre las causas de la evolución posterior de los líderes de la *gauche prolétarienne* —que sacará la publicación serial *La Cause du peuple*—: hombres como André Glucksmann, Jean-Claude Milner, Benny Lévy, Serge July, Alain Geismar, Marin Karmitz, Guy Lardreau, Daniel Rondeau, Olivier Rolin, Jean-Pierre Le Dantec, Gilles Susong y Robert Linhart. Salvo Geismar, (casi) todos ellos —y otros muchos miembros de organizaciones ultraizquierdistas, como Stéphane Courtois— han evolucionado más tarde hacia las actitudes más reaccionarias.¹³⁰

De entre toda esa turbamulta, Glucksmann es, tal vez, quien más lejos ha llegado en la inmoderación. Pidió a Ronald Reagan continuar apoyando a los Contras en Nicaragua; clamó por la guerra de la NATO contra Serbia, fustigando

Meilleur des mondes, revista «anti-totalitaria», publicada por Denoël y dirigida por Michel Taubmann. Atlantista a ultranza, el círculo y su revista apoyan con entusiasmo las agresiones occidentales contra Yugoslavia, Afganistán, Iraq y cualesquiera otras. Entre sus luminarias han figurado: André Glucksmann, Pascal Bruckner (enemigo acérrimo de la compasión por los pueblos del sur), el historiador Ilios Yannakakis, Pierre-André Taguieff (adversario de la idea de progreso), la fautora de guerra Thérèse Delpech, nuestro converso Antonio Elorza, Olivier Rolin (exmilitante de la *gauche prolétarienne*) y el geopolítico Frédéric Encel.

El lector interesado puede indagar sobre el alineamiento ideológico-político de tales personajes. Próximo al círculo está Bernad Kouchner, quien fue ministro de Sárközy. Filosóficamente, en varios de esos autores han ejercido influencia determinante Jean-François Lyotard, Emmanuel Levinas, Gilles Deleuze, Nietzsche, Derrida, Foucault, Gadamer y Greimas. De modo general —aunque habría que matizar para cada uno de ellos— hay una tendencia anti-ilustrada, que culpa de los males del totalitarismo del siglo XX a los errores de la Ilustración racionalista.

¹³⁰. Al hacer esa caracterización, corro el riesgo de ser injusto, amalgamando evoluciones dispares. La de Benny Lévy fue, acaso, más religiosa que política (aunque su fundamentalismo rabínico lo empujará a un sionismo arabófobo). Varios de esos personajes retomaron la tradición israelita de algunos de sus antepasados familiares, que revalorizaron —en el sentido de una adhesión al pseudo-estado sionista— al desencantarse del marxismo-leninismo.

al campo de la paz; respaldó a los terroristas chechenos; llamó a votar a Níkolás Sárközy; justificó las agresiones del sionismo contra el pueblo de Gaza; y así sucesivamente. Por su parte, Benny Lévy, emigrado a Israel en 1997, fundó en Jerusalén —con Alain Finkielkraut y Bernard-Henri Lévy— el Instituto de estudios levinasianos, haciéndose un pensador del fundamentalismo rabínico-mosaico. Serge July guiará la conversión de *Libération* del radicalismo antisistema al neoliberalismo; y afirmará: «El mundo democrático necesita a Norteamérica; en la globalización las derrotas políticas de Norteamérica son derrotas de la democracia», *Libération*, 2003-03-26.

Esas trayectorias, desde luego, no prueban ni que sus tesis de entonces fueran correctas ni que fueran incorrectas. La evolución ulterior de un individuo sólo lo compromete a él, claro está. Hay recorridos muy variados. Es normal que, pasada la fiebre revolucionaria, la mayoría se vaya alineando con los poderes establecidos; y, cuando no, que se vaya acomodando. No todos los militantes de esa tendencia —ni siquiera todos los dirigentes— han tenido una evolución posterior tan pintoresca. De todo habrá.

Pero ante una mutación tan masiva y generalizada hay que preguntarse si tiene causas diagnosticables que no sean un mero cúmulo fortuito. El extremismo extremo —o el ultrancismo a ultranza—, en una dirección, ¿tiene probabilidades de invertirse, trocándose en una tendencia hacia el extremo opuesto?

Caben varias explicaciones. La una sería que los extremos se tocan, igual que yendo al poniente se llega al levante sin más que saltar la línea de cambio de fecha, que es una raya convencional. Esa explicación, muy difundida, sufre tres inconvenientes:

- (1) es muy difícil de sustentar en pruebas que vayan más allá de una serie de anécdotas (así, ¿por qué abogar por la supresión total y rápida de la propiedad privada va a ser contiguo a, dando un paso más, proponer que no haya ninguna propiedad pública y que cada propietario disfrute de un pleno *ius utendi et abutendi*?);
- (2) es excesivamente simplista pensar que los posicionamientos políticos se suceden en una línea, aunque ésta sea curva y cerrada;
- (3) no da cuenta de lo escasas que son las derivas en sentido inverso (pocos pasan de la ultraderecha a la ultraizquierda).

Una explicación más plausible es el efecto rebote: cuanto mayor sea la violencia del lanzamiento, más fuerte será el zigzag. Creo mucho en esta teoría. Sin embargo, tiene sus límites. Explica mal la infrecuencia del rebote en sentido inverso. Me inclino por una explicación más compleja y matizada. La geometría del espacio de las ideas políticas no es lineal —ni rectilínea ni curva—, sino multidimensional. Es muy posible que cada una de tales dimensiones tenga su propia geometría: unas de ellas serán finitas (habrá topes, máximo y mínimo) y otras serán infinitas; unas circulares o elípticas, otras parabólicas.

Determinar la posición de alguien en el espacio de las ideas sólo puede hacerse cruzando sus múltiples posicionamientos ante una pluralidad de cuestiones,

tendencialmente infinita. Si, para cada cuestión, adoptamos un criterio clasificatorio (de valor muy relativo, pero que en muchos casos puede servir), una dicotomía (con grados) de lo conservador y lo innovador, está claro que se puede ser más innovador en unas cosas y más conservador en otras; y que las opciones de un individuo o grupo no van a coincidir con las de otro. X puede ser muy innovador en los temas A, C, E, G, H, I, J, M y muy conservador en B, D, F, K, L. Un individuo Z puede adoptar las opciones inversas. Y muchos otros pueden situarse con combinaciones propias y particulares. El espacio político es aquel en el cual esas múltiples opciones —muchas inconmensurables— han de encontrar vías de solución por el juego de las alianzas.

Mi opinión es que dos movimientos característicos de los años 60, la revolución cultural china y el Mayo francés, optaron por la innovación radical en lo que no debía innovarse, con lo cual desdeñaron lo principal y así propiciaron ulteriores derivas que, en el fondo, no hacen sino traducir esa desatención a las innovaciones por las que sí valía la pena esforzarse.

La RC y el Mayo francés fueron innovadores al rechazar los valores tradicionales del mérito, el esfuerzo, el trabajo, el orden, la pulcritud, la regularidad, la paciencia, la fidelidad, la moderación y la disciplina. Su anarquismo desordenado y explosivo, su afán por lo desmedido, caótico, súbito y fácil, llevaban a acercarse a algunos valores del neoliberalismo: la libertad del mercado, la renuncia a la planificación y al servicio público —que justamente requiere una escala meritocrática, ordenada y disciplinada—.

En cambio, algunos éramos conservadores en todo eso pero innovadores en lo social: rechazábamos —y seguimos rechazando— la propiedad privada; propugnamos la planificación para abandonar el absurdo de la economía mercantil; queremos la máxima igualdad social posible, con una limitación de las diferencias de nivel de vida y un acercamiento progresivo entre las rentas más altas y las más bajas; exigíamos el pleno respeto de los derechos de bienestar de las masas, incluyendo el derecho al trabajo, al pleno empleo.

La opción que yo representaba era la del comunismo oficial tradicional. En 1963 nos habíamos decantado por Pequín creyendo (erróneamente) hallar allí un baluarte de esa tradición comunista. Eran (me doy cuenta ahora) ideas que estaban pasando de moda. Camaradas con más edad que yo estaban más en la onda de los tiempos. (Más abajo comentaré la revolucionarización de las conciencias a que nos quisieron someter hacia el final de mi militancia.)

Lo que pasa es que diez lustros después creo que la actitud correcta era la del comunismo histórico, la del comunismo de toda la vida, y que el sesentaiochismo estaba errado en sus opciones. No se puede siempre llevar razón y seguir la moda. Hay tiempos afortunados en que sí. Y hay tiempos en que no.

En un punto más concreto, la deriva de tantos sesentaiochistas franceses se explica como continuación en una circunvalación: el antisovietismo.

Mi tesis de hoy (en 2020) es que la Unión Soviética de los años 60/80 era un Estado genuinamente socialista y antiimperialista; a medida que la dirección china vaya degenerando, Moscú se convertirá en el único baluarte que respalde la

lucha de los pueblos oprimidos. Verdad es que la dirección de Breshnev no se había decidido a abrogar las funestas innovaciones de Jrushchov y que su organización de la economía había introducido algunos mecanismos autogestionarios o mercantiles que distorsionaban su carácter esencialmente socialista. Pero hay que mirar lo esencial más que lo accidental. Asimismo en política internacional, aun preservando la coexistencia pacífica con las potencias occidentales (lo cual es irreprochable), trabajó por un frente antiimperialista (el cual resultó imposible por el obstruccionismo de Mao Tse-tung).

Si en la política soviética hubo ambigüedades, mayor ambivalencia afectó al antisovietismo. El primer prochinismo, el de los años 1963 a 1965, exigía a los líderes rusos un posicionamiento fuerte frente al imperialismo yanqui (sin negar que la URSS y los países de democracia popular eran socialistas y formaban el campo socialista). El intermedio —años 1966 a 1970— ya formuló la tesis de la completa restauración capitalista en la URSS y la conversión de ese país en potencia socialimperialista (el propio vocablo era absurdo en esa acepción), aunque todavía privilegiaba, inconsecuentemente, la lucha contra el imperialismo yanqui como enemigo principal. El último maoísmo, años 1971 a 1979, ya había optado por considerar como su principal enemigo al gobierno de Moscú y a sus aliados, alineándose junto con Washington en los asuntos de Chile, Angola, Etiopía, Vietnam/Camboya y Afganistán.¹³¹

Los prochinos se desbandaron en ese último período; los de España, el PCEml, no pudieron (ni quisieron) ajustarse plenamente a la línea china y —aunque ya fuera de plazo— acabaron repudiando el maoísmo cuando ya casi nadie creía en él. Otros grupos prochinos pudieron seguir la estela pequinésa hasta los años 80, aunque ya no eran nada sus raquílicas organizaciones —marchitas, erosionadas y fragmentadas—.

El antisovietismo de los ex-miembros de la *gauche prolétarienne* los ha llevado al proyanquismo y a otras derivas de ultraderecha. Hoy no estamos en tiempo de revoluciones. La humanidad, en su marcha ascendente, está buscando otras vías. Pero a quienes exploran esas vías y se adentran en ellas les conviene no perder de vista la lección de prudencia y de moderación que se deduce de estas reflexiones históricas.

¹³¹. Mientras Mao vivió, no se dijo así, a las claras. Una vez muerto, sí. Teng Xiao-ping, el jefe fáctico y ex-secretario general del partido comunista chino, declara sin ambages el 19 de febrero de 1979 —a su regreso de Washington— : «Los Estados Unidos, Europa, Japón, China y otros países del tercer mundo [tienen que] unirse y responder seriamente al desafío que representa el peligro de guerra. [...] Con esos cambios de posición, el principal foco de guerra es ahora la Unión Soviética». (Cit. por Paul Norman Dussault, «Les visions soviétiques et chinoises des rapports internationaux (Notes de recherche)», *Études Internationales*, vol 11, nº 2, 1980, pp. 289-302, <http://id.erudit.org/iderudit/701046ar> —la cita figura en la p. 209.) El cabecilla chino ambiciona —y se atreve a decirlo— una alianza de todos los estados imperialistas y de todo el occidente privatista con China y algún secuaz suyo en el tercer mundo para aislar a la URSS y luchar contra ella. Para conjurar esa presunta amenaza de guerra soviética, la gigantesca China acababa de iniciar, dos días antes, su agresión militar contra la República Democrática de Vietnam, a la que pondrá fin exactamente cuatro semanas después, el viernes 16 de marzo, tras un número de muertos que es difícil conocer (según fuentes vietnamitas, más de 100.000 muertos civiles).

Capítulo 11.— Bienio ginebrino (1970-72): Viraje a la ultraizquierda

El 28 de abril de 1970 —unas ocho semanas después de la detención de Matías— me fui a vivir a Ginebra, que en adelante será la sede del ejecutivo. Yo había sido detenido tres veces por la policía francesa.¹³²

La primera me había cogido portando un pasaporte colombiano a comienzos de 1967, viajando de Bruselas (de ver a Grippa) a París; tras retenerme poco tiempo en la Gare du Nord, me soltaron diciéndome que debía inscribirme como extranjero.

La segunda vez había sido al final de los acontecimientos de mayo-junio de 1968, cuando —tras el machaconeo sobre lo vergonzoso que era abstenerse de aquella heroica lucha revolucionaria— pasé cerca de una de las últimas manifestaciones, para ver un poco, cerca de la Place de la République, metiéndome así en la boca del lobo; esta vez llevaba mi propio pasaporte español, pero caducado; me encerraron en uno de sus furgones junto con otros, todos inmigrantes, pero —al cabo de media hora o así— a varios nos soltaron sin más.

La tercera vez fue cruzando la frontera por tren de Lausana a París, en 1969 (no recuerdo en qué mes),¹³³ cuando yo ya tenía residencia legal en Francia: al ser detenido, pedí ir al baño, donde destruí documentos y los arrojé al water, pero entraron y me cogieron *infraganti*; los documentos ya eran irrecuperables, pero me tuvieron en el puesto fronterizo un montón de horas —hasta la madrugada—, interrogándome y registrándome (se apoderaron de mi agenda, aunque evidentemente no había en ella ni una sola dirección ni números de teléfono ni nada de nada comprometedor para nadie salvo para mí); anunciaronme que sería convocado por la policía política, los *Renseignements généraux*. Nunca fui convocado.

Tengo para mí que recibí un trato de favor porque la policía francesa (al menos su sección política) sabía que yo no estaba implicado en los acontecimientos

¹³². Dos han sido los mayores errores de mi vida. El primero, el más calamitoso, había sido la decisión —tomada entre el otoño de 1963 y enero de 1964— de escindirme del PCE para embarcarme en la absurda aventura del prochinismo.

El segundo mayor error de mi vida será abandonar París en marzo de 1970. Nadie me obligaba. Yo mismo tomé la decisión, pensando, equivocadamente, que se echaba encima una persecución en toda regla contra nosotros en Francia. Refugiado en Ginebra, yo mismo me dejé encerrar en la jaula de Helena.

Cuando, meses después, solicite autorización para regresar a Francia, me será denegada por la mayoría del secretariado (Helena y su marido Raúl). D^a Helena se permitirá censurarme por esa solicitud (que se originaba por una petición de mi compañera, cuya vida en Ginebra resultaba frustrante), avisándome: «Vas por mal camino». (Yo jamás me permití hablar a ningún camarada en tales términos, como de un superior a un inferior).

Que quedara yo enjaulado explica por qué constituirá una verdadera huida mi marcha del partido en mayo de 1972. No tenía otro remedio que escaparme, habiendo, con gran sigilo, tramado dicha fuga durante un semestre largo.

¹³³. Mis recuerdos, muy difuminados, me hacen titubear entre varias posibilidades: una es que fuera a comienzos de febrero, justo cuando la policía francesa acababa de entregar, maniatado, al camarada Eduardo [Ángel Campillo] a sus colegas franquistas en Irún —a poco de proclamarse el estado de excepción en España (porque recuerdo que yo portaba en mi cartera negra de fuelle ejemplares de una declaración del comité ejecutivo del PCEml recién elaborada en Ginebra; y fue justamente haciéndome abrir esa cartera y viendo su contenido subversivo como decidieron interpelarme, primero, y detenerme, después); otra posibilidad es que fuera a raíz de la designación de S.A.R. el infante D. Juan Alfonso Carlos de Borbón y Borbón-Dos Sicilias como sucesor del caudillo a título de rey (23 de julio de 1969); no excluyo una tercera posibilidad: que la detención se produjera más tarde, quizá en el otoño.

franceses, que no había vulnerado el precepto impuesto a los extranjeros de no meterse en la política del país. De todos modos (y como ya lo he dicho más arriba), tras la detención de Matías, juzgué que era imprudente seguir en Francia; y el comité ejecutivo estuvo de acuerdo conmigo en este punto.

Cerrando esta digresión sobre las tres detenciones que sufrí en Francia, retomo el hilo de los acontecimientos tras mudarme a Ginebra. Desde 1969 se había ido perfilando un viraje en la línea política del ejecutivo, iniciado cuando todavía Matías estaba activo en la dirección (va a quedar en suspensión a causa de su caída, aunque recobrará la libertad tras permanecer unas semanas en la prisión de la Santé). Pero ahora el viraje se va a acelerar.

Cuando la policía francesa, en febrero de 1969, entregó a los sicarios franquistas al camarada Eduardo (Ángel Campillo), se reorganizó el secretariado, incorporándose al mismo el camarada Raúl Marco, que pasó a ser secretario de organización y, por lo tanto, a encabezar la comisión de organización del comité central. En el bienio final de mi militancia (de febrero de 1969 a mayo de 1972) el secretariado, por lo tanto, lo componíamos Helena, Raúl y yo, mientras que el ejecutivo lo formábamos los tres camaradas del secretariado junto con Matías (aunque éste suspendido por petición propia tras su salida de la cárcel), Andrés e Iñaki (o sea Rodrigo, e.d. Álvaro Fernández Alonso), viniendo en seguida cooptado Alfonso Graño.

En las nuevas circunstancias —y aprovechando la sobrevenida composición de los máximos órganos de dirección del partido— la camarada Helena se sintió más fuerte para lanzar un abordaje ideológico orientado a una ultraizquierdización del partido. Al comienzo subrepticamente, fue imponiendo en el ejecutivo una línea trosquistizante, como lo analizaré en el Capítulo 13. Parecía que teníamos que radicalizarnos más en todo. Alejábamonos así del acuerdo fundacional de 1964, rompiendo el compromiso que habíamos adquirido todos, unos con otros, de estar asociados en torno a unas ideas que continuaban la tradición del movimiento comunista internacional y del PCE antes de 1956.

En su lugar, iban prevaleciendo ideas ajenas a esa tradición (o a lo sumo pertenecientes a períodos iniciales de la misma, años 20 o primeros años 30), junto con otras concepciones de moda ya absolutamente externas a ese legado y que se tomaban de corrientes en boga (autogestión, antiproductivismo y rechazo del valor trabajo); sin que, por otra parte, se accediera a una teorización de tal viraje en marcha, que se disimulaba bajo el ropaje de una terminología esclerotizada y repetitiva, cuando en rigor se estaba cambiando su contenido.

Salvo tal vez en mis propios artículos (y aun eso sólo dentro de lo autorizado por la censura de la mayoría del comité de redacción) dudo mucho que en las publicaciones del PCEml se hayan defendido dos tesis básicas del marxismo-leninismo estándar:

(1) la de que el criterio de superioridad de un sistema socio-económico con respecto a otro estriba en su mayor capacidad para desarrollar las fuerzas productivas (puesto que lo que Marx reprocha al capitalismo, lo que —a su juicio— condena a ese sistema de relaciones de producción frente al

socialismo futuro, es que, si bien, inicialmente, fue un cauce apropiado para el crecimiento de las fuerzas productivas, llegado un punto de tal desarrollo las obstaculiza, mientras que el nuevo socialismo o comunismo las liberará);

(2) que el socialismo es un sistema de economía planificada, en la que los principales medios de producción son propiedad de todo el pueblo a través del Estado, el cual organiza el aumento de la producción según un plan central (y que, por consiguiente, una economía planificada, y no de mercado, era la meta por la que luchaba cualquier comunista).

Pueden parecer banalidades. No lo son. Al revés, esas dos tesis estaban ya fuertemente desafiadas por las corrientes neomarxoides a las que tan proclives eran la *gauche divine* del Barrio latino e indirectamente Helena Ódena.

Dudo también que se hayan formulado críticas teóricas al modelo del socialismo autogestionario, tan al alza en la ideología sesentayochesca. Todo eso puede ser paradójico pero era así.

Tildábase de teoricismo querer abordar los problemas con conceptualizaciones teóricas, con análisis, con argumentos. Se tendía a sustituir esa tarea por eslóganes. Reducíanse las consideraciones teóricas —que siempre habían sido para los comunistas un componente imprescindible del trabajo político— a unas cuantas paginitas que, eludiendo las cuestiones espinosas, tuvieran profusión de ambigüedades y jaculatorias.¹³⁴

En el transfondo de esa campaña de la camarada Helena para imponer el viraje ultraizquierdista, en julio de 1970 el PCEml fue invitado por última vez a visitar China. La delegación estuvo formada por cuatro camaradas, entre ellos yo de nuevo. Los otros tres eran: Helena Ódena, Iñaki (Rodrigo) y Raúl Marco.¹³⁵

En Pequín las relaciones entre nosotros se deterioraron. Estaba claro para mí que los amigos chinos querían romper suavemente con nosotros; ya no les servíamos. Y lo anuncié: «Nos van a comunicar que van a invitar a China a Santiago Carrillo». «¡No pienses tal cosa, Miguel, eso no ocurrirá jamás! Hay que confiar en los camaradas chinos» —fue la respuesta de Helena Ódena. Al día siguiente el inenarrable jefe de la delegación china, Kang Sheng,¹³⁶ nos espetó:

¹³⁴. Tal vez —parafraseando a Ortega— quepa decir que lo malo, si breve, es la mitad de malo; pero también es verdad que abreviar un buen trabajo puede dar como resultado uno malo, porque cada cosa tiene lo suyo: ni se puede demostrar una ecuación de física en diez líneas ni resumir las razones para optar por una propuesta política en un minuto. Por otro lado la obsesión por lo escueto muchas veces sirve de simple coartada para obviar los asuntos delicados o espinosos, las cuestiones difíciles, las objeciones, las presuposiciones.

¹³⁵. Los chinos preguntaron quién encabezaba la delegación. Nosotros no fijábamos rangos así, pero para ellos el protocolo contaba. Helena insistió en que fuera Raúl Marco y los demás no tuvimos objeción que formular al respecto.

¹³⁶. Simon Leys [nombre de pluma de Pierre Ryckmans], en *Les habits neufs du Président Mao* (París: Editions Champ Libre, 1971, p. 292) dice de ese personaje: «En 1937 [...] asume la dirección de los servicios secretos, departamento que todavía hoy sigue constituyendo la fuente oculta de su poder. Este Fouché [...] parece dispuesto a servir a varios amos [...] [es] difícil determinar si su participación [...] fue la de un soplón o la de un chaquetero[...] Kang Sheng es un hombre enigmático, pero sumamente capaz; posee considerable influencia, siendo difícil prever en qué sentido la utilizará. Tiene una impenetrable faz

El PC chino ha decidido invitar a visitar Pequín al camarada Santiago Carrillo dentro de sus esfuerzos para luchar contra el socialimperialismo soviético (eso o algo parecido).

Yo estuve a punto de abandonar la sala sin pronunciar palabra. No lo hice pero se me acusó injustamente de haberme querido liar la manta a la cabeza rompiendo con los chinos. Eran ellos quienes rompían. Habríamos podido y debido sacar conclusiones, tomando medidas: siendo evidente que los camaradas chinos jamás nos iban a ayudar a nada y en nada, podíamos irnos distanciando cautelosamente; cesar los elogios en *Vanguardia Obrera* o, al menos, hablar poco de China y con cierto despegue, advirtiendo verbalmente a los cuadros del partido de la nueva situación y de la evolución china (porque lo de Carrillo no era en absoluto un hecho aislado, sino que se inscribía en el nuevo rumbo político que siguió a la destitución de Lin Piao).¹³⁷ Al final, a regañadientes, tendrían que acabar dando un viraje mucho más brusco.¹³⁸

En compensación los chinos nos dieron un insignificante aguinaldo para aliviar los gastos en que incurriamos distribuyendo el *Pekín informa*. (Pero esa revista —siempre mala— era, en los últimos tiempos, infecta; si durante la RC había sido insufrible por su culto a Mao y el delirante estruendo ultraizquierdista y anárquico, después de ella era repugnante por su derechismo; conque yo, ya desde

de polizonte imposable, pero también talentos imprevistos». Se ve que el autor lo conoció personalmente. He leído relatos sobre tal individuo aún peores. La impresión repugnante que me dio pocas veces o ninguna la he tenido en ningún otro encuentro, ni en China ni en ningún otro lugar del mundo. Añadiré que era alto, calvo, distinguido, condescendiente; ningún otro chino se permitió interrumpir nuestras exposiciones; tal vez sus estancias europeas le habían hecho olvidar las reglas de la cortesía oriental. V. *The Claws of the Dragon - Kang Sheng, The Evil Genius Behind Mao and His Legacy of Terror in People's China* de John Byron y Robert Pack, Nueva York: Simon & Schuster 1992, ISBN 0-671-69537-1.

¹³⁷. Intenté entonces la vía de la resistencia solapada, p.ej. introduciendo en mis artículos para *Vanguardia Obrera* elogios a Lin Piao, «el más íntimo compañero de armas del Presidente Mao», cuando era notoria su caída en desgracia. No coló: vigilaba Helena Ódena.

¹³⁸. Hasta el 9 de marzo de 1973 existían vínculos diplomáticos entre la tiranía fascista de Franco y la China nacionalista de Chiang Kai-shek —refugiada en la isla de Formosa. Ese día, empero, los regímenes de Madrid y Pequín se reconocieron oficialmente. Tuvo que ser un mazazo para la dirección del PCEml, dado que nuestro motivo principal de propaganda antisoviética se basaba en las relaciones culturales y comerciales entre la España oficial y varios países del bloque encabezado por Moscú. El establecimiento de relaciones Mao-Franco se producía unas semanas antes de celebrarse el I congreso del PCEml en el norte de Italia. Pero el PCEml mantendrá todavía su adhesión al pensamiento de Mao Tse-tung y su alineamiento con el PC chino durante más de un lustro. Un número extraordinario de *Vanguardia Obrera* de octubre de 1977 contendrá una declaración conjunta de los partidos prochinos de España, Grecia, Alemania, Portugal e Italia en la que se proclama (pág.^a 18): «En el primer aniversario de la muerte del camarada Mao Tse-tung, [...] [rendimos] homenaje a su memoria [...] ha sido igualmente un gran dirigente del proletariado mundial. [...] [es] un deber de todos los marxistas-leninistas defender resueltamente las enseñanzas revolucionarias del camarada Mao Tse-tung —en particular las relativas a la lucha contra el revisionismo moderno, a la gran Revolución Cultural Proletaria y a la lucha contra los oportunistas de todo pelaje». A finales del siguiente año se producirá, ¡por fin!, la ruptura del PCEml con China (la inversa había tenido lugar ya en 1970 —en realidad el PC chino nunca había apoyado al PCEml). Tal ruptura fue más lejos, conllevando una condena a todo el pensamiento de Mao Tse-tung; se realizó, como de costumbre, en el estilo de Helena Ódena: entre gallos y medianoche, como si no pasara nada, sin asumir la responsabilidad por su pasada obcecación prochina, mantenida —con un elevadísimo coste— desde que Mao Tse-tung se había aliado con el imperialismo yanqui en febrero de 1972. (Sobre esta cuestión v. el escrito «Diversas declaraciones públicas en defensa de Mao Tse-tung, oponiendo a los revisionistas chinos», *Archivo Revolucionario Comunista* chileno, www.archivochile.com/pp/pcr/pcr00024.pdf.)

tiempo atrás, los ejemplares que me daban para repartir los tiraba a basureros en Ginebra.)

A partir de ese momento, fui quedando apartado de las tareas de dirección efectiva. No habiendo sido nunca miembro de la comisión de organización, mi trabajo de enlace con las organizaciones del interior era muy limitado. La única organización del interior con la cual me estuvo personalmente confiado el enlace regular durante algún tiempo fue la de Cataluña —aunque también participé en los encuentros que, de vez en cuando, se organizaron con los comités regionales (así, p.ej., Iñaki y yo nos entrevistamos en Lyon con el comité regional valenciano, creo recordar que en 1971).

Un pequeño paréntesis en mi creciente aislamiento en la hermosa ciudad del lago Lemán fue un viaje con mi compañera a Basilea para visitar a un posible simpatizante. Tratábase de mi ex-amigo de Facultad en Madrid Jorge Deike Robles, quien a la sazón vivía (y trabajaba como traductor) en esa próspera villa de la Suiza alemana. Fue un reencuentro emocionado. Debía correr el año 1971. Será la última vez que lo vea, porque en 2010 me enteré de que acababa de fallecer. Aunque, a grandes rasgos, coincidía con varios de nuestros planteamientos, no quiso, empero, Deike comprometerse a una actividad de colaboración política con el PCEml —o tal vez yo no supe abordar el asunto adecuadamente. Estaba siempre el espinosísimo problema de nuestra hostilidad a la URSS y a los pro-soviéticos, que echaba a perder e imposibilitaba el acceso a muchísimos como él que, de no ser por eso, se habrían acercado a nosotros.

La correspondencia regular se efectuaba mediante cartas enviadas a buzones de confianza en tinta simpática (zumo de limón) y encriptadas. El código usado era sencillo, pero muy laborioso de emplear: tomábamos un libro mutuamente convenido y cada carácter se representaba por un trío de números: página, línea, letra (p.ej. 125/45/2 podía ser 'a'). No sé cuán difícil sería de descifrar sin conocer el libro-clave. (El texto que yo usaba como clave en mis relaciones epistolares con el comité de Cataluña era uno de los volúmenes de *Historia política de la España contemporánea* de Melchor Fernández Almagro.)

Para tal correspondencia solíamos usar como buzones las direcciones de amigos o simpatizantes que aceptaban prestarnos ese servicio. No era nada fácil conseguirlo, porque muchos tenían miedo. En Ginebra era peor que en París, dado el aislamiento en que vivíamos y el desmoronamiento total de la organización local del partido antes de llegar allí nosotros en 1970 (no había quedado ni un solo militante de base). Acudí a un sucedáneo, que fue recibir cartas enviadas al servicio de *poste restante* en una estafeta de correos (creo que fue la del Grand Lancy, una zona alejada) con un nombre supuesto, *Monsieur L. Durban*. Felizmente nunca me pidieron un documento de identidad acreditativo de ser yo ese señor Durban.¹³⁹

Como ya lo he dicho unas páginas más atrás, mi agenda no contenía datos comprometedores para los camaradas, pero incluso muchos de los que no lo eran

¹³⁹. Cuando en 2001 se celebre la conferencia internacional de Durban sobre el racismo, el nombre de la ciudad, evidentemente, evocará para mí lejanos recuerdos.

estaban encriptados usando un alfabeto inventado (una criptografía, desde luego, muy rudimentaria y vulnerable, pero que, en caso de apuro, permitiría ganar tiempo).¹⁴⁰ De todos modos confiar excesivamente en mi buena memoria me jugó alguna mala pasada, sobre todo en momentos de estrés o disgusto, más frecuentes al final, a medida que se iba agudizando mi divergencia ideológica con el resto del ejecutivo.

A cambio de mi apartamiento efectivo de casi todas las tareas y funciones de dirección y de representación oficial del PCEml desde la visita a Pequín en julio de 1970 (como una sanción no declarada contra mi postura presuntamente antichina), encomendóseme la labor de documentación (que, en realidad, ya venía realizando desde 1966 sin tal encomienda formal).

Una de mis labores en esos años finales de mi militancia —entre 1969 y 1972— fue la confección de ficheros, preferentemente utilizables para la redacción de artículos ideológicos y propagandísticos en *Vanguardia Obrera*, en *Revolución Española* y en folletos del partido, aunque también para la elaboración de la línea política. Fue grande mi celo en la concienzuda realización de esa tarea (dentro de las limitaciones de mis fuentes, de mi propia capacidad y de mi tiempo). Mi idea era que había que conocer la realidad española con pelos y señales, sin bastar en absoluto un saber a bulto, por encima, a vista de pájaro. No era nada persuasivo condenar, en general, la maniobra neofranquista de los evolucionistas del sistema —o, p.ej., las artimañas de los jerarcas vaticanistas— o la restauración monárquica o la penetración yanqui en España, sin ofrecer al lector datos concretos y bien detallados en que se basaran nuestras inducciones. Desde luego que había que emplear un lenguaje fuerte (mis propios artículos eran, de lejos, los más panfletarios, con ardientes invectivas que rezumaban una inflamada retórica —ya entonces pasada de moda); pero eso no valía nada sin el firme sostén de los datos, e.d. sin una argumentación razonable. Para persuadir había que convencer.

Para hacer esos ficheros, me valía de procedimientos artesanales. El que con más asiduidad practiqué fue el uso de varios *extendos* (el primero creo que lo compré en un gran almacén de mercancías diversas en la Plaza de la República, en París). Eran cajas de cartón divididas en compartimentos o carpetas, unidas por un lateral plegado, de tela o de cartón (en forma como de fuelle o acordeón, para que así se pudiera expandir al rellenarse las carpetas). En cada carpeta yo hacía subdivisiones con cartulinas. Iba colocando en esas carpetas recortes de prensa junto con fichas hechas a máquina con datos sacados de una pluralidad de fuentes. A pesar de lo rudimentario del método de clasificación, la documentación así agrupada podía ser utilísima, si bien para procesarla adecuadamente hubiera sido menester una formación de la que yo carecía, teniendo que suplirla con ingenio e improvisación.

Entre otros ficheros, confeccioné uno de los oligarcas evolucionistas de diversas tendencias susceptibles de jugar algún papel en la futura maniobra neofranquista que preveíamos y que sería un Reino con Rey en el que se trataría

¹⁴⁰. De hecho la policía francesa se incautó de mi agenda en la tercera de las detenciones que he enumerado más arriba, sin que en ella figurase ni un solo dato que implicara un aprieto o riesgo para ningún camarada.

de preservar lo más posible de la herencia del Caudillo con una fachada diversa. (¿Le suena eso de algo al lector?) Entre muchísimas otras fuentes utilicé el libelo anónimo *Los nuevos liberales*, producido clandestinamente por el ministro Fraga Iribarne para vengarse de los tráfugas del régimen (Aranguren, Laín, Tovar, Ridruejo etc), aunque deliberadamente omití al Prof. Aranguren (a quien yo consideraba un representante de la burguesía media y no un oligarca); de todos modos, estaba claro para mí que ninguno de éstos jugaría papel decisivo alguno. Otros de mis fichados sí pensaba yo que tendrían protagonismo —lo cual fue en buena medida desmentido por los hechos—; p.ej Joaquín Ruiz-Giménez Cortés, José María de Areilza, conde de Motrico, y Alejandro Rojas Marcos. (Es posible que, en la sección de «falangistas evolucionados» figurase Torcuato Fernández-Miranda, pero no estoy seguro.)¹⁴¹

La crónica del reinado que se inició con la exaltación al trono del *Sucesor a título de Rey y Príncipe de España*, el 21 de noviembre de 1975, no confirmó apenas mis previsiones de aquel entonces, puesto que más bien van a jugar papeles relevantes figuras por mí entonces desconocidas (como Adolfo Suárez y José Barrionuevo) o de quienes jamás podía imaginar que aparecieran un día como neodemócratas (así, Rodolfo Martín Villa, cuyo perfil de falangista a ultranza era notorio).

Concentrarme en las tareas de documentación me permitió dedicar más tiempo al estudio y a la lectura, lo cual —en medio de todas las amarguras y los desencantos del bienio final de mi militancia en el PCEml—¹⁴² constituyó una satisfacción personal.

Pasaban por mis manos montones de documentos de diverso tipo, que yo leía siempre detenidamente: la producción de las múltiples organizaciones españolas del interior y de la emigración; un muestreo de la prensa franquista (especialmente *La Vanguardia Española* de Barcelona) y de publicaciones legalmente aparecidas en España sobre problemas políticos, económicos y sociales;¹⁴³ y asimismo textos de un número de organizaciones extranjeras de

¹⁴¹. El único camarada que, sin trabajar conmigo, me aportó en ocasiones materiales y elementos documentales útiles para la confección de ese y otros ficheros fue Venancio Vega —a quien ya me he referido supra, al final del Capítulo 10—. Con su gran capacidad de iniciativa y su costumbre de frecuentar bibliotecas, consultaba fuentes que yo desconocía o a las cuales no tenía acceso.

¹⁴². Y también en medio de zozobras ligadas a la situación de clandestinidad en la que tuvimos que vivir en Ginebra mi compañera y yo, sin que haga al caso detallarlas.

¹⁴³. Entre ellas la revista *El economista*, a la sazón en manos de la familia Gómez Acebo, dueña de BANESTO, pero cuyo director, el vallisoletano Pedro Rico Ruano, había logrado imprimir a la publicación un aire de crítica impertinente e incluso severa (que se le consentía, tal vez, por ser, de todos modos, un hombre de confianza de las altas esferas empresariales y porque un semanario de prensa-salmón venía tratado con cierta indulgencia por la censura no-previa, que [bajo la férrea conducción de Manuel Fraga Iribarne, primero, y de Alfredo Sánchez Bella, después] seguía amordazando a las publicaciones legalmente aparecidas en España). Esa revista constituyó la fuente principal de los datos que yo manejé.

diversos países —entre ellos los voluminosos materiales a multicopista de los althusserianos de la UJCML francesa, el origen de la *Gauche prolétarienne*.¹⁴⁴

En ese tiempo leí a Joaquín Costa, a Marcelino Menéndez Pelayo (los *Heterodoxos españoles*), varias novelas españolas del siglo de oro, alguna de Galdós (*La fontana de oro*, *Trafalgar*, no sé cuál más), varias obras de Valle Inclán¹⁴⁵ y muchos libros de historia y de economía, en catalán, en castellano y algunos en francés,¹⁴⁶ así como montones de documentación de todo tipo sobre la economía española.

Mi autodidáctico estudio estuvo presidido por las ideas —que yo profesaba entonces a pie juntillas— del materialismo histórico, para el cual los fenómenos sociales y políticos y los desarrollos ideológicos son derivaciones causales del factor que, en última instancia, lo determinaba todo en la vida humana, individual y colectiva: la producción material y su organización económica; por lo cual, para incidir con propuestas pertinentes y válidas en la vida política, era menester no sólo entender bien las leyes generales de la economía capitalista, sino conocer, con detalle, su realización concreta y específica en el país para el cual uno elaboraba esas propuestas: su historia, sus peculiaridades económicas, los rasgos particulares de las clases sociales, sus evoluciones, sus perspectivas materiales. Y, dentro de eso, especialmente las cosas del campo —dado el interés que yo sentía por las cuestiones agrarias (quizá sobredimensionado con respecto al tamaño al que ya estaba quedando reducida la producción agropecuaria dentro del conjunto de la economía hispana).

Mencionaré algunos de aquellos libros: Gonzalo Anes, *Las crisis agrarias en la España moderna*; Juan Anllo Vázquez, *Estructura y problemas del campo español*; Alfonso C. Comin, *España del Sur*; Michel Drain, *L'économie de l'Espagne*; Ignacio Fernández de Castro, *La demagogia de los hechos*; Juan Gómez, *La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo*; Guy Hermet, *Problemas del sur de España*; Antoni Jutglar, *Ideologías y clases en la España contemporánea* y *La*

¹⁴⁴. Ésos fueron en realidad los primeros textos que leí sobre la rama estructuralista del marxismo entonces en boga; en mis anteriores años de Universidad era yo poco aficionado a los devaneos marxoides y a la literatura secundaria, prefiriendo la lectura de los clásicos (lo fetén —o, como dicen los ingleses, *the real thing*); pero es que, así me hubiera gustado —como a Santiago González Noriega— estar al tanto de lo último, el marxismo que se llevaba en los primeros años 60 no era todavía ése, sino el humanista lukacsiano, por un lado, y por otro el ortodoxo de Garaudy —más tarde de Lucien Sève. Tras abandonar el PCEml en mayo de 1972, nunca me he dedicado a cultivar ningún género de marxismo o marxeología, aunque en América Latina sí me topé con el furor de la escuela althusseriana, que privaba por aquellos años. V. sobre aquel clima intelectual el curioso librito de Ludovico Silva, *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas: Monte Ávila Eds., 1978 (3ª ed.)

¹⁴⁵. Entre otras *La corte de los milagros*. Aquella lectura fue rápida y por encima. Muchos años después tendré ocasión de releer con mayor sosiego esa excelente obra valleinclanesca (que no es exactamente una novela, como no lo son los demás escritos del mismo autor agrupados convencionalmente bajo esa clasificación).

¹⁴⁶. Entre los libros de economía que compré por entonces (hacia 1971) y que todavía conservo están: Christian Palloix, *Problèmes de la croissance en économie ouverte* (Paris: Maspéro, 1969) y Gilbert Mathieu, *Vocabulaire de l'économie* (Paris: Citoyens: éditions universitaires, 1970); Gilbert Mathieu, *Dictionnaire du capitalisme*; y Jacques Kahn, *Pour comprendre les crises monétaires* (Paris: éditions sociales, 1969). También compré algunos libros de historia, como el de Hubert Deschamps *Histoire de la Traite de Noirs* (un tema que me había apasionado desde mi adolescencia).

era industrial en España; H. Lautensach, *Geografía de España y Portugal*; Arturo López Muñoz, *Capitalismo español: una etapa decisiva*; del mismo autor y José Luis García Delgado, *Crecimiento y crisis del capitalismo español*; José López Sebastián, *Reforma agraria y poder social y Política Agraria en España*; Dionisio Martín Sanz, *En las Cortes Españolas. Crítica del Segundo Plan de Desarrollo*; Roberto Mesa, *El colonialismo en la crisis del XIX español*; Juan Muñoz, *El poder de la banca en España*; Gabriel Tortella et al., *La economía española a mediados del siglo XIX*; Juan Velarde Fuertes, *Sobre la decadencia económica de España*; y del mismo autor y Ramiro Campos Nordmann *Lecciones de Estructura e Instituciones Económicas de España*. 2 vols.; y del último autor citado, *Estructura agraria de España*; etc.

Utilicé los conocimientos así adquiridos para elaborar materiales del PCEml; la interrupción de mi militancia en mayo de 1972 frustró la continuación de esa labor, justo cuando mejor preparado estaba para desempeñarla.

También pude leer unos pocos libros y revistas de filosofía marxista —especialmente franceses—, pero ciertamente en número escasísimo. (Mis posibilidades económicas no me permitían comprar más que unos pocos, si bien la camarada Helena tuvo la amabilidad de prestarme algunos de sus libros.) En ese bienio empecé a estudiar inglés.

Escribí, fruto de ese trabajo, muchos manuscritos: glosas, memorandos, esbozos de artículos, informes y críticas a documentos por entonces en preparación. Así redacté sendas críticas a versiones manuscritas de dos textos —escritos por el camarada Bujalance— que serán publicados por el PCEml: *Los nuevos desenfoques del Señor Carrillo* (ensayo que salió impreso en 1970) y *La guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra el fascismo: Por qué el pueblo español no alcanzó la victoria en su heroica lucha de 1936-1939: Análisis crítico*, Ed. Vanguardia Obrera, s.f. [1974].¹⁴⁷

Entre mis manuscritos inéditos estaban los siguientes textos:

- «Los crímenes del ejército franquista contra nuestro pueblo»;
- «La cuestión del Oriente Medio y la política exterior franquista»;
- «La España franquista, trampolín del imperialismo yanqui en el Mediterráneo e instrumento suyo para la penetración en el mundo árabe»;¹⁴⁸
- «Los fundamentos político-ideológicos de la dictadura fascista de Franco».

También guardo en mi archivo otro manuscrito redactado por entonces: «Los demenciales halagos de Carrillo al yanquizado ejército franquista». Debí proponerlo para su incorporación a un nuevo folleto de crítica anticarrillista. Lo escribí en 1971, seguramente en la primera mitad (pues cito en él publicaciones de hasta enero de 1971). Contra lo esperable, se acabará publicando —aunque sin nombre

¹⁴⁷. V. infra Capítulo 14.

¹⁴⁸. Este texto y el anterior serán incorporados en el artículo de Helena (firmado «M. Palencia») «La España franquista, cabeza de puente y plataforma económico-militar del imperialismo yanqui», *Revolución Española*, Nº 6 (1973), pp. 8-16 —simplificando la argumentación, podando detalles y suavizando la única referencia a Israel no eliminada.

de autor—: *Los monstruosos halagos de Carrillo al criminal ejército franquista*, Ediciones Vanguardia Obrera, 1973. Las modificaciones del título son elocuentes.

Pasando de esa labor como teórico del PCEml a mi trabajo como propagandista, éste abarcaba —lo mismo que en las fases anteriores— la producción de numerosos artículos de *Vanguardia Obrera* y de *Revolución Española* —siendo yo desde 1966 miembro del comité de redacción (que, desde febrero de 1969, vino a coincidir con el secretariado del comité central).

En el Anejo I, más abajo, ofrezco una enumeración incompleta de tales artículos. Algunos de ellos se publicaron anónimamente (sobre todo las notas cortas, los sueltos de la sección «España de punta a punta» y algún editorial sin firma); otros salieron con alguno de mis nombres de pluma; entre otros: «Miguel Checa», «Eladio Zújar», «M. Banyuls», «J. Benacantil» y «H. Lizondo».¹⁴⁹

En lo personal el bienio ginebrino (1970-72) implicaba para nosotros sufrir unas condiciones de clandestinidad más adversas que las de París. Tuvimos que evacuar atropelladamente uno de nuestros alojamientos —nada más entrar a vivir en él— por la intervención del *control del habitante*, una oficina policial suiza para la represión de la inmigración irregular, con la que colaboraban gustosamente los ciudadanos helvéticos —a diferencia de lo que pasaba en Francia. Ni mi compañera ni yo teníamos en Suiza situación legal alguna. Era de temer, en cualquier momento, que un simple particular nos denunciara a la policía por mera sospecha de permanencia ilegal en el territorio. Había, pues, que tomar precauciones adicionales: nunca hablábamos entre nosotros en español, salvo en el interior de los edificios o cuando estábamos alejados de oídos ajenos; evitábamos usar las facilidades comunes de los inmuebles donde habitábamos para no tener que dar explicaciones a los vecinos; dábamos vueltas para comprar lejos la prensa española.

Ese bienio final de mi militancia revolucionaria fue también el de propagación de una naciente mentalidad: el neomaltusianismo, que hoy lo impregna todo. Las raíces ideológicas de esa difusa corriente son múltiples; guarda conexión con el espíritu de Mayo de 1968, sólo que desde la orilla de las oligarquías privatistas. El Club de Roma —constituido poco antes en la Ciudad Eterna por magnates de la industria de Italia, Alemania Occidental y otros países— lanzó en 1972 su famoso panfleto reaccionario *¡Alto al crecimiento!*, en el que hizo sonar las sirenas sobre el agotamiento de los recursos naturales, el peligro de la explosión demográfica y la necesidad de un crecimiento cero. Son tesis hoy asumidas por todo el ecologismo y por prácticamente todas las fuerzas políticas, pues todas ellas se han subido a ese carro, ya que ninguna quiere dejar de capitalizar esa mentalidad en expansión.

La verdad es que las alarmas venían ya de antes. La radio suiza las venía propagando para justificar las medidas contra los inmigrantes, en una culpabilización en la que también se estigmatizaba a la clase empresarial por su afán de incrementar los negocios y, con ellos, la capacidad productiva, para lo que

¹⁴⁹. En el Anejo I emito la hipótesis de que también fueron de mi pluma un número de artículos aparecidos bajo otros nombres de autor: «Juan Bru», «Damián López» y varios más.

se deterioraba el medio ambiente y se tenía que llamar y traer a trabajadores extranjeros. Ese mismo mensaje difundían el cine y la televisión con diversos documentales (en los cuales, para mejor señalación de los inconvenientes, se veía el resultado migratorio de ese crecimiento excesivo: la presencia de obreros de aspecto mediterráneo, gente de tez morena).

Helena Ódena secundaba, al ciento por ciento, esas nuevas tesis reaccionarias, que se entroncaban con varias de sus inclinaciones y con la esencia de su cosmovisión antiproductivista y valoradora del ocio. En realidad todo eso suscitaba nuevos problemas, dando lugar a nuevos alineamientos: de un lado, los partidarios del progreso, ricos o pobres; del otro, sus adversarios, los adalides del neomaltusianismo, que abogaban por un crecimiento pequeño o nulo (y hoy, abiertamente, por el decrecimiento). De un lado, los xenófilos, defensores de la inmigración; del otro, los xenófobos (quienes, naturalmente, rechazarían ese calificativo, porque ellos, desde luego, nada tendrían contra los inmigrantes si no fuera porque inmigran).

El debate ideológico planteado en la sociedad ya no era en 1971-72 el mismo que lustros atrás. El PCEml era tan susceptible de dividirse ante las nuevas cuestiones como cualesquiera otros colectivos o sectores sociales.

Capítulo 12.— La cuestión de la URSS y de los pro-soviéticos

En Pequín, en julio de 1970, yo no había propuesto romper con los chinos (como afirmó Helena Ódena) sino constatar que ellos rompían con nosotros y, para nuestros adentros, sacar las conclusiones.

Además, de cara a los camaradas de la base y a nuestros simpatizantes y lectores, después de haber defendido y apoyado la RC (lo que a mí me había costado Dios y ayuda, habiendo sido una de las píldoras más amargas que tuve que tragar), ¿cómo defender ahora la China posterior a la RC, la China de la contrarrevolución-cultural?

En julio de 1970 quedó claro que Lin Piao estaba ya destituido —aunque muriera o lo mataran sólo un año después, en septiembre de 1971.¹⁵⁰ Esa nueva

¹⁵⁰. Como los asuntos de China siempre son especiales, hay que recordar que el IX congreso del PC chino, inaugurado el 1 de abril de 1969, había entronizado a Lin Piao como continuador y sucesor de Mao Tse-tung —en un hecho absolutamente sin precedentes en la historia del movimiento comunista, en el cual jamás había habido cargos directivos vitalicios ni menos hereditarios. Ese enigmático IX congreso, a la vez que repitió todos los absurdos del «social-imperialismo soviético» y la trola de la restauración del capitalismo en Rusia, en una feliz inconsecuencia diseñó una línea que sólo atacaba como enemigo del pueblo chino al imperialismo yanqui, guardando silencio sobre la URSS; de lo cual los pro-chinos del mundo no parecieron enterarse. Poco después de ese triunfo, Lin Piao cayó en desgracia y se esfumó ese espejismo de una reconciliación con la URSS. No he visto que nadie se percate de tales hechos ni relacione los documentos del IX congreso y su mensaje codificado (su elocuente silencio) con la posterior huida aérea de Lin Piao hacia Rusia sobrevolando Mongolia. Como todas las cosas humanas tienen su génesis y sus causas, hay que recordar lo que sabemos de la historia personal de Lin Piao; cf. Simon Leys, *op.cit.*, pp. 34-35: Lin Piao, tras vivir en Rusia en 1939-42 y en 1951-53, había sido estrecho colaborador del líder prosoviético de Manchuria, Kao Kang, depurado por Mao Tse-tung en 1954. A pesar de toda su mediocridad y las insuficiencias que padecía —siendo un personaje con el que no desaprovechan la ocasión de ensañarse tantos escritores sobre cosas chinas—, Lin Piao había elaborado una teoría sobre la revolución mundial, acertada o errónea —lo cual no hicieron ni Mao Tse-tung ni

China no marcaba el retorno a la de 1966; era otra cosa, anticipo de la que ha venido después de la muerte de Mao. ¿Todo es bueno si viene de Pequín?

Esa cuestión nos llevaba a otra. Cuando creamos el PCEml la postura que sostuvimos fue que la Unión Soviética y demás países del bloque oriental eran países socialistas, con relaciones de producción socialistas, aunque —exceptuada Albania— tuvieran direcciones políticas equivocadas que —de persistir en su errada línea— podrían hacer correr a la larga un peligro de restauración capitalista.

Súbitamente los chinos en 1967 afirmaron que eran países donde el capitalismo ya se había restaurado (no dieron fecha) y en particular la Unión Soviética se había convertido en social-imperialista. Todavía durante algún tiempo siguieron diciendo que el imperialismo yanqui era el enemigo principal, pero, una vez que la URSS venía caracterizada así, estaba claro que podía pasar a ser considerada enemigo principal en cualquier momento.

Tras la entrada de tropas soviéticas en Checoslovaquia en agosto de 1968, los tonos de la propaganda china se fueron cargando contra Rusia, al calor también de sus ambiciones de recuperar territorios históricamente cedidos a la Rusia zarista a mediados del siglo XIX.

Tales modificaciones alteraban nuestros planteamientos e incidían en nuestros razonamientos, aparte de que eran trolas difíciles de hacer tragar a personas inteligentes e informadas. No nos quedó otro remedio que seguir su estela (aunque en mi caso lo hice con enorme pesar y desagrado).

Pero lo más grave es que, cuando en agosto de 1968 Carrillo se distanció de Moscú, surgieron dos disidencias pro-soviéticas (las de Eduardo García y Enrique Lister). ¿Qué actitud adoptar? Era para nosotros una ocasión magnífica para tenderles una mano y entablar un diálogo constructivo sobre las muchas cosas que nos unían.¹⁵¹

La mayoría de la dirección del PCEml adoptó una postura de irracional condena de esos dos grupos disidentes del PCE. La sectaria postura se plasmó en un artículo anónimo de *Vanguardia Obrera* N^o 54 (en.-feb. 1971) cuya relectura causa sonrojo e indignación: «Lister, incontional [*sic*] prosoviético y cómplice de la traición revisionista».¹⁵² Se acusa a Lister de haber sido «uno de los más feroces y agresivos defensores de la política de reconciliación nacional», sin fundar esa calumnia en otra base documental que un artículo en *Nuestra Bandera* especulando con descontentos ente la oficialidad del ejército franquista; de donde se infería un presunto aval a la línea de Santiago Carrillo.

Chou En-lai ni Teng Xiao-ping—, expuesta en su artículo «¡Viva la victoriosa guerra popular!», publ. en *Diario del Pueblo* de Pequín el 3 de sept. de 1965 (trad. Ediciones en lenguas extranjeras de la capital china).

¹⁵¹. No sólo no se hizo sino que Helena Ódena impuso un posicionamiento de hostilidad total y absoluta, sosteniendo incluso (en esas nuevas circunstancias) que la cuestión de la Unión Soviética era la piedra de toque. No voy a explayarme en comentarios al respecto.

¹⁵². La autoría corresponde, sin la menor duda, a la camarada Helena Ódena.

La acusación era disparatada. Sería verdad o no que había existido tal descontento;¹⁵³ mas de que lo haya no se sigue la posibilidad de una transición pacífica e indolora. En cualquier guerra cada beligerante trata de provocar descontento en las filas enemigas —o averiguar si existe—, sin por eso albergar la ilusión de cesar la guerra mediante un pacífico acuerdo por arriba. También es absurda la acusación de haber esperado muchos años para atacar a Carrillo, o sea la de no haber secundado en 1963-64 la escisión prochina.

También nosotros habíamos esperado unos cuantos años desde que Carrillo lanzara la política de reconciliación nacional en 1956. La señal para nuestra ruptura la dio el estallido de las divergencias chino-soviéticas en 1963; ¿por qué esa señal iba a ser evidente para todos los camaradas, cuando lo de China nos caía tan lejos, era un tanto irrelevante para España y presentaba particularidades insondables y enigmáticas? (Y, en cuanto a Albania, su insignificancia hacía de ese rinconzuelo balcánico algo que pocas personas serias podrían tomar como una referencia válida; ¡imaginemos una Andorra socialista como nueva patria del proletariado mundial! Además, hay que tener en cuenta su atraso económico y cultural así como lo poco convincente de su mensaje crudo y áspero.)

El camarada Líster tenía razones para no sumarse a nuestra escisión prematura y precipitada de 1964. Aun suponiendo que entonces hubiéramos llevado nosotros más razón que sin-razón (hipótesis falsa), hubieran existido motivos de peso para ver con recelo nuestro cisma y para juzgar que no había llegado aún el momento oportuno para romper la unidad de la dirección del PCE. Que, a la altura de 1971, rehusáramos nosotros un trato diferenciado a Carrillo, por un lado, y a los camaradas pro-soviéticos, por otro, confirmaba que habían tenido fundamento esos recelos de 1963-64.

Mi propia posición al respecto no fue del todo correcta. Si bien discrepé de la sectaria postura de la mayoría, no me atreví a luchar por una franca y afectuosa acogida, que es la que en el fondo pensaba que debíamos tener. En mi artículo «La descomposición del equipo de Carrillo» (*Vanguardia Obrera* N° 45, sep.-oct. 1969, firmado por Miguel Checa) me refería yo al grupo que entonces acababa de formarse, el de Eduardo García (pues todavía no había salido a la palestra Enrique Líster). Las tesis del artículo distan muchísimo de ser justas, porque no me quedaba más remedio que seguir la línea china (sumándome al coro anti-soviético). Sin embargo, son moderadas las palabras que en ese escrito se vierten contra E. García —al menos si las comparamos con las que luego se publicarán en *Vanguardia Obrera* contra Líster. El artículo afirma que los militantes de base adheridos al grupo de E. García eran honrados camaradas que estaban rompiendo con el carrillismo. Terminaba con estas palabras: «A todos los militantes de base y aquellos cuadros medios honrados del partido carrillista que se oponen a la línea de reconciliación nacional y que quieren la revolución (pese a que de momento puedan estar influenciados por puntos de vista erróneos en determinados aspectos)

¹⁵³. Tales descontentos y desavenencias existieron, desde luego, en el ejército franquista. Los había habido desde el inicio de la sublevación militar y nunca se apagaron del todo. V. Carlos Fernández, *Tensiones militares durante el franquismo*, Plaza & Janés, 1985.

nuestro partido les propone la discusión camaraderil en torno a nuestra Línea Política, nuestro Programa y nuestros Estatutos. El partido comunista de España (m-l) es el partido de todos los revolucionarios proletarios y no sólo el de aquellos que lo han reconstituido; en nuestras filas tienen su puesto todos aquellos que quieran combatir valientemente contra el yanqui-franquismo, sobre la base de los principios del marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Tsetung». Así pues, lo esencial de mi artículo era una actitud de mano tendida.

A diez lustros de distancia, hay que replantear como un problema de justicia histórica una valoración acertada de lo que fue la Unión Soviética de aquel período, que era, al fin y al cabo —a pesar de todas sus fallas y ambigüedades—, el baluarte que respaldaba las grandes luchas antiimperialistas: las de Vietnam, Palestina, Suráfrica (anti-apartheid), Angola, Mozambique, Zimbabue, más tarde Chile, apoyando también a los gobiernos progresistas de la India, Cuba, Argelia, Iraq, Tanzania y Ceilán. La visión ennegrecedora de la URSS de aquellos años es fruto de una combinación de la propaganda occidental con el purismo o maximalismo que desconoce que las realidades son siempre productos híbridos, que las cosas se dan por grados, en procesos cumulativos y en combinaciones variadas de elementos opuestos entre sí. El «todo o nada» es, evidentemente, un principio que lleva directamente de ambicionarlo todo a renunciar a todo, cuando la meta se revela inalcanzable.

Capítulo 13.— Las 14 divergencias ideológicas que nos separaban

El problema del posible acercamiento a los camaradas pro-soviéticos era un renglón más en una serie de discrepancias ideológico-políticas, que paulatinamente se iban perfilando, aunque nunca se expresaron de manera sistemática y clara.

Podemos enumerar catorce divergencias, aunque con una mirada retrospectiva —que siempre corre el riesgo de proyectar sobre el pasado una luz presente que en parte lo desfigura—. Para distinguir las dos posturas, las llamaré «la línea septentrional» y «la línea meridional»; cada línea se atenía a algún nexo de cohesión entre las propuestas referentes a esos catorce problemas, pero no creo que, en general, sea lógicamente incoherente aceptar las propuestas de la línea septentrional en unas cosas y las de la meridional en otras.¹⁵⁴ La línea meridional tenía un solo partidario, el camarada Miguel, o sea yo. La septentrional contaba con el arrollador empuje de Helena Ódena y, en definitiva, concitaba la adhesión —no igualmente entusiasta, desde luego— de todos los demás camaradas de la dirección.¹⁵⁵

¹⁵⁴. Lo cual nos da 16.384 combinaciones posibles, suponiendo que no admitamos —para ninguna de las 14 cuestiones— ni abstenciones ni grados de adhesión a una u otra de las dos tesis enfrentadas (ni, por lo tanto, que quepa aceptar ambas simultáneamente). Un meridionalista será uno que escoja la opción M para cada una de las 14 cuestiones; un septentrionalista uno que escoja S para las 14; y alguien con posición oscilante quien en unas escoja M y en otras S. Eso, claro, es una simplificación. Las posibilidades no son 16.384 sino infinitas.

¹⁵⁵. Absténgome de etiquetar las líneas meridional y septentrional con rótulos consagrados —estando claro, no obstante, que, en general, la segunda se decantaba por posturas ultraizquierdistas.

- 1ª. Cuestión de método: habíamos asociado en torno a unas ideas y para realizar unas tareas, adhiriéndonos a una tradición ideológica. Para la línea meridional cualquier apartamiento respecto de esas ideas, tareas o posiciones había de ser cuestionada, no pudiendo aceptarse más que por un proceso de deliberación y razonamiento; con otras palabras, había una presunción de corrección de las tesis previamente concordadas de manera explícita o implícita; para la línea septentrional, esa actitud implicaba un bloqueo, un escrúpulo teorista, siendo menester, en aras del avance organizativo y político del PCEml, ser flexibles y cambiar frecuentemente nuestra estrategia y táctica sin excesivas deliberaciones teóricas.
- 2ª. Cuestión de autoidentidad; al constituirse el PCEml, se consideró a sí mismo una continuación del PCE de toda la vida, del partido de José Díaz, el del Quinto Regimiento, el que participó en el gobierno de la República. Para los camaradas de la línea septentrional, esa visión era errónea: éramos un nuevo partido y debíamos marcar las distancias, absteniéndonos de reivindicar a la Pasionaria (en su buen período) y a difuntos camaradas como Vicente Uribe.¹⁵⁶
- 3ª. Caracterización esencial de nuestra postura política: siguiendo la tradición del PCE en la guerra civil de 1936 a 39, la línea meridional planteaba como cuestión política fundamental para España la legalidad republicana y la memoria republicana, mientras que los camaradas de la línea septentrional rechazaban tal caracterización, insistiendo en que lo que queríamos no era una república burguesa ni tenía nada que ver con la de 1931 (hasta el punto de que la propia denominación de «republicano» les parecía mal, porque o bien era pleonástica y redundante o bien sobraba).
- 4ª. Dentro de esa problemática de cómo situarnos con relación a nuestro pasado colectivo (para empezar, la de si lo asumíamos o no), estaba la cuestión de la guerra civil: para los camaradas de la línea septentrional había que hacer un demoledor balance crítico de los, según ellos, gravísimos errores de la dirección del PCE durante la guerra, al no haber impuesto la real hegemonía proletaria ni haber adoptado como estrategia la guerra de guerrillas, en lugar de la guerra convencional; en cambio, la línea meridional consideraba que enfrascarse en semejante ejercicio era: en parte, ocioso a estas alturas; en parte, históricamente equivocado e injusto; y, en parte, tácticamente inhábil, pues conduciría a desacreditarnos y a romper más nuestro cordón umbilical con la tradición comunista, acercándonos a los trosquistas.
- 5ª. Planteábase la cuestión de la Unión Soviética (a la que ya me he referido en el apartado anterior): ¿era un país capitalista e imperialista? ¿O era, antes

¹⁵⁶. En el Nº 4 de *Vanguardia Obrera* (abril de 1965) se había sostenido la tesis continuista. El editorial de ese número se titulaba «Nuestro Partido cumple 45 años» (con una foto de José Díaz Ramos —secretario general del partido comunista de España desde 1932 hasta su muerte diez años después). Ese punto de vista era abrazado por el camarada Paulino y a él me adherí yo. Tras la detención de Paulino el 3 de abril de 1966, la tesis continuista —siempre larvadamente combatida por la camarada Helena Ódena— pasó a ser prácticamente indefendible en el ambiente que se fue propiciando.

bien, un país socialista aunque sus dirigentes, en algunas cuestiones, tuvieran posiciones equivocadas o no aplicaran medidas de política económica plenamente correctas?

6^a. ¿Qué postura adoptar con relación a los grupos, las corrientes, las sensibilidades —organizadas o no— de las cuales discrepábamos, pero a las cuales sería difícil clasificar por su carácter híbrido o ecléctico: pro-soviéticos, los vascos de *Komunistak*, los de *Bandera Roja*? Para los camaradas de la línea septentrional había que denunciar sus posiciones y combatirlos, ya que su existencia amenazaba nuestra hegemonía político-ideológica y era susceptible de atraer a personas que, sin ella, podrían ser atraídos hacia nosotros. (En suma: los que no están conmigo están contra mí.) La línea meridional opinaba todo lo contrario.

7^a. Cuestión del imperialismo: habíamos afirmado que el imperialismo yanqui era nuestro enemigo principal, pero ¿qué significaba eso? Para los camaradas de la línea septentrional sólo que, al enumerarlos, los pondríamos en primer lugar, pero no que habíamos de abstenernos de combatir, o combatir menos, a otros imperialismos: el «socialimperialismo soviético», el francés, etc. En relación con eso también se suscitaba la cuestión de si la revolución española era antiimperialista; para los camaradas de la línea septentrional, sólo accesoriamente, porque lo principal era el enemigo interno.

8^a. En conexión con el problema precedente, ¿qué vínculo había que establecer con las revoluciones anticolonialistas y antiimperialistas del tercer mundo? Para los camaradas de la línea septentrional, una de solidaridad mas no de inclusión, y sin perder de vista que lo esencial es la lucha entre burguesía y proletariado en Europa. La línea meridional opinaba que la revolución española, en su etapa actual, era antiimperialista y de liberación nacional, formando parte, por consiguiente, del gran movimiento emancipatorio de los pueblos del sur contra el yugo de las potencias noratlánticas, además de que ese movimiento constituía el frente principal de lucha contra el enemigo imperialista en la fase histórica en que nos encontrábamos.

9^a. ¿Había de atravesar varias etapas la revolución española? Para los camaradas de la línea septentrional, había que pasar de puntillas sobre cualquier diferenciación de etapas, señalando que, en todo caso, se haría un tránsito ininterrumpido muy acelerado, por lo cual el distingo de etapas era prácticamente irrelevante; para la línea meridional, la diferenciación de etapas era importantísima y no había que desdibujarla so pretexto del paso ininterrumpido, que no significaba rápido, sino sólo que no podía haber una demarcación nítida entre las etapas.

10^a. Delimitación del enemigo principal interno: para la línea meridional era la oligarquía financiera y terrateniente, siendo conveniente, por razones estratégicas y tácticas, delimitar, aunque fuera arbitrariamente, a la clase latifundista de la de los campesinos ricos, p.ej. fijando un tope de 300 hectáreas; para los camaradas de la línea septentrional, ese tope, si se fijaba, había que colocarlo muy por debajo de las 100 hectáreas y era mejor no fijarlo, porque eso era renunciar a cambiar la estructura de la propiedad

en muchos pueblos de España; a la vez pensaban que no había que insistir en lo de la oligarquía, porque la burguesía en su conjunto era nuestra enemiga.¹⁵⁷

- 11^a. En relación con eso, ¿qué actitud adoptar con relación a la burguesía media? Para los camaradas de la línea septentrional, no era posible ni necesaria la alianza con esa capa social, que debía omitirse del elenco de sectores sociales a los que tratábamos de atraer al Frente Democrático Nacional Revolucionario, FDNR.
- 12^a. ¿Qué debía ser ese FDNR? ¿Qué papel había de jugar? ¿Cuáles tendrían que ser nuestra política para levantarlo y nuestra actitud hacia sus eventuales integrantes?
- 13^a. Cuestión de táctica: ¿qué lucha armada planeábamos? Para los camaradas de la línea septentrional, la revolución la hace la vanguardia, seguida por las masas; para la línea meridional, la hacen las masas, sin que la voluntad de la minoría pueda suplantar la conciencia y la decisión de la población en su conjunto, por lo cual ninguna lucha armada era posible ni deseable hasta que hubiera madurado esa concienciación obrera y popular.¹⁵⁸
- 14^a. ¿Qué es lo principal para adoptar un planteamiento revolucionario correcto: la voluntad o el entendimiento? Con otras palabras: proponer a las masas populares una política revolucionaria conforme con sus intereses y sus aspiraciones profundas, ¿qué es? ¿Una decisión o la conclusión lógica de un razonamiento?

Voy a explicitar aquí seis de esas 14 discrepancias ideológicas: la 3^a, la 6^a, la 8^a, la 9^a, la 12^a y la 14^a. Consagro el apartado siguiente a la 4^a divergencia.

LA CUESTIÓN DEL REPUBLICANISMO

Con respecto a la **3^a discrepancia**, tuvimos incluso discusiones sobre la bandera republicana. Tanto desagradaba todo lo republicano a Helena Ódena que tildaba de error la adopción por la República de la bandera tricolor, cuando una bandera ha de ser una enseña nacional. Para evitar toda insinuación de adhesión a la República Española, durante un tiempo se soslayó la palabra «república».

Prodújose el 22 de julio de 1969 el nombramiento de S.A.R., el príncipe de España, D. Juan Alfonso Carlos de Borbón y Borbón, como sucesor del Caudillo a título de rey, por ser —según el designador— un varón «que, perteneciendo a la dinastía que reinó en España durante varios siglos, ha dado claras muestras de lealtad a los principios e instituciones del Régimen [y] se halla estrechamente

¹⁵⁷. Vuelvo sobre eso de la cota inferior de los latifundios —o línea de demarcación entre terratenientes y campesinos ricos— en una anotación más abajo evocando los trabajos preparatorios del congreso del partido a fines de 1971.

¹⁵⁸. V. supra, punto 8º del Capítulo 4 (conclusiones del Pleno fundacional de Bruselas en diciembre de 1964). Nótese que todavía entonces nadie había propuesto que se emprendiera una campaña de guerrilla urbana, aunque tal idea empezaba a flotar en el ambiente y podía inferirse de la tesis que estoy criticando de que la revolución la hace la vanguardia. Ese camino sólo lo emprenderá el PCEml en 1975.

vinculado a los ejércitos de Tierra, Mar y Aire». Sin embargo la declaración del comité ejecutivo del PCEml publ. en el N° 41 de *Vanguardia Obrera* (febr. 1969 —cuando ya se sabía a ciencia cierta que era inminente tal nombramiento) se titulaba «Frente a la amenaza de intimidación fascista: Ni Franco ni monarquía, ¡democracia popular!». Si una ocasión era propicia para proponer una república (popular o lo que fuera), era ésa. En lugar de hacerlo, lo que se propone es una democracia popular: frente a la monarquía, democracia (no república).

El mensaje republicano —subliminal o no, según los casos— se puede apreciar, por el contrario, en mis propios artículos de la misma época, entre ellos «¡Muera la monarquía fascista! ¡Viva la República popular!», firmado por J. Allende, y publ. en *Vanguardia Obrera* N° 45, sep.-oc. 1969.

A raíz de ese nombramiento propuse yo emplear en lo sucesivo la locución «la dictadura de Franco-Juan Carlos». Helena Ódena me contestó: «¿por qué vamos a tomar en serio a quien nadie toma en serio?». En cambio, varios de los manuscritos inéditos que escribí en el último bienio de mi militancia en el PCEml sí usaron esa fórmula —haciendo caso omiso al «NO» de Helena Ódena.

Es verdad, sin embargo, que posteriormente la dirección del PCEml dará un viraje, asumiendo —cuando ya era demasiado tarde— la defensa de la legalidad republicana.¹⁵⁹ ¡A buenas horas, mangas verdes! Esa defensa de la legalidad republicana había que haberla convertido en bandera de lucha en los años 1965, 66, 67, ..., 75; era entonces cuando había que denunciar no sólo al tirano sino también a su segundo de a bordo (a ése al que no debíamos tomar en serio porque dizque nadie lo tomaba en serio). No esperar a que ya se hubiera puesto en marcha la transición, produciéndose la exaltación al trono de quien había sido designado *sucesor a título de rey* en 1969 (y de quien —menos su padre y la camarada Helena— todo el mundo sabía, con total certeza, desde al menos tres lustros antes, que iba a ser nombrado sucesor, antes o después).

¿QUÉ POSTURA ADOPTAR CON RELACIÓN A GRUPOS DE IDEOLOGÍA AFÍN?

Voy ahora a exponer algunos detalles de la **6ª divergencia**. Nuestro desacuerdo era muy profundo. Para la línea meridional, el eslogan de Mao Tse-tung de aislar al enemigo principal era un principio básico de cualquier lucha política inteligente. En realidad es viejo como el mundo. Descartes lo formulaba de otro modo en sus *Regulae ad directionem ingenii*: desmenuzar las dificultades, analizándolas, para ir las resolviendo una a una. Asimilar de veras ese principio significaba, para nosotros, adoptar una política de distinguos y de trato diferenciado. La política de alianzas, la forja de un frente (o una convergencia) de múltiples sensibilidades antifranquistas y antiimperialistas, era una parte de esa política de distinguos juiciosos; no la única. Había que aplicar el principio del distinguo a cada campo, a cada parcela de terreno.

¹⁵⁹. V. artículo de Elena Ódena «La lucha por las libertades es inseparable de la lucha por la República», *Vanguardia Obrera*, nº 134, 2 de mayo de 1976, hoy reproducido en la págª del PCEml: <http://www.pceml.info>; ahí se afirma: «de lo que se trata es de derrocar a la monarquía y restablecer la legalidad republicana».

En lo ideológico, también. Ya estábamos enfrascados en una lucha a fondo contra el revisionismo de Carrillo. Paso por alto el desvarío de nuestros ataques —que perdían toda razón al olvidar el sentido de la medida y de la proporción. Pero, ¡sea! Ya lanzados como estábamos, íbamos a por Don Santiago sin concesiones. Razón de más para tratar con miramiento y diplomacia a los disidentes del PCE y a otros grupos políticos que —procediendo de otros orígenes— por entonces revestían el ropaje comunista (con la radicalización subsiguiente a mayo de 1968). Había que cortejarlos con donaire, delicadeza, paciencia y suavidad. Como mínimo, tratarlos con neutralidad benévola; lo menos que podíamos hacer con respecto a ellos era guardar silencio, abstenernos de críticas públicas; y de hacer críticas, en plan amistoso, con amabilidad y espíritu de concordia.

Eso se traducía en una política de acercamiento y buenas relaciones para con los camaradas pro-soviéticos (E. García, Enrique Líster), los amigos catalanes de la OCE (Bandera Roja) y los de Komunistak (MCE).

Para la línea septentrional, había que lanzarse a por todos ellos al degüello. Helena Ódena me exhortó (ya cuando faltaba muy poco para el cese de mi militancia) a que yo pusiera mi pluma al servicio de esa embestida frontal contra todos: listerianos, MCE, Bandera Roja y cuantos no se plegaran a nuestra dirección, alegando que, cuando alguien ofrecía a la clase obrera una plataforma, distinta de la nuestra pero con denominación comunista, constituía un competidor que nos quitaba posibilidades de expansión y obstaculizaba nuestro desarrollo, el desarrollo del verdadero partido del proletariado. Estuve en total y absoluto desacuerdo.

Rechacé completamente tal pretensión (que acabó de empujarme a abandonar el PCEml lo antes posible). Yo había elaborado documentos para un acercamiento a Komunistak. Conservo dos. Uno de ellos quería ser una crítica a la crítica, para prevenir la acometida frontal que se veía venir.¹⁶⁰

Y vino. No contó con mi pluma Helena Ódena, porque, fugándome, me sustraje a participar en esa labor, incompatible con mis ideas. Pero, después de mi marcha (mayo de 1972), el C.E. del PCEml lanzará esa andanada impuesta por la camarada Helena Ódena (labrando así el completo aislamiento del PCEml con relación a las pocas fuerzas que podrían haber tenido hacia él una actitud benévola, si hubieran sido tratadas adecuadamente).

¹⁶⁰. Documento A04: «Observaciones a la parte titulada 'Sobre la aplicación de la línea de masas y las...» (folio, papel duro, aparentemente fotocopia). Este documento parece ser una crítica que redacté a una parte de un texto polémico preparado por la dirección del PCEml en contra del grupo Komunistak; se refiere a la discusión entre ese grupo y el PCEml en torno a la política sindical (OSO y CC.OO) y trata de puntualizar el difícil equilibrio que buscaba el PCEml en esa cuestión. Fecha probable: 1970 ó 1971. Mi comentario comienza con esta frase (que indica a las claras su orientación): «En primer lugar, y en cuanto al lenguaje, considero que se deben limar o suprimir una serie de términos ofensivos que a nada conducen».

En una página web he hallado un documento que contiene una amplia lista de publicaciones del PCEml y organizaciones afines.¹⁶¹ Entre ellas figuran las siguientes:

- *Formas y variedades del revisionismo moderno en España: «Komunistak» (actualmente M.C.E.)*. Ediciones Vanguardia Obrera. Madrid, s.f. (1972).
- *El revisionismo zigzagueante del grupo Bandera «Roja»*. Comité de Cataluña del PCE (m-l). S.l., s.f. (1972).
- *El falso antirrevisionismo de E. Lister. Otra cara del revisionismo en España*. Ediciones Vanguardia Obrera. Madrid, 1973.

O sea, se arremetió a tope contra cuantos no nos rindieran pleitesía. Felizmente no tuve, en lo más mínimo, arte ni parte en la redacción de ninguno de esos tres malhadados documentos.

VÍNCULO CON LAS REVOLUCIONES ANTIIMPERIALISTAS DEL TERCER MUNDO

Paso ahora a hablar de la **8ª divergencia**. Hay que decir que, para los representantes de la línea mayoritaria (septentrional), era menospreciable todo el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos por el colonialismo y el neocolonialismo; a su entender, lo que contaba era la lucha del proletariado. Helena Ódena llegó a exclamar: «¿Quién lucha en África?» La pregunta lo dejaba a uno tan atónito que difícilmente hubiera acertado a articular la respuesta obvia: contra el colonialismo estaban luchando —con las armas en la mano— los pueblos de Angola, Mozambique, Suráfrica, Namibia, Zimbabue, Guinea-Bissau y el Sájara occidental; contra el neocolonialismo los del Chad, Camerún, el Congo-Kinshasa y otros; la lucha no-violenta contra los gobiernos auspiciados por las potencias ex-coloniales se extendía por doquier. De la lucha antiimperialista formaba parte, asimismo, la acción de los gobiernos nacionalistas, como los del Congo-Brazzaville, Argelia, Tanzania, Mali¹⁶² y otros que se establecieron por entonces o un poco después (Dahomey, Madagascar).

En su eurocentrismo, Helena Ódena —adalid de la línea septentrional— rehusaba entrar en finuras: todas esas luchas desbordaban su esquema burguesía/clase obrera. No admitía que pudiera valer ningún combate a menos que estuviera capitaneado por un partido de vanguardia marxista-leninista que combatiera por la dictadura del proletariado y por el socialismo (socialismo en su versión m-l, con exclusión —evidentemente— de cualquier otra). Conque le eran indiferentes todas las evoluciones en el tercer mundo, sin saber hacer —ni querer hacer— distingo alguno entre el Sha de Persia, Numeiri o Mobutu, por un lado, y, por el otro, Indira Gandhi, Marien Ngouabi, H. Bumedien o Julius Nyerere.

¹⁶¹. Deben de estar depositadas en el antiguo archivo del PCEml, que estaba ubicado en el local de la calle Libertad, nº 7, Madrid; al extinguirse o autodisolverse ese partido en 1992 pasó —tengo entendido— a VOSA (Vanguardia Obrera S.A., sociedad anónima), la cual cesó su actividad editorial unos años más tarde. No sé dónde se encuentra en este momento.

¹⁶². El gobierno progresista de Modibo Keita fue derrocado por el golpe de estado militar del general Moussa Traoré, orquestado por el colonialismo francés, el 19 de noviembre de 1968.

Bajo su influjo, *Vanguardia Obrera* guardó silencio total sobre las evoluciones y los acontecimientos políticos en el Perú (gobierno nacionalista del general Juan Velasco Alvarado), Guyana, Malí, Congo-Brazzaville y prácticamente cualesquiera otros.¹⁶³ Fuera de los temas de España, sólo se hablaba de China, Albania y Vietnam, salvo para atacar a los camaradas soviéticos. (La excepción fue un par de artículos que logré meter —casi de cuña— sobre Palestina.)¹⁶⁴ Ni siquiera se mencionaban las luchas antiimperialistas en América Latina, porque estaban dirigidas por filo-cubanos, habiéndose producido una disputa entre Pequín y La Habana. De la muerte del Che en Bolivia no se dijo ni media palabra en *Vanguardia Obrera*. Tampoco se comentaban para nada las reivindicaciones de los negros norteamericanos, porque se trataba de una lucha no subsumible en los eurocéntricos esquemas burguesía/proletariado.¹⁶⁵

Propuse en una ocasión de que se hablara de Iraq. El 17 de julio de 1968 el partido socialista baasista había derrocado al régimen pro-estadounidense de Abderramán Arif, abrazando una línea militante antiyanqui y radicalmente antisionista —así como de alineamiento contra la monarquía persa. En 1972 el régimen revolucionario baasista nacionalizará las compañías occidentales que explotaban los hidrocarburos del país; también llevó a cabo una reforma agraria, instituyó una asistencia pública sanitaria, elevó el salario mínimo, otorgó subsidios a la alimentación de población pobre y controló los precios.

¹⁶³. Así, p.ej., en *Vanguardia Obrera* no se dijo ni una palabra sobre el movimiento de los no-alineados ni sobre la Tricontinental, al igual que jamás se mencionaba la lucha contra el neocolonialismo en Camerún, el Congo, Chad ni los combates independentistas de las colonias portuguesas, ni siquiera la lucha anti-apartheid en Suráfrica. Tampoco *Vanguardia Obrera* se pronunció, en ningún sentido, sobre el golpe de estado urdido contra el Presidente de Gana, Kwame Nkrumah, por el imperialismo anglosajón en 1966 ni sobre la guerra de Biafra (1967-70) ni sobre la declaración unilateral de independencia de Rodesia del Sur en 1965. Parecía que todo eso ni nos iba ni nos venía.

¹⁶⁴. Sin embargo, en la ya citada recopilación de escritos políticos de H. Ódena figura un artículo de octubre de 1970 titulado «¡Viva la heroica lucha del pueblo palestino!». (Partiendo de su sentimiento proisraelí de 1965, tuvo que significar para ella cierto ajuste de cuentas con sus propias convicciones resolverse a escribirlo; previamente ya había yo insertado dos artículos propalestinos en V.O., uno de los cuales había dado lugar a una áspera discusión en el comité de redacción por mi excesivo antisionismo; de hecho la versión que salió era descafeinada.)

En el volumen citado de obras de Ódena, ése es el único artículo atinente a las luchas emancipadoras antiimperialistas, quitando algunos a partir de 1973 principalmente enfocados contra Rusia. (Ninguno sobre África.)

Eso sí, insertáronse en un número de V.O. sendas notas sobre la lucha armada en Colombia y en la India (los naxalitas). Huelgan comentarios.

¹⁶⁵. Hubo también otro problema con relación al cual ninguno de nosotros —ni los de la línea meridional ni los de la septentrional— supo percatarse ni de su importancia ni de cómo transcendía nuestros esquemas doctrinales ni de la necesidad de un planteamiento profundo y correcto. Aunque ninguno lo vio, la línea septentrional era todavía más reacia a verlo. Me refiero al derecho a la migración, el derecho a la movilidad humana. Los clásicos del marxismo no lo abordaron ni siquiera de pasada. Es difícil encasillar el ejercicio de ese derecho en la lucha de clases burguesía/proletariado. Además está claro que mayor interés tienen en poder ejercerlo los habitantes de países pobres que los de países ricos. Ya era entonces una de las cuestiones candentes de la vida político-social (aunque mucho menos que ahora). En torno a 1969-72 ya se estaban tomando medidas restrictivas. Tuvimos una conversación ocasional a propósito de que el sindicato CGT francés había protestado contra tales restricciones, atentatorias contra la libertad migratoria. Yo, por una razón de principio, sostuve —aunque sin poner énfasis ni resolverme a continuar la discusión— que había que defender la libertad migratoria; en cambio, Helena Ódena consideró demagógica esa protesta cuando en Francia ya había desempleo. (La conversación debió tener lugar hacia 1970.)

Me cayó encima un jarro de agua fría: no debíamos meternos en disputas entre unos burgueses y otros, que ni nos iban ni nos venían. Me desanimé de volver a plantear ese asunto o cualquier otro relacionado.¹⁶⁶

Percatábame yo de la dificultad de formular un posicionamiento político del PCEml, creíble y asumible por un público diverso, sin aportar análisis alguno de los hechos que se iban produciendo en el panorama internacional —al menos unas claves para tales análisis desde nuestra ideología marxista-leninista—; máxime cuando España estaba involucrada a fondo en las cuestiones mediterráneas y ligada por nexos múltiples al mundo árabe, al África septentrional y al Oriente Próximo; cuando ya había una pequeña inmigración árabe en España y los sectores politizados de la sociedad española se interesaban muchísimo por tales temas.

Si tomábamos en serio la tesis del carácter antiimperialista de la revolución española, había que insertarla en el contexto de las demás luchas antiimperialistas y buscar la alianza entre todas para un frente común contra el imperialismo yanqui. Sin embargo, Helena Ódena repetía el eslogan maoísta «aislar al enemigo principal» como un mero estribillo. En el fondo pensaba que el enemigo principal es el conjunto de todos los enemigos, incluidos cuantos no aceptaran íntegramente nuestros puntos de vista.

Como acabo de recordarlo, planteé una vez, entre 1969 y 1971, la necesidad de ir más allá de las meras generalidades, haciendo aportaciones concretas de análisis sobre la lucha antiimperialista en el mundo, especialmente en las zonas próximas a España, como la cuenca del Mediterráneo.¹⁶⁷ Con vistas a avanzar en ese terreno elaboré, por iniciativa propia, dos trabajos más arriba mencionados: «La cuestión del Oriente Medio y la política exterior franquista» y «La España franquista, trampolín del imperialismo yanqui en el Mediterráneo e instrumento suyo para la penetración en el mundo árabe». Cayeron en saco roto. Fue mal vista mi insinuación de que se publicaran.¹⁶⁸

Mi idea era, evidentemente, la de, una vez dado ese paso, ir más allá, buscando posibles vías de colaboración y entendimiento con movimientos políticos y con gobiernos antiimperialistas de la cuenca del Mediterráneo y zonas aledañas —dentro de esa perspectiva de una convergencia antiimperialista mediterránea. Ni

¹⁶⁶. Desinflarme así fue una de las manifestaciones de la debilidad de carácter que se me ha reprochado y que reconozco. Por supuesto no por ello di mi brazo a torcer, manteniendo inalterado mi punto de vista; sólo que ya sin ánimo para seguir luchando por él.

¹⁶⁷. Se estaba entonces gestando un movimiento antiimperialista panmediterráneo, que nunca llegaría a cuajar; con vistas al mismo había tenido lugar en París la serie de encuentros en que participamos Álvarez del Vayo y yo.

¹⁶⁸. Según ya lo dije más arriba, en el citado libro de Elena Ódena, pp. 352ss, hállase un artículo, bajo la firma de M. Palencia, «La España franquista, cabeza de puente y plataforma económico-militar del imperialismo yanqui» (de enero-marzo 1973). Trátase, esencialmente, de un plagio de mis mencionados escritos, aunque adaptado. Igualmente el artículo «La política de agresión y saqueo del imperialismo yanqui, obstáculo principal para el desarrollo de los pueblos» está inspirado en manuscritos míos e incluso reproduce un texto redactado por mí: «España, cabeza de puente del imperialismo yanqui en Europa». Ese artículo de Ódena, al parecer, se publicó en el Nº 3 de *Revolución Española*, 1967. (Que un artículo llevara tal firma no implicaba que todo su contenido lo hubiera redactado el camarada que ostentara tal nombre de pluma.)

quiera me cupo la posibilidad de plantearlo, porque el rechazo fue de plano: no podíamos entrar en distingos entre gobiernos burgueses, siendo tales cuantos no fueran marxistas-leninistas. (Admitiase que los comunistas chinos y albaneses hicieran tales distingos por razones de política exterior; se rehusaba, en cambio, que la revolución española pudiera tener otra política exterior que la de ir a la zaga de China y Albania.)¹⁶⁹

ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Paso ahora a considerar el problema que suscitaba la **9ª divergencia**, a saber: el de si un proceso revolucionario como el español, después de un hipotético derrocamiento de la tiranía opresora de nuestro pueblo, había de desarrollarse en una sucesión de estadios, cada uno de los cuales implicara una composición de clase del poder, una política de alianzas de clases sociales y un determinado enemigo contra el que se ejercería el poder revolucionario.

La tradición leninista ortodoxa —la representada por el movimiento comunista internacional oficial (anterior a 1956)— había sostenido, frente a Trosqui, que en los países atrasados —donde no se había consumado con éxito una revolución democrático-burguesa que instaurase un capitalismo avanzado— estaba pendiente una revolución pre-socialista; por lo cual en esos países la revolución había de atravesar una etapa en la cual no se trataba de instaurar la dictadura del proletariado ni de tomar como enemigo a la burguesía, sino de instaurar un poder de coalición más amplio, inter-clasista, con participación de otros sectores sociales, dirigido sólo contra la capa privilegiada de la sociedad anterior; una capa caracterizable de diversos modos según los países: latifundistas parasitarios, terratenientes semi-feudales, burguesía compradora, oligarquía financiera, etc.

Frente a la acusación trosquista de que eso significaba aplazar a las calendas griegas la misión revolucionaria-socialista del proletariado —o sea, frente a la tesis de la «revolución permanente» (que voy a explicar en seguida)—, los leninistas ortodoxos proclamaban la revolución ininterrumpida.

A los poco duchos en estas lides ideológicas ese lance terminológico les parecerá una logomaquia —igual que sucede con las querellas teológicas, tildadas de «bizantinas». En realidad la dualidad terminológica entre las revoluciones

¹⁶⁹. Esta cuestión 8ª planteaba sendas dificultades, simétricamente opuestas, a la camarada Helena Ódena —como exponente máxima de la línea septentrional— y a mí —como único partidario de la meridional. Y es que, por una vez, en una cosa, estaba yo más cercano a una tesis china (aunque en Pequín esa tesis, asociada a Lin Piao, ya estaba siendo abandonada en 1970 y será sepultada posteriormente): la de que, en la fase de la revolución mundial que entonces se vivía, el protagonismo en la lucha correspondía a las masas oprimidas de los países subdesarrollados, a los miles de millones de parias de las colonias y neocolonias, pues la tarea estratégica consistía en cercar la ciudad mundial —el puñado de países imperialistas dominantes— por el campo mundial —los dominados. (Adicionalmente se planteaba la cuestión de dónde ubicar a nuestra Patria en esa clasificación, tema sobre el cual los chinos no habían dicho nada, evidentemente.) Tal idea estratégica de Lin Piao (dudosamente asumida por el propio Mao en sus declaraciones) fue desechada en Pequín a partir de 1970. La reemplazó la teoría de los tres mundos, que seguía viendo las cosas de un modo que no cuadraba con el esquema eurocéntrico burguesía/proletariado. A pesar de que el maoísmo de Helena Ódena tenía hondas raíces en su cosmovisión (antiproduccionista, anarquista, antijuridicista, autogestionista), tuvo que sentir como una bendición la desmaoización de 1978 (determinada por la opción albanesa al desencadenarse la ruptura entre Pequín y Tirana), ya que así podía aferrarse a ese esquema, eliminando cualquier resto de tercermundismo o antiimperialismo, que siempre había sido poco de su agrado.

permanente e ininterrumpida significaba un contraste de dos actitudes: el permanentismo sostenía que la primera etapa debía saltarse o —lo que viene a ser igual— que, de haber una diferencia de etapas, fuera tan exigua en calidad y en duración que en ningún momento se estuviera afianzando la primera etapa de la revolución (sino que, tan pronto empezara a producirse, ya se estuviera abordando la etapa siguiente). Los comunistas de la tradición leninista ortodoxa (III Internacional del período 1923-43 y partidos de orientación moscovita hasta 1955) reconocían que, en aquellos países en los que, por sus particulares condiciones históricas, la revolución hubiera de atravesar varias etapas, entre ellas no podía haber una línea de demarcación nítida, sino que el paso de una etapa a la siguiente sería continuo —y no un salto o una mutación súbita. En suma, la frontera entre etapas sería difusa.¹⁷⁰ Difusa mas existente, no imaginaria, no nula.

Las tendencias trosquistizantes eran, por el contrario, aquellas que, en aras de la concatenación entre las etapas, abatían o extirpaban el lindero que las separa y las comunica a la vez. (Abatir o borrar una frontera es un cosa; difuminarla o hacerla difusa, otra cosa muy distinta.)

Adonde no había llegado la teorización comunista oficial —aunque en la práctica sí las políticas de los partidos comunistas— es a percatarse de que la diferenciación de etapas había de generalizarse; ni tenía por qué limitarse a una dualidad —en lugar de que haya 3, 4 ó 7— ni debía concebirse como un rasgo exclusivo de los países atrasados, sino que, antes bien, se deriva de la naturaleza misma de las cosas, que exige cambios graduales, imposibilitando los saltos y las interrupciones totalmente abruptas.¹⁷¹

Por lo que respecta a España, en concreto, venía de lejísimos el debate sobre si en nuestro país estaba aún pendiente una revolución pre-socialista. Históricamente, el progresismo radical y el republicanismo español habían tendido a subrayar que en España la revolución liberal-burguesa decimonónica quedó inconclusa, habiéndose saldado con una conciliación entre la nobleza feudal y las capas altas de la burguesía, que habría conducido a regímenes monárquicos semi-liberales, ninguno de los cuales llevó la revolución democrático-burguesa hasta el final.

Esa línea doctrinal fue retomada por sectores del marxismo español, no tanto los del PSOE originario —poco proclives a tales teorizaciones— cuanto los del marxismo-leninismo que va a inspirar al PCE desde su fundación en 1920.

¹⁷⁰. Con otras palabras: para la línea oficial de revolución ininterrumpida, habría un tránsito, sin estancamiento, de la primera etapa a la segunda, en el cual no cabría establecer ninguna delimitación exacta o puntual, pero que no tendría por qué iniciarse inmediatamente ni conducirse con rapidez. El ritmo —lento o acelerado— de ese tránsito gradual dependería de las circunstancias histórico-políticas.

¹⁷¹. En la práctica de los partidos comunistas —desde el VII congreso de la Internacional Comunista en 1935— siempre se abordó la tarea de instaurar un poder encaminado al socialismo a través de frentes populares u otras alianzas interclasistas, con un programa orientado a una primera etapa democrático-popular y no directamente socialista. Esa estrategia sólo se sostenía sobre la base de un supuesto implícito, a saber: que, en el país donde se elaboraban tales propuestas, la tarea inmediatamente pendiente no era todavía la socialista. Puesto que fue una estrategia general de todos los partidos comunistas —y no sólo los de países atrasados—, ello implicaba asumir tácitamente la tesis que ahora estoy proponiendo.

En un principio ni siquiera el trosquismo había estado en desacuerdo; sólo que —a tenor de su esquema de revolución permanente— alegaba que el proletariado, al asumir la dirección de las tareas aún pendientes de la revolución democrático-burguesa —no consumada por la propia burguesía—, había de hacerlo transformando —sin detenerse ni marcar pausas— esa revolución en una de tipo netamente anticapitalista, lo cual excluía que hubiera dos períodos sucesivos, ya que en ningún momento podría consolidarse una etapa puramente democrática.

El supuesto bajo el cual se habían desarrollado las controversias entre trosquistas y comunistas ortodoxos en los años 30 era la visión de la sociedad española como semi-feudal. El propio Trosqui lo veía así («La revolución española y la táctica de los comunistas» [1931]): «Las relaciones existentes en el campo español ofrecen el aspecto de una explotación semifeudal».¹⁷² Igual que para el comunismo de obediencia moscovita, para Trosqui, por lo tanto, estaba claro que España era un país de agricultura semifeudal, lo cual sería particularmente significativo en un país todavía mayoritariamente rural.¹⁷³

La visión del partido comunista oficial, en los años 30-50, será —a tenor de ese mismo análisis pero en el transfondo de la ortodoxia cominterniana— la de una etapa antifeudal de la revolución española; etapa que, por la imbricación entre clase latifundista semi-feudal y oligarquía financiera —después denominada «burguesía monopolista»— se concebirá como anti-feudal y antimonopolista —que era, según lo expuse más arriba, la tesis del PCE todavía en el seminario de Arrás en el verano de 1963.

A la altura de los últimos años 60 los estudios de historia económica de España y la propia evolución de la economía española desafiaban ese planteamiento. El nuevo trosquismo español, en sus variantes, sostenía que en España ya a mediados del siglo XIX había dejado de existir una revolución burguesa pendiente. Claudín había basado en la ausencia de base para una etapa democrático-burguesa su política de que la tarea planteada era una revolución socialista, que él esperaba conducir por la vía parlamentaria, para lo cual había que propiciar un cambio en las formas de poder de la dictadura del capital monopolista.

El PCEml, aun sin hacer un análisis que cuestionara la visión semi-feudal, prescindía de ella, basando la necesidad y la posibilidad de una primera etapa no-socialista de la revolución en las condiciones del atraso y dependencia económica

¹⁷². En *Escritos sobre España*, <http://www.ruedoiberico.org/libros/textos.php?id=168> Trosqui añadía: «[...] en las condiciones de España el capitalismo puede explotar a los campesinos únicamente bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias del medioevo español significa dirigirla contra las raíces mismas de la dominación burguesa».

¹⁷³. Como lo señaló Julio Gil Pecharromán «las actividades del sector primario ocupaban a un sector muy grande de la población activa, el 45,5 por ciento en 1931, frente a un 25,5 en el secundario y un 17,6 en los servicios». (Lamentablemente se ha desvanecido la págª web que contenía esta cita.)

Mis más recientes estudios de la historia contemporánea de España (y escribo esto en 2020) me llevan, empero, a rectificar la desfasada idea de que en 1931 nuestra Patria era un país mayoritariamente rural y agrario. La cifra citada revela que ya entonces menos de la mitad de nuestra población activa pertenecía a los sectores agropecuario y pesquero. En 1930 la población urbana superó a la rural. (Desde luego no hay que confundir población rural con población agraria. La ruralidad se mide por el tamaño demográfico del municipio en el que se reside.)

de España y en la profunda división de la burguesía española en dos campos: por un lado, el de la oligarquía financiera y terrateniente fascista; y, por el otro, el de una burguesía media que, en parte, había sido republicana o sería susceptible de ser atraída a posiciones republicanas.¹⁷⁴

Era, ciertamente, endeble ese fundamento de nuestra teoría de las dos etapas. A falta de dar un paso ulterior de esclarecimiento, la teoría era tambaleante. Pero ¿era incorrecta? Según lo he sostenido unos párrafos más atrás, la teoría de las etapas era certera y hubiera debido generalizarse, emancipándola de su fundamento inicial, ya caducado, para sustentarla en una concepción sociopolítica de la dialéctica de los procesos históricos en general, que suceden sin saltos.

A los camaradas adeptos de la línea septentrional ya se les hacía dura de tragar la teoría de las dos etapas; estaban desconcertados sobre su fundamento para España, pues concebirla como país atrasado y dependiente les resultaba cada vez más dudoso. Creo que no tenían una visión correcta de la dependencia porque la ligaban a un concepto estereotipado de las colonias o neo-colonias como países de población agraria y enorme atraso económico.¹⁷⁵ Pero lo principal es que no atisbaban esa generalización de la teoría de las etapas a la que me he referido ni compartían la visión de la dialéctica como una filosofía de la continuidad, que, para ser consecuentes, llevaba al gradualismo.

Para la camarada Helena Ódena, en particular, lo de las etapas no quedaba más remedio que decirlo a fin de que no se nos acusara de trosquismo, pero había que explotar el concepto de revolución ininterrumpida para desvaír tanto la distinción entre las dos etapas que, a la postre, se redujera a pura cuestión de palabra o, a lo sumo, a un insignificante matiz. Su planteamiento ganó la partida en las reuniones de la dirección de las navidades de 1971.

Celebráronse tales lúgubres reuniones en diciembre de 1971 en Echegarri. Fueron unas interminables jornadas invernales —en un ambiente cansino, desganado y asfixiante, cargado de humo de tabaco— interrumpidas por la ingesta de algún comistrajo. En ellas se estaban perfilando una nueva Línea Política y un nuevo Programa para proponerse al futuro I Congreso. Yo ya tenía la cabeza lejos de aquellos riscos.

En aplicación del ultraizquierdismo rampante se quiso suprimir el ya bajo umbral de no-confiscación para los predios agrarios (umbral que se había ido rebajando de 300 a 200 hectáreas y luego de 200 a 100; v. supra, divergencia 10^a). Seguía pareciendo altísimo. «¿Cómo queda si se suprime eso?» —preguntó el camarada Raúl Marco, esperando que bastara omitirlo para que resultara algo tan vago que podría colar. Respondí (con el retintín mental que puede adivinar el

¹⁷⁴. Tal era y siguió siendo mi punto de vista, que permaneció inalterado durante mis 7 años y medio de militancia en el PCEml.

¹⁷⁵. Inconsecuentemente, sin embargo, en *Vanguardia Obrera* seguirá atacándose la dominación yanqui, acusándose a los imperialistas estadounidenses y a la oligarquía vendepatria de haber convertido a España en una semicolonias. ¿Por qué? ¿Por inercia? ¿Porque los cuadros y la base del PCEml ya se habían educado en esas ideas y la dirección juzgó imprudente dejar de esgrimirlos? ¿Por simple incongruencia?

lector): «Queda así: ‘Confiscación sin indemnización de todas las explotaciones agrícolas’». Por mí, ya puestos a eso, podían imprimir lo que quisieran porque el espíritu de la revolución por etapas de 1964 ya estaba muerto y enterrado.

Casi ocho lustros después llegó a mis manos el número 66 de *Vanguardia Obrera* (agosto de 1972) en el cual figura el artículo de E. Ódena (Helena Ódena) «Ni trotskismo ni revisionismo: Por una república democrática, popular y federativa» donde se puede leer esto:

... de lo que no puede existir duda alguna es del contenido predominantemente socialista de la república por la que luchamos.

O sea, ya en la primera etapa de la revolución, el sistema establecido sería, desde el primer momento, socialista, predominantemente socialista. El resto del artículo daba a entender claramente que aquella propiedad privada que, en esa etapa, se respetara sería residual o marginal. Para que no hubiera dudas, el artículo precisaba el blanco del ataque:

También hay asustadizos, pequeños burgueses librescos que durante años se han hecho pasar por marxistas-leninistas, a quienes de pronto ofusca el que, al desmenuzar y aclarar con mayor detalle el contenido de la República que preconizamos, pretenden que nos estamos deslizando hacia posiciones trotskistas.¹⁷⁶

No se decía quiénes eran ni cuántos. Sospecho que el plural estaba mal empleado y que, en realidad, se estaba estigmatizando a un solo pequeño burgués libresco, el cual, en agosto de 1972, se encontraba a muchos miles de kilómetros de distancia, habiendo dejado atrás todas esas polémicas.

Yo las había dejado atrás, pero la camarada Helena Ódena siguió atizando la polémica (aunque no tuviera con quién discutir). En el N° 69 de *Vanguardia Obrera* (nov. 1972) publica su artículo «Algunas puntualizaciones sobre el izquierdismo: 1.- Sus causas y manifestaciones», donde generosamente me dedica estos párrafos:

A raíz de la constitución de nuestro Partido, se dieron en el seno mismo de la organización, algunos casos de izquierdismo aventurero y libresco, los cuales de manera general tenían un doble filo derechista. [...] Otros han permanecido en las filas del Partido durante un período prolongado, pero, dadas sus características librescas, no han logrado vencer su izquierdismo pequeñoburgués; han centrado sus esfuerzos no tanto en compenetrarse y conocer la realidad y los problemas concretos, sino en aprenderse textos y citas de memoria. A título de ejemplo, señalaremos un caso concreto reciente, que, en realidad, reunía la mayor parte de las características del izquierdismo derechista: incapacidad para captar la importancia de los problemas concretos y de reaccionar ante los acontecimientos políticos, los hechos y las situaciones nuevas; incapacidad de comprender que en toda contradicción no se debe confundir la parte con el todo, ni las contradicciones antagónicas con las no antagónicas, ni tampoco saltarse las etapas de la evolución de las contradicciones [...]; incapacidad de sobreponerse a las situaciones difíciles y

¹⁷⁶. En cuanto a esa acusación de haberme hecho pasar por marxista-leninista durante años, dejo a otros decidir si había sido verídicamente o no, sobre la base de mi producción ideológica de aquellos tiempos.

de vencer el desánimo cuando surgen [sic] problemas o situaciones negativas imprevistas; incapacidad de comprender y aceptar el desarrollo ininterrumpido de la revolución, y que ya en la etapa de democracia popular están contenidos los elementos esenciales de la segunda etapa socialista. Salta a la vista que este caso de izquierdismo libresco conduce inevitablemente, si no se supera, al abandono de la lucha, como así ocurrió en el caso que acabamos de analizar.

No voy a dedicar aquí espacio a descifrar ese fragmento, escrito en clave, para deslindar, en él, las alusiones con algún fundamento verídico —aunque malévolamente caricaturizadas desde el punto de vista adverso— de la amalgama gratuita y embrollada entre mis tesis y las de no sé quién. Ni un solo lector habrá entendido, en su momento, una palabra de todo eso.

No deja de ser una paradoja, por otro lado, que a Helena Ódena —tan fascinada por el oropel de los círculos althusserianos y sartrianos de la *gauche divine* (especialmente sus amigos de la *École normale supérieure* de la rue d'Ulm) y por cenáculos de los cafés del *Quartier Latin* y ambientes similares— le molestara tan profundamente mi tendencia libresca. Sin duda tiene su explicación, en la que no entro aquí. Sólo dejo constancia de que una de las buenas aportaciones del movimiento obrero en general, y del comunista en particular, a la historia de la cultura humana fue su valoración del libro, difundiendo un número de libros entre las masas e inculcando en muchos militantes un amor al estudio, animado por la confianza en la capacidad del intelecto humano para aprender y entender la realidad a través del esfuerzo intelectual, una parte del cual es la lectura continuada y tenaz.

Donde «libresco» se usa como término peyorativo las cosas van mal, muy mal. ¿Quién es libresco? ¿El que lee libros y no se contenta con hojearlos? O bien ¿el que sólo aprende de los libros —de los clásicos— y prescinde de la experiencia? De ser esto último, era absolutamente injusto el reproche que me dirigía Helena Ódena. Como lo atestigua mi producción ideológica y propagandística, yo era, en la dirección del PCEml (desde luego en cumplimiento de mi tarea de documentación), el más atento a los datos de la experiencia.

Lejos de practicar la pura deducción, mis construcciones tenían una base empírica, estando fundadas en múltiples datos inductivamente cosechados a partir de una pluralidad de fuentes y siempre orientadas por el entronque con lo concreto de la situación española.¹⁷⁷ Si yo dedicaba al estudio más tiempo que ningún otro camarada, era por dos razones. En primer lugar, era mi deber, por ser una responsabilidad que expresamente me había confiado la dirección del partido. Y, en segundo lugar, fue —en el último período de 22 meses que precedió inmediatamente a mi marcha— un resultado adicional de quedar, de hecho, separado de las labores de dirección orgánica y de representación del partido —en castigo a mi posicionamiento crítico sobre los camaradas chinos.

¹⁷⁷. Como prueba de lo que digo, ahí está la lista de mis artículos publicados en *Vanguardia Obrera* y *Revolución Española* (v. infra, Anejo I), los trabajos inéditos que cito más abajo (y en alguno de los cuales se basaron diversos materiales de propaganda del PCEml no publicados bajo ninguno de mis nombres de pluma) y los textos que figuran en los Anejos IV y V. ¿Es eso «aprenderse textos y citas de memoria» o es más bien «compenetrarse y conocer la realidad y los problemas concretos»?

¿CÓMO ENTENDER EL FDNR?

La **12ª divergencia** encerraba un hondo desacuerdo, cuya manifestación quedaba un tanto sepultada, siendo menester sagacidad y sutileza para captarla.

La política de alianzas diseñada en la línea fundacional de 1964 partía de un análisis de clase a la manera de los de Mao Tse-tung en los años treinta y cuarenta, que determinaba en qué etapa estamos de la revolución, cuáles son, en esta etapa, las clases interesadas en el triunfo de la revolución (quienes, conjuntamente, forman **el pueblo**), cuáles las opuestas y, eventualmente, qué antagonismos u oposiciones existen, por un lado, dentro del espectro de clases interesadas en la revolución (contradicciones dentro del pueblo) y, por otro lado, dentro del campo enemigo.

Dadas las características histórico-políticas y socio-económicas de España, estábamos en una etapa de revolución democrático-nacional antioligárquica y antiimperialista. Por lo tanto, estaban objetivamente interesadas en el triunfo de esta revolución democrático-nacional todas las clases y capas sociales de España no oligárquicas. El FDNR se habría de proponer como un amplio receptáculo que diera cabida a representantes de todas esas clases y capas —así como a individuos o grupos vinculados a ellas.

¿En qué momento de la lucha se incorporarían al Frente? No podíamos adivinarlo. Era de esperar que primero se movilizaran los sectores más revolucionarios, los más oprimidos por la oligarquía y el imperialismo, mientras que los demás sectores irían sumándose paulatinamente, según su propio ritmo. A todos ellos permanecíanles abiertas las puertas, de par en par, para ir adhiriéndose, de un modo u otro, en la medida en que fueran madurando las condiciones objetivas y subjetivas, en que nosotros fuéramos fortaleciéndonos y siendo capaces de inspirar confianza, en que hubiéramos demostrado, con hechos, nuestra lealtad para con los aliados y en que se materializaran vías practicables para esa conjunción, que en cada caso sería de un modo.

Por su propia índole, ese Frente sería heteróclito, reticular, con un núcleo difuso y una periferia todavía muchísimo más difusa.

Tal concepción colisionaba con la de Helena, la línea septentrional. En el capítulo 6 me referí a un artículo suyo en el cual —según su estilo entre sibilino y farragoso— había abierto la puerta para participar en el FDNR a cualquier personalidad del pasado o del presente.

Esa enunciación tenía un viejo sabor de Unión Nacional de los años 41-45. Parecería un aperturismo excesivo. Sólo que el contexto se encargaba en seguida de anular cualquier apertura.

En el N^o 44 de *Vanguardia Obrera* (agosto de 1969) aparece un artículo de Helena titulado «Por un verdadero FDNR (2)», donde no encuentro la frase de marras. Sospecho que ésta figuraba en la primera parte de ese binomio, verosímilmente publicada en el N^o 43.

Releído con atención el artículo del N^o 44, perfílase qué entendía ella por un FDNR. Sería una estructura organizativa bajo jefatura del PCEml como representante del proletariado en alianza con los campesinos.¹⁷⁸

Ese artículo quiere, ciertamente, tenderles una mano a las «clases medias».¹⁷⁹ Aunque al comienzo del artículo dice que la oligarquía proimperialista es el enemigo principal, en párrafos siguientes «la oligarquía» viene reemplazada por «la burguesía».

Helena concebía las etapas táctica, no estratégicamente. En la jerga marxista-leninista, lo estratégico se refiere a la política que haya de mantenerse a lo largo de toda una etapa de la revolución, mientras que lo táctico atañe a coyunturas, a circunstancias, a batallas. Concebir el Frente desde un punto de vista meramente táctico era otro modo de negar las etapas —o, lo que viene a ser igual, comprenderlas como meras fases telescopadas, sin lapso alguno entre ellas y sin diferencias sustanciales entre una etapa y la siguiente.

Desechando, pues, esa concepción estratégica de las etapas, rehusaba la demarcación entre el pueblo (en el sentido de Mao) y sus enemigos. Por eso la aparente mano tendida que extendía iba por igual dirigida a oligarcas o a burgueses medios. Sólo que se formulaba en tales términos que jamás nadie podría aceptarla. El aperturismo era ficticio.

En efecto, Helena no abordaba la cuestión de qué clases estaban interesadas en derrocar el poder de la oligarquía proimperialista sino la de qué clases luchaban por hacerlo. Lo que venía a decir en el citado artículo es que a esas clases medias, que de hecho iban a la zaga de «la burguesía», les ofrecíamos perdonarles la vida si, a tiempo, se incorporaban al combate por derribar al régimen y se sometían a la hegemonía proletaria que nosotros encarnábamos.

En vez de mano tendida, una amenaza: aquellos que permanezcan pasivos y no estén con nosotros nos tendrán en contra. No esperaremos a que se sumen a nuestro Frente. (Qué quería decir con eso se entiende ahora, retrospectivamente, a la luz de acontecimientos posteriores.)

La visión del FDNR de Helena se va a materializar en el FRAP. En mi relato, me he abstenido de mencionar las dos reuniones parisinas en las que se creó y se pretendió impulsar el comité coordinador pro-Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, FRAP: la primera en enero de 1971 y la segunda en la primavera del mismo año.

Lo entonces puesto en pie era nada, porque simplemente adicionaba al PCEml un individuo que, viviendo en una absoluta soledad política, únicamente representaba un pasado ya distante: D. Julio Álvarez del Vayo (cuya memoria merece todo respeto); sólo lo conocían algunos lectores de libros de historia; nadie

¹⁷⁸. Helena jamás supo hacer un análisis de clase marxista, de modo que siempre concibió a los jornaleros como campesinos; para ella los campesinos eran la gente del campo; que los campesinos fueran pequeña —o incluso media— burguesía no le entró nunca en la cabeza.

¹⁷⁹. Helena siempre confundió burguesía media con clase media, por contaminación semántica del inglés «middle class».

más. Su colaborador nominal, Alberto Fernández Bayón (de quien ya he hablado más arriba), no compartía sus posiciones políticas (sólo que del Vayo parecía desconocerlo).

No otorgué significación alguna a esas dos reuniones. Para mí eran concíabulos de rutina, de tantos como había tenido, y en los cuales se estampaban unas ideas en un manifiesto —al igual que se había hecho muchas otras veces—, sin que nadie supiera si ese modestísimo comité iba a durar ni si jugaría papel alguno.

Era una mera entelequia. Apadrinó la publicación de un boletín que se llamó *Acción*, a cuyo frente se colocó a Manuel Castells, sociólogo, residente en París, ex-dirigente del FLP y con el cual me reuní un par de veces, no surgiendo entre nosotros la menor simpatía —más bien lo contrario. Tengo entendido que Castells abandonó esa empresa poco tiempo después.¹⁸⁰

Erigir tan fantasmagórico frente era un modo de embaucar al personal, aparentando que el PCEml se empeñaba en una política de alianzas cuando lo que estaba haciendo era juntarse con un individuo aislado y olvidado.

De hecho, al crearse (sobre el papel) ese artilugio, cesó, en la propaganda del PCEml, toda referencia al Frente Democrático Nacional Revolucionario, FDNR; como si el proyectado FRAP (o frapillo) fuera ahora el objetivo, e.e. implementara nuestra política de alianzas.

Mediaba un abismo entre FRAP y FDNR (al menos el FDNR pergeñado en la línea fundacional de 1964). En el supuesto de que hubiera sido útil, el primero únicamente podía constituir un germen o una semilla de un futuro y genuino Frente Nacional, el cual, por su propia naturaleza, tendría que desbordar cualquier marco organizativo, constituyéndose como una vasta red o confluencia de personalidades, partidos, movimientos, grupos profesionales, círculos, corrientes, publicaciones de obediencias diversas y aun opuestas, para así abarcar, como mínimo, a nacionalistas, católicos, regionalistas, socialistas y republicanos de varias tendencias y trayectorias.

PRIMACÍA DE LA VOLUNTAD O DEL ENTENDIMIENTO

Paso, por último, a comentar la **14ª divergencia**. Según la he expuesto puede parecer un problema escolástico (como la oposición entre el intelectualismo tomista y el voluntarismo escotista); y algo de eso hay.

De nuevo aquí está en el transfondo una diferente concepción filosófica. El voluntarismo de la línea septentrional presupone que la voluntad es omnipotente y que, aunque «en última instancia» las decisiones de los hombres emanen de factores objetivos —del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción—, tales decisiones, una vez tomadas, provocan una inflexión de los

¹⁸⁰. En el momento en que escribo estas líneas Castells es, a la vez: 1º, un acérrimo separatista, enemigo de España; 2º, un elemento subversivo, que ataca furibundamente el estado de derecho, clamando, con desparpajo, por el quebrantamiento de la legalidad (apoyando el golpe de estado secesionista); y, 3º, un ministro de Su Majestad.

procesos históricos, pudiendo sobreponerse a los obstáculos a golpe de fuerza de voluntad.

La posición intelectualista de la línea meridional veía las cosas de manera opuesta. Para ella ninguna voluntad individual o colectiva puede sustituir la maduración de las condiciones objetivas y subjetivas de los procesos históricos —la materialidad de las cosas, si se quiere expresar así—, lo cual abarca, de un lado, hechos histórico-sociales y económicos que propician el desencadenamiento de acciones de masas en un sentido revolucionario; y, de otro, una paulatina concienciación de las masas que las apreste para esa tarea; evoluciones que a la vanguardia le corresponde, en primer lugar, prever, comprender, apreciar, enseñar y propagar —a sabiendas de que, por involucrar miles de factores incontrolados, no son nunca exactamente previsibles; sólo tras esa labor de comprensión y apreciación —y como mero corolario de la misma— podía haber una decisión, siempre condicionada por el ulterior conocimiento de cómo fuera evolucionando la maduración real de las condiciones revolucionarias. Por eso el revolucionario tiene, antes que la tarea de impulsar la revolución —no digamos ya que la de decretarla—, la de entenderla y orientarla.¹⁸¹

CONCLUSIÓN

Con eso concluyo la exposición y la aclaración de las 14 discrepancias (a salvo de lo que voy a comentar en el apartado siguiente sobre la cuestión de la guerra civil de 1936-39). Soy consciente de que la enumeración de las mismas, según la hago hoy, utiliza expresiones y conceptos que no eran los empleados entonces; estoy sistematizando las dos posturas de un modo que no lo estaban; también es verdad que no se plantearon juntas todas esas cuestiones y que los individuos evolucionamos, no estando forzosamente atados a la opinión que

¹⁸¹. ¿Cuándo y cómo se habían ido manifestando esas 14 discrepancias? La expresión acabada tuvo lugar en las cansinas charlas de Echegorri de la navidad de 1971, en las que el rampante ejecutivo (lo que de él quedaba, ya sin Paco Sandoval) se puso a preparar los documentos que aprobaría el I congreso. (Claro que en tales reuniones prácticamente guardé silencio yo —ya maquinando mi fuga—, salvo alguna breve intervención excepcional para guardar las apariencias.)

Participamos en aquellas sesiones decembrinas: Helena, Raúl, Alfonso Graiño, Miguel Ángel Muñoz Moya, Álvaro Fernández Alonso y yo.

Salvo Helena (y —en pos de ella como siempre— Raúl), ninguno de los presentes mostraba entusiasmo alguno por aquellos documentos. ¿A santo de qué reelaborar la línea y el programa del partido? Nuestro acuerdo fundacional del otoño de 1964 había sido el de militar juntos para llevar a cabo una política entonces abrazada por todos los delegados, no previamente cocinada por ninguna oficina para venir sometida al pleno. En cambio era eso lo que ahora se hacía: el aparato redactaba y el congreso ratificaría por aclamación.

¿Qué había cambiado entre 1964 y 1972? Evidentemente nada sustancial. El único cambio era que en 1964 Helena se había sentido débil y guardado silencio, dejando para más tarde imponer su línea ultrazquierdista. Ahora lo hacía. Pero eso implicaba ruptura unilateral del contrato asociativo de 1964.

Ahora bien, donde, desde años atrás, más se habían ido manifestando cotidianamente nuestras divergencias era en las reuniones del comité de redacción de *Vanguardia Obrera*, que desde 1966 formábamos Helena, Raúl y yo (o sea la misma composición que tendrá el secretariado desde la caída de Ángel Campillo en febrero de 1969). Cada nuevo número de V.O. o de *Revolución Española* daba lugar a una refriega verbal entre Helena y yo, a cada paso. Yo me sentía desolado, descorazonado por cómo un miembro de la máxima dirección se permitía ir destilando posiciones opuestas a la línea que habíamos adoptado y cómo peleaba verbalmente, con uñas y dientes, por eliminar o aguar cuanto fuera concorde con esa línea. Una pelea de años, en la cual me fui rindiendo por desgaste. (Le reconozco una doble superioridad sobre mí: su habilidad sofística y su pugnacidad.)

hayamos manifestado dos o tres años antes o en otro contexto. Aun así —a sabiendas de lo que tiene de reconstrucción en parte artificial— creo que mi esquema no carece de fundamento.

Con todo lo que precede no estoy diciendo que hubiera una línea justa, la meridional, y otra equivocada, la septentrional. Ambas eran erróneas. Por dos razones: 1^a, la revolución en España no era posible; y 2^a, de haber sido posible, sólo habría podido prepararse a través de un prolongado trabajo en el seno del PCE, a lo largo de una serie de años; no habríamos debido dejar el PCE; y, una vez que lo dejamos, hubiéramos debido buscar ocasiones para volver a su seno.

Precisaré, por último, que, en esos lineamientos, yo era mucho más dogmático que los demás camaradas del ejecutivo,¹⁸² a pesar de tal o cual pequeña singularidad de mis tesis ideológicas o políticas,¹⁸³ que no impedía mi profesión doctrinaria del credo m-l según una codificación oficial del comunismo internacional de los años 1935-56: los textos de Dimitroff en el VII congreso de la Internacional Comunista (1935); las tesis del comunismo oficial de los años 30 y 40 de Frentes Populares, una revolución por etapas, alianzas antimonopolistas, democracia popular (o nueva democracia)¹⁸⁴ y defensa de la URSS.

¹⁸². Sin embargo, eso no significa que las posiciones no-dogmáticas de mis camaradas fueran necesariamente más racionales que las mías, porque la servidumbre del dogmatismo la reemplazaban por otras servidumbres: las sugerencias venidas de Pequín y Tirana y las corrientes de moda en los medios del radicalismo sesentaiochista. El dogmatismo o doctrinarismo puede, paradójicamente, ser un ejercicio de libertad intelectual, de no sujeción a esos otros estreñimientos.

¹⁸³. Así, p.ej, mis tesis sobre el arte —de las cuales voy a hablar en el Capítulo 15— sonaban a heterodoxas y fueron calificadas por Helena Ódena de pequeño-burguesas. (Pienso, de todos modos, que ofrecían una solución genuinamente marxista-leninista y, en realidad, la mejor salida a la paradoja del arte en el marco del materialismo histórico. Hoy, claro está, es ese marco doctrinal lo que cuestiono.) Con respecto a otra de mis particularidades, apenas me sinceré, permaneciendo mi punto de vista expuesto, a lo sumo, subliminalmente: mi discrepancia con Lenin respecto a que la guerra hispano-norteamericana de 1898 hubiera sido una guerra inter-imperialista. Con el criterio de Lenin, la guerra entre China y Japón de 1895 habría sido, en realidad, la primera guerra inter-imperialista, porque China también era una potencia imperial; igualmente habrían sido inter-imperialistas la guerra entre Turquía e Italia de 1911 y la de 1895-96 entre Italia y Abisinia (Etiopía); ésta última también era una potencia imperial, que se acababa de adueñar de extensas tierras que nunca habían formado parte de su territorio histórico. El error de tales calificaciones era considerar imperialista a un país que no había alcanzado un alto desarrollo capitalista y que no tenía, por lo tanto, la capacidad económica para jugar en la arena mundial como una gran potencia. China, Turquía, Persia, Etiopía y España eran viejos imperios pre-capitalistas, aunque el español fuera ultramarino.

¹⁸⁴. Inicialmente, la democracia popular no era la dictadura del proletariado con otro nombre. Era, o aspiraba a ser, otra cosa: un poder inter-clasista o pluri-clasista, bajo dirección proletaria, que agrupara, en el ejercicio de la potestad política, a representantes de una pluralidad de clases sociales, de sensibilidades, de tendencias sociales, bajo el común denominador de oposición al capitalismo monopolista y al imperialismo occidental. Idealmente habría de dar cabida a diferentes partidos políticos. En varios países de Europa oriental (al menos en Polonia y Alemania oriental) hubo partidos no comunistas —aunque es verdad que en la práctica estuvieron ninguneados y reducidos a un papel casi decorativo, al no ser autorizados a presentar sus propias candidaturas a las elecciones. En la República Popular China también. Según el concepto marxiano de dictadura, todo poder es una dictadura (aunque en los escritos de Marx hay una ambigüedad al respecto, porque, si eso es así, no se entiende bien su reclamación de que en tiempos de revolución se establezca una dictadura revolucionaria). De conformidad con ello, la democracia popular es una dictadura —y cualquier otro sistema político también—, pero, a diferencia de la del proletariado, es la de todo el pueblo unido contra un sector extremadamente minoritario, una oligarquía ahora derrocada que había dominado anteriormente por medio de un poder autoritario. El marxismo-leninismo ortodoxo pre-jruschovita se había decantado en la práctica por la democracia popular, aunque no abandonara la idea de dictadura del proletariado.

Nuestro movimiento marxista-leninista internacional se había formado, en 1964, como una corriente interna del MCI (movimiento comunista internacional) que, ante la controversia chino-soviética, se decantaba por las tesis chinas. Esas tesis fueron presentadas en la Carta del comité central chino del 14 de junio de 1963 (los «25 puntos sobre la línea general del MCI»). Mas ese texto no se entendió como el credo, sino como una posible formulación abreviada de nuestras compartidas posiciones teóricas y prácticas. A su vez, implicaba la defensa de la opinión o doctrina común del MCI inmediatamente antes del XX congreso soviético.

Tratábase, pues, de reivindicar una ortodoxia (aunque no se usara ese vocablo de resonancia religiosa), que era el marxismo-leninismo, no en cualquier interpretación posible, sino en la universalmente compartida por el MCI hasta 1956.

Nuestro movimiento m-l no se perfilaba, al menos inicialmente, como un originalismo o fundamentalismo, porque no era una corriente que preconizara retornar a los orígenes, al margen de la tradición —como, p.ej, el evangelismo protestante quiso, en el siglo XVI, romper con toda la tradición cristiana para regresar (o restituir, en palabras de Calvino) el cristianismo primitivo —una vuelta a empezar que ha sido nota característica de los muchos fundamentalismos evangélicos posteriores. Sería más pertinente que comparásemos la relación entre nuestro movimiento m-l y el comunismo internacional con aquella que con la iglesia católica han tenido ciertos integristas o tradicionalismos, como los «Viejos Católicos» en rechazo al Concilio Vaticano I (y al dogma de la infalibilidad papal), en 1870, y la fraternidad de S. Pío X constituida en torno a Monseñor Marcel Lefebvre y demás recusadores de las innovaciones del concilio Vaticano II (1965). Y baso la comparación en que se trataba de retornar la tradición inmediatamente precedente a un viraje determinante de la ruptura.

Si, al adherirnos al movimiento m-l —en aquellos años de 1963 en adelante—, nos remitíamos a una codificación de la doctrina ortodoxa conforme con la tradición común hasta el momento del viraje, eso era compatible con que, del caudal doctrinal de esa tradición, cada partido recalcara unos aspectos más que otros. Pero no se trataba, en ningún caso, de un reinicio, de una pretensión de saltar por encima de toda esa tradición común para empalmar con una doctrina auténtica que sólo estaría en las fuentes. Esa fuentes podían lícitamente aducirse, pero había que atenerse también a unos cánones hermenéuticos según la tradición común.

Ese canon de la tradición comunista podía asumir cómodamente la mayor parte del legado doctrinal de los clásicos, Marx, Engels y Lenin, pero chocaba con cuatro ideas de éste último autor difícilmente asimilables:

Ciertamente, el estallido de la guerra fría en 1947 determinó una precipitada evolución de las democracias populares, que, aun conservando la misma denominación, perdieron su inicial carácter para convertirse en variantes de dictadura proletaria.

- (1^a) la de de que el estado proletario en seguida iniciaría un proceso de extinción, pasando a ser asumida la gestión de los asuntos por la «sociedad» infraestatal;
- (2^a) la de que, por consiguiente, no haría falta un aparato estatal, incumbiendo a la revolución destruir el preexistente (aunque luego —para colmar la brecha y tener en cuenta la realidad— añadiríamos que se reemplazaría por otro nuevo, no contaminado por los vestigios del pasado reaccionario);
- (3^a) la de que, como parte eliminable de ese aparato estatal, sería abolido el ejército, sustituyéndose por las masas armadas;
- (4^a) la de que el derecho era una superestructura propia de las sociedad de dominio de clase que también empezaría a extinguirse, junto con el Estado, al día siguiente de la toma del poder por el proletariado.

Aunque yo había leído, desde luego, *El Estado y la revolución* de Lenin, la atenta relectura de esa obra del fundador del bolchevismo me suscitará muchos problemas en el período final de mi militancia, 1969-72. No fui el único en percibir la contradicción entre esas tesis de Lenin y el comunismo oficialmente codificado. Otros han sido llevados por esa reflexión a abandonar esa versión canónica. En mi caso, sucederá lo opuesto.¹⁸⁵ Fui el primero (y el último) en decir que no sólo había cometido errores Stalin, sino también Lenin, siendo equivocadas algunas tesis de *El Estado y la revolución*.¹⁸⁶

A pesar de la dificultad que planteaban esas cuatro tesis del marxismo-leninismo originario —de hecho no incorporadas a la dogmática oficializada en el MCI del gran período, años 1935-55—, mi adhesión a esa doctrina —todavía en 1972— era la propia y característica de un dogmático, muy dogmático.

En cambio es dudoso si mis camaradas extraían de la doctrina profesada sus posicionamientos en las 14 cuestiones que he enumerado; y, de ser así, habría que saber a qué nos estamos refiriendo bajo ese rótulo de «la doctrina marxista-leninista». Ellos eran mucho menos dogmáticos que adaptativos, aunque adaptativos —eso sí— no tanto a la realidad española cuanto a las corrientes de moda, o sea a la estela pequinesa aderezada por un ensamblado de opiniones

¹⁸⁵. Al comunismo inicial de los años 20 nunca me sentí cercano. No simpatizaba nada con las tesis de la Internacional Comunista —y, por lo tanto, de los partidos comunistas— anteriores del VII Congreso. Tenía bastante con disculpar tales disparates como inevitables, dadas las circunstancias de la época. Los eslóganes de «el poder a los soviets» y «clase contra clase» iban en contra de la doctrina según la versión recibida. Tampoco el rótulo de «dictadura del proletariado» me resultaba especialmente atractivo; dudo haberlo usado en mis propios escritos (como no sea, tal vez, en el *Curso de cuadros medios* escrito en el verano de 1965).

¹⁸⁶. El camarada Alfonso Graiño, retomando una idea de Lenin, adujo que, frente a la existencia de un ejército al servicio del pueblo, lo que había que proponer era el pueblo en armas. En el primer borrador del ensayo sobre la guerra así lo había escrito. Yo critiqué esa idea, siendo ése el contexto en el que dije que tal punto de vista de Lenin había sido un error. No quedó muy convencido, pero, con ánimo conciliatorio, en una versión posterior cambió la frase por una de este tenor —aproximadamente—: «se necesita el pueblo en armas, o sea un ejército popular», ambigua fórmula de compromiso. Creo que así quedó en la versión final.

comunes en los medios *quartier latin* y similares: eurocentrismo,¹⁸⁷ tendencia trosquistizante, ultrarrevolucionarismo, sesentaiochismo.

Capítulo 14.— Nuestra actitud hacia la política del PCE en la guerra civil de 1936-39

Voy a precisar en este apartado el alcance de la **4ª divergencia**. La postura mayoritaria se reflejará en el folleto *La guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra el fascismo: Análisis crítico*, Ed. Vanguardia Obrera, 1974.¹⁸⁸ Voy a resumir su contenido apostillando seis de sus 10 conclusiones (pág^{as} 109-11): la 1ª, la 2ª, la 3ª, la 6ª, la 7ª y la 9ª.

EL PROBLEMA DE LA HEGEMONÍA DEL PROLETARIADO

La primera conclusión reza así: «Sin la hegemonía del proletariado, a través de su partido, un frente unido revolucionario no puede mantener su unidad ni conducir al pueblo a la victoria».

Tesis falsa. Ha habido victorias revolucionarias no conducidas por el proletariado: en el siglo XX (para no hablar de las anteriores) las de Argelia, Cuba, Nicaragua, Indonesia —contra el Reino de Holanda (1949)—, Zimbabue, Angola, varios países árabes, etc. Caritativamente podríamos sobreentender algo así como «en las condiciones actuales de un país como España», lo cual vendría a dar como resultado esta tautología: cuando se dan condiciones tales que sólo la dirección del proletariado puede llevar a la victoria, entonces sólo la dirección del proletariado puede llevar al pueblo a la victoria».

Dejando de lado que es una tesis falsa, la hegemonía puede entenderse de dos modos por lo menos. La palabra «hegemonía» viene del griego, donde significa: conducción (la acción de ir por delante o abriendo el camino). Hay una conducción coercitiva como la del jinete que guía a su montura. Y hay una conducción persuasiva, como la del maestro que guía a sus discípulos. Tenemos, así, dos estilos principales de guía o conducción (hegemonía):

- (1) el de tipo mecánico, tosco, burdo; éste es el que subyace a todo ese documento, que la concibe como señorío, donde uno, el hegemón, manda y los demás, los sujetos de su hegemonía, obedecen;

¹⁸⁷. El eurocentrismo tenía una honda raigambre en el marxismo originario y hasta en el leninismo, aunque en parte la trayectoria de Lenin sea un emanciparse paulatinamente de esa miopía, habiendo sido él uno de los marxistas que más temprano descubren la importancia revolucionaria de Asia. Su rechazo al eslogan de Trosqui de los estados unidos de Europa es una prueba más de su planteamiento mundialista. El bolchevismo en el poder irá acentuando esa evolución. Si el marxismo-leninismo se hubiera quedado estancado en 1917, podría considerarse eurocéntrico (aunque ya entonces matizadamente). Muy distinta es la doctrina codificada según el canon que siguió al VII congreso de la Internacional Comunista de 1935 (y, en ese aspecto, ya mucho antes). Por otro lado, a la altura de 1970, mezclar ese eurocentrismo —propio de cincuenta o sesenta años atrás— con el maoísmo, que era vehementemente asio-céntrico, daba una combinación totalmente incongruente.

¹⁸⁸. La versión que he manejado no exhibe fecha alguna. La de 1974 la tomo de un número de referencias en la web. Otras ofrecen la de 1976, mas debe tratarse de una mera reimpresión o, a lo sumo, de una segunda edición.

(2) el sutil, que se consigue con el prestigio (con la *auctoritas* en el sentido latino originario), la influencia, que hay que ganarse a pulso con trabajo, con el buen ejemplo, con la reputación.

Esto último fue lo que hizo el PCE durante la guerra de 1936-39. Conquistó la hegemonía proletaria a fuerza de sacrificio, heroísmo, perseverancia, lealtad a las instituciones legales e inasaltable moral republicana.

Es sabido que el líder comunista italiano Antonio Gramsci elaboró unas consideraciones sobre el concepto de hegemonía que sus exégetas han desarrollado mediante interpretaciones diversas, pero que, en general, subrayan que la hegemonía no es dominación; sería más bien una primacía que se realiza en el campo intelectual e ideológico mediante una labor de consenso y de alianza (el célebre «bloque histórico»), no de coacción o fuerza. Gramsci piensa que esa hegemonía puede y debe alcanzarla el proletariado antes de tomar el poder y que, después, ha de seguir esforzándose por mantenerla y afianzarla.¹⁸⁹ Según ese concepto, no sólo la hegemonía no se ejerce por las malas, sino que se pierde cuando uno olvida que a los aliados (sobre los cuales se trata de establecer la anhelada hegemonía) hay que persuadirlos o seducirlos.

Al margen de las particularidades de esa noción y de su uso en el contexto del del filósofo italiano, está claro que, si en la tradición leninista se ha usado esa palabra, «hegemonía» (en asociación —pero también en alternancia— con otras como «dirección») es por algo. No se impone la hegemonía al enemigo y sí se trata de dominarlo. En mayor o menor grado, explícita o implícitamente, siempre esa noción de hegemonía ha vehiculado un sentido de atracción y de convicción.

EL RESPETO A LA LEGALIDAD REPUBLICANA

Paso a **la segunda conclusión** del documento aquí comentado, que era ésta: «No hay que aferrarse a las formas de poder establecidas [...] [sino actuar] forjando nuevos cauces de Poder popular». Una frase típica del desprecio de la camarada Helena Ódena a la legalidad, a los cauces ajustados a derecho —ya fuera en el interior de la organización o hacia afuera.¹⁹⁰

¹⁸⁹. Cae fuera de los límites de este ensayo entrar en tales análisis —por otro lado un poco sujetos a la fantasía de los intérpretes, dado el carácter a menudo alusivo y crítico del principal escrito de Gramsci: su obra en cuatro volúmenes *Quaderni del carcere*, Turín: Einaudi, ed. V. Gerratana, 1975. En esa obra se elabora la noción de hegemonía intelectual —esp. t. I, pp. 40-41 y t. III, p. 2010-11, aunque en realidad el concepto viene abordado, de diversos modos, en muchos otros pasajes de esos cuatro volúmenes. V. Maria-Antonietta Macciocchi, *Pour Gramsci*, París: Seuil, 1974, pp. 158ss, esp. p. 165. Tengo para mí que las palabras del marxista italiano han sido a veces sacadas de quicio, hinchadas y convertidas en el sibilino pronunciamiento de un oráculo, indefinidamente glosable —mediante un método hermenéutico algo abusivo— hasta transformar en una gran teoría lo que era un simple apunte.

¹⁹⁰. V. al respecto el apartado siguiente sobre nuestra adicional discrepancia acerca del respeto a la norma estatutaria.

Esa segunda conclusión era también totalmente errada. El PCE, al firmar el pacto del frente popular,¹⁹¹ había adquirido el compromiso de adherirse a la Constitución republicana de 1931, a la República de trabajadores de toda clase, respetando sus instituciones legales. No podía, según le conviniera o según sirviera para incrementar la hegemonía proletaria, unas veces respetarlas y otras violarlas («no aferrarse» a ellas). Estaba en juego la palabra empeñada. Ni podía enarbolar frente al enemigo fascista la bandera de la República y la defensa de sus formas de poder y, a la vez, saltarse los cauces legales —aunque sí podía, pudo y lo hizo, adelantarse, por razones de urgente necesidad, a las decisiones legales, creando el V Regimiento y tomando otras disposiciones de lucha contra la sublevación antes de que el Gobierno legal las diera por válidas.

POLÍTICA DE CONCESIONES

La tercera conclusión era: «La política de concesiones de principios (se pueden hacer concesiones secundarias), de vacilaciones y de ‘no asustar’ no conducen más que [...] a la derrota». Lo que aquí se defiende es el maximalismo, la política de no hacer ni una sola concesión importante. Porque ¿qué concesiones son «de principios»? ¿Cuál es el concepto de *principio* que se usa aquí y cuál el criterio para saber si una concesión es de principios o no?

Una de dos: o bien (1) se está diciendo la tautología de que no se deben hacer concesiones de principio, entendiendo por «concesión de principio» aquella que no se debe hacer; o bien (2) hay que entender, por el contexto, el concepto de «concesión de principio» como cualquier concesión no-secundaria, o sea cualquier concesión importante.

Ahora bien, sólo es posible un frente unido con otras fuerzas y corrientes si se les hacen concesiones importantes (de principios) y si se esfuerza uno en no asustarlas. En el fondo lo que confirma esta conclusión es que la mayoría de la dirección del PCEml, aunque hablara de un frente unido, lo entendía como una simple tapadera del propio partido, un instrumento dócil, no estando dispuesta a hacer ninguna concesión importante a nadie ni renunciando a asustar a todos, incluso a los aliados.

Además, la política y la vida son evolutivas y requieren adaptación y flexibilidad. No basta haber trazado una línea justa y, al optar por ella, haber hecho ya unas concesiones (de principio) con respecto a unas metas a las que, de no ser por las circunstancias, uno hubiera aspirado legítimamente. Además de eso, ante el constante cambio de circunstancias, la vida individual y colectiva nos fuerzan a adaptarnos, a renegociar los compromisos, a pedir nuevas cosas a nuestros amigos y también a hacerles nuevas concesiones; si no, nos quedamos solos. Eso cualquier individuo inteligente lo sabe, actuando según esa pauta en el trabajo, en los círculos que frecuente, incluso en el restringido ámbito de la familia. Con el lema «¡Ni una concesión más!» —o cualquier variante de la misma— no se

¹⁹¹. En ese Pacto, firmado el 15 de enero de 1936, se proclamaba la defensa del Estado republicano y de su régimen constitucional, exigiéndose restablecer plenamente el imperio de la Constitución junto con «el respeto más riguroso a los principios declarados en» la misma. Y está claro que aquello que se exige es también algo a lo cual uno se compromete.

va a ninguna parte. El PCE, durante la guerra de 1936-39, actuó correctamente haciendo concesiones y tratando de no asustar a sus aliados e incluso de ampliar la alianza —para lo cual justamente quiso hacer, con razón, nuevas concesiones a otros posibles aliados, sin asustarlos.

¿HACERLO TODO A TRAVÉS DEL FRENTE UNIDO?

La sexta conclusión era la de que el partido no puede pretender hacerlo todo a través del frente unido y que debe conservar su independencia dentro de él, realizando por su cuenta las medidas necesarias, incluso sin contar con sus aliados. Ese aserto encierra dos partes. La una es verdadera pero banal; la otra es falsa.

Que el partido, dentro del frente, tiene sus propias tareas y su fisonomía, eso es verdad. Y ésa fue la política del PCE durante la guerra. Que deba tomar medidas necesarias él solo, sin contar con sus aliados, es equívoco: si ello es indispensable por razones de urgencia o si el tomar esas medidas no va a dañar la alianza, lo concedo; en caso contrario, lo niego.¹⁹²

LA ESTRATEGIA MILITAR: ¿GUERRA DE GUERRILLAS? ¿GUERRA DE MOVIMIENTOS?

La séptima conclusión era que, sin un ejército popular encabezado fundamentalmente por el partido comunista no se puede lograr el triunfo en una guerra popular revolucionaria; y que para eso ha de estar formado fundamentalmente por voluntarios y contar con un amplio movimiento guerrillero.

Tras la tautología aparente de la primera parte de esa conclusión se esconde el error: el concepto que se vehicula con la palabra «encabezado». Hay muchos modos de encabezar. Está el encabezamiento de prestigio, de guía, de influencia, que se gana con el buen trabajo y el ejemplo. Y está el encabezamiento del mando y de la jerarquía que separa al superior del inferior o subordinado (subalterno). El primer tipo de encabezamiento fue el que practicó el PCE con relación al ejército republicano en 1936-39. La mayoría de la dirección del PCEml se decantaba (en 1972) por el segundo tipo de encabezamiento.

Peor es lo que viene después. Según eso, un ejército de conscripción no puede ganar una guerra revolucionaria. Los contraejemplos son claros: la guerra de la revolución francesa contra sus enemigos internos y externos en 1793-95; la guerra de la Unión Soviética contra la Alemania nazi en 1941-45 y contra el Imperio Japonés en 1945. Y muchas otras.

Fue una medida legítima la decisión del gobierno republicano español de que se incorporasen a filas los mozos obligados a ello por el deber de prestar el servicio militar para engrosar el ejército popular que defendió la legalidad durante tres años, 1936-39.

¹⁹². Este reproche carecía de fundamento. V. este extracto de un discurso de Dolores Ibarruri, la Pasionaria, cit. por Ángel Viñas, *El honor de la República*, Barcelona: Crítica, 2009, p. 374: «nosotros tenemos nuestra política independiente de partido ... no hemos arriado nuestras banderas revolucionarias»; el discurso rechaza que «las revolucionarias aguas agitadas por la guerra sean encauzadas por las viejas acequias del año 31». (Mitin en la conferencia provincial de Madrid del PCE, 1938-01-07.)

Que el movimiento guerrillero hubiera podido y debido jugar en la guerra civil española un papel muchísimo mayor del que jugó es una hipótesis arriesgada pero que juzgo verosímil, aunque requeriría un estudio basado en conocimientos técnicos de que yo carezco.

Aquí, sin embargo, las conclusiones que estoy comentando dicen mucho menos que el cuerpo del folleto, que alega extensamente que el desenlace bélico habría cambiado si —en lugar de llevarse a cabo las campañas militares en forma de guerra de posiciones— se hubiera adoptado la estrategia de una guerra de guerrillas en la retaguardia enemiga junto con una guerra de movimientos.

¿Era válido ese argumento? Ninguno de los miembros de la dirección del PCEml en los años 70 era competente para formular tales juicios. Ni tampoco manejaba fuentes o tenía datos que —aun prescindiendo de nuestra total incompetencia estratégica— avalara seriamente tal conclusión, salvo algo que había escrito el camarada Enrique Líster —desde luego infinitamente más capacitado que nosotros para opinar. Ninguno de nosotros conocía ni una palabra ni de estrategia ni de táctica militar.

Poco peso podía tener el argumento de que la guerra de guerrillas contra Napoleón había alcanzado el triunfo en 1808-1814. Ninguno de nosotros tenía elementos de juicio para saber si en la España de 1936-39 hubo condiciones adecuadas para una guerra de guerrillas comparable a la de 1808-14 ni, menos aún, para basar en esa hipótesis otra mucho más osada: la de que así se hubiera podido ganar la guerra sin sostener una guerra de resistencia territorial desde las trincheras. Posiblemente la experiencia soviética de la II guerra mundial prueba que, en ciertas condiciones, las guerrillas en territorio enemigo son combinables con la lucha en el frente.

De todos modos, hay que tener en cuenta que, al estallar la guerra en julio de 1936, el partido comunista era numéricamente muy débil y todavía más en las zonas rurales que quedaron en manos de los sublevados, con poquísimas excepciones; tras el exterminio desencadenado en esas zonas por los monárquicos y militares, dudo que sobrevivieran muchos campesinos de ideas afines a las de los comunistas —pues varias de esas comarcas quedaron entonces casi despobladas y devastadas. De haber sido viable impulsar un fuerte movimiento guerrillero en la retaguardia enemiga, la tarea hubiera debido ser asumida por el propio Gobierno nacional y por fuerzas políticas que tenían una implantación mucho mayor en esas zonas antes de la sublevación (anarco-sindicalistas, republicanos y socialistas).¹⁹³

Las posibilidades de tales guerrillas eran, seguramente, limitadas; pero, sobre todo, no podía el partido comunista emprender esa tarea en solitario; si algunos de sus aliados hubieran echado una mano, se habría podido hacer. La gran diferencia entre la España de 1936-39 y la Rusia de 1941-45 es que allí, no aquí,

¹⁹³. En el caso de Cataluña, tal vez se hubiera podido y debido preparar una imponente lucha guerrillera para actuar en las zonas ocupadas por el enemigo. Pero la dirección del PSUC compartió —aunque quizá atenuadamente— la tendencia capituladora común en el *establishment* político catalán a partir del verano de 1938.

el partido comunista estaba en el poder al empezar la guerra y, además, estaba en un poder consolidado por 23 años de dominio y varios planes quinquenales.

En su libro *El honor de la República* (Barcelona: Crítica, 2009, p. 248) Ángel Viñas señala al respecto:

¿Y qué decir de las tan cacareadas guerrillas? [...] la finalidad de la guerra de guerrillas es desgastar al enemigo mediante acciones imprevistas, basadas en la superioridad local y en el apoyo de la población. [...] Ya desde el principio se intentó la lucha guerrillera. El propio Rojo ordenó su puesta en práctica a partir del Quinto Regimiento. En otoño de 1936 llegaron consejeros soviéticos que organizaron partidas o «destacamentos guerrilleros». [...] Pero lo cierto es que no dieron mucho de sí, fuera de éxitos locales, a veces considerables, y que las operaciones de tal tipo hubieron de dejar paso a la guerra más convencional, frente a un ejército como el de Franco que operaba de forma convencional y estaba muy bien dotado de hombres y material. [...] ¿Pudo hacerse mucho más? Líster afirma que sí, sobre todo al principio. ¿Pudieron constituir el eje de la guerra? La respuesta es no. [...] Las imágenes románticas de la lucha contra Napoleón y del pueblo en armas no fueron un precedente de las acciones de 1937-1938. La guerra de guerrillas requería otras condiciones.

Viñas está refutando la tesis de Antony Beevor.¹⁹⁴ En rigor, sin embargo, Beevor concede unas posibilidades muy limitadas a las acciones guerrilleras. He aquí lo que afirma al respecto (pp. 678-9):

Todo esto nos lleva a pensar que para dirigir la guerra de un modo más eficaz hubiera sido útil combinar una estrategia fuertemente defensiva con ataques cortos, rápidos, de tanteo, en puntos distintos para confundir a las tropas nacionales. Los tanques del ejército popular tendrían que haber constituido una reserva blindada lista para contraatacar ante cualquier penetración que hubieran intentado los nacionales. Lo que no podía hacer la República era abandonar sin más las tácticas ortodoxas de la guerra por acciones heterodoxas, como soñaban algunos milicianos idealistas. Y es que no existían las condiciones para llevar a cabo una guerra de guerrillas generalizada. Las zonas más propicias, con el terreno más adecuado, no eran suficientes para haber hostigado a las tropas nacionales hasta neutralizarlas. Lo que sí es cierto es que, en los frentes peor defendidos, las acciones de comando podrían haber entretenido a grandes contingentes nacionales ...¹⁹⁵

Creo que la tesis de Beevor es enteramente correcta y exacta. Voy a presentar mis argumentos unos párrafos más abajo. Al margen de cuán brillantes fueran o dejaran de ser las posibilidades guerrilleras, estoy en desacuerdo con Viñas en su defensa de la estrategia del general Rojo. No es por defender esa estrategia —a mi modo de ver errónea— sino por otra razón, totalmente distinta, por lo que considero infundado el reproche vertido en el folleto del PCEml que estoy comentando contra la línea del PCE en 1936-39, a saber: el de no haber efectuado una guerra de movimientos sino de posiciones.

¹⁹⁴. *La guerra civil española*, Barcelona: Crítica, 2005 (trad. G. Pontón).

¹⁹⁵. Beevor llama «nacionales» a los sublevados en aras de objetividad, usando su propia autodenominación.

El error (no del PCE —que poco papel pudo jugar en eso— sino del estado mayor del ejército, y concretamente de su cerebro, el general Rojo) fue justamente obcecarse en una guerra de movimientos (las cuatro imprudentes ofensivas de Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro)¹⁹⁶ para la cual la República Española no tenía:

- ni medios materiales: pese a la gigantesca ayuda militar rusa (que puso en combate equipo técnicamente superior, en algunos casos, al de la industria alemana), nuestro ejército siempre estuvo en inferioridad material frente al de los enemigos;
- ni dirección estratégicamente capacitada: nuestro alto mando carecía de preparación y seguía como dogmas lo que había aprendido: las enseñanzas de la escuela militar francesa, sin haber estudiado otras doctrinas ni las guerras recientes (las de Grecia/Turquía, China/Japón, el Chaco y Abisinia); Rojo era un estratega convencional y poco adaptativo; reveló escaso sentido de la realidad que tenía que manejar; en tales condiciones se imponía la prudencia, que llevaba a la guerra de trincheras, con la divisa de durar lo más posible;¹⁹⁷
- ni experiencia, porque España, país pacífico (en general), sólo se había involucrado en dos conflictos bélicos en tiempos recientes: la agresión lanzada por EE.UU contra nuestras provincias de Ultramar (1898) y la del Rif, cuya experiencia sólo aprovechaba a los sublevados (que lograban congregar a los colonizadores peninsulares y a los indígenas que enrolaron);
- ni material humano: aunque poco a poco se iba constituyendo un ejército popular, éste pasó de la nada (julio de 1936) a una realidad esbozada o en ciernes, sin llegar nunca a ser un verdadero ejército (salvo nominalmente).¹⁹⁸

¹⁹⁶. Una consideración pormenorizada sería menester para determinar en qué medida se aplica mi reproche a ciertas operaciones ofensivas de menor calado, como las de la Serena (en Extremadura) y la de Peñarroya (5 de enero de 1939). Sobre este tema, son interesantes los trabajos de Gabriel Cardona (cuyas tesis no coinciden forzosamente con las mías, pero en cambio se basan en unos conocimientos sólidos —y las mías no); esp. *Historia militar de la guerra civil: Estrategia y tácticas de la guerra de España*, Barcelona: Flor del Viento, 2006.

¹⁹⁷. Mientras que el ejército franquista estuvo siempre rígidamente encuadrado por militares profesionales en número considerable (tanto españoles como extranjeros), sólo unos 2.000 militares de carrera —de los que figuraban en el *Anuario militar* de 1936— se incorporaron al ejército popular. Muchos de ellos eran traidores; otros se inclinaban al capitulacionismo en alguna medida. Una de las labores de los comisarios políticos era la de vigilarlos. De haber podido continuar la resistencia más tiempo, seguramente hubiera sido menester ir prescindiendo de la mayoría de esos oficiales, no compenetrados con la causa del pueblo español.

¹⁹⁸. El propio general Rojo lo reconocerá así en su libro *Alerta a los pueblos* (Buenos Aires, 1940; cit. por Carlos Fernández, *Tensiones militares durante el franquismo*, Plaza & Janés, 1985, p. 154): «Si hubiésemos triunfado nosotros, se hubiese venido al suelo el arte de la guerra, porque habríamos demostrado cómo una masa que se llama Ejército, sin haber logrado una organización; sin cohesión, porque aún no responde fielmente a los resortes de la obediencia y de la colaboración; sin unidad moral; sin grandeza de aspiraciones en algunos dirigentes, que anteponen intereses personales o partidistas a los de la masa popular; sin medios materiales adecuados para hacer la guerra; sin instrucción, porque no puede improvisarse la de más de un millón de hombres; sin técnicos, etc; una masa así, decimos, habrá vencido a tropas donde se revelan características

Si la guerra hubiera durado más —digamos un par de años más—, el ejército republicano habría llegado a existir de veras. Mientras tanto, ese ejército era más una promesa que una realidad, con disciplina incipiente y no consolidada, con soldados sin experiencia ni fogueo y con mandos: improvisados e inexperimentados, los unos; potencialmente traidores, los otros (porque la conducta de muchos militares profesionales que permanecieron en la zona republicana obedeció al determinismo geográfico, nada más, mostrando tendencias a la conchabanza con el enemigo a medida que éste avanzaba).

¿No había nada que hacer? Sí. Podíamos resistir, atrincherarnos, blindar el frente, retroceder palmo a palmo, morir matando, hacer pagar carísimo al enemigo cada palmo de terreno; y así guardar un territorio nacional hasta que estallara la guerra mundial, como se sabía que iba a estallar. En suma, hacer lo que recomienda haber hecho A. Beevor: una estrategia defensiva.

El ejército republicano hubiera debido renunciar por completo a las ofensivas —que le salieron carísimas y que, en el mejor de los casos (dada la correlación de fuerzas), sólo podían ser victorias pírricas. Hubiera debido consagrarse a atrincherar y fortificar al máximo todo el frente, con varias líneas defensivas escalonadas (ésta sí era una idea acertada de Rojo; las operaciones ofensivas impidieron dedicar suficientes esfuerzos a esa tarea de fortificaciones). Y así ralentizar al máximo el avance de los enemigos de la Patria.¹⁹⁹

Resistir era vencer. ¿Qué habría pasado sin el tremendo desgaste de las cuatro grandes ofensivas (a la postre todas infructuosas —en suma derrotas pírricas más que victorias)?²⁰⁰ El ejército republicano hubiera tenido una fuerza enorme, apoyado en unas trincheras blindadas, en una fortificación a conciencia del frente, para dificultar de tal manera el avance fascista que ni en 1939 ni en 1940 habría podido el enemigo conquistar todo el territorio nacional; y así se habría cumplido el vaticinio del Dr. Negrín de empalmar y unir la guerra española con la guerra mundial.

Nuestra guerra era de resistencia. Había que resistir. Teníamos medios para resistir. Resistir a la defensiva. Teníamos también medios para algunas contraofensivas, en espacios donde el enemigo se alejaba de sus bases. De esas

totalmente opuestas. Franco venció porque lo exigía el arte militar, la ciencia de la guerra». Sí, lo exigía. Pero la victoria le hubiera podido costar, en vez de tres años, cuatro, cinco, seis o más, y entonces, inevitablemente, nuestra guerra habría empalmado con la II guerra mundial; y así, al capitular Alemania, se habría restaurado la República en España.

¹⁹⁹. Aun en la concepción de la táctica de fortificaciones los asesores de la Internacional Comunista en España reprocharon a Rojo actitudes incomprensibles y, en ocasiones, inconcebible desatención o incluso desdén por esa tarea. Desconozco en qué medida sea justo el reproche.

²⁰⁰. Carlos Blanco Escolá (en *La incompetencia militar de Franco*, Madrid: Alianza, 2000, p. 428) afirma: «Aun a sabiendas de que la República no contaba todavía, en diciembre del 37, con un Ejército debidamente organizado, disciplinado e instruido, el general Rojo había decidido poner en marcha su contragolpe estratégico en Teruel; son muchos los historiadores que han criticado esta decisión, pero cabe preguntarse si acaso se le ofrecía al general otra opción mejor». Trataríase de parar el temido enésimo ataque a Madrid. Contesto: Madrid ya se había defendido triunfalmente varias veces, con la defensiva y la contraofensiva (que no es lo mismo que el contragolpe); y podía hacerlo una vez más. Una y muchas veces más.

contraofensivas ganamos tres: las de la Carretera de la Coruña, el Jarama y Guadalajara. Perdimos el resto porque el ejército español se había desgastado en las quiméricas operaciones ofensivas.

Frente a mi tesis pueden formularse seis objeciones:

1ª objeción: con la defensiva pura no se puede ganar una guerra.

Respondo: la guerra de España no podía ganarla la República militarmente. Su única salvación era ganarla como Chiang Kai-shek ganó en China la guerra contra la agresión japonesa: replegándose, cediendo el menor territorio posible, durando, resistiendo a la defensiva, aguantando el asedio hasta que el conflicto internacional derrotara a sus enemigos. Ésa era la línea política del Dr. Negrín, plenamente justa. Pero su plasmación militar no lo fue, porque el general Rojo adoptó una estrategia bélica de operaciones ofensivas como si la guerra se pudiera ganar militarmente.

2ª objeción: con un ejército popular a la defensiva, les hubiera sido fácil a los fascistas horadar las fortificaciones fronterizas por aquí o por allá, abriendo un boquete por donde habrían irrumpido en la zona republicana.

Respondo: la estrategia defensiva no excluye la contraofensiva, los contrataques (como los que se efectuaron en Guadalajara, el Jarama, la carretera de la Coruña, en 1936-37, y en Valencia, en julio de 1938). Lo único que excluye es la ofensiva. Para eso está la movilidad de fuerzas: para acudir rápidamente adonde se produce una ofensiva enemiga que perfora el frente, a fin de repelerla, colmar la brecha y hostigar entonces al enemigo con operaciones de distracción, aprovechando sus pérdidas.

3ª objeción: así se hubiera dejado la iniciativa al enemigo.

Respondo: justamente fue una equivocada obsesión de los militares profesionales del ejército popular (seguidos en eso por el ingenuo entusiasmo de muchos oficiales bisoños de origen miliciano) ese afán de iniciativa. En una guerra de resistencia no hay que querer tener la iniciativa. Es una guerra a la defensiva. Quien tiene la iniciativa no lleva las de ganar, sino las de perder, a menos que posea la superioridad.

4ª objeción: esa estrategia defensiva va en contra de un viejo principio del arte bélico formulado en el siglo VI antes de Cristo por Sun Tzu en *El arte de la guerra*: atacar al enemigo donde éste es débil, donde no está bien preparado y donde no se lo espera.

Respondo: ese principio no es válido para una guerra de resistencia en la que no cabe atacar (salvo pequeños ataques puramente tácticos, a los cuales, desde luego, se aplica el principio de Sun Tzu).

5ª objeción: Esa estrategia defensiva pura es similar a la que llevó al fracaso a Francia en la primavera de 1940: se había parapetado en la Línea Maginot, previendo así una larga campaña de defensa. Pero los alemanes atacaron por Bélgica, irrumpieron por las Ardenas, tomando Sedán —que ya desbordaba por el

Oeste la citada línea de fortificaciones; desde esa brecha lanzaron una audaz guerra de movimientos que derrotó rápidamente al ejército francés.

Respondo: probablemente hubo traición en el alto mando francés, que simpatizaba con Hitler —igual que la mayoría de los círculos de la alta burguesía gala. Los patriotas, que secundarán la acción del general de Gaulle y la *France Libre* (18 de junio de 1940) fueron sólo un puñado, aunque después irán ganando respaldo en las masas. (Como mínimo había, si no traición, al menos derrotismo y desgana.) Por otro lado, había sido un error no prolongar la Línea Maginot hasta el Atlántico, confiándose en una alianza con la monarquía belga que flaqueó.²⁰¹

6ª objeción.²⁰² La defensiva pura fracasó en Guipúzcoa, Extremadura y Castilla la Nueva, no impidiendo que las columnas coloniales y legionarias se aproximaran a la capital; y resultó eficaz en el Cantábrico en 1937.

Respondo: las operaciones anteriores a noviembre de 1936 enfrentaban a un ejército sublevado con un no-ejército, con unas milicias poco organizadas auxiliadas por un armazón militar desarticulado. No había frente estable.

Después de noviembre de 1936 —y sobre todo desde el verano de 1937— no sólo hubo (en formación) un ejército popular, sino, sobre todo, existió un frente estable, que era una frontera militar entre dos Estados, entre dos países: la España oriental y la España occidental —o la España citerior y la España ulterior—; cada una de ellas con su denominación (República Española/Estado Español), su gobierno, su territorio —en parte mantenido con estabilidad a lo largo de la contienda—, su capital, su bandera, su himno, sus instituciones, su administración, su ordenamiento jurídico, su ejército, su marina de guerra y mercante, su Banco emisor, sus vías de comunicación, sus universidades, su prensa, su radiodifusión, su propio cuerpo diplomático —presente en legaciones, consulados y embajadas—, su mentalidad, sus valores, su consenso, su ciudadanía —en buena medida movilizadas por un sentimiento de lealtad, aunque estuviera geográficamente determinado y se alcanzara bajo coacción.

Eran dos sociedades distintas, diferenciadas en los órdenes demográfico, socio-económico y antropológico. La España oriental abarcaba las tres grandes ciudades del país y sus principales comarcas fabriles (al principio todas ellas; Vasconia cayó pronto en manos del enemigo). Su población tenía una gran componente de obreros y jornaleros, a diferencia de la España occidental donde predominaba el campesinado y donde la población urbana (minoritaria) era, prevalentemente, artesanal y de servicios. Los índices de religiosidad eran mucho más elevados en la España occidental (ya al margen de que en la zona republicana la práctica religiosa sólo se practicó en privado durante la guerra, y aun eso en escasa medida).

²⁰¹. V. Robert Young: «*La guerre de longue durée: Some Reflections on French Strategy and Diplomacy in the 1930's*», en A. Preston (ed.), *General Staff and Diplomacy before the Second World War*, Londres: Croom Helm, 1978, p. 47). Sobre las fallas e insuficiencias de la Línea Maginot v. Richard Overly & Andrew Wheatcroft, *The Road to War*, Londres: Macmillan, 1989, pp. 114-5. Su conclusión es ésta: «Lo que falló no era la concepción de la Línea Maginot, sino su ejecución».

²⁰². V. Viñas, *loc.cit.*

El agro era también diferente de una España a la otra: mientras que la oriental acaparaba la producción de cítricos y arroz, siendo preponderante en la de hortalizas, uvas y aceitunas, la occidental comprendía la mayor parte de las grandes superficies cerealeras —especialmente de los campos trigueros— y también en ella estaba lo principal de la ganadería y de los tubérculos, las leguminosas y las frutas. La densidad de población era muy diversa. Donde más se notaba la distancia que separaba a las dos Españas entre sí era en el ambiente ideológico de sus respectivas intelectualidades, que seguían pautas diametralmente opuestas, con tradiciones divergentes (cuya única coincidencia era la común referencia a la lucha anti-napoleónica de 1808-14). Un observador externo e ignorante que viajara por la una y luego por la otra habría sacado la impresión de que eran dos países escindidos siglos atrás para desarrollar, cada uno, su propia idiosincrasia.

La estructura social también era radicalmente diversa: en la España oriental desapareció la gran propiedad, se creó un amplio sector estatal de la economía, al que se añadían la propiedad cooperativa y la pequeña y mediana propiedad privada; las relaciones laborales estaban presididas por avances sociales y participación de los trabajadores en el control. En la España occidental se restableció, en toda su pujanza, el latifundismo más ostentoso (Salamanca, Extremadura, Andalucía occidental), conservando —y acrecentando— su poderío la oligarquía financiera, a la vez que (a pesar de las vagas promesas del Fuero del Trabajo) se imponía la omnipotencia patronal y se anulaban los avances sociales (aunque, años después de su victoria en 1939, los triunfadores tendrán que volver en eso sobre sus pasos).

De las 50 capitales de provincia españolas (a las que hay que sumar las ciudades de Ceuta y Melilla y las pequeñas posesiones coloniales de Guinea, el Sájara y el Rif), 10 capitales estuvieron en la zona gubernamental durante los 32 meses de guerra: Almería, Jaén, Murcia, Albacete, Alicante, Valencia, Cuenca, Ciudad Real, Madrid y Guadalajara. Cinco más se perdieron en el último año del conflicto: Castellón²⁰³ y Lérida²⁰⁴ (perdidas en 1938) y las otras tres capitales catalanas en enero-febrero de 1939.²⁰⁵ En 1937 se habían perdido tres: Málaga, Santander y Bilbao. Seis ya se habían perdido en los primeros meses de guerra: San Sebastián, Cáceres, Badajoz, Huelva,²⁰⁶ Oviedo²⁰⁷ y Toledo. Teruel fue la única que brevemente fue ocupada por el ejército republicano (1937-38). Los dominios africanos más las otras 25 capitales estuvieron en manos de los sublevados durante toda la guerra: Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, León,

²⁰³. Cae el 15 de junio de 1938.

²⁰⁴. Cae el 3 de abril de 1938.

²⁰⁵. Hay que agregar la isla de Menorca, que fue republicana hasta que, aprovechándose de la ofensiva fascista en Cataluña, una intervención de la armada del Reino Unido impuso a los isleños capitular, bajo la coacción, el 9 de febrero de 1939.

²⁰⁶. Huelva estuvo parcialmente en poder de los sublevados desde el alzamiento; las bolsas de resistencia republicanas serán liquidadas a mediados de septiembre de 1936.

²⁰⁷. Oviedo cae en manos de los rebeldes el 21 de julio de 1936.

Zamora, Salamanca, Valladolid, Palencia, Huesca, Zaragoza, Pamplona, Vitoria, Burgos, Logroño, Soria, Segovia, Ávila, Córdoba, Cádiz, Sevilla, Granada, Palma de Mallorca, Las Palmas y Santa Cruz.

Ese panorama nos muestra la gran estabilidad del frente —que fue mucho más que eso, como ya lo he dicho: fue la raya divisoria entre dos Estados y entre dos civilizaciones (como el *limes* que los romanos consiguieron mantener contra los bárbaros durante varios siglos —con su estrategia defensiva—, siguiendo los cauces del Danubio y del Rin).

Las provincias cantábricas no podían defenderse en 1937 por muchas razones; constituían un enclave de la España oriental en la occidental. Pero una firme estrategia defensiva hubiera permitido la paulatina consolidación del ejército republicano en la España oriental, imposibilitando que Franco ganara la guerra.

Cerrando ya esa tanda de seis objeciones y sendas respuestas, agregaré que no se me escapa que Beevor emite sus opiniones como un elemento más de su anticomunismo radical. Pero en lo que lleva razón, la lleva. Y, de todos modos, quien decidió la estrategia de ataques fue el Estado Mayor del ejército republicano,²⁰⁸ encabezado por el militar profesional conservador y católico, general Vicente Rojo²⁰⁹ —no el partido comunista ni los asesores rusos.²¹⁰

²⁰⁸. Recuerda Ángel Viñas (*op.cit.*, p. 247) que las ofensivas más aventureras las había planeado —en 1936-37— el general de infantería Asensio Torrado (subsecretario de guerra bajo la presidencia de Largo Caballero y futuro adherente a la Junta capituladora del coronel Casado, en marzo de 1939).

²⁰⁹. A pesar de sus limitaciones como estratega y de su falta de experiencia, el comandante Vicente Rojo —ascendido durante la guerra a coronel y luego a general— era un hombre inteligente, culto y honesto. Como tantos otros líderes de la España leal, cayó en el error de la megalomanía, creyendo que se podía hacer lo imposible. El historiador Jorge M. Reverte (en Vicente Rojo, *Historia de la guerra civil española*, ed. por Reverte, Barcelona: RBA, 2010, p. 51) dice a este respecto: «En este período [primavera de 1937] se fue fraguando en la mente de Rojo la necesidad perentoria de crear unas unidades de combate de gran envergadura [...] un ejército de maniobra. Una pieza esencial para emprender acciones ofensivas. Algo que [...] era compartido, en aquellos momentos, por gran parte de los políticos y militares republicanos». Todos se equivocaban. No había cómo. No había con qué. Lo único posible era la defensiva.

²¹⁰. Según lo cuentan otros historiadores, el papel de los asesores rusos fue bastante limitado, pues tendieron a dar su opinión cuando se la pedían (en aras de que no se acusara a su país de intervencionista); no siempre se les hizo caso: el consejero-jefe soviético, general Iván Maximof, se opuso a la batalla del Ebro: Viñas, *op.cit.*, p. 249. Michael Alpert, en su obra *El ejército popular de la República 1936-1939* (Barcelona: Crítica, 2007, p. 350) dice que los asesores rusos se sentían cohibidos. En su caricaturesca visión atlántico-occidental (con esa altanería que les impide entender la mentalidad de un ruso y más la de un ruso soviético), atribuye tal cohibición a que en el Ejército Rojo quien abogaba por la estrategia de profundas penetraciones con tanques era el mariscal Tujachefski, quien fue condenado a muerte por traición y ejecutado en 1937; esos asesores no querían asumir la línea estratégica de quien acababa de caer en desgracia. Dejando de lado cuán acertada o errónea fuera la línea de ese mariscal soviético, lo que es seguro es que no se adaptaba en absoluto a las condiciones de una guerra de resistencia pura como la del pueblo español. (Tujachefski pertenecía a la nobleza de sangre y había sido teniente de la guardia de infantería Semenofski del ejército del Zar, pero cayó cautivo de los alemanes en 1915 y no pudo volver a Rusia hasta después del Tratado de Brest-Litovsk. Al parecer sus primeras discrepancias con las decisiones del gobierno soviético se produjeron en 1933, cuando quiso mantener —pese a llegada de Hitler al poder— las bases de adiestramiento militar alemán en la URSS. V. Albert Seaton, «Stalin and the Red Army General Staff in the 30's», en A. Preston (ed), *op.cit.*, pp. 69ss.

Carlos Blanco Escolá (*op.cit.*, p. 428) denuncia la falta total de una estrategia ganadora que manifestó el invicto caudillo de la cruzada. Es verdad. Franco fue tanteando, dando palos de ciego. Al principio (noviembre de 1936) creyó que iba a tomar Madrid y que «los rojos» se hundirían así. Fracasó. Entonces se le fueron ocurriendo —sin plan prefijado— blancos circunstanciales, según le iban pareciendo accesibles, para ir ganando territorio (aunque durante un tiempo se obcecó en lo de Madrid, cosechando repetidas derrotas).

Lo salvó la errónea estrategia ofensiva del ejército popular, gracias a la cual pudo infligirle tremendas pérdidas y, en el contrataque, apoderarse de importantes partes de la zona republicana. Ni siquiera tras haberse adueñado de Cataluña, en febrero de 1939, tenía ningún plan estratégico que pudiera triturar en breve tiempo la resistencia de la España republicana, la cual hubiera podido seguir resistiendo —y lo habría hecho de no ser por la traición del coronel Casado secundado por los militares profesionales y por los círculos dirigentes del PSOE, IR y la CNT (o sea, por todos salvo los comunistas, los únicos que defendieron la honra de España).

¿ADVERTIR A LAS MASAS QUE LA GUERRA SERÍA PROLONGADA?

La conclusión novena era que se hubiera debido advertir al pueblo español de que tenía por delante una guerra prolongada, porque, no habiéndolo hecho, las masas se agotaron, esperando un rápido fin del conflicto. Me temo que aquí los redactores están en Babia. Supongamos que el PCE avisa a las masas (¿en 1936?, ¿en 1937?, ¿cuándo?) de que la guerra durará mucho. Y las masas: (1) se lo creen (dadas las probadas dotes de vaticinio del PCE); y (2) se hacen pacientes, no se desesperan por una guerra que parece interminable y aguantan lo que sea. ¿De veras es eso creíble?

Cuando Mao escribe su folleto *Sobre la guerra prolongada* es el año 1938; su audiencia eran los soldados del ejército rojo de las zonas de actividad rebelde en la China montañosa del interior no conquistada por el Japón (o, a lo sumo, la escasa población de las llamadas zonas liberadas). Llevaban ya 11 años de guerra; conque, dijéralo o no el nuevo líder comunista (recién encaramado a la dirección durante la Larga Marcha), la realidad se lo había dicho ya: vivían una guerra prolongada.

En España el partido comunista tenía que hablar a las masas con relación a un tipo de guerra absolutamente diferente, en condiciones totalmente dispares, dirigiéndose a más de la mitad de la población del país (que habitaba el territorio inicialmente mantenido bajo la autoridad del gobierno republicano).

¿De dónde habría podido sacarse el PCE la conclusión de que la guerra sería corta o larga, adivinando una duración que, de antemano, nadie podía conocer? Y, de haber tenido el don de las profecías, ¿por qué las masas se lo iban a creer? Y de creerlo, ¿se habrían enardecido? O, al revés, ¿habrían aspirado más aún a que la guerra terminara lo antes posible, fuera como fuese —pensando que nada podía ser tan malo como la guerra, con los bombardeos fascistas sobre la población civil?

LAS VERDADERAS MOTIVACIONES DEL FOLLETO SOBRE LA GUERRA

Cierro así mi refutación de las **seis conclusiones** que he escogido; las otras cuatro (4ª, 5ª, 8ª y 10ª) son irrelevantes o redundantes.

Precisaré que lo que subyace al documento es la presuposición de que, de haber seguido el PCE una política correcta, se habría alcanzado el triunfo. Es una afirmación no demostrada; seguramente indemostrable; quienes la asuman habrían de hacerla verosímil ofreciendo escenarios posibles de concatenación de hechos y acaecimientos según los cuales, dada la correlación de fuerzas, las cosas hubieran marchado por caminos conducentes a ese resultado; o, si no, ofrecer otros argumentos. Pero el folleto no contiene ni uno solo en ese sentido. Cada vez que denuncia una decisión o una omisión del PCE, dice que por eso (y lo demás que también se denuncia) se perdió la guerra, como si fuera obvio que, de haberse tomado las decisiones inversas, se habría ganado.

Siendo, pues, tan equivocado todo el folleto que he venido comentando en los párrafos precedentes, ¿qué sentido tenía? Los mandamases pequineses siempre habían presionado a los comunistas españoles para hacer esa crítica a la política del PCE en la guerra de 1936-39. La primera vez que estuve en China, con el camarada Paulino, en 1965-66, ya recibí esa instigación. Entonces cayó en oídos sordos. Ni Paulino ni yo estábamos por la labor.

¿Qué querían los líderes de la Ciudad Prohibida? En las conversaciones no sólo nos instaron a esa «autocrítica», sino que nos sugirieron los términos. Bastaba comparar lo hecho en España con lo hecho en China bajo la dirección de Mao. El propósito era doble: desacreditar al camarada Stalin y a la Internacional Comunista del período 1923-43 y hacer ver que el pensamiento de Mao, el Sol Rojo en nuestros corazones, iluminaba, desde el Este, a la humanidad, desplazando cualquier otra influencia o referencia.

La camarada Helena Ódena instrumentalizó al PCEml para satisfacer esa instigación china. Tal ejercicio era un sinsentido. A la altura de 1972 ¿sobre quién haríamos recaer las culpas? ¿Sobre la dirección entonces existente del PCE? Santiago Carrillo se afilió al partido comunista en 1936 y no formó parte del núcleo dirigente hasta mucho después. Su responsabilidad sólo fue significativa en Madrid, no a escala nacional. La Pasionaria sí había sido una dirigente importante del partido en 1936-39 (aunque su papel era más el de agitación que el de fijar la política del partido); pero desde 1956 (sobre todo desde 1960) era, en el PCE, una figura decorativa.

En realidad la política del PCE en 1936 la fijaron, en Moscú, Stalin, Manuilsqui y Dimitrof, líderes de la Internacional, porque la Comintern era un partido comunista internacional, del que los partidos nacionales eran meras secciones, subordinadas a la dirección centralizada. Desde luego José Díaz, como secretario general, asumió y ejecutó esa política, aunque buena parte del trabajo de dirección no lo ejercían los españoles, sino los enviados de la Internacional en

España, como el benemérito Moreno=Stepanof (Stoyán Mínev o Minef),²¹¹ Victorio Codovila (Luis) y el nº 1 de esa legación, Palmiro Togliatti (Alfredo).²¹² La ejecución de esa política la realizaron —junto con ellos (que llevaban la voz cantante)— individuos como la Pasionaria, Vicente Uribe, Jesús Hernández, Pedro Checa, Antonio Mije y Joan Comorera.²¹³

²¹¹. V. su libro *Las causas de la derrota de la República española* (ed. y trad. Ángel Encinas, Madrid: Miraguano, 2005). Como tantos otros agentes conspirativos de la Internacional Comunista —aquella cohorte de admirables trabajadores abnegados, que permanecieron siempre en la sombra—, cambió tan a menudo de nombre de guerra que es difícil saber si se llamaba «Stoyán Mínev» —como escoge el traductor— o «Iván Petrovich Stepanof» o «Stoyán Mineievich Ivanof». Su libro es, a mi juicio, lo mejor que se ha escrito sobre nuestra guerra civil. Ha sido, empero, denigrado por muchos, incluyendo a Ángel Viñas; mi respeto al Prof. Viñas no me lleva a compartir sus opiniones (unas sí, otras no). Naturalmente algunas de las afirmaciones del camarada Moreno, o sea Stepanof=Ivanof, reflejaban sólo una visión en blanco-y-negro, según la cual los ultraizquierdistas del POUM tenían que ser agentes del fascismo. Sus grandes méritos no impidieron que su mentalidad estuviera sujeta a prejuicios y estereotipos compartidos —en aquellos tiempos de maniqueísmo— por todo el espectro político influido por la Internacional Comunista. Sobre su labor y su libro vale la pena leer el artículo escrito por su compatriota (porque Moreno era originariamente búlgaro, aunque naturalizado ruso), Dragomir Draganov, profesor de la Universidad de Sofía, «Las causas de la derrota de la República Española», *Cuadernos republicanos*, Nº 55 (2004), pp. 33-47. Al parecer Moreno estuvo *de facto* dirigiendo al Buró Político del PCE en agosto-septiembre de 1938 (por ausencia de Togliatti y de José Díaz) y también le cupo una parte en la redacción de los 13 puntos de Negrín de abril de 1938. En cuanto a lo que el lector pueda pensar de que con esas actuaciones se conculcaba la independencia del PCE, hay que aclarar que no existía tal independencia, absolutamente para nada; a lo sumo, una cierta autonomía. La Internacional Comunista era un partido comunista mundial basado en el *centralismo democrático* —en la práctica el centralismo a secas. Eso estaría bien o mal, pero era así, a tenor de la concepción que había inspirado la creación de esa organización en 1919.

²¹². V. de éste último *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona: Crítica, 1980, trad. A. Pérez. Palmiro Togliatti (alias Ércole Ércoli) estaba enemistado con Victorio Codovila, a quien reprochaba no permanecer —como hacía él— en la sombra, sino involucrarse directamente en el trabajo de dirección del PCE e incluso en contactos, en nombre del partido, con representantes de otras fuerzas políticas. Togliatti era un hombre ambicioso y engreído —futuro vicepresidente del consejo de ministros del gobierno monárquico encabezado por el mariscal Pietro Badoglio en 1944. Se le escapaba (o le daba envidia) que Luis (Victorio Codovila), como argentino, estaba en su casa en España. Con sus intrigas, Togliatti consiguió que «la Casa» lo mandara a París, con lo cual perdimos al mejor dirigente comunista hispano que teníamos. También las relaciones entre Togliatti y Moreno=Stepanof se deterioraron hasta llegar, al final de la guerra, a una fuerte animadversión mutua. En ese período postrero de la resistencia republicana, Togliatti y Stepanof se enfrentaron por su respectivo punto de vista político: qué orientación debía seguir el PCE en esa difícilísima coyuntura. Para Moreno, una actitud de combate y resistencia a ultranza, abierta incluso a revisar, si era preciso, la política de unidad con otras fuerzas políticas, cuando éstas traicionaban abiertamente la causa comúnmente abrazada: la defensa de la República. Proponía una fuerte movilización de masas con lemas de lucha a muerte contra la sublevación fascista y la invasión extranjera, así como examinar la posibilidad de alternativas —como la propuesta por un sector de la CNT de una toma conjunta del poder por anarcosindicalistas y comunistas para continuar la resistencia a ultranza, una resistencia numantina si no quedaba otro remedio. La posición de Togliatti fue que el PCE debía disputarles a los capitulacionistas el mérito de estar por la paz, haciendo ver a las masas que éramos tan pacifistas como el que más y que el mejor camino para la paz, una paz de verdad, era la política preconizada por el PCE, el cual no debía aparecer como el partido de la guerra cuando las masas anhelaban ya la paz a cualquier precio. (Tengo para mí que esa postura de Don Palmiro contenía un germen del togliattismo de los años 50-60.) A pesar de esa discrepancia final, en la mayor parte de sus apreciaciones Togliatti y Moreno muestran muchos más acuerdos que desacuerdos.

²¹³. Éste, por cierto, parece haber incurrido en las actuaciones inexplicables que denuncian, al unísono, Palmiro Togliatti y Moreno=Stepanof (quienes, por lo demás, coinciden en la mayor parte de sus apreciaciones políticas e incluso personales, a pesar de la desavenencia que los oponía). Y es que, aunque recién ingresado en el comunismo, venía de formaciones de otra ideología, que gravitaba en torno a la mentalidad mesocrática y nacionalista de la Esquerra de D. Lluís Companys, la cual adoptó el derrotismo y anheló una paz por separado desde el verano de 1938. Veo con un tanto de incredulidad la total rehabilitación emprendida recientemente de la controvertida figura de Joan Comorera. Desde luego rechazo las calumnias vertidas contra él en los años 50 por la dirección del PCE, pero no por ello dejo de considerar (con Moreno=Stepanof) que su

Eso revela otra debilidad del PCE: éste, muy poco numeroso al comenzar el año 1936, creció por una adhesión masiva durante los primeros años de la guerra; los nuevos adherentes, muchas veces aupados a puestos de dirección, no estaban identificados, en el fondo, con su ideología ni tenían preparación ni temple para los cargos que se les encomendaron. ¿Se hubiera podido y debido hacer otra cosa? Es posible.

ACIERTOS Y ERRORES DEL PCE DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

¿Se hubiera podido ganar la guerra? ¿Hubo errores? Se hubiera podido ganar. Y se cometieron errores. Los errores los cometieron el partido socialista, la izquierda republicana, la izquierda catalana, los nacionalistas vascos, los anarquistas y cuantos en marzo de 1939 secundarán el golpe militar del coronel Segismundo Casado. También los cometieron los radicales y socialistas franceses, los demócratas norteamericanos y, en general, cuantos impulsaron la no-intervención. Sin esos errores la guerra antifascista de 1936-39 se habría ganado.

¿Hubo errores en la política general del partido comunista? Que algunas de sus decisiones u omisiones fueron equivocadas es indudable. Es difícil saber en qué medida tales equivocaciones repercutieron en la derrota; me inclino a pensar que poco.

Entre los errores de los comunistas españoles y de los agentes de la Comintern en España (el distingo no siempre es claro), yo señalaría los trece siguientes (ninguno de los cuales aparece en el folleto que estoy comentando):

- 1) No haber hecho todo lo posible para que el gobierno de Largo Caballero apoyase a fondo el desembarco en Mallorca del capitán Alberto Bayo (futuro general cubano) en agosto-septiembre de 1936 ni haber intentado nuevos desembarcos ulteriores: Mallorca será una base esencial para los agresores (el reino de Italia y el Imperio Alemán), que así bloquearán la costa mediterránea española con el beneplácito («no intervención») de los aliados occidentales (Francia, Inglaterra y los estados unidos);²¹⁴ tomar Mallorca hubiera sido posible porque la lejanía impedía a los fascistas enviar grandes refuerzos militares; la marina republicana —que tan escasa actividad desplegó durante la contienda— hubiera estado bien empleada en una operación ofensiva en toda regla para la toma de esa isla, cuyo control era un asunto de vida o muerte para la República.

jefatura en el PSUC fue la propia de un líder entre nacionalista y laborista, cuya aportación positiva fue muy limitada. De otra opinión: Miquel Caminal, «Joan Comorera: vers un comunisme català», en A. Balcells (ed), *El pensament polític català del segle XVIII a mitjan segle XX*, Barcelona: Edicions 62, 1988.

²¹⁴. Está bien documentado el firme apoyo de los magnates de la oligarquía estadounidense a la sublevación franquista a lo largo de los tres años de guerra, al paso que el gobierno de Roosevelt impuso un embargo militar contra la República Española (a pesar de los beneméritos esfuerzos de su esposa, Leonor Roosevelt —cuyo matrimonio estuvo plagado de turbulencias y a punto de zozobrar). Mucho mayor fue el decidido sostén que a los militares sublevados les brindó la Corona británica. V. Robert Shepherd, *A Class Divided: Appeasement and the Road to Munich, 1938*, Londres: Macmillan, 1988, cp. 7, pp. 85ss.

- 2) Confiar la dirección del *Partit Socialista Unificat de Catalunya* a un equipo donde prevalecían individuos de ideología entre socialdemócrata y nacionalista, no comunista, lo cual acarreó la parálisis de ese partido frente al avance de las tropas fascistas en 1939.
- 3) No haber apoyado la certera iniciativa del ministro de la guerra, Indalecio Prieto, tendente a declarar la guerra al Imperio Alemán tras el bombardeo de Almería por la aviación del Reich (el 31 de mayo de 1937).
- 4) Haber llevado a cabo el desmantelamiento del quintacolumnismo en la provincia de Madrid en noviembre de 1936 (ante el inminente avance del enemigo sobre la capital de la República) con métodos de represión desproporcionada, ilegal e indiscriminada, que sirvieron al enemigo de arma propagandística.²¹⁵
- 5) Haber actuado sin tacto, mano izquierda ni precaución para atajar el motín ultraizquierdista de Barcelona de mayo de 1937²¹⁶ y haber efectuado la represión posterior de modo abusivo y por procedimientos parcialmente

²¹⁵. En la hoja de servicios del partido comunista figura el gran mérito de no sólo haberse mantenido al margen de la persecución antirreligiosa de las primeras semanas de la guerra sino haber hecho esfuerzos por atajarla, primero, y reprimirla —en parte— después. En cambio, no constituyeron ningún título de honor los métodos utilizados para prevenir la colaboración civil con el asedio a la capital en el mes de noviembre. En esa ocasión hay que deplorar acciones y omisiones. Fue una pena, p.ej, que no se impidieran las sacas anarquistas, en una de las cuales (de la cárcel de Ventas) fusilaron al fundador del fascismo español, Ramiro Ledesma Ramos, quien posiblemente hubiera podido ser reeducado, lo cual habría constituido un hecho propagandístico de inmensa importancia. Alternativamente habría sido un preso canjeable. Es indudable que Franco y los jerarcas de la Falange (con la cual había roto en 1935) lo preferían muerto, no vivo. Los vigilantes rojinegros del Ateneo Libertario de la Elipa sirvieron a los intereses del Caudillo y del mando falangista, como el 23 de agosto los anónimos perpetradores del homicidio de D. Melquíades Álvarez habían eliminado a un potencial aliado del pueblo español y, en cualquier caso, a una figura, como mínimo, sumamente incómoda para los sublevados, haciéndoles así el juego (o tal vez actuando secretamente por instigación suya).

²¹⁶. Notemos que vino de los gobernantes nacionalistas catalanes —y de un partido, el PSUC, en el cual los comunistas eran una minoría— la iniciativa tendente a, poniendo orden en las telecomunicaciones, sustrayendo su control a los revoltosos de tendencia ácrata, atajar la tendencia semi-insurreccional del anarcosindicalismo catalán. Sin embargo, de esos sucesos de mayo de 1937 se responsabilizará únicamente a los comunistas españoles, al PCE. (La responsabilidad principal era, sin duda, de la CNT-FAI; pero pudo haber una dosis de culpa de las fuerzas del Frente Popular al excederse en su respuesta a los conatos de levantamiento y al no actuar lo suficiente con cautela, tino, moderación y mano tendida.) Por otro lado, no hay que olvidar nunca que el PSUC, aunque se afiliara a la Comintern, no era, ni muchísimo menos, un partido comunista, sino una improvisada amalgama donde eran abrumadoramente mayoritarios los socialdemócratas y laboralnacionalistas (entre ellos el secretario general, Juan Comorera, un político afín al semisecesionismo burgués de Luis Companys).

Un socialdemócrata francés, el diputado-alcalde de Évry, Manuel Valls, nacido en Barcelona en 1962 (e hijo del pintor Xavier Valls), proclama como un motivo de su evolución política —que llevó a su deriva hacia el conservadurismo neoliberal—, la trágica experiencia del «stalinismo» en Cataluña. ¡Así se escribe la historia! (Ese señor Valls, tras fracasar políticamente en su país, volvió al de sus antepasados, donde tuvimos que soportar su nefasta actuación, siempre engolada, fatua, desbordante de ambición, considerándose un ser superior; tampoco en nuestra tierra ha cosechado el éxito político que anhelaba.)

injustos, que serán explotados por los capituladores en su campaña anticomunista.²¹⁷

- 6) No haber seguido el consejo del camarada Stalin en la primavera de 1938 de salir del gobierno, sino haber cedido a la presión del Dr. Negrín, quien impuso su voluntad de que, en el nuevo gabinete ministerial formado en abril de 1938, hubiera un ministro comunista: el de Agricultura, Vicente Uribe Galdeano.²¹⁸
- 7) No haber planteado una estrategia puramente defensiva de atrincheramiento y resistencia pura.²¹⁹
- 8) No haberse opuesto con suficiente tenacidad al traslado de la sede del gobierno nacional a Barcelona el 31 de octubre de 1937, traslado que implicó alejarse del amplio, redondeado y compacto territorio de la zona centro-sur, donde estaban las bases fuertes de movilización republicana y de respaldo

²¹⁷. El PCE se vio sorprendido por la campaña de sus adversarios cuando éstos —siendo, muchas veces, gentes de orden, adictos a la legalidad preexistente— salieron en defensa de un partido ultraizquierdista como el POUM, que deseaba subvertir y derrocar esa legalidad para instaurar la dictadura del proletariado (considerando poco relevante quién ganara la guerra si el resultado iba a ser un poder burgués, fascista o republicano), habiendo sido el PCE, precisamente —y prácticamente sólo él— adalid del restablecimiento del orden constitucional en 1936 y 1937, en los momentos en que esos otros constitucionalistas quedaban inactivos y desbordados por los acontecimientos. La vida es así de paradójica.

²¹⁸. De todos los trece errores, éste fue el más grave. Si no hubiera habido ni un solo ministro comunista, ello habría desbaratado el complot casadista —que esgrimirá, como pretexto, esa presencia (mínima y secundaria) para afirmar que el PCE controlaba el gobierno del Dr. Negrín. Ángel Viñas (*op.cit.*, pp. 291ss) expone las tres convincentes razones que llevaron al camarada Stalin a dar (el 17 de febrero de 1938) la orden —nunca cumplida— de que los comunistas españoles salieran del gobierno: (1ª) ocupaban ministerios de segunda fila; (2ª) su salida del gobierno ayudaría a desintegrar el bloque pro-franquista; (3ª) la posición internacional de la República saldría ganando. La objeción de Viñas a la razón 1ª no me convence nada: es verdad que las carteras de los ministros comunistas siempre habían sido de poca monta; y quizá fue siempre un error participar en el gobierno; sin embargo, las condiciones habían cambiado entre el otoño de 1936 y la primavera de 1938; ahora arreciaba el anticomunismo: la «España Tres» (representada por intelectuales y políticos exiliados como Salvador de Madariaga), siempre furiosamente anticomunista, se inclinaba, cada vez más, al bando fascista —viéndolo como ganador. (V. Paul Preston, *Las tres Españas del 36*, Plaza y Janés, 1998, pp. 196ss.) Ahora ya no compensaba estar en ese gobierno para poder influir tan poco en él, con el par de carteras de agricultura e instrucción pública. El PCE titubeó en su respuesta. En los textos puede apreciarse una posición más favorable a las tesis de Stalin del secretario general José Díaz, mientras que la Pasionaria y la redacción de *Mundo Obrero* en Madrid no parecían estar por la labor. El buró político español acabó rechazando la salida, en un acto de insumisión un tanto extraño. El 5 de abril se forma el nuevo equipo ministerial, que abarcará a un comunista, el camarada Vicente Uribe Galdeano, ministro de agricultura (al cual se agregará en agosto José Moix, militante del PSUC, como ministro de trabajo, cuando la Esquerra catalana se retire del gobierno). (El más característico representante de la *España Tres* era Ortega y Gasset, cuyo pro-franquismo se fue acentuando cada vez más hasta su regreso en 1945. V. Antonio Elorza, *La razón y la sombra: Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona: Anagrama, 1984, pp. 239ss. Como fuerza social con capacidad de movilización directa de masas, la Tercera España significaba muy poco, pero indirectamente contaba muchísimo. A pesar del sabio consejo del camarada Stalin, los republicanos españoles no supieron lograr que esa Tercera España se enemistara con el fascismo.)

²¹⁹. De todos modos es muy dudoso que el PCE tuviera posibilidad de formular tal planteamiento o que, de haberlo formulado, se le hubiera hecho caso. Este reproche habría que dirigirlo a los asesores militares soviéticos, que quizá no comprendían bien el material humano del incipiente ejército popular, nacido de milicias con escasa disciplina y nula preparación.

popular;²²⁰ cometido ese error, no haberlo enmendado proponiendo la vuelta del gobierno al centro-sur al quedar cortada en dos la zona republicana en abril de 1938; y haber completado ese error desplazando también la dirección del PCE y su aparato central a la zona catalana e invirtiendo en ella los mayores esfuerzos. (En último término fue un error adicional, en el mismo sentido, no haber regresado a la zona centro-sur tras el corte de abril de 1938 o, como mínimo, en el otoño, al replegarse el ejército del Ebro, cuando ya se sabía que Cataluña iba a caer en manos del enemigo.)²²¹

9) Haber realizado un proselitismo excesivo, sobre todo en el ejército, que suscitó los recelos, las envidias y la hostilidad de quienes no fueron atraídos a las filas comunistas —o sea de la mayoría de los oficiales. Estaban justificadas —y no provocaban tantas suspicacias— las primeras oleadas de captación para la militancia en el PCE —en el período de su máximo prestigio, entre julio de 1936 y el verano de 1937—; pero, cuando vinieron las disensiones posteriores (con los largocaballeristas y anarquistas en la primavera de 1937 y, más tarde, con los prietistas y azañistas —al inclinarse unos y otros a la capitulación), el proselitismo comunista en el ejército suscitó una enconada oposición. El PCE podía alegar que estaba en su derecho, como cualquier otro partido, a ofrecer el ingreso en sus filas. Pero no basta llevar razón. Llevando razón, hay que ceder muchas veces en aras de salvaguardar las buenas relaciones con los aliados efectivos o potenciales.²²²

²²⁰. En Cataluña el antifascismo era casi unánime, pero se dividía entre el ultraizquierdismo anarco-sindicalista y el sentimiento nacionalista-catalán, teniendo poca fuerza el republicanismo español propiamente dicho.

²²¹. Según la documentación que aportan Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez en *El desplome de la República* (Barcelona: Crítica, 2009), el PCE sí se opuso a esa medida e incluso lo hizo con cierta energía; pero se avino, a regañadientes, cuando el Dr. Negrín amenazó con presentar ante el congreso la moción de confianza si no se secundaba su plan de mudanza. Pienso que fue un error del partido ceder a ese chantaje. El asunto era de tal gravedad que hubiera debido aceptarse el envite, dejando al Presidente del consejo presentar esa moción, absteniéndose de votar la confianza si iba ligada a un plan erróneo y suicida y retirando a la vez los dos ministros comunistas del gabinete. Por otro lado, incluso sin hacer eso, el PCE podía mantener su propia dirección, su aparato central y el foco de su actividad en la zona centro-sur y en los frentes de Madrid, Levante y Andalucía. A partir de esa claudicación ante Negrín en noviembre de 1937, el PCE hará muchas otras —a sabiendas de que, en su último período, el jefe del gobierno se estaba embarcando en una política derrotista—, como fue aceptar la declaración del estado de guerra —pronunciada a la vez que la caída de Barcelona, el 23 de enero de 1939. El Dr. Negrín, en esos meses finales de la guerra, jugó un doble juego, llevando su propia política de capitulación ante el enemigo (aunque no incondicional) y sirviéndose del ya menguante prestigio del PCE, utilizado como escudo suyo y eventual lastre oportunamente sumergible. El PCE había pasado a ser demasiado dependiente del Presidente del gobierno, había quedado vinculado a él tanto que le costaba tener su propia política cuando hizo falta, que fue en esos meses finales, en los que la figura del Dr. Negrín había pasado de ser positiva a ser francamente negativa, como lo fue, facilitando y favoreciendo —si no propiciando y alentando mediante un pacto tácito— la conjura de los militares de carrera, a los que encabezará el coronel Casado, y que será ávidamente secundada por socialdemócratas y anarcosindicalistas en el golpe de estado del 5 de marzo en Madrid.

²²². Además, ese proselitismo militar alimentó el infundado temor a un golpe de fuerza comunista que esgrimirán los complotadores de la capitulación que, en las semanas finales, se agruparán en torno al coronel Casado.

- 10) No haber sustituido a José Díaz —enfermo y apartado de la acción y de la labor directiva en la fase final de la guerra— por un camarada sano, vigoroso y con prestigio.²²³
- 11) En el período del declive, desde el verano —y, sobre todo, el otoño— de 1938, no haber hecho esfuerzos suficientes para mantener contacto afable y fluido con líderes y cuadros de las otras formaciones políticas y sociales, por muy fundado que fuera el reproche de que se inclinaban, cada vez más, a la capitulación (incluso muchos a una claudicación incondicional) —una deriva que se hubiera podido, no impedir, pero sí atenuar (en parte) con un acercamiento diplomático y un trabajo de persuasión; un trabajo que, como mínimo, habría podido apaciguar un poco la belicosidad anticomunista que acompañó a ese rampante capitulacionismo que invadió a todos los sectores excepto el PCE.
- 12) No haber efectuado suficiente trabajo de masas en el período final, cuando más falta hacía y más difícil era mantener el entusiasmo y la combatividad;
- 13) Cuando ya estaba todo perdido (tras la caída de Barcelona y la huida del gobierno a Francia) no haber considerado la propuesta transmitida por el camarada Moreno (Stepanof), que provenía de un sector de la CNT, de formar un gobierno revolucionario cenetista-comunista —abierto a cualesquiera otros que desearan colaborar— para llevar a cabo una resistencia numantina.²²⁴ Un gobierno así no habría tenido reconocimiento internacional ni habría podido ganar la guerra pero, al menos, quienes se agruparan bajo su dirección podían morir matando y no someterse, inermes y pasivos, al exterminio que los aguardaba. De haberse establecido ese gobierno a comienzos de febrero (o incluso tal vez a comienzos de marzo), cabe preguntarse si no habría sido diferente la historia —no sólo la de España, sino la del mundo—. El PCE, aunque ya en decadencia, tenía aún fuerzas de sobra para emprender esa tarea con perspectivas razonables de lucha.²²⁵

²²³. La sustitución no era fácil. La opción más obvia hubiera sido la la Pasionaria, pero, a pesar de su su carisma y de su capacidad de agitación y animación, no había descollado como planificadora de estrategia política —ni lo hará nunca cuando alcance la secretaría general al morir José Díaz en 1942. Las alternativas más creíbles serían las dos de Jesús Hernández (ex-ministro de instrucción pública) o Vicente Uribe (ministro de agricultura), pero para cada uno de ellos había objeciones serias. Había muchos otros valiosos, como Pedro Fernández Checa, pero ni de tantos méritos como para merecer un cargo tan elevado ni suficientemente conocidos por las masas. Se estaban pagando los errores de años anteriores, como la equivocada purga de fines de 1932.

²²⁴. Ya que no se estudió ese plan (el único que ya a esas alturas valía la pena), tras el golpe de Casado del 5 de marzo quedaba todavía la posibilidad, al huir, ya definitivamente, el gobierno de Negrín, de proclamar un gobierno revolucionario de defensa de la legalidad —que ya no se habría alzado más que contra la junta traidora, destructora de la legalidad—, formándolo con militantes y simpatizantes del partido más algunos de esos colaboradores que no faltan ni en los peores momentos. La alternativa era ir al degüello desarmados, que es lo que sucedió.

²²⁵. En suma fue un error del PCE, el postrero, no haber hecho lo que sus enemigos lo acusaron de hacer: llevar a cabo una toma revolucionaria del poder. Ni haberlo hecho ni haberlo planeado, dejando así la iniciativa a los reaccionarios. El camarada Moreno sí propuso hacerlo; v. Viñas & Hernández Sánchez, pp. 169-170; para esos autores, la propuesta de Moreno (que debe

Esos trece errores pesan poco en comparación con las grandes virtudes del PCE en aquel conflicto. Enumeraré quince:

- iniciativas eficaces de restablecimiento del orden; creación de un ejército disciplinado;
- restauración del imperio de la ley;
- reforma agraria (llevada a cabo desde el Ministerio de agricultura por el camarada Vicente Uribe);
- educación popular y alfabetización (Jesús Hernández);
- fortalecimiento de las instituciones republicanas;
- amparo a la libertad de conciencia, agredida por muchos otros (atajando, en particular, la persecución antirreligiosa de grupos extremistas),²²⁶

haber sido formulada en la primera quincena de febrero de 1939) fue «instilada en la organización del PCE de la zona centro-sur y acogida favorablemente por algunos de sus más destacados dirigentes (Ibárruri y Hernández)», pero ese «delirante análisis» y esas «ensoñaciones del búlgaro duraron lo que tardó Togliatti en regresar a la zona centro-sur desde Francia, el 16 de febrero. El día 23 —agregan—, bajo su influencia, el BP emitió un manifiesto en el que se refirió por primera vez a la idea de poner fin a la guerra». No era la primera vez, en cambio, que la valiosa labor del camarada Moreno venía obstaculizada por los enredos de Ércoli (alias «Alfredo», o sea Palmiro Togliatti, el futuro mandamás del eurocomunismo occidentalófilo). Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez dedican al camarada Moreno denigrantes epítetos (como —p. 418— que su crítica a los dirigentes del PCE «pudiera entenderse como una invitación al tiro en la nuca», aunque —agregan— eso «quizá sea algo exagerado»—; y —p. 463— la de ser un «perro de presa búlgaro» con ensueños revolucionarios (el adjetivo, además, entrecomillado). Creo que tal toma de posición —acalorada e injusta— no está a la altura de la imparcialidad que debería caracterizar a una obra académica, como pretende ser la suya. En cambio muestran mucho mayor consideración hacia Palmiro Togliatti. Sin duda ellos, desde su mentalidad, no están capacitados para apreciar la labor callada, humilde, sin pretensiones ni concupiscencias, de los modestos —y muchas veces anónimos— agentes de la Internacional Comunista, que hicieron y vertebraron aquel gran movimiento con una honradez, una abnegación, un tesón, un amor y una sencillez personal que no han tenido el reconocimiento póstumo del que los hacían acreedores sus méritos, muy por encima de los de los dirigentes de los partidos comunistas nacionales —en nuestro caso el español. (El camarada Moreno había casado con la también militante comunista española Josefina Simón, con la cual tuvo un hijo.)

²²⁶ El líder del POUM, Andrés Nin, se ufano —al parecer— de tales persecuciones con su frase: «El problema del clero ya sabéis cómo se ha resuelto»; v. Julián Casanova, «'Limpiar España de elementos indeseables': La violencia al servicio del orden», en Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Temas de hoy, 1999, p. 130. Antonio Montero, en su libro *La persecución religiosa en España* (Madrid: BAC, 1961) da la cifra de 4.184 sacerdotes y seminaristas, 2.365 frailes y 283 monjas matados. Casanova confirma esos datos (unos 6.400 sacerdotes y religiosos varones y más de 300 monjas). Ni uno solo de los datos que he leído sugiere la menor participación comunista. Hasta donde yo sé, ninguna célula, ningún radio del PCE se lanzó a la caza del cura ni a quemar iglesias ni a asaltar conventos ni a actos iconoclastas de escarnio o profanación. En tales actividades se deleitaron, en cambio, muchos libertarios y ultraizquierdistas y también —no cabe duda— multitudes fanatizadas por un anticatolicismo profético —posiblemente, sobre todo, jornaleros del campo y obreros recién emigrados a la ciudad, adonde traían la vindicativa y polarizada cultura rural. El PCE respaldó la libertad de cultos y protegió (aunque no siempre con energía) a los religiosos, sufriendo, por ese motivo, los ataques de las demás formaciones del Frente Popular. Gracias a esa política del PCE se logró la adhesión a la República de católicos como Vicente Rojo, Ángel Ossorio y Gallardo y José Bergamín. No obstante la propaganda oficial de la Jerarquía Católica sigue culpabilizando de la persecución religiosa a los comunistas, en general, y al partido comunista, en particular. Así encontramos en la págª web http://www.corazones.org/historia/espana_martirio_organizado.htm un documento titulado «España: Persecución religiosa, siglo XX» que empieza con esta afirmación: «En solo seis meses, casi 7000 miembros del clero, entre ellos 13 obispos, fueron martirizados en España por los comunistas». ¿Los comunistas? Luego resulta que los principales —o casi únicos— agentes de la persecución fueron los «comunistas libertarios», autodenominación, efectivamente, de los anarquistas de la FAI (no fozosamente asumida por la masa de adherentes al anarcosindicalismo rojinegro de la CNT). El documento cita (en cita indirecta, eso sí) un aserto de Jordi Albertí: «las matanzas del 36 fueron planificadas: las planificaron los comunistas libertarios, es decir el partido anarquista (la FAI) y su sindicato, la CNT. Otros grupos de la izquierda fueron cómplices en distinta medida —especialmente entusiastas los comunistas—, o bien se inhibieron con omisiones culpables.» ¿Los comunistas? ¿Serán los del PCE o los disidentes del

- contención de los desmanes anárquicos;
- protección al pequeño campesino contra las expropiaciones o colectivizaciones forzosas (particularmente en Aragón oriental, pero también en muchas otras regiones);
- planes y propuestas para estructurar y reforzar la industria de guerra y el abastecimiento del ejército y de la población —con asistencia soviética;
- organización de las Brigadas internacionales;
- sugerencias para ampliar la unidad de fuerzas opuestas a la sublevación;²²⁷
- campañas de información y movilización de masas para vigorizar el espíritu patriótico de resistencia;
- revisión de los propios planteamientos políticos anteriores para favorecer la unidad de acción antifascista (abandonando, p.ej., la tesis de un derecho de autodeterminación para las regiones hispanas con particularidades nacionales);²²⁸

POUM? La respuesta viene en otra cita indirecta del mismo autor: «La persecución a cargo de anarquistas y luego comunistas fue tan eficaz en Barcelona que el 8 de agosto de 1936 Andreu Nin, jefe del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) dice en un discurso: 'había muchos problemas en España. El problema de la Iglesia nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz; hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto'.» O sea, éstos son los comunistas cómplices. Justamente los de un partido contra el cual el PCE lanzó una lucha a muerte (justificada o injustificada, ésa es otra cuestión), por ser aquel cuya política ultraizquierdista se oponía más radicalmente a la línea de reconstrucción del orden legal republicano por la que abogaba y militaba el PCE. El documento añade: «Y el 25 de mayo de 1937, cuando el gobierno republicano declara que debe haber libertad de culto, *Solidaridad Obrera* se ríe, porque ya no se ven curas en Barcelona ni hay iglesia que no haya sido destruida o confiscada, excepto la capilla de la delegación del gobierno de Euskadi en Cataluña. '¿Libertad de culto? ¿Que se puede volver a decir misa? Por lo que respecta a Madrid y Barcelona no sabemos donde se podrá hacer esa clase de pantomimas. No hay un templo en pie ni un altar donde colocar un cáliz.'» *Solidaridad obrera* era un periódico anarcosindicalista de Barcelona, totalmente anticomunista. El gobierno republicano hizo esa declaración a petición del PCE. Naturalmente habría que ver las causas de esa furia antirreligiosa, que venían de lejos, pero que fueron llevadas al rojo vivo por la bendición episcopal a la sublevación militar.

²²⁷. Aquí, empero, no todo han de ser parabienes. Hubo, sí, en la primavera de 1938, una acertada propuesta del PCE —y personalmente de José Díaz, aunque evidentemente la idea no se le había ocurrido a él, sino al trío moscovita, Stalin-Manuilsqui-Dimitrof—: transcender y superar el Frente Popular para construir un Frente Nacional mucho más amplio. A tal iniciativa respondió el programa de 13 puntos del Jefe del Gobierno, Dr. Juan Negrín (mucho menos proclive a aceptar las propuestas comunistas de lo que se suele creer). Pero no bastaba exponer la idea en público y airearla por las emisiones de radio y en la prensa comunista. Había que dar pasos concretos para llevarla a la práctica. De esa tarea ya no podían encargarse los delegados de la Internacional Comunista en España —Palmiro Togliatti, Victorio Codovila y Stepanof-Moreno. Hubiérase debido ampliar el gobierno dando cabida a personalidades independientes como el católico Ángel Ossorio y Gallardo o los republicanos conservadores de Miguel Maura Gamazo o republicanos independientes de centro-derecha, como Felipe Sánchez-Román, Joaquín Chapaprieta Torregrosa o Manuel Portela Valladares. Hubiera habido que enviar emisarios al extranjero para hablar persuasivamente con los Sánchez Albornoz, Luis Recaséns Siches, Américo Castro, Menéndez Pidal, Salvador de Madariaga, Niceto Alcalá-Zamora, Clara Campoamor, Juan Ramón Jiménez y tantos otros. Habría sido un acto de genuina reconciliación nacional —en el sentido legítimo y no claudicante— ganar la simpatía y la adhesión a la República de representantes egregios de la España Tres; sobre ésta (con muchos datos también sobre los intelectuales de las otras dos), v. el libro de Andrés Trapiello, *Las armas y las letras: Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona: Destino, 2010, 3ª edición. E incluso habría habido que intentar neutralizar a los Marañón y Ortega, halagando su vanidad y manifestándoles que no se les guardaba rencor por sus posturas antirrepublicanas.

²²⁸. Tal revisión la emprendió el camarada Vicente Uribe Galdeano en su opúsculo de 1938 *El problema de las nacionalidades en España a la luz de la guerra popular por la independencia de la República Española*, repr. en mi artículo «Tres Ensayos sobre el Problema de las Nacionalidades», <http://eroj.org/entero13/nacional.pdf> (PDF) y <http://eroj.org/entero13/nacional.htm> (HTML)

- incorporación a la militancia propia de una muchedumbre de nuevos adherentes ganados por esa línea política razonable, formando así un gran partido de masas;
- racionalización de la represión, amparando a quienes no eran cómplices activos de la subversión fascista y, en cambio, ayudando —con colaboración soviética— a que el gobierno organizara un eficaz SIM (Servicio de Inteligencia Militar), el cual asestó rudos golpes a la quinta columna franquista, protegiendo así la tranquilidad y el orden público.

Nada menos que el reaccionario historiador yanqui Stanley G. Payne (proveedor de justificaciones *a posteriori* de la política del gobierno estadounidense con relación a España) reconoce —con desdeñosa y reticente condescendencia, desde luego— la justeza de esa política del PCE en la guerra civil española:

Entre los historiadores más avisados ha habido una tendencia a convenir en que, efectivamente, el programa comunista constituía la política más coherente si se quería ganar la guerra y, desde luego, la más sensata de entre todos los grupos de izquierdas. El plan era relativamente claro, unificado, y presentaba una política militar concertada y convincente, un programa práctico para encauzar la revolución (aunque fuera aborrecible para la extrema izquierda revolucionaria), un plan de coordinación política, un programa racional para estimular la producción económica y militar, y una propuesta programática para la unidad social en el interior de la zona republicana, así como una intención propagandística clara y atractiva. Es más: la Unión Soviética fue la única potencia que proporcionó a la República una ayuda militar relevante, sin la cual Franco podría haber ganado la guerra a finales de 1936 [...] Entre los distintos proyectos políticos que había en la zona republicana parece poco dudoso que los comunistas fueron quienes proporcionaron a la izquierda la mejor ocasión para triunfar [...] su programa era el más práctico y el único que tenía visos de ser efectivo en las condiciones dadas de una guerra civil generalizada [...] los comunistas sí obtuvieron logros significativos en los ámbitos específicos que se han citado: la cuestión bélica, la seguridad, la propaganda y la desinformación [...] [con] un programa para racionalizar la revolución [...] pragmático y juicioso [...] ²²⁹

¿A QUÉ FINES PRÁCTICOS SERVÍA LA DISCUSIÓN SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA EN 1972?

¿Qué valor práctico podía tener el folleto de la dirección del PCEml que estoy comentando? ²³⁰ En mi opinión absolutamente ninguno. A la altura de 1970,

²²⁹. Stanley G. Payne, *¿Por qué la República perdió la guerra?*, Madrid: Espasa, 2010, trad. J.C. Vales, pp. 262-3.

²³⁰. Habría que agregar una crítica metodológica a todas las que he formulado contra ese malhadado folleto del PCEml de 1974: de sus redactores, sólo uno, el camarada Alfonso Graíño, había tenido una mínima experiencia de la guerra —siendo un adolescente, se alistó en las milicias (dudo mucho que llegara a combatir o a acercarse al frente, dada su corta edad). La experiencia personal que teníamos de la contienda era nula. Aún había en el PCEml (al menos en el período de mi militancia, incluso al final) algunos camaradas —como los que venían del movimiento III República— que, aunque en puestos de base, algo de experiencia tenían. Así que, como mínimo, hubiera habido que formar una comisión de redacción, o de preparación, teniendo en cuenta sus aportaciones y sus comentarios. Complementariamente hubiera sido menester estudiar mucho, manejar una amplia bibliografía. La entonces disponible era una fracción insignificante de la que hoy podemos leer, pero era algo. Estaban las publicaciones del PCE, como la Historia oficial de la cual ya habían salido dos tomos y que seguía escribiéndose. Estaban las obras de los historiadores presuntamente neutrales y las de los adversarios del PCE, como Broué y Témime.

de 1972 o de años posteriores, era completamente impensable que pudiera volver a producirse en España un conflicto que se pareciera, de lejos o de cerca, al de 1936-39. Una guerra así es excepcional en la historia de la humanidad. Fue el enfrentamiento armado entre dos Estados separados por un frente (frontera bélica) —que tendieron a formar sendas naciones (porque algunos de los rasgos determinantes de la existencia de una nación diferenciada concurren a distinguir las dos Españas la una de la otra). Los ejemplos más parecidos en siglos recientes dudo que compartan varios de esos rasgos que son típicos de la guerra de España.²³¹

Aun las imaginaciones más fértiles difícilmente podían vislumbrar en los años 70 circunstancias que llevaran a una nueva situación comparable a un hecho histórico tan extraordinario. Por ello las supuestas enseñanzas de los errores que causaron la derrota, aunque hubieran sido correctas —que no lo eran—, no habrían servido prácticamente de nada.

¿En qué medida mi actual crítica refleja mi punto de vista en los años 1970-72? Ni mis recuerdos ni la poca documentación que he podido consultar me autorizan a ofrecer una respuesta. En todo caso, ya antes de la creación del PCEml en 1964 mi opinión implicaba defender y apoyar, en lo esencial, la línea política del PCE durante aquel trienio 1936-39; mientras fue posible, la mantuve durante varios años. Más adelante, traté, sin éxito, de frenar —en la medida de lo posible— el nuevo giro impulsado por Helena Ódena.

El plan de un folleto de crítica de la política del PCE en 1936-39 me causaba un tremendo malestar y desasosiego, haciéndome ver que significaba romper con la tradición comunista que yo, justamente, me había propuesto reivindicar al separarme de la dirección carrillista en diciembre de 1963. ¡Para acabar repudiándola! Eso no se me podía pedir.

Estaban las opiniones disidentes de los ex-militantes comunistas —como Félix Montiel, Valentín González, E. Castro Delgado, Jesús Hernández, Manuel Tagüeña, José del Barrio. Había que referirse a sus argumentos (sobre todo si —como lo hacía el folleto— se presentaban tesis en parte coincidentes con lo que algunos de ellos habían sostenido años antes). El miedo a citar a anticomunistas —y el empeño en eludir todos los temas molestos, como si no existieran— eran manifestaciones de la metodología de la camarada Helena consistente en eludir sistemáticamente los problemas espinosos y no entrar nunca en detalles comprometedores. Ya que se abordaban temas de estrategia y táctica militar, había que citar las obras publicadas y apoyar o refutar las tesis en ellas sostenidas por unos o por otros. Y, para hacerlo, —aunque los redactores no se fueran a hacer duchos en unas cuestiones áridas que requieren estudio especializado— habría habido que dedicar los esfuerzos de al menos un miembro del equipo redactor para adquirir, como mínimo, un barniz. No hacer absolutamente nada de todo eso implicaba producir un tocho carente de seriedad, privado de base argumentativa, bibliográfica o referencial y que no podía convencer a nadie, sino sólo adoctrinar a los militantes sobre qué había que pensar al respecto —para desacreditar la tradición de la Internacional Comunista y exaltar la singular aportación venida del extremo oriente—; eso, claro, mientras durase la confianza incondicional de esos militantes en la infalibilidad de sus dirigentes, porque el folleto no los ayudaba a tener argumentos que oponer a otros puntos de vista.

²³¹. No reúnen esos rasgos ni la guerra civil rusa de 1918-21, ni la china de 1927-49 ni la griega de 1946-49 ni las de la revolución mexicana. Cierta similitud se da, en cambio, con la guerra de secesión norteamericana de 1861-65 y con la guerra de Corea de 1950-53.

Capítulo 15.— Las cuestiones del respeto a los Estatutos y la revolucionarización

Al margen de las 13 discrepancias sustantivas (aunque no sin cierta conexión con ellas), surgieron, por entonces, otras dos diferencias ideológicas.

La primera era de carácter procedimental y no sustantivo: la vinculatoriedad o no de los Estatutos; o sea el deber de escrupuloso cumplimiento de los mismos. Helena Ódena rechazaba tajantemente que los dirigentes estuvieran ligados por una obligación de atenerse a ellos, insistiendo en que tenía que pasar por encima el interés de la revolución: cuando obrar según las previsiones estatutarias fuera beneficioso para la revolución, se actuaría así; y, cuando fuera perjudicial, se haría caso omiso. (Naturalmente era la propia dirección —y más concretamente era esa misma voluntad— quien se encargaba de determinar en qué medida se producía una colisión entre el cumplimiento de los estatutos y los intereses de la revolución.) Esa posición venía a significar que, igual que en la monarquía despótica el soberano está *solutus legibus* (no obligado ni siquiera a cumplir las leyes que él mismo promulga), en el partido revolucionario la dirección está desligada de atenerse a unas reglas que sólo están vigentes para los militantes de base y los cuadros medios.

La segunda diferencia adicional que surgió (de manera un tanto pintoresca) voy a relatarla a título anecdótico. Referíase a una presunta revolucionarización del partido.

Nuestro modesto PCEml había escapado a la locura de diversos grupos europeos prochinos o maoistas, entusiastas de la malhadada RC pequinesa, los cuales habían seguido la huella de los guardias rojos haciendo la revolución de las conciencias y del modo de vida (¡bajo el denostado sistema capitalista!), llegando incluso a vivir en conventos o cenobios en los que el estilo de vida monacal y la plegaria colectiva —leyendo el devocionario, o sea el libro rojo del Presidente Mao— se combinaban con la confesión pública de los pecados (auto-crítica en que se denunciaban las balas almibaradas de la ideología burguesa).

Cuando ya estaba empezando a pasar la RC china, se nos contagió con retraso esa fantasía.²³² El comité ejecutivo dedicó largas sesiones a debatir cómo hacer la revolución ideológica en nuestro propio seno para adquirir una mente verdaderamente proletaria. (La fecha de tan disparatadas sesiones no la recuerdo; debieron de tener lugar en 1971, ya hacia el final de mi militancia.)

Tratábase de que cambiáramos nuestro modo de ver la vida y nuestros valores, para desembarazarnos de todo lo burgués y conservador. ¿Qué criterio valía para determinar lo burgués y conservador? ¿Eran valores conservadores el amor, la fidelidad en la relación de pareja, el esforzarse por mantener una presencia correcta —evitando la haraganería y el desaliño—, el orden, la belleza, la pulcritud, el esmero, la transmisión de la cultura heredada de los antepasados, el estudio, el aprendizaje concienzudo, el trabajo? O sea ¿había que rechazar todo lo que en la

²³². Naturalmente fue otra iniciativa más de Helena Ódena, siempre atenta a las modas que venían de la Rue d'Ulm y círculos similares.

vieja sociedad nos habían enseñado a apreciar para valorar cuanto nos habían enseñado a condenar? No creo que ningún miembro del ejecutivo —ni siquiera la camarada Helena— llegara tan lejos (aunque ese género de actitudes andaban rondando en las mentes febriles de no pocos sesentayochistas).²³³

Sin llegar a tales extremos, ni mucho menos, y sin ofrecer criterio alguno, sí se postuló el principio de cuestionar las pautas culturales y axiológicas que nos habían inculcado para formar nuestras conciencias, orientándolas ahora hacia lo nuevo y progresivo.

En ese contexto surgió un problema que se había planteado reiteradas veces en los partidos comunistas (recuerdo las discusiones sobre el realismo socialista en el seminario de Arrás de 1963): si cada hecho de la vida humana es o parte de la subestructura económica o una superestructura, y si, en la sociedad de clases, cualquier superestructura tiene un carácter de clase, entonces, puesto que el arte tendrá que ser una de tales superestructuras, cada expresión artística tendrá un determinado carácter de clase, representando el sentir y los intereses de la clase dominante o de una clase dominada.

El marxismo-leninismo estándar había abordado esa cuestión optando por el arte realista como expresión de los intereses y sentimientos de las clases ascendentes y condenando las formas de arte no-realistas como expresión de las clases decadentes. Eso llevaría a estigmatizar como burgueses los estilos pictóricos como el cubismo y, más aún, el arte abstracto.

Ahora bien, a Helena Ódena le gustaban esas corrientes; conque se inventó otra teoría, a saber: se trataba de formas de expresión revolucionarias de un mensaje anti-sistema capitalista (que los inteligentes sabían descifrar, a diferencia del vulgo, que no lo percibíamos), con lo cual resultaba que lo reaccionario era adherirse a las formas viejas, al arte realista, mientras que lo revolucionario era propagar los esperpénticos adefesios de la extravagancia bohemia.²³⁴ ¡El mundo al revés!

Por mi parte (y sin encontrar, evidentemente, ningún eco en nadie), propuse otra teoría, que ya había concebido en Madrid en 1963-64 (justamente como salida

²³³. Desde luego el comunismo oficial de toda la vida había condenado ese género de iconoclasma, señalando —como mínimo desde los artículos de Lenin acerca de la cultura proletaria— que la nueva cultura revolucionaria había de asumir, incorporar y continuar, mejorado, todo el legado cultural atesorado y acumulado por la humanidad bajo las anteriores clases dominantes —incluidos sus valores necesarios al buen orden de la sociedad, ahora adaptados a las necesidades de avance social.

²³⁴. Naturalmente esa áspera calificación la asumo yo; no comprometo a nadie más. Es, evidentemente, cuestión de gustos; y los míos son muy clásicos. Otros los tendrán más actualizados; y están en su derecho. Lo que cuestiono es que quienes sostienen (o sostenían entonces) que la producción artística es una superestructura, que tiene —en la sociedad de clases— forzosamente un determinado carácter de clase (o sea, para simplificar, es, en cada caso, arte burgués o arte proletario) afirmen, a la vez, que la obra de arte tiene su carácter de clase, de tal clase en concreto, aunque sea vacía la intersección entre esa clase social y el público capaz de apreciarla (o entenderla); en suma, que una obra de arte sea proletaria aunque ni un solo proletario la entienda ni la vaya a entender o apreciar.

a las discusiones de Arrás y las que siguieron):²³⁵ el arte formaba parte de las fuerzas productivas, porque era la producción de un bien de consumo, igual que la mantequilla o los ferrocarriles; y los bienes de consumo no son burgueses ni proletarios (si bien tuvo que responder a la objeción de que sí había ferrocarriles burgueses). Así pues, optar por el arte abstracto o por el concreto era una opción personal de consumo, como escoger tazas amarillas o blancas. Podíamos, pues, dejar a los artistas producir el arte que quisieran como a cualesquiera otros artesanos (en una economía mercantil, según las expectativas de demanda; en una economía planificada, según las necesidades de la población), dedicándonos nosotros a discutir los temas de política, que era lo nuestro. Cada quien, como consumidor, tendría sus propias preferencias. Ni que decir tiene que todo eso sonaba escandaloso, herético y pequeño-burgués.²³⁶

Si, por lo menos, esos devaneos hubieran constituido una simple pérdida de energías, la presunta revolucionarización no hubiera pasado de ser un efímero y frívolo pasatiempo al que los camaradas de la base habrían prestado escasa o nula atención. Sin embargo, producto de esas elucubraciones fue un conjunto de microcintas magnetofónicas donde se habían grabado las discusiones. Una pequeñísima parte se plasmó en un breve documento escrito, en el cual se presentaban tales ocurrencias como aplicaciones de «la estética científica basada en el marxismo-leninismo».²³⁷ Por lo que he colegido de una lista de materiales del PCEml posteriores a mi marcha en mayo de 1972, las conclusiones de esos debates

²³⁵. Ya entonces, a fines de 1963 o comienzos de 1964, hablando con Santiago González Noriega le expuse ese punto de vista; él me replicó que no era posible porque iba contra el principio de que no hay nada por encima de las clases. Exactamente la misma respuesta me dará el camarada Bujalance, en las sesiones de discusión del comité ejecutivo del PCEml sobre la revolucionarización a las que me estoy refiriendo. Mi tesis era la de que el arte estaba por debajo de las clases.

²³⁶. Sin embargo, mis preferencias iban dirigidas al arte del realismo socialista, cuya caracterización oficial en la Unión Soviética del período de Stalin se basaba en estos cuatro principios: El arte habría de ser (1º) proletario, en el sentido de ser relevante para los trabajadores y comprensible por ellos; (2º) típico, reflejando escenas de la vida cotidiana de la gente; (3º) realista, en el sentido de ser representativo; (4º) comprometido, decantándose por apoyar los intereses de las clases laboriosas y sus organizaciones. Fueran mejores o peores las realizaciones artísticas de esa orientación, desde luego a mí me parecía que era mejor inspirarse en principios así, para hacer algo que valiera la pena, que en principios radicalmente diversos. Sin embargo, a diferencia del realismo socialista dogmático, lo que yo proponía no implicaba la imposición de ninguna tendencia, dejando a cada artista-productor y a cada consumidor de productos artísticos escoger lo que prefiriese. Lo pintoresco era establecer una obligación de arte revolucionario y, a la vez, aceptar que pudiera ser uno incomprensible por las masas, irrelevante para ellas, atípico, no representativo sino abstractoide y comprometido sólo a ojos de una selecta élite de buenos entendedores.

²³⁷. El documento reflejaba la opinión —según declaración verbal de Helena Ódena— «del 99 coma 9 por ciento de la dirección». Mi cálculo no coincide: 1 de entre 6, o sea un sexto, es más del 15%, no el 0'1%. Los seis miembros del ejecutivo éramos: Andrés, Rodrigo (Iñaki), Raúl Marco, Helena Ódena, Bujalance y yo. (También Matías [alias «Napoleón» o «Napo»], si bien quedó prácticamente apartado al ser detenido y encarcelado, durante unas semanas, en la Santé en 1970; y por voluntad propia, tras una breve reincorporación, volvió a quedar separado de la dirección; dimitirá en diciembre de 1971.) Quedan, evidentemente, excluidos de esta lista los tres miembros del ejecutivo que estaban encerrados en las mazmorras franquistas: Valera (Paulino), Emilio (Luis Prieto) y Eduardo (Ángel Campillo, alias «Miguel»).

(seguramente las mencionadas cintas) se transcribieron para constituir materiales del I congreso, celebrado en 1973.²³⁸

Lo malo es que esa ansia por revolucionarizar aún más era un síntoma del irrealismo y del ultrancismo que se traducirán (después de mi marcha) en el viraje hacia el guerrillerismo urbano, que conducirá a suicidas y aventureras acrobacias con resultados funestos.

Capítulo 16.— La visita de Nixon a Pequín (febrero de 1972)

Lo que a la postre desencadenó mi marcha del PCEml fue un nuevo incidente provocado por el gobierno chino: la invitación a Pequín del criminal de guerra Richard Nixon. Anuncióse con la visita a la capital china del secretario de Estado, H. Kissinger, el 15 de julio de 1971;²³⁹ se perpetró al aterrizar Nixon en Pequín el 21 de febrero de 1972.

Tras el anuncio, por enésima vez me quedé solo en el ejecutivo; todos los demás aplaudieron extasiados.

Fue agria la disputa que tuvimos sobre la posición que habíamos de adoptar. Helena Ódena unía su desprecio al teoricismo a un manejo de la esgrima argumental, tendente, no a convencer, sino, en el mejor de los casos, a persuadir —aunque, en general, ni siquiera eso, sino sólo a hacer callar o desconcertar al interlocutor, interrumpiéndolo, a cada paso, en medio de una frase para aducir consideraciones que cambiaban el tema controvertido, lo cual en seguida tornaba vidriosa la discusión. Sin embargo el uso de tales recursos sofisticos llegó al máximo en esta discusión. El principal argumento que se me opuso machaconamente es que yo me había quedado solo (lo cual era verdad) y no había más que hablar.

Sólo recuerdo dos razones que se alegaron en un sentido justificativo de tal invitación:

1ª. Lenin no dijo nada contra las negociaciones. Por lo tanto a los comunistas les es lícito negociar siempre y con todo el mundo.²⁴⁰

²³⁸. En una hoy desaparecida págª encontré el siguiente documento referenciado: *Primer Congreso del Partido Comunista de España (marxista-leninista). Documentos III. Sobre el arte y la literatura*. Ediciones Vanguardia Obrera. Madrid, 1974. Seguramente otros documentos del I Congreso también bebieron de esa fuente. (Hubo, al parecer, tres volúmenes.)

²³⁹. El 19 de julio de 1971, o sea cuatro días después, estalló una insurrección popular en Sudán contra la tiranía de Muhamad Yafar Numeiri. Encabezábala el partido comunista sudanés. Fue aplastada por la ingerencia de las fuerzas extranjeras reaccionarias, actuando de punta de lanza de esa intervención el coronel y dictador militar libio, Muhamar Jazafi. ¿Cuál fue la actitud de Pequín? Aplaudir la intervención y apoyar al verdugo Numeiri. Tenemos ahí el esquema que los dirigentes chinos aplicarán en los conflictos de Chile, Angola y Afganistán en los años siguientes, con una política cuyo episodio final será la guerra de agresión contra la República Democrática de Vietnam (y en apoyo a los Jmeres Rojos de Camboya) en febrero-marzo de 1979. En todos esos conflictos estuvieron al lado del imperialismo yanqui. Luego la visita de Nixon no fue un puro gesto simbólico.

²⁴⁰. Éste fue el argumento del camarada Bujalance.

2ª. La visita de Nixon era como el pacto Ribbentrop-Molotof del 23 de agosto de 1939: un acto legítimo de maniobra flexible para explotar las contradicciones inter-imperialistas.²⁴¹

Refuté ambos argumentos en la escasísima medida en que lo permitió la frenética disputa que tuvimos en el ejecutivo a raíz del anuncio del 15 de julio de 1971 (y que, más apagadamente, se repitió en febrero de 1972 —si bien esta vez fue fácil silenciarme en seguida, porque yo ya no tenía ánimos para volver a la carga).

Frente a lo primero sostuve que de ningún modo era criterio para saber si una conducta era lícita o ilícita para los comunistas el que Lenin la hubiera bendecido con su aprobación. Podía haber dicho que sí y estar mal (porque se hubiera equivocado o porque las circunstancias fueran distintas) y podía haber dicho no y estar bien (*idem*); y en el número infinito de cuestiones acerca de las cuales no se había pronunciado, su omisión no podía considerarse un argumento de autoridad negativo a favor del sí, porque, con semejante regla de inferencia, llegaríamos a absurdos manifiestos.

También aduje un contra-argumento de autoridad, pero éste positivo: no hay, no puede haber, una tesis marxista sobre si, en general, es correcto (o válido o lícito) negociar; todo depende. Mao Tse-tung, en su folleto «Sobre las negociaciones de Chungching» (1945-10-17) dice: «La manera de ‘responder medida por medida’ depende de la situación. Algunas veces no ir a negociar es responder medida por medida y, otras veces, ir a negociar también es responder medida por medida. Tuvimos razón al no ir antes, también la tenemos al ir esta vez; en ambos casos hemos respondido medida por medida» (*Obras escogidas*, trad. española, Pequín: Ediciones en lenguas extranjeras, 1963, 2ª ed., p. 54). Dígallo Mao Tse-tung o quien sea, es la pura verdad. No puede haber regla general válida de negociar ni de no negociar. Mi argumento no convenció; me temo que ni siquiera se le prestó atención.

Al segundo argumento objeté que las condiciones eran absolutamente dispares respecto a las de 1939:

1. Alemania y la URSS eran países amigos desde el Tratado de Rapallo del 16 de abril de 1922 (concertado siendo Lenin jefe del gobierno soviético), puesto que, aun habiendo estado enfrentados en la I guerra mundial, ambos surgieron como perdedores y perjudicados por el orden internacional del Tratado de Versalles de 1919. Esa amistad, mutuamente beneficiosa, la había truncado la política de Hitler al llegar éste al poder en enero de 1933. La URSS había tratado entonces de aliarse con las democracias occidentales, pero éstas obstinadamente le habían dado esquinazo: apoyo a la sublevación fascista en España (y, por lo tanto, a la intervención germano-italiana); traición a Checoslovaquia en el contubernio de Munich de 29 de septiembre de 1938; recalcitrante boicot occidental de las conversaciones celebradas en el verano de 1939 entre los gobiernos de Rusia, Francia e Inglaterra para llegar a un convenio de seguridad; política

²⁴¹. Éste era el argumento de la camarada Helena Ódena.

británica de incitación a la agresión alemana hacia el Este.²⁴² En tales condiciones, Alemania propuso en agosto de 1939 volverse atrás de su política de hostilidad anti-soviética para retrotraer, más o menos, las relaciones entre ambas potencias a su situación de 1932; a la vez, la Unión Soviética estaba siendo, en ese mismo momento, militarmente agredida por el Japón en el extremo oriente, donde se estaban librando cruentas batallas que se saldaron con la victoria rusa.²⁴³ A Stalin no le quedaba otra opción que aceptar la oferta de Berlín o ver su país atacado simultáneamente por el Este y el Oeste, con el beneplácito de quienes obstinadamente habían rehusado ser sus aliados.²⁴⁴

²⁴². Con la colaboración, al principio, de la reaccionaria (y racista) dictadura polaca acaudillada por el mariscal Eduardo Rydz-Smigly, que, aliada a los nazis, participó incluso en el despojo alemán de Checoslovaquia, a la cual, en octubre de 1938 (aprovechándose del Pacto de Munich entre Hitler, Mussolini, Daladier y Chamberlain), arrancó Teschen —o Cieszyn— y otros dos cachos de territorio (Orava y Spis, éstos en la región eslovaca). El Führer esperaba que, a cambio, las autoridades de Varsovia cedieran en lo tocante al Pasillo de Dantzig —aceptando, o bien un plebiscito autodeterminativo en esa zona, o bien la reincorporación de la ciudad de Dantzig al Reich con un pasillo alemán dentro del pasillo polaco. Así se habría afianzado el pacto germano-polaco firmado el 26 de enero de 1934, preparándose una eventual guerra conjunta contra Rusia. Polonia y Alemania habían estado también indirectamente aliadas por su común apoyo a los militares fascistas españoles en la guerra de 1936-39. [V. Wayne H. Bowen, «Spain and the Nazi Occupation of Poland, 1939-44», *International Social Science Review*, 2007, «Las simpatías católicas polacas estaban junto al general Franco [...] en una cruzada religiosa contra los anticlericales, el comunismo ateo [...] Polonia apoyó la causa de Franco, prestándole en seguida asistencia durante la guerra civil española [...] Polonia reconoció a los nacionalistas como legítimo gobierno de España en octubre de 1938, cinco meses antes de que se hundiera la República, que entonces seguía combatiendo [...] la prensa polaca desbordaba en elogios a Franco, exultando por la derrota del gobierno del Frente Popular respaldado por los soviéticos.» Polonia vendió a los sublevados 20 aviones militares Breguet XIX en 1936. También las autoridades de Varsovia animaron al alistamiento de legionarios polacos en las tropas mercenarias franquistas (el Tercio). V. Christopher Othen, *Franco's International Brigades: Foreign Volunteers and Fascist Dictators in the Spanish Civil War*, Reportage Press, 2009 ISBN 9780955830266; y Judith Keene, *Fighting for Franco: International Volunteers in Nationalist Spain During the Spanish Civil War, 1936-1939*, Leicester University Press, 2001, ISBN 9780718501266.] Lo del Pasillo de Dantzig resultó, empero, un precio demasiado alto para el gobierno polaco, que, temeroso de perder su acceso al mar, declinó ese trato. Entonces Hitler abrogó el Pacto con Polonia (28 de abril de 1939). Pero todavía en agosto era posible un entendimiento entre los dos gobiernos antidemocráticos, a los que tantas cosas unían (entre otras el hecho de que sendos hombres fuertes de Berlín y Varsovia habían sido soldados de los ejércitos austro-alemanes en la I guerra mundial, en la cual habían peleado ambos por la victoria de sus dos Káiseres).

²⁴³. Me refiero a la batalla de Khalkhyn Gol, en la frontera entre la República Popular de Mongolia y la parte de China que el imperialismo japonés había desmembrado para formar el Estado subalterno de Manchuria, o Manchukuo. (El mismo día en que se firmaba en Moscú el pacto ruso-alemán de no agresión —23 de agosto de 1939— se estaban librando sangrientos combates entre el Ejército Rojo y el atacante japonés.) Desde 1905 había una frontera terrestre entre Rusia y el Japón (en la isla Sajalín); sin embargo, los conflictos los desencadenó la monarquía nipona desde Manchuria. La batalla de Khalkhyn Gol duró del 11 de Mayo al 16 de Septiembre de 1939; por la parte rusa mandó el general Zhukof. Según la versión soviética, se infligieron 60.000 bajas (muertos y heridos) al agresor japonés. Tras esa derrota, el Mikado renuncia a guerrear contra Rusia. El 13 de abril de 1941 el ministro japonés de asuntos exteriores, Yosuke Matsuoka, firmará con Molotof, jefe del gobierno soviético, un Pacto de Neutralidad mutua quinquenal. El régimen de Toquio planeará entonces atacar a los estados unidos, como así lo hará en diciembre de 1941.

²⁴⁴. Overy & Wheatcroft (*op.cit.*) explican perfectamente el porqué del pacto germano-soviético de 1939: el plantón y las evasivas de los anglo-franceses en las negociaciones militares de agosto de 1939 con los rusos; la persistencia de la agresión japonesa en el extremo oriente soviético hasta firmarse una tregua el 16 de septiembre. También explican sus consecuencias: si bien —gracias a los planes quinquenales— Rusia había ganado capacidad industrial, su preparación militar contra Alemania en 1939 era todavía muy escasa. Según cifras oficiales, en 1937 había cuadruplicado la producción industrial de 1928. (Al menos dos tercios de ese incremento son verdaderos según M. Harrison, *Soviet Planning in Peace and War, 1938-1949*,

2. La China de 1972 no estaba en ninguna situación comparable, bajo ningún concepto. Ni estaba siendo militarmente agredida por nadie, ni había vanamente propuesto a nadie un pacto de alianza (al revés, eran los chinos quienes se habían negado a la política de *acción conjunta* antiimperialista que Bresnev les venía proponiendo desde 1965) ni, por último, el acercamiento a Washington significaba el retorno a un buen entendimiento anterior (salvo si Mao se consideraba sucesor de Chiang Kai-shek).
3. Lo que se acordó en agosto de 1939 entre los ministros de asuntos exteriores alemán y soviético fue un pacto de no agresión (cuyo contenido esencial se hizo público, si bien contenía cláusulas secretas); qué se cocinaba en Pequín con la visita de Nixon quedaba totalmente oculto, clara señal de que era un pacto avieso y vergonzoso;²⁴⁵ y, si no lo había, se estaba sembrando tal desconcierto (justo en el momento en que los vietnamitas estaban calificando a Nixon de ser el mayor criminal de guerra de todos los tiempos) sin ganancia ninguna, lo cual sería el colmo de la torpeza.²⁴⁶
4. Incluso la parte más usualmente vituperada del pacto germano-soviético de 1939 —el adicional protocolo secreto que imponía la inhibición de cada signatario en las operaciones del otro dentro de una línea fijada de común acuerdo— era el único medio viable para que Rusia obtuviera la devolución del

Cambridge, 1985, pp. 46-51.) Gracias a ese impulso y a poder continuar la preparación casi 22 meses más, Rusia afrontará el ataque alemán de junio de 1941 mejor pertrechada, porque, en esos dos años, las fábricas rusas habían producido 7000 tanques y 81000 cañones, así como un gran número de aviones. Por su parte, David Priestland, en *Bandera Roja: Historia política y cultural del comunismo* (Barcelona: Crítica, 2010, trad. J. Madariaga, p. 212) afirma: «La industrialización a marchas forzadas de la década de 1930 no era quizá estrictamente 'necesaria' [...] pero a finales de la década la tasa de producción soviética superaba a la alemana; la URSS era ya probablemente el mayor productor de armas del mundo y superaba en todos los terrenos a la Alemania nazi excepto en fuerza aérea. El sistema administrativo centralizado también tenía ventajas. A diferencia de su predecesor zarista, el gobierno soviético pudo controlar y dirigir la distribución de alimentos y artículos industriales durante toda la guerra, evitando así las hambrunas civiles, al tiempo que mantenía la producción material militar. El régimen consiguió organizar el transporte de enormes plantas industriales hacia el Este, lejos de las líneas enemigas». En suma, el respiro de casi dos años fue bien aprovechado y valía la pena.

²⁴⁵. Tal pacto existió —hoy estoy seguro. No sé en qué términos se enunció. Me figuro que al nivel más elevado, verbalmente y con pocos testigos. La parte china se comprometió a alinearse con el Occidente en la guerra fría contra el bloque oriental encabezado por Rusia. Y cumplió. Así se explica la actuación de los dirigentes chinos en los años siguientes en los asuntos de Chile (golpe de Estado militar orquestado por la CIA en septiembre de 1973), Angola, Etiopía, Afganistán, Indochina (guerra antivietnamita y apoyo conjunto chino-estadounidense al gobierno exiliado de Pol Pot, desalojado por las tropas de Hanoi en enero de 1979). A lo largo de los años 70-80 China estará, en los conflictos importantes, al lado de Washington, contra las fuerzas progresistas, auspiciadas por Moscú y La Habana. ¿Qué obtuvieron a cambio los gobernantes de Pequín? Mi conjetura es que consiguieron estas dos promesas: (1ª) que los estados unidos no presionarían demasiado a sus amigos y socios para mantener como representante chino en la ONU al régimen nacionalista de Chiang Kai-shek; y (2ª) que no auspiciarían el separatismo de Formosa (Taiwán), sino que reconocerían que esa isla era una parte de China (aunque la fórmula proferida por Nixon fue ambigua). También es posible que se llegara a un cierto acuerdo sobre Camboya, que se materializará tres años después, cuando los estadounidenses abandonarán a su lacayo, el general Lon Nol, consintiendo así que se estableciera la «Kampuchea democrática» de los jmeres rojos, apadrinados por China.

²⁴⁶. Añadí, para dar mayor contundencia a mi argumento: «¿Podéis decirme qué gana la República Popular China con esta visita? Porque, según lo que sea, lo podremos valorar y considerar si merece la pena». Evidentemente no hubo ni podía haber respuesta.

territorio occidental que había perdido en el inicuo Tratado de Brest-Litofsc del 3 de marzo de 1918,²⁴⁷ para así, borrando las secuelas de ese infame Tratado, incorporar a la ciudadanía soviética a 22 millones de habitantes (rusos hasta 1918); en el caso de la China de 1972 no se imaginaba qué ganancia territorial podía obtener —y no obtuvo ninguna.

5. La URSS de 1971 tenía sus defectos, pero no era un país capitalista ni imperialista, a diferencia de la Francia y la Inglaterra de 1939.²⁴⁸

Aunque la tesis que propongo es que la visita de Nixon a Pequín en febrero de 1972 marcó un viraje de la política exterior china —que pasó de considerar al imperialismo yanqui como su principal enemigo a considerarlo como su principal aliado—, ya había un signo precursor en esa política china desde un par de lustros antes: la alianza con los sucesivos regímenes militares pro-occidentales de Paquistán contra la India. Durante el período 1959-1970, ese paradójico contubernio no pasaba de ser una excepción de la política china, que no había impedido a los líderes pequineses mantener su beligerancia revolucionaria anti-norteamericana, todavía manifiesta en el IX congreso del PC chino en 1969 (el fugaz apogeo de Lin Piao). Podía justificarse tal excepción por un imperativo de interés nacional, una válida razón de estado —a causa del conflicto territorial con la India—, en la medida en que quedara circunscrita a un espacio geográfico bien determinado —por la contigüidad con China y la disputa fronteriza— y no obstaculizara la línea general de lucha anti-yanqui. Perdida la medida, franqueado ese límite, lo antes excepcional pasó a ser la regla.

Capítulo 17.— Cese de militancia (mayo de 1972)

La reacción de los camaradas del ejecutivo ante el anuncio de la visita de Nixon a Pequín en el verano de 1971 me causó una depresión nerviosa, que me curé con anafranil. Al volver de su mes vacacional los camaradas Raúl y Helena, reanudamos las reuniones. En seguida comprendí que sobraba yo en ese partido, no sintiéndome identificado en absoluto con la nueva línea que se estaba gestando. Mi sacrificio ya no servía a la causa por la cual había yo abrazado tal militancia y fundado el PCEml en 1964.

²⁴⁷. El Tratado de Brest-Litofsc fue cancelado por Rusia el 13 de noviembre de 1918 cuando Alemania capituló ante los aliados occidentales. Sin embargo, en gran medida sus efectos territoriales fueron irreversibles. El nuevo Estado polaco —creado por los austro-alemanes y reforzado después por los aliados— lanzó una victoriosa guerra de anexiones contra la aún balbuceante República soviética, imponiendo por la fuerza la conclusión del Tratado de Riga del 18 de marzo de 1921, que desbordó en 250 Km hacia el Este la línea Curzon, establecida sobre la base del predominio lingüístico local. Una buena parte de la Rusia Blanca quedó así en manos de las autoridades de Varsovia.

²⁴⁸. Claro que esta alegación era difícil de enunciar después de habernos tenido que tragar la trola del «social-imperialismo soviético». Creo que sólo a medias o con balbuceos me atreví a formularla.

Decidí marcharme.²⁴⁹ ¿Cómo hacerlo? Lo normal hubiera sido solicitar que se incluyera en el orden del día de una reunión del comité ejecutivo un punto en el que un miembro del mismo —concretamente yo, camarada Miguel— manifestara su renuncia a seguir militando en las filas del PCEml, tomándose, amistosa y conjuntamente, las medidas conducentes a evitar inconvenientes para la organización (tareas pendientes, contactos, citas, entrega de documentos confidenciales), previa una explicación de los motivos ideológicos de tal decisión. Pero eso resultaba completamente imposible.

En los partidos comunistas tradicionales nunca se había previsto en qué medida a los afiliados les era lícito cesar voluntariamente su militancia. Sin embargo, en virtud de una regla de lógica jurídica —el *principio de permisión*—,²⁵⁰ lo que no está (estatutariamente) prohibido está (estatutariamente) permitido. La mera ausencia de una prohibición, explícita o implícita, acarrea automáticamente la existencia de una autorización de la conducta no prohibida; y esa regla se aplica a cualquier ordenamiento normativo, bueno o malo, porque, cuando un conglomerado de mandamientos no se ajustan a ciertos parámetros o cánones mínimos de congruencia normativa, lo que se tiene es un manejo de imperativos inservible para regular la actividad común de una pluralidad ordenada de individuos. Si los Estatutos de una organización, sea la que fuere (legal o ilegal, benéfica o maléfica), no respetan, entre otros, ese canon que constituye el principio de permisión, lo que tenemos es un caos, un reino de la pura arbitrariedad.

Por lo tanto, cabe sobreentender que los estatutos de los partidos comunistas —incluidos los marxistas-leninistas— presuponían, implícitamente, ese principio de permisión; y así, al no prohibir el cese voluntario de militancia, lo autorizaban (aunque sujetaran su ejercicio a condiciones para salvaguardar intereses legítimos de la organización, según los compromisos asumidos por el militante en cada caso).

En ese transfondo, irrumpe entre nosotros en los años sesenta el conocimiento de los estatutos del partido comunista chino, los cuales desde decenios atrás —y como fruto de una de las peculiaridades que Mao Tse-tung había impreso al comunismo de su país desde 1935—, reconocían expresamente el derecho del militante de salir del partido comunista.

Tal autorización escandalizó a Helena Ódena. Su mentalidad era: blanco o negro, conmigo o contra mí, todo o nada.²⁵¹ Sus machacones pronunciamientos

²⁴⁹ La fecha en la cual tomé tal decisión me es imposible de recordar; intercambiando recuerdos con mi compañera, hemos llegado a la conclusión de que fue muy pronto, ya a comienzos de octubre de 1971.

²⁵⁰ V. al respecto mi artículo «La correlación lógico-jurídica entre deberes y derechos», en *Persona y Derecho*, nº 61 (2009), pp. 73-102; repr. en <http://jurid.net/lp/articles/ius/deberes.htm>.

²⁵¹ Así, p.ej., y en esa misma línea absolutista, consideraba que no debía permitirse a ningún camarada abstenerse en una votación. No sólo rechazaba cualquier término medio sino también la duda o la suspensión de juicio.

en ese sentido iban apuntalados por su ascendiente, su destreza en el arte de la disputa y hasta su poder fáctico.

En el PCEml —lo mismo que en cualquier organización, pública o privada, en la que teóricamente las decisiones las toman órganos colectivos— se manifestaban los rasgos buenos y los rasgos malos del ser humano. Por detrás de los cauces reglamentarios, operan mecanismos de control fáctico, corrientes subterráneas, como las que existen y actúan en una asociación científica, en un club deportivo, en una cooperativa, en una sociedad anónima, en un sindicato, en un colegio profesional, en un ayuntamiento, en un departamento universitario o en una banda de malhechores. La socialidad connatural al hombre es lo que ha dado a nuestra especie su fuerza y ha labrado su prosperidad; pero en su ejercicio también se canalizan algunos de los vicios humanos: la maquinación en la sombra, la intriga impalpable, el ostracismo larvado y la puesta en práctica de resortes de poder, los unos sutiles y los otros no. Muchas veces aun con buena voluntad, como una fatalidad.

Cuando el camarada Matías presentó su dimisión como miembro del comité ejecutivo en las navidades de 1971-72, Helena Ódena propuso rechazar la dimisión, aunque por una vez (sin duda la última) quedó en minoría. Sin embargo lo que se manifestó en aquella reunión es que ya había consenso en que el militante no era libre de cesar su militancia ni siquiera dimitir de sus responsabilidades (que se podía ser dirigente a la fuerza).

Ese incipiente consenso suscitaba un grave problema normativo (pero me temo que entre nosotros existía poca sensibilidad hacia tales cuestiones). A nadie se le había advertido, al ingresar en el partido, que estaba pronunciando unos votos perpetuos. Ni en el transcurso de su militancia tampoco nunca se había avisado a ningún camarada de su deber de permanecer en el partido en una unión indisoluble hasta que la muerte lo separase del mismo. Ni se había avisado a nadie que, una vez que aceptara asumir un cargo de responsabilidad, le estaría prohibido dimitir.

La práctica previa tampoco iba en ese sentido. En las condiciones de clandestinidad, un cierto peligro rodeaba siempre la posible actuación de un ex-militante y, sobre todo, un ex-dirigente; pero, hasta entonces, ninguna medida se había tomado salvo la consigna de romper contactos con quienes habían abandonado el partido desde posturas ideológicamente hostiles. No se había cuestionado que, de suyo, el salir de las filas era un comportamiento lícito, que nadie había tratado de impedir ni de obstaculizar.

En el nuevo clima que se estaba creando en torno a 1971-72, estaba calando un nuevo enfoque de ese problema; en adelante cualquier intento de salir del partido sería sancionado —sin que se hubiera fijado la sanción aplicable al caso.²⁵²

²⁵². La sanción máxima prevista en los Estatutos era la expulsión, inadecuada para castigar el intento de salir de la organización, por dos razones: (1) ese intento no estaba tipificado como falta; y, sobre todo, (2) hubiera tenido un efecto jurídico idéntico al propósito merecedor de la sanción (salvo quizá añadir una nota de infamia, lo cual sólo vinculaba a quienes continuaran afiliados). Inventar alguna otra sanción más contundente hubiera sido anti-estatutario. Sin embargo, el respeto de los Estatutos no lo consideraba vinculante —para la propia dirección— Helena Ódena, según ya lo he dicho anteriormente.

Ese giro implicaba para mí una consecuencia muy seria. Bloqueábase la posibilidad de plantear a las claras mi salida, arreglando amistosamente los detalles del traspaso de funciones. Por otro lado estaban agotadas las posibilidades de discusión político-ideológica. Tras la visita de nuestra delegación a Pequín en el verano de 1970 y, sobre todo, tras la crisis de Nixon un año después, mis posibilidades de influir en el ejecutivo, ya antes menguadas, se habían hecho nulas. Ya no había nada que discutir. La erística había sustituido al debate (tan rico y vivo en 1964); por un cúmulo de circunstancias, ya no estaban en el comité ejecutivo las mentes que hubieran podido pensar con independencia.

Opté, pues, por largarme a la chita callando; dejé, eso sí, una carta razonada de adiós destinada a leerse unos días después de mi marcha.²⁵³

¿Estuvo justificada mi conducta? Rotundamente, sí. Por las ocho razones siguientes:

- (1ª) Ha de existir el derecho de un individuo de salir de una organización a la que pertenece. Estar afiliado es un acto libre.
- (2ª) Siendo el pacto de militancia de duración indefinida, la baja voluntaria ha de poder producirse en cualquier momento.
- (3ª) Como entidad asociativa, un partido tiene el derecho de exigir que las bajas voluntarias de sus militantes se produzcan en condiciones que no causen peligros a la organización —respetando unos plazos para tomar medidas y ayudando a que el cese de militancia no interrumpa la actividad organizativa ni cause conmoción.
- (4ª) Tales deberes subsidiarios sólo pueden entrar en juego cuando se respeta el ejercicio del derecho a salir de la organización.
- (5ª) En organizaciones en las que una norma interna ha impuesto la prohibición de baja individual voluntaria, esa prohibición es nula, por contraria a un

²⁵³. Lamentablemente no hice copia de esa carta que creo redacté a mano. Expresaba en ella mi total oposición: 1º, a que el partido mantuviera su alineamiento prochino cuando el régimen de Pequín se aliaba con nuestro peor enemigo, el imperialismo yanqui; 2º, a que nuestras diatribas contra la Unión Soviética hubieran girado, de reprocharle un excesivo acercamiento a USA, a censurarla justamente por lo opuesto: enfrentarse a los EE.UU. («las disputas entre las dos superpotencias», en la jerga neomaoista); 3º, a la línea ultraizquierdista que, en las desangeladas reuniones navideñas, se había pergeñado unos meses antes en Echegorri para aprobarse en el congreso de próxima celebración, pues se acercaba al trosquismo, rompiendo abruptamente con la línea fundacional de 1964.

La carta la metí en un sobre cerrado, que dejé en el piso donde vivía, en lugar ostentible, indicando que iba destinada a la lectura de Helena y Raúl.

Escribí otra notita (sumamente escueta) diciendo que había dejado las llaves del piso debajo del felpudo, sin dar ninguna otra explicación. Mi compañera la confió a un conocido para echarla a un buzón de correos el sábado, a fin de que el lunes 29 llegara a sus destinatarios, la pareja de Raúl y Helena.

¿Se habrá conservado mi carta en algún archivo? Hace unos años la vi citada en una bitácora («Kaos en la red»), siendo (en la medida en que lo puedo recordar) exacta la cita («¡Estudid más a Stalin, camaradas!»).

El contenido someramente expresado en la carta lo desarrollé en unas cintas magnetofónicas (*cassettes*) en las que me explayaba analizando las razones de mis desacuerdos y sus implicaciones. Pero esos desarrollos ya no iban destinados a mis ex-camaradas, sino que quedaban en depósito. Sin embargo, unos años después se destruyó ese depósito, que abarcaba también una colección de materiales impresos, ya que, de un lado —y por razones de prudencia—, yo no deseaba que me fueran enviados, mas, por otro lado, la familia que lo había custodiado ya no quería seguir haciéndolo.

precepto de derecho natural, incluso en el caso de que el ingreso haya ido acompañado de unos solemnes votos perpetuos (como en las órdenes monásticas), porque el derecho a la libertad es irrenunciable.

(6^a) Igual que la revolución está justificada cuando se cierran vías de evolución, la salida unilateral de una organización está justificada cuando se bloquean los caminos de una salida voluntaria en condiciones pactadas mutuamente ventajosas.

(7^a) El derecho a salir de una organización no ha de estar condicionado a su motivación; siendo un derecho de libertad, ha de poder ejercerse sin motivación alguna, incluso sobre la base de que el afiliado ha dejado de sentirse identificado con los objetivos de la asociación o de tener confianza en la misma, siempre que —de existir la posibilidad de hacerlo— se tomen las medidas, por ambas partes, para suavizar el efecto negativo de esa salida para la propia organización.

(8^a) En el supuesto de que tenga que justificarse el cese voluntario de afiliación, extingúese tal deber cuando no existe un clima de diálogo racional y sereno, sino un espíritu de trágala y apabullamiento.

Mi salida del PCEml estuvo justificada. Iba contra mi conciencia comunista seguir siendo dirigente de una organización que se adentraba en una senda errónea y suicida, no beneficiosa a la revolución española. (Y, en las condiciones imperantes, no había otro modo de cesar la militancia que hacerlo por decisión unilateral y súbita.)

Puede objetárseme que, si bien, hacia 1970 ó 1971, se estaba produciendo un cierto viraje ultraizquierdista en la línea del PCEml, sin embargo, en lo esencial, los errores venían del arranque mismo del movimiento prochino, o marxista-leninista, en 1964; por lo tanto, puesto que yo mismo había participado protagónicamente en esa botadura, me hubiera incumbido apechugar con lo que viniera después, porque nunca hubo corte.

Respondo que, sin haber discontinuidad, sí hubo un efecto acumulado de desviaciones respecto de la línea inicial de 1964. Yo mismo —en no pocos de los artículos enumerados en el Anejo I— asumí y respaldé con mi pluma tales desviaciones (aunque para hacerlo tuviera que vencer mis escrúpulos, sufriendo un desquiciamiento intelectual). Pero lo que está cerca de lo que está cerca no por ello está cerca. Las jornadas de preparación colectiva de la nueva Línea Política en diciembre de 1971 constituyeron un parteaguas; para mí, seguir adelante con esa nueva Línea Política era franquear un Rubicón que no estaba dispuesto a cruzar: el riachuelo, el arroyo, que separaba la (relativa) moderación del extremismo (por mucho que éste viniera incubándose desde años atrás).

Resolví preparar la fuga con sigilo.²⁵⁴ Tras un viaje de mi compañera a

²⁵⁴. Naturalmente fueron tremendamente penosas para mí las reuniones en que tuve que seguir participando durante esos últimos meses. El domingo 21 de mayo tuvo lugar mi postrer contacto, consistente en un largo intercambio de experiencias y puntos de vista con el secretario político del comité regional de Castilla (o sea, en la práctica de la provincia de Madrid) —si

París para hacer una gestión en la embajada de México sobre la posibilidad de emigrar a ese país —que se saldó con una negativa—, el martes 16 de mayo de 1972 obtuve un visado del consulado peruano en Ginebra. Por esos días vinieron a visitarnos mis padres (a pesar de estar en mayo —mientras que solían venir en verano). Con su ayuda compramos unos baúles en un pueblo francés cerca de la frontera y los pasamos a Suiza en la baca de su coche.²⁵⁵

Estábamos, gracias a ese compromiso familiar, momentáneamente a salvo de visitas inoportunas (salvo algún imprevisto, que afortunadamente no se produjo). El miércoles 24 de mayo embalamos, en los baúles, los libros, el gramófono, la máquina de escribir, los discos, adminículos, papeles, ropa y unos pocos enseres. Quedaron depositados en casa de una conocida, quien nos los mandaría por barco al puerto del Callao, a través de una agencia de transportes. (Evidentemente dejamos pagado de antemano ese envío, que no podía realizarse hasta que tuviéramos unas señas en el Perú.)

Al día siguiente por la mañana salimos en coche mi mujer, mis padres y yo. Nos despedimos de mis padres en Lyon. Mi mujer y yo viajamos por tren a París, alojándonos dos noches en un hotelucho cercano a la Gare du Nord; recorrimos las librerías del barrio latino (principalmente la de PUF en el Boulevard saint Michel).

Los libros entonces adquiridos los escogimos por una combinación de criterios (aunque principalmente por el mero azar de toparnos con ellos): deseo de mantener un vínculo con el marxismo que habíamos profesado y que, en ese momento, seguíamos profesando; un difuminado retorno del interés por la filosofía y por la lingüística; precio accesible; necesidad de no cargar demasiado nuestro equipaje. (Todo eso sin tener ninguna perspectiva, ni siquiera vaga, de poder reiniciar nuestra vida en quehaceres que tuvieran algo que ver con los estudios, fueran los de la filosofía u otros.) La lista resultante abarcaba: Georges Mounin, *Introduction à la sémiologie*; Lucien Sève, *Marxisme et théorie de la personnalité*; Alain Rey, *La lexicologie*; André Martinet, *Éléments de linguistique générale*; Paul Miclau, *Le signe linguistique*; Jean T. Desanti, *Phénoménologie et praxis*; Jacques d'Hondt, *Hegel en son temps*; A. Pelletier & J.J. Goblot, *Matérialisme historique et histoire des civilisations*; varios de Plejanof; Henri Salvat, *L'intelligence mythes et réalités*; Centre d'Études et de Recherches Marxistes, *Sur le mode de production asiatique*; varios de la colección *classiques du peuple* (Condorcet, D'Holbach, Diderot, Helvétius, Lamarck, La Mettrie, Rousseau, Voltaire); y alguno que otro de Husserl. Todo eso nos lo llevamos encima al Nuevo Mundo.

no recuerdo mal en compañía del camarada Iñaki (Rodrigo)— en un jardín ginebrino.

²⁵⁵. Tuvimos la suerte de que no nos parase la aduana helvética, a la que hubiera sido difícil explicar que el contenido transportado era aire. Había mayor control aduanero en sentido inverso, o sea efectuado por la aduana francesa.

En la tarde del viernes 26 visitamos, para despedirnos, a D. José Maldonado, Presidente de la República en el exilio.²⁵⁶

²⁵⁶. En esa visita conocimos a la viuda de D. Marcelino Domingo. A la mediación de D. José hubiera podido acudir para obtener un permiso de entrada en el territorio mexicano, pero eso hubiera implicado revelar de antemano nuestro secreto plan de abandono de la militancia y tal vez hubiera dificultado la ruptura total que buscábamos con toda la política española.

ANEJO I

Lista de los artículos de Lorenzo Peña publicados en *Vanguardia Obrera* y en *Revolución Española*

Voy a dividir este Anejo en tres secciones. La primera abarca los artículos de *Vanguardia Obrera* que son indudablemente de mi autoría (aunque la versión publicada no coincide necesariamente con lo que yo había escrito) y que salieron: unos, anónimamente; otros, firmados por alguno de mis nombres de pluma. La segunda sección comprende artículos de *Vanguardia Obrera* de más dudosa auto-atribución, habiendo transcurrido nueve lustros y no teniendo ni huellas seguras en mi memoria ni elementos objetivos para pronunciarme sin titubeos ni por el sí ni por el no. La tercera enumera artículos de *Revolución Española* y otras producciones ideológicas.¹

Hay que aclarar que el que yo haya sido autor de un artículo no significa que lo publicado sea lo por mí escrito. Interponíase siempre el filtro del comité de redacción, que cortaba, añadía, intercalaba, a menudo descafeinaba y hasta banalizaba (eliminando rasgos de estilo personal, con el efecto de que todo sonara como un poco escrito por un mismo individuo). Imperaba la *corrección política*: estilo de cliché, el eufemismo, las fórmulas estereotipadas, los rígidos moldes terminológicos sin apenas margen de tolerancia o de variación individual. Era así casi nula la diversidad en el vocabulario, con lo cual los conceptos manejados tendían a ser pocos (y cada vez menos), sin ningún distinguo entre lo puramente fáctico y lo axiológicamente cargado. Hasta los títulos de los artículos, según aparecieron en *Vanguardia Obrera*, podían haber sido cambiados por el comité de redacción. (En mi caso sufrí frecuentemente esas alteraciones.)

A pesar de lo cual los cuadros y militantes de base del partido, al hablar con los dirigentes, solían adivinar quién era el autor de qué, porque incluso el laminado de la censura no conseguía extirpar del todo la expresión de ese algo de cada uno que se vuelca en lo que escribe, por muy truncado y alterado que llegue a estar.

Sección 1: Artículos de *Vanguardia Obrera* firmados como «Eladio Zújar» y otros nombres de pluma de atribución indubitable

¹ El estudio que constituye el presente Anejo fue posible gracias a la amabilidad de mi hoy difunto camarada Ángel Campillo (alias Miguel o Eduardo), quien me prestó los materiales de su colección personal. Póstumamente, agradézcosele de corazón.

La colección (incompleta) de *Vanguardia Obrera* que he podido consultar² contiene 93 colaboraciones cuya autoría me corresponde casi con total seguridad: doce de ellas anónimas, las otras 81 bajo los ocho seudónimos siguientes: «Damián López», «H. Lizondo», «J. Benacantil», «M. Banyuls», «M. Masamagrell» (o su variante, «V. Masagradell»), «Miguel Checa», «Santiago Robles» y «Eladio Zújar». Hay también 23 artículos bajo otros nombres de pluma que fueron probablemente escritos por mí y de los cuales hablaré en la Sección siguiente.

Mis doce artículos anónimos en *Vanguardia Obrera* fueron (dejando de lado las notas) los siguientes: «El movimiento democrático estudiantil» (Nº 4, abr. 1965); el Editorial del Nº 21 (febr. 1967): «Los falangistas de hoy y la revolución del mañana» (una crítica a Emilio Romero); «¡Fuera yanquis de España!» (Nº 44, agosto de 1969); «MATESA: Una corruptela más del yanqui-franquismo», Nº 45 (sep.-oc. 1969); «¡Abajo los nuevos topes salariales!» (Nº 48, febrero de 1970); «Catastrófico panorama de la enseñanza» (ibidem); «Querellas oligárquicas por la ley sindical» (ibidem); «La lucha de los campesinos contra las centrales lecheras» (Nº 50, junio de 1970); «El franquismo y la penetración yanqui en el Mercado Común» (ibidem); «¡Viva la lucha revolucionaria del pueblo palestino!» (ibidem); «La visita a El Cairo de López Bravo y la política proyanqui del régimen» (Nº 55, mar.-abr. 1971); «¡Yanquis fuera de España!» (Nº 56, mayo-junio 1971).

Siete artículos los publiqué bajo el seudónimo de «Damián López». Sin embargo, no fue mío el primer artículo publicado bajo esa firma: «España y Vietnam: A igual política, iguales resultados», Nº 7 (nov. 1965). Tenemos, pues, un nombre de pluma que viene lanzado y, que, posteriormente, se me asigna para llenarlo de contenido. (Al principio no había una idea clara de autoría; los nombres de pluma podían ser como papeles teatrales, asumibles alternativamente por uno u otro.) Esos seis artículos —que sí escribí yo— son:

- «Después de la aprobación de la Ley de Prensa, ¿Podrá publicarse legalmente *Vanguardia Obrera*?», Nº 11 (marzo 1966).
- «Ni rey ni príncipe ni caudillo», Nº 12 (abril 1966).
- «¿Los lobos se han vuelto corderos?», Nº 13 (ab. 1966)
- «Por qué se perdió la guerra», Nº 15 (julio-ag. 1965).
- «Las comisiones obreras», Nº 16 (sep. 1966).
- «Respetable tribuna para respetable ciudadano», Nº 23 (abr. 1967).
- «¿Populorum progressio?», Nº 24 (mayo 1967).

Con el seudónimo «H. Lizondo» publiqué en *Vanguardia Obrera* sólo un artículo titulado «Ley de prensa 'liberalizante'», Nº 7 (nov. 1965) y una serie de dos artículos titulados «Los clanes financieros españoles» (con sendos subtítulos) en los números 8 y 9 (dic. 1965 y en. 1966 respectivamente). La serie se interrumpió tras la caída de Paulino en abril de 1966, porque al nuevo comité de redacción ese tema ya no le interesaba igual.

². La colección a la que he accedido gracias a la amabilidad de Ángel Campillo abarca los números 1 (1965) al 69 (1972), pero en ella faltaban los cuatro siguientes núms.: 2, 6, 25 y 50. (No obstante, un volcado en PDF del número 50 ha tenido la bondad de facilitármelo Roger Mateos, a quien se lo agradezco efusivamente.) Los datos que siguen son, por lo tanto, incompletos.

He aquí ahora la lista de cinco artículos que escribí con el seudónimo (de sabor alicantino y, a la vez, árabe) de «J. Benacantil»:

- «La lucha del pueblo palestino por su liberación», N^o 26 (julio 1967).
- «Los acuerdos entre Franco y Nasser y la lucha de los pueblos árabes», N^o 35 (abr. 1968).
- «Nueva luna de miel soviético-norteamericana», N^o 40 (en. 1969).
- «El último pleno carrillista, un paso más en la traición», N^o 53 (dic. 1970).
- «¡Multipliquemos las acciones revolucionarias contra el escandaloso encarecimiento de la vida!», N^o 64 (junio 1972).

Éste último, sin embargo, suscita un problema de atribución. Me resulta dudoso haberlo escrito yo dado su contenido extremista (al sostener que la respuesta idónea al encarecimiento de la vida era acudir directamente a acciones revolucionarias; lo cual prefigura la nueva política del PCEml a partir de mediados del año siguiente, 1973). Además —y sobre todo— es extraño que se publique en *Vanguardia Obrera* en el mes de junio de 1972 (pocas semanas después de mi marcha del partido a fines de mayo) un artículo bajo uno de mis inconfundibles y personalísimos nombres de pluma.³ De otro lado, sin embargo, la recopilación de datos y ciertos párrafos sí parecen míos. En suma, debe de tratarse de un artículo que el comité de redacción había decidido publicar cuando yo me separé del PCEml y que entonces resolvió mantener, aunque quizá con alteraciones.

Enumero ahora seis artículos firmados como «M. Banyuls» (otra de mis manifestaciones alicantinas o valencianas) —advirtiendo que ese nombre fue deformado en varias ocasiones, siendo a veces erróneamente impreso como «Banuls» o como «Banulls»:

- «El viaje a París de López Bravo», N^o 49 (mar.-abr. 1970).
- «Inminente renovación de los infames pactos», N^o 51 (jul.-ag. 1970).
- «Falaz maniobra en el ámbito internacional del renegado Carrillo», N^o 52 (oct.-nov. 1970).
- «Una grave crisis económica y monetaria azota a nuestro país», N^o 58 (oct.-nov. 1971).
- «Angustiosa situación de los campesinos cerealistas», N^o 61 (marzo 1972).
- «Se refuerza y amplía la lucha obrera por toda España», N^o 63 (mayo 1972).

Con el también muy valenciano nombre de pluma «M. Masamagrell» publiqué un solo artículo: «La dominación yanqui en el sector de los transportes», N^o 52 (oct.-nov. 1970). Ahora bien, una variante de ese nombre («V. Masagradell») firma el artículo «Impulsemos la alianza obrero-campesina», a todas luces mío;

³. Es posible que el n^o 64 de *Vanguardia Obrera* estuviera ya en vías de publicación, cuando el ejecutivo se enteró de mi marcha —lo cual calculo que habrá sucedido entre el lunes 29 y el miércoles 31 de mayo. Aun estando en la imprenta, un artículo que los cuadros hubieran identificado claramente como escrito por mí probablemente habría sido retirado (y tal vez ese número iba a contener otros artículos míos), igual que en su día se suprimió, ya en imprenta, el artículo del camarada Grippa para *Revolución Española*. En los primeros momentos tras mi marcha tuvo que existir incertidumbre acerca de si yo pretendía continuar la actividad política pasándome a algún grupo de la competencia o plantando mi propio banderín de enganche, como habían hecho varios ex-militantes en el pasado. Pronto debió disiparse ese infundado temor. Desconozco si por entonces se llegó a saber que yo había emigrado a América Latina.

posiblemente hubo una confusión entre esos dos apellidos valencianos, de sonoridad similar.

Más prolífica fue mi producción con el seudónimo «Miguel Checa». Tengo que advertir que no lo inventé yo, sino que lo retomé. (Caso similar al de «Damián López».) El primer artículo publicado bajo ese nombre de pluma (en el N^o 5, mayo-junio 1965) no fue escrito por mí para nada. Sin embargo, los demás 23 artículos que aparecieron con esa firma sí eran de mi autoría:

- «Por una coalición de fuerzas democráticas», N^o 7 (nov. 1965).
- «Fidel Castro: Lo que se oculta detrás de sus declaraciones», N^o 11 (marzo 1966).
- «Vietnam: Triunfo de una política justa», N^o 13 (abr. 1966).
- «La dominación yanqui sobre España», serie de nueve artículos que se publicaron en los números 8 (dic. 1965), 14 (junio 1966), 16 (sept. 1966), 21 (febr. 1967), 22 (marzo 1967), 25 (jul. 1967), 27 (ag. 1967), 28 (sept. 1967) y 31 (dic. 1967). (De ahí saldrá el folleto colectivo con ese mismo título de mis artículos, publicado por las Ediciones *Vanguardia Obrera*.)
- «El juicio contra Paulino García Moya», N^o 19 (dic. 1966).
- «Criminal sentencia de la 'justicia' franquista», N^o 20 (en. 1967).
- «Contra el paro y la carestía de la vida», N^o 29 (oct. 1969).
- «El gran movimiento revolucionario en Albania», N^o 32 (en. 1968).
- «Las repercusiones de la crisis del dólar en nuestro país», N^o 33 (febr. 1968).
- «¿Para qué sirve la 'seguridad social' franquista?», N^o 36 (mayo 1968).
- «¡Saludemos la valerosa lucha del pueblo de Euzkadi!», N^o 38 (sept.-oct. 1968).
- «El trotskismo y la teoría del doble poder», N^o 39 (1968) [firmado «M.Ch.»].
- «Los trotskistas contra el pensamiento de Mao Tse-tung», N^o 42 (marzo-abr. 1969).
- «El franquismo renueva y prolonga su ignominiosa traición a la Patria», N^o 44 (jul.-ag. 1969).
- «La descomposición del equipo de Carrillo», N^o 45 (sept.-oct. 1969).

No hay artículos publicados con ese seudónimo posteriores a 1969.

Con el nombre de pluma «Santiago Robles» publiqué los dos siguientes:

- «¡Fuera los yanquis de España!», N^o 11 (marzo 1966).
- «Por una solución del problema de la vivienda», N^o 16 (sep. 1966).

Hay que observar que un artículo anterior firmado por Santiago Robles («La futura democracia española», N^o 10 [feb. 1966]) no es de mi autoría; chirrían, en efecto, ciertos rasgos estilísticos y de matiz ideológico. Se trata de un caso más (igual que los de «Miguel Checa» y «Damián López») en que un seudónimo viene acuñado, primero, por otro camarada (quizá por Manolo) y después se me asigna, para diversificar mis propios artículos bajo firmas diferentes.

Paso ahora al más conocido de mis seudónimos «Eladio Zújar» —a menudo con sólo la inicial del nombre de pila, «Eladio».⁴ Bajo tal nombre se publicaron los 33 artículos siguientes:

- «La crisis de la agricultura y la alternativa revolucionaria», N^o 16 (sept. 1966) [firmado por las iniciales: «E.Z.»]
- «Panorama de las fuerzas revolucionarias españolas», N^o 17 (oct. 1966) [firmado con las iniciales].
- «La farsa electoral de los sindicatos verticales», N^o 18 (nov. 1966).
- «España 67: Crisis de superproducción y paro obrero», N^o 20 (en. 1967).
- «Nueva fachada de los sindicatos verticales», N^o 22 (marzo 1967).
- «Hacia la politización de la lucha de masas», N^o 23 (abr. 1967).
- «Crisis y miseria del campo español», N^o 24 (mayo 1967).
- «Falsa solución para los problemas agrarios: Las ‘cooperativas’ capitalistas», N^o 26 (julio 1967).
- «Los campesinos arroceros y la dictadura yanqui-franquista», N^o 29 (oct. 1967).
- «Servir al pueblo», N^o 30 (nov. 1967).
- «La juventud madrileña contra el imperialismo yanqui», N^o 31 (dic. 1967).
- «La devaluación de la peseta: Un nuevo atentado contra los intereses de las masas», N^o 32 (en. 1968).
- «¡Adelante la lucha estudiantil revolucionaria!», N^o 33 (febr. 1968).
- «Las masas campesinas y la lucha contra la dictadura», N^o 34 (marzo 1968).
- «¡Democracia popular, sí! Repudio y condena de un agente imperialista», N^o 35 (abr. 1965).
- «La ley del FORPPA: Nuevo engaño contra los campesinos», N^o 37 (junio-julio 1968).⁵
- «Ruina y desolación en el campo murciano», N^o 39 (nov.-dic. 1968).
- «Nuevos preparativos bélicos yanqui-franquistas contra el pueblo español», N^o 40 (en. 1969).
- «Frente a la monarquía, la revolución popular», N^o 41 (febr. 1969).
- «Carrillo adulador de la casta militar», N^o 42 (marzo-abr. 1969).
- «Carrillo, recalcitrante embellecedor de la ‘liberalización’ franquista», N^o 44 (julio-ag. 1969).
- «Carrillo y el ‘modelo’ finlandés», N^o 45 (sept.-oct. 1969).
- «La jugada del Opus y el chasco de Carrillo», N^o 48 (en.-feb. 1970).
- «Carrillo, embellecedor del gobierno opus-franquista», N^o 49 (mar.-abr. 1970).
- «Carrillo, desmovilizador de las masas», N^o 54 (en.-feb. 1971).
- «Nueva patraña anticampesina de la legislación franquista», N^o 55 (mar.-ab. 1971).
- «Carrillo embellece al gobierno opusfascista», N^o 56 (mayo-jun. 1971).

⁴ Cada seudónimo tenía su porqué. «Zújar» era para mí un topónimo muy castizo, de fuerte fonética castellana —con esas dos fricativas sordas tan propias del español de la Meseta Carpetovetónica— y, a la vez, de origen moro, con una cierta resonancia árabe o andalusí. «Eladio» quería ser un nombre de pueblo, propio de campesinos o aldeanos.

⁵ El FORPPA era el Fondo de ordenación y regulación de precios y productos agrarios.

- «Carrillo e Ibarrruri se hunden en el fango de la traición», N^o 57 (ag.-sep. 1971).⁶
- «Carrillo traidor a la lucha por la República», N^o 58 (oc.-nov. 1971).
- «Carrillo compinche de los criminales requetés», N^o 59 (en. 1972).
- «¿Es posible la acción conjunta con la dirección carrillista?», N^o 62 (abr. 1972).
- «La lamentable situación del cultivo olivarero y las importaciones de aceite de oliva», N^o 62 (abr. 1972).
- «La angustiada situación de los pequeños cultivadores de patata», N^o 63 (mayo 1972).

En resumen, con una probabilidad rayana en la certeza cabe afirmar que esos 93 artículos son míos. Los temas preferidos son el antiimperialismo, el republicanismo, el análisis económico, las cuestiones agrarias y la crítica a la línea de D. Santiago Carrillo, con varios escritos sobre otros asuntos (p.ej. las cuestiones eclesiásticas y la crítica al trosquismo).

Sección 2: Artículos de *Vanguardia Obrera* más dudosamente atribuibles

Hay en la colección de *Vanguardia Obrera* otros 23 artículos que fueron probablemente escritos por mí, al menos en parte.

Los cinco criterios en que me fundo son:

- (1) el recuerdo (ya evidentemente erosionado a tanta distancia);
- (2) rasgos de estilo (a pesar de la inelegante monotonía de toda esa prosa);⁷

⁶. Desde los orígenes del PCEml existió una discrepancia entre nosotros acerca de a qué líder o líderes del PCE debíamos hacer blanco de nuestras críticas; críticas que pronto degeneraron en vehementes y desmesurados ataques.

Para Paulino y para mí, había que concentrar la polémica en la personal figura de Santiago Carrillo Solares, por varios motivos. Era él el enunciador, propugnador y adalid de la línea de reconciliación nacional; era él el jefe fáctico desde 1956 y el jefe también nominal desde 1960 (pues el cargo de «presidente», inventado a medida en el VI congreso, resultaba puramente ceremonial); era vulnerable por su pasado socialdemócrata, a causa del cual no toda la militancia veterana del PCE lo había visto con simpatía (al revés, se había ganado —por eso y por muchas conductas— la enemistad de un número de camaradas); por último, carecía de la aureola de las personalidades exaltadas durante la guerra civil, como Líster y la Pasionaria.

Por el contrario, D^a Helena odiaba tanto a la Pasionaria que siempre quiso dirigir contra ella las diatribas y los insultos; pensaba además que Carrillo era fungible, como en Rusia lo había sido Jrushchov; por lo cual, si centrábamos nuestros ataques en su persona, podíamos quedarnos descolgados por una maniobra de recambio en la secretaría general del PCE. (Un recambio que únicamente tendrá lugar el 6 de noviembre de 1982, tras una serie de descabros electorales.)

A medida que mis fuerzas iban menguando —sobre todo tras la visita a China en el verano de 1970—, cometí la debilidad de ceder, reemplazando mi consagrada locución «el equipo de Santiago Carrillo» por lo que D^a Helena dictaba, «el equipo de Carrillo-Ibarrruri» (con ese error de acentuación). Nótese, empero, lo tardío de este artículo, escrito cuando ya zozobraba mi afiliación al PCEml a causa de la nueva alianza chino-estadounidense, apoyada por todos los demás miembros del ejecutivo.

⁷. Ese criterio estilístico, según lo manejo, es puramente empírico, estribando meramente en una percepción global de cómo están escritos los artículos, que es una impresión al alcance de cualquier lector pero, en mi caso, mediada por un reconocimiento del estilo propio —algo del cual permanece a pesar del transcurso del tiempo. Podría ascenderse a un examen todavía no científico pero sí experto, al ojo de buen cubero de un perito en reconocer maneras de escribir; yo, sin embargo, carezco de tal calidad. Un nivel de análisis más elevado sería el del conocimiento científico, mediante pruebas estilométricas; y es que cada locutor usa unas palabras o sintagmas en vez de otros, o con una frecuencia particular o en combinaciones diferentes de las de otros locutores; eso, que todos sabemos, se puede analizar con rigor. Cabe hacer consideraciones parecidas sobre los otros criterios.

- (3) preferencias temáticas (ya aludidas en el párrafo precedente);
- (4) acentos o matices ideológicos (a menudo sutiles e imperceptibles a simple vista, porque solían ser subliminales);
- (5) carencia de otra atribución verosímil.

Naturalmente puede no haber coincidencia entre esos criterios; a veces hay colisiones.

Dentro del denominador común de incertidumbre que afecta —en mayor o menor medida— a todos los ítemes de esta Sección, es probable que sean (al menos parcialmente) de mi autoría estos artículos:

- Fernando Puchol, «Agudización de la crisis económica», N^o 26 (jul. 1967).
- Fernando Rovira, «El gaullismo y España», N^o 13 (abr. 1966).
- Juan Bru, «Dos conceptos de Hispanidad: El del pueblo español y el de la oligarquía antipatriótica», N^o 7 (nov. 1965).
- Idem, «El ‘desarrollo’, filosofía de la oligarquía antinacional», N^o 8 (dic. 1965).
- Idem, «El movimiento del 11 de mayo», N^o 14 (junio 1966).
- Idem, «Comunistas y católicos españoles», N^o 11 (marzo 1966).
- Idem, «Por el desarrollo de una economía nacional independiente», N^o 9 (en. 1966).

El artículo de Juan Bru «El movimiento del 11 de mayo» no me puede ser atribuido según figura publicado en *Vanguardia Obrera*, porque contiene algunas expresiones que yo jamás habría usado (p.ej. el galicismo «de más en más»); sospecho que yo había redactado un manuscrito que luego fue modificado por otro camarada; y ése podría ser también el caso de los otros cuatro artículos con esa firma.⁸

Plantean un problema cinco artículos firmados como «Pedro Collado», pues bajo esa firma seguirán apareciendo artículos en *Vanguardia Obrera* después de mi marcha en mayo de 1972,⁹ lo cual constituye una fuerte objeción a la autoatribución que formulo aquí a título de hipótesis:

- «El presupuesto yanqui-franquista para 1968», N^o 36 (mayo 1968).
- «La valiosa experiencia de los comités de fábrica en Euzkadi», N^o 46 (nov. 1969).
- «La camisa de fuerza cambia de color», N^o 53 (dic. 1970).
- «Contra la carestía de la vida, preparémonos a acciones reivindicativas revolucionarias», N^o 58 (oc.-nov. 1971).
- «La primera conferencia nacional de la OSO, conferencia de unidad y victoria», N^o 63 (mayo 1972).

⁸. Tal vez los presentara como propios el camarada Manolo —quien aún no se había separado del PCEml ni había repudiado la línea política de diciembre de 1964, como más tarde hará. Es verosímil que mi participación se haya limitado a elaborar un esbozo en el cual ya estuvieran contenidos los datos que sustentaban la argumentación.

⁹. Sin embargo, al menos uno de ellos, «La angustiosa situación de la agricultura», *Vanguardia Obrera* N^o 66, agosto 1972, es posiblemente de mi autoría. Alternativamente podría atribuírselo al camarada levantino Lucas, quien luego usará el alias de «Venancio Vega» [1944-1999]. Pero ni estoy muy convencido de esa atribución ni, sobre todo, me resulta fácil atribuirle los artículos anteriores con esa firma. De ser efectivamente de mi autoría los artículos firmados por Pedro Collado, ¿por qué se siguieron publicando en V.O.? Posiblemente la respuesta correcta sea ésta: ese seudónimo no estaba tan directamente asociado a mí, en la mente de los camaradas, como los de «M. Banyuls» o, sobre todo, «E. Zújar».

Para terminar voy a enumerar once artículos que llevan la firma de «Jesús Allende». No tengo ninguna duda de haber sido —en lo esencial— el autor de varios de ellos —quizá de todos—, pero es posible que estén, de algún modo, coautorados con otro camarada. (Los detalles los he olvidado.)

- «La estafa del turismo», N^o 28 (sep. 1967).
- «La insurrección revolucionaria de Asturias», N^o 29 (oc. 1967).
- «La restauración del capitalismo en la URSS», N^o 33 (feb. 1968).
- «Se desarrolla la lucha popular en Cataluña», N^o 37 (jun.-jul. 1968).
- «La agricultura en la URSS bajo el revisionismo», N^o 39 (nov.-dic. 1968).
- «La lucha en torno a los convenios colectivos», N^o 44 (jul.-ag. 1969).
- «¡Muera la monarquía fascista! ¡Viva la República popular!», N^o 45 (sep.-oc. 1969).
- «¡Vivan las acciones reivindicativas del proletariado!», N^o 49 (mar.-ab. 1970).
- «Explotación y miseria de los braceros» (N^o 50, junio de 1970).
- «Vigorosas luchas populares contra el yugo yanqui», N^o 51 (jul.-ag. 1970).
- «Experiencias útiles de la lucha armada», N^o 52 (oc.-nov. 1970).

Por último he excluido del cómputo un artículo firmado por Antonio Belchite, «Paro y crisis en los textiles catalanes», N^o 35 (abr. 1968); aunque su contenido y su estilo podrían hacerlos atribuibles al autor de este ensayo, parece desmentir tal atribución (que no se basa en ningún recuerdo fiable, por otro lado) el hecho de que, bajo esa misma firma, aparezca un artículo anterior («Sobre las comisiones obreras y la oposición sindical obrera», N^o 31 [dic. 1967]) que no creo en absoluto haber escrito yo. (Conjeturalmente atribuiría ambos al camarada Matías.)

Sección 3: Artículos de *Revolución española* y demás producción ideológica

A la producción enumerada en las dos secciones precedentes hay que agregar los artículos en *Revolución Española*. No he podido consultar más que los dos primeros números de esa revista, que contienen cuatro artículos míos: dos en el N^o 1 y otros dos en el N^o 2.

Los dos artículos de los que fui autor en el N^o 1 (1966) son: «Sobre las rivalidades internas del campo franquista» (firmado con el nombre de pluma «E. Zújar») y «Por qué la lucha del pueblo español es eminentemente antiimperialista y patriótica», firmado como «Santiago Robles». (Reproduzco más abajo, en el Anejo IV, el primero de esos dos artículos del N^o 1 de *Revolución Española*.)

En el N^o 2 (1967) aparecen estos dos artículos míos: «Realidades de la vida de nuestro pueblo bajo el yugo franquista» (E. Zújar) y «Vietnam: Una lección y una advertencia» (Damián López).

Pero mi labor ideológica fue mucho más amplia. Recapitulando una enumeración de trabajos que ya se encuentra páginas más atrás, cabe decir que (sin incluir textos no publicados cuya lista figura al final del Capítulo 11) mi producción intelectual al servicio del PCEml durante los años 1965-72 comprendió la redacción exclusiva de los siguientes documentos:

- *Las posiciones políticas y organizativas de los fraccionalistas trotskistas.*
- *Aberraciones y desvaríos de los oportunistas sin principios.*
- *El carácter antiimperialista de nuestra revolución.*
- *Adulteraciones del equipo de Santiago Carrillo.*
- *Curso de cuadros medios.*
- *Acercas del problema de las nacionalidades en España.*¹⁰

Hay que añadir: mi colaboración en el folleto *La dominación yanqui sobre España* (que retomaba el título de mi serie de nueve artículos en *Vanguardia Obrera*) así como la redacción, no sólo de la mayor parte de la Línea política, el Programa y los Estatutos del partido, sino también de los boletines internos y de un número de otros textos (octavillas, manifiestos, mensajes, declaraciones y comunicados), generalmente suscritos por un órgano colegiado del PCEml o de una de sus organizaciones de masas aledañas.

¹⁰. V. infra, Anejo V.

ANEJO II

Lo que dice A. Diz sobre por qué Lorenzo Peña abandonó el PCEml

Alejandro Diz fue un dirigente del PCEml del cual se fue hacia el comienzo de la transición.¹ Yo lo había conocido en los últimos años de mi militancia; en mayo de 1972 no había sido aún cooptado como miembro del comité central.

A poco de salir de esas filas, escribió y publicó un libro titulado *La sombra del FRAP: Génesis y mito de un partido* (Barcelona: Ediciones actuales, 1977). Cito lo que sobre mí dice, en las pp. 44-5:

En el momento en que P.G.M. es anulado al caer en España en manos de la policía en 1966, y del posterior ataque y denigraciones que sobre él vierten Ódena y Marco, éstos forman el secretariado junto a un joven, L.P., fundador también del partido en 1964. En aquel momento sólo ellos tres residen en Ginebra y todas las personas que ven posteriormente a L.P. van observando cómo, aun teniendo en cuenta su carácter siempre introvertido, se va retrayendo cada vez más de la actividad directa de la dirección. La pareja se aprovecha de algunas debilidades de su carácter, un tanto débil, y le va marginando poco a poco. En la primavera de 1972, L.P. desaparece de Ginebra, notificándolo por carta a la pareja —ésta es la versión de ellos— y desde entonces se le moteja con un apelativo insultante. Con esta versión de «deserción» que suministra la pareja, única conocedora de cómo se desarrolló la crisis de L.P., se crea una opinión en su contra en el conjunto del Partido. Pero, ¿qué motivos le llevaron a abandonar de ese modo el partido [...] que le obligaron a dejar en veinticuatro horas una militancia por la que venía luchando desde hacía casi diez años?²

El libro de Diz fue producto de la cólera y del desengaño.³ Carente de análisis ideológico-políticos, está basado en elucubraciones sin prueba. Me resultan enteramente inverosímiles sus conjeturas —que él postula como certezas (aunque a veces parece dudar un poquillo).

¹ Ha sido profesor de historia de las ideas de la Universidad RJC en Madrid. Se doctoró en 2000 con una tesis titulada «Idea y vivencia de Europa en la España del siglo XVIII» bajo la dirección de Carmen Iglesias Cano. Esa obra vino publicada después por el Centro de estudios políticos y constitucionales. (V. la págª web dialnet.unirioja.es.)

² El apelativo insultante fue, según tengo entendido, «el miserable»; la miserabilidad reprochada consistía en haber abandonado el partido —o sea, haber desertado. Para mí fue un abandono honroso, porque continuar en la organización hubiera implicado hincar la rodilla, comulgando con ruedas de molino.

³ En el fragmento que he citado hay dos errores. El camarada Raúl no se incorporó al secretariado tras la caída de Paulino=Valera, en abril de 1966, sino tras la de Miguel=Eduardo=Ángel Campillo, en febrero de 1969. Tampoco es cierto que a lo largo de esos años estuviéramos Raúl, Helena y yo en Ginebra; yo no me fui a vivir allí hasta marzo de 1970, tras la detención de Matías. No recuerdo si mientras viví en París me entrevisté alguna vez con A. Diz; probablemente sí; en Ginebra, desde luego, nos vimos más de una vez.

Es curioso que no se le haya ocurrido preguntarse por lo más obvio: ¿qué diferencias ideológico-políticas separaban a Lorenzo Peña de los demás camaradas del ejecutivo? ¿Había indicios de tales discrepancias? (En general es extraño que la cuestión de los acuerdos o desacuerdos ideológicos pase tan desapercibida en el relato de un exdirigente del PCEml, cuando éramos una organización que sólo tenía sentido por nuestra ideología y cuando las desavenencias personales y políticas siempre estaban, como mínimo, ideológicamente teñidas.)

Habríale bastado analizar los artículos publicados con mis principales nombres de pluma («Miguel Checa», «E. Zújar», «M. Banyuls», «J. Benacantil», «J. Allende») —a pesar de que las versiones publicadas habían sido censuradas y alteradas por los comités de redacción, rebajando o, en ocasiones, cambiando el sentido. Habría hallado claves comparando esos artículos con los escritos por otros camaradas.⁴ También hubiera podido pedir leer esa carta de despedida.

Sea como fuere, espero que este ensayo autobiográfico responda a su pregunta sobre los motivos que me llevaron a dejar en 24 horas una militancia por la cual venía luchando desde hacía 10 años exactamente.

⁴ Especialmente las publicadas bajo los dos nombres de pluma de la camarada Helena, «M. Palencia» y «H. Ódena» (altern. «E. Ódena»); en menor medida, también podrían apreciarse fuertes discrepancias con los artículos escritos, bajo diversos seudónimos, por los demás miembros del comité ejecutivo e incluso del comité central.

ANEJO III

Lo que dice Jesús Ynfante sobre las tesis de E. Zújar acerca del Opus Dei

Lo que sigue es un extracto de: Jesús Ynfante, *La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafía*, París: Ruedo Ibérico, 1970. 452 pp. Apéndice 1: «El Opus Dei y la izquierda política en España». (El texto de mi artículo que él comenta lo reproduzco más abajo, en el siguiente Anejo.)

Los marxistas-leninistas del grupúsculo *Vanguardia Obrera*, en su revista teórica y política *Revolución Española*, al hacer un recuento de «las rivalidades internas del campo franquista», se han atrevido a analizar el Opus Dei. En esto se diferencian de los otros miembros de la familia comunista que se mantienen «en la ciénaga del revisionismo», utilizando su metáfora condenatoria. En la parte del análisis que hace referencia al Opus Dei se afirma: [Aquí se insertan amplios extractos de mi artículo.] [...]

Para Zújar, autor del análisis, «el Opus Dei es un grupo financiero que se disfraza de instituto religioso» (ahora se rumorea —prosigue— que va a cambiar ese disfraz por otro muy parecido, el de «asociación de fieles»), para afirmar luego que es una Orden, más adelante una congregación, y terminar reconociendo que «seguramente que es el Opus Dei el grupo financiero más ligado al capital yanqui».

En el análisis —en algunos puntos informativos muy certero— se deslizan curiosas anotaciones. Esta por ejemplo sobre *Camino*: «Ese libro, bajo una apariencia religiosa, exalta las pasiones del orgullo y la soberbia, atiza el individualismo exacerbado, la ambición de mando, justifica la explotación y la opresión». O esta otra cuando se refiere a Tajamar: «Esas obras le sirven al Opus Dei para reclutar prosélitos y envenenar la mente de la juventud.» Hablar de la exaltación de las pasiones, el atizamiento, o el envenenamiento de la juventud es más bien propio de burgueses educados en los prejuicios de su clase que de gente que se dice revolucionaria y que está en trance de hacer «su» revolución.

El análisis que, por otra parte está plagado de inexactitudes, muestra cómo, a partir de datos verídicos, al intentar fundar en ellos determinadas tesis políticas, se puede falsear la realidad. Por ejemplo, la fuerza del Opus Dei dentro de la Iglesia española se mide por la presencia de dos propagandistas en el consejo de administración de la Editorial Católica, sociedad anónima controlada por la ACNP, aun siendo como lo son de verdad los dos propagandistas en cuestión (Silva y Otero Navascués), socios simpatizantes del Opus Dei.

Como lo explico en el Anejo siguiente, estaba justificada la perplejidad de D. Jesús Ynfante. Posiblemente mi artículo fue el primero y el último en insertar esas *curiosas anotaciones*. El fragmento de mi artículo que, en parte, citaba y criticaba el Sr. Ynfante es el §6 del texto reproducido en el Anejo IV de este ensayo.

ANEJO IV

El artículo «Sobre las rivalidades internas del campo franquista»

[*Revolución Española*, Nº 1 (4º trimestre 1966), pp. 6-16]

Reproduczco aquí el artículo «Sobre las rivalidades internas del campo franquista». En general, mis artículos publicados en *Revolución Española* escapaban más a la censura interna que los que escribí para *Vanguardia Obrera*. Su longitud desanimaba a Helena Ódena de enfrascarse en su lectura. Los artículos de *Vanguardia Obrera* solían leerse, antes de su publicación, en voz alta por el comité de redacción (aunque no siempre se hizo así); ahí las suspicacias de la camarada Helena Ódena saltaban, porque ella era quisquillosa, no admitiendo otros estilos que el suyo y rechazando que se introdujeran matices políticos propios; conque había que ser imaginativos para colar mensajes subliminales.

En cambio, no siendo aplicable ese método a los artículos de *Revolución Española*, el autor de cada artículo quedaba facultado de hecho para escribirlo con un margen de libertad (aunque una autorización expresa en ese sentido nunca se extendió).

Por otro lado, es posible que mis artículos de *R.E.* no hayan sido leídos a fondo, línea por línea, por los demás miembros del comité de redacción, ni siquiera después de publicarse, ya que su lectura se hubiera llevado un tiempo que preferían dedicar a otros menesteres.

Soy consciente de las particularidades de mi mensaje ideológico en el artículo aquí reproducido —esas particularidades que escandalizaron a D. Jesús Ynfante (según lo hemos visto en el Anejo precedente). Afortunadamente él no figuraba en el comité de redacción de *R.E.* Pero esas particularidades no significan que las ideas que yo expresaba en mi artículo se apartasen del materialismo dialéctico, o del marxismo-leninismo, en general.

Lo que sucede es que el marxismo-leninismo, como cualquier otra teoría humana, se colorea de diverso modo según el sustrato ideológico previo de quien lo abraza y defiende, desde su horizonte de intelección anterior. Antes de decantarme yo por el marxismo-leninismo, ya tenía firmes convicciones de antinietszsheanismo, igualitarismo social, colectivismo, optimismo antropológico y metafísico, fraternalismo y racionalismo, que impregnaron mi adhesión al marxismo-leninismo y mi interpretación de esa doctrina. A lo cual se agregó la impronta de la obra de G. Lukács *El asalto a la razón*, que también vehiculaba un mensaje originalísimo, muy dispar de lo que yo he hallado en cualquier otro escritor marxista —aunque no por ello incompatible con el marxismo.

La crítica a las filosofías reaccionarias germánicas de los siglos XIX y XX la hace Lukács desde la alternativa entre racionalismo e irracionalismo, lo cual disputa la primacía a la famosa dicotomía engelsiana entre materialismo e

idealismo (y a la segunda dicotomía admitida en la vulgata: la de dialéctica frente a «metafísica»). Por otro lado, leyendo entre líneas la crítica lukacsiana a Nietzsche se perfila un planteamiento axiológico que difícilísimamente encontraremos en Marx, Engels u otros autores marxistas, quienes más bien suelen eludir tales problemas: defensa de los valores de los de abajo —valores atacados por Nietzsche—, como la fuerza y la razón de los débiles, el valor de la masa, el desprendimiento, la humildad, el amor, la fraternidad. (Algunos de ellos son próximos a los que Mao Tse-tung toma de la tradición del pensamiento chino, confirmando la unidad subyacente de la familia humana.)

Todo eso sonaba a cristianismo, quizá en una versión franciscana; y, si bien no estaba condenado ni declarado incompatible con los dogmas que profesábamos, era ajeno a la prosa que emanaba de los círculos marxistas-leninistas. Abogábamos por una moral proletaria, sin que nadie hubiera intentado dilucidar qué valores la inspiraban ni en qué reglas o principios consistía. Creo que mi artículo fue una modesta aportación en ese sentido; las circunstancias del momento y la personalidad de los camaradas determinaron, es de temer, que fuera simiente caída en terreno yermo.

El artículo aquí reproducido salió en el N^o 1 de *Revolución Española*, correspondiente al 4^o trimestre de 1966. Como tales correspondencias podían encerrar un elemento de arbitrariedad —y, en el mejor caso, eran inexactas—, es posible que, en realidad, el número se haya publicado un poco antes o un poco después.

Lo que es seguro es que el artículo lo escribí antes; y que se llevan tiempo su redacción y, sobre todo, su preparación. Calculo que lo habré escrito, aproximadamente, en el verano de 1966 —o sea cuando estaba yo cumpliendo 22 años.

Seguramente fue mi mejor artículo para esa revista. Los posteriores se resentirán de la evolución negativa del PCEml a partir de la RC, los acontecimientos del Mayo francés de 1968, la ruptura entre el camarada Grippa y el dúo China/Albania y el ascenso del ultraizquierdismo impulsado por Helena Ódena; todo lo cual iba contra mis convicciones profundas, pero sin que yo pudiera sustraerme del todo a tales derivas.

Reproduzco el artículo como resultado del trabajo de escrutaje y ROC [reconocimiento óptico de caracteres], habiendo modificado sólo algunos aspectos tipográficos (cursiva en lugar de comillas donde era apropiado, p.ej) y agregado los títulos de los acápites (entre corchetes para marcar la diferencia con el contenido original).

Además —en los lugares donde, conjeturalmente, pienso que figuraban en el manuscrito original— he incorporado varios fragmentos que fueron eliminados cuando el artículo se publicó en *Revolución española* (no recuerdo si por razones de espacio o de fondo; dado el procesamiento de los manuscritos para R.E., me inclino a pensar que fue lo primero). Para distinguir tales fragmentos, están marcados con llaves ('{ y }').

SOBRE LAS RIVALIDADES INTERNAS DEL CAMPO FRANQUISTA

por E. Zújar

[*Revolución Española*, Nº 1 (4º trimestre 1966), pp. 6-16

Sumario

1. Antecedentes históricos. 2. Situación actual. 3. Falangistas.
 4. Monárquicos 5. Vaticanistas. 6. Opusdeístas. 7. Carlistas
 8. El equilibrio de las fuerzas reaccionarias.
 9. ¿Son posibles los entendimientos o las alianzas con determinados grupos oligárquicos en la fase actual?
 10. Conclusiones]
-

§1.— Antecedentes históricos]

{ Las fuerzas que se sublevaron contra la República Española el 18 de julio de 1.936 eran muy heterogéneas. Allí estaban todos los grupos monárquicos (requetés, Renovación Española, nacionalistas de Albiñana); el partido fascista por antonomasia, la Falange; la CEDA gilroblista (modelo de «democracia cristiana» por la salvaje manera en que llevó a cabo el aplastamiento de la insurrección asturiana) y otros grupos («agrarios», UME, etc.)

Esas fuerzas representaban a todos los grupos y sectores de la oligarquía financiera y terrateniente: la nobleza rural, los latifundistas —absentistas o no— los grandes banqueros e industriales, la Compañía de Jesús, los jefes vaticanistas, la alta burocracia y la casta militar.

Por ello, las contradicciones que enfrentan entre sí a las fuerzas integrantes del «Movimiento Nacional» no son de ahora. Ya durante nuestra guerra de resistencia contra el fascismo, José Díaz decía: «En el orden político, los antagonismos de Falange española con los tradicionalistas han llegado a tomar caracteres sangrientos. Las bandas de unos y otros han andado a tiros en Pamplona, en Zaragoza y en los propios frentes» (Informe al Pleno del C.C. de nov. de 1.937).

La Falange se fusionó, por una hábil treta de Franco, con las demás fuerzas reaccionarias en el Movimiento «Nacional». El decreto del 19 de abril de 1.937 implantó esa unificación por la fuerza, disolviendo todos los grupos que no se unificasen. El nuevo movimiento (que hasta la fecha sigue denominándose también oficialmente FET y de las JONS) tenía los signos externos, el «programa» y la palabrería del falangismo, pero su composición era una amalgama abigarrada de todas las fuerzas de la reacción.

En ese decreto de unificación Franco se nombró a sí mismo Jefe nacional y se proclamó «autor de la era histórica». Durante su reinado, el «caudillo» ha maniobrado siempre para no romper nunca del todo el equilibrio de las fuerzas reaccionarias, supeditándolas todas a su jefatura absoluta. Ha sabido enfrentarse y «cortarles las uñas» a unos u otros cuando han querido trastocar ese equilibrio. En eso hay que reconocerle cierta pericia (sobre todo por haberse sabido rodear de los hombres más idóneos para esos malabarismos políticos según cada momento, cada coyuntura nacional y, sobre todo, internacional). }

[§2.— Situación actual]

La ocasión en que han salido a la luz y se han agudizado las contradicciones en el campo oligárquico ha sido la entrada en vigor de la nueva ley de prensa. Esa ley «liberalizante» significa que ni *Revolución Española*, ni *Vanguardia Obrera* ni otras publicaciones patrióticas y democráticas pueden publicarse legalmente en España. Pero para las fuerzas integrantes del «Movimiento Nacional» la nueva ley ha significado una posibilidad de expresar sus puntos de vista con un margen de libertad relativamente grande, excepción hecha de los secuestros esporádicos de algunos órganos de prensa.

La causa principal de la que se derivan las contradicciones que se vienen manifestando en el campo fascista y antinacional son las dificultades a las que se enfrentan los planes políticos y económicos de la oligarquía tendentes a asegurarse el futuro. Esas dificultades son de muy diversos tipos.

En el plano interno, la dificultad más importante es la delicada —por no decir más— coyuntura económica y financiera que puede provocar una crisis o una aguda recesión, como la del 58-59. Ello agravado por la coyuntura tan desfavorable que atraviesa la economía norteamericana (que se ha convertido en nuestra metrópoli) así como en general la de los países del mundo «occidental». La oligarquía proimperialista se enfrenta, también, al descontento y a las luchas reivindicativas de todas las clases laboriosas, viéndose forzada, para apagar esas luchas y evitar su radicalización, a canalizarlas por cauces que no amenacen la supervivencia de su dominación, por cauces que desconcierten al pueblo y amengüen su espíritu de rebeldía. Además, en los últimos tiempos se manifiesta también un descontento creciente entre algunos sectores, incluso de la burguesía no monopolista, por la infame venta de España a los yanquis.

En el terreno de la política exterior tampoco es todo fácil para la oligarquía. Ciertamente cuentan con el apoyo total y sin reservas del imperialismo yanqui para su candidatura de ingreso en la OTAN y en el Mercado Común. Pero no faltan las oposiciones y las resistencias a esa candidatura. Una parte de ellas se deben a la emoción que suscitaría en la opinión pública europea la admisión del Estado franquista, en su configuración actual, como miembro de una Europa pretendidamente «libre» y «democrática». Mas las resistencias fundamentales se deben a competencias intercapitalistas: intereses agrícolas italianos, israelíes, etc.; temores de una parte de los monopolios europeos, por ejemplo en el ramo siderúrgico, a que la España de Franco, absolutamente supeditada a los norteamericanos, constituya en el Mercado Común un instrumento suplementario de infiltración indirecta de capital yanqui.¹

En esta situación, y ante la perspectiva de una aparente modificación de las formas de poder de la dictadura yanqui-franquista, que sirva para recubrir a ésta de un barniz «democrático», las diversas fuerzas que hasta aquí han venido integrando el Movimiento «nacional», aglutinadas por la «ideología» José-antoniana (inspirada a su vez en la de Adolf Hitler y Benito Mussolini), libran entre sí una batalla por disputarse la sucesión, por asegurarse

¹. En la segunda edición, recientemente publicada, de su importante libro *La Lucha contra los Monopolios* [Madrid: Ed. Tecnos, 1966, p. 378, n. 23], el economista Ramón Tamames escribe sobre el significado de la entrada de la United States Corporation en Altos Hornos de Vizcaya, lo siguiente: «Parece claro que la actuación de la U.S.S.C. supone la instalación de una cabeza de puente norteamericana en la siderurgia europea. Ante las dificultades encontradas para realizar una inversión de capital en el área de la CECA —oposición de los intereses siderúrgicos de los «Seis» a los intereses yanquis, y en todo caso menor precio de la eventual operación— la U.S.S.C. toma una fuerte participación en Altos Hornos de Vizcaya, con la vista puesta no sólo en el mercado español, sino también en una posible aproximación de España a la CEE. Esta operación presenta dos riesgos importantes para la economía nacional. El primero, la posibilidad de una creciente 'desnacionalización' de Altos Hornos de Vizcaya, que prácticamente podría convertirse en una filial de la U.S.S.C.»

en el marco de la maniobra neo-franquista, un puesto privilegiado en el aparato burocrático del Estado.

La experiencia demuestra que cuando las clases dominantes se enfrentan a dificultades y problemas complicados, se acentúan en su seno las discordias y las divergencias. Las dificultades, tanto de orden interno como exterior, y los intrincados problemas que plantea la maniobra neo-franquista acrecientan, no sólo los apetitos de poder de las diferentes camarillas reaccionarias, sino también las discrepancias de puntos de vista en cuanto a la solución concreta que hay que dar a cada uno de esos problemas.

De todas formas no debe entenderse todo esto en el sentido de que la oligarquía atraviesa por una crisis ni, menos aún, por una descomposición, como pretende Carrillo. El poder de la oligarquía es todavía fuerte y sólido y las contradicciones que se manifiestan en su seno no son todavía muy agudas, aun cuando puedan llegar a serlo. Presentar las cosas de otro modo y pretender que el régimen se va a desmoronar por autodisolución es no sólo utópico, sino que constituye una especie de opio para embaucar y adormecer a las masas.

Sin pretensión de hacer una lista exhaustiva, echemos un vistazo a los grupos políticos del campo franquista que más se mueven en los últimos meses.

[§3.— Falangistas]

Una de las fuerzas más visibles de la oligarquía es la Falange. Ésta, habiendo desaparecido como partido político a mediados de la década del 50, ha quedado reducida a un almacén burocrático, acantonado en una parte de la máquina estatal franquista, (entrelazada y fundida, no hay que olvidarlo, con el aparato industrial y financiero del capital monopolista, a través del I.N.I., y de otros instrumentos del capitalismo monopolista de Estado).

El falangismo o nacional-sindicalismo fue una corriente reaccionaria surgida durante la II República. La creación de «Falange Española de las JONS» respondía, de un lado, al deseo de los nazis alemanes y de los fascistas italianos de tener en España una organización filial, que defendiera a ultranza los intereses expansionistas de esas dos potencias en nuestro país. Y, de otro lado, respondía a la clarividencia de una parte de la alta finanza (Juan March, algunos grandes industriales vascos) y de parte de la aristocracia terrateniente andaluza, las cuales pensaban ya en la instauración de un régimen de tipo fascista para salvar sus privilegios.

Falange fue el eje del «Movimiento» antinacional franquista, al que prestó sus emblemas, consignas pseudo-poéticas y verborrea demagógica. La disgregación del Movimiento y la pérdida de influencia del falangismo comenzaron en los años posteriores a la II Guerra Mundial. La causa principal de ello era el desprestigio del fascismo en la arena internacional y el deseo de la oligarquía española de disfrazar su régimen con la máscara de una «evolución» hacia la «democracia cristiana». De 1945 a 1949, estuvo sin cubrir la secretaría general de Falange (que hasta entonces se había llamado «secretaría general del Partido»). Los intentos posteriores por revitalizar el Movimiento e imprimir nuevos bríos a una doctrina muerta fueron coronados por el fracaso.

La mitología nacionalista de la Falange ha sido abandonada por el régimen. A partir de 1953 el imperialismo yanqui se convierte en el verdadero amo y señor de nuestro país. En años posteriores el Estado franquista entra en la ONU, en la OCDE, en el Fondo Monetario Internacional y aspira ahora a ingresar en la OTAN y en el Mercado Común. Un millón de obreros españoles se han visto obligados a emigrar a Europa a causa de la política económica

del Gobierno. En esta era de supeditación al imperialismo yanqui y a sus redes internacionales de expansión política, económica y militar, el nacionalismo falangista resulta anticuado para la oligarquía. Las ilusiones de levantar un nuevo imperio español en África y en Iberoamérica fueron echadas por la borda. La ideología de la oligarquía española en los años 60 no es ya el nacionalismo, sino el cosmopolitismo apátrida «made in USA». Esa es otra causa, y no de las menores, de la pérdida de influencia del falangismo.

Por lo que respecta a la mitología social del falangismo, la escasa influencia de masas que en algún momento, y a la sombra del poder estatal franquista, pudo llegar a ejercer, ha desaparecido por completo desde hace tiempo.

A estas causas se han sumado otras como el fortalecimiento del Opus Dei en el terreno financiero y su consiguiente ambición de poder político, lo que le lleva a chocar con la burocracia del Movimiento.

La espina dorsal de la burocracia falangista está constituida por los «camisas viejas». Dentro de esa vieja guardia falangista, unos, como Roberto Reyes y Fernández Cuesta, son cabecillas de la burocracia falangista desplazada o lesionada en sus intereses por el Opus Dei. Otros, como Muñoz Alonso y Emilio Romero, representan a la burocracia de los sindicatos verticales y se han amoldado a las nuevas formas del régimen, aunque sin por ello dejar de librar la batalla contra el Opus. Otros, en fin, como Pilar Primo de Rivera o Rodríguez de Valcárcel (vicesecretario, éste último, del Movimiento), son los testaferros directos del dictador y, por ello, ven vinculada su suerte a la persona de Franco.

La burocracia sindical-franquista está representada por el diario *Pueblo* de Madrid, con Emilio Romero a su cabeza. Entre los portavoces de esa burocracia encontramos a Labadía Otermín, gerente del I.N.I., el cual, en contestación a la encuesta del diario YA proclamaba que «el gobierno debe responder ante el Parlamento» (increíble, pero cierto: un jerarca falangista hablando de «parlamento»), que «en las cortes debe estar garantizado el ejercicio de la oposición», claro que «dentro de un juego formalmente institucionalizado» y pedía «una segunda cámara que refleje la variedad de las tendencias políticas». Esas declaraciones demuestran que, al igual que el camaleón, la burocracia falangista cambia de color según las circunstancias.

{ El vicesecretario general del Movimiento, Rodríguez Valcárcel en unas palabras pronunciadas ante las cámaras de TVE en el espacio «rueda de prensa» con motivo del 18 de julio decía que «es preciso determinar el sistema de concurrencia ordenada de las diferentes tendencias, de los matices distintos de nuestra vida política». Claro que él ponía el acento en que «dentro del marco institucional del Movimiento pueden desarrollar su actividad las diversas tendencias».

El monolitismo falangista está muerto desde hace años. Fue una necesidad para la oligarquía durante la guerra civil e inmediata posguerra. Pero nunca ha logrado evitar del todo los choques entre las diferentes fuerzas y los diferentes grupos de la oligarquía. Lo que ahora intentan las castas reaccionarias con la fórmula «pluralista» es sancionar formalmente la existencia de esas contradicciones internas para regular el juego de sus querellas en un marco que no ponga en peligro la solidez del sistema.

Tanto se ha hablado contra el monopolio falangista —y con razón, desde luego— que parece que la instauración de un pluralismo de coto cerrado, dentro del marco general de la maniobra neofranquista, significa un paso adelante, es algo menos mala que la actual ordenación política. Sin embargo no es así. El pluralismo de coto cerrado es tan malo como el monolitismo falangista o todavía peor, puesto que con una apariencia de «juego de tendencias contrapuestas» engaña más fácilmente a la gente, hace pensar en una libertad que

no existe ni puede existir bajo el yugo del imperialismo yanqui y de su vasallo, la oligarquía interna. }

A través de *Pueblo* se ve la línea seguida por este grupo de la alta burocracia del Movimiento. En su conjunto se inclina a favor de la maniobra neo-franquista, que institucionalice el «pluralismo», abandone los restos de la herencia ideológica José-Antoniana y tome formas pseudo-liberales. Pero su interés particular, en cuanto grupo específico, consiste en que ese blanqueo de fachada se traduzca en un cambio lo menor posible en la distribución de los puestos del aparato estatal franquista, que no implique —como temen, y quizá no sin cierto fundamento— un desplazamiento de una parte de los burócratas falangistas y la instalación en sus cargos de elementos neo-fascistas (el Opus Dei, los sectores vaticanistas, etc.).

Hay otro sector de la burocracia falangista que ha sido desplazado o lesionado por el Opus Dei. Sus representantes, como Rodrigo Royo, director de la revista *SP*, González Vicén, que publica *Es Así*, y otros de la misma calaña (grupos FES y FUNS, PNSR, etc.) adoptan una línea ultrancista, aunque con diversas coberturas, desde la de un fanático purismo José-Antoniano hasta la de un autodenominado «falangismo de izquierda». Ésta última se perfila sobre todo en la Asociación de antiguos miembros del Frente de Juventudes, en los Círculos José Antonio y en los círculos sindicales cripto-franquistas («Manuel Mateo», por ejemplo). Ese «falangismo de izquierda», a la vez que coincide en gran parte con el purismo ortodoxo José-Antoniano, (oposición a los usurpadores del Opus, al «liberal-capitalismo», a «la derecha» vieja y nueva), se diferencia de ellos en que, para mantener a toda costa su lugar en el aparato del Estado franquista, no vacila en recurrir a la demagogia, a los alborotos, no duda en apoyar aparentemente —claro que dentro de límites sumamente estrechos— algunas de las reivindicaciones menos «peligrosas» de la clase obrera en el terreno laboral; no duda, incluso, en formular programas «revolucionarios» y hasta rompiendo completamente con el pensamiento del «fundador» defiende —de boquilla— las libertades democráticas. Esta izquierda está más próxima de la demagogia laboral de Emilio Romero y puede convertirse, en un momento dado, en el ala izquierda de un partido neo-franquista de «trabajadores». La diferencia entre esos elementos y los que forman el equipo de Emilio Romero es que éstos últimos están mucho más vinculados a las otras fuerzas oligárquicas, con las que comparten el poder y están más «acomodados» dentro del aparato estatal, por lo que su enfrentamiento a las fuerzas «de la derecha», como ellos dicen, es mucho más atenuado.

Los círculos sindicales cripto-franquistas, de los que hemos hablado más arriba, con el apoyo más o menos velado de la dirección de los sindicatos verticales, se infiltran en las comisiones obreras para llevar a cabo, desde el seno de las mismas, una labor de zapa antiproletaria y pro-patronal. La jugarreta de Solís, que no es ajeno a esas maniobras, consiste en combinar, en su lucha contra las comisiones obreras, ese caballo de Troya que son los círculos nacional-sindicalistas con la represión policiaca.

Aparte de la posición de la burocracia falangista e incluso muchas veces en oposición a ella, tenemos la de los falangistas oficiales, la de la Secretaría General del Movimiento que encabeza Solís. El equipo de Solís es una amalgama de diversas fuerzas, incluso de elementos del Opus, como el vicesecretario general de la organización sindical fascista, Arturo Espinosa Poveda. Ese grupo es un equipo de vividores aprovechados, que no representan en particular a ningún sector determinado de la oligarquía, y que se acantonan en una posición ecléctica y vacilante, apoyándose a veces en la burocracia falangista y reprimiendo otras veces sus «excesos». Solís representa, pues, el compromiso de los sectores más encumbrados de la Falange con las fuerzas rivales de su propio campo.

El equipo revisionista de Carrillo se esfuerza por presentarnos a los «falangistas de izquierda» como una fuerza democrática. Como «pruebas» de ello utiliza las declaraciones antimonárquicas de sus portavoces. Pero el antimonarquismo de los falangistas se explica lógicamente por el temor de la burocracia sindical a verse desplazada por la monarquía. No obstante, hay que señalar las diferencias importantes entre el antimonarquismo furioso de los sectores de la burocracia falangista más lesionados por el Opus, cuyas opiniones se reflejan en el *SP*, y el antimonarquismo, mucho más tibio y prudente, de los sectores aún poderosos de la burocracia falangista, los cuales quieren tomarse el tiempo suficiente para asegurarse un porvenir en la monarquía restaurada de los borbones, jugando en la misma un papel, si no preponderante, al menos «decente».

Hay otro aspecto de la demagogia de los «falangistas de izquierda» que necesita ser aclarado. En algunas de sus declaraciones esos elementos hacen ciertas críticas a los Estados Unidos y hasta refunfunan alguna «protesta» por el sojuzgamiento de nuestra patria. ¿Es que son los «falangistas de izquierda» una fuerza patriótica y anti-yanqui? Si así fuera, deberíamos tenerla en cuenta como posibles aliados, dado que la política de nuestro Partido es la de aliarnos con todas las fuerzas anti-norteamericanas, en esta etapa de la revolución española.

Pero, mirado de cerca, el supuesto antiyanquismo de los falangistas aparece con su verdadera faz. Los hechos resultan muy claros. Cuando en 1953 se estableció, en virtud del ignominioso pacto firmado por Martín Artajo con el secretario de Estado yanqui, la ocupación militar norteamericana en España, los imperialistas yanquis no podían aún controlar por entero, de una manera directa, todos los sectores de la economía ni, tampoco, del aparato estatal franquista. Hasta conseguirlo —y en esa empresa han contado con el apoyo y el estímulo del gobierno de Franco— les ha hecho falta un gran esfuerzo de penetración.

Pero aún quedan sectores del aparato estatal franquista no directamente controlados por los servicios imperialistas yanquis. Esos sectores de la burocracia del Estado y del «Movimiento» no se han opuesto en ningún momento a la dominación del imperialismo yanqui. Pero ahora sus intereses se ven lesionados a medida que los yanquis clavan más y más su garra en el aparato del Estado y quieren desplazar del mismo a los medios que no están directamente bajo su control y a su servicio. Eso es lo que explica la demagogia falsamente antiyanqui de algunos grupos falangistas.

En el régimen neo-franquista que la oligarquía está preparando lo más probable es que la burocracia del Movimiento se agrupase en un partido «sindicalista» bajo la jefatura de un demagogo como José Antonio Girón, el que fue durante largos años ministro del trabajo con Franco. Como base «de masas» para ese partido podrían utilizar a la Asociación de antiguos miembros del Frente de juventudes y a los círculos nacional-sindicalistas. De todas formas un partido así sólo podrá mantener una apariencia de «partido de masas» en la medida en que sigan estando fuera de la ley las organizaciones de la clase obrera, ante la presencia de las cuales se derretiría cómo una figura de nieve.

[§4.— Monárquicos]

Los monárquicos oficiales no constituyen una determinada fracción de la oligarquía, mantenida en cohesión por grandes intereses económicos comunes y delimitada por condiciones peculiares de producción, sino una pandilla de aristócratas (en parte latifundistas y en parte financieros), así como sus lacayos diplomados (médicos, abogados, etc.) que viven de los honorarios de esas familias aristocráticas. Como típico exponente de estos podríamos citar a López Ibor.

Los monárquicos oficiales defienden, como es sabido, la candidatura del pretendiente don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII. Es completamente erróneo pretender que a la monarquía donjuanista no la apoyan más que los terratenientes. Es falso, en primer lugar, porque los terratenientes españoles, desde mediados del siglo pasado, se han ido adinerando hasta convertirse en grandes financieros. Y porque la alta burguesía industrial se ha entremezclado y fundido con la aristocracia terrateniente. Algunos de los miembros del Consejo privado del pretendiente, como el magnate de la banca Ignacio Villalonga Villalba (presidente del Banco Central), son potentados financieros, pero no pertenecen a la nobleza latifundista de vieja estirpe. Otros, como el conde de Gamazo y Abarca, consejero de administración del diario monárquico *ABC*, aunque de «elevada alcurnia», son hoy, por encima de todo, acaudalados hombres de negocios.

El partido oficioso del pretendiente don Juan es la banda monárquica que se llama a sí misma «Unión Española», fundada por el millonario barón de Satrustegui. Entre sus representantes más «ilustres» se encuentran Miralles, Álvarez de Miranda y Prados Arrarte, complicados los tres en el asunto de Munich en 1962.

La promesa que los donjuanistas, por boca de Luis M. Anson, nos hacen de restablecer las libertades «de Noruega» son pura superchería demagógica. Emilio Romero lo ha dicho con toda razón: «Del régimen que cumple ahora treinta años, titularizado por una personalidad política sin precedentes desde el final del absolutismo monárquico [!!!] e instaurado en una guerra civil, no resuelta por convenio o pacto, sino por victoria, no se sale tan fácilmente como piensa Luis M. Anson...»

Nadie como el propio don Juan ha definido las posiciones oficiales de la realeza. «La monarquía —decía en un mensaje enviado a sus partidarios con ocasión de una comilona celebrada en Madrid el día de su onomástica— debe partir lealmente de lo actual [el régimen de Franco]». La monarquía de don Juan es, pues, la continuación sin rupturas del franquismo, cambiando de éste sólo la fachada. Nada tiene de extraño que el príncipe don Juan Carlos se luzca junto con el dictador, que se le tributen en España honores regios y que el propio don Juan recorra diferentes capitales de provincia siendo agasajado por las autoridades locales franquistas.

Entonces, se preguntarán algunos, ¿a qué son debidos los frecuentes coqueteos de don Juan con fuerzas pretendidamente «de izquierda»? La razón fue puesta de relieve en una carta de éste al «caudillo» en junio de 1951. En ella, después de decir: «He huido cuidadosamente de identificar la corona con ningún movimiento partidista... mis manos están libres de cualquier atadura o pacto para el futuro», explicaba: «esto no quiere decir que yo haya ignorado las actividades de elementos monárquicos que, bajo su exclusiva responsabilidad, han procurado, pensando en el día de mañana, neutralizar la posible tendencia revolucionaria de sectores obreros españoles anticomunistas, encauzándolos por rumbos de cooperación social y patriótica». También decía: «Se me ha acusado, creo que maliciosamente por la propaganda antimonárquica, de no estar identificado con el Movimiento Nacional, cosa falsa a todas luces» y terminaba con la siguiente petición: «pongámonos de acuerdo para preparar un régimen estable».

Situándose de palabra en «la izquierda» está el grupo social-fascista del profesor Tierno Galván. Se trata de un desgajamiento de la «Unión Española» de la que hasta hace poco era dirigente Tierno Galván. En los últimos tiempos el profesor Tierno se ha proclamado «socialista». Es un representante de la alta intelectualidad sobornada por los imperialistas yanquis. La misión preferente que cumple ese grupo al servicio de la oligarquía proimperialista es la de engañar a estudiantes e intelectuales, encauzando su descontento por los canales de «la oposición dentro del sistema» e integrándose en la «institucionalización del régimen».

Es interesante estudiar la ideología política del profesor Tierno Galván porque acaso sea el único lacayo directo de la oligarquía que ha elaborado una verdadera teoría política. Tierno se proclama, como hemos dicho, socialista, entendiendo por «socialismo» una situación más o menos generalizada de bienestar individual. El camino que, según él, conduce a ese bienestar es, por supuesto, el «desarrollo» económico sobre la base del modo actual de producción (el capitalismo monopolista), pero corrigiendo la «distribución de la renta» mediante ciertas medidas de política tributaria y otras semejantes. Para alcanzar esas reformas hay que conseguir un desplazamiento de las fuerzas políticas dentro del marco del Estado franquista y bajo la protección del imperialismo norteamericano, integrándose en la OTAN y en el Mercado Común.

Tierno Galván estima que en estos 27 años de sangrienta tiranía fascista se han hecho muchas cosas «aprovechables», que dentro del Gobierno franquista hay «ministros de buena voluntad», y que estar en la oposición, en la España de Franco, no equivale a estar en la clandestinidad, puesto que «ahora hay mucha más libertad que hace unos años». Estima que la creación de una oposición legal por parte del régimen no supondría ni debería suponer una exacerbación de los antagonismos de clase sino «el reforzamiento del consensus que existe» entre su grupo y los detentadores oficiales del poder. Y que esa oposición legal debería canalizar por una vía inocua, no peligrosa para la oligarquía, los descontentos populares.

Tierno Galván quiere conservar la estructura monolítica y totalitaria de los sindicatos verticales, pero «horizontalizándolos» (en esto no anda muy lejos de la posición de los ex-dirigentes anarquistas integrados en los sindicatos verticales). Como todos los apologistas de la falsa unidad sindical, trata de atemorizar a la clase obrera diciendo que la división sindical significaría un debilitamiento de su lucha.²

En varios aspectos la ideología tiernofascista recuerda a la de un «gran» pensador y político reaccionario: Antonio Cánovas del Castillo. Al igual que lo era Cánovas, Tierno es un «posibilista». La política, dice, es la ciencia de lo posible, entendiendo por tal aquello que es posible sin hacer la revolución, sin derrocar el poder de las clases dominantes (o sea, aquello que es posible en el marco de la dominación de la oligarquía). Otro punto de coincidencia: su plan de forjar una «élite» de intelectuales, archicultos, una aristocracia político-doctrinal que meta en cintura a las masas populares, con el apoyo del ejército (son de dominio público sus coqueteos con algunos generales y jefes franquistas). Ideas, como se ve, no demasiado originales y, desde luego, nada «de izquierda».

¿Cuál es la fuente de financiación de las actividades de este grupo? La principal son las subvenciones de diversas entidades «culturales» norteamericanas, financiadas por la banca. El profesor Tierno, en diversos viajes a los Estados Unidos, recibe las oportunas instrucciones sobre su actuación política. Además de ello, en el plano de la filosofía y de las ciencias sociales es un abanderado de la podrida y decadente concepción del mundo del

². Recordemos que el equipo revisionista de Carrillo habla también mucho, demasiado, sobre la «unidad sindical» y sobre el «sindicato único de clase», sin precisar en qué condiciones ese sindicato único puede ser verdaderamente de clase. Nosotros estamos, evidentemente, por la unidad sindical de la clase obrera, pero ante todo y sobre todo estamos por la libertad sindical. Una unidad sindical impuesta no es verdadera unidad. En los sindicatos de clase no pueden estar presentes los dirigentes amarillistas que ahora merodean por algunas comisiones obreras. Unos auténticos sindicatos de clase deben construirse sobre la base de la ruptura con los dirigentes «amarillos», sobre la base del principio de la lucha de clases. Para llegar a la auténtica unidad sindical proletaria hay que aislar y expulsar del movimiento obrero a los viejos y nuevos bonzos sindicales.

imperialismo yanqui y ha traducido al español obras exponentes de dicha concepción del mundo. Es el predicador número uno del irracionalismo y del pragmatismo.

Hace unos meses, en unas declaraciones hechas en Nueva York, Tierno reafirmaba sus posiciones monárquicas, abogando, a la vez por la instauración del «pluralismo» y por una parodia de «consentimiento popular». Como se ve, el encargo que le han dado sus amos es el de prepararse para desempeñar, en esa monarquía neo-franquista, el papel de «dirigente socialista». Y la prensa europea vendida al imperialismo yanqui trata de crear una aureola en torno a Tierno Galván, «represaliado» a causa de las manifestaciones estudiantiles (a las que en realidad siempre se ha opuesto). La televisión germano-revanchista en un reportaje sobre «España y la OTAN» entrevistó a Tierno y a varios secuaces suyos como «representantes de la oposición». Por todo ello, a pesar de ser muy reducido numéricamente, el grupo de Tierno está ya prestando grandes servicios al régimen y a la oligarquía.

No podemos dejar de mencionar la estrecha unidad de acción que existe entre los tiernistas y los revisionistas de Santiago Carrillo. Tierno Galván se ve prodigar toda suerte de encendidos elogios por parte de Carrillo y su panda; su fotografía aparece en primera plana en el *Mundo Obrero* revisionista de Carrillo, que dice que no es «serio» considerar a Tierno como un agente de la oligarquía proimperialista. En el movimiento estudiantil y, en menor medida, en el movimiento de las comisiones obreras, tiernistas y carrillistas siguen una línea coincidente. Por eso grupos reaccionarios como el de Tierno, que en sí ejerce escasa influencia entre las masas, pueden representar un grave peligro a causa del apoyo total y sin reservas que les brindan los revisionistas.

[§5.— Vaticanistas]

Los jerarcas vaticanistas (obispos, abades mitrados, etc.) han constituido y siguen constituyendo en España el sector más poderoso, por todos los conceptos, dentro de la oligarquía anti-nacional.

Las corrientes políticas vaticanistas se caracterizan por representar intereses económicos peculiares, los del episcopado español y las órdenes monásticas, entre las que ocupa el primer lugar, por su poder financiero, la Compañía de Jesús. Pero a la vez les compete a esas corrientes representar a toda la oligarquía proimperialista, defender los intereses comunes de la oligarquía. Ello se debe a la peculiar posición que ocupan los jerarcas vaticanistas. Éstos tienen, por un lado, que defender sus propios intereses económicos, sus propios medios de producción (que constituyen una buena parte del patrimonio nacional); y, por otro, arbitrar con aparente «imparcialidad» las querellas que se producen entre los diversos grupos monopolistas y defender a toda la clase de los financieros y terratenientes contra la revolución popular, anatematizando y condenando (desde el punto de vista «espiritual», no faltaba más) a cuantos luchan contra los privilegios semif feudales de la oligarquía española y contra el yugo norteamericano.

La función de «árbitros» que se asignan a sí mismos los jerarcas vaticanistas en los conflictos internos de la oligarquía está claramente expresada en un editorial del diario YA, portavoz oficial de los mismos, el 20 de julio de este año, en el que se llama al orden a los diferentes grupos rivales «que existen y se mueven dentro del esquema actual de las leyes fundamentales». Allí se dice en particular: «Las polémicas que se vienen sucediendo insisten, a veces demasiado, en las posiciones discrepantes ...» Y se afirmaba que hace falta «una persona o grupo que se hagan portadores de los valores comunes [comunes a los diversos grupos oligárquicos] aun partiendo de posiciones dialécticamente distintas», pronunciándose

contra «la rencilla, el malhumor, para dejar solamente, o principalmente, el servicio a la causa que se defiende» con «medida, sosiego y equilibrio».

A pesar de que la jerarquía vaticanista tiene su propia disciplina interna, su estructura jerárquica y teocrática heredada de la Edad Media, su subordinación absoluta al papado, a pesar de ello existen en su seno divergencias políticas en cuanto a la posición política a adoptar.

Por el momento la mayoría de los obispos se inclina por el acatamiento, sin más y en términos altamente respetuosos, de las decisiones y los actos del gobierno franquista. Tal posición es la que encarna Quiroga Palacios, arzobispo de Santiago y presidente de la Conferencia Episcopal.

No obstante, una minoría de los jerarcas vaticanistas se inclina a posiciones claramente neo-franquistas, en el sentido de las fuerzas «liberalizantes»: revisión de las «leyes fundamentales», restauración monárquica, etc. Algunos como Guerra Campos, secretario general del Episcopado español, se pronuncian incluso a favor del «diálogo» con los «marxistas» (sobreentiéndase: revisionistas). Otro representante de esa ala es el obispo de Gerona, Narciso Jubany. El «centro» lo ha ocupado hasta ahora Ángel Herrera Oria, antiguo dirigente clericalfascista que ha sido, hasta fecha reciente, obispo de Málaga, cargo que ha abandonado por razón de edad.

En vísperas de la Conferencia Episcopal, celebrada el 10 de julio pasado, cierto número de jerarcas vaticanistas tuvieron una reunión «privada», en la que manifestaron su descontento por la declaración del Comité Ejecutivo Episcopal, una declaración descarada e incondicionalmente profranquista. No es que esos obispos sean antifranquistas, sino que entienden que, en los momentos actuales, en los que la oligarquía y sus amos yanquis se plantean un remoldeamiento de la estructura política de la dictadura, es más prudente y más conveniente, desde el punto de vista de los intereses de la Iglesia, mantenerse a la expectativa.

En cualquier caso las posiciones neo-franquistas van ganando terreno en el seno del alto clero. La Conferencia Episcopal de julio pasado fue considerada como un jalón en el «aggiornamento» de la Iglesia española, tan admirado y ponderado por el equipo revisionista de Carrillo. En el fondo el «aggiornamento» o «puesta al día» no es sino un cambio de táctica que sólo busca el afianzamiento de la dictadura y, en particular, de los privilegios de la Iglesia. Portavoces de marca de la maniobra neo-franquista son los agentes vaticanistas Ruiz Giménez (exministro de Franco y director de *Cuadernos para el Diálogo*) y Martín Artajo, jerifalte de la llamada «democracia cristiana» de derechas y detentadores, uno y otro, de numerosos y lucrativos cargos financieros en grandes sociedades anónimas de capital eclesiástico.

Sería, sin embargo, un profundo error pensar que el movimiento de protesta y reivindicación que existe entre el clero joven de diferentes partes de España, principalmente, en Euzkadi y Cataluña, es pura y simplemente una maniobra de los jerarcas vaticanistas. La verdad es que esos movimientos han nacido por otras causas, como el descontento de ciertos sectores de la pequeña y media burguesía, sobre todo en Cataluña y el País Vasco, contra la política yanqui-franquista de estrangulamiento de la industria y el comercio no monopolistas. Amplios sectores del clero pertenecen o están muy vinculados a la pequeña y media burguesía y hasta cierto punto se convierten en sus defensores o representantes políticos. También influye en algunos casos la brutal explotación y opresión que sufren las clases trabajadoras a manos de los grandes capitalistas yanquis y españoles; no todos los sacerdotes son insensibles a esa explotación y opresión.

Pero, como ese movimiento de descontento y rebeldía entre el bajo clero no ha logrado aún romper el estrecho marco de la ideología «humanitaria» y reformista, es fácilmente canalizable por la oligarquía. Lo que tratan de conseguir con una actitud aparentemente «flexible» los obispos más inteligentes es precisamente domar el espíritu de rebeldía del movimiento, aislar a los elementos más radicales del mismo y meter al grueso de sus efectivos en una encerrona.

A raíz de la manifestación de curas en mayo pasado, en Barcelona, los jefes condenaron brutalmente la acción, pero sin embargo ciertos organismos de la Acción Católica la «aprobaron» discretamente y con muchas reservas. Los jefes de la Acción Católica, nombrados a dedo por los jefes y, naturalmente, lacayos suyos, no pretendían con esa «aprobación» fomentar semejantes «disturbios»: pretendían engañar a los numerosos sacerdotes y católicos descontentos, hacerles creer que también en el seno de la Iglesia hay fuerzas que los comprenden y que secretamente los apoyan.

[§6.— Opusdeístas]

El Opus Dei es un grupo financiero que se disfraza de «instituto religioso» (ahora se rumorea que va a cambiar ese disfraz por otro muy parecido, el de «asociación de fieles»). Su principal bastión en el mundo de las finanzas es el Banco Popular, eje de una extensa red bancaria de la que forman parte el Banco de Andalucía, el de Salamanca, el de La Coruña y el Europeo de Negocios, este último de capital predominantemente norteamericano. El Banco Popular es el séptimo del país por lo que concierne a los «recursos ajenos» (dinero en él depositado) y su poderío no ha dejado de incrementarse en los últimos años, precisamente por el aumento del volumen de los negocios del Opus Dei.

Por la ideología de sus representantes más calificados (Calvo Serer, Pérez Embid, Millán Puelles, etc.) el Opus se configura como un grupo de ideología integrista y ultrarreaccionaria, de extrema derecha, tanto en el orden filosófico y sociológico como en el político.

El libro del fundador de la Orden, José María Escrivá de Balaguer, titulado *Camino*, es bien significativo. Ese libro, bajo una apariencia religiosa, exalta las pasiones del orgullo y la soberbia, atiza el individualismo exacerbado, la ambición de mando, justifica la explotación y la opresión. Es un libro de ideología fascista, inspirado probablemente en Nietzsche y en Ignacio de Loyola.

Otros opusdeístas, como Gonzalo Fernández de la Mora, son de carácter neo-derechista, es decir, que no quieren que se les incluya en la derecha tradicional, de la que, a decir verdad, no se diferencian en nada.

Desde 1957 aproximadamente, el Opus ha venido copando numerosos puestos en el aparato burocrático del Estado franquista, arrebatándoselos a los falangistas. La rivalidad entre el Opus y la Falange por la detentación de lucrativos puestos en el aparato estatal tiene ya, por tanto, casi un decenio de existencia.

La burocracia falangista no puede perdonar al Opus semejante «despojo». Por eso el principal rival al que se tienen que enfrentar los capitostes opusdeístas es la burocracia del Movimiento, cuyos representantes (Emilio Romero, José Miguel Ortí Bordás, etc.), están desplegando, al calor de la nueva ley de prensa, una ofensiva propagandística contra el Opus.

Por su lado, el Opus controla una extensa red de publicaciones. Su principal revista teórica es *Nuestro Tiempo*, editada por la Escuela de Periodismo del Estudio General de

Navarra.³ Entre las revistas de gran tirada está *La Actualidad Española*. Entre los diarios, prácticamente todos los de la tarde, en Madrid, a excepción de *Pueblo*. A través de todas esas publicaciones se puede seguir la línea política de la congregación.

El Opus es monárquico. Antonio Fontán, uno de sus más prestigiosos líderes intelectuales, es miembro del Consejo Privado del pretendiente. *Informaciones*, controlado por el Opus, viene desarrollando en los últimos meses una desatada campaña monárquica. Lo mismo hacen *La Actualidad Española* y toda la hojarasca de la secta.

Por razones tácticas, no todos los miembros del Opus militan en la misma formación política. En la Universidad, donde el Opus cuenta con innegable fuerza, trató hace años de constituir y dirigir un movimiento pseudo-oposicionista, la ASD (Acción Social Democrática). Tras el fracaso de aquel intento, ahora parte de sus miembros militan en la UED (Unión de Estudiantes Demócratas), controlada por la democracia cristiana. Es más, en la propia UDC figuran elementos adictos al Opus. La gran aspiración del Opus sería convertirse en la piedra angular de un gran partido «demócrata-cristiano», imitación de la vieja CEDA gilroblista, que constituiría el bloque más poderoso en el marco del «pluralismo» neo-franquista.

Esa pertenencia de miembros del Opus a diversas formaciones políticas es demagógicamente utilizada por los dirigentes de la Obra para hacer creer que ésta, en cuanto tal, no se mete en política, dejando a sus miembros la libertad de seguir su conciencia.⁴

La verdad es muy diferente: Recientemente, según anunciaban *Madrid e Informaciones*, se ha constituido un llamado «Grupo Institucional» que ha pedido autorización al Gobierno para funcionar legalmente, acreditando su fidelidad a «los principios fundamentales del Movimiento». Ese «Grupo Institucional» es una proyección del Opus en el campo de la política. Está, al parecer, dirigido por el marqués de Zaponi, pariente de Villalonga-Villalba. Su postura, por consiguiente, es monárquica-juanista. Nada tiene de extraño que, desde los primeros momentos, se haya granjeado la aversión de los carlistas y falangistas.

No podemos pasar por alto la protección que, en general, dispensan los jerarcas vaticanistas a esta secta, a la que encomiendan más obras de «enseñanza» y «beneficencia» que a ninguna otra. Piénsese por ejemplo, en Tajamar, en Madrid. Esas obras le sirven al Opus para reclutar prosélitos y envenenar la mente de la juventud. Asimismo, la fuerza del Opus dentro de la Iglesia española se ve en hechos significativos, como es el de que en el consejo de administración de la Editorial Católica, que publica el diario YA, el Opus esté representado por dos consejeros (Otero Navascués y el actual ministro de Obras Públicas, Federico Silva).

Sería sumamente largo de exponer, por lo que no cabe hacerlo aquí, la vinculación múltiple del Opus con el capital norteamericano. Seguramente que es el Opus el grupo financiero más ligado al capital yanqui.

³. El Estudio General de Navarra o Universidad de Pamplona es la única Universidad no estatal que hay en España. De conformidad con el Concordato entre Franco y el Vaticano de 1953, la Iglesia y sus órdenes religiosas pueden crear en España toda clase de centros de enseñanza, con las mismas prerrogativas que los centros oficiales. Contra esa cláusula del Concordato y, en particular, contra los privilegios de la Universidad opusdeísta de Navarra, han venido librando los estudiantes demócratas una lucha encarnizada en los últimos años.

⁴. Esos embustes están expuestos en el artículo publicado por el catedrático opusdeísta de la Universidad de Murcia, Sr. Burillo, en el diario francés *Le Monde* del 25 de octubre del año 1965, y en nota emitida en julio de éste por Miguel Álvarez, de la Oficina de información del Opus Dei.

[§7.— Carlistas]

De todos los grupos oligárquicos, el que aparece como más a la derecha es el carlismo. Este grupo cuenta aún con cierta fuerza, como lo demuestran las peregrinaciones a Montejurra en las que todavía hoy se juntan miles de requetés. Pero su carácter ultrasectario, su cerrazón, su descarada defensa de todas las antiguallas medievales, hacen del carlismo una doctrina sumamente impopular e inservible para la oligarquía en su conjunto.

Tradicionalmente, el carlismo era el representante de la nobleza rural y del alto clero, los cuales, lesionados por la política de desamortización, permanecían apegados a las relaciones de producción feudales. La descomposición de la clase que sustentaba al carlismo ha sido seguida, como es lógico, por una disgregación de sus filas. Una parte de los carlistas han abrazado la causa donjuanista (por ejemplo, Arauz de Robles). Otros, recalcitrantes, se reparten entre diversos pretendientes poco conocidos y, a menudo, de ciudadanía extranjera. Otros se han integrado en el falangismo.

El carlismo representa hoy a algunos grupos financieros; a ciertos sectores de las órdenes monásticas y sobre todo a los caciques y terratenientes locales de Navarra y de otras provincias del Norte de España, así como a un puñado de intelectuales de extrema derecha, digno exponente de los cuales es el famoso Blas Piñar.

Los carlistas publican cierto número de periódicos y revistas legales. Uno de ellos es *El Correo Catalán* de Barcelona, editado por la compañía «Fomento de la Prensa Tradicionalista». En dicha compañía están representados ciertos grupos de la oligarquía catalana y el Banco de Madrid.

El «programa» del carlismo es más o menos la vuelta a la monarquía absoluta del siglo XVI. Esto, en los tiempos que corren, es tan absurdo que sólo pueden apoyarlo ciertas minorías fanatizadas por la religión. Para tratar de salvarse de la ruina, a la que está condenado, el carlismo trata ahora de disfrazarse y hasta se viste con el manto de las libertades democráticas. La Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas dice apoyar las reivindicaciones estudiantiles. Pero se trata simplemente de algunos gestos torpes, ni siquiera de una maniobra conjuntada y planificada. En su conjunto los carlistas no pueden abandonar el espíritu doctrinal sin el cual dejarían de tener razón válida para existir como fuerza política. Y ese espíritu es el de la cruzada militar contra los «enemigos de la fe», desde los liberales hasta los comunistas. Por ello mismo es el carlismo el grupo oligárquico que cuenta con menos bazas de cara a la maniobra neofranquista.

{ [§8.— El equilibrio de las fuerzas reaccionarias]

Actualmente el equilibrio de las fuerzas reaccionarias y pronorteamericanas se mantiene. Pero empieza a llevarse a cabo por medios diferentes de los que ha venido empleando el «caudillo». Si hasta ahora Franco era el árbitro de las querellas y el que repartía «equitativamente» los cargos lucrativos, ahora las rivalidades internas del campo franquista empiezan a desenvolverse por su propia dialéctica, con menos arbitraje, empiezan a «institucionalizarse». Dicha institucionalización y la supresión de un arbitraje que hoy ya no juzgan necesario les parecen a los caballeros de la reacción provechosas para consolidar el poder de la oligarquía antinacional.

En el verano de 1.964, en un célebre artículo publicado en el periódico francés *Le Monde*, Tierno Galván pedía que la institucionalización del régimen franquista condujese a un pluralismo que consagrara formalmente las rivalidades en el seno de la oligarquía.

Que el «pluralismo» no es incompatible con la naturaleza fascista del Estado lo demuestran numerosos ejemplos. En Portugal (y hasta ahora nadie ha negado el carácter fascista del régimen de Salazar) existen, dentro de la legalidad, varios partidos políticos. En algunos de los regímenes quislings de Europa ocurría lo mismo. En Iberoamérica ha habido muchas dictaduras sanguinarias, colocadas en el poder por el imperialismo yanqui, dentro de las cuales, con frecuencia, han actuado varios partidos reaccionarios. En países que tienen regímenes de tipo fascista, como África del Sur o, actualmente, Indonesia existe también una pluralidad de partidos y grupos dentro de la «legalidad».

El fascismo no se caracteriza por ser la dictadura de un solo partido. Nunca ha entrado ese concepto en la definición científica del fascismo. El fascismo es la dictadura terrorista del capital financiero y de los terratenientes y significa la supresión de todo resquicio de libertad para los partidos, grupos y organizaciones *populares*, y en primer lugar la ilegalización del Partido Comunista.

Entre tanto que se llega a ese «pluralismo», Franco, sus colaboradores más íntimos (que son en su mayoría militares) y la Secretaría General del Movimiento conservan aún un cierto papel de árbitros, que se manifiesta en ciertos frenazos dados a unas u otras fuerzas cuando quieren ir demasiado lejos o demasiado deprisa (secuestro de «ABC», o de algunas publicaciones eclesiásticas, medidas restrictivas contra los carlistas...)

No es que el equipo que encabeza Franco sea contrario a la sucesión monárquico-opusdeísta. Todos sus actos tienden, más bien, a asegurar esa sucesión. Pero quieren que la transición hacia una restauración monárquica y hacia el «pluralismo» se lleve a cabo suave, lentamente, sin sobresaltos, de una manera lo más gradual e insensible, que casi nadie se entere de que las cosas están cambiando. Temen —y no sin cierto fundamento— que otra manera de proceder podría desencadenar ciertas crisis gubernamentales que serían aprovechadas por las fuerzas patrióticas y revolucionarias.

Lenin señalaba:

Para un marxista es indudable que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria... ¿Cuáles son, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no cometeremos un error si señalamos los tres signos principales: 1) la imposibilidad, para las clases dominantes, de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las 'alturas', una crisis en la política de las clases dominantes, que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que los «de abajo no quieran» sino que hace falta, además, que «los de arriba no puedan» seguir viviendo como hasta entonces; 2) una agravación, superior a la habitual, de la miseria y sufrimiento de las clases oprimidas; 3) una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempo de «paz» se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por la situación de crisis **como por los mismos de 'arriba'** a una acción histórica independiente.⁵

Una revolución suele ir precedida por una crisis gubernamental de las clases dominantes que arrastra a la lucha política hasta a las capas más atrasadas y más dormidas de la población trabajadora, aunque al principio lo hagan apoyando a uno u otro partido de la clase dominante. Pero al participar directa y activamente en la lucha política las masas

⁵. Lenin, *La bancarrota de la II Internacional*.

aprenden, por su propia experiencia, a comprender el antagonismo que las enfrenta con la clase opresora que ocupa el poder y a distinguir cuál es el partido político que verdaderamente defiende sus intereses de clase. Una vez puestas en marcha, las masas revolucionarias avanzan arrolladoramente y quienes tratan de detenerlas son, fatalmente, aplastados. Pero las masas sólo lograrán encontrar el camino justo de la revolución si, al estallar una tempestad revolucionaria, hay un Partido marxista-leninista forjado, templado y fortalecido en el fragor de una implacable lucha de clases, ligado a las masas más oprimidas y que libere una guerra sin cuartel contra todas las variantes del oportunismo en sus propias filas.

[§9.— ¿Son posibles los entendimientos o las alianzas con determinados grupos oligárquicos en la fase actual?]

No todo es positivo en el agravamiento de las contradicciones internas de la oligarquía. Ese agravamiento tiene también un inconveniente, a corto plazo: las ilusiones que engendra en amplios sectores de las masas. Esas ilusiones son de dos tipos.

Primero, que, puesto que las fuerzas oligárquicas luchan entre sí, ello significa que una parte de ellas aspira a acabar con las injusticias de la sociedad actual.

Segundo, que no hace falta luchar, gastar energías en la lucha de clases, puesto que la lucha interna de las clases dominantes llevará a éstas a un agotamiento y a una descomposición tales que harán innecesaria la lucha armada revolucionaria. Ambos géneros de alucinación política conducen a ponerse a remolque de uno u otro lado de la clase dominante para «agudizar» su enfrentamiento al otro bando.

Esas ilusiones no se extenderían, sin embargo, excesivamente si no fuera por la propaganda que de ellas hace el equipo revisionista de Carrillo. Apoyándose en su vieja tesis de dividir a los grupos oligárquicos en «los peores» y «los menos malos» y afirmando expresamente la posibilidad de una alianza con estos últimos, Carrillo se ha valido del ahondamiento de las rivalidades internas del franquismo para ampliar e intensificar su colaboración con una amplia gama de fuerzas reaccionarias (los ruizgimenistas y tiernistas, principalmente, pero también, aunque en menor medida, los opusdeístas, monárquicos y falangistas de «izquierda»). Carrillo denomina a todas esas fuerzas «antifranquistas» y «democráticas». Poner al desnudo semejante superchería es, pues, un deber de primer orden para nosotros.

Cuando Carrillo afirma que dentro de la oligarquía hay unos grupos más realistas, más sensatos y más lúcidos que otros no se le puede negar que tiene razón. Pero lo que no dice es que el «realismo», la «sensatez» y «lucidez» de los grupos oligárquicos están puestos, por igual, al servicio de su causa reaccionaria y antinacional.

La «sensatez» y «lucidez» tienen un carácter de clase. Hay que distinguir entre la sensatez burguesa y la sensatez proletaria. Y, en la situación actual de España, hay que distinguir entre la lucidez desde el punto de vista de los intereses de la oligarquía y desde el punto de vista de los intereses populares. No hay ni puede haber sensatez ni lucidez por encima de las clases. Sólo pueden creer en ellas quienes no colocan la política en primer plano. Puesto que, desde el punto de vista del materialismo histórico es indudable que no puede existir una política por encima de las clases que convenga tanto a la oligarquía proimperialista como a las masas populares.

Todos los representantes de la oligarquía proimperialista, sin excepción, están en lo fundamental de acuerdo con la orientación fascista y totalitaria del régimen. Al reclamar el «pluralismo» ninguna reclama una auténtica e indiscriminada libertad de asociación. En lo que

estriban las divergencias es en saber cuáles van a ser los grupos de «oposición», previamente domesticados, que gocen de legalidad en el neofranquismo.

Los políticos más «liberales» y más «democráticos» de entre los que están urdiendo la maniobra neofranquista tienen, sin excepción, una trayectoria fascista y dictatorial. Todos ellos han pertenecido a lo largo de los años de dictadura franquista, a organismos oficiales u oficiosos de la misma y han apoyado sin reservas el despiadado terrorismo que, todavía hoy, ejerce la dictadura contra las fuerzas populares y antiimperialistas.

Así lo han puesto de relieve los propios partidarios de la maniobra neofranquista. El diario falangista *Pueblo* saca a relucir ciertos hechos desagradables ocurridos bajo el mando de Hermenegildo Altozano en Sevilla. Cuando ese caballero, hoy capitoste del Opus y personaje sobresaliente de los corrillos monárquicos, era gobernador de Sevilla y jefe provincial del Movimiento encarceló a un periodista, corresponsal de *Pueblo* por hacer ciertas críticas a las obras de canalización del río Tamarguillo. Y saca *Pueblo* tajada de esta «revelación» para apostillar: «Seguramente ese hombre tendrá mucho porvenir en el Opus Dei, pero de monárquico liberal que va a contribuir a restablecer las libertades de Noruega en nuestro país tiene unas dosis bastante modestas». En eso Emilio Romero y su cuadrilla andan en lo cierto. La monarquía donjuanista jamás podrá en España, por la misma composición ideológica de las fuerzas que están dispuestas a soportarla y por la trayectoria de sus adalides, restablecer las libertades «de Noruega», país donde nunca han alcanzado las luchas de clases un nivel de virulencia remotamente comparable al que en España cobra, con rapidez, cualquier batalla de clases de cierta envergadura (no sólo la guerra civil, sino incluso una simple huelga obrera importante, como la de los mineros asturianos en el verano de 1.963). }

[§10.— Conclusiones]

{ La consecuencia de todo lo anterior es clara para nosotros: no hay, dentro de los diversos grupos políticos de la oligarquía pronorteamericana y antinacional, ninguno al que quepa considerar enemigo principal. Todos son «principales». Y los más peligrosos, por ser los que más pueden engañar, son aquellos que quieren llevar más lejos la maniobra neofranquista, son los que quieren dar a esa maniobra aires más «democráticos» y «constitucionales».

Por desgracia no todos lo comprenden así. Incluso dentro de las filas patrióticas y antiyanquis hay algunas personas que opinan que una alianza, o al menos una cierta colaboración, con elementos de la ralea de Ruiz Giménez o de Tierno Galván facilitaría el camino hacia la independencia nacional y la democracia popular. Se equivocan completamente. Dada la escasa fuerza con que cuentan esas personas, que desempeñan en la escena política el papel de portavoces de la pequeña y media burguesía, es evidente que, si se embarcan en componendas con los elementos neofranquistas, no llegarán muy lejos: se convertirán en apéndices de la gran maniobra demagógica pseudoliberalizante. Su actuación será muy poco honrosa y no sacarán nada en limpio.

Dejemos en claro, no obstante, que al rechazar, por nuestra parte, cualquier tipo de acuerdo con cualesquiera de las fuerzas integrantes del campo franquista y pronorteamericano nuestro Partido se mantiene bien abierto a cualquier grupo o persona que, aun no compartiendo nuestras mismas ideas, quiera luchar por la independencia nacional, contra los invasores yanquis y sus lacayos franquistas y neofranquistas. Aun cuando esos grupos o esas personas tengan durante cierto tiempo vacilaciones y titubeos (como corresponde a su naturaleza de clase intermedia) nosotros no les cerramos las puertas, no abandonamos

nuestra línea política de forjar un amplio y poderoso Frente Democrático Nacional Revolucionario en el que estén presentes todas las fuerzas patrióticas.

Pero precisamente para ayudar a esas fuerzas intermedias a emprender la buena vía es preciso desvelar el verdadero carácter de las rivalidades internas del campo franquista, desechar toda ilusión a su respecto y prepararse para la lucha. }

Ante el cuadro que hemos expuesto de las diversas fuerzas integrantes del campo franquista y antinacional, ¿qué tareas se les presentan a las comisiones obreras? ¿Que puede y qué debe hacer el proletariado conducido por nuestro Partido, con relación a esos enfrentamientos internos de la oligarquía pro-imperialista?

1º Ante todo desenmascarar ante nuestro pueblo a cada una de las facciones políticas integrantes del campo reaccionario. Ese desenmascaramiento debe hacerse en forma de una campaña sistemática tanto de propaganda como de agitación. Hay que poner de relieve los verdaderos motivos por los que cada facción oligárquica se opone a las otras.

2ª Intensificar incesantemente las acciones de masas en demanda de las reivindicaciones populares, tanto económicas como políticas, incluida la libertad de huelga, por las transformaciones sociales antimonopolistas, por la independencia nacional mediante el desmantelamiento de las bases norteamericanas y la anulación de los tratados yanqui-franquistas, por los derechos nacionales de Cataluña y Euzkadi, por la solidaridad total con el pueblo vietnamita. Al tener la oligarquía que afrontar esas luchas, se incrementarán sus contradicciones y sus divergencias internas.

3º Imprimir a esas luchas por objetivos parciales un carácter cada vez más combativo, transformarlas en luchas revolucionarias por la conquista del poder para el pueblo. Elevar constantemente el nivel de esas acciones, convertirlas en una acerba lucha de clases, atizando el odio patriótico y de clase contra los invasores yanquis y contra los señores oligarcas, llevando a las masas a enfrentamientos violentos con las «fuerzas del orden», en forma de manifestaciones «no pacíficas», que se transforman en refriegas callejeras, asaltos a los antros del terror policiaco, ocupaciones por la fuerza de las grandes fábricas y de las tierras de los latifundistas, «limpieza» de los confidentes, provocadores y de los más sanguinarios esbirros de la Brigada Político Social. Todo ello sembrará la confusión, en parte el desaliento, entre las huestes de la oligarquía y, al confluir con la crisis interna de ésta, acelerará el surgimiento de una situación revolucionaria.

4º Ir aglutinando en torno al Partido a una multiplicidad de organizaciones populares de masas (OSO, FUDE, de jóvenes, de mujeres, de campesinos, etc.) y a otras agrupaciones políticas antiimperialistas, sentando así las bases del Frente Democrático Nacional Revolucionario que, al proporcionar aliados a la clase obrera en la lucha por la democracia y la independencia nacional, aísle, en la misma medida, a nuestro enemigo principal: la confabulación oligárquico-norteamericana y sus representantes fascistas de todo pelaje.

ANEJO V

El folleto Acerca del problema de las nacionalidades en España

Sumario

Consideraciones preliminares (2020)

1. La doctrina leninista sobre la autodeterminación
2. La recepción del principio de autodeterminación en Europa occidental
3. El irredentismo regional en España
4. Redacción y restitución del texto de 1968
5. El distingo entre nación y nacionalidad
6. ¿Autodeterminación de las nacionalidades? Propuestas alternativas
6. Modificaciones del texto primitivo en la reedición actual

Texto de *Acerca del problema de las nacionalidades en España* (1969)

Consideraciones preliminares (2020)

En este Anejo, voy a reproducir (con algunas actualizaciones de detalle) mi opúsculo de 1968/69 sobre el problema de las nacionalidades en España —habiéndole, eso sí, amputado el Apartado 1º, de contenido histórico. Comienzo con una dilucidación histórica y doctrinal del contexto y de los antecedentes.

§1.— La doctrina leninista sobre la autodeterminación

Una de las posturas incorporadas al marxismo-leninismo desde su configuración doctrinal a comienzos del siglo XX era la afirmación del derecho de las naciones a la autodeterminación. Tratábase de una reivindicación abrazada enfáticamente por el II congreso de la Internacional Socialista (Londres, julio de 1896) pero en seguida públicamente desechada por los partidos socialdemócratas o socialistas salvo la fracción leninista del partido ruso (que no transigía nunca en materia de principios). Desde muy pronto Lenin erigió esa demanda en una de las señas de identidad de la tendencia que creó y encabezó.

Excede mi actual círculo temático ofrecer un examen prolijo de la teoría de Lenin y de las polémicas en que, en ese terreno, se enzarzó, principalmente con Rosa Luxemburgo. Valga recordar seis puntos.

El primero es que para Lenin el partido proletario debe abstenerse de luchar por la liberación nacional de las naciones oprimidas, entendiendo por tales aquellas poblaciones étnicamente diferenciadas a las que las autoridades políticas rehúsan la facultad de constituirse en estados aparte. Los partidos proletarios no

han de inscribir la liberación nacional en sus programas, sino únicamente el derecho a la secesión. De modo general habrán de pronunciarse contra el ejercicio de ese derecho, o sea contra el eventual hecho de una secesión.

El segundo punto es que, para Lenin, ese derecho es simplemente un asunto de democracia. Él lo concibe como una de las reivindicaciones democrático-burguesas pertenecientes al período de la lucha antifeudal. Por lo tanto, luchar por la autodeterminación es luchar por la democracia; es una lucha burguesa progresiva.¹ Según Lenin, en los países donde se consumó ya el tránsito al capitalismo carece de sentido plantear tal reivindicación; son países nacionalmente homogéneos —o, si no, países que, como Suiza, han resuelto la pluralidad nacional con pleno respeto democrático. En ese marco teórico, sería absurdo hablar de válidas reivindicaciones nacionales en países capitalistas no afectados por fuertes reminiscencias feudales.²

1. En varios ensayos posteriores al triunfo de la revolución rusa de 1917 el aventajado discípulo de Lenin, camarada Stalin, modificará, entre otros, ese componente de la doctrina de su maestro. En adelante la autodeterminación ya no sería una reivindicación propia de la revolución democrática, sino de la socialista. Tal alteración condujo a que la Comintern impusiera a todos los partidos comunistas luchar, en sus países —avanzados o atrasados—, por la autodeterminación de las naciones (no se distinguía entre nación y nacionalidad). El surafricano luchó por el derecho a la secesión de los grupos étnicos, como los zulúes; el yugoslavo, por el derecho a la independencia de Croacia y Eslovenia; el francés por la autodeterminación de Alsacia (mayoritariamente alemana y anexionada, sin plebiscito, por la victoria en la I guerra mundial); y así sucesivamente. (En USA se abogó incluso por un derecho de secesión de los afroamericanos, aunque justamente quedara sin fijar en qué territorio se haría.)

El PC chino tuvo que seguir la misma pauta (v. «Constitution of the Soviet Republic (November 7, 1931)» en *Documents from Communist China* y <http://www.columbia.edu/~jds3/Self-determination/Oxford-STAIR%20China&Secession.pdf>). La constitución provisional de la «República Soviética de China» —adoptada por el Congreso de Juichin, provincia de Kiangsi, en noviembre de 1931— reconoce, en su artículo 14, el derecho a la completa secesión y separación de los «Mongoles, Tibetanos, Miao, Yao, Coreanos y otros que viven en el territorio de China» (aunque ese elenco es más breve que el de las nacionalidades a las que se garantiza igualdad, que abarca también: Mahometanos, Annamitas, otras poblaciones de las provincias de Sinqián, Hunán y Cuangsi y los musulmanes de Kiangsu, Sechuán y otras provincias).

El presidente de esa república insurrecta —afincada en algunas comarcas montañosas— era Mao Tse-tung. Sin embargo, al acceder Mao a la dirección del partido comunista durante la Larga Marcha (enero de 1934), se va a eliminar tal reivindicación; quedó de ella aceptar la independencia de Mongolia exterior, impuesta por Moscú; todavía nominalmente se mantuvo un tiempo el eslogan de «autodeterminación», vaciado ya del contenido de derecho a la secesión. A partir de 1945 la palabra desaparece de los textos del PC chino. La constitución de la República Popular China de 1954 establecerá un estado unitario, una República una e indivisible —según el modelo jacobino francés, aunque con una limitada autonomía de algunas provincias, según el modelo de la II república española.

De modo general, los pronunciamientos autodeterminacionistas fueron desterrados o agudados a partir del VII congreso de la Comintern, en agosto de 1935.

2. Lenin no juzga relevantes los dos siguientes hechos: (1) en Suiza nunca se ha reconocido a ningún cantón el derecho de secesión; (2) en la Francia de su época una masa ingente de la población —quizá mayoritaria— no hablaba ni entendía el francés, sino lenguas regionales y dialectos (los *patois*): del provenzal al flamenco, del bretón al corso, del bearnés al alemán lorenense. (La República francesa, sin prohibir el uso privado de tales lenguas y dialectos, los apartó imperativamente de la esfera pública, imponiendo el francés oficial como única lengua escolar; lo cual, gracias al programa de instrucción general preceptiva y gratuita, produjo la asimilación y el abandono de esos otros idiomas, hoy reducidos a vestigios en vías de extinción.) El caso francés se repetía, agravado, en Italia (donde los dialectos regionales han mantenido su enorme vitalidad hasta bastante después de la II guerra mundial —y todavía hoy se usan ampliamente). En España —tradicional e históricamente mucho más unificada, étnicamente, que Alemania, Francia o Italia— estaban empezando a germinar irredentismos regionales en ese mismo tiempo (justamente cuando Lenin va perfilando su teoría, sin considerar nunca su aplicabilidad en Europa occidental).

El tercer punto va a explicar el segundo: para Lenin sólo hay una regla de conducta válida y aceptable desde la ideología marxista que él profesa con toda su alma: el crecimiento de las fuerzas productivas que, en la época histórica del capitalismo, impone: en primer lugar, que éste se ensanche y afiance, creando mercados amplios y eficientes; y, en segundo lugar, que la clase obrera —en ese marco de unos mercados capitalistas consolidados— lleve a cabo una revolución proletaria. La reivindicación autodeterminativa-nacional no se justifica por un presunto derecho abstracto, por un fundamental derecho del hombre, sino sólo por esa necesidad de que se establezcan mercados capitalistas unificados (que vendrían trabados en un marco pluri-étnico).

El cuarto punto es que, si bien Lenin nunca define el concepto de nación (una tarea que abordará su discípulo Stalin), está claro que, al plantear como única reivindicación nacional válida el derecho a la libre secesión (un derecho al divorcio), sólo se van a considerar naciones aquellas que tengan una clara demarcación territorial; eso será fuente de dificultades a la hora de configurar la política nacional de la Unión Soviética, tras la revolución de octubre.

El quinto punto es que Lenin concibió la lucha por la paz —o, más exactamente, contra la guerra imperialista— como un caso particular del combate por la autodeterminación de las naciones. La consigna de una paz sin anexiones ni indemnizaciones se había difundido entre los sectores antibelicistas según se empantanaba la I guerra mundial (en los años 1916 y siguientes). Lenin la asumió como parte de su enfoque mucho más radical,³ pero recalando que tan anexión era adjuntar (sin autodeterminación de la población afectada) un nuevo territorio —modificando así las fronteras prebélicas— como mantener forzosamente incorporado uno que ya lo hubiera estado desde mucho tiempo atrás.

El sexto y último punto es que ese enfoque doctrinal no se acoplaba bien con la demanda de liberación de los pueblos sometidos al yugo colonial. Lenin alegó que, a diferencia del occidente, en Rusia no existía una línea de demarcación exacta entre opresión nacional y opresión colonial (huelgan aquí los detalles, pero pienso que es palmario el fundamento de esa afirmación). Habiendo sido el primero en percatarse de la importancia de la lucha anticolonialista, Lenin no pudo proporcionarle un utillaje conceptual tan contundente y preciso como el que caracteriza a su tratamiento de la cuestión nacional en general. Lo que vino a sostener es que las colonias son países precapitalistas que, al quedar sujetos a la dominación colonial —aliada a las castas feudales— ven impedido el progreso del capitalismo propio, de suerte que la lucha contra el yugo colonial imperialista también forma parte de la revolución democrático-burguesa (aunque —dadas las condiciones concretas— pueda corresponderle su dirección al proletariado nativo).⁴

³. El de transformar la guerra imperialista en guerra civil contra la propia burguesía.

⁴. Para evitar cualquier equívoco al respecto hay que recordar que Lenin no preconizó la independencia de las colonias ni exhortó a que combatieran por ella los comunistas de los países sometidos al yugo colonial. Al revés: hasta su último suspiro acariciaba la esperanza de una inminente revolución obrera victoriosa en varias de las potencias colonialistas. Afirmó que, de realizarse tal expectativa, habría que llamar a las masas de los pueblos hasta entonces subyugados a unirse fraternalmente con las masas trabajadoras de las metrópolis en uniones supranacionales como la que se formó en el territorio de la antigua

§2.— La recepción del principio de autodeterminación en Europa occidental

Para comprender bien el alcance que tuvo esa doctrina de Lenin sobre la autodeterminación hay que recordar que se incorporó íntegramente al credo de la Internacional comunista —erigida en Moscú en 1919— y de cuantos partidos la integraban. La forzosa aceptación de tal doctrina causó pronto serias dificultades a algunos partidos comunistas, como los de Rumania y Yugoslavia,⁵ ilegalizados en parte por esa adhesión al autodeterminacionismo. Así, los rumanos tuvieron que reclamar la autodeterminación de Besarabia y Transilvania y tildar al estado rumano de imperialista del mismo modo que los yugoslavos tuvieron que reclamar la de Croacia y Eslovenia.

Dado que los viejos partidos socialistas de la primera preguerra mundial raras veces habían hablado de autodeterminación (pese a la resolución aprobada en el congreso londinense de 1896), costó trabajo en Moscú que asumieran a fondo el anticolonialismo y el autodeterminacionismo los nuevos partidos comunistas —que, al fin y al cabo, procedían de esos partidos socialistas prebélicos.

El anticolonialismo tenía unos motivos propios y (pese a titubeos o acomodamientos ocasionales) será una contante de los partidos comunistas hasta su extinción en los años 90 del siglo XX. Pero ¿cuáles eran las motivaciones del autodeterminacionismo? Pienso que eran tres, más circunstanciales. Y por eso la adhesión a ese enfoque no perduró, prolongándose sólo unos tres lustros —de 1919/20 a 1934/35. Tales causas eran:

- (1^a) Una rígida interpretación de la ortodoxia doctrinal leninista.
- (2^a) El mimetismo rusotrópico (la tendencia a creer que los demás países seguirían la *Vía de Octubre*, de suerte que, con pequeñas variantes, lo que había pasado en Rusia pasaría en occidente).⁶

Rusia zarista al constituirse la Unión Soviética en diciembre de 1922. El objetivo de la lucha era el derecho a independizarse, no la independencia.

⁵. Las vicisitudes del PC yugoslavo las recordé en mi ensayo «Background considerations on the Yugoslav Civil War» (difundida en 1995 en la lista «marxism»): <http://eroj.org/biblio/yugoslav/inex.htm>. Me basé en datos de Edward H. Carr, *A History of Soviet Russia*, t. 7 («Socialism in one country: 1924-1926», vol.3, part 1), pp. 226 ss. Los experimentados líderes proletarios Markovich y Miloikovich, fundadores del PC Yugoslavo, fueron desplazados por rehusar la tesis de la autodeterminación de Croacia y Eslovenia. Según ellos no había diferencia nacional entre serbios y croatas. La línea oficial de la nueva dirección promoscovita, establecida a mediados de los años 20, fue propugnar «el derecho de secesión para los Croatas, Eslovenos, Macedonios y Montenegrinos, con la meta de llegar a una federación de Repúblicas Balcánicas obrero-campesinas».

⁶. Esta segunda causa no ha de confundirse con la primera. Aun dentro de la ortodoxia leninista hubiera sido posible entender que en diferentes países serían igualmente diversos los problemas planteados y que lo que en un país era muy relevante en otros no lo sería. El propio Lenin había reconocido expresamente que en los países industrializados capitalistas no se planteaba ninguna cuestión nacional, porque la había resuelto la burguesía con la formación y el desarrollo de mercados unificados. No deja de ser paradójico que tal mimetismo se impusiera cuando, simultáneamente, estaba en ascenso la supremacía política del camarada Stalin, siempre consciente de que cada país era distinto y de que los trasplantes estaban condenados a fracasar. (Que en la práctica siempre se atuviera a su propio principio puede ponerse en duda.)

(3ª) El pragmatismo político: una razón de estado, del estado soviético, el cual, tremendamente perjudicado por el desenlace bélico (el tratado de Versalles de 1919) —que implicó un cruel cercenamiento de Rusia—⁷ alentó el reclamo de autodeterminación —principalmente de las poblaciones anexionadas al final de la contienda bélica— como un modo de hacer presión para una revisión del injusto orden de Versalles.

Provocada por esas tres causas, la firme posición autodeterminacionista de los partidos comunistas va a plasmarse en ejemplos balcánicos (ya mencionados más arriba) pero también en la política de los comunistas franceses hasta que en 1934 den un viraje al abrazar la línea de frente antifascista.

En ese tiempo —recién terminada la I guerra mundial— podía decirse —aplicando los conceptos de Lenin— que el estado francés era multinacional y que en él estaban, junto a la nación francesa, otras nueve naciones: la bretona, la bearnesa, la vasca, la catalana, la corsa, la occitana, la provenzal, la flamenca de Dunquerque y la alemánica de Alsacia-Lorena.⁸ Si sólo hubieran actuado las razones (1ª) y (2ª), el PC francés habría abordado por igual las situaciones y las tareas autodeterminativas en esos nueve territorios; pero, como la razón (3ª) era muy importante, de hecho los comunistas franceses dieron un trato privilegiado a la cuestión alsaciana.

Al vencer en noviembre de 1918, los aliados impusieron la restitución de las fronteras franco-alemanas de 1870. La Alsacia-Lorena fue reincorporada al territorio francés sin plebiscito. Una minoría de la población estuvo descontenta, oscilando entre posiciones claramente separatistas y otras autonomistas.

⁷. Por el Tratado de Brest Litofsc de 1918-03-03 Rusia había perdido los territorios del Báltico (salvo la comarca de San Petersburgo o Petrogrado), la Rusia Blanca, Polonia, Ucrania y Transcaucasia. Varios de ellos pudo recuperarlos (con muchísimo esfuerzo) tras la capitulación alemana de noviembre de 1918, pero otros no. Los tratados que dictaron las potencias aliadas en 1919 consagraron esa amputación del país ruso. Rumania se anexionó Besarabia. Polonia, no satisfecha con ser independiente, atacó a Rusia para retrotraer sus fronteras a las del siglo XVII (consiguiéndolo en parte con el tratado de Riga de 1921). En total las pérdidas, en medición demográfica, fueron de 30 millones de habitantes, de una población total (en 1914) de 167 millones, o sea cerca de la quinta parte. Además los territorios perdidos eran, en general, los más adelantados e industrializados.

⁸. Algunos de esos grupos étnicos, como el occitano, tal vez hayan de subdividirse en varios, dada la no intercomprensión de los dialectos occitanos. Sea así o no, estamos en presencia de cerca de una decena de etnias diferenciadas, todas ellas sujetas, en el ordenamiento jurídico de la República Francesa —entre 1871 y 1967 o incluso después—, a lo que, desde la perspectiva leninista, era una opresión nacional: las lenguas sólo estaban autorizadas en el uso privado; practicábase una política de asimilación forzosa; no sólo no se reconocía ningún derecho de autodeterminación, sino ni siquiera la menor autonomía regional o comarcal. Imperaba el principio de la república una e indivisible, entendido como centralización jacobina a ultranza.

En la guerra interimperialista de 1914-18, el ejército francés puso en primera línea de fuego a los soldados bretones, que no entendían ni una palabra de francés; su lengua era incomprensible para quienes no la hubieran estudiado (un estudio difícil, por ser un idioma céltico). Así, los alemanes no podrían comunicarse con ellos ni intoxicarlos con su propaganda —transmitida con volantes o altavoces.

Hasta tal punto se implicó el PCF en la causa del secesionismo alsaciano que abrazó directamente la independencia.⁹ En ese combate, el PCF consiguió que, en coalición con otras fuerzas regionalistas e irredentistas alsacianas, fuera elegido diputado y alcalde de Estrasburgo en 1929 uno de sus militantes, el obrero cerrajero Charles Hueber (1883-1943)¹⁰.

Aunque Charles Hueber va a ser expulsado del PCF poco después de su elección a la alcaldía estrasburguesa, el motivo no fue su profesión separatista, sino su alianza con grupos vaticanistas. El PCF siguió hasta 1934 estigmatizando al imperialismo francés (imperialismo francés en Francia, o sea: en los territorios de la República Francesa étnicamente diferenciados), exigiendo la autodeterminación.¹¹

A partir de 1934/35 prodújose un cambio decisivo, buscándose alianzas antifascistas. Hubo que arrinconar la sectaria consigna de «clase contra clase», propiciando coincidencias interclasistas para luchar contra el peligro fascista. En un país tras otro, se fue así poniendo sordina al reclamo de la autodeterminación, que paulatinamente cayó en desuso por ser un insalvable obstáculo a la unidad con otras fuerzas nacionales (y, a cambio, traer una cosecha deleznable e inútil de aliados irredentistas).

Los frentes antifascistas de la II guerra mundial acabaron de sumergir en el olvido todo ese autodeterminacionismo de los años 1920-35. Los partidos comunistas de Francia, Rumania, Yugoslavia, Grecia, Italia, Bélgica, Suiza y así sucesivamente propugnaban ahora la indisoluble unidad nacional, aunque en algunos casos pudieran abogar por autonomías y por un derecho al uso de las lenguas de las minorías étnicas.

Paralelamente, hay que tener en cuenta la evolución que, sobre el problema nacional, se fue produciendo en la propia Unión Soviética. No se ha de olvidar que entre Lenin y Stalin surgieron serias desavenencias sobre esta cuestión en los últimos años de la vida del maestro.

Jamás había hecho Lenin esfuerzo alguno para teorizar qué era una nación. Sus numerosos ensayos sobre el problema nacional son escritos polémicos (varios de ellos contra el «bundismo», otros contra las tesis de Rosa Luxemburgo). Stalin

⁹. La posición oficial del PCF fue reclamar un plebiscito de autodeterminación tras una previa evacuación de la Alsacia-Lorena por el ejército francés; o sea: primero una independencia *de facto* y luego, a través del plebiscito, una *de jure*. Nadie desconocía que tal Alsacia-Lorena independiente se habría incorporado después al Reich alemán.

¹⁰. Su deriva posterior —que lo llevó a una postura filo-nazi— ha condenado su memoria al ostracismo. En sus grandes momentos fue un luchador valiente y brillante. Se puede recordar un discurso suyo en la Cámara de los Diputados, en París, pronunciado en dialecto alsaciano (el reglamento, al parecer, no lo prohibía).

¹¹. El 13 de octubre de 1931 Maurice Thorez (posteriormente secretario general) declaraba en un discurso: «Nosotros los comunistas proclamamos el derecho a la libre disposición del pueblo de Alsacia-Lorena, hasta, inclusive, su separación de Francia». Discursos de ese tenor, y aun más contundentes, continuaron en los años inmediatamente siguientes.

Así el 3 de abril de 1933, en un nuevo discurso, Thorez reclamó que las tropas de ocupación del imperialismo francés evacuaran inmediatamente la Alsacia-Lorena, que también se expulsara a todos los funcionarios de la República y se reconociera «la independencia absoluta e incondicional del pueblo de la Alsacia-Lorena».

elaboró una teoría. Imperfecta, con lagunas, con debilidades, con insuficiencias, pero lo hizo en 1912-13 (si bien ya en 1904 había escrito un notable texto en el cual polemizaba contra los independentistas armenios).

Conjeturo que, en su escritura (que llevó a cabo en Viena entre noviembre de 1912 y enero de 1913), no se sintió del todo libre para reflejar irrestrictamente su propia visión, no teniendo más remedio que ser deferente hacia las posiciones marcadas por el fundador del bolchevismo —a mi modo de ver menos matizadas que las de su discípulo, hombre de terreno, conocedor de la inextricable realidad transcaucásica, con un dominio de varias de sus lenguas principales.

Lenin siempre habló de las naciones en Rusia, pero se abstuvo de decir cuáles eran. Nunca se ocupó de aclarar qué condiciones eran necesarias y suficientes para que la población de una parte de Rusia estuviera legitimada a afirmar que era una nación, constituyéndose, si lo quería, en estado separado. Rechazó que a tal efecto valieran los límites administrativos vigentes, mas eso dejaba abiertas muchas y graves cuestiones.

Las armas decidieron en gran medida las respuestas a esos problemas. Por el tratado de Brest-Litofsc de 3 de marzo de 1918, Rusia cedió a los imperios alemán y austrohúngaro, no sólo Finlandia, Estonia, Curlandia, Livonia y Lituania más Polonia, sino también la Rusia occidental (Rusia Blanca, hoy Bielorrusia) y la Rusia meridional (Ucrania, aunque a ésta se le concedió una independencia nominal bajo protectorado alemán).

Hasta 1917 sólo un puñado de intelectuales había concebido a Ucrania como una nación distinta de Rusia y prácticamente nadie había pensado siquiera en una nación ruso-blanca o bielorrusa.

Al abolirse el Tratado de Brest-Litofsc en noviembre de 1918, la Rusia soviética se halló en guerra con todos esos estados satélites de Alemania, para recuperar sus fronteras de 1914.

Sin embargo, no sólo afianzaron su independencia Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, sino que Polonia le arrancó a Rusia un extenso territorio mayoritariamente habitado por rusos.

Ahora bien, en vez de reincorporar a Rusia los territorios cedidos en el tratado de Brest-Litofsc, quiso Lenin que en Rusia Blanca y Ucrania se instaurasen repúblicas soviéticas teóricamente independientes.

La Transcaucasia, por otro lado, había sido perdida en el verano de 1918, cayendo bajo la hegemonía germánica y después franco-británica. Las tres repúblicas astilladas, Georgia, Azerbaiyán y Armenia, guerrearon entre sí y contra Turquía. Finalmente se recuperó por la intervención del ejército rojo, entre noviembre de 1920 y marzo de 1921. La población estaba tan mezclada (la mitad de los habitantes de Tiflis eran armenios) que Stalin prefirió —y en eso se salió de momento con la suya— instituir una república federativa de Transcaucasia, no tres repúblicas (cuyos límites serían siempre problemáticos, si no arbitrarios).

Está claro que el derecho nominal de autodeterminación que había otorgado el nuevo gobierno moscovita no abarcaba el de escoger el propio régimen político,

puesto que el Ejército Rojo invadió esos territorios (rusos desde hacía un siglo o varios) imponiendo en ellos un poder bolchevique.

En 1922 se planteó el problema de cómo se iban a unir las nuevas repúblicas soviéticas (Rusia, Transcaucasia, Rusia Blanca y Ucrania). Propuso el camarada Stalin que, igual que, dentro de Rusia, se habían erigido repúblicas autónomas, esas tres repúblicas soviéticas nominalmente extrarrusas ingresaran como repúblicas autónomas rusas. Sería un acto de autodeterminación (pues el derecho de autodeterminación es uno de libertad, implicando el de secesionarse pero también el de fusionarse). Lenin se opuso, denigrando como chovinista ruso a Stalin (quien, aun dominando a la perfección el ruso —que había aprendido en su adolescencia—, siempre lo habló con acento georgiano). Stalin tuvo que ceder, huelga decirlo.

Así, el 30 de diciembre de 1922, se llegó a la fórmula de constituir una unión de repúblicas teóricamente independientes, la URSS, preservando cada una el derecho de separarse de la unión. Derecho puramente nominal, al ser el partido comunista de la Unión Soviética el único autorizado en todas esas repúblicas.

Al cambiar su constitución la URSS en diciembre de 1936, pronunció el camarada Stalin un discurso de propuesta de la nueva carta magna que es uno de sus mejores escritos. En él hizo filigranas para, reconociendo el permanente derecho de las repúblicas integrantes de la URSS a separarse de ésta (lo cual formaba parte del intangible legado leninista), rehusar tal derecho a las repúblicas autónomas dentro de Rusia («Rusia» en un sentido estrecho —porque, en sentido lato, toda la URSS era Rusia). Su argumento era que, al carecer de fronteras con países extranjeros, no les era materialmente posible salir de la URSS.

No me cabe duda alguna de que Stalin se daba perfectamente cuenta de la precariedad de su argumento, que obedecía a un compromiso entre sus hondas convicciones y la insoslayable herencia intelectual del fundador.

El hecho es que, desde diciembre de 1936, jurídicamente ninguna nación ni nacionalidad en Rusia («Rusia» en sentido estrecho) vio reconocido derecho alguno de autodeterminación; el de las repúblicas soviéticas nominalmente extrarrusas era, por entonces, papel mojado.

Así siguió hasta la perestroika de Gorbachof, pero la hábil maniobra argumentativa del camarada Stalin en 1936 ha preservado al menos para Rusia los territorios internos con particularidades nacionales; en la Federación Rusa hay actualmente 22 repúblicas autónomas, entre ellas: Carelia, Tartaria, Udmurtia, Chechenia, Daguestán, Ingushetia, Buriatia, Yacutia, Tuva y Altay. (Estoy persuadido de que Stalin hubiera preferido en 1936 incorporar a todas las repúblicas soviéticas como repúblicas autónomas, pero el presunto déspota no era omnipotente; como lo han señalado los profesores Andrey Fursif y Grover Furr, el secretario general fue puesto en minoría en más de una ocasión dentro del Buró Político durante los años treinta.)

Con esa nueva perspectiva, ya no bastaba que una población fuera una nacionalidad, ni siquiera una nación, para legitimar su autodeterminación; eran menester especiales circunstancias histórico-políticas.

Simultáneamente tal reivindicación fue eliminada de los programas de los partidos comunistas, con la evidente excepción del derecho a la independencia de las colonias. (Otra parcial excepción —a la postre estéril— fue el intento soviético, tras su victoria en la segunda guerra mundial, de rectificar sus fronteras meridionales con Turquía y Persia, invocando derechos de autodeterminación de minorías nacionales dentro de esos dos estados. Tal intento vino frustrado por la correlación internacional de fuerzas y el desencadenamiento de la guerra fría.)¹²

§3.— El irredentismo regional en España

¿Qué pasó en España? Nuestro país no había participado en la guerra mundial. Sus fronteras estaban inalteradas desde siglos atrás (salvo pequeñísimas rectificaciones). En el caso español, la extrapolación de lo ruso no se debió, verosímelmente, a la razón 3ª de las más arriba consideradas, sino sólo a las otras dos. Hasta finales de los años veinte, no parece que esa temática hiciera mella alguna ni en la base ni en la dirección del PCE, azotado por desgarramientos internos y sometido a la dura represión de la dictadura militar del general Primo de Rivera.

Bajo presión del ucraniano —y extrosquista— Manuilsqui (durante muchos años hombre fuerte de la Comintern, incluso tras venir nombrado Dimitrof como secretario general), hacia 1930 el PC de España empezó a abogar por la autodeterminación de Cataluña, de Vasconia y de Galicia, aunque no por la de Aragón, Asturias, León, Valencia y Baleares.

Extender aquella política al ámbito hispano fue, de todos modos, una anomalía, explicable acaso por lo minúsculo y desorientado del comunismo español de ese período.

Tildar a Galicia, Vasconia y Cataluña de naciones sólo se basaba en que, en esas regiones, existían lenguas diferentes del castellano.¹³ En rigor,

¹². En el sitio <http://eroj.org> hallará el lector una serie de textos de Stalin sobre la cuestión nacional y temas afines, así como comentarios a los mismos del autor de estas páginas. Así, <http://eroj.org/biblio/stalin/consti36> (Constitución soviética de 1936); <http://eroj.org/biblio/stalin/marxcuna> («El marxismo y la cuestión nacional» de 1913); <http://eroj.org/biblio/stalin/cuestion> (otro texto de Stalin de 1929).

De modo más general en <http://eroj.org/lp/home.htm> encontrará el lector textos míos sobre el problema de las nacionalidades en España escritos en el último cuarto de siglo. Igualmente están disponibles otros más recientes en la bitácora JuriLog (<http://jurilog.org/>).

¹³. Que existiera una lengua (o un dialecto) particular es una cosa; que la población estuviera unida por esa lengua es otra. En las ciudades gallegas ni se hablaba ni se entendía el gallego. El eusquera era archiminoritario en la propia Vasconia. (Si hoy lo es menos, es por la euscaldunización coercitiva impuesta por el gobierno autónomo vascongado.) Sólo en Cataluña era, en los años treinta, mayoritario el catalán; dejó de serlo con la inmigración masiva de trabajadores, sobre todo de obreros, que absorbió Cataluña en las década de los cuarenta a los setenta; hoy la lengua mayoritaria en Cataluña es el español, aunque está proscrito de la administración, arrinconado y ninguneado en la enseñanza y denigrado como lengua de pobres por las élites irredentistas y sus paniaguados.

Está claro que bajo el concepto staliniano de una nación como una comunidad de seres humanos (diferenciadamente) unidos por territorio, lengua, cultura, tradición, idiosincrasia y vida económica no caen, no pueden caer, poblaciones desunidas por la lengua y que tienen todo lo demás en común con poblaciones vecinas. Lo contrario sería un absurdo.

únicamente el vascuence es una lengua propiamente diversa.¹⁴ Son, en cambio, dialectos de un idioma común (el iberorromance) tanto el gallego (o galaico-portugués) cuanto el castellano y el catalán (igual que las dos variaciones de éste, el valenciano y el mallorquín).¹⁵

Sólo que ya en los años treinta (y siglos antes) era muy minoritario en la propia Vasconia el vascuence o eusquera (o, mejor dicho, las variantes eúscaras, incomprensibles entre sí), al paso que el gallego sólo era mayoritario en Galicia entre la población rural, estando en desuso en las ciudades. Meramente de grado era esa particularidad lingüística de dichas tres regiones con relación a la de otras muchas donde igualmente se conservan (aunque minoritariamente) viejos dialectos, como los bables astur, leonés y santanderino y la fabla aragonesa; además de que entre el habla de Castilla la Vieja y las de Extremadura y Andalucía algunos (exageradamente) ven genuinas diferencias lingüísticas (aunque, por esa pendiente resbaladiza, tendríamos también como dialectos o idiomas diversos al gaditano y el granadino).¹⁶

Con el Frente Popular de 1936 y, sobre todo, con el patriotismo enarbolado por el PCE en la guerra civil y en la posguerra, poco espacio podía quedar para seguir auspiciando reivindicaciones autodeterminacionistas.

Como el franquismo secuestró la identidad nacional española, los irredentismos regionales hallaron en ese hecho nuevas credenciales de legitimidad. Sin embargo —exceptuados esos mismos grupos irredentistas vascos y catalanes— nadie esgrimía, antes de los años 60, ninguna reivindicación autodeterminativa, en sentido genuino (derecho a la secesión).¹⁷

Fue en los convulsos años 60 cuando eso cambió por dos razones.

La primera razón fue exógena; consistió en el brote de tales fenómenos en otros países de lo que ahora (absurdamente) se denomina «nuestro entorno»:

¹⁴. También hablada en algunas comarcas navarras —si bien ningún navarro aceptaría que haya dos Navarras, una hispanohablante y otra euscalduna.

¹⁵. En China, p.ej., consideréranse lenguas diferentes aquellas que no guardan vínculo genético alguno con el idioma oficial, el chino o mandarín (si bien, a título de excepción, también se exalta como lengua propia al tibetano, que no deja de ser una rama del tronco lingüístico sinotibetano). Las demás lenguas se llaman «dialectos». Dialectos del mandarín. Sin embargo, las diferencias entre esos dialectos (en la fonología, la sintaxis, la semántica y el léxico) resultan, a menudo, mayores que las que se dan entre el español y el rumano —dos idiomas románicos, alejados e incomprensibles entre sí—. Comparativamente, las diferencias entre catalán, castellano y gallego aparecen como variaciones de escasa monta.

¹⁶. Con esa vara de medir, en Italia habría decenas de naciones (y todavía más en la década de los treinta).

¹⁷. El arraigadísimo españolismo del exilio español entre 1939 y, por lo menos, mediados de los sesenta lo prueban los propios títulos de muchas publicaciones. Dejando de lado la emisora Radio España Independiente, hallamos: *España Popular*, *España Republicana*, *España Libre*, *Nuestra España*, *Hora de España*, *España Peregrina*, *Las Españas*, *España* (publicada la Junta Española de Liberación, pacto de unidad forjado en México para restablecer la República, 1943-45), *España Nueva*, *La Voz de España*, *La Voz de los Españoles* y *Reconquista de España*. (V. Matilde Eiroa San Francisco, «La producción periodística del exilio republicano (1939-1950)», *Arbor*, Nº 759 [2013].) Varias de esas publicaciones estaban auspiciadas por el partido comunista.

irredentismo tirolés —y más tarde otros, como el sardo—¹⁸; comienzo del movimiento flamenco, cada vez más antibelga; insurrección panirlandesa en la Irlanda del Norte (la provincia occidental del Reino Unido); separatismos corso y bretón;¹⁹ nacionalismo franco-canadiense (Quebec); otros irredentismos en Yugoslavia, Turquía y Chipre.²⁰

La mención de Chipre nos trae a colación hechos y tendencias similares que empezaban a producirse en el tercer mundo, en los países recién independizados del yugo colonial. La conciencia pública de la época apenas percibía que —como cuestión de principio—, si, para unos países (digamos los desarrollados, o los del norte), se admitía la validez o la legitimidad de las reivindicaciones irredentistas en virtud de particularidades étnicas regionales, lo mismo había que hacer para otros países —los del sur o subdesarrollados— (salvo que se adujera un criterio verosímil y pertinente para establecer una discriminación no arbitraria).²¹

Entre aquellos incipientes separatismos de Asia y África podemos recordar: el de las Islas Molucas;²² la secesión de Katanga y Kassai en el recién independizado Congo belga en 1960; Biafra, separada de Nigeria (1967-70); diversos movimientos secesionistas en la India, principalmente en las regiones de Cachemira y Assam (el nordeste, semienclavado); el irredentismo de los habitantes del sur de Siam o Tailandia (de etnia malaya y religión islámica); el movimiento moro en el sur de Filipinas; los múltiples y pertinaces separatismos que agrietaron a Birmania desde que alcanzó su independencia en 1947; el irredentismo curdo, que reivindicó un estado con trozos de Irán, Iraq, Turquía y Siria; la lucha de los independentistas eritreos, que no aceptaron la reincorporación de la colonia italiana al estado etíope

¹⁸. Muchísimo antes del brutal y arrollador irredentismo de la Italia septentrional, con su artilugio de la Padania.

¹⁹. En cambio el alsaciano no resucitó. Posteriormente hubo un difuso irredentismo occitano, que no llegó muy lejos.

²⁰. Hasta en la civilizada Suiza —a la que Lenin había presentado como modelo democrático de solución del problema nacional— estallaron duros conflictos por la reivindicación separatista del Jura bernés. (La palabra «separatismo» aquí sólo significa la aspiración a formar —dentro de la confederación helvética— un cantón separado del de Berna.) En 1962 se crea el colectivo separatista «Le Bélier» («El carnero») —fuerza de choque y acción directa de la organización *Rassemblement Jurassien*—, que realiza múltiples actos ilegales de fuerza en las cosas, seguidos de condenas penales. Los antiseparatistas crearon también su grupo de choque, «Le sanglier» («El jabalí»).

Los días 7 y 8 de septiembre de 1975 se produce un verdadero motín en Moutier, provocado por el descontento de los separatistas ante el contraplebiscito por el cual las comunas meridionales del Jura (de religión protestante) repudiaron el pronunciamiento mayoritariamente separatista del norte del territorio (mayoritariamente católico).

Todo se arregló —sin satisfacer plenamente a nadie— con la formación del nuevo cantón del Jura, integrado en la confederación en 1979, del cual quedaban amputadas las comunas del sur, que han seguido formando parte del cantón de Berna.

²¹. En las controversias entre Lenin y Rosa Luxemburgo figuró prominentemente la secesión noruega de 1905 pero estuvo ausente la de Panamá de 1903. El eurocentrismo hacía estragos.

²². Fue una encarnizada guerra civil de 1950 a 1966, instigada en parte por la monarquía holandesa, la potencia colonial disconforme con la emancipación de sus Indias Orientales (Insulindia), que insurreccionalmente habían proclamado, en 1945, su independencia como la República unitaria de Indonesia. Tras cuatro años de infructuosa guerra de reconquista, el gobierno real de La Haya tuvo que reconocer la independencia, pero continuó fomentando conatos separatistas. Todavía hoy hay un gobierno en el exilio de las Islas Molucas.

en 1961; las reiteradas insurrecciones del sur del Sudán; el alzamiento del Paquistán oriental (Bengala oriental, hoy Bangla Desh) en 1971.²³

Más tarde cobrarán relevancia y notoriedad muchos otros: pretensiones separatistas de tamiles frente a Ceilán (Sri Lanca), Cabinda frente a Angola, Capribi frente a Namibia, el Ogadem frente a Etiopía, las comarcas somalíes frente a Quenia, zonas bereberes frente a Argelia y el Malí, Cirenaica frente a Libia, Acheh (Sumatra septentrional) y Papua (Nueva Guinea occidental) frente a Indonesia; nuevas insurgencias secesionistas en Nigeria y movimientos análogos en muchos otros países afroasiáticos, a los que pueden comenzar a semejarse los irredentismos de varios países andinos, especialmente en el Ecuador y Bolivia, donde los adeptos de tales ideas han proclamado la existencia de naciones diferentes y originarias con sus propios territorios y su pretensión autodeterminativa.²⁴

²³. En estos tres últimos casos, Bengala Oriental, Eritrea y Sudán meridional, los irredentistas han triunfado, gracias a apoyos externos.

²⁴. El imperialismo occidental suele auspiciar las secesiones en África y en Asia, principalmente en tres tipos de casos: 1º, para debilitar a estados cuyos gobiernos, o bien ya se muestran demasiado díscolos frente a los dictados de la mal llamada «comunidad internacional», o bien, sin llegar a tanto, corren el riesgo de evolucionar en sentido opuesto a sus designios (como puede ser inclinándose por un partenariado con potencias emergentes no occidentales, en perjuicio de los intereses euro-norteamericanos); 2º, para fragmentar a estados que, por subdesarrollados que estén hoy, podrían hacerse futuros rivales; 3º, para propiciar el surgimiento de estaducos clientes, peones fáciles de manejar y votos adicionales en la Asamblea general de la ONU a favor de las pretensiones occidentales.

Es así como se entienden las secesiones de Eritrea y del Sudán del Sur. Ninguno de esos territorios es una nación, pues están habitados por poblaciones multiétnicas, que hablan lenguas absolutamente dispares entre sí, compartidas con poblaciones vecinas de aquellos estados de los cuales se han separado (Etiopía y el Sudán, respectivamente).

Hasta ahora el imperialismo yanqui no ha logrado destintegrar al Congo, aunque varios altos dignatarios estadounidenses han preconizado su fragmentación, hallando politólogos que la secundan desde sus elucubraciones. (V. p.ej. <https://foreignpolicy.com/2009/03/18/there-is-no-congo/>.) Cito ahora «¿Quién es el nuevo enviado especial de EEUU en los Grandes Lagos de África?» (<https://umoya.org/2018/11/21/john-peter-pham-enviado-eeuu-grandes-lagos/>), con relación al enviado especial estadounidense para la zona de los Grandes Lagos en África Central, John-Peter Pham:

En 2012, Peter Pham defendió la fragmentación del país y justificó los actos criminales de la milicia de Paul Kagame —el M23. Ahora Pham es el nuevo enviado especial de Estados Unidos en los Grandes Lagos. La revista *Jeune Afrique* escribe: «El nuevo enviado especial de Estados Unidos para la región de los Grandes Lagos ya causó polémica en noviembre de 2012, cuando se posicionó abiertamente a favor de la ruptura de la RDC en varios Estados en una tribuna publicada por el *New York Times*. Los rebeldes del M23 acababan de tomar Goma, en Kivu del Norte». Judi Rever, autora de *In praise of blood*, libro que expone los crímenes de Paul Kagame y del FPR a lo largo del «genocidio ruandés», también realizó un comentario. En un tuit, expresó: «The crimes of the West in Congo are beyond measure. In 2012, Peter Pham advocated breaking apart the nation and justified the murderous actions of Paul Kagame's militia —the M23. Pham is now the new US special envoy to the Great Lakes. Morally appalling». [...] La nominación de John-Peter Pham [...] nos recuerda que el proyecto de balcanización y de implosión del Congo-Kinshasa nunca fue una ilusión de unos «conspiradores congoleños» en constante búsqueda de chivos expiatorios. Sino que está en marcha. Nos muestra que el enemigo no ha perdido su maldad, como diría Frantz Fanon. Fuente: Jean-Pierre Mbelu (10 de noviembre de 2018). «Les Grands Lacs africains ont un nouvel envoyé spécial US. Qui est-il ?», en Ingeta.com. Traducido por Ana Afonso Fernández para Umoya.

Peter Pham es un personaje del máximo relieve en los círculos de poder norteamericanos y noratlánticos, tratándose de uno de los expertos cuyos consejos son de obligado cumplimiento por los gobernantes (al ser —más que esos fungibles figurones políticos que vienen y van, alternándose al son de humores del electorado— genuinos hombres de confianza de las élites dominantes).

El referido artículo de 2012 se titula «To Save Congo, Let It Fall Apart», publ. en 2012-11-30 en *The New York Times*. Cito:

[...] Congo is [...] too big to succeed. It is an artificial entity. [...] From the moment Congo was given independence in 1960, it was being torn apart by centrifugal forces, beginning with separatism in the mineral-rich southern province of Katanga. The international community has repeatedly dodged this reality by opting for so-called peace deals with shelf

Aunque en los años sesenta todo eso apenas estaba en ciernes, ya empezaba a difundirse el ambiente ideológico propicio para los irredentismos. No es de extrañar que eso tuviera repercusión en España, donde previamente se habían sembrado las semillas.

La segunda razón era endógena: la radicalización de la lucha en aquellos años era como la presión de una olla exprés, que irrumpe por los orificios que encuentra. El régimen totalitario aparecía a muchos jóvenes y menos jóvenes como el portaestandarte del españolismo; y, por reacción, había que ser antiespañolista. Hasta la realidad histórica de España se quiso olvidar o desfigurar, como si hubiera sido un invento de la tiranía caudillal.

§4.— Redacción y restitución del texto de 1968

El texto escrito por mí —en versiones sucesivas—, entre la primavera de 1968 y comienzos de 1969, no lo puedo reconstruir cabalmente. Una parte de él se ha perdido, como en seguida voy a recordar. Aproximadamente la mitad fue suprimida por la censura interna, que eliminó cuanto podía parecer arriesgado, espinoso o debatible, para atenerse a tópicos que desdibujaban la propuesta, tornándola medio desvaída o banal. Lo no suprimido fue sometido a una reescritura forzosa, que le quitó brío.

Los fragmentos entonces publicados a multicopista los he podido recuperar gracias a la labor de digitalización de la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Barcelona [fondo A. Viladot], que, tras rescatar ese y muchos otros textos, los ha desplegado en su página web. ¡Sea loada por esa meritoria contribución a la recuperación de la memoria colectiva!²⁵

lives barely longer than the news cycle. Rather than nation-building, what is needed to end Congo's violence is the opposite: breaking up a chronically failed state into smaller organic units [...] If Congo were permitted to break up into smaller entities, the international community could devote its increasingly scarce resources to humanitarian relief and development, rather than trying, as the United Nations Security Council has pledged, to preserve the «sovereignty, independence, unity, and territorial integrity» of a fictional state that is of value only to the political elites [...]

Los imperialistas fomentan muchas otras atomizaciones, aunque no siempre con éxito. Los colonialistas franceses persiguen con empeño la secesión del Malí septentrional (el «Azawad»). USA e Israel llevan decenios queriendo la partición de Iraq (Mesopotamia). Fracasaron, hasta ahora, en el intento de promover movimientos separatistas en Ceilán (Sri Lanca), Birmania (Mianmar), Persia (Irán), Siria, etc.

Si cada comunidad lingüística fuera una nación, en el pequeño Nepal habría cien naciones y en Nueva Guinea mil. (Mil lenguas enteramente diversas, sin ninguna comprensibilidad mutua.)

Reconocer un derecho de autodeterminación a cada territorio o subterritorio en el cual exista una lengua particular implicaría un peligro de estallido, que arruinaría cuanto se ha avanzado en los países antes sometidos al yugo colonial para construir —frente a la obstrucción e intervención neocolonialistas— un bien común (por precario y endeble que sea).

²⁵. Esa versión a multicopista la he reproducido en mi propia página web; puede hallarla el lector en este enlace: <http://eroj.org/aj/>.

Al no poder restituir la versión original de esos trozos, de ellos sólo puedo ofrecer, y ofrezco, la versión entonces publicada (que puede no coincidir exactamente con la que yo había redactado).²⁶

Ahora bien, es justamente la mayor parte de lo no publicado lo que se ha salvado en una versión auténtica (o sea, en una versión escrita por mí, aunque ya se tratara de una reelaboración del primer manuscrito). Y es que, en efecto, esos fragmentos inéditos los conservé, quizá para reutilizarlos en otros trabajos. Los he insertado en la presente reedición en los lugares donde, conjeturalmente, me parece más verosímil su ubicación.

El mencionado seminario estival de 1968 había implicado un viraje en la cuestión nacional. Al formarse nuestra organización en 1964, se había pronunciado por el principio leninista de autodeterminación de las naciones coexistentes en un Estado con restos feudales, sobreentendiendo que el Estado español era un conglomerado plurinacional en el cual había varias naciones. Pero a la altura de 1968 se cuestionó ese enfoque —calco de los planteamientos originarios del bolchevismo ruso—. Sin rechazarse en palabras el derecho a la autodeterminación, se le dio un contenido de autonomía en un marco federativo, sobre la base de un análisis diferente de la cuestión nacional en España.

El fundamento de nuestra concepción inicial de una pluralidad de naciones en el ámbito estatal hispano la suministraba la tesis de Stalin (1913) de que una nación es una población unida por seis rasgos: una lengua, un territorio compartido, una cultura, una idiosincrasia colectiva, una historia común y una unión económica. ¿Bastaba que alguno de los seis rasgos diferenciase a una población de las colindantes para que estuviéramos en presencia de una nación aparte? Tal era el supuesto tácito de que habíamos partido.

§5.— El distingo entre nación y nacionalidad

El viraje consistió en ver que en el estado español había sólo una nación, la española, aunque formada por diversas poblaciones alguna de las cuales tenía ciertas particularidades en lo que atañe a alguno de los rasgos definitorios de la nación; esas poblaciones que sólo en algunos aspectos estaban nacionalmente diferenciadas eran las *nacionalidades*.

El distingo entre nación y nacionalidad hizo posible pasar de la autodeterminación (entendida en su sentido auténtico, como derecho a la separación estatal) a la autonomía en el marco de una República Popular y Federativa. Es un interesante tema de historia conceptual (una disciplina afín a la lexicografía histórica) el estudio de los conceptos de nación y de nacionalidad, en general y, en concreto, en la tradición marxista y leninista. Desde luego ese distingo conceptual no lo inventé yo; estaba en el aire pero, que yo sepa, no se había formulado, al menos en términos explícitos. En los textos de Lenin no he hallado ninguna distinción en tal sentido, pero alguna debía reconocerse cuando en el primer

²⁶. Sin embargo la relación de genuina autoría entre quien había escrito un texto y el fruto de su creación espiritual no quedaba anulada —ni siquiera fuertemente aminorada— por esas modificaciones editoriales (aunque solieran afectar, no sólo al fondo, sino también a la forma, al léxico e incluso al estilo).

gobierno soviético, el de noviembre de 1917, se crea un comisariado del pueblo (ministerio) de las nacionalidades (no de las naciones), cartera que le viene confiada al camarada Stalin (su primer y su último titular; se extinguió al constituirse la URSS en diciembre de 1922).

Asimismo, en la constitución soviética de 1924 y en las posteriores se instituye una asamblea legislativa bicameral, siendo una de sus cámaras un consejo (*soviet*) de las nacionalidades (no de las naciones). Por otro lado, al extenderse a otros países, tras la II guerra mundial, el modelo soviético (bajo variantes adaptadas a otros países) se descarta hablar de varias naciones dentro de un estado para hablar sólo de varias nacionalidades.²⁷

Cuando, por lo tanto, en 1968 acuñé ese distingo conceptual para España no estaba innovando, pero sí haciendo explícito lo que hasta entonces había sido implícito.

El fundamento del distingo era el reconocimiento de grados. El análisis conceptual de la idea de nación que había proporcionado el camarada Stalin en su obra de 1913 *El marxismo y la cuestión nacional* admitía,²⁸ desde luego, la existencia de graduaciones en cada uno de los seis rasgos pertinentes para reconocer que una colectividad humana cae apropiadamente bajo ese concepto, así como en la variación de la relevancia de esos seis factores o notas conceptuales según los casos: en unos países contaban más la unidad o la demarcación territoriales, en otros la lengua, en otros la cultura (especialmente la religión, que a veces podía determinar una autopercepción colectiva tan fuerte que dos poblaciones unidas por lengua, territorio y vida económica no lograran tener una identidad nacional común).

Sin embargo Stalin nunca aborda el problema de qué sucede cuando varios de tales rasgos están del todo ausentes y los demás sólo concurren en algún grado no pleno. También falta en su texto una precisión que puede parecer obvia (y que sin duda alguna sobreentendía Stalin): la de que, para que una colectividad venga correctamente calificada como nación por poseer varias de esas características o incluso todas ellas, es menester que no las posea en común con una colectividad más amplia de la cual forme parte. Porque, si es una nación cualquier colectividad unida por lengua, cultura, territorio, historia, vida económica e idiosincrasia colectiva, entonces hay una nación leonesa y una nación berciana.

El concepto de nación es un concepto contable, no un concepto de masa. Las partes de una masa de agua son masas de agua; varias masas de agua juntas forman una masa de agua mayor. En cambio los conceptos contables excluyen la descomposición y la agregación dentro del mismo concepto. Varios árboles juntos no constituyen un árbol ni un árbol está integrado por árboles.²⁹

²⁷. Así en China se institucionaliza un elenco oficial de nacionalidades; residualmente los chinos no pertenecientes a ninguna minoría nacional vienen catalogados como integrantes de la nacionalidad *jan*.

²⁸. Esa obra se puede consultar en varios formatos en: <http://eroj.org/biblio/stalin/marxcuna/index.htm>.

²⁹. Desde luego hay casos intermedios entre los de masa y los contables; p.ej. colonias de celentéreos.

En mi reconsideración de la cuestión nacional en 1968, opté por llamar «nacionalidades»³⁰ a aquellas poblaciones humanas parcialmente poseedoras —con exclusión de las que las circundan— de algún rasgo de los seis que sirven para caracterizar a una nación.³¹

§6.— ¿Autodeterminación de las nacionalidades? Propuestas alternativas

Para las nacionalidades —tal fue la novedad de mi propuesta de 1968/69— parecía injusto reivindicar la autodeterminación en sentido fuerte (o sea el derecho a la secesión política), porque no es justo —y ningún marxista lo ha hecho— reivindicarla para una colectividad que forme parte de una nación.

Y es que los hechos crean obligaciones. La participación intergeneracional en una convivencia ciudadana crea derechos y deberes de solidaridad que no es lícito quebrantar por una decisión unilateral de ruptura; por lo menos no es lícito salvo que la población de que se trate tenga un motivo muy fuerte para reclamar su separación, lo cual —desde el planteamiento ideológico al que nos ateníamos entonces— únicamente puede suceder cuando se trata de una nación diferenciada (y además oprimida).

Como alternativa a la secesión o partición, el texto que yo elaboré en 1968 sugería varias alternativas y barajaba un número de posibilidades, dejando la decisión, en su momento, de elegir lo más adecuado al pueblo español como un todo —y, dentro de él (aunque forzosamente en concertación con el) a las poblaciones con particularidades nacionales—; sin embargo el texto no se limitaba a remitirse a esa eventual decisión democrática, sino que se adelantaba, formulando propuestas específicas que otorgaran a las regiones con particularidades nacionales (no naciones) unos derechos de representación parlamentaria privilegiados y unas garantías de respeto a tales particularidades.

Tales propuestas fueron muy combatidas, dentro y fuera de la organización. De hecho el texto que ahora reedito ya no refleja sino una versión tardía, porque la primitiva, que contenía mi propuesta inicial, había caído mal. Así, p.ej., el punto 5º de los nueve puntos programáticos enunciados al final del ensayo ya no coincide con mi propuesta inicial —que consistía en un derecho de sobrerrepresentación en la asamblea popular legislativa, en un parlamento unicameral. Era una fórmula de

³⁰. Sorprendentemente podemos comprobar que el concepto de nacionalidad sí podría ser un concepto de masa: una nacionalidad puede, probablemente, descomponerse en subnacionalidades. Asimismo, parece que el concepto de población es de masa. Más discutible sería si también el de pueblo lo es. Es ése un problema implícito en el texto de 1968, que esboza un reconocimiento (no muy tajante) de pueblos hispanos en plural, sin aclarar cómo se articula esa pluralidad de pueblos constitutivos en un abarcador pueblo español ni precisar si cada uno de tales pueblos se subdivide en otros; p.ej si hay un pueblo vizcaíno y uno ilerdense. En general el concepto de pueblo no se somete a dilucidación en ese ensayo.

³¹. Una de las mayores debilidades del ensayo de 1968 es su excesivo hispanocentrismo; sólo se habla de Rusia y de España, sin traerse a colación ni un solo ejemplo de la cuestión étnica en Italia, Birmania, Francia, el Canadá, Ceilán, la India, Grecia, Checoslovaquia, Brasil, el Camerún o Nigeria, ni ningún otro. Cualesquiera que sean sus causas, ese defecto impide al ensayo compararse con los grandes textos de Lenin, Rosa Luxemburgo y Stalin de comienzos del siglo XX, pues todos ellos habían abordado la cuestión étnica aduciendo consideraciones comparativas con ejemplos, no sólo de Rusia, sino también de Escandinavia, Austria-Hungría, Suiza, Turquía, etc.

discriminación positiva: las minorías estarían representadas más que proporcionalmente.

Esa proposición suscitó tal oposición que tuve que retirarla, sustituyéndola por el punto 5º ahora publicado, que prevé una sobrerrepresentación en una cámara alta («Junta Interregional o Consejo de las nacionalidades de la República»), a la cual se asigna la potestad de «zanjar todo conflicto de atribuciones entre el poder central y los gobiernos regionales autónomos».³²

A la postre, sin embargo, la censura interna acabó eliminando también de la versión publicada ese punto 5º, a pesar de la enmienda que ya había sufrido.

El sentido de esa y las demás propuestas programáticas era el siguiente. Decíamos ahora que las poblaciones catalana, vasca, gallega y tal vez alguna otra venían diferenciadas de la mayoría de la población española por algún rasgo que hiciera de ellas nacionalidades —especialmente la lengua. Su diferenciación no bastaba para legitimar el derecho de separación o secesión política, pero sería injusto no ofrecerles alternativa alguna. No se podía plantear un dilema entre secesión o inclusión en los términos que unilateralmente impusiera la mayoría, sino que era razonable brindar un pacto político (negociable) que podía comportar, a título indicativo, lineamientos de ese tipo.

Poco de eso quedó en la versión publicada, que, en cambio, va a reconocer un cierto derecho (nominal) de autodeterminación de las nacionalidades, sólo que reduciéndolo al derecho a permanecer en la unión —sin reconocerse ningún derecho a salir de la unión.

El punto 1º afirma, en efecto, que los «pueblos de Cataluña, Vasconia y Galicia podrán escoger su propio futuro libremente, sin estar sometidos a coerción alguna». O sea: se está reclamando su libre autodeterminación. A renglón seguido, se matiza doblemente esa facultad autodeterminativa:

(1º) Manifiéstase la seguridad «de que esos pueblos, de acuerdo con su historia, tradición, cultura e intereses, escogerán una fórmula de convivencia y unidad con los otros pueblos de España en el marco de una República Popular Española con carácter federativo que satisfaga sus justas aspiraciones autonómicas». Y

(2º) Afírmase que, al haber votado «sus respectivos Estatutos concedidos por la II República, demostraron que su voluntad unánime es la de obtener la autonomía en el marco de la unidad nacional de los pueblos de España».

Dos son las lecturas posibles de ese punto —según a cuál de esas dos matizaciones otorguemos preferencia. A tenor de una de ellas, lo que se está diciendo es que las tres poblaciones mencionadas podrán seguir libremente unidas al resto de los españoles en una república popular-federativa que reconozca su autonomía; en esta interpretación, la propuesta consiste en someter a aprobación de esas poblaciones (pero no del resto de la población hispana) una fórmula de

³². De ese modo, el punto 5º resultante era un híbrido de dos puntos diferentes de mi manuscrito inicial.

permanencia libre en la república popular española. La libertad, según esa propuesta, sería sólo para decir «sí» o «no» a dicha fórmula, no para abrazar otras vías alternativas —menos aún para la secesión, que para nada se contempla como posibilidad, ni directa ni indirectamente, ni con esas palabras ni con otras.

La segunda lectura sería la de que, si bien a esas tres poblaciones les asiste un derecho de autodeterminación, ya lo ejercieron (y, al parecer, agotaron su ejercicio), al autodeterminarse en la II república en el sentido de seguir libremente unidas al resto de España. Parece entenderse que tal compromiso fue irrevocable y perpetuo.

No sé cuánto de todo eso venía de mi propia pluma y cuánto me fue impuesto por la mayoría en el seminario estival de 1968 y en las deliberaciones subsiguientes.³³ Al empantanarse, en buena medida, mis propuestas detalladas (aunque meramente indicativas), lo que algunos camaradas reclamaron fue volver a lo consabido («una cosa es justa: la autodeterminación»). Alegué que plantearlo así equivalía a decir «Éstas son lentejas», cuando lo justo era buscar juntos fórmulas de convivencia. Mi argumento apenas caló ni prosperó. Por otro lado, sin embargo, se rechazó de plano el derecho de separación.

Y así quedó ese derecho (nominal) de autodeterminación entendido como derecho a estar libremente unidos, perseverando en una supuesta autodeterminación ya ejercida en un sentido.

A la propuesta entendida según la primera interpretación cabe objetar que sólo hay libertad de hacer algo si también hay libertad de no hacerlo; conque sólo es libre (autodeterminativa) la decisión colectiva de permanecer en la unión si también se otorga el derecho a salir de la unión.

Si hay motivos para rehusar tal derecho de secesión (y yo creo que los hay sobrados), entonces no tiene sentido hablar de una libertad de permanecer en la unión. (En general las partes de un contrato no tienen la libertad de atenerse a sus estipulaciones, sino, antes bien, la obligación de cumplirlas. Y la convivencia multiseccular es un hecho jurídico que genera un cuasi-contrato político de conciudadanía.)

No menos vulnerable es la propuesta interpretada del segundo modo, el que atribuye a las poblaciones catalana, vasca y gallega un derecho de libre autodeterminación y, a la vez, entiende que lo ejercieron ya, exhaustiva y definitivamente, en el quinquenio republicano de 1931-36. O no se admite un derecho autodeterminativo (o sea, un derecho a la secesión) o hay que admitirlo como derecho inalienable e imprescriptible, sin que valgan los votos perpetuos. Pero es que, aun admitiéndose votos perpetuos, éstos tendrían que revestir ciertas solemnidades y condiciones (entre ellas la de que a quien vaya a contraer tan

³³. Conjeturo —y creo recordar— que el primer manuscrito redactado por mí omitía la palabra «autodeterminación». No sé en qué términos formulaba el punto 1º.

irrevocable compromiso se le haya ofrecido la alternativa de no estar unido a la otra parte, ni por ese pacto ni por ningún otro).³⁴

También se acabaron suprimiendo de la versión publicada otros puntos programáticos, como la revisión de las provincias del punto 7º. En cambio se agregó la previsión de autonomía canaria (punto 2º), ausente de mi manuscrito inicial y de mi visión de las cosas.

§6.— Modificaciones del texto primitivo en la reedición actual

El texto escrito por mí en 1968 lo he reconstruido ateniéndome a los criterios expuestos más arriba. El producto de la reconstrucción no es idéntico al manuscrito original, pero pienso que constituye una razonable aproximación.

En esta reedición he sometido, además, el texto de 1968/69 a varias modificaciones:

- He adaptado la presentación (p.ej con el uso de la negrilla y la cursiva).
- He corregido algunas erratas y ciertos errores de puntuación así como de concordancia sintáctica.
- He retocado ligeramente la dicción de unos pocos párrafos, casi todos ellos del apartado 4º, aligerándolos y desnudándolos de aparatosa jerga.
- He suprimido varias citas de Lenin.³⁵
- Mientras que la versión escrita por mí en 1968/69 hablaba en nombre del PCEml y no en nombre propio, tal redacción la he cambiado ahora, por la siguiente razón: el opúsculo, si bien —tras ser sometido a reescritura forzosa— fue severamente podado por la censura interna, no por ello se emitió como declaración oficial de ningún órgano, sino que se publicó como un cuaderno teórico anónimo; o sea, el partido no lo asumió, sino sólo autorizó su publicación (sin nombre de autor), en una versión alterada y troncada; me creo, pues, habilitado a retomarlo bajo mi propia autoría.
- He eliminado algunas citas de Mao Tse-tung, que eran ociosos adornos.
- He reemplazado el barbarismo inventado por D. Sabino Arana Goiri, «Euzkadi» (hoy metaformoseado en «Euskadi»), por la palabra castellana correcta,

³⁴. Es verdad, sin embargo, que en ese punto 1º, aunque es el único que tiene un contenido autodeterminativo —pero, eso sí, aguado—, no se formula la palabra «autodeterminación», mientras que ésta sí figura en el punto 6º, que emite esta reclamación: hay que «garantizar también a las regiones autónomas que en ningún caso pudieran ser reformados sus Estatutos ni restringida su autonomía sin el consentimiento de sus organismos gubernativos autónomos o de su población a través de referendum. Ello es una prolongación imprescindible del principio de autodeterminación». Ese punto presupone un previo ejercicio de la autodeterminación en el sentido del punto 1º, o sea una libre decisión de permanecer en la unión, con un remanente autodeterminativo de sesgo federal o federativo. (Cae fuere de este trabajo hacer un análisis comparativo entre esas previsiones y el ordenamiento surgido de la constitución borbónica de 1978.)

³⁵. Tal abundancia de citas era una manifestación del excesivo recurso al argumento de autoridad, común en aquella militancia exaltada.

«Vasconia», salvo cuando se usaba como parte de un nombre propio compuesto o cuando figura en una cita.³⁶

— He suprimido algunos párrafos: uno de ellos contenía una cita del diario *El Alcázar* —mal tomada y que no aportaba nada importante—; los otros párrafos ahora eliminados se dedicaban a criticar la línea del PCE oficial, entonces dirigido por D. Santiago Carrillo Solares, al cual se reprochaba no adherirse a la propuesta de una república federal o federativa; tales consideraciones no aportaban nada al hilo argumentativo del ensayo ni eran alardes de ponderación o equidad hermenéutica.

— He omitido el Apartado 1º, de contenido histórico (cuya detallística erudición me ha resultado inapropiada para el contexto de este ensayo).

Voy a comentar la penúltima modificación. El autor ha deseado ejercer, en ese punto, su derecho de arrepentimiento eliminando la digresión. No es que desee hoy asumir —ni total ni parcialmente— el texto aquí reproducido. Obedecía a un planteamiento que no coincide con los supuestos de los que partiría hoy para abordar tales cuestiones. De tener que ir separando, con un cedazo, lo que guardo y lo que desecho, lo segundo sería posiblemente más que lo primero.³⁷

Sólo que, aun discrepando hoy de los supuestos y de varias de las conclusiones de mi ensayo de 1968-69, en general no me avergüenzo de haber

³⁶. La opción de «Vasconia» me parece ideológicamente neutra y sería equivalente a la de otras genuinamente eúscaras, como «Euscaria», «Eusqueria», «Eusquelerría» (palabra que aparece ya en el siglo XVI), «Euscalerría» (o su variante «Euscalherría» —dejando de lado el amor que el irredentismo euscaldún siente por la «K»). Son admisibles todos esos nombres propios, siendo más problemáticos los de «País Vasco» y «Vascongadas» (palabra que hoy ha caído en desgracia —y en desuso— porque el irredentismo la ha cargado de una connotación de la que carecía por completo).

El uso del topónimo «Vasconia» es neutral con respecto al abarcamiento del territorio así designado, o sea: la cuestión de si comprende sólo las tradicionales tres Provincias Vascongadas (los tres «territorios históricos» en terminología irredentista) o también Navarra y las comarcas originariamente vascas al norte de los Pirineos, el condado de Treviño u otras zonas contiguas o cercanas.

³⁷. No voy a entrar aquí a hacer un repaso de los asertos contenidos en mi ensayo de 1968/69 para ir determinando, uno por uno, en qué medida estaría yo hoy dispuesto a asumirlo o a rechazarlo. No comparto hoy, p.ej., aquella visión de las naciones del imperio ruso, pues varias de ellas (particularmente Rusia Blanca y Ucrania —pero en parte también Tartaria, Carelia, Estonia, Letonia, Georgia, Armenia, Cazajistán) estaban unidas al pueblo ruso por hondos vínculos pluriseculares. De modo general juzgo hoy exagerado el aserto de que «la Rusia zarista [...] abarcaba a una multitud de naciones totalmente diversas, unas de otras, sin otro vínculo entre ellas que el de soportar el yugo zarista». En la misma dirección, sería más matizado mi balance actual de la Rusia prerrevolucionaria, puesto que pienso que, a la postre, emergió una cierta continuidad entre esa Rusia y la del período soviético.

Así lo reconoció expresamente el camarada Stalin en un célebre discurso, con ocasión de un brindis, el 8 de noviembre de 1937, en la dacha de Vorochilof —con ocasión de una fiesta celebrando el vigésimo aniversario de la revolución de octubre. No existen actas taquigráficas de ese breve discurso, mas sí varios relatos, entre ellos el contenido en el Diario de Dimitrof. Dijo: Los zares hicieron muchas cosas malas. Robaron y esclavizaron al pueblo. Llevaron a cabo guerras y se adueñaron de territorios en interés de los terratenientes. Pero hicieron una cosa buena: erigieron un enorme estado [que se extiende] hasta Kamchatka. Lo hemos heredado. Nosotros, los bolcheviques, fuimos los primeros en unificar y reforzar este estado, no en interés de terratenientes y capitalistas, sino de los trabajadores y de todos los grandes pueblos que lo componen. (V. David Brandenberger, «Proletarian Internationalism, 'Soviet Patriotism' and the Rise of Russocentric Etatism During the Stalinist 1930s». *Left History*. 6/5 (1999), pp. 80-100, n. 66.)

sostenido entonces tales puntos de vista, mientras que sí me siento pesaroso de haber polemizado injustamente contra las tesis oficiales del PCE.³⁸

ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES EN ESPAÑA¹

(1969)

Sumario

Apartado 1º — [...]

Apartado 2º — Las nacionalidades españolas bajo el yugo franquista

Apartado 3º — Planteamiento actual del problema de las nacionalidades españolas

1. Composición de la población en las regiones con particularidades nacionales

2. La posición de las diversas clases ante el problema nacional

Apartado 4º — Por una república popular y federativa

³⁸. Al reproducir este opúsculo de 1968/69, me percaté de su actualidad en la España de 2020, amenazada de fragmentación por las torvas pretensiones de los irredentistas, sobre todo de las regiones más ricas, todas ellas septentrionales, que se escudan en una doble falacia: 1ª, que serían naciones sin estado, las cuales aspirarían a tener su estado propio; 2ª, que, separadas, serían más prósperas, menos endeudadas y con más elevado nivel de vida.

Cae fuera de los límites de este trabajo refutar tales patrañas, pero lo que sí quiero recalcar es que esas reclamaciones secesionistas vienen auspiciadas —si no instigadas— por diversos círculos del imperialismo yanqui y de las potencias europeas transpirenaicas. (V., en particular Juan Antonio de Castro & Aurora Ferrer, *Soros, Rompiendo España*, Ed. IVAT, 2019, ISBN 9788417407605.)

Son complejas las razones del apoyo imperialista al desmembramiento de nuestra Patria. Hay intereses comunes de las oligarquías vasca y catalana con grandes empresas germánicas y anglosajonas. Quizá más decisivo es el hecho de que España, sin ser —¡para nada!— una potencia, es un país demasiado grande, demasiado populoso para ser manejado como un simple pelele que no pincha ni corta (digamos que como Letonia, Eslovenia o Malta). No nos van a invitar a ninguna mesa de los grandes (ni siquiera estamos en el G20 ni en el concierto de los países directivos de la Unión Europea [Alemania, Francia e Italia]), pero, de tarde en tarde, el gobierno de Madrid aspira a más de lo que la eurocracia está dispuesta a concederle. Forzosamente más sumisos serían los estaducos salidos de una España fragmentada.

¹. Este ensayo, escrito por Eladio Zújar (o sea, el autor de estas páginas, Lorenzo Peña y Gonzalo) apareció publicado a multicopista, anónimamente, bajo una identificación de portada del siguiente tenor: «Acerca del problema de las nacionalidades en España — Cuadernos Marxistas-leninistas Nº 1 (Suplemento a *Revolución Española*). Ediciones Vanguardia Obrera, Madrid 1969». La contraportada de ese folleto ciclostilado reza así: «EL III Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España (marxista-leninista), celebrado en Málaga, entre el 12 y el 16 de diciembre de 1968, ha trazado las líneas generales del presente trabajo acerca del problema de las nacionalidades en España. Recogiendo las orientaciones y los resultados de las discusiones de dicho Pleno, una comisión de redacción designada por el Comité Ejecutivo del Partido ha elaborado de manera definitiva el texto que a continuación presentamos».

Dejando de lado la mentira piadosa de celebración del Pleno en Málaga, la comisión designada había sido, en verdad, unimembre, estando integrada sólo por el camarada Miguel (o sea quien usaba como su principal nombre de pluma el de «Eladio Zújar»). Una vez elaborado, el manuscrito fue sometido a una poda tremenda por el comité ejecutivo, que eliminó más de la mitad de su contenido, además de alterar considerablemente el texto, imponiendo cambios no sólo de forma sino también de sustancia.

De la parte publicada no se ha podido reconstruir la versión original, pero los fragmentos entonces suprimidos se han intercalado en esta reedición según una pauta de verosimilitud.

[...]

Apartado 2º

Las nacionalidades españolas bajo el yugo franquista

Desde el primer momento, los generales fascistas sublevados contra la República el 18 de julio de 1936 practicaron una despiadada política de unitarismo centralista a ultranza y de opresión y estrangulamiento criminal de las minorías nacionales. Sometieron a Galicia a sangre y fuego; derogaron (ilegalmente, por supuesto) los Estatutos de Cataluña y de Vasconia; exterminaron a un número considerable de regionalistas gallegos, vascos y catalanes, así como a muchos representantes de la cultura, de las ciencias, las letras y las artes de esas tres regiones españolas. Pusieron fuera de la ley el uso de las lenguas vernáculas, así como de los himnos, banderas y emblemas regionales. Al conquistar Vasconia, los fascistas destituyeron a todos los maestros hasta que demostraran que no eran nacionalistas ni «rojos».

Fueron innumerables las víctimas de la horrorosa sangría desatada por los fascistas contra los pueblos catalán, vasco y gallego. En el primer mes después de la conquista de Bilbao los fascistas asesinaron en esa ciudad a cerca de mil personas, según el criminal aventurero falangista Giménez Caballero que públicamente se jactó de ello (en realidad las víctimas fueron muchísimas más). Hubo 414 sacerdotes vascos fusilados, encarcelados o desterrados por los franquistas. Los soldados vascos que fueron entregados a Franco por los jefes traidores del reaccionario PNV, en Santoña, fueron diezmados por los fusilamientos en masa.

Al conquistar Cataluña, a comienzos de 1939, los franquistas encerraron en cárceles o campos de concentración a más de 200.000 personas. El presidente de la Generalitat de Catalunya, Don Lluís Companys, capturado por los alemanes en 1940 fue entregado por ellos a Franco, quien lo hizo asesinar en Barcelona aquel mismo año.

Para tratar de ahogar la nacionalidad catalana, el franquismo prohibió prácticamente en los primeros años el uso del catalán. E hizo cubrir las ciudades de Cataluña con carteles como: «Hable Ud. cristiano» y «Españoles: Hablad la lengua del Imperio». Las bandas falangistas abofeteaban en la calle a quienes hablaban catalán. En las cabinas telefónicas se colocaron carteles recordando que estaban prohibidas las conversaciones en catalán (se autorizaban en cambio conversaciones en alemán e italiano). Hasta 1952 no se autoriza la reedición de ciertas traducciones al catalán ya publicadas anteriormente y hasta 1957 no se autoriza la publicación de nuevas traducciones.

A un estrangulamiento parecido fue sometida Vasconia. Por otro lado, la opresión unitarista del franquismo, su política de asimilación por la fuerza se ha traducido en un desplazamiento de muchos funcionarios de esas regiones por otros provenientes de regiones de habla castellana, así como en el estacionamiento en esas regiones con particularidades nacionales (sobre todo en Cataluña y Vasconia) de grandes contingentes de fuerzas de represión formadas por andaluces, castellanos, extremeños, etc. y no por habitantes de la región.

Pero con esa política de supresión por la fuerza de las particularidades nacionales de Cataluña, Vasconia y Galicia, el franquismo no ha logrado ahogar los sentimientos regionalistas que laten en el corazón de importantes sectores de esos tres pueblos españoles. Y esos sentimientos tienen un aspecto indiscutiblemente justo, al que hay que apoyar con todas las fuerzas, en cuanto constituyen una protesta de las clases oprimidas de esas tres

nacionalidades contra la bestial opresión y el insoportable yugo de la oligarquía financiera y terrateniente centralista, vendida además a partir de 1953 al imperialismo yanqui.

Al darse cuenta del fracaso de esa política y con el fin de ganar cierto apoyo entre la burguesía media de esas tres regiones, la oligarquía franquista ha venido procediendo en los últimos años a una política de opresión algo más solapada, más astuta, pero igualmente brutal en el fondo. En ese relativo cambio de orientación ha influido el incremento de la participación en el poder político del yanqui-franquismo de la oligarquía catalana y vasca; y no porque estas oligarquías regionales, ya totalmente fusionadas con la oligarquía del resto del país, abriguen algún sentimiento nacionalista, sino porque sus representantes políticos necesitan ganar cierto apoyo entre los medios burgueses y pequeño-burgueses de sus respectivas regiones.

La dictadura yanqui-franquista continúa en la actualidad oprimiendo salvajemente a las minorías nacionales, pero permite algunas pequeñísimas manifestaciones de su lengua y su cultura vernácula. Siguen sin poderse publicar periódicos en catalán, en vasco o en gallego, como tampoco pueden las emisoras de radio o televisión emitir en esas lenguas regionales. Pero se autorizan ciertas revistas y libros. Se han creado en las Universidades de Barcelona y de Valladolid cátedras de lengua catalana y vasca, respectivamente, a la vez que se sigue prohibiendo la existencia de centros de enseñanza exclusivamente en catalán o en vasco, ni siquiera bilingües. Se permiten ciertos actos folclóricos o académicos, pero ello no afecta a las amplias masas que siguen sin derecho a utilizar en las diversas esferas de la vida social y, sobre todo, en sus relaciones con la administración, con los tribunales o con otras entidades oficiales, su lengua vernácula; que no pueden leer periódicos ni escuchar emisoras de radio o de televisión en esa lengua. De esa forma, un número ínfimo de elementos intelectuales de la pequeña y media burguesía pueden promover una cultura catalana, vasca o gallega sin savia popular y en un medio muy reducido, sin posibilidades de expresión ni de amplia comunicación con el pueblo. La prensa, la radio y la televisión son así un coto cerrado para la lengua castellana y para las ideas centralistas impuestas por el yanqui-franquismo.

Con el fin de apuntalar su dominación y sofocar las ansias de libertad de catalanes, vascos y gallegos, la dictadura yanqui-franquista somete a esos pueblos a una despiadada represión policíaca. Sin entrar en contradicción en modo alguno con esta salvaje política de la dictadura norteamericano-franquista, antes bien, sirviéndole de complemento demagógico, se manifiestan en los últimos tiempos ciertas voces dentro de la yanquizada oligarquía en el poder en pro de una cierta descentralización en el marco de la maniobra neofranquista que están tramando el Opus, los monárquicos y los vaticanistas.

Además, no se trata para esos señores de que el poder central renuncie —en provecho de las regiones con peculiaridades nacionales— a una serie de atribuciones y de facultades, sino de que las diputaciones provinciales de una región se confederen y emprendan obras públicas, de sanidad o de beneficencia «dentro de su esfera propia». Lo que ocurre es que esa pseudodescentralización (que no es sino el odiado unitarismo centralista revestido de cierto barniz regionalista) podría engañar más fácilmente a ciertos sectores que el centralismo brutal y sin tapujos actualmente aplicado por la dictadura yanqui-franquista. De todas formas es tan burda esa artimaña descentralizadora que a no muy largo plazo todo el mundo comprendería su verdadera naturaleza opresiva.

Apartado 3º

Planteamiento actual del problema de las nacionalidades españolas

§1.— Composición de la población en las regiones con particularidades nacionales

En la actualidad, España constituye una unidad nacional-estatal bien definida. Stalin define certera y penetrantemente la nación en los siguientes términos:

La nación es una comunidad de hombres estable, históricamente constituida, nacida sobre la base de una comunidad de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, que se traduce en una comunidad de cultura.²

No cabe duda de que, de acuerdo con este criterio justo y científico, España constituye actualmente UNA nación, y no una pluralidad de naciones unidas tan solo por la existencia de un aparato estatal único y centralizado, —como equivocadamente creen algunos.

Eso no excluye en modo alguno la existencia de una serie de regiones con ciertas particularidades nacionales más o menos acusadas, a las que se denomina *nacionalidades*.

La diferencia entre nación y nacionalidad estriba, pues, en lo siguiente: para que exista una nación debe darse la comunidad de historia, lengua, territorio, vida económica y cultura. Para que existan, dentro de una nación, varias nacionalidades es preciso que en algunos de esos aspectos —por ejemplo, en los de la lengua y la cultura— la comunidad no sea total, que existan lenguas particulares habladas por toda la población de las citadas regiones o por una parte de las mismas, como ocurre en España.

Los habitantes de la mayor parte de las regiones españolas son de habla exclusivamente castellana. E incluso en las regiones con particularidades nacionales sólo un número ínfimo de personas del medio rural y, en general, de aldeas apartadas no hablan el castellano.

En cambio en algunas regiones, particularmente en Vasconia, las lenguas vernáculas no son utilizadas, ni siquiera conocidas, más que por una minoría de la población regional —minoría, además, en descenso.

Por lo que respecta a la comunidad de territorio y de vida económica, es tan evidente en el caso de España que no requiere demostración. Y, en lo tocante a la comunidad de formación psíquica (a la idiosincrasia) y de cultura, es indudable que, si bien existen aspectos particulares en este sentido en las diversas regiones, se ha ido creando en el curso de los siglos y, sobre todo, en los últimos 50 a 100 años una unidad a escala nacional, con rasgos sobradamente conocidos, con una trayectoria, una problemática y unos supuestos ideológicos, políticos, etc., igualmente comunes.

Dentro de España, las tres regiones con particularidades nacionales más destacadas (Cataluña, Vasconia y Galicia) suman (censo de 1960) unos ocho millones de habitantes. Valencia y Baleares suman cerca de tres millones de habitantes. En total, unos once millones, el 35'7 por ciento de la población española según el censo (30 millones y medio de habitantes).

En la actualidad se puede calcular que la población española se aproxima a los treinta y tres millones y que la población de Cataluña, Vasconia y Galicia, tomadas en su conjunto,

². Stalin, *EL marxismo y la cuestión nacional*.

es de unos nueve millones, un 28 por ciento de la nacional. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, ya antes de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, el proletariado de Cataluña no estaba formado exclusivamente por catalanes sino también —aunque entonces muy minoritariamente— por inmigrados de otras regiones, en un principio murcianos sobre todo; y que desde 1941 han emigrado a Barcelona y su provincia un millón de trabajadores de otras regiones (en los últimos años ha sido quizá sobrepasada esa cifra). Ese millón de inmigrados representa casi la cuarta parte de la población de Cataluña y, desde luego, un porcentaje mucho más elevado del proletariado industrial de la zona barcelonesa.

Por su lado, el proletariado de Vasconia estaba formado en buena parte, ya antes de la guerra, por castellanos, gallegos, etc. Y desde 1941 se ha visto engrosado con unos 200.000 inmigrados de otras regiones. Calculando que, en su abrumadora mayoría, esos inmigrados se han instalado en Vizcaya y en Guipúzcoa, las dos provincias más industrializadas de Vasconia, podemos considerar que vienen a representar un 15'4 por ciento de la población actual de ambas provincias. Eso, unido a lo anterior, es causa de que del millón y medio de habitantes de Vasconia, menos de medio millón hablen el vascuence. A ellos habría que añadir los habitantes de habla vasca del Noroeste de Navarra, que no llegan a 10.000.

Todo este proceso de inmigraciones, pese a los sufrimientos atroces que entraña para las amplias masas de inmigrados —sobre todo en los primeros tiempos—, ha traído como innegable resultado positivo la eliminación de muchas barreras regionales, la comunicación e integración de muchos trabajadores españoles de diversas regiones y nacionalidades.

Algunas personas, con un punto de vista miope, mezquinamente nacionalista, lamentan todo esto, lo deploran, ven en esas inmigraciones una invasión de sus regiones, que provoca la castellanización de las mismas. A esos nostálgicos del pasado, a esos nacionalistas por encima de todo, Lenin les decía:

Los marxistas no se contentan con el punto de vista nacionalista-burgués. Hace decenios que se ha definido con toda claridad el más rápido desarrollo económico del Sur, es decir, de Ucrania, que atrae a decenas y centenares de campesinos de la Gran Rusia a las haciendas capitalistas, a las minas y a las ciudades. En este sentido, la 'asimilación' del proletariado gran-ruso y ucraniano es indudable. Y este hecho es indudablemente progresivo. El capitalismo va sustituyendo al aldeano gran-ruso o ucraniano, torpe, anquilosado, sedentario y cerril, por el inquieto proletario, cuyas condiciones de vida van rompiendo la limitación específicamente nacional, lo mismo la gran-rusa que la ucraniana.³

Eso es aplicable actualmente a España, sustituyendo Ucrania por Cataluña y Vasconia y la Gran Rusia por las regiones de habla castellana, como Andalucía, Murcia, Extremadura, Aragón, etc.

Actualmente en Cataluña la gran mayoría de la población habla el idioma catalán. Éste, pese a las persecuciones franquistas que se han cebado sobre él con particular saña, ha resurgido en los últimos años con pujanza vigorosa. Es lengua común en las esferas de la vida extraoficial en Cataluña y cuenta con una formidable presencia en el mundo intelectual, cultural, científico y literario. Por otro lado, y a diferencia del vascuence, el catalán es fácilmente aprendido por los inmigrados provenientes de otras regiones, aunque no lo usen corrientemente.

³. Lenin, «Notas críticas sobre la cuestión nacional».

En lo que concierne a Galicia, la mayoría de la población habla correctamente el gallego. Esa mayoría está constituida por el grueso de las clases trabajadoras, por la mayoría de los obreros y marineros, por la casi totalidad de los campesinos, por ciertos sectores de la pequeña burguesía urbana. El gallego es la lengua española más antigua desde el punto de vista literario. Pero en la actualidad su plasmación en este orden es escasa y existe sobre todo (aunque no únicamente) como lengua hablada, popular.

Esta composición de la población, desde el punto de vista regional y primordialmente lingüístico, en las regiones españolas con ese tipo de particularidades, así como su evolución a lo largo de los últimos decenios y asimismo los estrechos lazos económicos y sociales con el resto de España, condiciona el planteamiento del problema y la solución que para el mismo haya que propugnar.

§2.— La posición de las diversas clases ante el problema nacional

Veamos, en primer lugar, la posición de los medios nacionalistas y regionalistas de la pequeña burguesía y de la burguesía media de las tres regiones españolas con particularidades nacionales más acusadas.

La mayoría de las organizaciones nacionalistas burguesas o pequeño-burguesas se denominan actualmente «socialistas», «marxistas» e incluso, algunas de ellas, «marxistas-leninistas». Ello es enteramente explicable dada la bancarrota de las ideologías burguesas, dado el predominio numérico que en nuestro país ha alcanzado la clase obrera y el preponderante papel de ésta en la lucha popular, dado el deseo explicable de las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas de llevar tras de sí al proletariado.

Por otro lado, es defecto bastante extendido entre los grupos más radicales del nacionalismo burgués y pequeño-burgués la propensión al infantilismo de izquierda e incluso, en ciertos casos, su inclinación por ciertas influencias trotskistizantes. Ello es lógico, dado que el ultraizquierdismo se acomoda perfectamente a la concepción burguesa del mundo, que rechaza la dialéctica materialista y la solución dialéctica de los problemas. En vez de considerar la realidad social en toda su complejidad, con todas sus intrincadas contradicciones, el ultraizquierdismo burgués y pequeño-burgués pretende dar una solución sencilla e invariable, única para las diversas y complicadas situaciones sociales, y pretende, además, resolver todos los problemas de golpe.

Entre las manifestaciones de ese ultraizquierdismo podemos señalar el rechazo de la teoría marxista-leninista de las etapas de la revolución (y, por tanto, la confusión de la etapa actual con la etapa socialista de la revolución) y la propensión al aventurerismo, a través de acciones armadas esporádicas y desligadas de la acción de masas.

En Vasconia, las tendencias nacionalistas ejercen influencia sobre todo entre el campesinado (constituido en gran parte por campesinos medios y acomodados) y entre muy amplios sectores de la burguesía media y de la pequeña burguesía, así como también del semiproletariado de las ciudades. La gran mayoría de la clase obrera escapa a toda influencia de esas corrientes. El PNV, atrincherado en el exterior, se convirtió ya hace mucho en un destacamento especial anticomunista y contrarrevolucionario al servicio del imperialismo yanqui. En el interior la principal fuerza nacionalista es ETA (Euzkadi Ta Azkatasuna), dentro de la cual se han producido, a lo largo de los últimos años, dos escisiones. ETA expresa la rebeldía de la pequeña y media burguesía expoliadas y oprimidas por los monopolios yanqui-franquistas. Pese a sus defectos, ETA juega un papel indiscutiblemente positivo y revolucionario en el mosaico de las fuerzas políticas españolas y se enfrenta con meritorio

valor al aparato represivo de la dictadura yanqui-franquista. Existen también otras organizaciones de mucho menor importancia.

En Cataluña, el problema nacional es sentido, en una u otra medida, por la gran mayoría de la población, pero las tendencias marcadamente nacionalistas influyen sobre todo a la mayoría de la burguesía media, a la casi totalidad de la pequeña burguesía y a un considerable sector del semiproletariado urbano y del campesinado e incluso a una minoría de la clase obrera. Pero ese nacionalismo catalán está en general exento de posturas separatistas.

Entre las fuerzas nacionalistas, aquella que adopta posiciones más tajantes en este sentido es el Front Nacional Català, representante de ciertos sectores de la burguesía media catalana, con influencia en núcleos pequeño burgueses. El Front Nacional está caracterizado por cierto conservadurismo social y propugna o ha propugnado la incorporación a Cataluña de las otras regiones españolas en que se hablan dialectos del catalán (Valencia y Baleares).

El Movimient Socialista Català representa a sectores socialmente más avanzados de la burguesía media y adopta una posición clara (en los últimos tiempos) de lucha contra el imperialismo yanqui. Excluye toda tendencia al separatismo, considerándola contraria a los intereses del pueblo catalán. Tienen un carácter oscilante. Sin embargo, en los últimos tiempos se nota en el M.S.C. una evolución positiva que lo ha llevado a criticar públicamente algunas de las posiciones carrillistas.

Subsisten asimismo en Cataluña ciertos vestigios de la Esquerra y de la Generalitat, aunque la existencia de esta institución queda casi exclusivamente reducida al exilio. Estas diversas fuerzas juegan también en general un papel positivo en algunos aspectos. En cuanto a otras organizaciones surgidas en los últimos años como C.C. (llamada primero «Cristians Catalans» y luego «Comunitat Catalana») y la A.P.E.S. han tenido vida efímera y han acabado disolviéndose o integrándose en otros grupos políticos.

El valencianismo es una corriente muy minoritaria en Levante y más aún lo es el catalanismo valenciano, que sólo existe en un núcleo insignificante de la intelectualidad pequeño-burguesa. La única corriente valencianista organizada es el Partit Socialista Valencià, que, si bien tiene escasa influencia de masas, ha adoptado posiciones bastante justas en algunos terrenos.

Las organizaciones nacionalistas de las diversas regiones tienen un carácter de clase burgués o pequeño-burgués y adolecen de los defectos propios de esas clases. Uno de ellos, que afecta a algunas de esas corrientes, es el resentimiento injustificado contra los pueblos españoles de habla castellana.

Otro defecto en el que a menudo incurren esas corrientes es el de preconizar una cultura exclusivamente regional, con lo que, de un lado, desechan los elementos progresivos de la cultura popular de las otras regiones españolas y, de otro lado, abrazan indiscriminadamente todos los elementos, inclusive los retrógrados, de las culturas nacionales respectivas.

Algunos grupos nacionalistas sostienen que no hay razón de ser para que el partido del proletariado tenga organizaciones regionales, pues ya están ellos para defender los intereses conjuntos de todas las clases populares de esas regiones, pero precisamente lo que acabamos de exponer demuestra con mayor fuerza la necesidad de que el Partido del proletariado enseñe a la clase obrera a marchar por su propio camino proletario, y no por el camino del nacionalismo burgués. Como magistralmente lo señalaba Stalin:

¿Se colocará el proletariado bajo la bandera del nacionalismo burgués? Eso depende del grado de desarrollo de las contradicciones de clase, de la conciencia y de la organización del proletariado. El proletariado consciente tiene su propia bandera, una bandera que ha pasado victoriosamente por duras pruebas y no tiene, por tanto, ninguna necesidad de colocarse bajo la bandera de la burguesía.⁴

Eso no excluye, naturalmente, la unidad de acción y la alianza con todas las fuerzas nacionalistas que se muestren dispuestas a marchar unidas con el proletariado revolucionario para derrocar a la dictadura yanqui-franquista. En el fragor de la lucha van a surgir nuevas organizaciones y las existentes van, sin duda, a experimentar importantes cambios.

Inevitablemente, los sectores con posturas más marcadamente separatistas y aislacionistas, que debilitan la lucha común contra el yanqui-franquismo, los que se opongan a marchar hacia la formación de un Frente Democrático Nacional Revolucionario, serán arrinconados, en tanto que cobrarán auge y acabarán prevaleciendo los que se inclinen por la unidad de acción con el Partido del proletariado y con las demás fuerzas populares revolucionarias.

Por lo que respecta a los sectores oligárquicos financieros y terratenientes de Cataluña, Vasconia, Galicia, Valencia y Baleares, estos se hallan entrelazados y fundidos con el resto de la oligarquía. Esa fusión se realiza tanto por la presencia en los Consejos de Administración de las grandes firmas monopolistas y bancarias (la mayor parte de ellas controladas ya en una u otra medida por el capital financiero norteamericano) de oligarcas de las mencionadas regiones y de las regiones de habla castellana, como por el cruce de unos y otros clanes financieros a través de enlaces matrimoniales.

Además, por lo que respecta a la oligarquía vasca, ésta ocupa un papel preponderante en España. Algo parecido, aunque en menor medida, le ocurre a la oligarquía catalana. Para comprobar esto basta echar un vistazo a algunos hechos fundamentales relativos a la estructura monopolista de las finanzas y de la economía española.

De los ocho principales bancos del país, dos están, prácticamente, en manos exclusivas de la yanquizada oligarquía vasca (el de Vizcaya y el de Bilbao, estrechamente vinculados el primero de ellos al capital norteamericano) y otros dos están también controlados mayoritariamente por el capital vasco (el Urquijo, controlado por los yanquis, y el Hispano Americano). Otro de esos grandes bancos, el Español de Crédito (vinculado asimismo muy estrechamente al capital yanqui) está en buena parte en manos de la oligarquía vasca. Una gran parte de los clanes financieros más importantes de España son vascos. Sin duda alguna la familia más rica de España es la de los Urquijo y sus ramas colaterales, los Oriol, Gandarias, Ybarra, Landecho, Cubas, etc. Otros clanes vascos, tan linajudos como acaudalados, son los Areilza, Satrústegui, Chávarri, Careaga, Ampuero, Zubiría. Y entre los de nueva alcurnia podemos citar a los Echevarría, Ibarra, Delclaux, Churruca, Gondra, Gortázar, Bordegaray, etc., etc.

Por su lado, la oligarquía catalana posee uno de esos ocho principales bancos (el Popular, del Opus Dei) y tiene importantes penetraciones en el Banco Central (a raíz sobre todo de la absorción por éste del Banco Hispano-Colonial de Barcelona en 1950) y en el Español de Crédito, así como en el Banco de Santander (controlado por el Bank of America), en el que sucesivamente se han integrado el Banco Soler y Torra, el de Fomento de Gerona, el de Mataró y (con ciertas variantes) el Industrial de Barcelona.

⁴. *Ibid.*

El Opus Dei es hoy día quizá el más importante grupo financiero-político de la yanquizada oligarquía franquista en el poder. Pues bien, en el Opus ocupan un puesto determinante los oligarcas opusdeístas catalanes. El opusdeísta Banco Popular está fundamentalmente en manos de clanes catalanes como los Valls Taberner y los Millet y Maristany. El dúo formado por el Banco Atlántico y la Unión Industrial Bancària (igualmente del Opus Dei, si bien bajo estrecho control de la Continental Illinois National Bank de Chicago. EE.UU) está fundamentalmente en manos de los Molins Ribot, Ferrer Bonsoms, Bofill Quadras, Güell, etc.

Y hablando concretamente de este último clan, uno de los más poderosos de España, está acaudillado por Juan Alfonso Güell y Martos, marqués de Comillas y conde de San Pedro de Ruiseñada, que posee decenas de miles de hectáreas de tierras en las provincias de Cáceres, Toledo, Ciudad Real y Barcelona. El opusdeísta y vaticanista clan de los Güell está estrechísimamente vinculado al capital yanqui, con el que se ha conchabado para explotar la Compañía General de Tabacos de Filipinas. Los Güell dominan asimismo la Trasatlántica S.A., Hullera Española S.A., el importante matadero industrial de Navalmodal de la Mata, la Compañía Industrial Minero Astur, Asfaltos y Portland Asland, General de Ferrocarriles Catalanes, Inversiones Etys, Algodonera Andaluza, etc.

Sin embargo, en la actualidad los cruces entre las yanquizadas familias oligárquicas de Cataluña, Vasconia, Castilla, Andalucía y otras regiones se multiplican hasta tal punto que a veces es difícil encajar a uno de esos clanes en una región determinada. Un caso, por ejemplo, de esos cruces plurilaterales lo tenemos en el entronque triangular de los Morenés (catalanes), los Urquijo (vascos) y los Domecq (andaluces). Otro ejemplo es el entrelazamiento matrimonial entre los Marfull (catalanes), los Satrústegui (de origen vasco) y los Cros (castellanos).

No consideramos necesario demostrar prolijamente que también están presentes en la antinacional oligarquía fascista que ocupa el poder los clanes gallegos (como los Barrié de la Maza y los Barreiros, por ejemplo), levantinos (como los de Manglano y Cuncaló de Montull, barón de Cárcer y de Llaurí, o los de Muñoz Peirats y de Guillén Prat, íntimamente ligados los tres al capital yanqui) y, por último, mallorquines como los March Servera.

La yanquizada oligarquía española de todas las regiones del país ejerce pues, el poder económico y político a través de la dictadura fascista de Franco. Ni pensar, pues, en que la oligarquía catalana o vasca, o una parte de ella, pueda interesarse lo más mínimo por liberar a los pueblos de esas dos regiones de la opresión centralista y unitaria del yanqui-franquismo, ya que es ella en primer término la que dirige y encabeza esa opresión y, la que se beneficia de la misma. Esto no excluye que ciertos oligarcas vascos, como los Urquijo, por ejemplo, subvencionen al ultrarreaccionario PNV en el exilio, como posible pieza de repuesto en el marco de una maniobra neo-franquista. Pero a la vez esos mismos oligarcas azuzan y espolean al gobierno fascista de Franco y a sus hordas de represión a intensificar el terror salvaje contra los nacionalistas populares y todo el pueblo de Vasconia.

Si históricamente, la oligarquía vasca y catalana se han servido del nacionalismo y de la amenaza del separatismo para obligar a la oligarquía castellano-andaluza a cederles un puesto predominante en el poder político (como ya lo tenían de hecho en el poder económico), hoy ya, una vez logradas sus aspiraciones en este sentido, lo que les interesa es consolidar la situación actual, la dictadura fascista proyanqui y la opresión sobre los diversos pueblos de España.

Por lo que respecta a la posición del proletariado de cara al problema de las nacionalidades, la examinaremos con detalle en el siguiente apartado.

Apartado 4º

Por una república popular y federativa

En la transformación de la estructura de nuestro país, conforme al principio de conceder a las minorías nacionales sus legítimos derechos y aspiraciones, es preferible —como decía Lenin— «exagerar en cuanto a las concesiones y a la suavidad para con las minorías nacionales que pecar por defecto» ya que esas minorías han padecido la opresión secular, concretada en infinitos actos de violencia y brutalidad, por parte de las clases dominantes reaccionarias.

En la actual situación de nuestro país, las libertades que anhelan los pueblos catalán, vasco y gallego y aquellas a las que puedan aspirar otras regiones españolas, únicamente pueden lograrse en el cuadro de una solución como la aquí propugnada, esto es: mediante el derrocamiento de la dictadura yanqui-franquista, la expulsión de los ocupantes norteamericanos y la implantación de una República Popular con carácter federativo, que sea un poder antiimperialista y antioligárquico del proletariado, de los campesinos, de la pequeña burguesía urbana y de los sectores progresistas de la burguesía media.

El poder gubernamental dentro de tal República habrá de confiarse a una coalición de todas las fuerzas que, en una u otra medida, y de una u otra forma, hayan participado activamente en el derrocamiento del yanqui-franquismo (es decir, que dentro de esa coalición deberán participar en el ejercicio del poder central los representantes de las fuerzas nacionalistas revolucionarias, y ello independientemente de que esas mismas fuerzas participen también en el ejercicio del poder autónomo en sus respectivas regiones). Tal coalición deberá estar basada en la alianza de la clase obrera y el campesinado y tener como fuerza dirigente al Partido de la clase obrera.

¿Les es posible a las minorías nacionales lograr la autodeterminación y una efectiva autonomía administrativa, política y jurídica, así como la igualdad de derechos de sus lenguas particulares con el castellano —dentro de sus respectivos territorios—, en el marco de una solución política diferente de la aquí preconizada? ¿Cuál podría ser esa solución política distinta que concediese y garantizase las libertades regionales? Veamos las diversas posibilidades existentes.

En primer lugar, podría pensarse en una continuación de la dictadura de la oligarquía, pero con modificación de sus formas de poder. Pero, en caso de modificar sus formas de poder, la oligarquía proimperialista lo único a lo que va a llegar es una maniobra neofranquista que, manteniendo en lo esencial las estructuras fascistas, las recubra de un ligero maquillaje democrático, con un pluripartidismo bien encuadrado en el marco del movimiento «nacional».

Por otro lado, no entra en los límites del presente trabajo demostrar la absoluta y total imposibilidad en nuestro país, en las condiciones presentes, de un poder de la burguesía media o de la pequeña burguesía. Pero lo que sí debemos señalar es que cuando esas clases tuvieron una influencia notoria en la dirección del gobierno, en diversos momentos a lo largo de la II República, sólo concedieron a regañadientes y con cuentagotas algunas de esas libertades. Así pues, soñar con un nuevo poder de la pequeña y media burguesía (por otro lado imposible), que concediera a las minorías nacionales cuanto éstas anhelan y necesitan, es un absurdo sin sentido. Por consiguiente, sólo cabe una solución como la aquí preconizada: una democracia popular bajo la dirección de la clase obrera.

Una justa posición programática sobre el problema de las nacionalidades podría concretarse en los nueve puntos siguientes:

1º) Los pueblos de Cataluña, Vasconia y Galicia podrán escoger su propio futuro libremente, sin estar sometidos a coerción alguna. Estamos seguros de que esos pueblos, de acuerdo con su historia, tradición, cultura e intereses, escogerán una fórmula de convivencia y unidad con los otros pueblos de España en el marco de una República Popular Española con carácter federativo que satisfaga sus justas aspiraciones autonómicas.

Los pueblos de Cataluña y de Vasconia, al votar sus respectivos Estatutos concedidos por la II República demostraron que su voluntad unánime es la de obtener la autonomía en el marco de la unidad nacional de los pueblos de España. En todo caso, el interés del proletariado —que constituye ya la mayoría de la población de esas dos regiones españolas— no consiste en levantar nuevos postes fronterizos, creando así pequeños Estados independientes que serían fácilmente engullidos por los tiburones imperialistas.

2º) Una vez que los pueblos catalán, vasco y gallego hayan manifestado libremente su voluntad de obtener la autonomía en el marco de la unidad federativa de los pueblos de España, habría que formular jurídicamente esa autonomía por medio de Estatutos que podrían inspirarse en algunos aspectos en los concedidos por la II República. El margen de autonomía no tendría por qué ser igual para todas las regiones autónomas, sino lógicamente mayor para aquellas que —como Cataluña y Vasconia— tienen unas particularidades nacionales más acusadas. Podrían configurarse también como regiones autónomas incluso algunas que, aun careciendo de peculiaridades nacionales, tengan especiales características geográficas o económicas, como por ejemplo Canarias.

3º) No se puede establecer de antemano cuál debería ser el margen exacto de autonomía regional en la República Popular Española, pero en todo caso deberían ser centralizadas en manos del gobierno central de la República los asuntos militares (no los relativos a la seguridad interna) y las relaciones diplomáticas, así como también la planificación económica y la administración de aquellos medios de producción que hayan sido transformados en propiedad de todo el pueblo (es decir: las empresas nacionalizadas que hayan pertenecido al capital monopolista o extranjero). Los demás asuntos podrían —en una u otra medida— quedar en manos de los gobiernos regionales autónomos.

Al garantizar la planificación y administración centralizadas de todo el país en lo tocante a la economía nacional (fundamentalmente a las finanzas y a la industria), habrá que velar porque se respete plenamente en las regiones autónomas, por lo que respecta al funcionamiento del aparato estatal centralizado que actúe en ellas, la igualdad y el uso indistinto del castellano y del idioma vernáculo y combatir todo abuso que en este sentido pueda herir los sentimientos y derechos de las minorías nacionales.

4º) Los gobiernos regionales autónomos serán elegidos democráticamente por los habitantes de esas regiones, sin imposición del poder central de la República.

5º) Se establecerá una fórmula política de representación de las regiones autónomas, en cuanto tales, en la organización federativa del Estado, a fin de salvaguardar y garantizar las autonomías y derechos de esas regiones en contra de posibles abusos del poder central. Esa fórmula podría consistir por ejemplo en una Junta Interregional

o Consejo de las nacionalidades de la República, en que la representación de las minorías nacionales sería superior a su proporción numérica en la población del país. Dicho organismo sería el encargado de zanjar todo conflicto de atribuciones entre el poder central y los gobiernos regionales autónomos.

6º) Habría que garantizar también a las regiones autónomas que en ningún caso pudieran ser reformados sus Estatutos ni restringida su autonomía sin el consentimiento de sus organismos gubernativos autónomos o de su población a través de referendun. Ello es una prolongación imprescindible del principio de autodeterminación.

La garantía de que los derechos de los pueblos de las diversas nacionalidades españolas no serán pisoteados ni violados estribará en la firme dirección del poder estatal por parte de la clase obrera, en alianza con las otras fuerzas populares. Sólo la existencia de un poder verdaderamente popular y revolucionario, bajo la firme hegemonía de la clase obrera, dirigida por un partido revolucionario, puede salvaguardar las conquistas de la revolución popular y democrática, incluidos los derechos de las minorías nacionales.

7º) Habrá que revisar los límites de las diversas provincias y regiones, con arreglo a la voluntad democrática y libremente expresada de los habitantes de las comarcas limítrofes. De esa manera podrá resolverse el problema de Navarra, algunas de cuyas comarcas pueden desear —a causa del predominio en ellas de la minoría nacional vasca— incorporarse a Vasconia.

8º) La República Popular Española deberá basarse en el principio de la autonomía y del autogobierno local y provincial; este principio deberá regir en todo el territorio nacional. Ello significa que los órganos populares de gobierno provincial deben tener poderes considerablemente más amplios que los de las actuales Diputaciones provinciales y deben ser los encargados de aplicar las disposiciones del gobierno central en sus respectivos territorios, lo que implica, por supuesto, la abolición de los gobernadores civiles y demás entidades y cargos similares. Los órganos populares de poder provincial y local deben ser elegidos democráticamente por los habitantes de la provincia y localidad respectivas, sin intervención alguna de un organismo de gobierno superior. De ese modo, el disfrute de la autonomía no será en modo alguno un privilegio de ciertas regiones, sino un principio general aplicable en todas las provincias españolas, basado en el centralismo democrático. El centralismo democrático no implica, en modo alguno, un Estado unitarista, sino que puede funcionar perfectamente en el marco de una República federativa como la que preconizamos.

9º) Las lenguas catalana, vasca y gallega serán oficiales a todos los efectos, junto con el castellano, en sus respectivas regiones y podrán ser utilizadas oficialmente en todas las esferas de la vida social (relación entre los ciudadanos y la administración pública o los tribunales, periodismo, radiodifusión y televisión, enseñanza etc). La enseñanza se impartirá según la voluntad mayoritaria de los habitantes y de los alumnos y, cuando sea preciso, se establecerán centros de enseñanza bilingüe. Es obvio que los habitantes de esas regiones seguirán aprendiendo voluntariamente el castellano como lengua común de todos los españoles.

En el terreno de la lucha cotidiana y de su actividad entre las masas trabajadoras, el Partido del proletariado español debe popularizar y difundir sus justos planteamientos programáticos; debe poner implacablemente al desnudo todas las manifestaciones de la feroz

opresión nacional del yanqui-franquismo sobre los pueblos catalán, vasco y gallego; debe aplaudir y apoyar toda acción justa antiyanqui y antifascista de las organizaciones nacionalistas burguesas o pequeño-burguesas de esas regiones.

A la vez, debemos propugnar el acercamiento, la amistad y la fusión entre los pueblos catalán, vasco y gallego y los demás pueblos españoles.

Algunos, so pretexto de democratismo y línea de masas mal entendida, pretenden oponerse a las justas aspiraciones nacionales de catalanes, vascos y gallegos, puesto que según ellos la mayoría del pueblo español se opone a esas aspiraciones. Pero esto, además de ser totalmente falso, demuestra un grave error de principio. Si es cierto que mucha gente se opone a esas aspiraciones es porque equivocadamente cree que a lo que aspiran las minorías nacionales es a separarse de España, cosa falsa como ya hemos visto. Ese sector de la población está engañado por la falsa propaganda de la dictadura yanqui-franquista. Pero lo esencial estriba en que el Partido del proletariado no puede marchar a la zaga de las masas, sino educarlas y elevarlas a su propio nivel.

Por otro lado, algunos, con los mismos pretextos, quieren estimular la tendencia particularista e incluso el separatismo y propugnan sin más la independencia estatal para las regiones españolas con particularidades nacionales. Pero a este respecto lo que debemos hacer es demostrar a las masas la inviabilidad y el carácter retrógrado de esa fórmula separatista.

En lo que a la organización de la vanguardia revolucionaria se refiere, hay quien propugna la escisión de la clase obrera española en varias organizaciones o partidos regionales, autónomos o independientes, sin centralización a escala nacional. Evidentemente, se trata de una postura totalmente antileninista. Lenin decía:

Cualquier prédica a favor de la separación de los obreros, cualquier ataque contra la «asimilación marxista» es nacionalismo burgués contra el que se debe llevar a cabo una lucha implacable.

Y eso lo decía Lenin refiriéndose a un Estado como la Rusia zarista, que abarcaba a una multitud de naciones totalmente diversas, unas de otras, sin otro vínculo entre ellas que el de soportar el yugo zarista. Las diversas naciones existentes en el imperio ruso no tenían de común entre sí: ni la lengua (el ruso solo era conocido por una pequeña minoría de la población de las varias decenas de naciones oprimidas de aquel imperio); ni la historia (en general, hacía solo unos cuantos decenios que esas naciones habían sido conquistadas por los zares); ni apenas la economía, ni la cultura, ni el modo de vida.

Como ya hemos visto, en España la situación es justamente contraria, pues se da una unidad de todas esas características, además de la unidad geográfica muy netamente definida. Por ello, lo que Lenin postulaba sobre la unidad de organización del proletariado debe ser aplicado en el caso de nuestro país aún más decidida y firmemente.

Por su parte, Stalin dice a este respecto, demostrando la necesidad de un Partido único y centralizado de la clase obrera dentro de un mismo Estado:

Ya sabemos adónde lleva la delimitación de los obreros por nacionalidades. Disgregación del Partido obrero único, escisión de los sindicatos por nacionalidades, agravación de las fricciones nacionales... Organizándose sobre la base de la nacionalidad, los obreros se encierran en el cascarón nacional, se separan unos de otros por barreras organizativas...

No tiene, pues, nada de extraño que el federalismo nacional en la organización cultive entre los obreros el particularismo nacional.⁵

Con respecto a las fuerzas nacionalistas que realmente adopten una posición antiimperialista y antioligárquica, ya hemos dicho que hace falta atraerlas como aliados de la clase obrera en esta etapa de la revolución y que podrán formar parte del Frente Democrático Nacional Revolucionario, cuando éste se forme. En cuanto al problema de la crítica y discusión pública entre nosotros y esas fuerzas, tal crítica y discusión es útil y conveniente.

No cabe duda de que debe formularse de una manera fraternal y amistosa (pues nuestras contradicciones con esas fuerzas son contradicciones en el seno del pueblo) con la intención de ayudar a esas fuerzas a corregir sus errores y tratando de evitar que la polémica pueda agriarse. Por su lado esas fuerzas tienen el derecho de criticarnos y de discutir con nosotros, a fin de elaborar así conjuntamente, de cara a las masas populares, una plataforma de lucha común contra el imperialismo norteamericano, contra la yanquizada oligarquía financiera y terrateniente y contra su órgano de poder, la dictadura fascista de Franco.

En resumen, nuestra posición es: unión del proletariado de todas las regiones y nacionalidades españolas en un frente único de la clase obrera, bajo la dirección revolucionaria; unión de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas de las diversas nacionalidades del pueblo español en un Frente Democrático Nacional Revolucionario, bajo la hegemonía de la clase obrera y sobre la base de la alianza obrero-campesina; y lucha común contra el yanqui-franquismo, por una República popular y federativa.

⁵. Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*.

Anejo VI

¿Maoísmo en España? El PCEml

Preámbulo

En el marco de su seminario correspondiente al año lectivo 2020-21 (Seminario de Historia Actual: «El comunismo en España: Historia, memoria y culturas políticas»), llevó a cabo el Grupo de Estudios de Historia Actual (GEHA) de la Universidad de Cádiz una segunda sesión el martes 8 de diciembre de 2020.

Consistió en una mesa redonda, por vía telemática, sobre el tema «Maoísmos en España», en la cual participamos: como moderador, Víctor Peña González, investigador y doctorando de dicha Universidad; y como intervinientes: Ignasi Faura (fue dirigente de la OCEBR), Eugenio del Río (lo fue del MCV-MCE), José Sanromá (lo fue de la ORT) y el autor de estas páginas, quien (según lo sabe el lector) fue, de 1964 a 1972, miembro del comité ejecutivo del PCEml.

Estuvo dividido el intercambio en cinco bloques temáticos —que venían a conformar, de algún modo, un cuestionario.

Salió ampliamente a colación la trayectoria de aquellas cuatro organizaciones, si bien —según lo precisaré al final de este Anejo— no era exactamente simultáneo lo recordado por unos y otros, ya que, si bien mi testimonio se refiere al período 1963-72, recalca el primer quinquenio, 1963-68, mientras que el de los demás arranca de 1968 para extenderse hasta los últimos setenta o primeros ochenta.

Además, señalaré en mi conclusión que existieron abismales discrepancias culturales e ideológicas entre, por un lado, el PCEml y, por el otro, las tres organizaciones restantes, mucho más afines entre sí que ninguna de ellas con el PCEml.

Resultó fructífera y estimulante esa mesa redonda. He de agradecerles haberla organizado al catedrático Prof. Dr. Julio Pérez Serrano, líder del GEHA, y a Víctor Peña. Asimismo expreso mi reconocimiento a José Sanromá, Ignasi Faura y Eugenio del Río.

Lo que sigue es un desarrollo y una reelaboración de mis contestaciones a los cinco bloques temáticos. Tengo la impresión de que sirve para aclarar y precisar las posiciones del PCEml en el período en el cual yo fui un dirigente del mismo (aunque me permitiré mínimas alusiones a su trayectoria posterior).

Bloque 1º. ¿Un maoísmo, varios maoísmos?

¿Qué es el maoísmo? ¿Podemos diferenciar entre uno o varios maoísmos? ¿Maoísmo o «prochinismo»?

Hay que distinguir cinco maoísmos, correspondientes a sendas etapas de la actividad política e ideológica de Mao Tse-tung.

El primer maoísmo iría de 1926 a 1949. Son casi cinco lustros, a lo largo de los cuales las ideas de Mao sufren muchísimas transformaciones, de manera más evolutiva que saltuaria. Irán produciéndose tales modificaciones, de un lado, en virtud de cambios políticos

en la realidad china, pero también, de otro lado, en considerable medida, por las alteraciones ideológicas en el movimiento comunista internacional, antes y después de la disolución de la Comintern en 1943.

Ese primer maoísmo es el que podía tener mayor pertinencia para la lucha de partidos revolucionarios en países capitalistas cuandoquiera que éstos se enfrentaran a situaciones que guarden mayor o menor similitud con la de la China de aquel período. (De hecho cuando a mí me incumbió la tarea de escribir la línea política del nuevo PCEml, entre fines de 1964 y el verano de 1965, lo haré tras un hondo y prolijo estudio de los cuatro volúmenes hasta entonces publicados de las Obras de Mao Tse-tung, que —sin ser en absoluto mis únicas fuentes— influyeron decisivamente en toda la construcción ideológica que entonces propuse y que vino aceptada colectivamente.)

El segundo maoísmo es el que va de 1950 a 1960. En la etapa a la que nos referimos (años sesenta y primeros años setenta) pocos escritos de Mao se habían publicado correspondientes a ese decenio de los cincuenta (entre ellos «De la justa manera de resolver las contradicciones en el seno del pueblo» y «¡Que florezcan cien flores! ¡Que compitan cien escuelas!», ambos de orientación aperturista y flexibilizante, redactados en 1957, a raíz del XX congreso del PCUS y, aparentemente, siguiendo su estela, insertos en la misma línea de deshielo (ya esbozada en 1953 —e incluso parcialmente antes, en vida de Stalin). (Desborda nuestro marco recordar que la campaña de las cien flores y de libre crítica a la dirección del PCCh apenas duró unas semanas, tras las cuales vino un brutal cerrojazo.)

Asimismo el PC chino publicó, en ese decenio de los cincuenta, artículos no firmados, posiblemente de la pluma de Mao, especialmente los dos del 5 de abril y del 29 de diciembre de 1956 titulados «Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado» y «Una vez más sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado», posteriormente reinterpretados por la dirección pequinesa como primeras expresiones de su rechazo al revisionismo de Jrushchov.

A tenor de la información de que disponíamos al embarcarnos en la escisión de 1963, pocas particularidades se apreciaban en la política y en la ideología de Mao en ese decenio con relación a la tónica dominante en el campo socialista. A salvo de un estilo propio, oriental, sus posiciones apenas parecían diferir de las de las democracias populares europeas; ni sus aportaciones teóricas de ese período nos resultaban significativas. No niego que, leyendo esos textos con una lente adecuada, podrían saltar mensajes subliminales (son maestros los chinos en el arte de la esteganografía). En 1963 faltábannos las oportunas claves hermenéuticas. Tampoco sabíamos (o no sabía yo) del Gran Salto Adelante más que lo que contaba la propaganda de Radio Pequín (que yo venía escuchando regularmente desde 1958).

El tercer maoísmo va de 1961 a 1965, el período del cisma chino-soviético. Es ése el maoísmo que influyó en el surgimiento del PCEml, ocasionándolo. Sin ser el que guió la elaboración de su línea política —para la cual será mucho más relevante el primer maoísmo—, a este tercer maoísmo le debemos que —coincidiendo, en mucho, con las tesis chinas según se expusieron en esos años— osáramos una ruptura con la dirección del PCE que, de no haber tenido lugar el cisma chino-soviético, seguramente no nos habríamos atrevido a imaginar —ni, menos, a llevar a cabo.

A salvo, nuevamente, de mensajes subliminales, los textos oficiales chinos de ese quinquenio semejabán un retorno a las tesis del movimiento comunista internacional precedentes al XX congreso del PCUS, con una reafirmación pura y simple de los principios del marxismo-leninismo, mas no según había existido en sus orígenes (de 1919 a 1935), sino según la modalidad que adquirió en el VII congreso de la Comintern, por iniciativa de Jorge Dimitrof —habiéndose mantenido, en lo esencial, hasta 1956.

Un cuarto maoísmo es el de la revolución cultural, de 1966 a 1970. Caracterízase por considerar a la URSS un país capitalista y una superpotencia socialimperialista, dejando así de ver al imperialismo yanqui como el principal enemigo de los pueblos.

De hecho en ese cuatrienio prodúcese, no sólo un distanciamiento entre Pequín y Hanoi, sino, más en general, una desbandada de partidos comunistas que, en el precedente quinquenio, se habían alineado con Pequín más que con Moscú; entre ellos, los partidos japonés y norcoreano así como el PC de la India (marxista). (En Europa, el PC belga encabezado por el camarada Jacques Grippa, que era el único de los prochinos no calificable de grupúsculo.)

De todos modos, poco es lo que se publica en esos años con la firma personal de Mao. De ese poco cabe recordar el *dazibao* «¡Bombardeen el cuartel general!» de 5 de agosto de 1966, lanzando a las turbas de mozalbetes (algunos de ellos, soldaditos disfrazados de estudiantes) al asalto de los órganos y locales del partido comunista (una versión de Budapest 1956 sólo que, esta vez, ordenada por el máximo líder de ese mismo partido que él mandó destruir).

El quinto y último maoísmo se extiende desde 1970, no hasta la muerte del Presidente en septiembre de 1976, sino hasta finales de los años ochenta —o quizá hasta 1992. Durante esos cuatro lustros, aproximadamente, la política maoísta es la de considerar como enemigo principal a la URSS, entablando una inconfesa alianza con los EE.UU. y sus protegidos, de Pinochet a Mobutu y Savimbi (así como, a través de éste, la Suráfrica del Apartheid), pasando por los guerrilleros de la fe en Afganistán y Pol Pot (también auspiciado por los yanquis —y por todos los occidentales— tras venir liberada Camboya por las tropas vietnamitas en enero de 1979).

* * *

En lo atinente a la pregunta «¿maoísmo o prochinismo?», la respuesta —por lo que respecta al PCEml— es «Ni lo uno ni lo otro». Nuestro partido jamás se calificó con ninguno de esos rótulos. Éramos comunistas españoles marxistas-leninistas; comunistas históricos. Cierto que nos tildaron de «prochinos», para distinguirnos de los prosoviéticos (inicialmente de quienes abrazaron las tesis de Niquita Jrushchov). Nuestra principal inspiración era la tradición comunista internacional y española anterior al XX congreso del PCUS, o sea de antes de 1956.

Eso sí, como nuestra ruptura con la dirección de D. Santiago Carrillo Solares se produjo con ocasión de la querrela chino-soviética —mostrándonos favorables a las tesis de Pequín frente a las de Moscú—, fuimos denominados «prochinos», sin haber asumido nosotros ese epíteto, que considerábamos peyorativo.

El PCEml nunca se denominó «maoísta». ¿Lo fue? Hasta cierto punto, sí. El primer maoísmo influyó mucho en la elaboración de nuestra línea política, pero no de manera exclusiva (no más que los escritos de Stalin y Dimitrof). Fuimos maoístas en el sentido del tercer maoísmo, en la medida en que nos sirvió de ocasión para romper con Carrillo. Superficialmente el PCEml aparentará ser un partido maoísta, en el sentido de cuarto maoísmo, aproximadamente entre 1966 y 1978; tal postura, además de tener no poco de simulación, jamás fue asumida (salvo a la fuerza y de labios afuera) por todo el inicial núcleo dirigente. Incluso en ese duodécenio, el PCEml fue, en verdad, más stalinista que maoísta.

Bloque 2º. Orígenes e influencias

Matriz de los grupos maoístas en España; el universo comunista (PCE), el obrerismo católico (AST) y el nacionalismo vasco (ETA). ¿Qué otras influencias fueron importantes (Revolución Cultural, Mayo del 68...)?

El PCEml fue una escisión del PCE. Del PCE veníamos los principales ideólogos y dirigentes de los inicios del nuevo partido, lo cual es cierto de cada uno de los cuatro grupos unificados en el otoño de 1964 para integrarse en el naciente PCEml.

Vino ocasionada nuestra ruptura con la dirección del PCE, especialmente, por la publicación de la «Propuesta sobre la línea general del movimiento comunista internacional», el 14 de junio de 1963 en el *Renmin Ribao* de Pequín (usualmente conocida como «Los 25 puntos»).

Al acudir al seminario-asamblea de Arrás en julio de 1963, compré yo en una librería parisina ese texto, que, en los pasillos (entre sesiones formales) leí en voz alta con un número de jóvenes asistentes, surgiendo una corriente de mayor acuerdo con las tesis chinas que con las de Jrushchov —líder del PC soviético hasta su deposición el 14 de octubre de 1964 (o sea hasta después de que todos nosotros hubiéramos abandonado las filas del PCE [siendo especulable si hubiéramos dado ese paso, o no, en el supuesto de que tal destitución hubiera tenido lugar un año antes]).

Esa mayor proximidad a las tesis chinas no significa ni que forzosamente las abrazáramos todas ni, mucho menos aún, que erigiéramos ningún documento chino en un texto oficial de nuestro propio e incipiente partido. Ni siquiera el de los 25 puntos.

Que el enfrentamiento chino-soviético fue la ocasión, más que la causa, de nuestra propia ruptura con D. Santiago Carrillo pruébalo el hecho de que nuestra motivación principal era de índole interna, exclusivamente española: tratábase de nuestra disconformidad con la línea de reconciliación nacional enunciada en 1956, unas semanas después del XX congreso soviético —y, obviamente, como una recepción autóctona de las posiciones de Jrushchov.

Significaba esa línea considerar que la guerra de España era un acontecimiento histórico, al cual había que poner cruz y raya. Lo cual implicaba que ya no se denunciaría al régimen de Franco por ser usurpador e ilegítimo (con ilegitimidad de raíz), por haberse adueñado ilícitamente del poder mediante una sangrienta sublevación armada que triunfó gracias a la intervención extranjera. Prescindíase ahora de esa cuestión de ilegitimidad para oponerse al franquismo, no por su génesis, sino únicamente por su política represiva.

Abriase así la puerta a entenderse con sectores de la oligarquía financiera y terrateniente que estimaran oportuno alterar —al menos en parte— el sistema político entonces existente en España, pero que, naturalmente, habían sido partícipes en la espeluznante destrucción de la legalidad republicana en 1936-39 (y, por consiguiente, no menos cómplices de Hitler y Mussolini) así como en el afianzamiento del régimen surgido de la victoria, con todos sus horrores (la campaña de exterminio de «rojos» de los años cuarenta).

Al rechazar la política de reconciliación nacional, abogábamos nosotros por un retorno al PCE anterior a 1956. Rehusábamos legitimidad al VI congreso (enero de 1960), reivindicando el V congreso (noviembre de 1954). De hecho es asombroso el enorme parecido entre nuestros documentos de 1964-65 y los del V congreso del PCE, con su programa de Frente Nacional antifranquista (o Frente Nacional, a secas), tan próximo, hasta en lo terminológico, a nuestra propuesta de un Frente Democrático Nacional Revolucionario.

¡Qué enorme cercanía entre nuestros textos de 1964-65 y los del PCE de 1954 (el Programa aprobado en el congreso, pero también el discurso que lo propuso, presentado por

Vicente Uribe Galdeano)! No sólo en el contenido, sino también en la forma, en las palabras, en el estilo. (Sin embargo, cuando yo redacté aquellos documentos del PCEml no había leído aún los de 1954, que sólo conocí años más tarde.)

Enfrentábanos también a Carrillo una diversa visión de la lucha antiyanqui. Nuestra postura antiyanqui era patriótica. Igual que lo había sido la del V congreso. Queríamos arrojar de España al imperialismo norteamericano y a sus fuerzas de ocupación. Considerábamos a Franco un testaferro de ese imperialismo, su hombre de paja.

Resultaba inaceptable tal discurso para Carrillo, pues habría imposibilitado los acuerdos a que aspiraba con sectores oligárquicos tan proyanquis como el propio Franco (o quizá más incluso). Conque D. Santiago ciertamente criticaba la presencia de bases estadounidenses en España, pero por el peligro de que, en caso de guerra mundial, cayeran bombas nucleares sobre esas instalaciones, acarreando muerte y desolación de la población española.

La presencia militar estadounidense en España era un tema muy secundario en los textos del equipo de Santiago Carrillo, mientras que, en nuestro posicionamiento, era central y esencial el patriotismo antiyanqui.

Esa veta patriótica (no únicamente antiimperialista) fue una de las señas de identidad del PCEml (igual que lo había sido del PCE entre 1936 y 1956).

Para dilucidar nuestra posición son menester unas precisiones. En *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, escrito en junio de 1916 (en medio de la I Guerra Mundial), Lenin establece una dicotomía entre países imperialistas (y colonialistas), de un lado, y países sojuzgados por el imperialismo, sobreentendiéndose (más que diciéndose expresamente) que se trata de colonias o semicolonias ubicadas en Asia o en África o en la América central y meridional. Entre los países sojuzgados —en ese sentido— no figuran aquellos que sufren anexión forzosa (como Polonia y Finlandia) ni, menos aún, los que —sin ser semicolonias de ese amplísimo espacio geográfico— sufren la opresión de grandes potencias. (Lenin, no obstante, reconoce que, en el particular caso del imperio zarista, queda desvaída la demarcación entre naciones políticamente anexionadas y países sojuzgados en el sentido de una sumisión de tipo colonial.)

Ese esquema binario de Lenin correspondía a la realidad de su tiempo. La evolución político-económica posterior ha complicado las cosas. Ya en los años de la primera posguerra mundial, con el estallido de los grandes imperios de Europa, surgieron estados nominalmente independientes, pero en verdad vasallos de uno u otro imperialismo, en situaciones de sumisión que sólo diferían de las de una semicolonia en cuestión de grado.

En la segunda posguerra mundial irrumpió un nuevo panorama político-económico cuyo análisis requería nuevos matices. Primero por establecerse relaciones de subordinación en el propio campo imperialista (USA sometió a su propia supremacía al Japón y a las potencias colonialistas de Europa occidental). Segundo —y sobre todo— se agravó y extendió el fenómeno de sujeción y dependencia de países nominalmente soberanos, fuera del espacio afroasiático; países que vivían bajo un yugo virtualmente semicolonial.⁶

⁶. Hoy el panorama internacional es todavía muchísimo más complicado, habiéndose producido un estallido de situaciones híbridas, que ha hecho saltar por los aires el binarismo de 1916.

En el amplio espacio afroasiático y latinoamericano han surgido países, con diferentes grados de sujeción, dependencia o subordinación —a veces atenuada— con relación a las grandes potencias imperialistas, pero que, no obstante, son naciones emergentes con su propia política económica expansiva y, a menudo, importantes exportadores de capitales, convirtiéndose a veces en pequeñas o medias potencias industriales que compiten exitosamente con los magnates del Norte.

Tal era el caso de la España de 1954, cuya sumisión al imperialismo yanqui no era igual a la subordinación de Francia o de la Alemania occidental a la hegemonía estadounidense. Los países al norte de los Pirineos eran auténticas potencias —gozando, además, de respetabilidad internacional al estar dotados de sistemas políticos con títulos de legitimidad (la «democracia burguesa»), al paso que la España franquista, hundida en el hambre, la miseria y el subdesarrollo, con una renta nacional por debajo de la de 1936, era un paria en el orden internacional, careciendo de capacidad de regateo. Así las cosas, los pactos hispano-estadounidenses de septiembre de 1953 habían rebajado a la España franquista al rol de un país cuasisemicolonial. Los yanquis eran los amos y nosotros los siervos. Estaban, pues, plenamente justificados el programa del PCE del V congreso y la argumentación a su favor del difunto camarada Vicente Uribe Galdeano.

Nuestra propia visión en 1963/64 continuaba la de Vicente Uribe de dos lustros atrás, acaso subestimando el cambio producido entre ambas fechas, 1954 y 1964. No niego que nuestras tesis fundacionales de 1964 pudieran haber estado parcialmente desfasadas y que posiblemente hubieran sido más atinadas otras formulaciones más matizadas e imaginativas. (En general hoy me pregunto si nuestra concepción de la realidad hispana era demasiado deudora del pasado, incumbiéndome a mí la mayor responsabilidad, toda vez que —pese a mi corta edad— era yo el más adicto a poner, por encima de cualquier otro principio, el de continuidad con el pasado del PCE hasta 1956.)

Matices aparte —y a salvo de enunciaciones más sutiles y mejor elaboradas, que no estuvieron a nuestro alcance—, fue acertada nuestra visión de España como país sojuzgado por el imperialismo yanqui. Pese a la mejora de la economía española entre 1954 y 1964 y sin que fuera óbice el reforzamiento de Franco en la esfera internacional —que le otorgaba una facultad marginal de negociación—,⁷ la sumisión de España a USA (lo que nosotros

Entre esos intensos exportadores de capitales con agresivas empresas concurrenciales figuran la Argentina, el Brasil, Suráfrica, Marruecos, las monarquías de la Península arábiga y el Golfo Pérsico, Turquía, la India, Corea del Sur, la «República de China» (Formosa), Singapur y otros países del sureste asiático —dejando de lado la República Popular China, cuya caracterización socioeconómica suscita vivísimas polémicas entre quienes permanecen adictos a la tradición marxista-leninista o cercanos a la misma.

Hoy la caracterización socioeconómica de un país no puede ser ni binaria ni siquiera lineal, pues es gradual y pluridimensional. Hay que tener en cuenta muchos factores: el PIB, el poder efectivo de control que ejercen los capitales exportados —y no su mero volumen—, el grado de penetración y dominio de la economía interna por capitales foráneos, el potencial negociador en las relaciones bilaterales y multilaterales, el patrimonio en el área de la propiedad industrial y la posesión de grandes firmas propias de nivel internacional en sectores punteros —o la carencia de ese potencial.

Si el PCEml acuñó en los años sesenta el concepto de «país de economía débil», hoy habría que fractalizarlo, apuntando a los múltiples aspectos y grados de la fortaleza y de la debilidad.

⁷. Ese reforzamiento internacional del franquismo se lo había proporcionado Jrushchov, al pactar en Nueva York con los yanquis la SCR (Resolución del Consejo de Seguridad) N° 109, del 14 de diciembre de 1955, por la cual ingresarían en la ONU: por un lado, cuatro integrantes del campo socialista: Albania, Hungría, Rumania y Bulgaria; por el otro: doce estados del «Mundo Libre», a saber: Italia, los regímenes de Franco y Salazar, las seis monarquías de Nepal, Laos, Ceilán, Camboya, Jordania y Libia, más —a título de neutrales— Finlandia, Irlanda y Austria.

De todos esos países, el único que había sido proscrito y excomulgado por la ONU era la España franquista, reconocida en 1946 como aliada del Eje (aunque no beligerante —salvo en el frente oriental, con la División Azul). Entrar en la ONU implicaba lavarse de ese estigma, adquiriendo un estatuto de legalidad jurídico-internacional.

Es bien sabido que causó una fortísima crisis en la cúpula del PCE ese inesperado acaecimiento. Otorgarle aquiescencia implicaba cesar en la concepción del franquismo como régimen írrito e ilegítimo. Opusieron inicialmente a esa modificación política la Pasionaria, Vicente Uribe y la gran mayoría del Buró Político, mientras que por la aceptación de la legalidad franquista abogaron Carrillo, Claudín y Semprún. Unas semanas después, al celebrarse el XX congreso del PCUS, la Pasionaria claudicó. La línea de reconciliación nacional fue un corolario de bendecir la entrada del franquismo en la ONU.

llamamos «la dominación yanqui sobre España») era inconmensurablemente mayor (y esencialmente diversa) de la mera subordinación de Italia, Dinamarca, Holanda o la Alemania Federal.

* * *

En relación con lo anterior, al querer retrotraer nosotros la política y la ideología del partido comunista al período precedente a 1956, reivindicábamos a Stalin, naturalmente, hallando en esa defensa un punto de acuerdo con las tesis chinas.

La Carta de los 25 puntos de junio de 1963 fue contestada por el PCUS. A esa contestación respondieron los chinos con nueve artículos del *Renmin Ribao*. El segundo, «Sobre la cuestión de Stalin» pretendía ser una reivindicación del líder soviético —si bien a mí, personalmente, me dejaron un amargo sabor su célebre fórmula del 70/30 y muchas apreciaciones excesivamente críticas. Aparte de esas matizaciones, al menos en apariencia la dirección china salía por los fueros del legado político-ideológico del camarada Stalin, hallando así nosotros, los grupos que nos unificamos en el PCEml, un terreno fundamental de entendimiento y concordancia con el PC chino. Era un motivo de peso (y hasta quizá el principal) para, en aquella lamentable ruptura chino-soviética, decantarnos del lado chino. (En mi caso personal fue seguramente el elemento decisivo de la controversia).

Asimismo nuestro patriotismo antiyanqui también sintonizaba más con la postura china que con la de Jrushchov. Lo ilustraré con un acontecimiento anecdótico.

Al ser muerto el presidente Kennedy en Dallas el viernes 22 de noviembre de 1963, la prensa soviética —y, en pos de ella, el *Mundo Obrero*— erigieron al difunto en héroe y mártir de la paz, hombre de progreso y de buena voluntad (basándose en su proclama «Hay que tomar al mundo tal y como es» —frase que, con ingenio hermenéutico, da para todo lo que uno guste). Por el contrario, Radio Pequín siguió considerando a Kennedy, vivo o muerto, como cabecilla del imperialismo yanqui.

Jrushchov y Carrillo perdonaron a Kennedy, por haber fallecido: el asesinato de Lumumba; la agresión a Cuba en abril de 1961; el bloqueo armado al mismo país año y medio después (crisis de los misiles, que estuvo a punto de provocar una tercera guerra mundial); el incremento de la intervención estadounidense en Indochina; su intensificación de la carrera armamentística; su intervención armada en la península arábiga; la renovación del pacto militar con Franco en septiembre de 1963 por otro quinquenio; la presión militar en Berlín, que también amenazó con desembocar en una guerra; y muchísimas otras fechorías.

A este respecto hay que traer a colación la 5ª respuesta del CC chino a Jrushchov, publicada en *Renmin Ribao* el martes 19 de noviembre de 1963: «Dos líneas diferentes sobre la cuestión de la guerra y la paz». (Como vemos, faltaban sólo tres días para el magnicidio de Dallas.) Siendo un texto intrincado (típico de las sutilezas chinas), que invita a la glosa interlineal —y careciendo aún nosotros del refinamiento exegético necesario para abordar los textos del lejano oriente—, el meollo que pudimos captar era que, mientras Jrushchov halagaba a los gobernantes norteamericanos (ya lo había venido haciendo desde su viaje a USA en septiembre de 1959), buscando entenderse con ellos a cualquier precio, los chinos se mantenían firmes en que la paz no podía pasar por la capitulación ni por el desmantelamiento del campo socialista. Antes bien, en ese momento la política pequinesa aparecía como un plan para aglutinar a cuantas fuerzas se opusieran a la supremacía mundial del imperialismo yanqui.

En ese marco fue estimulante para nosotros la actitud china de radical y vehemente solidaridad con las luchas antiimperialistas y anticolonialistas en Asia, África y América Latina, luchas de las cuales, a nuestro juicio, formaba parte nuestro propio combate patriótico.

* * *

Otro tema de controversia chino-soviética ligado a la actitud hacia el imperialismo yanqui era el peligro de extinción de la humanidad por una eventual guerra termonuclear. En rigor, tratábase de dos tesis. 1ª Que, de estallar una tercera guerra mundial, ésta podría desembocar en una destrucción de la civilización o, tal vez, incluso en un holocausto de toda la humanidad. 2ª Que, en ese supuesto, produciríase fatalmente una u otra de esas catástrofes.

Esa amenaza de extinción del género humano era la tesis de Jrushchov, naturalmente abrazada también por Santiago Carrillo.

Está claro que, de existir ese peligro (y, más aún, de ser fatal ese desenlace en caso de guerra), resultaba temerario luchar contra el imperialismo yanqui dondequiera que fuera. Dada su belicosidad (ya había declarado Eisenhower en 1955 que no renunciaría a la guerra si el precio a pagar por la paz fuera preservar el *statu quo* mundial),⁸ más valía ceder lo que fuera, renunciar a todo, conceder todo. Era absurdo considerar al imperialismo yanqui como enemigo principal cuando el principal peligro era la desaparición de la humanidad.

Alegaban los chinos que esa tesis jrushchovita contradecía una ley del materialismo histórico: la de que el capitalismo será seguido por el socialismo.

Claro que una cosa es aceptar dicha ley como parte de la visión marxista de la historia (una concepción necesitarista y determinista) y otra dilucidar por qué mecanismos operaría, esquivando un peligro como el de las armas nucleares, bien real. (No le bastaba a un marxista confiar en la Providencia o en la Diosa Fortuna.)

Un corolario de esa ley era que, o bien no se produciría una nueva guerra mundial, o bien no sería termonuclear, o bien, de serlo, no acarrearía una consecuencia tan espantosa como la destrucción de la humanidad. Habría supervivientes que avanzarían hacia la nueva sociedad socialista.

⁸ Tomo los siguientes datos del Office of the Historian, Foreign Service Institute: United States Department of State. (Fuente: Eisenhower Library, Dulles Papers, Strictly Confidential. Secret; Personal and Private.) Carta del secretario de estado de los EE.UU. J. Foster Dulles, al canciller Konrad Adenauer del 15 de agosto de 1955:

The President and I do not consider that the «spirit of Geneva» means acquiescence in the *status quo* [...] The President will, I think, soon speak out on this subject.[...] If it is not possible to make some concrete progress along this line at the October Geneva Conference, then there will be a serious question as to whether «the spirit of Geneva» can be preserved so far as we are concerned.

Ese «espíritu de Ginebra» era un ambiente de distensión a raíz de un encuentro de los máximos gobernantes de «los cuatro grandes» (USA, Reino Unido, Francia y la URSS) en Ginebra en julio de 1955, reunión que no condujo a ningún resultado mas sirvió de propaganda a Jrushchov para afirmar un presunto clima de relajación (como transfondo a la desestalinización que perpetrará unos meses después, al clausurar el XX congreso del PCUS en febrero de 1966).

Foster Dulles agrega en esa carta: «we have, I think, a possibility of getting the unification of Germany as the price they must pay»; o sea: o la URSS abandona a la República Democrática Alemana o, si no, guerra.

En un documento ligeramente posterior Eisenhower declaró:

That is the spirit in which the American delegation went to Geneva. We asserted then — and we shall always hold — that there can be no true peace which involves acceptance of a *status quo* [...] Eagerness to avoid war [...] can produce outright or implicit agreement that injustices and wrongs of the present shall be perpetuated in the future. We must not participate in any such false agreement.

(Citado de *Dwight D. Eisenhower: Containing the public messages, speeches, and statements of the President, January 1 to December 31, 1955*, p. 806; National Archives and Records Service. General Services Administration/934.)

En rigor ni los unos ni los otros podían demostrar su respectiva tesis. Para ser racional, una previsión contrafáctica de esa índole ha de ser científica, siendo dudoso que ninguna combinación de saberes científicos sea tan potente que nos permita hacer cálculos de tal magnitud con altas dosis de verosimilitud.

Lo que sí es seguro es que la tesis de Jrushchov resultaba desmovilizadora y paralizante. ¿Cómo aspirar a que el imperialismo yanqui desalojara España cuando, dada su agresividad, no podía garantizarse que no respondiera desencadenando un conflicto que, por concatenación de efectos, podía acabar siendo una guerra mundial, de ser cierto que eso significaría el fin de la humanidad?

* * *

No podían incidir en la formación de nuestro partido en 1964 los dos acontecimientos posteriores a los que hace referencia la pregunta (la revolución cultural china de 1966-70 y los tumultos de mayo de 1968); ni en la creación del partido ni en la elaboración de su línea política, culminada en 1965 (aunque posteriormente sufrió modificaciones, casi siempre para mal). Ninguno de esos dos hechos fue nunca determinante de nuestra línea política ni de nuestra ideología, si bien —así fuera con la boca chica— tuvimos que apenar con ellos, rindiéndoles mayor o menor tributo verbal (siempre por debajo del exultante entusiasmo maoísta de los partidos prochinos de Europa).

Lo que causaron esos dos hechos fue una división ideológica y política en el comité ejecutivo y el secretariado del PCEml, cuya culminación será el aislamiento de uno de sus miembros fundadores (el autor de estas páginas), que desembocó en su salida del partido en 1972, a lo cual siguió un viraje del PCEml a la ultraizquierda en su I congreso, celebrado en Italia en 1973.

Bloque 3º. El dogma maoísta

*¿Cómo se recibe y se aplica el **corpus** teórico del «pensamiento de Mao Tse-tung»? ¿Por qué se priorizan unas herramientas ideológicas sobre otras? ¿Qué tipo de revolución propugnaban los diferentes partidos maoístas (con o sin etapas y con qué alianzas)?*

En la elaboración de nuestra Línea Política en 1964-65 fue decisivo el estudio de los cuatro tomos hasta entonces publicados de las obras de Mao Tse-tung, que se terminaban en 1949.

De ese estudio los elementos ideológicamente determinantes fueron los ocho siguientes. ¿Por qué esos ocho y no cualesquiera otros? Fueron aquellos que consideramos idóneos para nuestra propia lucha. ¿Con qué criterio lo apreciamos? Al ir leyendo aquellos cuatro volúmenes, en muchas de sus páginas hallábamos ideas sugerentes para nuestra situación —pasándolas, eso sí, por un harnero que separase el grano que nos resultaba útil de lo que, no adaptándose a nuestra propia problemática, era, para nosotros, paja.⁹

⁹. Echando una ojeada a la tabla de materias de los cuatro tomos de las *Obras*, de 1926 a 1949, juzgo que —al menos para mí— resultaron particularmente estimulantes los nueve siguientes ensayos: «Análisis de las clases en la sociedad china», 1926; «Sobre la táctica de lucha contra el imperialismo japonés», 1935; «Las tareas del partido comunista de China en el período de la resistencia al Japón», 1937; «La revolución china y el partido comunista de China», 1939; «Sobre la nueva democracia», 1940; «Problemas tácticos actuales en el frente único antijaponés», 1940; «A propósito de nuestra política», 1940; «Nuestro estudio y la situación actual», 1945 —publicado junto con una «Resolución acerca de algunos problemas de la historia de nuestro partido» del C.C. del PCCh, 20 de abril de 1945; «La situación actual y nuestras tareas», 1947; «Sobre la dictadura democrática popular», 1949.

En cambio, bastantes de los textos allí recopilados nos semejaban alejados de nuestra temática por estar demasiado anclados en las particularidades de la cultura china o de la específica situación del PCCh en su época de lucha contra el Kuomintang.¹⁰

* * *

10.— El método del análisis de clases de la sociedad para distinguir en ella la capa social dominante, por un lado, y, por el otro, el cúmulo de clases y capas dominadas —subdistinguiendo, dentro de cada una, sectores diferenciados en lo social, lo económico y lo político; pero hacerlo aportando datos cuantitativos (por precarios y estimativos que fueran), ya que esa estadística ofrece una pauta orientativa.

En el caso de Mao el acopio de datos se había llevado a cabo mediante encuestas sobre el terreno, o sea trabajo de campo.

En mi propio caso —careciendo de los medios para ese directo acercamiento a los múltiples sectores de la población española—, lo realicé a base de un estudio de fuentes documentales, desde los anuarios del Instituto Nacional de Estadística hasta todas las obras entonces publicadas sobre la economía española (empezando por la de Ramón Tamames, *La estructura económica de España*, y siguiendo por las de Ramiro Campos Normann, Juan Muñoz, Velarde Fuertes y muchos otros economistas burgueses —sin olvidar las valiosísimas aportaciones del camarada andaluz Juan Gómez (Tomás García García, 1911-2004), de quien yo me consideré discípulo, no sólo por la lectura de sus textos, sino, sobre todo, por haberme resultado sus lecciones en el seminario de Arrás de 1963 lo más valioso de aquella experiencia. (Más adelante ampliaré ese estudio de fuentes con la lectura de la prensa económica y de los informes anuales de los grandes bancos.)

A Mao le debo la convicción de que cojea cualquier política marxista-leninista que no se funde en un estudio de las concretas relaciones económico-sociales de la sociedad en la que se pretende llevar a cabo una revolución; un estudio cualitativo, pero también cuantitativo, sin el cual es huera la caracterización de unas u otras clases y capas sociales como amigas o enemigas y, de entre éstas, como formando parte o no del enemigo principal.

Curiosamente tales estudios no habían sido nada frecuentes en la tradición del movimiento comunista internacional ni en la de los diferentes partidos comunistas. (Lenin sí la había emprendido en la Rusia zarista, con su obra de 1899 *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.)¹¹

¹⁰. Dudo que influyeran en nuestras propias elaboraciones doctrinales «Contra el culto a los libros», «Contra el liberalismo en el Partido» o «Contra el estilo de cliché en el partido». (A mí, personalmente, no me gustaron.)

Asimismo, ¿qué interés podían ofrecer para nuestra praxis ensayos como «¿Por qué puede existir el poder rojo en China?» o «Una sola chispa puede incendiar toda la pradera»? Poco o nada nos aportaban sus dos textos filosóficos, «Sobre la práctica» y «Sobre la contradicción», siendo vulgarizaciones adaptadas a la mentalidad y la cultura chinas.

Tampoco sus escritos militares eran pertinentes para nosotros. Es cierto que, en la reescritura de nuestra Línea Política en el Pleno del CC de 1967, se insertó la locución de «una guerra popular prolongada»; un préstamo verbal, no genuino, pues jamás el PCEml dedicó empeño ni esfuerzo alguno a preparar o planear semejante guerra, careciendo por completo de medios humanos o materiales para ello y, además, faltando en nuestro país, en los años sesenta y setenta, condiciones para tamaña empresa bélica. (Ni siquiera creo que —aparte de esa frase ritual de la Línea Política— viniera consagrado ni un solo escrito a desarrollar tal idea.)

¹¹. De ese arduo estudio extrajo Lenin múltiples consideraciones esparcidas en sus escritos sobre la revolución de 1905 y sobre las tareas del partido del proletariado ruso tras la derrota de dicha revolución. No enunciaba sus tesis y proclamas a bulto, sino teniendo en cuenta el detalle de la estructura de clases en la sociedad rusa.

Burlóse de mi análisis (en 1970) un pequeño partido, desgajado del PCE(I), el partido comunista de España (internacionalista) (alias «los istas»), calificándolo de cartesiano por sus tajantes líneas de demarcación.¹²

Tratábase de una objeción irrazonable, puesto que esas delimitaciones eran guías tentativas y aproximadas, debiendo aplicarse con elasticidad y sin desconocer lo gradual de tales bordes. Siendo fácil criticar, más difícil es proponer alternativas. Que yo sepa, no las hubo. Nadie más, al defender una determinada estrategia de clases, se dignó elaborar un estudio cuantitativo de esas clases (por rudimentario y provisional que fuera). En eso —hasta donde alcanza mi conocimiento— las organizaciones que se titularon «maoístas» no siguieron la enseñanza de Mao.

* * *

2º.— La determinación de las etapas de la revolución. Al retomar nosotros la política del PCE del V congreso, considerábamos que nuestra revolución era democrático-nacional, antioligárquica y antiimperialista (si bien nuestras formulaciones se apartaron de las de 1954, soslayando el hincapié en los vestigios feudales o semif feudales del agro español, mucho más desvanecidos en 1964 que dos lustros atrás).

No era nuestra revolución igual a la china, porque España era un país sojuzgado de economía débil, mas no una semicolonias cuasifeudal y esencialmente rural, como lo había sido la China de 1920-1950. No era óbice tal diferencia para una parcial similitud, que nos permitía inspirarnos (hasta cierto punto) en las lecciones chinas para abordar nuestros propios problemas.

Ahora bien, al señalar y enfatizar la influencia de las *Obras* de Mao Tse-tung para nuestra caracterización de la revolución española que debíamos emprender, es imprescindible poner de relieve que, lejos de estar aislada tal influencia, empalmaba con el estudio de los textos de Lenin en torno a la revolución rusa de 1905, pero, sobre todo, con los de Dimitrof.

No caíamos en la ilusión de confundir la España de 1964 con la Rusia de 1904 (ni con la China de los años treinta o cuarenta), pero percibíamos algunos parecidos que se les escaparon a quienes únicamente razonaban con esquemas binarios.

La España de 1964 no era ya un país feudal ni semifeudal, pero desde luego no era un país económicamente avanzado de democracia burguesa. Un latifundismo legado por la descomposición del régimen feudal dábale la mano con un capitalismo financiero poco industrializado y dependiente del capital foráneo.

En esa particular estructura económica, sufría España un régimen político fascista, totalitario. Certeramente había caracterizado al fascismo el camarada Dimitrof como un sistema político radicalmente diferente de la democracia burguesa, un poder terrorista de los sectores más reaccionarios del capital financiero.

Si bien Dimitrof no llevó a término su análisis, está implícito en él un enfoque que rebasa los previos esquemas marxistas. Para Marx y Engels (incluso para Lenin) el poder de

Parecen prescindir de ese canon metodológico sus escritos del período posterior —el de la I guerra mundial—, quizá porque la guerra había trastornado tan hondamente toda la estructura socio-económica rusa que —a su juicio— las nuevas condiciones hacían obsoleto el planteamiento anterior, poniendo en el orden del día la inmediata toma del poder por el proletariado —según lo propondrá en sus célebres Tesis de abril de 1917.

¹². V. «Vanguardia obrera o la política del tendero en el seno del proletariado», <http://eroj.org/aj/index.htm#PCEi>.

la burguesía es (por antonomasia) la democracia burguesa, a la cual sucederá la dictadura del proletariado.

Percátase Dimitrof de que en el capitalismo puede producirse una involución, que es el fascismo, mediante el cual monopoliza el poder un determinado sector del capital financiero, destruyendo el sistema político de la democracia burguesa. Crea condiciones tal destrucción para una convergencia entre el proletariado y un amplio abanico de clases y capas sociales interesadas en poner fin a ese poder totalitario; lo cual sienta las premisas para una revolución democrática antifascista —que no deja de guardar alguna similitud con la vieja revolución democrático-burguesa.

* * *

3º.— La revolución por etapas. Estábamos en la etapa de la revolución democrático-nacional a la cual seguiría la de la revolución socialista, transitándose gradualmente de la una a la otra. Clara semejanza con los planteamientos de Mao para China en los años treinta y cuarenta.

Insisto, no obstante, en que esa visión de las dos etapas consecutivas de nuestra revolución no se basaba en ningún calco de lo diseñado por Mao Tse-tung varios lustros atrás (ni, menos aún, un «calco mecánico»), sino en un hondo y documentado estudio de la realidad socio-económica de España y en otras enseñanzas doctrinales, particularmente las de Dimitrof.

Entre las sucesivas etapas media un proceso (no un salto súbito). La estrategia revolucionaria fija los fines y medios de lucha válidos para una etapa; la táctica, los convenientes para una particular coyuntura dentro de la etapa.

* * *

4º.— Nueva democracia. Igual que en los años cuarenta Mao diseñaba un proyecto de amplia democracia pluripartidista de todo el pueblo como meta de la revolución antiimperialista, también nosotros —de nuevo ateniéndonos a las tesis del V congreso del PCE de 1954— pregonábamos para España una república popular con libertades democráticas y libre elección popular de los órganos del poder político. No propugnábamos una dictadura del proletariado ni una economía socialista.

Evidentemente, el remoto origen de la teoría de Mao Tse-tung de la nueva democracia es la concepción de Lenin de la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos, o sea un poder compartido por dos clases sociales muy diversas e incluso, a la larga, potencialmente antagónicas (ya que, según lo recalca Lenin, el campesinado es esencial y consustancialmente adicto a la propiedad privada y a la economía de mercado).

Fue ferozmente atacado por los oponentes nuestro programa democrático de respeto a los derechos humanos y las libertades políticas, de pluripartidismo y de economía mixta.¹³ Estimaban nuestros críticos que no debíamos leer lo escrito por Mao Tse-tung en los años cuarenta, sino tomar como modelo aquello que efectivamente se hacía en China bajo la revolución cultural, o sea: nada de libertades, nada de poder compartido, nada de pluripartidismo, nada de economía mixta.¹⁴

¹³. V. el arriba citado documento del PCE(i).

¹⁴. No sé en qué medida podían asumir tales posturas otras organizaciones que se conceptuaron maoístas.

* * *

5º.— Concepto maoísta del pueblo como la suma de todas las clases y capas sociales objetivamente interesadas en el triunfo de la revolución en la etapa actual; por lo cual el pueblo de la etapa de la revolución democrática no es el mismo que el de la etapa de la revolución socialista.

* * *

6º.— Carácter no antagónico de las contradicciones en el seno del pueblo, por lo cual la violencia únicamente es lícita contra los enemigos del pueblo. Dada la etapa democrático-nacional de nuestra revolución, sólo era permisible la violencia contra la oligarquía financiero-terrateniente y contra el imperialismo yanqui.

* * *

7º.— Concepto de *enemigo principal*. Tanto en el plano interno cuanto en el externo había que hincar una cuña entre los enemigos secundarios y el principal, para aislarlo hasta donde resultara posible. Así, concretamente, si bien el franquismo estaba aliado a imperialismos como el francés, el alemán y el británico, era forzoso centrar los ataques únicamente en el norteamericano, con muchísimo el preponderante. (Incluso resultaba preferible en nuestra propaganda no mencionar siquiera los intereses en España de esos otros imperialismos.)

* * *

8º.— Una idea ética: el deber de servir al pueblo. Era tarea del partido, mas también de cada dirigente, cuadro y militante de base, impregnarse de ese espíritu ético del servicio al pueblo. Servir al pueblo implica, sin duda, amarlo, pero, más aún, estar dispuesto a sacrificar aspiraciones propias en beneficio de las amplias masas, anteponiendo esa máxima de conducta a cualquier otra.

Difería significativamente esa moral de la de la tradición marxista, que únicamente encarnaba una conciencia de clase proletaria con un planteamiento no enderezado a la conciencia ética del militante; un planteamiento utilitarista agregativo, que se resumía en una frase de Lenin: es bueno lo que beneficia a la revolución proletaria.

Bloque 4º. Unidad y diferencia de los maoístas españoles

¿Cuál era la visión sobre la reconstrucción del Partido? ¿Cuáles fueron los obstáculos para impedir la unidad? ¿Por qué las unificaciones fueron siempre por fusión/absorción?

Nuestra visión era la de que el partido del proletariado español era el PCE, que, al romper con el equipo de D. Santiago Carrillo, habíamos reconstituido unos militantes, con ocasión de la disputa chino-soviética de 1963, prefiriendo las tesis chinas y repudiando a Jrushchov; militantes que, inicialmente dispersos en cuatro grupos, nos habíamos unificado, para restaurar el PCE en octubre-diciembre de 1964 (ahora, ciertamente, agregando el calificativo de «marxista-leninista», entre paréntesis, no porque estableciéramos así un partido nuevo, sino porque continuábamos el histórico, empalmando con el que existía al encaramarse Carrillo a la dirección en 1956).

Que el PCEml fuera poco numeroso no lo ignorábamos, pero también en sus orígenes otros muchos partidos comunistas se habían creado con escasos centenares de afiliados —algunos de ellos apenas con unas cuantas decenas.

Lo que sucede es que el PCEml no creció. Cuando, a fines de 1969, absorbió a la UML (Unión de comunistas marxistas-leninistas) contaba con una militancia más reducida de la que había tenido en el momento de su formación en el otoño de 1964.

La integración de la UML en el PCEml fue realizada por libre voluntad de esa organización, sin haber venido previamente solicitada ni invitada por nosotros. Ciertamente que esa decisión colectiva suya vino precedida de un largo proceso de intercambio y acercamiento —que, por parte del PCEml, me incumbió personalmente a mí—. Sin embargo, en el desenlace de esa paulatina confluencia no intervino, por el PCEml, absolutamente ninguna presión, ni siquiera exhortación. Habíase tratado de una dilatada serie de conversaciones, en clima amistoso y fraternal, que persuadieron a los dirigentes de la UML de la rectitud de nuestra línea política y de nuestras intenciones revolucionarias. (Aun así, fue menester vencer una resistencia dentro de la dirección de nuestro partido que, en el último minuto, intentó torpedear ese ingreso colectivo.)

Dentro de la dirección del PCEml surgió, entre 1970 y 1972, una honda y áspera discrepancia sobre qué actitud adoptar para con organizaciones políticas que se profesaran marxistas-leninistas al margen de nuestro partido; no sólo las de orientación prochina —cual era el caso del MCV, *Komunistak*—, sino también las prosoviéticas.¹⁵

Pensábamos unos (o pensaba uno, que era yo) que, por legítimo que fuera nuestro partido, por genuina que fuera nuestra credencial de constituir el partido del proletariado español, había una gran variabilidad en la maduración de las condiciones objetivas y subjetivas que determinan la concienciación de unos u otros en momentos no simultáneos (ley

¹⁵. Mi actitud conciliadora y fraternal para con los amigos del MCV-*Komunistak* obedecía a una posición de principio opuesta a cualquier sectarismo, pero en absoluto a que me sintiera yo cercano a sus tesis. Ya me repelía su origen en el irredentismo euscaldún, si bien trataba de apreciar los meritorios esfuerzos de algunos de sus líderes por deshacerse de ese pesado lastre. Lo peor era su maóismo llevado a extremos que en nuestro partido nunca se alcanzaron. Aduzco el ejemplo de la guerra de liberación de Bangladesh.

Es bien sabido que el Paquistán fue un artificial producto del colonialismo británico, con su lema *divide y vencerás*. A lo largo de los últimos decenios de la dominación inglesa en el Hindostán, los colonialistas británicos practicaron la política de enfrentar a la minoría musulmana con la mayoría hindú, frustrando así la unidad patriótica. Así lograron aplazar la independencia hasta 1947 —e incluso entonces sólo la concedieron a una parte; el resto, segregado, con mayoría musulmana, fue denominado «Pakistán» (un acrónimo: «p» por Punjab, «a» por Afganistán y «k» por Kachemira —sólo que ni Cachemira ni el Afganistán ingresarán en ese engendro, que tampoco abarcará todo el Punjab).

Ese pseudoestado fue una monarquía o dominio de la Corona británica hasta 1956. Ha vivido la mayor parte de su convulsa existencia política bajo tiranías militares.

Hasta 1971 estaba formado por dos partes separadas por miles de kilómetros: el Paquistán oriental, mayoritario, y el occidental. Eran étnica y lingüísticamente diversos. En el occidental predominaba el urdu (que, en el fondo, viene a ser lo mismo que el hindi, la lengua oficial de la India), mientras que en el oriental casi toda la población era de lengua bengalí (también hablada en Bengala occidental, en la India).

Estado ultrarreaccionario y proyanqui a más no poder, el Paquistán había concluido con China un pacto, que aún perdura, por su común hostilidad a la India.

El 7 de diciembre de 1970 el dictador militar, Yahya Jan, organiza las primeras y últimas elecciones libres del Paquistán, ganándolas: en el Paquistán oriental, la Liga Awami del Jeque Mujibur Rahmán; en el occidental, el partido popular de Zulficar Alí Bhutto. Celebróse una estéril entrevista entre ambos líderes. Ante ese fracaso, la tiranía militar desencadenó en marzo de 1971 una masacre en el Paquistán oriental (estímase la matanza en medio millón de habitantes), lo cual provocó una insurrección general, la intervención militar de la India y, de resultas, la secesión, creándose la nueva nación de Bangladesh.

Nuestra propia posición sólo podía ser de simpatía con los insurrectos bengalíes contra el verdugo proimperialista, general Yahya Jan.

Nuestros amigos del MCV-*Komunistak*, en cambio, asumiendo sin matiz ni reserva la posición china, postularon una política «de unidad y de lucha con Yahya Jan»; o sea, secundaron el exterminio de la población bengalí.

del desarrollo desigual). Por lo cual resultaba preceptivo adoptar par con unos y otras actitudes de concordia y eventualmente de integración, en la cual intentaríamos salvar la continuidad de nuestras siglas y de nuestras señas de identidad, sin cerrarnos en banda, sin erigir tan legítimas pretensiones en una condición *sine qua non*, sin rehusar la discusión. Todavía más abiertos habríamos de estar a la posibilidad de reconfigurar la composición del núcleo dirigente, incorporando al mismo a los camaradas más destacados de organizaciones afines, en el supuesto de que llegáramos a un entendimiento ideológico suficientemente amplio —no forzosamente en todos los puntos, pudiendo quedar, p.ej., cuestiones de táctica pendientes de ulterior discusión en el seno de una organización unificada.

Vino tajantemente rechazada esa postura mía por la mayoría de la dirección del PCEml, la cual sostuvo, antes bien, una actitud de intransigente y ultrancista ataque verbal contra cualesquiera organizaciones potencialmente competidoras con la nuestra. Si mi lema era el de que quienes no están contra nosotros están con nosotros, la postura de la mayoría (encabezada por D^a Helena Ódena) fue la de que quienes no están con nosotros están contra nosotros. (Y, según lo expresó el difunto camarada Ángel Campillo —en la conversación que tuvimos el 15 de febrero de 2010— la postura mayoritaria fue la de exigir, no sólo que estuvieran con nosotros, sino que «entraran de rodillas» en nuestro partido.)

No se me ocultaba a mí, claro está, que, a la hora de reclutar afiliados o simpatizantes, podía hacernos alguna competencia el auge de una organización autodenominada marxista-leninista al margen del PCEml; juzgaba empero que era secundaria tal concurrencia, mientras que esas organizaciones hacían más daño al franquismo, al imperialismo yanqui y al carrilismo —entre otras razones porque a menudo nos dirigíamos a un público diverso, ya que solían surgir y florecer en medios a los cuales no habíamos conseguido acceder nosotros.

Conque, salvo con la UML, no hubo convergencia con ninguna otra organización —exceptuando el ingreso individual de algunos disidentes.

Bloque 5º. La conexión internacional

¿Qué relaciones se mantuvieron con partidos hermanos de otros países? ¿De qué manera los países socialistas «rectores» condicionaban las relaciones entre partidos? ¿Cuándo deja de ser China una referencia?

En sus primeros años (de 1964 a 1967 aproximadamente) nuestro partido tuvo frecuentes contactos con revolucionarios de Iberoamérica (Colombia, República Dominicana, Venezuela, Perú, Chile y Brasil), mas nunca se concretaron en nada permanente.

El líder fáctico de nuestro partido en los 16 meses que van de diciembre de 1964 a abril de 1966 fue el camarada Paulino García Moya, muy empeñado en crear un órgano de enlace de los emeeles iberoamericanos. Tal proyecto no sobrevivió a su caída. (La camarada Helena Ódena opinaba que España no era un país iberoamericano; España —decía— es España, no el vigésimosegundo país de ese espacio transatlántico.)

En diversos viajes a Pequín y Tirana tuvimos conversaciones esporádicas con comunistas de Ceilán, Indonesia, Vietnam, Nueva Zelanda y algún otro país, pero, de nuevo, sin continuidad. (La más cordial de aquellas entrevistas fue la que celebramos con los camaradas de Ceilán [hoy Sri Lanka] —no sé si por la pasada presencia portuguesa en la isla, en virtud de la cual abundan en ella los apellidos lusos.)

Con varios grupos o partidos prochinos de Europa tuvimos ocasionales relaciones, siempre superficiales, con la única excepción del íntimo vínculo de hermandad y honda

camaradería que nos ligó al PC belga encabezado por el camarada Jaques Grippa entre 1964 y 1967, cuando viene excomulgado, no sólo por China sino también por Albania por oponerse a la malhadada «revolución cultural». Guardo un emotivo recuerdo de mis visitas al domicilio de Grippa, hallando siempre en él y en su esposa Madeleine un espíritu de compenetración, seguramente porque dicho camarada, habiendo dirigido la resistencia armada contra los ocupantes alemanes durante la II guerra mundial, sentía en su corazón, como propia, la causa antifascista del pueblo español.

Otra excepción es la de Nils Andersson, un editor oficialmente sueco, pero en realidad suizo, nacido en Lausana (cantón de Vaud), con quien siempre tuvimos una cercanía rayana en la amistad. Lamentablemente el gobierno helvético lo expulsó en 1966, instalándose en el país de su pasaporte, Suecia, sin que se levantara tal proscripción hasta cuatro lustros después.

Con los demás de Europa la relación fue de cortesía. España no era Europa; ni los europeos, por muy marxistas-leninistas que se proclamaran, entendían las peculiaridades de la lucha revolucionaria en nuestra Patria. Pertenecíamos a mundos distintos. (Anecdóticamente podría recordar una entrevista bastante amena con el camarada Fosco Dinucci, en su casa de Livorno, en 1967. Tampoco esa charla condujo al establecimiento de ninguna relación continuada; menos aún de una colaboración.) Siendo partidos u organizaciones legales —que actuaban en condiciones de holgura y seguridad—, nunca nos ayudaron. No congeniábamos.¹⁶

China sólo trató de imponernos una «autocrítica» por la política del PCE durante la guerra de España, a sabiendas de que ésta la había fijado, no el débil equipo dirigente hispano —de bajísimo nivel teórico y reducidísima capacidad político-ideológica—, sino, en Moscú, el triunvirato Stalin-Manuilski-Dimitrof, viniendo elaborada en sus detalles sobre el terreno por los tres agentes del Comintern en nuestro país: Victorio Codovila, Moreno (el búlgaro Stepanof) y Palmiro Togliatti.

El hecho es que Mao odiaba a todo ese equipo dirigente de la Comintern por una larga serie de motivos. Según lo ha revelado en su biografía Alexander V. Pantsov (con pruebas documentales de archivo), Mao no fue un cuasidesconocido en Moscú, a pesar de que no salió de China hasta diciembre de 1949. Ya en los años veinte, cuando las sucesivas e inestables direcciones del PCCh querían liquidar política y acaso biológicamente a Mao, movíanse hilos desde la cúpula del Comintern a su favor, del que nunca careció del todo.¹⁷

Sin embargo, esos altos círculos cominternianos preferían a Wang Ming, un inveterado rival de Mao. Incluso hoy conocemos una correspondencia entre Dimitrof y Mao —después de haberse disuelto la Comintern en 1943— en la cual el búlgaro defiende a Wang Ming, a quien Mao considera un «elemento podrido». Dimitrof censura duramente a Kang Sheng, mano izquierda de Mao para el trabajo sucio.

¹⁶. De todos modos, esa nula sintonía no sólo vino causada por el enorme distanciamiento espiritual entre nuestra lucha y la actividad de organizaciones surgidas en el marco de la democracia burguesa europea y en el ambiente ultrazquierdista de los locos años sesenta (con los excesos del mayo francés de 1968 y el descerebrado entusiasmo por la revolución cultural maoísta). También nosotros éramos escasamente proclives a compartir sus ideales y experiencias, además de que, seguramente, faltábanos habilidad para hacerlos partícipes de nuestro combate patriótico y antifascista. Éramos, en verdad, muy nuestros, muy españolistas, a salvo de una adhesión teórica —más nominal que real— al internacionalismo. Lo que nos importaba era España, el pueblo español.

¹⁷. V. Alexander Pantsov, *Mao: The Real Story*, Simon Schuster, 2012, ISBN 9781451654479.

Estaba claro que los chinos pretendían vengarse de Stalin y de toda la cúpula cominterniana de los años treinta a través de esa presunta «autocrítica» de los comunistas españoles. (Una autocrítica que habría sido llevada a cabo por militantes que entonces o no habían nacido o eran niños —a lo sumo adolescentes—, no habiendo podido tener participación alguna en aquellos hechos.)

Mientras yo estuve en la dirección del PCEml (o sea, hasta mayo de 1972) se desestimó esa presión china. Sólo más tarde (en 1974) —accediendo a lo que los chinos llevaban pidiéndonos desde 1965— publicará el PCEml un opúsculo «autocrítico», *La guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra el fascismo: Análisis crítico*.

Por lo demás a la dirección del PCCh no pareció nunca interesarle la lucha revolucionaria de los españoles. España no entraba para nada en la esfera de sus preocupaciones. Dada la deriva de la política tardomaoísta, es perfectamente comprensible que, a fines de 1972, se pacte el mutuo reconocimiento diplomático de los regímenes de Pequín y Madrid, plasmado en el intercambio de embajadores unos meses después.

En lo atinente a los camaradas albaneses, saqué —de mis cuatro viajes a Tirana— la impresión de que no les gustaba mucho nuestra política de alianzas. No ha de olvidarse que el PC albanés se había constituido en 1941 bajo la égida del mariscal Tito y que hasta 1948 dependió de las directrices yugoslavas. Ahora bien, la política del PC yugoslavo siempre fue ultraizquierdista —y, por ello, severamente criticada por Stalin—, con el lema de no llegar a compromiso alguno con los capitalistas (de lo cual se ufanaban los folletos albaneses que pudimos consultar en aquellos años sesenta y que no nos atrajeron nada).

En particular, en una ocasión, criticaron que en nuestra política de reforma agraria dijéramos que respetaríamos las propiedades agrarias de menos de cien hectáreas. (Inicialmente en mi propia redacción el límite había sido de 300 has.; ante el clamor de protesta, hubo que bajar a 200; y, en la reformulación de 1967, a 100 —aunque yo secretamente seguía pensando que —para la etapa de la revolución democrático-nacional— era más correcto el límite de 300 has.)

De nuevo he de decir que, mientras yo permanecí en la dirección del PCEml, se hizo caso omiso a ese consejo de los camaradas albaneses; pero, en cuanto me marché, se cambió el programa (en el I congreso, celebrado en Italia en 1973), eliminándose ese tope (lo cual abría la confiscabilidad de cualesquiera explotaciones agrícolas —mala base para la alianza obrero-campesina [salvo que se entendiera por «campesinos» a los proletarios rurales, o sea los braceros o jornaleros agrarios]).

A pesar de que los albaneses pudieran ver con algún recelo ciertos aspectos de nuestro programa y de nuestra línea política, las relaciones con ellos siempre fueron buenas. Nada tiene de extraño que, al producirse la ruptura chino-albanesa de 1978, el PCEml repudiara el pensamiento de Mao Tse-tung para alinearse con Tirana. Tengo entendido, empero, que la luna de miel se interrumpió en 1981, al tener lugar el suicidio de Mehmet Shehu, muy apreciado por los españoles por haber sido un combatiente de las Brigadas Internacionales.

Conclusión

Conozco mal a los otros grupos que se denominaron —o fueron denominados— «maoístas». Cuando (en los años finales de mi militancia, entre 1968 y 1972) fui secretario de documentación del PCEml, pasaron por mis manos centenares de textos de diverso origen —sin duda unos cuantos de ellos producidos por esos grupos. (No recuerdo haber leído nada

de la ORT; ni siquiera estoy seguro de haber sabido de tal organización nada más que su procedencia de la AST.)

Sí leí no pocos textos del MCV, con respecto al cual hice —infructuosamente— cuanto estuvo en mi mano por llegar a una fusión.

La política que yo recomendé a mis camaradas de la dirección del PCEml fue la de coexistencia pacífica: por mucho que discrepáramos de cualesquiera grupos que se formaran en posiciones revolucionarias, abstenernos de polemizar con ellos, a fin de centrar el fuego de nuestra lucha ideológica en el equipo de D. Santiago Carrillo, única y exclusivamente.

No se siguió mi consejo, aunque al menos evité la polémica mientras yo permanecí en el partido.

Ahora, mirándolo retrospectivamente (a la luz de lo que he ido sabiendo después —que no es mucho— y del propio desarrollo de esta sesión telemática del seminario), pienso que al PCEml lo separaba un abismo doctrinal de las otras formaciones maoístas o prochinas.

Me han reprochado mis detractores haberme opuesto, en su día, a la polémica pública contra esas organizaciones porque presuntamente mis tesis habrían estado entonces próximas a las suyas. ¡Todo lo contrario! Si ya, en general, el PCEml estaba ideológica y culturalmente distanciado de las corrientes doctrinales y del estilo que parecían impregnar a esas otras organizaciones, más alejadas todavía de todo ese tardomaoísmo hallábanse mis posturas personales.

Sólo el PCEml había sido una escisión del PCE. El MCV y la ORT tenían orígenes ajenos a la tradición comunista. La OCE-BR fue, en su génesis, un desgajamiento del PSUC. Ahora bien, entre el PCE y el PSUC jamás hubo mismidad ni auténtica comunidad partidaria. El PSUC había surgido precipitadamente en julio de 1936 por improvisada fusión de cuatro partidos o ramas regionales. En la mayoría de su militancia y dirigencia prevalecieron elementos no comunistas —por mucho que, en el devenir de los acontecimientos políticos y por una concatenación de circunstancias, el PSUC ingresara en el Comintern y superficialmente se bolchevizara. Su cultura político-ideológica jamás fue la del PCE. (Yo me percaté de ello en el seminario-asamblea de Arrás en el verano de 1963.)

Es más, en los orígenes doctrinales de *Bandera roja* hubo una mezcla de influencias toglattianas y maoístas, en difícil conjugación.

Las organizaciones maoístas (o calificadas de tales) abrazan la figura de Mao justamente con motivo de la revolución cultural, o sea en el momento preciso en que yo me siento quebrantado en mi adhesión a la política china (por mi cercanía a las tesis de Jaques Grippa). Mis camaradas de la dirección pudieron no compartir mis recelos, pero su entusiasmo por la revolución cultural no fue tampoco ni del todo sincero ni hondamente arraigado en su fuero interno. Alabar a la RC era un precio a pagar para no aislarnos.

La esencial discrepancia entre el PCEml y los demás es que —según yalo he señalado múltiples veces, pero nunca las suficientes— nosotros éramos, ante todo, comunistas históricos, stalinistas, continuadores del PCE anterior al ascenso de Carrillo y a la línea de reconciliación nacional. Ése era el blanco de nuestros ataques ideológicos. No censurábamos a Carrillo meramente por su reformismo, sino, sobre todo, por su aceptación de la legalidad franquista que abría la puerta a componendas con fuerzas del Movimiento Nacional deseosas de una maniobra neofranquista.

Bañada estaba nuestra cultura en la lectura de textos de Stalin, de Dimitrof, del PCE y el PCUS de antes de 1956. Textos como el Informe de Dimitrof ante el VII congreso de la

Comintern en 1935, el Discurso de Stalin proponiendo la Constitución soviética de 1936, su último ensayo *Los problemas económicos del socialismo en la URSS* y los múltiples escritos de la polémica antitrosquista. ¿Influyó alguno de tales textos en la formación de las organizaciones maoístas? Lo dudo.

A salvo de que, por escaso conocimiento, puedan estar parcialmente infundadas mis apreciaciones, entiendo que entre el PCEml y los demás mediaban, en concreto, siete divergencias fundamentales.

1ª.— El posicionamiento sobre la ilegitimidad del régimen.

2ª.— El patriotismo antiyanqui, la concepción de España como un país oprimido, sojuzgado y dominado por el imperialismo norteamericano, lo cual entrañaba que la revolución planteada era, no sólo democrática, sino también nacional, patriótica, por la independencia y la soberanía de España.

3ª.— La defensa de Stalin (al menos en términos rotundos y vigorosos).

4ª.— Las relaciones con Albania (que, en el PCEml, condujeron, al producirse la ruptura chino-albanesa en 1978, a alinearse con Enver Hoxha).

5ª.— La defensa de la legalidad republicana (no siempre muy bien asumida en la propia dirección del PCEml, pero seguramente mucho menos en las demás, para las cuales no parece haber sido una prioridad la cuestión de la forma de gobierno).

6ª.— La lucha ideológica contra el trosquismo.

7ª.— La elaboración de una estrategia política que analizara las etapas de la revolución española sobre la base de un estudio cuantitativo y cualitativo de la estructura de clases de la sociedad española.

Desde luego cada una de esas siete discrepancias merecería una atención más matizada, porque ni el PCEml ni los demás permanecieron inalterados entre 1968 y 1979.

No creo que fuera casual que, en el plebiscito del 6 de diciembre de 1978 sobre el proyecto constitucional elaborado en las cortes bicamerales borbónicas (con un senado de quinto regío), únicamente el PCEml llamara a votar «No», mientras que la OCE-BR preconizó el retraimiento y la ORT preconizó el voto afirmativo.

No resultaría acertado retrotraer ese desacuerdo —que podría haber sido meramente táctico y coyuntural— a todo el período transcurrido desde 1968, pero tampoco pienso que fuera un fortuito desencuentro, sino más bien la desembocadura de hondísimas y enraizadas disparidades de cultura y de visión políticas.

* * *

He efectuado esta comparación contrastiva con un ánimo de amistosa cordialidad, movido exclusivamente por la intención de aclarar los hechos, a fin de que el lector tenga una representación verídica de lo que fueron aquellas corrientes de opinión y de actividad política. Si ya en aquellos lejanos años deseaba yo obviar la disputa y —en lo que de nosotros dependiera— adoptar una actitud fraternal para con las otras organizaciones revolucionarias, poco sentido tendría hoy, medio siglo después, revivir aquellas discrepancias con espíritu polémico o vindicativo.

Posfacio

Cambio y continuidad en mi alineamiento político-ideológico (1960-2020)

Han transcurrido doce lustros desde el inicio de mis estudios universitarios. En el verano de 1960 yo no era marxista, aunque ya había leído algunos escritos de Marx y de Engels, que posiblemente, en parte, habían inspirado mi monografía, escrita en la primavera de aquel año, sobre los conflictos socio-políticos en la Roma de Cicerón (recientemente recuperada y difundida), donde ya se perfila el papel de la lucha de clases en la vida política.

En 1960 —y desde 1956— yo ya era, en cambio, comunista; y siglo siéndolo. Jamás he dejado de serlo. ¿Qué quiero decir? Dos cosas.

La primera es que ser comunista es ser partidario de que los bienes sean comunes. Lo opuesto a la propiedad privada. Se ha discutido si eran comunistas (o se inclinaban al comunismo) algunos autores de la antigüedad clásica, como Gregorio Nacianceno, Basilio de Cesárea, Ambrosio de Milán. Sea así o no, a fines de la Edad media hay un filósofo comunista, Juan Wiclef, y en el Renacimiento un predicador comunista, Tomás Münzer,¹ junto con el fundador del comunismo utópico, Tomás Moro, cuya estela seguirán, en el siglo XVII, Tomás Campanella, Gerard Winstanley y Denis Vairasse d'Allais, en pos de los cuales vendrán más tarde Morelly, Mably, Babeuf y, ya en el siglo XIX, una pléyade de comunistas premarxistas, entre los cuales descuella Wilhelm Weitling.

¹. Cuyas enseñanzas serán retomadas por los anabaptistas en una serie de acciones insurreccionales tendentes a abolir la propiedad privada, cual fueron la revuelta campesina de 1525 y, diez años después, la comuna de Münster. (Con ese efímero poder rebelde se han ensañado los anticomunistas —como el politólogo estadounidense de la escuela austríaca Murray Rothbard—, olvidando que ha de entenderse en el contexto de la época toda su política —en gran medida, ciertamente, incompatible con nuestra visión de los derechos humanos.)

Prendió esa semilla ideológica, dando lugar a las hermandades hutteritas, comunas donde está ausente la propiedad privada, que han proliferado en Norteamérica, ofreciendo uno de los modelos de comunismo cristiano. El otro lo constituyeron las reducciones jesuitas del Paraguay durante siglo y medio, hasta ser destruidas por la dinastía borbónica en 1767. V. mi trabajo «Comunismo cristiano: Las reducciones jesuitas en el Paraguay y las comunidades hutteritas», 2016, acc. <http://nomologia.es/ms/index.htm#comucris>.)

Demuestra, en particular, la experiencia jesuita que es viable una república comunista de larga duración, refutando los agoreros pronósticos de que tal situación es imposible. Sin duda en esa república teocrática se vivía mejor que fuera de ella. Sólo que, naturalmente, hoy aspiramos a una vida más variada y rica, con mayores comodidades, más libre, más respetuosa de la diversidad individual.

Quizá todos los intentos de instaurar el comunismo han incurrido en errores parecidos —que ya estaban presentes en las ideas de sus teorizadores «utópicos» de siglos pasados. Por eso el ideario comunista tiene que evolucionar, adaptándose a los tiempos y a las demandas de sociedades complejas, sin permanecer encallado en viejos moldes. (Hay que reconocer, empero, que Marx era un firme adepto del florecimiento individual y del libre desarrollo de la personalidad; sólo que —acuciada por perentorias necesidades de estabilización política, afianzamiento socio-económico y fortificación militar— la práctica de los sistemas estatales marxistas no ha sido capaz de atender adecuadamente esa orientación.)

Mi comunismo de 1960 no se había formado por la lectura de ninguno de esos autores del pasado, aunque seguramente bebía en fuentes que quizá estuvieron también en los orígenes doctrinales de varios de ellos.

La segunda cosa que para mí significaba ser comunista en 1960 era ser partidario de la Unión Soviética y del partido comunista de España (conocido a través de Radio España Independiente, pero ya también de la lectura de algunos libros sobre la guerra civil española —además, claro, de la memoria colectiva en la cual estaba inmerso).

También para mí entonces ser comunista implicaba estar en contra del sistema político-económico de Europa Occidental y Norteamérica y de sus plasmaciones organizativas, como la NATO.

Iban juntos, para mí, ser comunista, ser amigo de las revoluciones anticolonialistas afroasiáticas, añorar la República española y querer su restauración, adherirme a la tradición liberal y revolucionaria y ser enemigo de los amigos del régimen entonces existente en España, así como amigo de sus enemigos.

* * *

En 1961 mi comunismo se tiñó de marxismo. Abracé con ardor las doctrinas de Marx, Engels y sus epígonos, pero tal conversión no modificó mis alineamientos sociales y políticos, que eran previos a la adopción de la teoría marxista.

De 1961 a 1965 fui desarrollando mis ideas filosóficas, económico-sociales y políticas, dentro de los moldes marxistas, pero teniendo muy en cuenta, no sólo a los fundadores (que leí con enorme amplitud), sino a pensadores del comunismo del siglo XX en su período de esplendor: Stalin, Dimitrof, Mao Tse-tung. Ellos inspiraron directamente mi contribución doctrinal al PCEml en el octoenio 1964-72.

Condújome a otros derroteros y otras temáticas mi fuga en mayo de 1972. Sin embargo, no sólo nunca he puesto en tela de juicio mi comunismo de 1960 —al cual jamás he renunciado—, sino que de mis concepciones doctrinales de 1961-65 tampoco me he retractado, si bien es verdad que, paulatinamente, las he ido modificando hasta llegar a abandonar algunas de ellas.

Mi personal evolución ideológica ha venido determinada por la asendereada aventura de mi vida, las múltiples ocupaciones intelectuales (discentes, docentes e investigativas), las nuevas influencias, al compás de un amplísimo espectro de lecturas, que me han llevado a recapacitar y reelaborar incesantemente mis conceptos y mis puntos de vista, configurando una nueva teoría filosófica.

La evolución también ha venido condicionada por los cambios en la realidad. Si la conciencia refleja la vida, las modificaciones en la vida social, los cambios histórico-políticos, no pueden dejar de acarrear innovaciones en el pensamiento. El inmovilismo doctrinal no es mi opción.

¡Cuántas cosas han cambiado desde 1960! Ha habido grandes avances y también retrocesos. Han sucedido hechos imprevisibles y algunos de ellos hoy todavía inexplicados o inexplicables (como la Revolución Cultural china, el poder

de los khmer-krahom [khmer rojo] en Camboya y el régimen dinástico de Corea del Norte). Ya no existe el campo socialista. Del colonialismo quedan restos y vestigios.

Pero el sistema occidental sigue ahí, con sus instituciones en pie: NATO, Unión Europea, ALENA. El neocolonialismo se ha consolidado y reforzado (al ser derribada la Unión Soviética) —si bien hoy los países más dependientes hallan un respiro asociándose, en términos menos inigualitarios, a los emergentes asiáticos.

Huelga hablar aquí de los cambios sucedidos en España, que, por sí solos, dan lugar a una amplísima reflexión sobre cómo hemos de ver, retrospectivamente, la España de los sesenta, qué factores explican el sesgo particular de la transición, cuál es su significación socio-política y qué caracterización es idónea para la España salida de ese proceso. Dudo que todo eso haya de mirarse con esquemas válidos hace más de medio siglo. (No nos imaginamos a Engels, en los años finales de su vida, repitiendo inalteradas sus ideas de 1840; como tampoco los escritos del camarada Stalin en 1950 seguían invariablemente la pauta de sus primeros textos de comienzos de siglo.)

* * *

Una de las alteraciones en mi pensamiento posterior a 1972 fue mi decisión de no seguir colocándome bajo ninguna etiqueta derivada de un nombre propio. No ser un «ista» de nadie. Ser libre. No estar forzado a pensar así o asá por un argumento de autoridad. Eso se me ha reprochado acerbamente. Hasta se me ha tildado, sólo por eso, de renegado.

Renegar es pasarse al campo de enfrente. Llamábanse, en siglos pasados, «renegados» los cristianos que se hacían mahometanos; generalmente habían sido capturados por los turcos y, para evitar el cautiverio, se convertían al Islam.

Yo no me he convertido a nada. Menos aún me he pasado al enemigo. Ahí están todas mis diatribas contra el imperialismo yanqui y euro-occidental, mis denuncias de la NATO y de la Unión Europea. He sido y soy libre e independiente en mis juicios, en muchos de los cuales mantengo mis opiniones de doce lustros atrás. Nadie me ha exigido abjurar ni lo he hecho.

Sólo que actualmente no concibo las perspectivas de lucha por el comunismo como podían concebirse en los años sesenta del pasado siglo. Sería quimérico. Quienes persisten en esa adhesión invariable me pregunto en qué medida tienen los pies en el suelo y hasta qué punto reflexionan sobre la realizabilidad o irrealizabilidad de tales enfoques en el mundo de hoy.

* * *

Dejemos de lado las etiquetas. Son lo de menos. Vayamos a los contenidos. ¿Qué continuidades existen entre mis presentes concepciones y las de mi ya lejana juventud?

Sin ser mi filosofía de hoy una variante del materialismo dialéctico, guarda con él una estrechísima afinidad. En la mayoría de los puntos, me siento próximo a las ideas de Engels en la *Dialéctica de la naturaleza* y a las de Lenin, no sólo en

sus *Cuadernos filosóficos*, sino también en una obra un tanto denostada: *Materialismo y empiriocriticismo*.

Con Lenin coincido en una teoría del conocimiento que es el realismo directo: la teoría del reflejo —la que él llamaba «fotográfica», consistente en afirmar que nuestro saber refleja la realidad tal y como es, no la deforma, y que lo hace directamente. (Trátase de una inmediatez cognoscitiva, que no obsta a mediación neurológica.)

No sólo existe la realidad que conocemos (ni la inventamos ni la concreamos, siendo nuestro conocimiento un efecto causal determinado por la propia realidad), sino que el resultado de tal reflejo cognoscitivo corresponde idóneamente a esa realidad, la estampa, la imita.

Eso no significa, empero, que nuestro pensamiento siempre refleje la realidad. Hay pensamientos no cognoscitivos. Somos propensos al error y, desde luego, a la ignorancia. Pero nuestra especie ha sobrevivido y prosperado gracias a nuestro conocimiento de la realidad. Un mapa deformado no permite ubicarse en los sitios que uno busca. ¿Cómo podríamos eficazmente actuar sobre la realidad, sobre la «cosa en sí», sin reflejarla según es de suyo? ¿Cómo se explicaría a largo plazo el éxito evolutivo del *homo sapiens*, cuya única ventaja comparativa es precisamente la que le sirve de denominación, su sapiencia?

Mi realismo fuerte es, pues, superponible con una buena parte de lo que en la tradición marxista se llama «materialismo». Pasemos a la dialéctica. Mi filosofía es dialéctica: perteneciente a la tradición hegeliana, afirma que la realidad es contradictoria, que hay muchos estados de cosas existentes e inexistentes, muchas preguntas cuya respuesta correcta es «sí-y-no», muchas determinaciones que, simultáneamente y bajo el mismo aspecto, se dan y dejan de darse.

Con Engels y Hegel sostengo que las transiciones son contradictorias, que el movimiento es contradictorio, que lo que está pasando de A a B, en tanto en cuanto está pasando, está y no está en A, pero también está y no está en B.

Asimismo, mi concepción gradualista me lleva a una tesis que no es exactamente la hegeliana del salto cualitativo (la transformación de cambios cuantitativos en cambios cualitativos), pero que es análoga —y prácticamente casi equivalente. Más bien mi visión es que los cambios cualitativos son meros umbrales de cambios cuantitativos. En mi concepción filosófica (el cumulativismo) no se dan saltos ni cortes, pero eso no impide que, en determinado punto, por necesidades pragmáticas, apliquemos otra denominación; p.ej., que llamemos «adulto» a un humano justo a los 6575 días después de su nacimiento y «no-adulto» a quien nació hace 6574 días. La demarcación sólo obedece a propósitos utilitarios, no a corte real alguno.

Mis amplísimas lecturas de textos de la tradición filosófica marxista me llevan a entender que en muchos casos (quizá en la mayor parte de ellos) el salto cualitativo se concibe precisamente de esa manera. Hablamos de la gota que hace desbordar el vaso; pero el estado físico del vaso lleno de líquido es casi igual con esa gota adicional o sin ella. (El vaso no se vacía.)

Apliquemos esa ley del tránsito de los cambios cuantitativos a los cualitativos a un caso concreto de la vida política: la deriva de Mao Tse-tung de enemigo del imperialismo yanqui a aliado suyo. Ciertamente prodújose un viraje al anunciar Richard Nixon por televisión el 15 de julio de 1971 que unos meses después visitaría Pequín. Podría alguien situar el viraje el 21 de febrero de 1972, al tomar tierra el aeroplano presidencial, o unos días más tarde al llegarse a un acuerdo cuyo contenido no se hizo público. Pero tales acaecimientos fueron jalones de una mutación paulatina y gradual. Mutación que había empezado ya a finales de los cincuenta (a través de la alianza chino-paquistaní, que se reforzó al apoyar China al Paquistán en 1971 en su guerra contra la India, aliada a Rusia); mutación acentuada al provocar la ruptura con Moscú, la cual reforzaba a Washington en la guerra fría; mutación intensificada durante la revolución cultural —a medida que se iba poniendo más énfasis en atacar a los rusos que a los estadounidenses—; mutación que había alcanzado elevadas cotas tras los enfrentamientos fronterizos en el río Usuri, el boicot chino a la ayuda militar soviética al Vietnam y el caldeamiento de las relaciones entre Pequín y un número de regímenes reaccionarios próximos a Washington. (En 1970/73 China entabla relaciones diplomáticas con las monarquías del Japón, Canadá, Kuwait, Bélgica, Persia, Etiopía, Holanda, Grecia, Australia, Nueva Zelanda y Luxemburgo, además de establecerlas con Austria, Italia, Turquía, Alemania occidental y la España franquista [Reino de España]; más importantes que tales relaciones eran los crecientes actos de cordial cercanía con gobiernos de signo netamente prooccidental.)

Eso no excluye, desde luego, que haya alteraciones súbitas. Una de ellas fue, precisamente, la inflexión del PCEml a finales de 1978 acerca de China y del pensamiento de Mao. Sin embargo, tales cambios abruptos siempre se producen sobre la base de modificaciones graduales subyacentes. Tal vez aquí tenemos asimismo un entramado que, en la terminología marxista, sería un salto de la cantidad a la calidad. En este caso no es que la brusca alteración manifiesta haya venido precedida por una escala de pasos previos menos intensos del mismo cambio, sino que éste ha sido una rauda voltereta; sin embargo, por debajo estaban operando transformaciones soterradas que sí son graduales y que generan ese resultado al alcanzar un umbral.

Otros dos principios del materialismo dialéctico también vienen —con adaptaciones— incorporados a mi pensamiento filosófico: 1º, el determinismo universal (nada sucede por puro azar o porque sí, sino que todo tiene su explicación en la realidad); 2º, el de interconexión (no existen partes de lo real absolutamente aisladas entre sí).

La filosofía de la historia que viene abrazada en mi pensamiento filosófico también guarda estrechos vínculos con el materialismo histórico, sin haber identidad, no obstante. Una inclinación innata, instintiva, una teleología lleva a la especie humana —y a las múltiples sociedades humanas desparramadas por la faz de la Tierra— a tender a una mayor cantidad y calidad de vida. Tal es la ley del progreso. Este progreso puede no seguir la dirección lineal que imaginaron Marx y Engels con los materiales a su disposición (historiográficos, arqueológicos y paleoantropológicos). La enumeración de formaciones sociales conceptuada a

mediados del siglo antepasado es un esquema angosto para lo que sabemos hoy, que fuerza tipologías mucho más elásticas. Sólo que hay un resultado que confirma la experiencia, a saber: que, cualesquiera que sean los itinerarios, en un cierto estadio se produce una tendencia a converger, justamente porque no es posible el aislamiento duradero.

Igualmente concuerdo con lo que sostenía cuando me profesaba marxista con respecto a la tendencia al crecimiento de las fuerzas productivas como un imperativo ineludible de cualquier sociedad. La sociedad existe para el bien común; un bien común que consiste en la mayor cantidad y calidad de vida, la cual sólo le es posible al hombre desarrollando sus fuerzas productivas.

Por otra parte también coincido con Marx en pensar que la economía de mercado y propiedad privada constituyen un freno para ese crecimiento de las fuerzas productivas, dado que la anarquía de la producción acarrea recurrentes crisis económicas, cuando no deja en el letargo y el anquilosamiento sociedades que podrían prosperar gracias a la iniciativa pública y economía planificada.

Esa obstaculización del ulterior crecimiento de las fuerzas productivas por el sistema de propiedad privada ha de desembocar, necesariamente, en que acabe desechado tal sistema. Trátase de un cambio ineluctable, cuya necesidad se impone por encima de la voluntad de los hombres. En eso coincido plenamente con Marx (discrepando de cuantos hoy son marxoides o neomarxistas).

Para Marx la necesidad histórica objetiva del paso de un modo de producción al siguiente se realiza de diversas maneras según de qué paso se trate. El esclavismo no fue sustituido por el feudalismo mediante revolución alguna, mientras que el tránsito del capitalismo al comunismo sí se hará por una revolución proletaria. Sitúase en este punto mi principal cambio doctrinal respecto a las tesis marxistas que profesé hasta 1973, aproximadamente.

* * *

La más destacada continuidad o permanencia en mi pensamiento consiste en haber afirmado y seguir afirmando no sólo la deseabilidad sino también la necesidad de abolir la propiedad privada y establecer la economía planificada, no mercantil. O sea, el comunismo.

¿Cómo llegar a él? En esto es en lo que me aparto de las concepciones de mi juventud. Entonces creía en la vía revolucionaria. Llamativamente en nuestros textos de aquella época nunca se definió «revolución».

La palabra «revolución» se usa desde, por lo menos, el siglo XVII, pero entonces significaba cualquier cambio importante, cualquier alteración sustancial que se produjera en la vida política o en la mentalidad colectiva. Que el cambio fuera para bien o para mal, que en su génesis intervinieran o no las masas populares, eso no importaba para que fuera aplicable el concepto. Así, el cambio dinástico sucedido en España en noviembre de 1700 se llamó «una revolución».

Tal vez fue con la revolución francesa como se reservó ese vocablo a hondas alteraciones políticas que impliquen un cambio de régimen, reemplazar un poder por otro de distinto tipo, subsiguientemente a un levantamiento popular o, por lo

menos, a una movilización de amplias masas; quizá, como nota necesaria, un alzamiento o movilización con derramamiento de sangre, una lucha violenta. Así, el conde de Toreno, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, concibe la guerra de la independencia española de 1808-14 como una revolución justamente porque reunía todas esas notas. Reemplazó el poder arbitrario de la monarquía absoluta y del intruso régimen bonapartista por un sistema constitucional y un gobierno representativo, gracias a la victoriosa insurrección del pueblo español contra el invasor y sus colaboradores.

Dilucidando el concepto de revolución en los textos de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tse-tung (pero antes posiblemente en autores como Burke, Benjamín Constant, Guizot y Tocqueville), creo que hallaríamos conceptualizaciones similares, con una importantísima diferencia, sin embargo: en el marxismo no hay revolución más que cuando una clase o capa social opresora viene reemplazada en el poder por una oprimida (o por una coalición de clases oprimidas), o sea: sólo son revoluciones aquellas alteraciones políticas que, reuniendo los otros rasgos señalados, van en el sentido de la historia.

No todos los autores aceptaron ese análisis conceptual. Así, Jaime Balmes dice que en España la revolución sólo triunfa asida a las faldas del trono, o sea por la vía pacífica y legal, incrustándose o infiltrándose en instituciones tradicionales, a las cuales corrompe y adultera. Balmes entiende por «revolución» todo movimiento tendente a introducir novedades que, en mayor o menor medida, socavan las estructuras de poder tradicionales (poder eclesiástico, nobiliario y monárquico). Según su enfoque, los revolucionarios españoles nada habrían logrado únicamente por la acción de masas (si bien ésta —no lo ignoraba— había jugado un importantísimo papel, p.ej. en los sucesos de 1836-37 y de 1840-43), creyendo que habrían sido impotentes si no hubiera venido un impulso desde las alturas (la revolución por arriba de que hablará D. Antonio Maura).

En los últimos decenios ha quedado muy desgastada la palabra «revolución», pues se ha aplicado a cualesquiera cambios políticos en cuyo desencadenamiento han jugado un papel decisivo las movilizaciones de masas populares, aunque las más veces en sentido opuesto a lo que el marxismo considera el sentido de la historia. ¿Fue una revolución la caída de la monarquía persa en 1979? ¿La de los khmeres-rojos ese mismo año por la intervención vietnamita en Camboya?

Sin remontarme a las «revoluciones» fascistas,² se ha hablado de las «revoluciones conservadoras» en los países del Este europeo en 1989-91, que han restaurado el capitalismo;³ más tarde como revoluciones han venido calificadas las

². Tanto Hitler como Mussolini presentaron su empresa como una revolución. Pétain en Francia acaudilló la «revolución nacional». En nuestra Patria la Falange luchaba «por Dios, España y su revolución nacionalsindicalista».

³. Ya antes se había calificado de «revolución» el alzamiento húngaro de 1956 —una indirecta consecuencia de la desestalinización de Nikita Jrushchov. Constituyó un demoledor golpe contra el movimiento comunista internacional, que nunca más levantaría cabeza.

alteraciones —en una u otra medida instigadas o financiadas por el imperio Soros—; después, tenemos las «revoluciones» de la «primavera árabe», que han barrido unas veces regímenes de signo conservador y otras algunos de orientación más o menos antiimperialista.

En la mayoría de esos casos no ha habido levantamiento armado. Cuando y donde lo ha habido, como en Siria (y antes, p.ej., en Afganistán en los años 70/80), pocos hablan de revolución, siendo palmario que se trata de sublevaciones tendentes a instaurar regímenes más obedientes a los dictados de las grandes potencias occidentales, principalmente USA.

Por otro lado, si es válido el concepto de revolución en general (no limitado a un determinado período histórico), lo será para analizar hechos del pasado. ¿Qué pensar, p.ej., de las vicisitudes del caudillo popular romano del siglo XIV Nicola di Rienzo, sucesivamente enaltecido por las masas y derribado —a la postre matado— por esas mismas masas, convertidas en turbas? ¿Cuáles de esos tumultos eran revolucionarios y cuáles eran contrarrevolucionarios? Todo eso fue tan enormemente complejo que lo más verosímil es que haya que tematizarlo con nociones diferentes.

La referida concatenación de acaecimientos y las modificaciones conceptuales que ha acarreado me llevan a desechar la propia palabra «revolución».⁴ Mas no es sólo cuestión de vocablos.

En la concepción del *Manifiesto comunista*, el paso al comunismo únicamente podría realizarse por la vía revolucionaria, o sea por un levantamiento armado de la clase obrera que destruiría el poder burgués. Ni Marx ni Engels se desdijeron nunca de ese aserto, que fue retomado con brío por Lenin. Sin embargo los últimos escritos de Engels hablan de los avances del socialismo valiéndose de las vías electorales en su propia patria. No dice, desde luego, que avanzando más por ese camino se llegará a la meta, pero curiosamente tampoco lo niega; un poco insinúa —o, por lo menos, parece dejar la puerta abierta a esa lectura.

El leninismo hizo suya la convicción marxiana de 1848, que se articuló como *la vía de octubre*: en cada país habría de seguirse el recorrido de Rusia en el otoño de 1917, un asalto insurreccional al poder subsiguiente a una amplia movilización de las masas obreras y trabajadoras.

Asimismo en la Argentina se habla de la «revolución libertadora», un golpe de estado militar que derrocó el poder constitucional del Presidente Juan Domingo Perón en 1955.

⁴. Huelga hablar de tantos otros usos o abusos del concepto de revolución: la concepción de Kuhn de las revoluciones científicas (las mutaciones —más o menos repentinas— de marco conceptual o paradigma teórico); la revolución neolítica (que se fue paulatinamente produciendo a lo largo de varios millares de años); la revolución digital; las revoluciones en las artes plásticas o en la música; la revolución industrial; la revolución en las conciencias; la revolución copernicana.

No pretendo que carezca de valor esa palabra, «revolución» —que yo mismo he empleado en un número de escritos (con sentidos diversos según el contexto). Me resulta, empero, de mayor pulcritud conceptual prescindir de dicho vocablo —a menos que, en un determinado contexto, venga definido o dilucidado para evitar confusiones.

Muy a menudo es un rótulo meramente de prestigio: llámase «revolución» a aquel cambio, más o menos intenso y súbito, que uno aprueba y no a aquel que uno desaprueba. Y lo inverso sucede con su opuesto, «contrarrevolución».

A nada condujo esa vía. Hubo, sí, insurrecciones populares, unas pocas de las cuales triunfaron; pero no eran sublevaciones obreras, sino movimientos de liberación nacional en países sometidos por el imperialismo y el colonialismo. Bajo el liderazgo del búlgaro Jorge Dimitroff, en 1935 cambió radicalmente de rumbo la Comintern (Internacional comunista), trazando una política de alianzas para llegar a cambios de poder más favorables a los intereses de las masas laboriosas y de la causa progresista. No se desechó la vía revolucionaria, mas se pospuso para las calendas griegas.

No interrumpió esa política la acción guerrillera de resistencia antifascista durante la II guerra mundial, porque (salvo en Yugoslavia y Albania —y eso contra los consejos del camarada Stalin) no se trataba de instituir una dictadura del proletariado, sino de expulsar al ocupante alemán y establecer repúblicas democráticas renovadas, con un grado de influencia de los partidos comunistas. De nuevo, sin renunciar a ella, se posponía indefinidamente la toma del poder para la dictadura del proletariado. En la práctica, dejó de tener vigencia alguna esa perspectiva en las teorizaciones de los partidos comunistas y en su propaganda. Cuando, en 1948, se constituya la Cominform (Oficina de Información de los partidos comunistas), su boletín se titulará *Por una paz duradera, por una democracia popular*. ¿Mera táctica?

Ciertamente ningún partido comunista renuncia al socialismo, como un horizonte más o menos lejano o cercano según los casos. No obstante, se va eclipsando la locución «dictadura del proletariado». Cuando en febrero de 1976 el Partido Comunista Francés elimine del preámbulo de sus estatutos la fórmula «dictadura del proletariado» (un cambio para el cual su secretario general, Georges Marchais, ofreció argumentos débiles y un poco desafortunados), hay que ver cuán meramente formularia era la novedad. Tal enunciación heredada se había convertido en una jaculatoria, una frase ritual.

¿Qué pensar de la decisión del XXII congreso del partido comunista de la unión soviética en 1961 de reconocer que en la URSS ya no había dictadura del proletariado sino un poder de todo el pueblo? El taimado Mao lo aprovechó para su cruzada antisoviética («antirrevisionista»), pero la novedad era puramente nominal, pues de hecho eso mismo había venido a decir el camarada Stalin en el discurso en el que propuso la nueva constitución soviética de 1936. Según él, la población de la Unión Soviética ya no contenía clases antagónicas, estando integrada por tres clases o capas laboriosas y amigas: clase obrera (ya no proletariado), campesinado coljosiano e intelectualidad trabajadora. (Cómo se concilie tal tesis con la de exacerbación de la lucha con los remanentes de la vieja sociedad es otro problema; pienso que Stalin diría que efectivamente había una contradicción entre ambas tesis, pero que se trataba de una contradicción de la vida.)

Sea como fuere, las modificaciones políticas, económicas, sociales y culturales de los últimos decenios vuelven totalmente inverosímil que puedan estallar alzamientos de masas obreras que tomen el poder. Tal perspectiva era creíble en 1830, en 1848, en 1871, incluso excepcionalmente en la Rusia de 1917 (a causa de la guerra y de las peculiarísimas condiciones del país). Las revoluciones armadas que han sucedido después no han tenido ese carácter (China, Vietnam,

Cuba, Nicaragua, el Congo-Kinshasa, Angola, Mozambique, Zimbabue, Argelia, etc). Por otro lado a lo largo de los últimos cien años han sucedido muchas alteraciones políticas, unas «en el sentido de la historia», otras en el opuesto; unas con cierto enfrentamiento violento, otras sin lucha armada. Todas ellas han escapado a los esquemas conceptuales de Marx y Engels, quienes no podían prever tales vicisitudes, que involucrarían fuerzas y situaciones que les eran desconocidas —o incluso inexistentes entonces.

¿Quién puede imaginar una insurrección obrera triunfante en Canadá, Noruega, Austria, Nueva Zelanda o Suiza? Las estructuras políticas y militares del siglo XXI distan tanto de las del siglo XIX como éstas de las del Egipto faraónico. (Desde luego puede haber y hay movilizaciones violentas —como el movimiento de los *gilets jaunes*—, pero son nulas sus posibilidades de derrocar al gobierno por la fuerza —un objetivo que, evidentemente, nadie se ha propuesto.)

¿Qué alternativa hay? No es Jrushchov santo ni de mi devoción. ¡Todo lo contrario! Tengo de él la peor opinión posible, considerándolo culpable de haber destruido el hermoso movimiento comunista internacional (cuyos defectos y hasta abominaciones son reales, como las manchas del Sol, pero hubieran podido superarse evolutivamente sin el hara-kiri del XX congreso del PCUS en febrero de 1956, que derribó los fundamentos éticos del sistema y de todo el comunismo internacional).

Sin embargo, lo que dijo allí el secretario general del PCUS sobre la vía pacífica no es lo que se ha querido interpretar (y así lo hizo en seguida Palmiro Togliatti) como camino parlamentario al socialismo. Lo único que se dijo entonces es que en un número de países capitalistas estaban dadas las condiciones para que electoralmente triunfaran mayorías con programas de transformaciones sociales progresivas. Desde hacía decenios, tal era el empeño de los partidos comunistas legales en regímenes de lo que convencionalmente se llama «democracia». ¡Nada nuevo!

En la práctica, poco recorrido ha tenido esa idea, hay que reconocerlo. Por esa vía electoral poquísimo ha habido que rascar; casi nada. El triunfo de Mitterrand, en mayo 1981, puso en marcha un audaz programa de transformaciones sociales, al cual tuvo que renunciar en junio del año siguiente, con el eslogan de «pausa en las reformas», renuncia seguida por el viraje de 180 grados en marzo de 1983, *la política del rigor*.

Por la vía electoral se establecieron gobiernos progresistas ya en el séptimo decenio del siglo XX en varios países de Centro y Suramérica, pronto derribados por cuartelazos que instituyeron tiranías militares de mayor o menor duración. Escarmentados, los pueblos no volvieron a votar mal.

En tiempos más recientes la vía electoral ha llevado a gobiernos de signo más o menos progresista en Siam (Tailandia), Ceilán (Sri Lanca), varios países

latinoamericanos y tal o cual estado de la Unión India (como Querala y Bengala).⁵ ¿Balance? En Siam, el gobierno democrático fue derrocado por el enésimo cuartelazo.⁶ Otras veces, viéronse frustradas las expectativas, ya que los gobiernos con aspiraciones transformadoras hubieron de capitular ante los poderes fácticos. En varios países, ha sido el propio electorado quien ha sufrido una desilusión (invirtiendo el sentido de su voto en los siguientes comicios), posiblemente porque había cifrado en sus elegidos excesivas esperanzas. Ha sido reducidísimo el margen de maniobra de esos gobiernos, enfrentados a oposiciones fuertes y potentes, a la fuga de capitales, al boicot oligárquico e imperialista y a la desunión en las propias filas de sus partidarios. Si durante un par de lustros el imperialismo yanqui sintió inquietud por lo que parecía una marejada progresista en buena parte de América Latina, hoy sólo quedan quebrantadísimos y tambaleantes islotes de resistencia a la hegemonía estadounidense.

Una excepción confirma la regla: Nepal. ¿Se consumará en ese país del Himalaya una transición parlamentaria al socialismo? Para ponerlo seriamente en duda basta conocer las debilidades de ese pequeño país, poblado por cien etnias, encajonado entre China y la India, de extrema pobreza y con escasísimos recursos, donde siguen existiendo, habiendo conservado su poder fáctico, las viejas élites —militar y electoralmente derrotadas. Sea como fuere, no hay que olvidar que ese proceso electoral se ha arrancado por el triunfo de la insurrección armada de los comunistas nepalíes contra la monarquía.

Si la vía revolucionaria parece impracticable hoy (y para cualquier futuro previsible), tampoco creo que la experiencia avale grandes esperanzas en la vía electoral.

Sin embargo, es un hecho que desde 1920 ha habido muchísimos avances sociales; avances y retrocesos. Ha habido períodos de amplias desprivatizaciones de la vida económica, de instauración de una economía mixta con participación del sector público y autoridades planificadoras, habiendo sido ése el modelo preponderante en Europa occidental (incluyendo España) de 1945 a 1975.

No me cabe duda de que, no sólo en el establecimiento del estado del bienestar, sino también en ese auge (aunque fuera transitorio) de sistemas

⁵. Arriesgadísimo resulta caracterizar de progresista o lo contrario a un gobierno africano. Progresistas hubo muchos en los años 50 a 80; tras el derribo del bloque del Este, las particulares condiciones del atraso económico y social del continente negro determinan que en él las orientaciones ideológicas vengan en seguida contaminadas por alineamientos tribales o ambiciones personales. A mi modo de ver, el gobierno de Laurent Gbagbo en Costa Eburéa sí fue genuinamente progresista. Vino destruido por la fuerza de las armas, mediante una sublevación militar-tribal y, sobre todo, la agresión del colonialismo francés.

En otros casos, la enorme escasez de información —aun para quienes nos esforzamos por adquirirla— vuelve sumamente difícil calificar como progresistas o no a gobiernos salidos de las urnas, como en el Níger, en Guinea y en Tanzania. (Dejando de lado el caso, todavía más *sui generis*, de Suráfrica.) Las esperanzas que suscitaron se han solido disipar. En cambio sí fueron claramente progresistas y antiimperialistas regímenes surgidos de pronunciamientos militares, como el de Tomás Sankara en Burkina Faso. Pero eso sucedió cuando todavía existía la Unión Soviética.

⁶. Impulsado, como de costumbre, desde el Palacio Real —pues en ese reino la fuerza dominante es el tandem del trono y el militarado.

parcialmente inspirados por el paradigma soviético influyó decisivamente la presencia del Ejército Rojo a pocas jornadas de marcha de París (en una pre-guerra fría en la cual ninguna barrera militar habría sido lo bastante fuerte para frenar tal avance, si las circunstancias lo hubieran desencadenado).

No es, empero, la única causa ni, por lo tanto, hay que creer que, destruida la Unión Soviética en 1991, sólo cabe esperar un imparable retroceso social. Y es que las reformas sociales y socializantes habían empezado, en algunas países, ya a fines del siglo XIX. Así el monopolio estatal de los ferrocarriles en Alemania no sólo constituyó un embrión de sector público de la economía, sino también una fuente para financiar la entonces incipiente seguridad social. Los progresos en el mismo sentido en muchos países antes del estallido de la II guerra mundial resulta dudoso que se expliquen por el peligro soviético.

Pienso que la experiencia ha demostrado que es posible, bajo los propios sistemas políticos de hoy, que se establezcan empresas públicas o mixtas, las cuales, en virtud de la presión popular y su propio carácter, pueden sustraerse en parte a los mecanismos y cánones de la pura economía de mercado. Es posible conseguir (sin derribar los poderes existentes) que el 19% de la economía sea así gestionado. Cuando se ha conseguido que el X% de la economía sea así gestionado, también lo será —quizá un poco más tarde— que lo sea el X+1%.

Similarmente, es posible arrancarles a los poderes establecidos una protección social y una legislación laboral tuitiva. Hay avances y hay retrocesos. Pero incluso con gobiernos de signo conservador pueden alcanzarse algunas mejoras. Cuando se ha logrado llegar a un umbral U, podrá, con nuevas luchas, rebasarse para alcanzar U+1.

Tal es la vía que yo vislumbro hoy. Un camino gradualista y evolutivo. Lo cual no obsta para apoyar revoluciones armadas donde son posibles y necesarias, como recientemente en Nepal, que, gracias a la insurrección popular, ha conseguido derrocar a la monarquía e instaurar una república democrática federativa, cuyo primer ministro es el comunista Sharma Oli, recayendo la presidencia de la república en la también comunista Bidhya Devi Bhandari. (No conozco otro caso donde tanto la jefatura del estado cuanto la del gobierno hayan recaído en comunistas gracias a elecciones multipartidistas cuya legitimidad no se ha cuestionado.) Lo que ha sucedido en Nepal no es demostrablemente imposible que ocurra en algún otro país. ¿O sí?

Cualesquiera avances son buenos. Lo son aquellos que, no quedando otro remedio, se consiguen con las armas; también lo son los (a menudo modestos) triunfos parlamentarios. Pero lo principal está en la movilización de masas para presionar y en la movilización de las conciencias por la argumentación y la difusión de ideas para ir creando una conciencia pública favorable a cambios tendentes, en última instancia, al comunismo.

Por otro lado dudo cuán provechoso sea hoy plantear el combate en los términos de lucha de clases según viejos esquemas. Los avances de la sociología nos llevan a reconsiderar la noción misma de clase social en estructuras infinitamente más complejas que aquellas que conoció Marx. Los análisis de la sociedad española

que yo elaboré entre 1964 y 1972 pecaban de esquematismo y de rigidez dogmática. En parte por mis propias limitaciones intelectuales y las enormes lagunas de mi formación; en parte porque todavía la sociedad de entonces distaba de ser tan compleja como la actual; y en parte porque ni siquiera fuera de la obediencia marxista se habían desarrollado aún herramientas conceptuales idóneas para afrontar los cambios de la estructura económica que estaban teniendo lugar.

No es que hayan desaparecido las clases sociales, en absoluto. Ni que haya cesado la lucha de clases. (Esa noción de lucha de clases es pertinente, no sólo para el estudio de las sociedades contemporáneas, sino también de las antiguas; así lo he hecho en mi reciente trabajo «Lucha de clases y quiebra de la legalidad constitucional en la Roma tardorrepublicana».)

Pero ese concepto hay que reelaborarlo. Por dos razones. La primera es que no suministra, por sí solo, suficiente utillaje conceptual para entender sociedades enormemente complejas ni para trazar programas transformadores. La segunda es que no son iguales la estructura de clases del capitalismo del siglo antepasado y la del capitalismo del siglo XXI. (No conozco suficientemente la sociología de Nicos Poulantzas —quizá criticable y, desde luego, hoy posiblemente desfasada; sin embargo me resulta verosímil que en estudios como los suyos pueda hallarse un hilo metodológico conductor para análisis de clase más refinados de sociedades como las actuales, donde el proletariado fabril es residual en muchos países —concretamente, por desgracia, en la España de hoy, desindustrializada.)

Bajo el liderazgo de Stalin y Dimitrof el movimiento comunista internacional superó en 1935 eslóganes como el de «clase contra clase», abriéndose a visiones interclasistas. Éstas inspiraron las acertadas políticas combativas de la II guerra mundial pero también de revoluciones triunfantes, como las de Ho Chi Min y Mao Tse-tung. Descartar el eslogan de «dictadura del proletariado» y cualesquiera otros similares creo que es hoy, en pleno siglo XXI, imprescindible si se quiere atraer al comunismo a la juventud o a una parte significativa de la misma; hoy son menester otras teorizaciones, otros conceptos, otros análisis. Lo cual no quita para que sean tan comunistas como lo eran los de Marx hace 35 lustros.

* * *

Mis planteamientos son, hoy, evolucionistas o evolutivos, más que revolucionarios —según ha podido comprenderlo el lector por los párrafos precedentes. Más dudoso es que sean certeramente calificables como «reformistas», en el sentido usual de la palabra. (El reformismo confía en programas gubernamentales, mientras que yo espero poco de ellos, atribuyendo mayor protagonismo a la lucha de masas para ir imponiendo cambios paulatinos cuya acumulación desembocaría en lo que, en términos marxistas, sería un «salto cualitativo».)

En todo caso mis ideas no son, en absoluto, socialdemócratas. ¿Qué es la socialdemocracia?

No demos vueltas a lo que significó la palabra «socialdemocracia» en 1884 o en 1914. Después de constituirse la Comintern en 1919 (e incluso antes, desde el

estallido de la I guerra mundial en 1914), la socialdemocracia ha sido un movimiento preciso, materializado en una organización política internacional, la Internacional Socialista. Si se quiere, puede uno extender un poco el sentido del vocablo para aplicarlo a movimientos políticos quizá no adheridos a esa Internacional, pero próximos a ella.

Hay una confusión conceptual cuando por «socialdemocracia» se entiende cualquier corriente que programe o realice reformas sociales favorables al servicio público o al estado del bienestar o a la existencia de un potente sector público de la economía. Mayor confusión cuando, embrolladamente, se concibe la socialdemocracia, a la vez, o como si fuera lo mismo, en los dos sentidos (el de programas de bienestar social y el de incardinación en la Internacional Socialista).

Y es que muchos gobiernos que han llevado a cabo actuaciones de bienestar social no obedecían a partidos socialistas (no infrecuentemente eran hostiles a tales partidos), al paso que no pocos gobiernos de la socialdemocracia real se han abstenido de practicar tales programas; al revés, a menudo han aplicado programas neoliberales, conducentes a dismantelar en parte el estado del bienestar y a reducir o eliminar el sector público de la economía.

No puede soslayarse cuál ha sido la política efectiva de los partidos socialdemócratas a lo largo de los últimos veinte lustros. Algunos, ciertamente, han aplicado medidas sociales de avance; otros lo contrario.

Pero, sobre todo, la socialdemocracia ha sido y es un aliado de los poderes económico-políticos del bloque atlántico, que era y es el principal enemigo de los pueblos del mundo. Un baluarte de la NATO, un puntal del colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo. Un elemento esencial en las políticas occidentales de agresión y de guerra (como en los últimos decenios se ha visto en los Balcanes, en Oriente medio y en África). Un incondicional aliado de Israel. En España, un sostén de la monarquía —y, dentro de ella, de la dinastía borbónica—. Por lo tanto, un enemigo de la república española.

En nuestro caso, además, ha derivado a una conchabanza con los irredentismos septentrionales de las regiones más ricas, nuestras Padanias ibéricas, deseosas de sacudirse el lastre de las regiones menos prósperas, destruyendo una unidad nacional con raíces milenarias y que se ha consolidado políticamente desde el siglo XV.

A la socialdemocracia real no me une absolutamente nada. Ella está a favor de la monarquía; yo soy republicano. Está con la NATO; yo, contra ella. Está a favor de las guerras imperialistas; yo, en contra. Está a favor de eso que eufemísticamente llaman «integración europea»; yo lucho por una Europa desunida en un mundo unido. (Mundo unido, no troceado en bloques artificiales —si bien soy partidario de una comunidad de los pueblos hermanos de habla hispana.)

En lo táctico, también reme contra la corriente socialdemócrata. Ellos están contra aquellos países que no se someten al dictado del supremacismo occidental. Yo los apoyo en la medida en que resistan a esa hegemonía. Simpatizo con lo que ellos aborrecen y detesto lo que a ellos les cae bien. Estamos en las antípodas.

Fui y soy comunista, no socialdemócrata. Mi comunismo de hoy no es el de 1960 ni el de 1972. Es diferente. La vida ha cambiado y, con ella, el pensamiento de la vida.⁷

* * *

He señalado que, entre otras inconciliables discrepancias, me alejan de la socialdemocracia su alineamiento con el campo occidental, su paneuropeísmo, su atlantismo, su apoyo a Israel y su panegírico de lo que convencionalmente se llama «democracia representativa» (lo que solíamos llamar «democracia burguesa»).

Viene todo eso aglutinado por la idea básica de que el occidente encarna los derechos humanos y los valores democráticos así como el progreso.

Mi posición es contraria. Alineándome contra el campo occidental (ese entramado de NATO, Unión Europea más redes conexas y sus aliados, como el Imperio Japonés), adopto un abordaje de los problemas del mundo actual que podemos denominar «concretismo», frente a un enfoque alternativo, que es el abstractismo.

Para el abstractismo (que se superpone con un cierto estructuralismo) lo determinante es la estructura, un sistema de relaciones en el cual los integrantes vienen enlazados unos con otros caracterizándose y distinguiéndose exclusivamente por sus roles diferenciales en la malla así formada.

La variante específicamente marxista-leninista del estructuralismo entiende que, en las sociedades humanas (salvo en el comunismo primitivo y en el futuro), la estructura pertinente es la formación socio-económica caracterizada por un cierto

⁷. No finalizó para siempre mi afiliación comunista con el cese de mi militancia en el PCEml en mayo de 1972. En la primavera de 1996 regresé al PCE (la primera reunión anotada en mi diario tuvo lugar el 17 de mayo, pero se había producido el ingreso varias semanas antes). Con vistas al V Congreso del PC de Madrid, impulsé la plataforma de opinión «*Por un partido verdaderamente comunista*», redactando el texto fundacional de la misma, fechado el 23 de julio de 1999. (V. <http://eroj.org/pce/>.) Cito, a continuación, estos pasajes del documento:

Lo primero que tiene que quedar claro es que el Partido Comunista es un partido que tiene como proyecto una sociedad comunista; un proyecto compartido por todos sus afiliados, un proyecto que no es un mero sueño, ni una añoranza, sino nuestro ideal, nuestra propuesta para la sociedad humana.

Lo que entendemos por 'comunismo' es una organización de la sociedad humana sin ricos ni pobres, sin desigualdades sociales; una sociedad en la que se poseen los bienes en común, en la que la economía está planificada al servicio del bien común; una sociedad en la cual se reparte el disfrute de esos bienes comunes según el único criterio de las necesidades de cada uno, y a la vez cada uno está obligado a contribuir al bien común según su capacidad.

Ese principio de dar a cada uno según su necesidad y exigir de cada uno contribuir al bien común según su capacidad no pretende ser una fórmula mágica. Su aplicación está ciertamente sujeta a dificultades, a problemas, como todo en la vida individual y colectiva del ser humano. Ni esa fórmula ni ninguna otra puede solventar todas las dificultades de un plumazo y como por ensalmo. Mas constituye una aproximación razonablemente precisa, que el futuro se encargará de matizar, de articular, de modificar incluso, pero sin abandonar lo que constituye su núcleo esencial, como principio igualitario.

Tal plataforma no pasó desapercibida. La deriva posterior del PCE enfrió mi adhesión. Conque la última reunión de mi agrupación local a la que asistí tuvo lugar el 19 de abril de 2001. Esa terminación de mi actividad como militante no implicaba, empero, mi baja en el partido. Nunca la he pedido ni notificado, dejando más bien en barbecho mi afiliación —que, por cierto, intenté reactivar unos años después, solicitando venir integrado, no en mi agrupación local, sino en el sector de Universidad. No llegó a concretarse ese propósito. Posteriormente el PCE entró en autoliquidación.

Sea como fuere, mi caso nada tiene que ver con el de tantísimos «ex», que se pasan ideológica y, a menudo, políticamente al campo anticomunista.

modo de producción cuya particularidad estriba en las peculiares relaciones de clase, siendo lo esencial el contraste entre dueños de los medios de producción y no-dueños de esos medios. Las relaciones entre los primeros y los segundos serán relaciones de producción, variables según los diversos modos de producción, correspondientes a sendos estadios de desarrollo de las fuerzas productivas.

Ese planteamiento es uno de tipo formalista, en tanto en cuanto en él lo determinante es una forma, no su contenido humano. Carece por completo de significación que los colocados en el rol de dueños de los medios de producción sean éstos o aquéllos. No importa para nada quiénes sean, de dónde provengan, qué hábitos colectivos arrastren y cómo hayan accedido a esa posición superior. Igualmente carece absolutamente de interés para el conocimiento científico y práctico quiénes sean los otros, cómo se hayan constituido esas poblaciones y cuáles sean sus tradiciones.

En el marxismo, hábitos, tradiciones y demás características identificadoras de este o aquel material humano son superestructuras, determinadas por la estructura económica (la que sucintamente acabo de describir).

Tal visión de las cosas nunca despejó todas las incógnitas. P.ej. no quedó fijado cuál era el criterio preciso para adjudicar a una capa social la característica de dueña de los medios de producción.

De esa incógnita brotó la teoría de Milovan Djilas de la nueva clase (que ya precedentemente habían abrazado sectores disidentes del trosquismo —aunque no el propio Trosqui), o sea que, en los países socialistas, existía una nueva clase dominante, la «burocracia» o la «nomenclatura», que poseía colectivamente los medios de producción y explotaba colectivamente al proletariado. La gestión económica venía asimilada a una propiedad. (Djilas no ofrecía explicación de cómo así en los países del Este, principalmente en Rusia, estaba vigente una regla no escrita de discriminación inversa —o acción afirmativa— reservando una amplísima cuota en la Universidad y en las promociones a hijos de obreros y campesinos, lo cual significa que esa clase dominante se sometía voluntariamente a una norma que estorbaba su perpetuación, garantizando su renovación.)

Con variantes esa teoría fue retomada por Mao a partir de 1965 para atacar a la URSS. La diferencia era terminológica. Djilas habló de una nueva clase, lo cual acarrea que entre el capitalismo y el socialismo se interponía otra formación socio-económica no prevista por Marx, que podríamos llamar «modo de producción neasiático». Mao no podía aceptar que se introdujera ese estadio, así que dijo que esa capa privilegiada de la URSS era sencillamente burguesía capitalista —sólo que ahora resurgida dentro del aparato del estado socialista, con otras modalidades.

A quienes objetaran que la acusación antisoviética se aplicaba exactamente igual a la propia China Mao no tenía nada que oponer; de hecho ésa fue su opinión, por lo cual desató la revolución cultural, que quiso dismantelar el Estado chino, destruyendo el aparato estatal que sus colaboradores habían construido (colaboradores, como Liu Shao-chi, que fueron liquidados de manera infame). A fin de que no se reconstruyeran élites, Mao movilizó a la muchachada enfervorizada, cerrando todos los centros de enseñanza. El país se hundió en un sangriento caos,

en la ignorancia, en el oscurantismo y en una general devastación. Arrancábase de cuajo todo prosperar de una nueva burguesía, pagando el precio de un pueblo sumergido en el atraso y en la pobreza.

Que estratos superiores de la sociedad socialista constituyan o no una nueva clase es, para mí, esencialmente una controversia verbal. ¡Sea! Digamos que esa burocracia o nomenclatura es una nueva clase. Difícil resulta saber desde qué escalón de la jerarquía administrativa se ingresa en ese mandarinato; dudo que pertenezcan a esa clase dizque privilegiada los bedeles, los mecanógrafos, los vigilantes del museo, los dependientes que, tras la ventanilla, atienden a los usuarios; me pregunto si los jefes de almacén, los maestros de obras, los aparejadores, los delineantes, los profesores de bachillerato, los responsables de oficina,...

Ahora bien, en esa clase se ingresa por méritos. No se heredan las plazas de la función pública. Cierto que el hijo de un cuadro tiene más posibilidades de llegar a ser cuadro que el de un obrero (aunque en la URSS a veces sucedía al revés), pero tal ventaja dista de equivaler a la que reporta heredar un paquete de acciones de 10 o de 100 millones de euros. Tampoco ignoro que en los países del ahora extinto bloque del Este había —como en los demás— redes clientelares, enchufes y circuitos de compadrazgo (contra todo lo cual se quiso luchar, no sé con cuánto éxito). Mas, de nuevo, eso no es en absoluto equiparable a entrar en la clase de grandes propietarios sin filtro ninguno, meramente por sucesión.

Como, para el abstractismo, lo único que cuenta es la estructura de clases, basta calificar las sociedades socialistas como otras formas de sistemas de clases para —independientemente de la trayectoria del material humano involucrado— sentenciar su condena, ni más ni menos que la de cualquier otro Estado donde exista una clase social dominante.

Verdad es que el abstractismo, de suyo, no implica la tesis de la nueva clase (ni la de Mao de la nueva burguesía burocrática). Puede uno ser abstractista rehusando calificar de sociedades clasistas aquellas en las cuales no se tenga propiedad privada de los medios de producción. Lo que sucede es que el abstractismo fácilmente se adhiere a esa teoría de la nueva clase (o a su equivalente) por su tendencia al maximalismo, que excluye las gradaciones.

Según el maximalismo, las determinaciones se dan plenamente o no se dan en absoluto. Es difícil concebir un punto de vista más antidialéctico (Engels estigmatiza las concepciones que se basan en *hard and fast lines*, insistiendo en que hay eslabones intermedios para cualesquiera líneas demarcatorias —mejor que líneas hablaríamos de zonas colindantes).

¿Puede haber un estructuralismo gradualista? Tal vez, pero me temo que corre el riesgo de perder el mordiente formalista, que exige roles nítidamente delimitados, cortantes, en vez de márgenes de transición, que corren el riesgo de diluir las demarcaciones formales.

Con el enfoque del todo o nada, cualquier sociedad que no sea totalmente socialista será no-socialista-en-absoluto.

El concretismo ve las cosas de modo opuesto. Céntrase en instituciones reales, en colectividades existentes, materializadas, situadas en el espacio y el tiempo, estudiando, desde luego, sus estructuras, pero también sus hábitos colectivos, sus orígenes, sus trayectorias y todo el complejo de sus relaciones externas con otras colectividades humanas.

Para el concretismo el campo occidental es una realidad humana no reducible exclusivamente a ser **un** conglomerado de cualesquiera países capitalistas. Es un cúmulo, históricamente constituido, resultado de múltiples factores geopolíticos, que se identifica —diferenciándose de cualesquiera otros— por: 1º, un específico y determinado material humano transgeneracional que integra sus élites (material individuado por vínculos dinásticos, familiares, clánicos u otros análogos); 2º, unos particulares hábitos institucionalizados; y 3º, una tradición que le es propia, un legado de valores (o contravalores) y actitudes compartidas, que incluye una mirada a las comunidades humanas ajenas a esa tradición.

El campo occidental es el opresor mundial, no sólo por ser capitalista, sino porque se trata de un capitalismo concreto que, en virtud de contingentes vicisitudes históricas, se ha ido imponiendo en el Planeta Tierra como bloque hegemónico, en perjuicio de todos los demás. Eso es el imperialismo.

En su forma moderna el imperialismo lo haría yo remontar al siglo XVIII (no a finales del XIX como Lenin), caracterizándolo por:

- su hegemonía financiera y mercantil (basada en su superioridad industrial, científica y técnica);
- su expansión colonial (diversa del imperio ultramarino hispano de los siglos XV al XVII, que era precapitalista);
- su actitud hacia las demás comunidades humanas —las otras culturas y civilizaciones— tratándolas como inferiores y avasallándolas; lo cual hoy se hace con nuevas formas, invocando la superioridad del occidente por su democracia y sus derechos humanos —unos derechos que evolucionan al albur de los cambios de la opinión pública occidental (p.ej. incorporando, en los últimos decenios, la valoración positiva de configuraciones societales prohibidas en los propios países occidentales hasta no hace tanto).

Es ese imperialismo noratlántico el que va a imponer un dominio mundial del occidente.

Si del campo occidental giramos la mirada para fijarnos en Rusia, China, la India, Malasia, Indonesia, Turquía y otras potencias emergentes, el abstractismo nos dirá que son igualmente condenables, porque en ninguno de ellos hay una estructura socialista. (Y —gracias a la teoría de la nueva clase— harán remontar en el tiempo esa condenabilidad hasta donde cada cual lo tenga por conveniente; para los más extremos, nunca hubo socialismo y, por consiguiente, todos son y fueron siempre iguales; otros fijarán la raya en tal año o en tal otro; los antisoviéticos más radicales, dirán que fue el ascenso de Stalin en 1924 el que lo echó todo a perder; los moderados, que fue su muerte en 1953; en cuanto a China, los maoistas dirán que será la defunción del Gran Timonel en 1976 la que haga

cambiar de rumbo, al paso que los hoxhistas —y los hay— retrospectivamente afirmarán que en China nunca hubo socialismo.)

Para el abstractismo todos son igualmente enemigos; no unos más enemigos que otros.

Como el concretismo acepta grados (así como mezclas, híbridos y combinaciones), esos países —digamos, para simplificar emergentes— pueden no ser tan capitalistas como los del campo occidental. ¿Qué grado de propiedad pública de los medios de producción se da en China? ¿Qué grado de planificación económica? ¿Qué restos del socialismo han quedado en Rusia?

Es digno de mención que, en su propaganda antirrusa y antichina, los occidentales —cuando les conviene— recuerden que esas economías presuntamente de mercado no son tan de mercado como aparentan; que en ellas el sector público juega un importante papel económico y que, propietario o no de medios de producción, el Estado interviene activamente en la vida económica (como si eso no sucediera en occidente).

Pero, sobre todo, el concretismo atiende a realidades históricas concretas, se posiciona con relación a ellas; realidades individuadas por contingentes factores geopolíticos y vicisitudes históricas. Y las realidades concretas que tenemos son las que he delineado en párrafos precedentes; un occidente hegemónico y un disperso ramillete de países que caen fuera de su órbita, algunos de los cuales son sus subordinados o clientes, otros —en mayor o menor medida— sus adversarios y muchos otros fluctuantes.

Al decantarme por el concretismo, juzgo que debemos concebir la lucha por un futuro comunista de la humanidad haciendo distingos entre el bloque dominante (el campo occidental) y los que se resistan a esa dominación.

Aquí juzgo pertinente el concepto que, en sus buenos años de líder revolucionario, acuñara Mao: el de enemigo principal. El enemigo principal es el campo occidental; y, dentro de él, el principalísimo, los EE.UU. de América.

No es viable ninguna política orientada hacia el comunismo sin acudir a un abordaje concretista y sin centrar los esfuerzos en debilitar la supremacía mundial del campo occidental como etapa necesaria para un ulterior avance hacia una sociedad humana mundial sin propiedad privada ni economía de mercado.

Otra contribución del concretismo es la admisión de grados y sistemas híbridos.

Para el abstractismo, a menos que sea socialista fetén, un país o es capitalista-imperialista, o, si no, es precapitalista y colonizado. En el primer caso, exporta capitales, que explotan a trabajadores de países colonizados. Desde esa óptica, carece absolutamente de sentido que un país que no sea precapitalista y colonizado se plantee como tarea la lucha por la soberanía nacional. No hay escalas. No hay niveles. No hay países colonizados colonizadores. O lo uno o lo otro.

Desde 1945, bajo el liderazgo del camarada Stalin, el movimiento comunista internacional empezó a ver las cosas sin ese simplismo, comprendiendo que, en la

nueva situación mundial, un país como Francia podía ser una potencia colonial a la vez que caía bajo la supremacía anglosajona (y más tarde germana). Así pues, desde el estallido de la guerra fría en 1947, el PCF luchó por recuperar la plena soberanía nacional francesa —lo cual llevó a confluencias ocasionales con la empresa política patriótica del general de Gaulle.

El dicotomismo abstractista veo mal cómo puede descifrar o conceptualizar situaciones complejas de hoy; p.ej. que países no pertenecientes al grupo dominante sean exportadores de capitales, ejerciendo algún grado de influencia en países de economía más débil. Así son hoy, p.ej., Corea Meridional, la India, Malasia, México, el Brasil, Argentina, Marruecos, Suráfrica, sin olvidar Turquía y, claro está, las petromonarquías del Golfo.

La rapacidad, la prepotencia y la desidia de los viejos colonialistas euro-norteamericanos en África han provocado que, en no pocos Estados del continente negro, sean los emergentes (incluyendo Rusia y, sobre todo, China) quienes vayan tomando posiciones, convirtiéndose en los financiadores del crecimiento, adquiriendo tierras para desarrollar cultivos más rentables, con modernas técnicas productivas, y comprando minas —o al menos asegurándose del suministro de los minerales extraídos. Todo ello poquito a poco, en un gradual corrimiento, creándose así una nueva correlación de fuerzas, que resquebraja la supremacía occidental.

Abigarrado, variopinto, heteróclito es ese manojito de países calificado con el comodín de «emergentes», pues no son iguales China y la India, ni siquiera Qatar y Marruecos. Justamente se dan entre ellos considerables diferencias de grado. Unos son más dependientes, otros menos. Unos ejercen mayor influencia, otros menor. En esa escala se dan muchos escalones, no sólo tres. Se asciende y se desciende.

Todas estas aclaraciones son pertinentes para delimitar mi postura frente, por un lado, a la socialdemocracia y, por otro lado, a quienes, desde el abstractismo, rehúsan reconocer que el campo occidental es el enemigo principal y que, en esta etapa, son, de hecho, aliados de la lucha por el comunismo quienes se opongan a su supremacía, en la medida en que así lo hagan.

Por una vía argumentativa mucho más compleja, llego, pues, hoy, en 2020, a conclusiones políticas similares —en algunos puntos— a las que profesaba cuando fui miembro fundador del PCEml en 1964.

* * *

Otro desencuentro de principios entre mi postura y la de la socialdemocracia es la visión que tenemos de la historia del siglo XX. Toda la socialdemocracia es anticomunista.

Con excepción del laborismo británico, la socialdemocracia mantuvo hasta 1960 o así una nominal adhesión al marxismo, rechazando el leninismo. El 15 de noviembre de 1959 marcó un viraje el congreso del partido socialista germano en Bad Godesberg. No constituían, en el fondo, novedad alguna los acuerdos de ese encuentro, porque las políticas adoptadas habían sido las de dicho partido desde la I guerra mundial. Se adoptó la adhesión al «freiheitliches Sozialismus» (socialismo

liberal), abandonándose el marxismo, reemplazado por el humanismo ético (rótulo poco explícito —y, desde luego, dejado sin definición alguna). Se renunció —incluso a largo o larguísimo plazo— a sustituir la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad colectiva. También se abrazó una valoración favorable de la economía de mercado, sólo que regulada para que no degenerase en oligarquía. Incluso se dijo adiós a cualesquiera nacionalizaciones (o sea a que existiera un sector público de la producción.)

Decantóse ese congreso por una propiedad privada de los medios de producción y una economía de mercado compatibles con la justicia social (un ideal que tampoco se definió).

No es que el congreso de Bad Godesberg retrotrajera al SPD a un socialismo reformista. No, del socialismo únicamente se guardó el nombre. No se abrazó un camino de reformas hacia el socialismo, sino hacia un capitalismo con justicia social. Ni siquiera se abogó por un reformismo que hiciera un poco menos capitalista al capitalismo (p.ej. promoviendo un sector público o una planificación, así fuera no-construente).

Lo curioso no es que en 1959 adoptara esa línea el SPD, sino que no lo hubiera hecho muchísimo antes. Aún más asombroso es que, a esas alturas, sonaran audaces las resoluciones del congreso y que tardaran todavía unos cuantos años en asumir esos mismos cambios otros partidos de la socialdemocracia internacional.

En España, p.ej., en mayo de 1979 rechazó el 18º congreso del PSOE la moción de su secretario general, el Lcdo González Márquez, de abandonar el marxismo, siendo menester convocar un congreso extraordinario a fines de septiembre del mismo año para que viniera, *in extremis*, aprobada esa propuesta —y aun así con reservas, puesto que, si bien el marxismo dejó de ser ideología oficial del partido, mantúvose en su programa como «instrumento teórico, crítico y no dogmático».

La trayectoria del PSOE muestra que, en realidad, su orientación ha sido desde entonces favorable a más capitalismo (privatizaciones, desregulación de mercados, política tributaria cada vez menos redistributiva, reducción de la protección social y de la legislación laboral tuitiva y desmantelamiento del sector público de la producción). No reformas que, dejando incólume el capitalismo, llevaran a más justicia social, sino a menos. Por supuesto, del marxismo nadie volvió a hablar, ni como instrumento teórico ni como nada.

Los socialistas se ponen de uñas contra cualquier mención de una planificación económica (autorizada, empero, por la vigente Constitución borbónica) y contra toda idea de empresa pública. Además, el PSOE abrazará e impulsará la incorporación de España a la NATO y a la Unión Europea y respaldará todas las guerras imperialistas (salvo —bajo el liderazgo de J.L. R. Zapatero— la de Mesopotamia de 2003).

Habiendo dejado de considerarse partidario del socialismo (así fuera «autogestionario», según la precedente posición programática de ese partido), el PSOE, al igual que sus correligionarios del extranjero, cesó cualquier visión de sí

mismo como parte del movimiento obrero (sin, no obstante, alterar su denominación, que hoy resulta sarcástica).

El nuevo rótulo es el de «izquierda». Repasando los muchísimos escritos políticos de mi juventud revolucionaria raro, rarísimo, será hallar en ellos la palabra «izquierda» (también casi ausente en la pluma de los fundadores del marxismo), como no sea para estigmatizar al «izquierdismo» —en el sentido de ultraizquierdismo. De entre todas las etiquetas políticas, las de «izquierda» y «derecha» son las más huera y desgastadas, al carecer de contenido semántico, claro u oscuro. Cobijarse bajo ese membrete es indicativo de la vacuidad de la orientación del PSOE.

Para marcar alguna diferencia respecto a la «derecha», esa «izquierda» esgrime hoy, casi exclusivamente, pretensiones societales y medioambientales. Éstas últimas son fácilmente asumibles por sus presuntos adversarios y las primeras también acaban siempre viniendo aceptadas por ellos, a pesar de que así descontenten a una parte de su clientela electoral (la cual, no obstante, persiste indefectiblemente en votar como siempre ha votado —que es la pauta de la mayoría del cuerpo electoral).

Evidentemente yo no tengo nada que ver con todo eso. De tales pretensiones rechazo muchas; otras, pareciéndome hasta cierto punto aceptables, suelo juzgarlas desorbitadas o, cuando menos, alejadas de la problemática central. (Incluso una que, por excepción, estimo válida, la eutanasia, justamente esa «izquierda» la esgrime de manera curiosamente oportunista, rehusando comprometerse a su favor cuando tiene los votos para conseguirla y, en cambio, preconizándola cuando no los tiene.)

Resulta, pues, imposible hallar puntos de coincidencia entre el socialismo del PSOE y mis propias tesis. Si lo del PSOE es socialdemocracia, nada más alejado de la socialdemocracia que mi alineamiento político-ideológico, no sólo el de 1962-72, sino también el de 2020 —y todos los estadios intermedios.

Desde 1919 (cuando se fundó la Comintern, o Internacional comunista), la socialdemocracia ha estigmatizado al comunismo, atacando, no sólo al régimen político de la Rusia soviética, sino también a la propia ideología de la Comintern, a lo largo de todas las etapas de su evolución, así como a sus múltiples ramificaciones. Ciertamente que ocasionalmente hubo acuerdos políticos entre partidos socialistas y comunistas, pero duraron poco.

La Comintern respondió con una recíproca actitud de igual beligerancia en el llamado «tercer período», 1928-34, durante el cual la socialdemocracia fue tildada de «socialfascista». Sin embargo, contrariamente a la leyenda negra anticomunista, en Alemania el KPD tendió antenas a los socialistas para un entendimiento, siendo desdeñosamente rechazado. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales del Reich en 1932 el comunista Thälmann obtuvo casi 5 millones de votos y se presentó a la segunda vuelta. Los socialistas rehusaron apoyarlo, votando por el ultrarreaccionario militar monárquico mariscal Hindenburg, el cual, unos meses después, entregará el poder a Hitler.

Ése fue uno de los muchos episodios en los cuales sin duda hubo culpa por ambas partes (no sólo por una), mas lo constante ha sido la absoluta enemistad de la socialdemocracia hacia el movimiento comunista del siglo XX. Nunca ha tratado de analizarlo teniendo en cuenta las difíciles circunstancias de su instauración y de su propagación. Jamás ha valorado su aportación a las luchas obreras y populares ni a los combates de liberación nacional.

Es natural. Sitúandose plenamente la socialdemocracia en el campo occidental, ve, con razón, en el movimiento comunista un enemigo.

Tras el estallido de la guerra fría en 1947, el anticomunismo de la socialdemocracia alcanzó cotas rayanas con el delirio, sumándose a las iniciativas de acoso, aislamiento y hostigamiento. Fueron tiempos durísimos, los de la creación de la NATO, la guerra de Indochina, luego la de Argelia, la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto (1956), con un gobierno en París presidido por el socialista Guy Mollet. La lucha anticolonialista de los años cincuenta y sesenta se realizó, en buena medida, contra gobiernos encabezados por la socialdemocracia.

Todo eso es pasado. Tras la destrucción de la Unión Soviética en 1991, podríamos esperar miradas retrospectivas más sosegadas, de los unos y de los otros. No es así, al revés. Las demonizaciones se han intensificado. Stalin viene representado por los autores de obediencia o afinidad socialdemócrata como un diablo peor que Hitler y nada se salva para ellos de toda la experiencia del movimiento comunista puesto en marcha por la Comintern en 1919. Todo es siniestro, espeluznante, cruel, sórdido. Sus éxitos se niegan, diciendo que fueron puros embustes de la propaganda soviética. Empequeñécese la inmensa contribución del ejército rojo a la derrota de Hitler, exagerándose episodios de menor relevancia como la Operación Antorcha y el desembarco en Normandía (producido cuando ya la Wehrmacht estaba virtualmente vencida, siendo cuestión de tiempo la llegada de los rusos, no sólo a Berlín, sino a París).

Ningún socialdemócrata se apeará de la sovietofobia más agresiva. En el medio académico arriésgase uno a venir intelectualmente linchado si osa defender, poco o mucho, los logros soviéticos y las aportaciones del movimiento comunista a las causas del progreso, la igualdad social, el estado del bienestar, la paz y la libertad de los pueblos oprimidos. Nada, absolutamente nada se concede. En ese unánime concierto participan los académicos de tendencia socialdemócrata al igual que los que se consideran conservadores. (Con la diferencia de que éstos últimos no se privan de atacar también a la socialdemocracia por pertenecer a «la izquierda», y, así, ser indirectos culpables de los imputados horrores del sistema soviético y sus derivados —una amalgama en la que se engloba hasta a Pol Pot).

¿Quién que no sea un suicida puede atreverse a decir que Stalin hizo cosas buenas o que las malas que hizo encuentran atenuantes por las difícilísimas y terribles circunstancias de su gobierno y la enormidad de las amenazas a que se enfrentaba? ¿Quién podría caminar entre esas filas de aulladores, sin verse forzado a bajar la cabeza, habiendo reconocido que Stalin poseía un cerebro excepcional y un talento muy por encima de lo común, que, en un número de ocasiones, demostró grandes cualidades intelectuales, políticas, militares y organizativas, que poseía

más amplios conocimientos que ningún otro gobernante y que supo aprender de sus propios errores?

Tantas veces en mi vida me he visto en minoría de a uno, contra viento y marea, que no me voy a achantar por tal algarabía. Con entera libertad de criterio —sin que nadie me lo mande ni me lo pida ni me lo premie— permítome una mirada positiva de esa enorme y complejísima empresa que fue la construcción del Estado soviético, situándome así en una posición absolutamente incompatible con la de la socialdemocracia.

No es, empero, mi visión de color de rosa. No está exenta de dudas. Tropieza con incógnitas. Carezco de suficientes conocimientos para explicarme todos los hechos desconcertantes y perturbadores —en particular una buena parte de la represión en su período de mayor crudeza. He leído muchísimo y he aprendido, pero todavía permanecen para mí sin explicación determinados enigmas. Disto de juzgar favorablemente todos los hábitos colectivos de esa tradición comunista del siglo XX.

Para empezar me pregunto si, en la abortada disputa entre Lenin y Stalin en abril de 1917 en Petrogrado, no llevaba razón el segundo, al abogar por un apoyo crítico al gobierno provisional revolucionario (inicialmente encabezado por Jorge Lvof, pero en seguida por el socialrevolucionario Alejandro Querensqui); un apoyo basado en que el derrocamiento del zarismo había conllevado hondos cambios en la vida político-social rusa que determinaban, al menos en parte, un cambio del carácter de la guerra por el lado ruso (pasaba a ser una guerra patriótica defensiva, no imperialista). Stalin veía en esa táctica un modo de acumular fuerzas esperando un momento más oportuno para quizá, quizá, eventualmente llegar al poder con más amplio respaldo social y en condiciones menos adversas, mientras que la política de implacable acoso y derribo contra ese gobierno que impuso Lenin ciertamente produjo un fruto inesperado, con la brillante toma del poder el 7 de noviembre, pero pagando un altísimo precio: Alemania continuó su agresión (hasta la firma del Tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918) y rápidamente se desencadenó una horrorosa guerra civil que dejó al país maltrecho, asolado y exangüe —además de considerablemente reducido en extensión y población con respecto a la Rusia de 1914.

Una vez adoptada la línea que preconizaba Lenin y alcanzado el poder, de las diversas opciones me resulta que, en las sucesivas encrucijadas, las políticas del camarada Stalin eran las más acertadas.

Subsisten, empero, zonas de sombra, páginas negras en aquella larga historia. No se aclararán hasta que se abran finalmente de par en par todos los archivos moscovitas, muchos de los cuales siguen cerrados —o selectivamente accesibles a algunos agraciados historiadores, cuyas revelaciones resultan incontrolables.

No procede entrar aquí en tales dudas y reservas. Es posible que a la postre, en el futuro, una plena apertura de los archivos eche por tierra una visión como la que yo tengo, con un balance globalmente positivo. He demostrado en mi vida mi falibilidad. También en eso puedo estar equivocado. Pero tengo que basarme en el conjunto de hechos hoy cognoscibles y públicamente accesibles (o, de

ellos, en el subconjunto de aquellos que yo he podido adquirir, con mis limitaciones, como la de no poder leer el ruso —entre muchísimas otras).⁸

Una posición así ¿imagina alguien que la adoptara un socialdemócrata?

Dicho lo anterior, he de precisar, no obstante, que para mí el futuro comunista no será como el pasado comunista. Igualmente para Marx el comunismo poscapitalista que él concebía no iba a restituir el comunismo primitivo —del cual lo ignoraba todo (sin que los avances de la arqueología y de la paleoantropología nos hayan ayudado mucho a saber cómo fue).

Hoy no es ayer. El comunismo del siglo XX surgió como subproducto del horror de la I guerra mundial y se extendió a más países a causa de la II guerra mundial. Nació, creció y se mantuvo permanentemente amenazado por la guerra; desde 1945, se cernía sobre él una intimidación bélica nuclear. Tuvo que afrontar dificultades extremas en situaciones extremas, sin jamás disfrutar de un respiro.

No hay que abjurar de ese pasado ni renunciar a su valioso legado. Hay que defenderlo y reivindicarlo. Pero también hay que afirmar que la vida ha cambiado y que las mentalidades han evolucionado. Todos hemos cambiado. Los hábitos institucionales en la tradición comunista del siglo XX no le sobrevivirán. No imagino un futuro con esas autocríticas autoflagelatorias, esas hagiografías, ese monolitismo, esa proscripción de la crítica interna, esa disciplina férrea, casi militar, esas depuraciones reiteradas, ese caer en desgracia los previamente halagados. Fueron rasgos deplorables que, a la larga, desacreditaron aquel movimiento, causando la fuga de cuantos no estaban dispuestos a someterse a esa apisonadora.

No aspiro a nada que restituya o imite esos aspectos inatractivos del comunismo del siglo XX. Imagino un comunismo del siglo XXI o del XXII más alegre, gozoso, risueño, libre, plurifacético y variado, más respetuoso de la individualidad, menos castrense, menos inflexible, menos duro, menos agobiante.

* * *

Mi conclusión es que del decenio de mi lucha comunista, 1962-72, hay lecciones que sacar, no todas ellas benévolas para con lo que decidí y lo que hice. Queda, empero, el testimonio de mis ilusiones, de mis anhelos, que eran ampliamente compartidos y marcaron a una generación entusiasta y entregada a la causa revolucionaria.

Mucho de todo aquello no constituye hoy más que un recuerdo que es mejor conocer que ignorar. Algo, empero, persiste —o así lo espero— como motivo de

⁸. He de distinguir el estatuto respectivo de dos creencias mías: 1ª, en la superioridad axiológico-jurídica del comunismo (sistema de propiedad común y economía planificada) sobre el capitalismo (sistema de propiedad privada y economía de mercado); 2ª, en la valoración histórica globalmente positiva de la experiencia del comunismo real del siglo XX.

La primera es una honda convicción, lógicamente demostrable, desde axiomas del derecho natural y con reglas de deducción válidas en una buena lógica jurídica. Por el contrario, la segunda es un parecer, que me resulta razonable, pero, hoy por hoy, imposible de probar, dadas las incógnitas y dificultades aún no despejadas. Por lo tanto, mi grado de creencia es mayor en el primer caso.

inspiración para futuros empeños, aunque sean, en casi todo, radicalmente diversos.⁹

⁹. Concluyo este ensayo inclinándome, con respeto, ante la memoria de cuatro camaradas del PCE, cuyas trayectorias afiliativas no coincidieron con la mía, sin que ello me impida reconocer sus méritos, a fuer de valerosos comunistas: José Sandoval, Enrique Líster, Armando López Salinas y Francisco Frutos.